



LO QUE EL CIELO UNE

¿Puede el amor
atravesar el tiempo
y vencer a la muerte?

GRACIELA NICOLÁS

LO QUE EL CIELO UNE

CAPÍTULO 1

Siglo XIX (Año 1859)

Valiente Vallejos se despertó, una vez más, acompañado de la extraña sensación que lo perseguía desde su llegada a San Silvestre, hacía ya algunos meses.

Tal vez, pensó, la ardiente y agitada noche que había pasado con Doña Julia lo había embotado. Esa mujer sí que sabía arrastrarlo sin piedad al abismo del deseo, despertaba en él una furia violenta de locura y placer, pero no le traía paz, nunca paz. En sus brazos no llegaba jamás el remanso tan ansiado. Toda su presencia era desenfreno, vehemencia y pasión.

Sabía que ella deseaba poseerlo por entero, que no se conformaba sólo con su cuerpo, anhelaba capturar su corazón, hasta su alma, pero éstos aún permanecían porfiadamente libres. Su caprichosa amante no lo ignoraba pues él se encargó de poner las cosas en claro desde el mismo comienzo de la relación: "Nada de ataduras, nada de exigencias, nada de reproches".

El pacto fue aceptado de común acuerdo, aunque ella guardaba la secreta esperanza de que, quizás, con el tiempo, ese trato fuese cambiado por otro más adecuado a sus íntimas aspiraciones: convertirse en la señora de Vallejos.

De cara al techo de su habitación, sonreía al recordarla. Debía admitir que esa mujer lo fascinaba. Muchos amaneceres los había encontrado juntos, entrelazados entre las sábanas revueltas y húmedas, extenuados, hartos de tanta lucha carnal pero, no era sólo eso lo que ansiaba para su vida:

—Mi alma está sedienta, desesperada por encontrar a esa mujer que sea la razón de mi existencia y no es Doña Julia, definitivamente no es ella.

Chila me dijo que aquí cambiaría mi vida, que encontraría a la mujer que me haría preso de su corazón. Al principio no la tomé en serio, pero después de hablar con ella varias veces y comprobar que algo “del más allá” veía, le creí, por eso vine hasta aquí. Le creo ¡Quiero creerle! Ella me dijo que lo sabría apenas la viera, que habría señales antes ¿Será esta peculiar sensación la señal?

Lentamente se incorporó y abrió de par en par las ventanas. Poderosos rayos de sol lo atravesaron e hicieron que sus ojos se entrecerraran, respiró profundamente y exhaló satisfecho. Se sentía feliz de estar allí, aunque todavía no se acostumbraba del todo a su nueva casa, tan grande, tan bella y tan vacía aún. La pobre Carmelina trataba de desenvolverse con los quehaceres domésticos, pero no daba abasto.

—Por suerte, hoy vendrá Juanita, la muchacha que me recomendó Doña Julia.

Mientras se rasuraba, como una oleada, ese extraño efecto lo asaltó con fuerza inusitada:

—¿Qué pasa hoy? Esto ya había ocurrido antes pero no con tanta intensidad.

Sentía que su corazón se estremecía con pequeñas ráfagas de luz que duraban milésimas de segundos, sabiendo, con rara certeza, que algo único y mágico se aproximaba.

—Quizás sea este desasosiego que me invade —Cavilaba mientras comía algo de frutas a modo de almuerzo— Es lo que no me deja ser feliz con todo lo que he obtenido en estos años. He trabajado muy duro para conseguir lo que tengo: esta casa en la colina ¡la mejor de San Silvestre! mi fortuna, el reconocimiento de mis pares... mucho he hecho para merecerlo... —Reflexionó—

Desde que mi padre murió, cuando apenas era un muchacho, rudos trabajos entre hombres, arduas y pesadas labores de sol a sol tuve que realizar para subsistir ¡Qué tiempos de miseria y angustia pasé! Todo lo que deseaba era procurarme el dinero suficiente para poder explotar las minas de cobre heredadas de mi abuelo ¡Y a mi lado siempre mi fiel amigo, mi hermano, Sebastián! — Permaneció unos minutos en silencio— ¡Qué días de incertidumbre y desazón! ¡Cómo extrañaba a mi madre, el calor de sus brazos, sus tiernas caricias, sus amorosas palabras! Pocos años la tuve conmigo, apenas diez, pero los suficientes para recordarla con adoración, aún retumban en mis oídos sus certeras palabras:

“Hijo mío, siempre sé tú mismo, sólo de esa forma podrás ser libre y feliz, escucha a tu corazón, él no se equivoca jamás. Tu nombre marcará todas tus decisiones porque sólo un valiente enfrentará todo lo que te queda por delante”

No comprendí entonces lo que quería decirme, mas, pasados los años, esa sentencia se hizo carne en mí y es la que guía todos mis pasos y todos mis actos. Me he convertido en lo que soy gracias a mi esfuerzo, constancia y mis ideales y estoy orgulloso de ello ¡Sí señor! —Asintió con firmeza—. Pero... ¿Adónde me ha llevado mi endiablada mente? En una hora debo encontrarme con Doña Julia en el Paseo de la Alameda y aún no estoy listo, debo revisar unos papeles y escribir una nota a Sebastián —Se apuró.

San Silvestre era un pueblo perdido entre las montañas, surcado por un río, cuyas aguas corrían apacibles de norte a sur. Con un bosque frondoso y varios arroyos que lo circundaban. Distaba varios kilómetros de la bulliciosa capital y sus pobladores trabajaban, en su mayoría, en la producción agrícola ganadera. El Paseo de la Alameda era el punto de obligado de reunión y de entretenimiento. Era muy común que las señoritas casaderas pasearan por allí para recibir los galanteos de los hombres solteros mientras los niños jugaban y los ancianos se sentaban a conversar de cosas del pasado.

Después de misa de once, a la que acudían todos los domingos, Lucero de Olazábal y Martina Villagrán se dirigieron con pasos presurosos, al Convento de Santa María, allí las esperaba para almorzar, Sor Inesita, la madre superiora y madrina de Lucero.

Eran amigas inseparables desde la infancia, por frecuentar la misma maestra de piano. A pesar de su madre, Doña Ana María, quien prefería que su hija cultivara amistades de la alta sociedad. Soñaban con casarse, tener hijos y disfrutar de su amistad hasta ser muy ancianas.

Ese domingo, se habían escurrido entre los feligreses para escapar de la melosa y porfiada compañía de Alonso Mendía y Oviedo, un joven apuesto y de buena familia que rondaba los treinta años.

Sor Inesita las recibió con su luminosa sonrisa de siempre, su rostro era tan franco y confiable que su ahijada se sentía a resguardo de cualquier dificultad o avatar de la vida. Ella la comprendía, sabía leer más allá de sus palabras, era como si adivinase lo que su corazón ocultaba, aún sin saberlo ella misma.

—¡Hijas mías! ¡Qué alegría que estén aquí nuevamente! Pasen, pasen por favor —Las recibió con alegría.

—¡Madrina! —La saludó con tristeza en la mirada.

—Pero ¿Qué tienes, mi niña?

—Nada, nada...

—¿Por qué tienes tantos reparos conmigo? ¡Santo Dios Bendito! Si mi corazón me dice que algo anda mal. Vengan, vamos a almorzar y allí me cuentas.

—Es que Alonso le ha solicitado a Don Juan permiso para cortejarla y han hablado de compromiso ¡Si viera qué entusiasmados están todos! —Intervino Martina.

—¿Cómo es posible? ¿Tú le has dado motivo o esperanza a ese caballero?

—Creo que sí... —Dijo Martina.

—¡No digas eso! —Le retrucó Lucero angustiada—. Pero, en verdad no lo sé, Alonso siempre fue amable conmigo, me traía encargos que le hacía de la Capital, nos divertíamos juntos cuando venía a casa de visita, pero no pensé que eso lo ilusionaría a tal punto...

—¿No te diste cuenta? —Replicó su amiga— ¡Se derretía cada vez que te veía!

—No me percaté jamás de ello —Agregó pensativa.

—Bueno, mis niñas, vamos a comer este rico plato que con tanta dedicación preparó Sor Juana para ustedes y más tarde seguiremos conversando para poner en claro las ideas.

—Hoy no, después de almorzar, queremos ir con Martina a la Alameda ¡Hay feria! —Exclamó entusiasmada.

—Y eso indica que el bolsillo de tu padre sufrirá las consecuencias —Todas rieron por la ocurrencia—. No las detendré entonces, otro día hablaremos.

Sor Inesita se desvivía por Lucero. Aquellos que la conocían, creían que su vocación religiosa se había despertado en su adolescencia porque ingresó al convento muy joven, pero no fue así, alguna vez su corazón palpitó de amor terrenal como el de las demás muchachas de su edad, sólo que no pudo ser. Ahora, toda su atención y cuidados se repartían entre los asuntos propios del Convento, las novicias a su cargo. Los niños huérfanos del asilo de al lado y, por supuesto, su amada ahijada.

El Paseo de la Alameda, a orillas del río, se hallaba colmada de ansiosos compradores que, alegres y expectantes, visitaban los puestos buscando las novedades que anualmente traía la feria. Las tiendas multicolores circundaban el lugar y las mujeres, especialmente, daban gritos histéricos de alegría cuando hallaban aquello que deseaban.

Valiente había citado allí a Doña Julia para que lo asesorara en la adquisición de muebles, vajilla, ropa de cama y todos los enseres necesarios para vestir de una vez por todas a su mansión.

—En verdad, es una excelente compañía —Consideraba— fina, culta, alegre y algunos años mayor que yo que le sientan muy bien. Me divierte mucho ver las caras crispadas de las matronas que comentan por lo bajo cuando nos ven pasar del brazo ¿Cuánto tiempo hace que llegué? ¿Cuatro meses ya? Recuerdo que, a los pocos días de estar aquí, la vi en el Banco y me pidió que la ayudara a llenar unos papeles ¡La muy bandida! —Rio sacudiendo la cabeza— Mujer deliciosa además... —Recordó con lujuria.

Julia lo había buscado y lo había conseguido y poco le importaban las habladurías de esas “viejas reseca” como las llamaba. Después de enviudar, se convirtió en la amante de Don Juan de Olazábal, su relación duró cerca de un año y terminó exactamente el día que lo conoció a Valiente.

—Este hombre tiene el poder de hacerme sucumbir tan sólo con su presencia —Suspiraba— Todo lo que él me pida, se lo daré.

—¡Doña Julia, aquí! —Agitó los brazos Valiente.

—Cariño, perdón por la tardanza, vamos, vamos que hay que ver mucho ¡Y comprarlo todo! —Dijo con su sonrisa habitual y arrastró a su amante hacia los puestos.

La viuda decidía casi sin consultar:

—Llevamos este tapiz y aquellos cuadros ¿A cuánto el juego de té francés y los platos de

Limoges? ¿Cuáles te gustan Valiente, éstos o aquellos?

—Los que elijas, estará bien para mí —Asentía divertido al verla tan locuaz.

De pronto, un penetrante aroma a jazmines acompañado de la extraña sensación, lo sorprendió. Se sintió tocado, traspasado por un sentimiento nuevo, irreconocible, agradable, perfecto:

—Por Dios ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? —Sintió las palpitaciones en sus sienas.

Julia hablaba, pero él no la escuchaba:

—¡Querido! ¿Me oyes?

—Sí, si... Ven, quiero obsequiarte una joya por toda tu dedicación.

—¡Pero no hace falta! —Mintió, esperanzada de que le regalara la ansiada sortija de compromiso.

Eligió un brazalete de oro engarzado con piedras preciosas, ella lo recibió con halago y algo de decepción mientras su hombre conversaba con el vendedor.

—Tendré que esperar un tiempo más —Se dijo como consuelo— ¡Él es mío, todo mío! —Rio para sí.

—No creas que no me doy cuenta de que estás muy preocupada por Alonso —Dijo Martina cuando caminaban rumbo a la feria.

—Lo estoy, sabes cómo es mi madre: terca e insistente. Mi padre aprobará todo lo que ella decida, de todos modos... ¿Acaso el destino de las mujeres no es casarse con un buen candidato y tener hijos?

—Sí, pero por amor —Aclaró su amiga.

—Eso, por lo que veo, no es fácil de lograr, nuestras casadas conocidas nos lo dicen ¿No? “El amor llega con el tiempo”.

—Cuando me case, será porque estoy enamorada y si no, me quedaré para “vestir santos” —Ambas rieron por la ocurrencia.

La algarabía de la muchedumbre las sustrajo de su conversación y caminaron decididas hacia los puestos.

Súbitamente, el corazón de Valiente se aceleró y la ya conocida sensación se reavivó. Se apartó de su amante, que conversaba con el joyero y de pronto, la vio: Lucero avanzaba sonriente, su vestido de seda rosa crepitaba suavemente sobre el pedregullo, su cadencioso andar y su lejana mirada lo cautivaban...la observaba con absoluta veneración, embelesado...todos los demás: hombres, mujeres y niños incluso Doña Julia, pasaron a ser una mancha multicolor y las voces se convirtieron en lejanos murmullos casi imperceptibles. En un instante, la extraña sensación cobró sentido para Valiente ¡Al fin lo comprendía todo!

La muchacha caminaba hacia él, despreocupada, haciendo girar su sombrilla entre sus dedos enguantados. De mediana estatura, cabellos castaños y largos recogidos hacia atrás y descendiendo en una cascada de rizos naturales, delgada, con una cintura pequeña y grandes ojos verdes enmarcados en tupidas pestañas que le daban un aspecto soñador.

Martina se había rezagado comprando unas chucherías. Impactado e inmóvil buscaba su mirada, el encuentro sería inevitable, deseaba que ese instante no terminara, pero, a la vez, le era insoportable.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Dónde he estado yo, que no te vi jamás? —Susurró para sí.

Lucero se detuvo en el puesto de libros, hojeó algunos ejemplares distraídamente, de pronto,

sintió una presencia fuerte y viril a su lado, se turbó con el perfume a menta que emanaba y giró su cabeza instintivamente para encontrarse con la mirada penetrante de un apuesto caballero que le sonrió con una breve inclinación de cabeza. Ella aceptó su saludo bajando sus ojos y se sonrojó. La repentina turbación dio paso a una genuina curiosidad, nunca se había sentido así, nunca había visto a un hombre que la mirara de esa manera.

—Le recomiendo éste —Dijo señalando un libro de viajes exóticos— Invita a la aventura y a la imaginación....

Lo miró desconcertada, frente a ella tenía la figura imponente de un hombre de un metro ochenta de estatura, con ojos oscuros, tez cetrina, pelo negro hasta los hombros, recogidos prolijamente hacia atrás en una coleta y una barba incipiente que le daba un aire de misterio, acostumbrada a ver hombres casi lampiños.

—Gracias, pero prefiero la poesía —Contestó, por decir algo, con el corazón galopante.

—Me presento: Valiente Vallejos para servirle —E inclinó su cabeza—. ¿Cuál es su gracia, señorita?

—Lucero de Olazábal —Volvió a sonrojarse, aturdida, mientras se dejaba besar la mano.

La miró fijamente de tal manera que la muchacha se sobrecogió:

—Sepa que me incomoda, caballero —Le advirtió.

—Lo siento, no es mi intención, pero debo confesarle que ver a mi futura esposa le da sentido a mi búsqueda de la felicidad.

Lucero sintió que el estómago se le contraía y que sus sienes latían fuertemente.

—¡Amiguita! —Llamó Martina acercándose con algunos paquetes, sus rizos dorados saltaban al compás de su paso apurado—. ¡Mira lo que compré!

Él se le acercó al oído y le susurró:

—Nuestras vidas se cruzaron hoy para tener un solo destino. Nos volveremos a ver —Y se marchó perdiéndose entre el gentío.

—¿Qué te pasa? ¡Estás temblando! ¿Quién era, lo conozco? —Le sonrió, pícara.

—Nada, nadie.... vayamos a ver la banda que toca en la pérgola —Contestó turbada por lo que había escuchado.

—¡Ella es! —Sonrió satisfecho— ¡Al fin la encontré! —Exclamó viéndola alejarse— Doña Chila tenía razón ¡Lucero de Olazábal!

—¡Querido! —Lo llamó Julia—. Ven por favor, ayúdame con estas cosas ¿Dónde estabas? ¡De pronto te perdí de vista!

Valiente eludió la respuesta y replicó:

—Vamos, debo hablar con Sebastián. Ve tú a la casa, Marcial te ayudará con las cosas. El carro que adicionamos al coche va completo, pero aguantará el traqueteo y las sacudidas del camino y, por favor, de paso, lleva a Juanita hasta la finca para que ayude a Carmelina desde hoy.

—Pero yo creí... —Se quejó desilusionada.

—Ahora no, ahora no —Contestó ansioso.

La sensación que había sentido todo ese tiempo se había instalado en su cuerpo y lo atravesaba por completo, tenía que volver a verla, más aún, tenía que poseerla, ella le pertenecía.

Caminó presuroso hasta la ribera, sabía que Sebastián estaría allí si había leído la nota que le dejó sobre el escritorio; su amigo le conseguiría todos los datos de esa mujer cautivante, era necesario volverla a ver, le urgía decirle que estaban hechos el uno para el otro.

Rápidamente lo puso al tanto de los acontecimientos, Sebastián escuchaba con atención el relato.

—Te noto muy entusiasmado por esa dama.... Un detalle que creo, no has tenido en cuenta ¿Qué harás con Doña Julia?

—Ella sabe que no hay ataduras entre nosotros, se lo aclaré desde un principio y aceptó y, la verdad, no me interesa su reacción. Quiero conmigo a Lucero de Olazábal ¡Mírala, allí está, es la del vestido rosa!

—¡Bella mujer, hermano! —Exclamó palmeándole la espalda. Sebastián sonrió y sus ojos celestes chispearon con picardía, era un joven alto, casi de dos metros y con un corazón de oro como sus cabellos lacios hasta los hombros que enloquecía a las mujeres con sólo sonreírles. Los amigos, hacían un interesante contraste que llamaba la atención cuando se los veía juntos: Valiente con un aspecto gitano y Sebastián, blanco como la nieve.

Lucero no había podido desembarazarse del recuerdo de ese encuentro fortuito tan lleno de misterio, su mente repasaba una y otra vez lo sucedido y sonreía sin darse cuenta que su amiga la observaba desde hacía unos minutos.

—¿Qué te sucede? Estás muy distraída... ¡Oh no, Alonso viene hacia aquí con paso decidido y del brazo de tu prima Victoria, la muy petulante!

—¡Qué fastidio, por Dios! —Resopló Lucero con malhumor.

—¡Sabía que estaban aquí! ¡Se lo dije, por eso te lo traje prima! —Dijo con una mezcla de picardía y malicia.

—Perdón, si te incomodo Lucero, yo creí que podíamos caminar por la ribera y conversar un poco a solas.

—Hoy no es el momento Alonso, me duele terriblemente la cabeza, ya me retiraba ¡Vamos Martina!

Victoria lo miró con cara de sorprendida encogiendo los hombros, los ojos del pretendiente estaban encendidos de ira e impotencia.

Los dos amigos siguieron mirando la escena hasta que el grupo se desvaneció.

—Te confieso, Sebastián, que creí que el amor no era para mí, pero bastó verla para que un deseo enorme, profundo y persistente se apoderara de mí y así estoy desde que la vi. La quiero a mi lado, que habite en mi casa, ser su amante, su compañero, el padre de sus hijos ¡Todo y más!

—¡Ay, ay, ay! Amigo mío, esto es serio —Afirmó Sebastián moviendo su cabeza y sonriendo—. Nunca te vi así y, como sé que no me dejarás en paz, mañana mismo recabaré toda la información necesaria para ti ¡Quiero que seas feliz de una vez por todas, te lo mereces! A mí me gusta la del vestido púrpura —Dijo señalando a Victoria.

Lucero llegó a su casa de mal talante, su prima siempre lograba ese estado en ella, despidió a Martina y, ya a solas, se recostó en su cama para repasar lo sucedido.

—Valiente Vallejos... ¡Qué hombre tan extraño! Yo nunca he sentido lo que sentí con él cuando Alonso se me acerca, fue... electrizante. No le importó que no hayamos sido presentados, me abordó sin reparos, con total libertad —Sonrió con el recuerdo—. Cuando me miraba parecía que quería atrapar mi alma, como si fuera de él, me aturdía su presencia... y dijo que era mi futuro esposo... que me buscaría... ¡Qué osadía!

Se levantó para escribir en su diario lo vivido y mirándose al espejo del tocador, se dijo:

—Nadie antes me había hablado ni mirado así, reconociéndome como lo que soy: una mujer. Los demás, incluido Alonso, me tratan como a una niña a la que hay que dirigirle la vida... No quiero comprometerme con él, no lo amo, nunca lo amé ni lo amaré jamás y, en cuanto pueda, se lo haré saber a mis padres.

Doña Ana María, con sus pasos cortos, entró sin llamar a los aposentos de su hija.

—¿Qué tienes?

—Nada de importancia, solo una jaqueca —Lucero le puso llave a su diario—. ¿Puedes tocar a la puerta antes de entrar? Ya no soy una niña.

—Toda la vida he entrado sin llamar —Dijo asombrada por el planteo—. Con respecto a Alonso Mendía y Oviedo... Sabrás que habló con tu padre hoy.

—Sí, lo sé —Asintió peinándose con el cepillo de nácar que le había regalado su abuela paterna antes de morir.

—Él quiere pedirte en matrimonio y nosotros estaríamos encantados que eso te sucediera.

—¡Pues yo no! ¡No lo amo! —Gritó enérgica.

—¡Lucero! ¿Has perdido el juicio? Ya tienes 20 años, suficiente edad para casarte. ¡Espero que esto sea algo pasajero y que recapacites! Ya lo decidimos con tu padre, el próximo mes será el pedido formal de tu mano ya que los padres de Alonso vuelven de su viaje a Italia. No le harás semejante desaire a un Mendía y Oviedo, el mejor candidato para ti.

—¡No me voy a casar con él por conveniencia o porque esté en edad y no me obliguen a hacer algo que no quiero porque será peor para todos!

Su madre comprendió que no era momento para discutir y suavizó las palabras:

—Hija, toma una siesta, descansa ahora. Mañana, más calmada, lo verás con mayor claridad.

Lucero se acostó pensando en aquel hombre que, en pocos minutos, le hizo comprender que era una locura casarse con alguien a quien no amaría jamás. Rememoró una y otra vez la escena de su encuentro y una desconocida y agradable sensación la invadió hasta quedarse dormida.

Victoria había ido de compras muy temprano, aunque la mañana se presentaba nublada y con ánimos de lluvia, quiso aprovechar el regalo que había recibido de parte de su generoso tío, quien la complacía en todo.

Una de las mayores preocupaciones de Don Juan era cumplir con la promesa que le había hecho a su hermana en su lecho de muerte: casarla con un buen partido para que nada le falte y eso era lo que haría muy pronto.

Sebastián reconoció a la muchacha del vestido púrpura, el cabello rubio y enrulado, la mirada azul y su cuerpo esbelto. La vio cruzar la calle con unos incómodos paquetes y trató de provocar un encuentro casual, cruzándose de vereda.

—Buenos días, señorita ¿necesita ayuda? la veo muy cargada. Permítame —. Se apresuró a tomar los paquetes ante la sorpresa de Victoria que lo miraba de arriba abajo sin poder pronunciar palabra.

—¡Qué hombre más guapo! —Pensó mirándolo de arriba abajo con total desparpajo— ¡Oh, lo siento! Es que salí apurada y sin sirvientes, pensé...

—Si no se ofende, la puedo llevar en mi coche.

—No debería aceptar —Agregó fingiendo recato—. Pero está empezando a llover y mis telas no pueden mojarse.

—Permítame presentarme, soy Sebastián Agüero —Saludó tocando el borde de su sombrero.

—Victoria Baigorria de Olazábal, mucho gusto —Se presentó con un movimiento leve de su cabeza.

—Dada las circunstancias, me parece conveniente que acepte mi invitación, de otro modo, sus telas se arruinarán.

—Es verdad, está bien, acepto por ser una situación apremiante para mí, vivo en Los Aromos

34.

—¡Marcial, andando! —Ordenó al cochero— Le hago una pregunta: las mujeres de San Silvestre ¿Son todas tan bellas como usted? ¡Porque de ser así, estoy perdido!

—¡Jaja! ¡Qué ocurrencia! —Coqueteó.

Victoria quería saber quién era ese caballero tan elegante y bien parecido y, sobre todo, si tenía fortuna. Sebastián le contó su amistad y la próspera sociedad con Valiente.

—¿Qué parentesco la une a los Olazábal?

—Soy la sobrina de Don Juan ¿Lo conoce, verdad?

—¡Quién no! Pero a usted nunca la había visto —Mintió—. Si así hubiera sido, la tendría muy presente.

La muchacha sonrió seductoramente. Al arribar a la casona, lo miró unos momentos que, para Sebastián duraron siglos, le agradeció con voz muy sutil y ofreció su mano enguantada para que la bese. Él lo corrió apenas, y posó sus labios sobre la piel blanca. Ella le sostuvo la mirada en un gesto desafiante y preguntó:

—¿Quisiera, por favor, ayudarme un poco más?

—Con mucho placer —Contestó.

—¡Gracias! Lléveme los paquetes hasta la entrada de la casa.

—¡Josefa! ¡Josefa! —Llamó a viva voz al abrir la puerta.

Lucero se asomó al oír los gritos de su prima:

—Pero ¿Qué pasa? ¡Oh! Perdón, no sabía...

—Prima, este amable caballero me auxilió cuando sobrevino la lluvia, los presento: Lucero de Olazábal, Sebastián Agüero.

Lo saludó inclinando la cabeza.

—El señor Agüero me ha dicho que vive en la Casa de la Colina ¿Recuerdas que nos preguntábamos quién la había adquirido? Pues, su socio la compró ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Valiente Vallejos —Agregó el joven.

Lucero se sonrojó instantáneamente al escuchar su nombre y se turbó de tal manera que no atinó a nada.

—Josefa, —Ordenó Victoria— por favor, lleva estos paquetes a mi cuarto y tráenos té y masitas, son las diez y media de la mañana, un poco tarde, pero es que el día se puso tan destemplado que... ¿O usted debe retirarse?

—No, lo que tenía que hacer ya lo hice, volvía a la finca, puedo quedarme si su tío me lo permite.

—Mi padre está en el banco, llamaré a mi madre —Atinó a decir Lucero totalmente turbada— Tome asiento, por favor.

Doña Ana María apareció al instante y miró atentamente a Sebastián con sus pequeños ojos inquisidores y con algunas preguntas se informó de su procedencia. Por cortesía, permitió el improvisado convite mirando con severidad a Victoria.

—Debo continuar con mis tareas, señor Agüero, Josefa vendrá con el servicio y se quedará en la sala con mi hija y mi sobrina, le agradezco el gesto que tuvo con Victoria. Recuerden niñas no distraer al caballero de sus obligaciones por mucho tiempo.

—Bueno, el azar lo quiso así —Caviló Sebastián, tomando de a sorbos el té, disfrutando del momento.

—Y dígame, caballero ¿A qué actividad se dedican usted y su socio? —lo abordó Victoria con

desenfado.

A Lucero le fastidió la osadía, pero también quería escuchar la respuesta. Sebastián sonrió y les contó con algunos detalles los duros comienzos, Lucero memorizaba cada una de sus palabras con absoluta concentración en el relato.

—Ambos nacimos en la isla de Guevara y somos inseparables desde pequeños. Valiente perdió a sus padres muy pronto y heredó el título de unas minas de cobre en Cruz Azul. Hacia allí nos dirigimos, estaban abandonadas. Trabajamos mucho para ponerlas en funcionamiento y lo logramos tras algunos años. Fueron tiempos difíciles pero Valiente es un ser obcecado y persistente, cuando algo se le pone en la cabeza, lo consigue —Lo dijo mirándola a Lucero, quien bajó su barbilla para que no se notara su nerviosismo— Así que la prosperidad llegó como él me lo había prometido tantas veces, es una buena persona y me honra que me llame su hermano.

—¿Qué vidas apasionantes! —Comentó entusiasmada Victoria—. ¿Son solteros ambos?

—¿Qué dices? —La reconvino Lucero— Discúlpela, por favor, es una impertinencia de su parte —Su prima le dirigió una mirada cargada de rabia y desprecio.

—No hay problema, no me molesta contestarle a la dama —Sonrió divertido— Estamos solteros y en edad de casarnos ya, ambos cumplimos los treinta y, en San Silvestre, seguramente encontraremos esposas —Dijo mirando a las primas—. No he visto mujeres más bellas que aquí.

Josefa recogió la vajilla y les anunció:

—Niñas, deben prepararse para el almuerzo.

Sebastián se puso de pie:

—Muchas gracias por el té y la conversación pero, debo retirarme, salúdenme con la señora de la casa, señoritas... —Se inclinó.

—Lo acompaño hasta la puerta —Respondió Victoria muy resuelta.

Lucero se quedó pensativa, llena de admiración por ese hombre que había tenido una vida azarosa y que había podido sobreponerse a todas las adversidades.

—Gracias, una vez más por su auxilio —Le dijo con coquetería Victoria.

—Bendito este día que me hizo conocerla —Exclamó—. ¿Podremos volvernos a ver?

—Me gustaría —Contestó displicente.

—Debo, entonces, pedirle permiso a su tío.

—Por ahora no —Se disculpó— Está muy ocupado y estoy seguro que lo aprobará porque mi tía ya lo hizo hoy.

—Nos podemos ver, entonces, mañana en el Puente Viejo ¿A las cinco le parece bien?

—No, mejor por la mañana. De todos modos, no le prometo nada, veré qué puedo hacer. Si no llego a las once, es que tuve otras obligaciones —Esta vez, le ofreció su mano desnuda y Sebastián humedeció sus labios y los apoyó un instante sobre su dorso, mirándola con deseo. Victoria sonrió desviando la mirada en señal de falso recato.

Impaciente, Valiente caminaba por la galería de la casa atisbando el horizonte

—Se está tardando mucho... —Pitó el cigarro nervioso.

Julia lo miraba desde la ventana del comedor:

—¿Qué le estará pasando? ¿Serán problemas en las minas?

A lo lejos se divisaba el carruaje de Sebastián, Valiente salió a su encuentro:

—¿Cómo te ha ido? ¿Por qué la tardanza?

—Ven a la biblioteca, tengo mucho para referirte —Dijo con apuro—. ¿Y Doña Julia? No debe escuchar esto.

—Despreocúpate, me urge saberlo todo de ella.

Los amigos entraron presurosos a la casa, Julia los vio pasar y se intrigó. Se acercó a la puerta para poder escuchar, pero no lograba entender lo que decían, hablaban muy bajo:

—Secretean... ¿Qué será lo que se traen entre manos? ¿Tal vez sea una sorpresa de Valiente para mí? Bueno, —Se conformó —ya veré, ahora tengo que ordenar a Carmelina lo que debe hacer.

—Los Olazábal están en bancarrota, mi informante dice que es un viejo mujeriego que adora a su hija, el candidato Alonso Mendía y Oviedo es su esperanza, es un hombre muy rico e inescrupuloso, tiene fama de jugador, no aquí, por supuesto, viaja periódicamente a otras ciudades con la excusa de diligencias y trámites y va a las casas de juego clandestinas que abundan en la capital, visita prostíbulos.

—Ajá ¿Qué más? ¿Y de Lucero qué averiguaste? —Preguntó ansioso.

Sebastián le contó con pelos y señales el encuentro fortuito con Victoria y lo que sucedió en la casa de los Olazábal.

—¿Y ella? ¿Qué decía? ¿Cómo la viste? Por favor, amigo mío, me estoy muriendo de ansiedad.

—Tranquilo, Valiente, su prima es una exquisitez de mujer y Lucero, muy bella y discreta, se interesó mucho cuando les conté de nuestro pasado, escuchaba muy atenta y se quedaba muy pensativa a veces. La madre es una leona enjaulada, de temer. Me veré con Victoria mañana... Esa niña no se me escapa.

—Bien hecho, hermano, ahora me toca a mí actuar.

—Un detalle, rodeé la casa al irme y observé que hay un jardín enorme detrás y hay balcones bajos.

—Gracias por el informe, muy completo —Dijo palmeándole la espalda.

—Voy a ver si los peones atendieron a los caballos.

Se quedó, a solas, leyendo el informe:

—Sor Inés Falcón Rivera, Rectora del convento y madrina de Lucero ¡Quién lo hubiera dicho!
—. Pensó para sí— He ido varias veces a llevar donaciones allí y hemos trabado algo de confianza, es una persona muy atareada y muy sencilla en el trato. Realiza una obra maravillosa con esos huérfanos, no lo hubiera imaginado nunca, ella me ayudará a llegar hasta Lucero, mi Lucero.

Valiente se apersonó en el despacho de Don Juan de Olazábal muy temprano en la mañana. Julia lo había visto partir, la saludó apenas con un beso en la mejilla y no soltó palabra de su destino a pesar de la insistencia de ella, por cierto, muy velada para no airarlo, consciente de que a su amante no le gustaban los interrogatorios.

—Algo está sucediendo... Está muy evasivo, ya no es el mismo, se encierra con Sebastián y hablan en voz muy baja. Esto me trae mala espina, le diré a Juanita que ponga más atención a los diálogos entre ellos y los movimientos de Valiente, sobre todo cuando yo me ausento, ella es de mi más absoluta confianza —Resolvió, alarmada.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —Don Juan lo recibió con un apretón de manos, era ya un hombre septuagenario pero con un porte importante y una voz de trueno.

—Valiente Vallejos, para servirle.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—Resido en San Silvestre desde hace uno meses y quisiera hacer una fuerte inversión en agricultura. Sé que usted posee campos que no están siendo explotados como se merecen, es buena tierra y se malogrará si no se siembra a tiempo.

A Don Juan le brillaron los ojos, ya había conversado con Alonso sobre la posibilidad de que su futuro yerno invirtiera en sus campos venidos a menos y la promesa se cumpliría después de la boda, en cambio, de buenas a primeras, este ignoto caballero venía a proponerle lo que tanto había soñado.

—Son muchas las personas que me han ofrecido su dinero —Mintió— Estoy estudiando las propuestas ¿Cuál sería la suya concretamente?

Valiente le extendió una carpeta con un detallado plan de acción financiera que había confeccionado la noche anterior junto a Sebastián, quería que el padre de Lucero caiga vencido a sus pies y sabía que su oferta era inmejorable.

—Tómese un tiempo para estudiarla y luego me contactaré con usted nuevamente, todo se puede conversar, por supuesto.

—¿Cómo no! —Dijo después de haber ojeado la cifra final— Le agradezco su interés, lo acompaño hasta la puerta.

Lucero partió a misa acompañada de Josefa, ni bien salió de la iglesia se dirigió al convento, debía hablar con su madrina, ella la comprendería y la aconsejaría bien, despidió a la criada e ingresó por la puerta auxiliar que llevaba al despacho de la Madre Superiora:

—¡Hola mi niña, buenos días! ¿Qué te trae por aquí?

—Algo urgente, necesito que me aconsejes. Ya sabes que mis padres quieren que me comprometa con Alonso el próximo mes —Dijo apurada.

—Y tú... ¿Lo amas? ¿Se entienden?

—¡No! No lo amo, definitivamente —Aseguró con pesar.

—¿Y cómo lo sabes? Muchas veces el amor llega después ¿Te agrada al menos?

—Sí, pero nunca lo amé, ahora lo sé y de eso quiero conversar contigo, he conocido a alguien.

—¡Ah! —Sor Inés se puso seria— Otro hombre del cual te enamoraste, supongo.

—No lo sé, pero sí sé, que me alteró, me turbó y me paralizó, no puedo sacármelo de la cabeza. Me sentí tonta a su lado, parece que el mundo se detiene cuando pronuncio su nombre... eso es y mucho más.... con Alonso jamás me pasó ni me pasará, de eso estoy segura.

Los ojos de la monja se llenaron de lágrimas al recordar esas emociones que alguna vez había sentido, se recompuso y preguntó:

—Por lo que escucho, ya se vieron, se encontraron, se declararon su amor.

—No, madrina, nada de eso. Sólo nos vimos una vez, ayer en la Alameda, pero esos momentos junto a él fueron fascinantes, embriagantes.... Quiero volverlo a ver.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cómo es? —Preguntó ansiosa.

—Madre, Madre —llamó Sor Guadalupe desde el patio—. Por favor, la necesitamos en el vestíbulo llegaron más donaciones de nuestro benefactor ¡Venga a ver!

Lucero corrió tras de las monjas y frenó sus pasos abruptamente:

—¡Valiente! —Suspiró casi sin aliento al ver su figura erguida y gallarda.

—¡Ay, pero señor Vallejos es usted muy generoso, ya le dije que todo lo que me envió la semana pasada era más que suficiente! ¿Ahora más? —Aplaudió como niña, Inesita— Muchas gracias, ven, mi cielo, quiero presentarte a este caballero que...

Lucero avanzaba pálida mientras él le sonreía con su dentadura blanca y perfecta. La monja

captó todo en ese instante:

—¿Ustedes se conocen?

Ambos permanecían mudos y ajenos al mundo, sólo se miraban frente a frente. La religiosa dio órdenes a las novicias que la rodeaban, para llevar los numerosos bultos al orfanato adyacente.

—Perdónenme unos minutos, debo ir al asilo para supervisar ¿Me aguardan? —y dirigiéndose a su ahijada—. Quedas en buena compañía, el señor Vallejos es de mi absoluta confianza.

—¡Gracias, Madre! —Una vez solos, le sonrió distendido y mirándola con intensidad, le dijo:

—¿Cómo está, Lucero?

—Sorprendida, usted es el caballero de la feria, no pensé...

—¿Encontrarme aquí? ¿No cree en el destino? Ya le dije que nuestras vidas se cruzaron.

—No sé qué decir...Pensaré que soy una tonta, pero —Se animó decir —yo no soy así —Dijo incómoda.

—Lo sé, puedo ver otras cosas en usted.

—¿Qué cosas?

—Veo franqueza, bondad, pasión, osadía. Veo a una mujer con temple de fuego. Todo eso y más.

—¡Me confunde, no me conoce y cree que lo sabe todo de mí! —Protestó contrariada.

—Desde que la vi, supe que somos el uno para el otro —Se colocó tan cerca que podía oler su aliento a menta— Fui hecho para ti y tú para mí —La tomó de las muñecas y se las llevó hacia su pecho, besándola con suavidad sobre los labios, casi rozándolos. Lucero se abandonó a esa nueva sensación y sintió cómo su cuerpo se tensaba y entibiaba hasta sentir ardor.

—¿Cómo se atreve? No está bien...puede venir mi... —Él le rozó los labios con sus dedos y la miró intensamente. La besó, ésta vez su lengua humedeció sus labios y jugueteó con sus comisuras.

—No, no... —Dijo empujándolo suavemente.

—¿Quieres que te deje? Yo no quiero dejarte nunca más —Dijo con voz ronca y cargada.

No pudo responder, Lucero se abandonaba a sus reclamos, había perdido por completo el dominio de sí misma hasta olvidarse donde estaba. Valiente rodeó su cintura apretándola contra sí, notó su sexo tieso y dio un respingo.

—Esto no puede estar sucediendo... —Susurró, sentía su cabeza estallar.

—Sí sucede es porque ambos lo queremos —La enloqueció aún más al besarle el lóbulo de su pequeña oreja y recorrer con su boca, el cuello.

Ella se dejaba arrastrar por ese clima envolvente que la sumergía en un disfrute que ni siquiera sospechaba que existía.

—Dime que me aparte y lo haré, Lucero mío —Decía mientras la besaba— Tú eres para mí y yo soy para ti, entiéndelo de una vez.

—Yo...no...puedo...es... —Balbuceaba cerrando los ojos para sentir con hondura lo que nunca había sentido.

—Si me aceptas, así será siempre —Prometió, sin detenerse.

A lo lejos, se escuchaban cada vez con más fuerza las voces de las monjas, Lucero hizo un esfuerzo mayúsculo para apartarse del embeleso y él le sonrió en silencio. Se ruborizó, porque su mirada tenía pecado y sintiéndose cobarde para enfrentar a su madrina, huyó rápidamente del lugar, caminando casi corriendo para refugiarse en su casa. Josefa, que se había quedado en la cocina departiendo con la cocinera, la vio pasar y corrió hacia ella sin poder alcanzarla.

Presurosa y evitando encontrarse con alguien en los pasillos, Lucero entró en su habitación y

le puso llave, tratando de calmarse, sin conseguirlo:

—Esto que sucedió no puede ser...es, es...fue tan... tan... ¿Qué locura es esta? ¡Me estalla la cabeza! ¿Cómo puede decirme esas cosas? Lo tiene todo resuelto, está seguro y yo...estoy aterrorizada —Se arrojó a la cama para poder repasar la escena y un suave calor comenzó a entibiarle el cuerpo hasta hacerlo arder nuevamente. Jamás había experimentado esas sensaciones, jamás la habían besado, nadie le explicó cómo se sentía, que era algo tan maravilloso, que hacía perder los estribos. Sonrió cerrando los ojos—. Valiente...Valiente —Suspiró.

Rápidamente corrió hacia su secreter para escribir todo lo que le había sucedido en su diario íntimo, porque deseaba dejar grabado el cúmulo de sensaciones que la invadía cuando pensaba en él:

“Es algo tan mágico, raro y misterioso lo que me sucede cuando estoy frente a Valiente Vallejos que no lo puedo describir exactamente, querido diario, trataré de explicarlo, aunque si así lo hiciera, nunca sería igual. Entre nosotros hay una corriente eléctrica de atracción irresistible, me hubiera dejado llevar con total entrega en el despacho de mi madrina, tuve que hacer un esfuerzo tremendo para salir corriendo de allí ¿Pero cuánto tiempo resistiré? ¿Es así como se siente cuando uno se enamora? No lo sé...”

Sebastián fue puntual, Victoria llegó media hora más tarde.

—Creí que no vendría, la esperaba con ansias —La saludó inclinándose.

Ella le ofreció su mano:

—Discúlpeme, realmente no sabía si me iba a desocupar a tiempo.

—Esperaría el día entero, si fuera preciso —Se sinceró.

—¿Adónde vamos?

—¿Puedo elegir? —Victoria asintió pícaro— la llevaré a pasear en bote ¿Le parece?

—¡Oh, sí! —Palmeó contenta.

Sebastián remaba entusiasta, mientras Victoria calculaba a cuánto ascendería la fortuna de su pretendiente. Se orillaron en un paraje con madre selvas y orquídeas:

—¿Bajamos? —La invitó dándole la mano.

Caminaron por el sendero sinuoso hablando de banalidades hasta que ella arremetió:

—Me imagino que usted ya ha tenido varias conquistas aquí.

—¿Por qué lo dice? —Sonrió divertido.

—Por sus condiciones, que se ven a simple vista: joven, trabajador, buen mozo.

—Es un halago para mí viniendo de usted, pero estoy muy ocupado para esos menesteres —Mintió.

—¿Por eso tiene la idea de contraer nupcias? —Preguntó mirándolo a los ojos, seductoramente.

Sebastián quedó extasiado ante el bello rostro de la muchacha y tardó en responder.

—Sí... —Musitó extasiado—. Perdón por mirarla así, pero la luz del sol resalta aún más su belleza.

—Gracias por el cumplido —Sonrió con fingida timidez.

Le tomó la mano enguantada y la desnudó lentamente para besarla, ella lo dejó hacer, pensando que era un bello ejemplar de hombre y además adinerado. Cerró los ojos un instante mientras percibía que los besos trepaban por su brazo, imprimiéndole el calor de los labios varoniles hasta que, en un santiamén, la estaba besando en la boca. Sus lenguas se entrelazaron, furiosas y, casi tambaleantes, se aproximaron a un árbol para no caer. Los besos y caricias

continuaron en aumento hasta que Victoria decidió apartarse bruscamente.

—Creo que nos extralimitamos, no corresponde —Dijo componiéndose la falda.

—¡Oh, claro que sí, discúlpame! —Exclamó, tratando de que su sexo erecto no se le notara—
Me dejé llevar.

Victoria lo miró con altanería:

—Debemos irnos.

La forma en que le habló, lo descolocó. No sabía qué clase de carácter tenía, por momentos era dulce y dócil y, al instante viraba hacia una postura dura y arrogante. Se conformó diciéndose que, tal vez, al no tener contacto con mujeres de la alta sociedad, no conocía los modales y gestos habituales en ellas.

—Es una mujer enigmática —Pensó.

El regreso fue en silencio, Victoria elucubraba los próximos pasos a seguir, sabía que había herido a Sebastián en un ala y que ya lo apuntaba nuevamente para darle el segundo tiro de gracia:

—Finalmente harás lo que yo te diga, tesorito —Pensó.

Una vez en tierra, le preguntó:

—¿Cuándo conoceré la Casa de la Colina dónde vives? ¿Me has dicho que crían caballos de raza, no? ¡Me encantan!

Lo tomó por sorpresa la propuesta, creía que lo había arruinado todo y respondió con entusiasmo:

—¡Cuando quieras! Tal vez en algunos días, pues tengo que resolver unos asuntos en el pueblo vecino, le puedo pedir permiso a tu tío para visitarte y así sería más fácil.

—No, no —Lo interrumpió— Es pronto para ello, mejor envíame un recado discreto y nos encontramos en el mismo lugar de hoy.

—Está bien, como tú digas —Le sonrió embelesado.

La vio alejarse y suspiró:

—¡Qué mujer! —Y rumbeó a la florería para enviarle un ramo de rosas rojas a la que había elegido como su futura esposa y madre de sus hijos.

Doña Ana María golpeó insistentemente la puerta de la alcoba de su hija sin respuesta.

—¡Lucero! ¿Estás ahí, duermes a estas horas? ¿Adónde fuiste más temprano?

La muchacha resopló y decidió abrir la puerta:

—¿Qué pasa contigo? Me duele terriblemente la cabeza, estaba descansando.

—¿Te has serenado finalmente, has recapacitado, hija mía? Alonso está conversando con tu padre y sería bueno que tuviera la confirmación de que el compromiso se realizará.

—¡Yo no me voy a comprometer con él, madre, no lo amo, ya te lo dije!

—¡Niña malcriada, rechazas a un buen partido, el mejor de la región diría yo, por un capricho!
—Vociferó demudada.

—¿Por qué me gritas así, porque no te obedezco? —Dijo desafiante.

—A ver —Dijo suavizando el tono para conciliar—. ¿Cómo sabes que no lo amas? ¿Si nadie te ha besado siquiera? No sabes lo que se siente...

Lucero salió disparada de la habitación, Doña Ana María la siguió asustada, no comprendía la situación desatada, sólo vio a su hija darle un beso en los labios del sorprendido Alonso, que estaba a punto de abrir la puerta para retirarse.

Se apartó bruscamente de él y mirando a su madre, le dijo:

—¡Ahora sé, no sentí nada! —La vieron salir como una flecha por la puerta de calle.

Caminaba satisfecha, era la primera vez que le hacía frente a la férrea autoridad materna. Se sentía extraña y libre, rumbeó hacia la florería de Martina, tenía que contarle muchas cosas.

Doña Ana María se quedó paralizada y trató de esbozar una disculpa, pero al ver que Alonso sonreía, atinó a salir disparada hacia la cocina.

—Te casarás conmigo, aunque no me ames —Masculló Alonso entre dientes.

Sebastián ingresó a la florería dispuesto a encargar sendos ramos para las señoritas Olazábal, siguiendo expresas órdenes de su amigo.

—¿En qué lo puedo ayudar, caballero? —Martina lo recibió con una bella sonrisa.

—¡Oh, pero qué grata sorpresa me he llevado, señorita! ¡Pensé en encontrar a una simpática anciana y aparece usted! —Dijo galante.

Martina se sonrojó.

—Quisiera enviar dos ramos con estas tarjetas a la casa de la familia Olazábal: uno para la señorita Lucero y otro para la señorita Victoria ¿Qué me recomienda?

Sugirió algunas flores mientras se preguntaba quién le enviaría a su amiga.

—Perdón la pregunta, no quiero ser indiscreta, pero Lucero es mi como una hermana y...

—¿Ah sí? —Sebastián se acodó en el mostrador.

—Y no lo conozco, no sé cuál es la relación que los une, estoy confundida.

—Entonces me voy a presentar: mi nombre es Sebastián Agüero y soy socio y amigo personal de Valiente Vallejos.

Lucero atinó a escuchar las últimas palabras saliendo de la trastienda y se ruborizó.

—Señor Agüero ¡Qué sorpresa! —Exclamó fingiendo serenidad y compostura.

—¿Tú lo conoces? —Preguntó Martina sin comprender.

—Sí, fuimos presentados por Victoria ¿Qué lo trae por aquí? Supongo que —Se sintió tonta— bueno, a comprar flores.

Los tres rieron por la ocurrencia y para aflojar tensiones.

—Vine a encargar unos ramos.

—Sí y uno es para ti —Dijo entusiasmada— del señor Vallejos.

Lucero hirvió de rabia y, mirando a Sebastián con furia inyectada en su mirada, contestó:

—Dígale a su amigo de mi parte que no me envíe flores ni nada, que es un atrevido, que se olvide de mí, que...

—¡Lucero! ¡Cálmate! —Martina miraba a Sebastián como pidiendo una explicación.

—Por favor, señorita, no se enoje con él, nosotros somos gente sencilla que no entendemos mucho de los modales de la alta sociedad —Trató de explicarse—. Queremos halagar la belleza de ustedes con estas flores. Creo que mejor, me retiro, será en otro momento.

Martina, atónita, sin comprender nada de lo que había sucedido, le pidió explicaciones a su amiga:

—¿Por qué reaccionaste de esa manera? ¿Qué te hizo ese caballero, que por cierto, es muy guapo?

Lucero le relató con lujo de detalles todo lo acontecido en el encuentro con Valiente y luego, lo que sucedió en su casa con su madre y Alonso.

—¡No lo puedo creer! Realmente te has vuelto loca ¡Sin remedio y qué bella locura, Lucero! ¡Te has enamorado a primera vista!

—Me siento viva, Martina, es la primera vez que me siento así —Sonrió satisfecha.

—Entonces ¿Por qué le hiciste esa escena al señor Sebastián?

—Porque no voy a dejar que nadie me avasalle, ya nadie va a decidir sobre mi vida, ni mi madre ni mi padre ni Alonso ni siquiera Valiente Vallejos.

—¿Él tampoco? —Le preguntó pícara.

Lucero se sonrojó:

—Me atrae mucho, pero también me enoja su manera de hablarme, su absoluta seguridad de que estamos hechos el uno para el otro. Es un huracán que me desbasta ¡Es incontrolable!

—Pero, es muy diferente al mentecato de Alonso y de las formas que tienen tus padres contigo. Él te provoca otras cosas, otros sentimientos ¿No?

—Sí, claro... —Razonó— ¡Ay, Martina, cuando me besó creí que el mundo desaparecía y sólo nosotros existíamos!

—¡Ya ves! ¡Cuéntamelo todo, por favor, que me muero por conocer los pormenores de eso tan desconocido para mí! —Le pidió entusiasmada— ¡Es la primera vez que te veo así!

Al encontrarse en la Casa de la Colina, encerrados en la biblioteca, Sebastián le refirió a su amigo los encuentros que tuvo con Victoria y en la florería con Lucero.

—Vaya, vaya con las damitas— Rio Valiente.

Juanita pegaba la oreja del otro lado de la puerta por encargo de Doña Julia, a quien le estaba eternamente agradecida por el trabajo que le había conseguido.

Los amigos tomaron una copa de coñac mientras se contaban las peripecias vividas con las Olazábal.

—Victoria me trae de las narices, hermano —Confesó Sebastián.

—Lo mismo digo de Lucero, esa fierecilla será mía —Vaticinó.

—¿Y Julia? ¿No piensas en ella, crees que renunciará a ti tan fácilmente?

—Te he dicho que, entre nosotros todo está claro, no habrá problemas.

—Por cierto, invité a Victoria a la casa para mostrarle los caballos que criamos —Dijo con picardía.

—Cuidado Sebastián ¿El tío lo sabe? Mira que las mujeres de la alta sociedad tienen reglas que cumplir.

—Lo sé, hermano, pero no quiso que lo supiera, es una muchacha muy decidida ¡Así me gustan!

—Será como tú lo desees, entonces —Brindaron entrechocando las copas.

La criada corrió rápidamente a la cocina, aguardando el momento en que Doña Julia regresara del pueblo.

—No le va a gustar nada, nadita a la señora lo que tengo para decirle —. Sentenció.

La viuda trató de digerir todo lo que le contó la muchacha:

—¿Cómo no me di cuenta antes? —Se reprochó— hace unos días que está evasivo y rehúye mis caricias cuando antes se entregaba dócilmente ¡Esa niña mojigata e inexperta, mimada por su padre hasta el hartazgo, no me llega ni a los talones! ¿Por qué me pagas así, mi amor? ¿Por qué? —Protestó con lágrimas en los ojos.

Don Juan le había contaba cientos de veces, de su devoción filial entre las sábanas tibias de la alcoba. Apenas enviudó, fue el primero que se acercó a saludarla y a ofrecerle su ayuda y ella, libre y ambiciosa, creyó encontrar al amante perfecto hasta que se dio cuenta que nunca sería así.

—Doña Julia —La sorprendió Valiente a sus espaldas— Te veo muy concentrada en tus pensamientos, te he llamado a la galería y no me has respondido.

—Es que pensaba en nosotros.

—¿Qué cosas?

—Ya hace unos meses que congeniamos muy bien —Dijo, mientras se daba vuelta y se le acercaba con andar felino—. Paso muchas noches contigo y no tenemos compromisos con otras personas.

De repente, recordó las advertencias de su amigo.

—¿Adónde quieres llegar con todo esto?

—A la convivencia —Soltó de una vez—. Quiero ser tu mujer ante la sociedad de San Silvestre, no quiero que me miren de reojo cuando voy de tu brazo, creo que me lo merezco —Lo miró desafiante.

—Sinceramente, tu planteo me toma por sorpresa, creo que fui muy claro al comenzar nuestra relación ¿Recuerdas?

—Lo sé...nada de reproches, nada de exigencias, nada de ataduras ¡Pero me enamoré de ti! ¡Con toda mi alma! —Gimió.

—Yo también te estoy muy agradecido por todo lo que hiciste y haces por mí, pero no era el trato.

—¡No entraba en mis planes enamorarme, maldita sea! —Gritó furiosa—. ¿Qué hago yo con todo lo que siento? ¡Esperaba que me correspondieras, formar una familia!

—Creo que estás muy alterada, conversemos en otro momento —Dijo fastidiado.

—¿Tú me amas? ¡Contéstame! —Había caído en un abismo de desesperación y celos irrefrenables, su mente se nublaba con negras ráfagas de dolor, sentía a Valiente tan lejos de sí que, aunque pudiese tocarlo, todo su ser ya le era ajeno.

—Julia, te tengo un gran afecto y un agradecimiento eterno, eres una magnífica mujer capaz de complacer a cualquier.

—¡No respondes a mi pregunta! —Lo cortó secamente—. ¿Me amas?

—¡Ya dejemos esto, no es una buena noche ni para ti ni para mí! —La rehuyó, pues no deseaba lastimarla y tomando su chaqueta, salió de la casa.

—¿Adónde vas? ¡Valiente! —Lo siguió— ¡No te vayas, por favor, no me dejes, te lo suplico! —rogó desesperada tomándolo con fuerza del brazo.

—Serénate, mujer —La abrazó consolándola—. No me gusta verte así, voy a dar un paseo para despejarme —La soltó suavemente y subió al caballo—. Vete a dormir, regreso pronto.

En la inmensidad de la noche, la joven viuda se sentó en la reposera de la galería repasando su pasado.

—¿Qué he hecho de mi vida? ¿Cuántos años tenía yo cuando mi madre me envió a trabajar a la mansión de los Ordóñez, siete, ocho? ¡Cómo deseaba comer del pavo que les servían! Recuerdo que la señora decía que los niños harapientos como yo no tenían el paladar acostumbrado para comer ese tipo de aves ¡Malvada! —Gritó— ¡Qué hambre tenía siempre, hambre de pasteles, de bombones, de fruta variada que terminaba pudriéndose porque nadie la comía! —Rememoraba con infinita tristeza— Me lo hubiera comido todo en un santiamén...Cuando crecí y mi cuerpo se moldeó con curvas provocativas, el viejo Ordóñez me llamaba a la habitación de huéspedes y me hacía desvestir lentamente, sin tocarme, hasta quedar desnuda. Se regodeaba unos momentos y me hacía vestirme con premura, echándome del cuarto rápidamente, no sin antes darme unas monedas ¡Viejo asqueroso!

—¡Señora, es usted! —Dijo Juanita—. No creí que a estas horas la iba a encontrar aquí ¿Necesita algo? ¿Le traigo su mantilla? Hace frío.

—Como quieras...

Julia admiró el cielo estrellado y suspiró profundamente.

—Aquí tiene, señora ¿Usted está triste por lo que le conté hoy?

—Es un cúmulo de cosas que me han sucedido, mi vida fue difícil y cuando me casé, pensé que era para toda la vida, pero enviudé inesperadamente. No fui feliz con él, creí que estaba enamorada —Confesó— pero era deslumbramiento, nada más. Disfruté de joyas, de viajes, vestidos suntuosos, perfumes y me volví a quedar sola y libre de hacer lo que me placía sin rendirle cuentas a más nadie. Hacía y deshacía a mi antojo, después de enviudar, elegía al hombre con quien acostarme. Hasta que apareció Valiente y me enamoré perdidamente.

—Señora ¡Cuánto lo siento, no quiero verla sufrir!

—No te preocupes y gracias por escuchar mis lamentos, me voy a acostar, el señor vendrá de un momento a otro, vete a descansar tú también.

En la penumbra, recordó el día en que lo conoció:

—¡Qué bello era todo! Con su llegada, mis esperanzas renacieron. Había jurado que jamás ningún hombre iba a decidir sobre mi cuerpo ni sobre mi vida, pero él hizo trizas ese juramento ¡Mi amor traicionero! ¡Ahora tú me dejas de lado para correr en brazos de otra! ¡No te casarás con ella, no lo permitiré, a mí nadie me deja! —Gritó desesperada.

El dolor que le provocaba la idea de que su amado fuera de otra, la sumía en un interminable llanto, sentía que todo lo bueno que había construido dentro de su alma, se derrumbaba estrepitosamente:

—¡Íngrato! ¿Cómo hago para arrancarte de aquí adentro? ¿Cómo hago para dañarte si te amo más que a mi vida?

—¿Tú por aquí, bribón? —Lo saludó la dueña del prostíbulo— ¡La Casita Rosa te extrañaba! Ahí anda Isabel —Señaló hacia el salón—. Seguro se alegrará mucho al verte.

—Gracias, Alba, en verdad, ha pasado el tiempo sin que me diera cuenta, pero aquí estoy ¡Isabel! —La llamó.

—¡Qué alegría! ¡Te he extrañado tanto, corazón! —Dijo la muchacha entrelazando sus brazos en el cuello del recién llegado—. Ven, vamos, prontito a la alcoba antes que regreses a los brazos de la viudita ésa.

—Isabel... No vine hablar de ella, vine a buscar tus caricias —Dijo besándola ardientemente—. Consuéleme.

—Es verdad, vivamos el momento, te prometo una noche que no olvidarás fácilmente.

Doña Alba sonrió al verlos entrar en la habitación, apreciaba mucho a Valiente y, sobre todo, le estaba agradecida de por vida. En el poco tiempo que vivía en San Silvestre y frecuentaba el prostíbulo, le había hecho desinteresadamente varios favores. Como, por ejemplo, desalojar a puñetazos, junto a su amigo Sebastián, a algunos hombres despreciables que habían lastimado severamente a tres de sus muchachas. También, ayudarla con una suma importante de dinero para saldar viejas deudas con el banco.

—Serás siempre mi invitado, muchacho, diviértete —Agregó complacida.

Julia se revolvía entre las sábanas sin poder conciliar el sueño:

—¿Adónde estará, habrá ido a buscarla? No, no creo... ¡Es que yo me alteré tanto! Le dije cosas que no debí decirle —Se reprochó— Mi amor ¿Dónde estás, por qué no vienes a cubrirme de besos como lo hacías antes?

Con los primeros albos de la mañana, Valiente llegó a la casa y tratando de no hacer ruido,

se desvistió y se dispuso a dormir algunas horas, somnolienta le recriminó:

—Tienes olor a alcohol y a mujer barata ¿Fuiste al prostíbulo no?

—Duérmete, descansa...Hablaemos después.

—No me dejes, no me dejes, por favor —Musitó.

Valiente escuchó, preocupado, esas últimas palabras antes de dormirse.

Don Juan se hallaba en su escritorio desde muy temprano, estaba ocupado en los preparativos de la entrevista definitiva con Alonso, había considerado la propuesta de Valiente, pero terminó por desecharla pues, casar a su hija con un Mendía y Oviedo le daría prestigio a su familia, en cambio, no sabía nada del tal Vallejos.

—Juan —Dijo su esposa— hay algo que me inquieta.

—Ahora no, Ana, debo resolver cosas importantes para escuchar chismeríos.

—Es sobre Lucero —Se enojó—. No quiere comprometerse con Alonso, se niega a recibirlo y me ha gritado que no lo hará.

—¿Cómo? Eso sería nuestra ruina, haz lo necesario para convencerla sin decirle que de eso depende nuestra fortuna y buen nombre, y si se niega, pídele ayuda a Inés.

—¡Ya tenías que nombrarla! Yo soy la madre —Bramó—. ¿Qué puede saber de estos asuntos mundanos una monja recluida en un convento? ¡No lo comprendería! —Salió protestando hacia la sala.

Don Juan se quedó pensativo, las últimas palabras de su mujer lo llevaron al pasado del cual siempre quería escapar y no lo lograba. Estaba allí, agazapado, expectante, como una fiera presta a lanzarse sobre él para despedazarlo, sin piedad, en cualquier momento:

—Todos los intentos por apartarte de mi mente, Inés, fueron inútiles. Has estado en cada uno de mis días y de mis noches. Desde aquel maldito día en que elegí a tu amiga y no a ti, para desposarla. Enloquecí de dolor y de culpa cuando me enteré que habías entrado al convento y que te negabas la oportunidad de vivir. Fue mi peor castigo....No supe, no pude amarte como tú lo merecías, me casé con Ana María porque era la heredera de una fortuna que tú no poseías —Rio irónicamente— La que estoy tratando de salvar ahora sacrificando a mi hija adorada...Mis noches fueron y son vacías y asfixiantes recordando la única vez que tu piel y la mía se fundieron —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nunca pudimos hablar de eso, los años corrieron muy de prisa, algunas mujeres saciaron mi angustia y mis deseos de ti pero por un tiempo pero....Tu recuerdo siempre volvía a mí. Me conformé con verte algunas veces en la casa, pero nunca hablábamos porque Ana María se encargaba de interponerse entre nosotros.

Resignado a su suerte, se sobrepuso y revisó por enésima vez las deudas contraídas, los resultados negativos de las cosechas de los tres últimos años y suspiró profundo.

Lucero remoloneaba en la cama pensando en el encuentro con ese hombre, tratando de revivir una vez más las emociones experimentadas.

—Valiente, vienes a mí con tu osadía —Dijo susurrante—. Con tus ojos de fuego, con tu sonrisa blanca y tu voz ronca que me dice cosas que nunca escuché, pronunciadas con tanta certeza y audacia que hace que todo mi cuerpo tiemble. Provocas en mí una sensación nunca antes sentida —Se mordió el labio inferior al recordarla—. Quiero volver a verte...y quiero que me beses una vez más.... Creo que estoy en pecado... —Recapacitó— Bueno, no me importa ¡Al fin estoy viva!

Valiente se despertó con resaca, miró a su lado y no halló a Doña Julia.

—Seguramente estará en la cocina dando órdenes como siempre.

Mientras se bañaba en la tina, ensayó algunas maneras de poder concluir la relación sin que el daño fuera tan grande.

—Doña Julia es muy pasional —Razonó—. Pero también tiene una gran lógica que la ayudará a entender que lo nuestro llegó a su fin.

La buscó por toda la casa y no dio con ella. Carmelina conversaba con Natalio, el jardinero, cuando vio a su patrón caminar por las galerías de un lado al otro.

—¡Patrón! —Lo llamó corriendo hacia él—. ¿Busca a la señora?

—Sí ¿A dónde fue? No la encuentro por ningún rincón de la casa.

—Salió para el pueblo muy temprano, me dijo que lo dejara dormir y que iba a estar ocupada el resto del día, que mañana vendría para hablar con usted.

—Gracias, Carmelina, continúe con sus quehaceres.

Se convenció que, cuando se volvieran a ver, tendría la oportunidad de hablar amistosamente con su amante y que comprendería que sus caminos debían separarse definitivamente.

Pasaron algunos días, Julia había enviado diversos recados con su criada esgrimiendo excusas banales para no visitar a Valiente. Pretendía que la tormenta desatada entre ellos se diluyera y que, al volverse a ver, no se hablara más del asunto. Sin embargo, los días sin su amante pululando por la casa le habían servido a Valiente para reconfirmar el firme propósito de concluir la relación.

En tanto, Lucero se preguntaba cuando volvería a ver al hombre que le quitaba el aliento, recordaba su encuentro en la feria y en el convento y de solo pensar esos momentos, su cuerpo se estremecía:

—Es un ser que se atreve a todo, no le importan los modales ni las costumbres y eso, ya no me enoja, al contrario, me atrae aún más ¡Definitivamente él es libre y yo quiero ser como él!

Valiente había leído el informe de su socio y sabía que Lucero iba todos los jueves por la mañana al confesionario junto a Josefa y que la criada emprendía su marcha rumbo al mercado mientras su ama se reunía con el sacerdote. Al salir de la iglesia, Lucero caminaba unos metros hasta la florería de su amiga y allí se reunía con Josefa para regresar juntas a la casa. Ansiaba verla, tenerla cerca de sí, volverla a besar. Por la tarde, tenía pensado visitar a Don Juan para oír su aceptación a la propuesta y así liberar a su hija de ese compromiso nefasto y pedirla en matrimonio.

Aguardó media hora a que apareciera por el portón de la Iglesia y cuando hizo algunos pasos, la tomó por el brazo y la condujo presuroso, sin darle tiempo a reaccionar, hacia su coche. La hizo subir y le ordenó a Marcial que se dirigiese a la Casa de la Colina.

—Pero ¿Está loco? —. Protestaba Lucero, Valiente la tomó de la cintura y la besó con pasión interminable, ella se resistió apenas y dejó que él le acercara su cuerpo aún más y que su lengua recorriera su cuello y su escote.

—¡Si estoy loco es por tu culpa! No me puedo contener más —El aroma a menta de su boca le impregnó la suya y sus sienes comenzaron a latirle con fuerzas.

—Déjeme... —Suspiraba cuando él le besaba el nacimiento de sus senos y su lengua jugueteaba lentamente por su piel— Déjeme...

—No puedo, tú eres mi mujer y yo tu hombre....— Jadeó.

Lucero hizo un esfuerzo por enfriarse y lo tomó del mentón para que la mirase.

—¿Qué? —Suspiró excitado—. No me apartes, por favor, no seas cruel conmigo—. Suplicó—

Te he extrañado todos estos días.

—Por favor, necesito hablar contigo —Lo tuteó sin darse cuenta.

Valiente trató de aquietarse:

—Está bien, hablemos —Dijo componiéndose.

Ambos permanecieron unos instantes en silencio mirándose a los ojos, hasta que él se sentó frente a ella.

—¿Adónde vamos? ¿Por qué me crees de tu propiedad? —Dijo en un tono imperativo que lo asombró y complació.

—A mi casa, quiero que la conozcas porque allí viviremos cuando nos casemos. No eres de mi propiedad, si no mía, porque no quiero compartirla con nadie más.

—Yo no sé nada de ti —Expresó confundida— Desde ese domingo que no tengo paz.

—Tampoco yo, mi reina, por eso quiero que nos conozcamos y pedir tu mano, formalizar.

—Es un torbellino toda tu presencia, no me dejas razonar, me raptas, decides por mí ¡No sé ni lo que hago ni lo que pienso! —Se desesperó tomándose de la cabeza.

—Pero ¿Te agrado, no me rechazas, no? —Preguntó con esperanzas.

—Usted, tú... me confundes, me dejas sin aliento, me haces sentir cosas que nunca había sentido —Las mejillas de Lucero tomaron color y su cuerpo se entibió al ver el bello rostro de Valiente.

—Tú me enciendes también, me enloqueces al punto tal de no querer vivir un día más sin ti — Sin poder evitarlo más, se abalanzó hacia ella y la volvió a besar pero esta vez, la recostó sobre el asiento de manera tal que su cuerpo se encimó al de ella, Lucero sintió su sexo erecto y se asustó pero, los besos que se daban eran tan excitantes que se dejó llevar nuevamente por la pasión que le despertaba ese hombre. Las manos de Valiente recorrieron su falda y buscaron entre las ropas hasta encontrar su sexo palpitante, apretó y acarició con cadencia hasta hacerla vibrar.

—Esto no es posible... —Gemía descontrolada— ¡Tanto así!

—¡Sí, lo es! —Respondía él.

El coche se detuvo bruscamente, habían llegado a la Casa de la Colina, Valiente se reincorporó y acomodó su traje, Lucero estaba mareada aún y le costaba entender dónde estaba y porqué ese hombre que la enloquecía, le daba su mano y le sonreía:

—Ven, acompáñame —Dócilmente, la muchacha le obedeció—. ¡Mira, es nuestra casa! ¿Te gusta?

—No sé qué decir, no puedo pensar con claridad —Dijo apoyándose en su brazo.

—Ven conmigo, yo te sostengo ¡Entremos! —La invitó.

Carmelina acudió al instante esperando la orden de su señor.

—¿Quieres té, agua, limonada, coñac?

—Un vaso de agua está bien.

—Yo se lo sirvo, Carmelina, tengo una jarra de agua en la biblioteca.

Lucero caminaba como un autómata, se preguntaba por qué no se rebelaba, por qué estaba allí y no tenía la más mínima voluntad de contestarse.

Al quedarse solos, Valiente le dio un vaso de agua y esperó a que se recompusiera:

—No me has respondido ¿Te agrado?

—Sí —Contestó sonrojada.

—Eso me alegra mucho ¡Al fin te encontré, mi reina!

—¿Qué dices, me buscabas?

—Buscaba a la mujer que me hiciera sentir el amor, a mi compañera, a mi esposa ¡Esa mujer

eres tú!

—Debo regresar a mi casa, mi familia se preocupará si no regreso pronto —Afirmó nerviosa sin poder decir palabra sobre semejante afirmación.

—Claro, lo entiendo —Dijo acercándose lentamente— Llámame Valiente, muy pronto seremos marido y mujer.

—Está bien, Valiente. Por favor, no comencemos... —Le suplicó vencida, entrecerrando los ojos.

—No me detengas —Dijo tomándole las muñecas y llevándola hacia la pared— Es lo que deseamos —Y comenzó a besarla nuevamente, mordiéndole los labios y adentrando su lengua en el interior de su boca— Tú eres mía y yo de ti ¡Te amo! ¿Me amas también, Lucero?

—Sí —Decía jadeando— Te amo....

Valiente rozó sus pezones por sobre el vestido y Lucero se estremeció:

—¿Te gusta?

—Sí, mucho....

Los besos se hicieron repetitivos y la excitación continuaba en ascenso, las rápidas manos de Valiente levantaron las faldas y le bajaron los calzones apuntillados y sus dedos buscaron su sexo para explorarlo. Pronto los gemidos de placer no se hicieron esperar, Valiente buscaba llevarla al éxtasis. Gozaba tan solo mirarla jadear de placer.

—Eres mía, mía sola...

—Tuya, tuya.... Y de nadie más —Repetía, el orgasmo sobrevino en una explosión brillante que le cegó los sentidos, Valiente la tomó entre sus brazos y la besó con dulzura llevándola hacia el sofá y recostándola para que descanse.

Se sentó frente a ella y la contempló unos instantes:

—¿Estás bien, mi reina? —Sus ojos penetrantes la atravesaban con dulzura.

—Sí, algo mareada.... Y avergonzada también —Lo miró de soslayo, sus mejillas estaban rojas. Él se arrodilló cerca de ella, tomándole una mano:

—No debes avergonzarte, es lo más maravilloso que nos puede pasar, disfrutar de nuestro amor y expresarlo en nuestros cuerpos.

—Es que...soy una pecadora... —Le dijo con vergüenza.

—Jaja! ¿Cómo es eso? —Rio por la ocurrencia mientras se servía un escocés.

—Soy una señorita decente —Se reincorporó— Hace unos momentos me estaba confesando y ahora... —Se levantó y se dirigió hacia él—. ¿Qué me has hecho Valiente? Yo no me pude controlar cuando estoy junto a ti, es todo tan... inesperadamente bello que... —La besó y ella respondió tomándole la cara con ambas manos.

—Esto es amor a primera vista, no pecado, Dios se alegra cuando dos seres se aman —Le susurraba al oído en tanto ella respondió a sus besos. Luego de unos instantes, le dijo:

—Me has hechizado, Valiente, no sé cómo sucedió todo esto, debo poner en orden mis ideas.

—Sé que es muy pronto para sentir lo que sentimos, mi bella, pero con el correr de los días, de las semanas y meses, verás que es amor verdadero.

—Espero que no nos equivoquemos, que tú no seas una hermosa ilusión ni yo te defraude... Estoy retrasada —Le dijo suplicante— Josefá se va a alarmar al no encontrarme en la florería.

—Está bien —Acordó Valiente arreglándose sus ropas y el cabello— Te acompaño porque tengo que hacer unas diligencias en el pueblo ¿Vamos?

Al salir, Marcial la estaba esperando con un ramo de jazmines que entregó a su patrón.

—Toma, mi reina, esto es para ti.

—¿Cómo sabías que son mis preferidas? —Le dijo con brillo en sus ojos.

Valiente mostró su cautivadora sonrisa y le ofreció la mano para subir al coche:

—Sólo quiero complacerte.

Desde las caballerizas, Juanita observó a las dos siluetas pero no pudo distinguir el rostro de la mujer:

—Mi señora tiene que saberlo cuanto antes.

El viaje de regreso estuvo plagado de besos dulces y románticos, de abrazos y sonrisas.

—Tú eres muy... —Dijo Lucero.

—¿Muy? —Le sonrió.

—Salvaje en el amor.

—No, —Sonrió— soy un hombre, nada más.

—¿Estas son las cosas que los hombres y mujeres hacen?

Valiente lanzó una carcajada:

—¿Qué cosas son “estas cosas”? —Preguntó divertido.

La muchacha se sentía incómoda con el tema, pero quería saber:

—Todo lo que tú me hiciste y luego... ahí abajo —Dijo sonrojada.

—Pues, considero que es normal, no sé cómo lo hacen la gente de tu clase social...supongo que igual....

—¿Será siempre así entre nosotros? —Preguntó curiosa.

—¿No te agrada lo que sucede cuando estamos juntos? —Le preguntó acariciándole la mano.

—Mucho, pero no sé si eso es...pecado —Lucero se ruborizó más aún.

—¿Qué piensas? ¿Es pecado amar y darse al ser amado sin tapujos?

—Es que no sé si debí permitirte hacer lo que me hiciste, aunque... lo deseé mucho —Confesó avergonzada.

—A ver, cuéntame —Sonrió sorprendido por su inocencia.

—Me da mucho pudor decirlo, pero es la verdad. Cuando nos vimos en el convento me dejaste mareada...y recordaba una y otra vez la escena en mi cama y mi cuerpo se entibiaba mucho y aquí —Señalaba abajo— palpitaba...

Valiente disfrutaba plenamente de esos momentos de ingenua confesión.

—¿Qué más, corazón? —Le pedía mientras le besaba la oreja—. Cuéntame.

—Como ahora me está pasando, cuando me besas la oreja, y hoy, cuando me tocaste y luego seguiste por ahí. Mis senos se pusieron duros y yo deseaba que no terminaras jamás de hacer lo que estabas haciendo hasta que sobrevino eso que me...

—Eso se llama orgasmo. Tendrás muchos conmigo y yo contigo...Y nada de lo que hagamos será pecado sino goce puro.

Lucero comenzaba a excitarse con las palabras que oía y quería más de eso que había experimentado:

—Yo no sé nada de esas cosas.

—No importa, aprenderás junto a mí —La besó con fruición y alevosía en la boca.

Lucero se entregaba mansamente al placer, era algo irresistible y dulzón que la subyugaba, jamás nadie le había contado lo maravilloso que era eso ¿Por qué se lo habían ocultado? ¿Sus amigas casadas lo vivirían así?

Las voces de los pueblerinos comenzaron a escucharse al detenerse el coche en una calleja como se lo había indicado al cochero.

—Valiente, hazme eso que me hiciste en tu casa —Le dijo excitada.

—¡Marcial! —Ordenó— ¡Otra vuelta!

Valiente le levantó la falda y hurgó en su sexo.

—¿Así?

—Sí, así... —Jadeó.

Bajó su cabeza hasta su entrepierna y con su lengua la llevó al paroxismo. Cuando sobrevino el remanso, le acomodó la ropa y la miró con deseo, se reprimió hasta lograr el control.

Extenuada y aun temblándole las piernas, tomó cuenta de lo que había sucedido e hizo un esfuerzo supremo para hablar:

—Tú me has besado ahí...no sabía que eso se hacía, es decir, que un hombre llegara tan lejos.

—¿No te agradó?

—Todo lo que me haces me gusta —Lo acarició con dulzura— Me has convertido en otra mujer, eres mi amor —Lo miró con ternura— En poco tiempo, apenas días, mi mundo se ha transformado. Debo agradecerte que justo apareciste en mi vida cuando más te necesitaba.

—¿Por qué? ¡Gracias a ti por existir! Por decidirte a vivir conmigo esta aventura. Tampoco yo, hasta que te conocí, creía en la posibilidad de enamorarme, de formar una familia, tener una esposa e hijos, pero desde que te vi, todo eso pasó a ser realidad. Es mi intención pedir tu mano formalmente. Seremos muy felices.

—No sé cómo lo tomarán mis padres, no te conocen y...

—Sé lo de Mendía y Oviedo, no te preocupes por eso.

—Sabes todo de mí...

Volvieron a besarse con pasión hasta que Marcial se detuvo nuevamente en la puerta de la iglesia.

—Te veré muy pronto, mi reina —Le dijo con ardor.

—Eso espero, mi bien, pues no sé ya cómo vivir sin ti —Se apeó y tapándose con su mantilla, se perdió entre la gente.

Valiente se quedó mirándola y en su cabeza retumbaban esas palabras dichas con tanta dulzura:

—Mi bien dijo ¡Soy su bien! —Sonrió complacido.

Doña Julia la vio bajarse del coche y la siguió con la mirada:

—¿Y esta imbécil qué hace bajando del coche de Valiente? —Con paso presuroso la siguió hasta verla ingresar en la florería, con el corazón saliéndose de la boca por la angustia y el dolor, tomó un respiro y decidió esperar hasta decidir cuál sería su estrategia para fulminar a su contrincante.

—¡Martina, qué suerte que te encuentre sola! —Dijo Lucero nerviosa— ¡No sabes lo que ocurrió! Tengo mucho que contarte.

—¡Ay mi Dios, me asustas, amiga! —Exclamó, abriendo sus grandes ojos de miel—. ¿Es bueno o es malo?

—¡Bueno, muy bueno!

La campana de entrada sonó y Doña Julia ingresó con aires de indiferencia, lucía altiva y orgullosa, se sabía bella y distinguida e ignorando el murmullo de las amigas, dijo:

—Buenas tardes, quisiera encargarme unas plantas de interior para la estancia de mi prometido —Mintió— Es que el Sr Vallejos es un hombre muy ocupado y debo realizar estos menesteres yo misma —Ya está, pensó, el dardo envenenado va directo, sonrió con malicia.

Lucero la miró.

—¿Dijo Vallejos? —Se preguntó alarmada.

—¿El señor de la Casa de la Colina? —Inquirió Martina alhelada, anoticiada por su amiga del ladrón de su corazón—. ¿Es su prometido?

—Así es ¿Lo conocen? —Dijo regodeándose de haber aplastado a su presa.

A Lucero el mundo se le derrumbó, sus ojos se plagaron de lágrimas y corrió hacia la puerta de calle sin despedirse de su amiga.

—¿Qué le sucede a la señorita? —. Preguntó inocentemente Julia.

—Nada, nada...pasemos al otro salón para ver las plantas, por favor, señora.

Martina lamentó no poder ir tras de Lucero, presumía que la buena noticia que deseaba contarle había perdido la condición de tal.

—¡Ingrato amor que me lastimas tan profundo! —Suspiró angustiada Julia yendo a su casa— Te di lo mejor de mí y no supiste valorarlo. Eres un veneno poderoso que ha entrado en mi sangre y me ha contaminado el corazón, mi cuerpo y mi mente ¿Cómo hago ahora para sacarte de aquí adentro? ¿Cómo hago si te amo más que a mi vida?

Decidida a terminar el asunto, envió una esquela con un mandadero a la casa de Don Juan citándolo a la noche en su casa, confiaba en que acudiría a la cita, segura de ejercer sobre él, alguna atracción todavía.

Don Juan, en tanto, recibía a Alonso en la biblioteca para ultimar detalles del compromiso y, sobre todo, asegurarse el pago de sus deudas como parte del trato.

—Mi padre se encargará de todo el papeleo, pero ya tiene nuestra palabra de honor. Ahora, si me permite, debo retirarme no sin antes solicitarle permiso para visitar mañana a su hija y confirmar la fecha.

—Desde luego, mañana lo esperamos, pero no habrá confirmación hasta que yo tenga mis cuentas en regla —Le aseguró palmeándole el hombro.

Alonso se despidió con un dejo de fastidio:

—¡Viejo bribón! —Masculló al tiempo que vio a Lucero entrar como una tromba rumbo a la escalera que llevaba a su habitación.

—¡Querida! —La saludó atónito.

—¡Ahora no! —Rugió la joven.

Alonso encogió los hombros y se dirigió a la puerta:

—¡Mujeres! ¿Quién las entiende?

Lucero entró a su alcoba, puso llave a la puerta y se arrojó sobre su cama llorando desconsoladamente:

—¡Maldito, maldito! ¿Por qué te burlaste de mí? ¡Me arrepiento de haberte creído, eres un mentiroso, te maldigo! Tus besos, tus manos... —Recordó con dolor— ¡Todo fue una mentira cruel! Te burlaste de mí, jugaste conmigo.

Cuando pudo descargarse, se sumió en un mutismo que duró un largo tiempo, luego, se refugió en su diario, convencida de que debía dejar testimonio de su desilusión y su tormento para que no pudiera caer más en sus engaños.

—Algún día lo volveré a ver y tengo que recordar una a una las lágrimas que me hizo derramar con su trampa artera —Se dijo, y comenzó a escribir con detalles todo lo que había vivido ese día. A medida que lo hacía, al describir los momentos vividos en la Casa de la Colina y el viaje de regreso, su cuerpo comenzó a entibiarse de solo recordarlo y su corazón comenzó a latir con fuerza— ¡No puedo flaquear, debo pensar y convencerme que todo era mentira, que me sedujo por diversión, que él tiene a su prometida y que no soy yo!

Su madre golpeó varias veces a la puerta e intentó abrirla, pero su hija le contestó que no saldría de allí porque tenía una fuerte jaqueca.

—¡Debo olvidarlo ya! —Se dijo Lucero cuando escuchó los pasos maternos alejarse.

CAPÍTULO 2

Sor Inesita entró a la casona de los Olazábal buscando a Don Juan, pero Doña Ana María la interceptó en el corredor:

—¿Qué buscas? —La increpó con fastidio.

—Necesito hablar con Juan, me dijo la criada que está en la biblioteca.

—Supongo que vienes a hablar sobre el compromiso de Lucero, me imagino que ya te habrás ido con el chisme, ustedes son muy confidentes.

—Así es —Confirmó— vengo a que tu esposo entre en razones ya que a ti no te puedo convencer dado a que tienes en tu cabeza eso de la conveniencia, de los apellidos, la fortuna...

Victoria las cruzó dirigiéndose hacia la puerta de salida:

—Perdón tía, lamento interrumpir la conversación, pero debo ir a la modista —Mintió— volveré temprano. ¡Adiós!

Sor Inesita continuó:

—Lucero no ama a Alonso, el casamiento es por conveniencia, no por amor y no permitiré...

—¿Qué es lo que no nos permitirás tú? —Le espetó desafiante su antigua amiga.

—¿Qué pasa allí? —Se asomó Don Juan— ¡Inés, qué sorpresa!

—¡Vengo a hablar contigo ya que con tu mujer no puedo!

—Ven, pasa y tú Ana María, ocúpate de tus quehaceres —Le ordenó con sequedad.

—¡Ya lo creo! ¡Tengo que hacer muchas cosas para perder el tiempo escuchando sandeces! Pero Juan, te lo advierto, Lucero nos está haciendo frente porque seguramente ella la ha envalentonado y tú sabes lo que hay en juego aquí.

Una vez solos, Don Juan esperó que Sor Inesita hablara.

—Por favor, no sacrifiques a tu única hija a un matrimonio sin amor, permite que ella encuentre a alguien que la quiera y la haga feliz.

—Tú no sabes por lo que estamos pasando. Es necesario ese compromiso.

—Repites la historia —Dijo triste—. ¿No fue suficiente lo que nos pasó?

—Inés, por favor —Dijo tomándole las manos— ya no me lo recuerdes. Necesito que me perdones.

—Ya estás perdonado, hace mucho tiempo que lo hice —Dijo retirándole las manos.

Ana María estaba inquieta pensando que su marido estaba encerrado con su antigua amiga y decidió ir a interrumpir el coloquio, al intentar abrir la puerta comprobó que estaba con llave y eso la enfureció aún más:

—¡Ábreme, Juan! ¡Ábreme ya! —Golpeaba gritando.

Lucero escuchó los gritos de su madre y decidió bajar las escaleras al tiempo que la vio entrar a la biblioteca y cerrar con un portazo. Se puso a escuchar tras la puerta, intrigada por las voces que escuchaba del otro lado:

—Mi madre, mi padre... ¿Y quién más está allí? —Se preguntó intrigada.

—¿Qué sucede Ana María? ¿Qué son esos gritos? —Tronó—. ¿No te habías ido a la cocina?

—Sí, pero no puedo permitir que esta mujer te llene la cabeza con tonterías románticas, mi deber como madre es procurar a Lucero un mayor bienestar del que posee.

—¡Y crees que casándola con Alonso Mendía y Oviedo lo vas a conseguir! ¡La condenan al infortunio! —Se enfureció la monja.

Lucero se sobresaltó:

—¡Es mi madrina y está peleando por mí!

—¡Qué sabes tú de la vida y del amor encerrada en un convento! —Protestó Ana María.

—¡Mujer, más respeto! —Le ordenó— ¡Inés ama a Lucero!

Dichas palabras se clavaron como un puñal en el corazón de Sor Inesita y mirándolo con dolor, reprimió el llanto.

—¡Es mía, no de ella! —Dijo desafiante, con rencor en su voz— ¡Se inmiscuye en nuestros asuntos familiares como siempre lo hizo, con esa cara de santurrona recordándomelo todo el tiempo, con su actitud de perdonavidas, con su renunciamiento piadoso, sus negros hábitos y sus obritas de caridad! —Rugió desencajada.

—¡Cálmate, por Dios, no he venido a hablar de mí, lo nuestro ya es pasado, un pasado muy lejano que ya olvidé! —Replicó.

—¡Mentirosa! ¡Tú me odias porque me casé con el hombre que amabas! —Gritó nuevamente Ana María.

Lucero se petrificó.

—¡Cállate —Gritó su esposo— que nos van a escuchar!

—¡No me callo nada! ¡Basta de hipocresías! Me cansé de ver tu cara reprochándome en silencio tu sacrificio ¿Qué crees, que mi vida fue un lecho de rosas? ¿Lo crees de verdad? —La increpó fuera de sí.

Sor Inesita quería huir de allí, las heridas que ella había creído cicatrizadas se abrieron con cada una de las palabras de Ana María.

—Por favor, no sigas —Suplicó con lágrimas en los ojos— Juan, dile que todo esto es inútil.

Don Juan se derrumbó en su sillón y dejó que todo continuara su curso imposibilitado de detener a su esposa.

—¡No le pidas nada a él, nada! Tu sombra ha estado siempre entre nosotros dos. Él te amaba y yo no pude con tu recuerdo ¿Estás feliz con eso, es tu venganza, no? —Rugió—. No fui la única que te traicionó, él decidió casarse conmigo y no te eligió a ti ¿Lo entiendes? Ambicionaba progresar y contigo no lo haría jamás.

Sor Inesita avanzó hacia la salida, pero su antigua amiga la interceptó:

—¡Tú no te vas todavía, viniste a defender a tu ahijada, pero en realidad, quieres recordarnos una y otra vez la traición, por eso te identificas con Lucero en esta lucha contra mí!

La religiosa, vencida por las circunstancias, dio media vuelta para mirarlos:

—Reconozco que cuando supe que se casarían, un agujero grande y negro se abrió bajo mis pies, un año estuve así —Recordó con angustia—. No sabía qué hacer con mi vida.

—Inés, no hace falta —Le rogó Juan, herido por los recuerdos.

—¡No, déjala que desembuche de una vez! —Desafió Ana María.

—Me costó olvidarme de él. El corazón se me partía cuando los veía juntos y es por eso, que decidí volcar mi amor hacia los que más lo necesitaban —Rememoró abatida.

Lucero se sobresaltó por lo que estaba escuchando y sintió mucha compasión por ella. La monja continuó:

—Tuve muchas noches para recordar, para reprocharles en silencio, para llorar y maldecirlos también. Me habían despojado de todo —Confesó—. Pero cada uno tomó su rumbo y después de tantos años, es momento de que todo quede atrás —Agregó repuesta—. Necesito retirarme, Ana

María, por favor.

Un silencio sepulcral se había apoderado de la estancia, Don Juan escondía su rostro entre sus puños, Ana María apretaba sus labios fuertemente mientras que la monja se dispuso a salir. Al abrir la puerta se encontró de lleno con su ahijada, bajó la mirada y salió sin decir palabra.

Valiente se sentía exultante, confiado en que convencería a Don Juan de Olazábal de los negocios que le había ofrecido y complacido por lo que había sucedido entre él y Lucero. Aguardaba que se hiciera la hora para acudir a la oficina y cerrar el trato. Pero no tuvo éxito, la secretaria le anunció que su patrón le había enviado una esquila en donde se disculpaba por no acudir a la cita programada y que desistía de formalizar con él, agradeciéndole su deferencia. Se desconcertó, ya que eso significaría que el padre de Lucero se inclinaría por aceptar la ayuda de Alonso Mendía y Oviedo. Se aproximó a la ladera del río, pues sus aguas le proporcionaron la serenidad y la claridad mental que necesitaba para delinear sus próximos pasos.

Victoria se subió al misterioso coche que la aguardaba en la esquina de la casona. Había sabido utilizar muy bien el momento en que su tía estaba enfrascada en la contienda con la religiosa. La puerta se abrió y la mano de Sebastián la ayudó a subir.

—¡Hola, bella! —Le sonrió—. ¿Estás lista para ver mis caballos pura sangre?

—Tengo dos horas solamente, espero que las aprovechemos bien —Insinuó.

Durante el viaje, hablaron de cosas superficiales y rieron, a Victoria le gustaba ese hombre tan rico y buen mozo:

—La combinación perfecta —Meditaba mientras lo miraba de soslayo.

—Llegamos, Victoria. Acompañame.

—¡Qué hermosos ejemplares! —Exclamó acariciando una hembra—. Siempre me gustaron los caballos ¡Son tan fuertes y salvajes! Se parecen a los hombres en cierta forma.

—¿A ti te gustan así? —Dijo tomándola del talle y buscando su boca—. Porque yo soy de esa manera.

—¡Ay Sebastián! Vayamos despacio, aunque no lo creas, soy muy tímida.

La miró incrédulo:

—¿Tú tímida? ¡Eres de fuego!

Victoria le ofreció su boca con descaro:

—¿Y qué estás dispuesto a hacer por mí?

Obnubilado, dijo:

—A pedir tu mano, quiero que seas mi esposa —La besó apasionadamente. Victoria se entregó al juego de la seducción, se arrodillaron en medio de la caballeriza y Sebastián se inclinó sobre ella hasta quedar acostados, así continuaron besándose furiosamente.

—¿Qué sientes por mí? —Le preguntó coqueta.

—¡Amor, pasión, locura! —Exclamó, mientras sus manos buscaban su sexo debajo de la falda.

—¡Detente, no! —Le pidió enfriando la situación—. Por favor, es indecente.

A Sebastián le costó restablecer la templanza, pero lo hizo finalmente, conformándose en su interior.

—Mañana mismo iré a pedir permiso a tu tío para cortejarte ¿Está bien?

—Es lo que corresponde. Sebastián, tú me agradas —Dijo recomponiendo su falda— y me gustaría enamorarme de ti.

—Yo haré que eso sea posible, lo juro —Prometió besándola con pasión— me pierdes.

—Bueno, ya... —Sonrió apartándose unos centímetros de él—. ¿Por qué no me muestras la casa? —Le sugirió.

—¡Ven, vamos! —Y tomándola de la cintura la condujo entre risas y chanzas.

Doña Julia se retorció las manos aguardando que se hiciera la hora en que Don Juan la visitara, sentía que debía asegurarse de que su antiguo amante la ayudase en su propósito, apelaría a cualquier recurso para lograrlo, Valiente Vallejos sería suyo y de nadie más.

Juanita, le había enviado una esquela, contándole la visita de una misteriosa mujer a la finca y Julia estaba segura de que era Lucero de Olazábal.

Don Juan fue puntual a la cita:

—¡Buenas tardes, querida, tanto tiempo sin vernos! —La besó en la mejilla— Estoy muy ocupado por estos días, pero al recibir tu mensaje creí que algo importante te sucedía y vine.

—Deja tu abrigo aquí y permíteme ofrecerte el vino que tanto te gusta —Dijo zalamera.

—Me intrigas, Julita. Si estás pensando que retomemos lo nuestro, desde ya te digo que no puede ser. Mi salud está algo resentida y...

—No, despreocúpate Juan, estoy en otro asunto y de eso quiero hablarte. Mira, lo haré sin rodeos: Soy la amante de Valiente Vallejos, el de la Casa de la Colina, no sé si lo ubicas...

—Sí, se presentó hace unos días en mi despacho para ofrecerme un negocio que, finalmente, no acepté.

—¿Ah sí? Entonces está decidido, más de lo que yo imaginaba... —Dijo en voz baja.

—No entiendo Julita ¿A qué te refieres? —Preguntó desconcertado.

—Vallejos pretende a tu hija, la quiere para que sea su esposa.

—¡Pero eso no podrá ser de ninguna manera! Lucero se comprometerá con Alonso Mendía y Oviedo —Exclamó—. ¿Desconfías? No te preocupes, eso no va a suceder.

—Quisiera estar segura.

—No temas, mi viudita, son solo tonterías tuyas, querida, —Trató de consolarla— Mi hija debe casarse con Alonso y así será —Poniéndose de pie, se dirigió hacia la puerta de calle— Muy rico el vino, pero debo irme ahora. Que sigas bien.

—Estaremos en contacto, no voy a estar tranquila hasta que tu hija y el tal Alonso se casen.

Valiente llegó a su casa contrariado, apostaba firmemente que Don Juan aceptaría de buen grado su ofrecimiento antes que entregar a su primogénita a ese bueno para nada:

—El muy ambicioso no solamente quiere salvar su patrimonio sino asegurarse de que Lucero porte un apellido de prosapia, el mío no lo tiene ni lo tendrá —Se sentó a fumar un puro en la galería, Carmelina apareció para ver que necesitaba y volvió con un bocadillo y una copa de vino.

—¿Y Doña Julia? Hace unos días que no viene —Dijo distraído.

—Y creo que hoy tampoco vendrá, Juanita me trajo una nota de la señora, por eso lo sé. Si no desea algo más, me retiro, señor.

—Está bien, gracias —Sus pensamientos volaron de prisa hacia los momentos vividos con Lucero. De pronto, divisó a lo lejos el coche de Sebastián quien había llevado de retorno a Victoria y se aproximó para recibirlo.

—Te veo enamorado, compañero —Dijo palmeándolo en la espalda— Te ha llegado la hora ¿No?

—Victoria me vuelve loco, es un poco ciclotímica pero yo necesito una mujer apasionada como ella, quiero pedir su mano cuanto antes ¿Y a ti, cómo te fue?

Su amigo le contó el encuentro que tuvo con Lucero en la casa, obviando algunos detalles que su amigo logró imaginar.

—¡Las primas nos han robado la calma! —Rio Sebastián.

También le contó el fallido intento con Don Juan.

—No te preocupes, ya encontrarás el modo. Siempre logras lo que quieres, no lo dudo que ella será tu mujer —Concluyó.

Valiente observó cómo su amigo se dirigía a las caballerizas y, obedeciendo a un impulso irrefrenable, montó su caballo y se dirigió al pueblo porque deseaba volverla a ver.

Lucero cenó en su habitación, no se atrevía a mirar a sus padres a la cara después de lo que se había enterado, repasaba cada palabra dicha por los protagonistas y trataba de acomodar esa nueva información, a su realidad:

—Mi madrina y mi padre se amaban y mi madre se casó con él sin amor ¡Ahora entiendo tantas cosas! —Repasaba diferentes escenas de la vida cotidiana que siempre le llamaron la atención, porque las comparaba con el trato afectuoso que tenían los padres de Martina —Ahora me doy cuenta que Doña Ana María, con sus actos y sus silencios, le reprochaba, con indirectas y en forma constante, ese amor.

Nuevamente, la presencia insistente en su mente de Valiente, la invadió y, vencida, se dejó llevar.

Recordó sus besos de fuego, sus manos buscadoras de placer y aquella sensación única e inigualable jamás sentida. Se asombró de sí misma al recordar su incipiente osadía en esas lides, pero de repente, sintió que una montaña de piedras la derrumbaba, cuando apareció la figura de aquella mujer diciéndole que era su prometida.

—¡No dejaré que todo esto me domine! ¡No permitiré semejante avasallamiento, que me quiebre la voluntad, no será así! —Pensó en su inminente compromiso y exclamó— ¡Tampoco me ataré a un hombre que no amo ni amaré!

Abrió, de par en par, la puerta ventana de su balcón para respirar el aire nocturno. De pronto, un fuerte aroma a menta le hizo recordar el perfume de aquel hombre:

—Valiente... Me has hecho conocer una parte de mí que ni remotamente sabía que existía, me enamoré de ti y ahora me hieres con tu atroz engaño ¿Cómo haré para olvidarte?

Valiente subió de dos trancos el balcón y saltó ante su presencia. Asustada, quiso gritar, pero él la tomó por el talle y le tapó la boca:

—No grites, por favor, te soltaré si no gritas —Ella asintió y cuando la dejó libre le propinó una sonora bofetada.

—¿Me merezco esto? ¿Por qué? —Dijo tomándose la cara—. ¿De qué engaño hablabas?

—De tu prometida —Le enrostró desafiante.

—Yo no tengo prometida —Su mente voló hacia Doña Julia, sólo ella podría ser capaz de algo así.

—¡Sí la tienes! —Entró a su habitación resuelta a cerrar las ventanas, pero Valiente se coló detrás.

—¿Qué haces? ¡Eres un atrevido, un arrogante, un cínico, un mentiroso!

Valiente se sentía desconcertado por lo que empezaba a ver, Julia no le permitiría ser feliz, ella no cumpliría lo pactado.

—Por favor, Lucero, escúchame —Rogó acercándose a ella.

—¡No te atrevas, porque gritaré tan fuerte que todo el mundo escuchará! —Amenazó.

Entonces, se sentó en un sillón y esperó a que Lucero se calmara.

—¡Vete, no quiero verte nunca más! ¡Sigue con tu vida, cástate con ella y tengan una prolífica familia! —Dijo rabiosa caminando de un lado al otro de la habitación.

—No hay vida si no es contigo. Todo sucede a partir de ti, por ti y para ti, todo lo demás es... la nada misma... —Le confesó.

Lucero se aquietó, escuchar esas palabras la desubicaron, la actitud derrotada de Valiente la desconcertó y le hizo olvidar por un momento, la furia que sentía.

—¿A qué has venido? ¿Cómo entraste, cómo se te ocurrió la loca idea de...? —Él saltó rápidamente de su asiento y la tomó por la cintura y la nuca besándola con desesperación. Ella peleó, lo empujaba con sus manos para desembarazarse de su apasionamiento, pero, poco a poco, sus fuerzas flaquearon y se abandonó a sus besos.

—No...puedo...esto... —El deseo que los consumía no permitía el razonamiento, Lucero trataba de pensar, pero el placer era mucho más fuerte, dulce y envolvente, era un vendaval que lo arrasaba todo.

—¡Eres mi carcelera! —Gemía mientras buscaba con apuro los pechos turgentes y listos para ser succionados.

Ella era consciente de lo que estaba sucediendo, pero no quería hacer nada, se sentía vencida por el placer y deseaba que continuara con su exploración.

—¿Eres mía? —Preguntaba mientras tomaba con sus manos los pechos calientes y masajeara sus pezones.

—Sí... tuya... —Decía casi sin aliento.

Se quitó el saco y la camisa y dejó su torso al descubierto. Lucero lo contempló con los ojos vidriados por el goce y se relamió los labios.

Las manos afiebradas hurgaron entre las enaguas blancas, hasta descubrir su sexo palpitante. Ella se retorció de placer queriendo que ese momento no terminara jamás. Él le besaba el cuello, los pechos y le tocaba su sexo con sapiencia. Se arqueaba de placer y él se excitaba aún más, se montó sobre su cuerpo y Lucero sonrió al sentir la dureza del miembro viril.

—¡Me quemas, ardo por ti! —Suspiraba, rendida.

Lejanamente se escuchaban toques en la puerta.

—¡Hija! ¡Ábreme! ¿Estás dormida? —Era su padre, quien venía a anunciarle que al día siguiente vendría Alonso a visitarla.

—Espera, —Dijo, en voz baja, Lucero— no hables, por favor.

Se desplomó a su lado, respirando con dificultad. Se quedaron en silencio hasta que lo escucharon alejarse.

Valiente trató de retomar el apasionado momento, pero Lucero se enfrió al recordar el rostro de Doña Julia. Se reincorporó para arreglarse las ropas y se quedó mirándolo.

—Ven conmigo, mi reina —Le suplicó y, a pesar de que era grande su tentación, ella trató de que su dignidad no se hiciera trizas otra vez y le preguntó:

—¿Tienes una novia?

—No, tengo...tenía una amante.

—Una amante... ¿Y por qué me dijo, en la florería, que era tu prometida?

—Porque está celosa de ti.

—¿Y tú quieres que yo acepte eso? Dices que me amas, pero tu situación amorosa es otra — Se percató que una nueva faceta de su personalidad afloraba, se sentía poderosa ante él y le agradaba.

—No, quiero casarme contigo y voy a terminar mañana mismo con Julia.

—Se llama Julia... —Repitió celosa—. ¿Cuánto hace que son amantes?

—Algunos meses —Se resignó a contestar todas las preguntas que le hiciera.

—¿Duermen juntos todas las noches?

—No quiero entrar en detalles, Lucero, ven aquí, mi amor, ven conmigo que te necesito.

—¡No! Primero termina con ella —Exigió.

No acostumbrado a estar en ese lugar de suplicante, Valiente se abalanzó sobre ella y tomándola por la cintura y atrayéndola hacia su boca, le rugió:

—¿Y tú no tienes un pretendiente acaso y estás aquí? ¿Qué harás con él, qué harás conmigo? Yo ya te lo dije: mañana mismo concluiré mi relación con ella ¿Y tú?

Lucero enmudeció, perdida en los renegridos ojos de Valiente, fascinada con su tez y su perfume, contra el torso desnudo y firme que la provocaba.

—¡Yo lo rechazaré porque no lo amo! —Dijo tratando de alejarse.

—¿Irás contra el deseo de tu padre?

—Sí, porque soy la única dueña de mi destino —Contestó decidida.

—Y de mi vida —Le sonrió soltándola— Entonces me voy —Buscó la camisa para ponérsela, Lucero miraba embelesada todos sus movimientos —Me estás avergonzando con tu mirada —Bromeó.

—Lo siento —Se disculpó dándole la espalda, Valiente se acercó sigilosamente y le susurró al oído.

—¡Yo soy tuyo y tú eres mía, es ley! —La tomó por la cintura y la giró suavemente—. ¿No es cierto?

Ella asintió con la cabeza cerrando los ojos, estaba sufriendo una tortura inaguantable, sus cuerpos estaban magnetizados y concordaban perfectamente. Esperaba anhelante un beso de fuego, pero la hizo desear hasta que no pudo más.

—¡Bésame, bésame ya porque me desesperas! —Valiente obedeció y se contuvo para no seguir. Tomó su chaqueta y le anunció:

—Mañana volveré a la medianoche, toma, para que me tengas cerca de tu corazón —Se sacó el crucifijo colgandoselo en su cuello— Era de mi madre ¡Cúidalo, es lo único que me queda de ella!

Lo vio perderse entre las sombras de la noche y sonrió de felicidad.

Martina despertó a su amiga abriendo de par en par las pesadas cortinas:

—¡Dormilona, levántate, son las diez de la mañana! Josefa me alcanzó la bandeja de tu desayuno cuando subía las escaleras y me dijo:” Mi niña debe alimentarse muy bien” y, además, tienes una esquila de tu padre.

Lucero se cubrió la cabeza con las sábanas para seguir durmiendo.

—¡Vamos, amiguita, he venido sólo un momento! —Se quejó Martina sentándose en el borde de la cama— Tengo que regresar a la florería, ayer me quedé preocupada por la visita de esa mujer.

A regañadientes, Lucero se despabiló lo más rápido que pudo. Tomó unos sorbos de té y exclamó:

—¡Tengo que contarte!

Durante los siguientes minutos, Martina escuchó los encuentros con Valiente y lo que había sucedido entre sus padres y su madrina.

—Me dejás alelada, increíble —Alcanzó a decir—. Sor Inesita se enamoró de Don Juan...

¿Quién lo hubiera imaginado? Aún hoy, tu madrina es una bella mujer ¡Ni me imagino en sus años mozos! —Se quedó unos instantes digiriendo la noticia—. Valiente y tú y ¡Todo lo que me contaste! —Se tapó la boca para que no escucharan su risa nerviosa—. ¿Es posible sentir todas esas cosas con un hombre?

Lucero le sonreía satisfecha:

—¡Y mira lo que me dio! Es el crucifijo de su madre.

—¡Pero tus padres arreglaron tu compromiso con Alonso! Abre la esquelá, seguro que hay noticias de eso.

—¡No me casaré con ese pelmazo, ya se lo dije a mi madre! —Exclamó leyendo las líneas en donde su padre le anunciaba la visita de su pretendiente—. Ven, quiero que seas testigo ¡Vamos!

Se puso la bata y corrió escaleras abajo buscando a Don Juan, Martina la seguía asustada:

—Modérate, por el amor de Dios, nunca te vi así.

—¡No me calmo! ¿Por qué tengo que hacerlo? —Gritaba mientras corría por la casa buscando a su progenitor.

—¿Qué pasa qué son esos gritos? ¿Quién es?—Preguntó Doña Ana María.

—¡Soy yo! —La enfrentó furiosa— ¡Te advertí que no me iba a comprometer ni casar con Alonso y no lo voy a hacer!

—Tú harás lo que tu padre te ordene —Le contestó en voz baja tomándola del brazo—. Sería un desaire a los Mendía y Oviedo que no estamos dispuestos a tolerar.

Martina se espantó al ver el rostro de Doña Ana María, había severidad en su actitud, frialdad en sus ojos, amargura en su rictus.

—¡Ya veremos! ¿Dónde está?

—Volverá en unas horas, pero te lo advierto, no le traigas un disgusto así porque sabes que su corazón está debilitado. ¡Martina, hazla recapacitar, por el Amor de Dios!

Cuando Valiente tocó a la puerta de Doña Julia, lo hizo con una sola intención: concluir la relación como se lo había prometido a Lucero.

La criada le informó que su patrona estaba con una fuerte jaqueca y que tenía órdenes de no ser molestada.

—Dile que soy yo y que no me irá sin que me reciba, aquí espero.

La viuda lo fue a recibir al salón de estar, sabía que la tozudez de su amante no iba a quebrarse por nada ni nadie.

—¡Mi amor! ¡Qué sorpresa, tú por mi casa! Perdóname por no haber ido estos días ¿Me extrañaste? —Dijo mimosa— ¡Yo sí y mucho, mi corazón!

—Tenemos que hablar, Julia y tiene que ser ahora, me urge hacerlo.

—Pero ¿qué te pasa, por qué es esa frialdad conmigo? ¿Ni un beso, ni una caricia para tu viudita?

—Le dijiste a Lucero de Olazábal que eras mi prometida —Afirmó con severidad.

—Decirle que éramos amantes me pareció un poco fuerte para una niña de sociedad ¡Tan ingenua e inexperta!

—¿Por qué le mentiste?

—¿Quieres saberlo o ya lo sabes? —Rugió—. Pues bien, porque quieres casarte con ella ¡Con ella y no conmigo, que te lo di todo!

—Y siempre te lo agradecí —Le dijo con voz grave—. Pero teníamos un pacto ¿Lo recuerdas?

—No me interesa ese pacto acomodaticio a tus intereses y no a los míos —Bramó furiosa—.

¿No comprendes que yo te amo?

—No te pedí eso —Contestó con poca paciencia.

—Lo cierto, es que me utilizaste todo este tiempo: para la cama, para la casa, para llenar tus horas vacías ¡Y ahora que encontraste un juguetito nuevo, me desechas! —Gritó— ¡Pensé que eras distinto, pero no, tú eres una decepción más en mi vida!

—Julia, no quiero terminar así —Trató de calmarla—. Por lo que vivimos juntos, quedemos amigos y continuemos nuestras vidas.

—¿Yo, tu amiga, después de haber vivido lo que vivimos? ¡Nunca! ¡Te odio Valiente Vallejos, maldito el día en que te conocí! ¡Vete, fuera de aquí! —Lo empujó— Mandaré por mis cosas más tarde, no quiero que nada mío esté cerca de ti. Te amé desde mis entrañas, con toda mi alma, pero no pude ser correspondida por ti ¿Qué hice mal? ¿Qué, qué? —Y llorando con una mezcla de rabia y frustración, se retiró a su habitación para maldecirlo en soledad.

—¿Tu hija no quiere comprometerse, Juan esta mañana hizo un escándalo mayúsculo! Seguramente Inés la alentó, ella siempre está para interponerse, molestar... ¡Haz algo, por el amor de Dios!

—Hablaré con ella ¿Dónde está? —Demandó preocupado.

—Arriba, en su alcoba.

Don Juan tocó a la puerta:

—Lucero, querida, soy yo ¿Podemos hablar?

—Pasa, está sin llave.

—¿Cómo es eso que me dijo tu madre?

—Lo que te transmitió —Contestó con serenidad—. No me voy a comprometer con alguien que no amo, no cometeré el error que tú y mi madre cometieron.

—¿Qué dices? —Preguntó nervioso.

—Las voces atravesaron las paredes ayer.

Don Juan masculló, malhumorado:

—¿Eso no es de tu incumbencia, necesito que te comprometas, tenemos negocios en común que se malograrían si te niegas a casarte con él!

—¿Pues no me importa, no me sacrificaré por dinero, es mi vida!

—Es que...ya todo está arreglado...hija, comprende ¡Ese matrimonio será beneficioso para todos! —Protestó.

—¿Cáncélalo, no me han consultado, todo lo arreglaron ustedes! Me niego a esta maniobra y permítame pasar, voy a misa.

—Pero, mi niña, razonemos, escúchame —El ánimo de Don Juan se derrumbó, no contaba con la negativa de su hija, jamás lo calculó. Había creído que su pequeña lo complacería pues, después de todo, era lo que hacían las señoritas de sociedad: prepararse para casarse y tener hijos y Alonso era un buen candidato ¿Qué más quería?

Sebastián se apersonó en la casa de los Olazábal para solicitar la visita a Victoria en carácter de pretendiente. Lo atendió Doña Ana María, disculpando a su esposo que se hallaba en otros menesteres.

—¿Y bien, señor Agüero, a qué debo su visita?

Explicó brevemente, pero con contundencia, las pretensiones que tenía sobre su sobrina política.

—Victoria me ha comentado que su persona le resulta agradable y yo no veo obstáculos para que la visite, si sus intenciones son serias. Me refiero, con la voluntad de desposarla.

—Así es y quisiera que el matrimonio se concretara en poco tiempo. Tengo varias propiedades que administro personalmente, participación en diversos negocios y, definitivamente, un buen pasar económico. Deseo formar una familia y creo que Victoria es la mujer apropiada.

—Es usted muy claro y directo, lógicamente, en algún momento hablará con mi esposo. Llamaré a Victoria.

—¿Me permitiría que lleve a pasear a su sobrina por la Alameda?

—¿Y por cuánto tiempo? No me parece apropiado aún que ella camine del brazo de un caballero desconocido. El compromiso no se ha concretado ¿Qué dirá la gente cuando los vea?

Sebastián sonrió ante tanto protocolo:

—Ya no soy un desconocido, señora, soy su pretendiente.

—De acuerdo, hoy es un día bastante ajetreado para esta familia, sólo una hora ¡Victoria, ven querida, el Señor Agüero está esperándote! Con permiso.

Victoria, que había escuchado toda la conversación detrás de la puerta, salió corriendo a abrazarlo:

—¡Oh Sebastián, me haces tan feliz!

—Hola, mi bella, me alegro por ti y por mi ¿Vamos? Seremos muy dichosos, ya lo verás.

Lucero, en vez de dirigirse a la iglesia, marchó directo al Convento para hablar con su madrina.

—¡Hijita! —La abrazó—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué cara traes!

La muchacha le relató la discusión con sus padres y también lo que había sucedido con Valiente.

—Te he escuchado hablar con ellos, madrina —La monja dio un respingo— Y creo que tú más que nadie comprenderás mi posición.

—Lamento lo que ocurrió, querida mía —Suspiró resignada—. No quise esa discusión, Ana María insiste en rebotar cosas ya muertas del pasado.

—Nunca lo hubiera imaginado ¿Tú enamorada de mi padre?

—Por favor, dejemos esta plática de lado, no me hace bien.

—Como quieras...

—En cuanto a Valiente y tú, me di cuenta cuando se encontraron aquí ¡Se miraban con tanto amor! —Suspiró.

—La verdad es la verdad y defenderé con uñas y dientes lo que siento por él, no voy a vivir en una mentira por sus negocios.

—Se avecina una tormenta —Le advirtió—. Conozco a tus padres, aunque si le dices que Valiente es un hombre acaudalado tal vez lo acepten.

—No tiene apellido. Lo rechazarán.

—¿Te importa a ti eso? —Le preguntó con ternura.

—No, para nada, pero a mis padres sí. Lamento muchísimo lo que te sucedió con ellos, cuando eran jóvenes.

—Es cosa olvidada, mi niña, ya no hablemos de eso —Dijo besándola en la frente y acariciándola con ternura— ¡Estoy tan orgullosa de ti, mi tesoro! Dios te va a acompañar porque lo que el Cielo une en amor, nada ni nadie lo puede separar. Es un lazo que atraviesa los tiempos y en los Altos Cielos se guarda para siempre, inalterable y puro ¡Cuentan con todo mi apoyo!

Valiente hizo que sus sirvientes llevaran las pertenencias de Doña Julia hasta su domicilio y le pidió a Carmelina que retiraran la cama y los muebles de su habitación para reemplazarlos por otros, que había traído del sótano:

—¡Quiero todo renovado! ¡Limpien, por favor, cambien sábanas, mantas, cortinas, enseres! Para la noche tiene que estar listo. Ah, Carmelina, lamentablemente Juanita deberá irse ya que fue recomendada por Doña Julia.

—Si me permite, hay una sobrina de Natalio, Martha, que necesita trabajo, tiene un niño pequeño, de tres años.

—Sin rastros del padre por lo que veo —La criada asintió con la cabeza—. No hay problema, dile que venga cuando pueda.

Lucero se apeó del coche de alquiler, la divisó desde la ventana y salió a su encuentro:

—¡Tú aquí! —La abrazó fuertemente y le besó la frente con un gesto de alegría.

—Perdón por venir así, sin avisar. Sé que una señorita de mi clase no puede hacer estas cosas, pero ¡Yo las hago igual, porque me cansé de hacer lo que se debe hacer! —Se quejó mientras caminaban hacia la casa.

—No tienes que disculparte, mi reina, ésta es tu casa. Me sorprendí porque nos íbamos a ver más tarde —Explicó entusiasmado.

—Las cosas se precipitaron a partir de anoche. Valiente —Se detuvo y lo miró intensamente— Tú me liberaste del letargo en el que yo vivía, entré en rebeldía absoluta —Rio alegre— Tu amor me ha cambiado, me dio las fuerzas que necesitaba para enfrentarlo todo.

—¡Me haces muy feliz, vida mía! —La besó apasionadamente.

Ya en de la biblioteca, Valiente le contó la ruptura con Julia y todos los cambios que se estaban operando en la finca y ella lo puso al tanto de lo acontecido ese día con sus padres.

—No quiero estar cuando Alonso vaya a la casa, no voy a convalidar esa mentira —Le confesó decidida.

—Bien dicho, quédate conmigo y después te llevo ¿Quieres que pida tu mano a tus padres, hoy mismo? —Dedujo que ella desconocía la delicada situación financiera y económica que estaban atravesando, pero se abstuvo de decírselo.

—Quiero casarme contigo y tener muchos niños corriendo alrededor nuestro —. Se atrevió a confesarle Lucero.

—Pero para eso, tendremos que hacer el amor.

Los colores subieron a sus mejillas:

—¿Y no lo estamos haciendo ya?

Valiente se sonrió y le dijo:

—Voy a creer sinceramente que nadie te contó jamás lo que sucede entre un hombre y una mujer.

—Nadie, nunca. Algo sé, no soy una mojigata, le he preguntado a Josefá, pero tú sabes que —Dijo incómoda— esas cosas se transmiten a las señoritas casaderas en la semana previa a la boda, no antes. Son comentarios que se guardan para esas ocasiones.

—O sea que, todo lo que hicimos ¿Josefá no te lo contó?

—No, sólo los besos y nada más. ¡Ya basta de avergonzarme, me siento una tonta!

—No, mi reina, perdóname, no era mi intención, lo siento, no he sido muy gentil contigo —La abrazó fuerte contra su pecho.

—No es nada —Suspiró decepcionada por su ignorancia— A tu lado y con tu paciencia,

aprenderé —Se acurrucó en su pecho— Ahora.

—¿Ya? —Al ver que ella asentía con su cabeza le preguntó—. ¿Estás segura? Mira que la pasión que sentimos uno por el otro nos puede llevar hasta el final. Te confieso que me es difícil contenerme.

Lo miró fijamente:

—Si voy a contar los pocos días que te conozco, diría que esto es una locura, pero no creo que lo sea, no puedo apartarme de ti ni un solo instante, ya no puedo concebir la vida sin tu presencia. Vivía, sin saberlo, una vida de reglas y convenciones. Tú me has liberado de la prisión en la que estaba. Ahora decido yo y quiero que me enseñes todo porque deseo ser tu mujer con todo lo que eso implica y no voy a esperar a casarnos para aprender —Se besaron con pasión casi con desesperación.

—Deja, entonces, que te conduzca —Sus manos comenzaron a hurgar bajo las ropas, Lucero se entregó a una nueva experiencia sin saber adónde la conduciría.

Bajó despacio y con delicadeza sus prendas íntimas y la recostó sobre la chaise longue. La miró unos instantes y su cabeza se hundió en su intimidad. Lucero no reprimía los movimientos y gemidos:

—Me gusta, me pierde, me quema el cuerpo...

Él esperó su primer orgasmo y cuando estuvo extenuada de gozo, comenzó a lamerle los pezones para volverla a apasionar.

—Por favor... —Sus fuerzas la habían abandonado hacía tiempo, trepó sobre ella y hurgó en su bragueta—. ¿Quieres que siga?

—¡Si, si!

El dolor que sintió fue reemplazado por oleadas de más placer, Valiente cabalgaba sobre ella y la miraba como se movía, acompañando sus movimientos:

—Eres salvaje, Lucero, eres una fuente de goce interminable.

De pronto, tras el orgasmo de ella, sobrevino el de él. Permanecieron unos instantes abrazados, felices, plenos, exultantes. Poco a poco, Valiente se retiró y se arregló la ropa, acomodó las de ella y le sonrió con ternura cuando vio la mancha de sangre sobre el tapizado. La besó incansablemente hasta que se incorporó para arreglarse las ropas.

—¿Quieres un vaso de agua o algo más fuerte?

—Te quiero a ti, Valiente, quiero tus manos, tus ojos, tu cuerpo —Lo miró de arriba abajo—. Quiero tu corazón y tu alma.

—Todo eso ya lo tienes y yo a ti, mi reina —Sonrió sentándose en la alfombra—. ¿Te dolió? Traté de ser cuidadoso lo que más pude.

—No mucho, fui recompensada gratamente —Dijo bebiendo el vaso de agua que le ofreció—. Creí que todo era distinto. Ya no soy una señorita —Sonrió satisfecha— soy tu amante y no me importa.

—No —Corrigió, grave— Eres mi mujer, mi novia, mi esposa y mi amante si lo quieres también —Se acercó para darle un beso apasionado.

—No sabía que existía esto que hicimos, lo que me hiciste, de esta forma. He escuchado relatos de mujeres casadas que cuentan cosas feas del sexo, dicen: “Tendrás que aguantar a tu marido dos o tres veces a la semana, es algo que hay que soportar estoicamente para preservar la familia, debes dejar que se satisfaga”—Se rio burlonamente— Y yo pensaba que era algo espantoso, pero lo que entre nosotros pasa no es eso... ¡Es algo bello!

—Así es. Entre nosotros hay pasión, deseo, amor ¡Y así será siempre!

Se quedaron unos minutos mirándose tomados de las manos, besándose, mimándose. De pronto, se escucharon unos pasos presurosos en el pasillo.

—¡Patrón, patrón! —Llamaron detrás de la puerta.

—¡Espérame aquí, ya vuelvo! —La volvió a besar suavemente.

—¡Santiago, tú aquí! —Se alarmó al abrir la puerta.

—¡Patrón, hubo un derrumbe en la mina oeste! ¡Hay hombres atrapados!

—¿Cuántos? —Preguntó angustiado.

—Pasamos lista, unos cuarenta, creemos, patrón.

—¡Sebastián! —Llamó—. ¡Maciel!

Lucero abrió la puerta de la biblioteca al escuchar los gritos y corrió buscándolo. Lo encontró conversando con su amigo y otras personas:

—¿Qué sucede? —Los hombres callaron al verla— Buenas tardes —Saludó.

—Perdón, mi amor, es que debo partir hacia las minas, hubo un derrumbe y hay hombres atrapados, enseguida te llevaré hasta tu casa, sólo aguárdame en la biblioteca.

—¡Yo voy contigo! —Contestó decidida.

Sebastián y los demás la miraron sorprendidos y Valiente la contempló con orgullo:

—Ve a la biblioteca un momento, por favor, allí hablaremos.

Lucero obedeció, Sebastián le palmeó la espalda y continuaron preparando los coches y los caballos para la travesía, tardarían varias horas en llegar, cuando Valiente vio el operativo en marcha, regresó a junto a Lucero.

—¡Esto es horrible, una desgracia enorme! —Se lamentó conmovida.

—Sí, lo sé, es por eso que quiero que vuelvas a tu casa. Cuando todo se haya resuelto allá, volveré a buscarte —En ese momento vio, con satisfacción, el crucifijo de su madre resplandecer entre las ropas de la muchacha.

—Yo no puedo regresar —Le confesó— A estas alturas, mi familia debe estar sumida en un caos y no quiero escucharlos, además ¿Cuánto tardarás en regresar?

—No lo sé, algunas semanas.

—¿Semanas? ¿Estaremos separados tanto tiempo? —Valiente pensaba en silencio— Tú dijiste que soy tu novia, tu mujer, tu amante. No me alejes de ti, no me apartes —Suplicó—. Voy contigo, te prometo que ayudaré, no te molestaré, no seré un estorbo para ti ni para nadie —Trató de convencerlo.

—¡Pero tu familia se alarmará, creerá que te rapté! Se pondrán en mi contra. ¡Piénsalo mejor!

—¡Ya está decidido! Le escribiré a mi madrina para que les diga que me voy con mi futuro esposo —Corrió al escritorio para escribirla.

—Tú ganas, pero... No tienes ropa para semejante travesía, has venido con lo puesto.

—Me pondré la tuya o le pediré a Carmelina que me preste algo, eso es lo de menos.

—¡Me sorprendes! No sabía que detrás de ese rostro de niña se escondía una mujer temeraria y leal. Me enamoras más.

Lucero se acercó y lo besó apasionadamente:

—Todo te lo debo a ti, mi rey.

Efectivamente, la casa de los Olazábal era un caos, cuando Victoria llegó del paseo con Sebastián, descubrió a Alonso discutiendo acaloradamente con su tío.

—¿Dónde está su hija, Don Juan? no habrá arreglo sin compromiso, ejecutaré los pagarés si no me caso con ella. Debo ir a la capital de urgencia, asuntos importantes requieren de mi

presencia. Volveré en unas semanas y espero que concretemos lo pactado —Amenazó cerrando la puerta con violencia.

—¿Qué pasa, Alonso? ¿Por qué dices eso? —Inquirió Victoria.

—¡Pregúntale a tu tío, yo me tengo que ir! —Le respondió de mal talante.

¡Juan! —Anunció Doña Ana María en voz alta—. Voy al convento, seguro que Lucero está allá, la voy a traer a la rastra, te lo aseguro ¡Como que hay un Dios!

“Madrina: me voy con Valiente a Cruz Azul, hubo un derrumbe y hay mineros atrapados, como su amante y futura esposa, lo acompañaré. Él ha insistido en que me quede, pero yo no he querido. Dile a mis padres que me fui por mi propia voluntad, en unas semanas volveré y me casaré con él porque es el hombre que amo, con afecto entrañable Lucero”

Sor Inesita tuvo que sentarse al leer la noticia, la releyó muchas veces para comprender lo que eso significaría para los Olazábal:

—¡Dios santo y bendito! Se atrevió a desafiarlos...No quisiera saber lo que Ana María será capaz de hacerle ¡Virgencita, protégela!

Dos horas después, Doña Ana María se apersonó en su despacho y sin saludarla le gritó:

—¿Dónde está mi hija, adónde la tienes escondida?

—Lucero no está aquí, toma y lee —Le contestó secamente.

Ana María empalideció, se tambaleó y, si no fuera porque la religiosa la tomó de la cintura para acercarla a una silla, hubiera caído redonda al suelo.

—¿Qué has hecho con ella? —Dijo con el aliento entrecortado— ¡Tú la alentaste a toda esta locura! ¿Ésta es tu venganza?

—¿Qué dices, deliras? Nunca me imaginé que fuera capaz de semejante osadía. La has criado tan severamente que siempre pensé que nunca podría hacer otra cosa que la que tú decidieras.

—Pero ¿No te das cuenta de la gravedad del asunto, maldita mujer? —Bramó, desbordada por la rabia y la desesperación— ¡Lucero se ha entregado a ese hombre como tú lo hiciste con Juan un día antes de nuestra boda! Tuve que enterarme de ello en nuestra luna de miel cuando me lo confesó.

—¡Basta con eso! —Suplicó la monja—. Nos lastima, Ana, es inútil hablar del pasado. Ahora hay que pensar en cómo se lo dirás a Juan.

—Ya veré, es mi esposo, son mis problemas, es mi familia —Le contestó poniéndose de pie— ¡Te prohíbo que vuelvas a pisar mi casa, aléjate para siempre, bastante dolor me has causado en todos estos años!

El viaje a las minas resultó bastante ajetreado, Lucero iba en un carro y Valiente y Sebastián en sus caballos. De a tramos, Valiente se emparejaba con el carro y hablaba unas palabras con Lucero, se daban la mano, se sonreían.

Cuando llegaron a Cruz Azul, había movimientos y corridas, se escuchaban las órdenes del capataz y el llanto de las mujeres. Al verlos llegar, los voluntarios salieron a recibirlos y a ayudarlos con los bártulos y víveres que traían. Valiente condujo a Lucero hacia la tienda principal para que se acomodara y regresó a interiorizarse de lo acontecido y de las tareas de rescate.

—¿Cuántos llevan rescatados? —Le preguntó a Martín Aguirre, el capataz.

—Veinticinco, patrón, nos faltan quince. Algunos de los que sacamos están en el hospital.

—¿Y sus familias fueron informadas?

—Están del otro lado, quisimos evitar el desborde.

—¡Mal hecho, estos hombres necesitan de sus mujeres más que nada en el mundo, háganlas pasar! Sebastián, hay que repartir dinero entre los afectados —Le sugirió.

—Ya me encargo, Valiente —Lo llevó a un aparte y le dijo—. Sabes que estas cosas ocurren a veces, serénate, amigo, haremos todo lo posible por sacarlos de allí. Ve con Lucero, realmente me llena de admiración su decisión de acompañarte.

—Todo ha sucedido tan rápido que no tuve tiempo de contarte.

Entró en la tienda y la vio con un pañuelo en la cabeza, cortando telas:

—¿Qué haces, mi reina?

—Fui al hospital para ofrecer ayuda y me dijeron que necesitaban vendas.

A Valiente se le llenaron los ojos de emoción:

—¡Gracias por tu apoyo, mi amor! —La besó en la frente—. ¿Tienes hambre? Pronto el cocinero del campamento hará algo con los víveres que trajimos, no es una comida que habitualmente esté en tu mesa, pero te dará calor en el estómago.

—Todo es bueno a tu lado, mi bien, deja de tratarme como alguien ajeno a ti, te lo suplico.

—Tienes razón, discúlpame, debo acostumbrarme —Le sonrió como sólo él podía hacerlo.

A lo lejos se escucharon gritos de alegría, los socorristas habían perforado un sector que permitía comunicarse con los atrapados. Valiente salió despedido de la tienda para unirse al grupo, las tareas de rescate duraron varias horas, los dos amigos trabajaban codo a codo con el resto mientras que Lucero asistía en lo que podía en el hospital. Se sentía viva a pesar de ver el dolor, se sentía útil por primera vez en su vida. Se sentía amada, deseada y respetada por aquel hombre que veía a lo lejos, todo sucio y desmañado. De pronto, pensó en su familia:

—A estas alturas estarán enterados —Suspiró mientras veía el atardecer y con un gesto de resignación, volvió al hospital.

Doña Ana María fue en busca de su esposo ni bien traspuso la puerta de calle, había decidido no dilatar la situación y darle la infausta noticia sin rodeos.

—¿Y qué averiguaste, mujer? ¿Está allá?

Doña Ana María le extendió la esquila:

—Esto no puede ser... Es nuestra ruina —Don Juan leyó con asombro y se tomó el pecho.

—¿Qué tienes? ¡Josefa llama al doctor Rosales, es urgente! —Clamó al ver el desmayo repentino.

Victoria acudió rápidamente y leyó las líneas de su prima en medio del desorden general:

—La muy descarada —Masculló.

El médico determinó un principio de arritmia y le diagnosticó reposo por unos días evitando todo tipo de disgustos.

—¡Cómo si fuera tan fácil! —Exclamó Ana María—. No se preocupe, cumpliremos con lo prescripto. Josefa, acompaña a Rosales hasta la puerta ¡Ha caído la desgracia en esta familia y todo por culpa de esta niña caprichosa!

Cuando Don Juan se durmió al fin, Doña Ana María bajó a la cocina para comer algo. Victoria ingresó casi en puntillas de pie y le preguntó:

—¿Cómo está mi tío?

—Descansando, el disgusto lo descompuso —Y mirándola de soslayo, dijo— Te vi leer la esquila.

—Perdón, tía, pero quería entender lo que sucedía.

—No importa, tarde o temprano lo sabrías. Tu prima ha enloquecido definitivamente ¡Se ha entregado a un desconocido que podrá tener fortuna, pero no apellido ni linaje!

—Creo que sé cómo solucionar las cosas —Dijo en voz baja.

—A ver ¿Cuál es tu idea? porque yo no he tenido cabeza para pensar.

—Envía un mensajero a Cruz Azul con la noticia de que mi tío está en peligro de muerte, que regrese lo antes posible, entonces puedes presionarla para que le cumpla la última voluntad: el casamiento con Alonso.

Doña Ana María la miró con interés:

—Puede resultar, ella adora a su padre...bien, bien. Mañana, con mi mente más despejada, planearemos su regreso. Te pido que, si lo encuentras a Alonso, no le digas lo de la fuga con este malnacido de Vallejos, no la aceptará desvirgada y ahí estaremos en graves problemas. Por cierto, el Señor Agüero ¿No es amigo y socio de Vallejos? ¿Él no habrá querido también...?

—No te preocupes por él, es un caballero que me pretende. Tampoco tiene apellido ilustre, pero tiene fortuna y, para mí, y espero que, para ustedes también, sea suficiente.

—Lo primero que debo hacer es cuidar de la salud de mi esposo, luego me encargaré de esa chiquilla impúdica y desvergonzada que ha hecho caer la desgracia en esta familia honorable. Y, por último, si lo deseas, arreglaremos el compromiso con ese señor. Me voy a descansar, estoy agotada, haz lo propio, querida.

Victoria la saludó mientras su mente voló hacia su detestada prima:

—Te voy a aguar los planes, Lucerito. Se terminará tu sueño romántico y entrarás en la pesadilla de ser la esposa de Alonso Mendía y Oviedo —Sonrió con malicia— Mientras yo me casaré con ese guapo y rico hombre de negocios.

Rescatar a los mineros insumió muchas horas, matizadas con relevos, comidas rápidas y algunos gritos de alegría cuando, uno a uno, fueron saliendo a la superficie, se perdieron cinco vidas y eso sumió al campamento de una honda tristeza y un silencio sepulcral.

Lucero y Valiente apenas cruzaban palabras en tal ajeteo, pero cuando se miraban se decían muchas cosas, ambos se sentían dichosos de haberse elegido. Dormían en diferentes lugares, él había decidido compartir la tienda con los otros mineros y ella lo hacía con las mujeres.

Pasaron algunos días hasta que todo volvió a la normalidad, ya habían enterrado a los muertos y consolado a sus familias, los heridos retornaron a sus casas y restaba apuntalar el sector derrumbado para seguir explotando la mina. Aunque dormían separados, se aseguraban algunos momentos de intimidad.

Sebastián controlaba de cerca los trabajos y visitaba las otras tres minas que poseían con Valiente. Extrañaba a Victoria y envidiaba sanamente a su amigo por tener a su mujer cerca de él. No había atinado a escribirle una esquila para informarle del derrumbe y de su rápido viaje, esperaba que, al regresar, ella lo recibiera y continuaran con la relación:

—Veremos... —Dijo pitando su cigarro y mirando el horizonte.

Una mañana, Valiente decidió gratificar a su amada con un paseo por el río cercano.

—¡Lucero, mi señora! —La llamó de pie junto a la tienda—. ¿Estás allí?

—Buenos días, mi bien —Lo saludó con dulzura al salir de la tienda.

—Ven, vamos al río, trae tus cosas de aseo, nos merecemos un tiempo para nosotros, quiero mostrarte los alrededores y que conozcas a Doña Chila.

El agua del río estaba fría cuando Lucero la tocó con sus pies, detrás de ella, Valiente se desnudaba para tomar un baño corriendo hacia el río:

—¿Vienes? —La invitó al pasar a su lado.

Lo vio zambullirse en lo más profundo y nadar de un lado hacia el otro, fascinada, no atinaba a realizar algún movimiento.

—¿Qué pasa? ¡Sácate la ropa! —Le dijo sonriente con su dentadura blanca.

—¿Desnuda, aquí? —Preguntó con vergüenza.

Valiente río:

—Pero ¿Cómo es eso, mi temeraria mujercita no quiere que la vea desnuda? ¿Después de lo que vivimos juntos?

—¡Ya! no te burles de mí— Dijo dándole la espalda y sacándose la ropa a regañadientes.

Él salió del agua sigilosamente y la alzó entre sus brazos para llevarla al río vestida solo con su enagua de batista.

—¡Espera, no sé nadar! —Gritó asustada, aferrándose a su cuello.

—Pero aquí haces pie, no temas, estás conmigo —Le susurró al oído.

—Oh, es verdad... —Asintió parándose.

—Eres bella, Lucero —Dijo besándola una y otra vez —Mi cuerpo te extrañaba, mujer —Dijo desnudándola y subiéndola a horcajadas en su cintura.

El pudor que sentía, se disipó y dio rienda suelta a la pasión reprimida todos esos días:

—Hazme tuya —Clamaba en un hilo de voz.

Él agradeció el pedido y la poseyó con desmesura.

—¡Te amo, Valiente! —Suspiró en éxtasis.

—¡Tú eres mía y yo soy tuyo! —Gemía— Te amo...

Luego de que la excitación cedió el paso a la calma, se vistieron en la orilla del río prodigándose caricias y palabras de amor infinidad de veces. Nuevamente, la penetró, esta vez, debajo de un frondoso árbol. A medida que Lucero vencía la represión propia con que la que había sido educada, podía sentirse más segura de sí misma y escuchar lo que todo su cuerpo le demandaba. Valiente se asombraba gratamente de los cambios vertiginosos operados en ella, porque confirmaba certeramente que era la mujer que toda su vida estuvo esperando.

—Me asombras día a día. Estoy fascinado contigo —le confesaba mientras la besaba por todo el cuerpo.

—¡Tú has despertado en mí todas esas cosas! —Decía mientras disfrutaba de sus besos— La libertad con la que vivo es producto del amor que nos tenemos. Antes de ti, estaba sujeta a las normas y preceptos de la sociedad. Todo eso se derrumbó aquel día, en la feria de la Alameda.

Valiente la miró profundamente a los ojos:

—¡Bendito ese día!

Caminaron por los senderos estrechos hasta que Valiente vio unos jazmines silvestres, recogió algunos y se los ofreció:

—Para mi señora —Le dijo con amor en sus ojos—. Ven, quiero que conozcas a Doña Chila —La invitó dándole la mano— Ella fue mi consejera y mi guía cuando me instalé aquí. Es muy sabia, ya lo verás, quiero que conozca a mi futura esposa.

El terreno montañoso dio paso a un verde y florido valle en donde se hallaba la casita de la anciana.

—¿Quién es? ¿Quién anda por ahí? —Preguntó al escuchar pasos cercanos.

—Soy yo, Chila y vengo con visitas —Se anunció.

—¡Hijo mío! —Lo abrazó—. ¿Cómo has estado? Me enteré de lo que sucedió en la mina, anduve por ahí, ayudando —Y mirando a Lucero con una sonrisa—. Vi a la señorita corriendo de un lado al otro... ¿Cómo te llamas?

—Lucero, señora —Contestó tímida.

—¿Lo amas tanto como para sacrificarlo todo por él?

Se desconcertó ¿Cómo sabía? Valiente observaba la escena sin intervenir.

—Sí, lo amo de esa forma —Contestó decidida.

—Era a ella a quien ibas a encontrar en San Silvestre, muchacho.

—Lo sé, mi alma estuvo inquieta hasta que la encontré, como tú me dijiste, así fue —La besó en la frente.

—¿Tú sabías que nosotros íbamos a estar juntos?—. Preguntó la muchacha confundida por todo lo que había escuchado.

—Chila me aconsejó mudarme y predijo que allí encontraría al amor de mi vida, que me daría

cuenta ¡Y se cumplió!

—Muchas cosas van a suceder en cuanto salgan de aquí, hijos míos —Les advirtió— Recuerden que lo que el Señor une en el amor, nada ni nadie lo puede separar jamás. Ustedes están marcados por el destino, hay un plan mayor. Sus almas estaban predestinadas a encontrarse, deben seguir unidos.

—¿Qué sucederá, por favor, díganos? —Le rogó Lucero con curiosidad.

Doña Chila no contestó, tomó la mano de Valiente y la posó sobre la de ella:

—Sean felices, sean el uno para el otro, defiendan ese amor que sienten, queridos míos —Les sonrió un momento y declaró— Ahora vayan, tengo cosas que hacer y a ustedes los están esperando.

La pareja caminó en silencio, cada uno en sus propias cavilaciones. Cuando llegaron al campamento, vieron a Sebastián conversar con una mujer y, al acercarse, reconocieron a Victoria.

—¿Qué haces tú por aquí? —Le preguntó, de mal talante, Lucero.

—¿Qué maneras son esas de recibirme, prima! —fingió sonreír—. ¿Cómo se encuentra señor Vallejos? —Saludó con aire inocente.

—Bien, muy bien ¿Y usted? ¿Cómo ha resultado el viaje?

—¡Uf! difícil... pero aquí estoy. Toma, Lucero, esta carta te la envía tu madre, léela... Sebastián ¿damos un paseo?

—¡Con mucho gusto, mi bella dama! —Y ambos se perdieron por el sendero al bosque.

Lucero abrió el sobre con nerviosismo:

—Tranquila —Le pidió Valiente.

—¡No puedo! Después de lo que nos dijo Doña Chila, temo que algo malo se avecina. Por lo pronto, esta carta estará cargada de reproches y amenazas, lo sé, mi madre habrá puesto el grito en el cielo cuando mi madrina le entregó la esquila.

—Es de imaginar...

La muchacha se dispuso a leer y muy pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas:

—¡Oh, mi padre ha enfermado por mi culpa y pide que regrese antes de morir!

—¿Tan grave es? —Se asombró—. ¿Estaba enfermo?

—Me temo que sí, el doctor Rosales le dio muy pocas esperanzas de vida, quiere verme por última vez —Le dijo— debo ir.

—¡Claro, por supuesto! Sólo que no puedo acompañarte, las tareas en la mina se retrasaron y...

—No me expliques nada, lo entiendo, volveré con mi prima —Le contestó desolada.

Sebastián y Victoria se adentraron en un pequeño bosquecillo para estar a solas.

—¿Cómo te he extrañado, corazón!

—¿Sí, mucho? ¿Por qué no me avisaste que te ibas? —Dijo coqueta.

—fue repentino, una urgencia. Me tienes cabeza para abajo y no veo la hora de que nos casemos, deseo hacerte mi mujer —Le confesó besándola en los labios con ardor.

—Yo también lo deseo—. Susurró.

—Cuando regresemos, pediré tu mano —La abrazó con pasión mientras le besaba el escote.

—¡Sebastián! Contrólate, yo no soy como mi prima.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó tomándola del mentón.

—Bueno, ella...es la amante de Valiente ¿No? Se fugó con él —Dijo insidiosa.

—Las cosas se dieron así entre ellos. Te deseo tanto, mi vida —Ambos se arrodillaron en la

gramilla y Sebastián la recostó muy despacio.

—Creo que no está bien lo que hacemos —Dijo abriendo su boca para recibir sus besos.

—No hacemos nada de malo —Sebastián ardía en deseos de poseerla, pero no estaba seguro de que Victoria sintiera lo mismo, por momentos se mostraba distante, hermética, algo extraña.

—Quiero entregarte mi virginidad en nuestra noche de bodas, no aquí.

—Entonces, no sigamos o no respondo de mí —Aseguró reaccionando a sus palabras— ¡Ven, vamos! —La invitó tendiéndole la mano para que se incorporase.

Mientras emprendían el camino de regreso en silencio, Victoria le preguntó:

—¿Estás enfadado conmigo?

—No, ya pasará. Comprendo que quieras guardarte, a mí se me está siendo difícil contenerme, no te preocupes —Contestó algo molesto.

—He venido con malas noticias, —Le anunció— mi tío se enfermó a raíz de la fuga de mi prima y está en peligro de muerte. Mi tía quiere que vuelva para verlo por última vez.

—Lo lamento mucho —Respondió por cumplido.

Cuando llegaron al campamento, Sebastián se reunió con el capataz en la tienda de los mineros y Victoria fue con su prima, quien la esperaba ya lista para emprender el regreso.

—¿Volvemos? —Le preguntó con sequedad Lucero.

—Cuando tú quieras ¿por qué viniste en persona y no enviaron un mensajero?

—Pues porque la situación angustiosa que se vive en la casa así lo demandaba y además, porque deseaba ver a Sebastián aunque sea unos momentos. Es mi futuro prometido, nos casaremos pronto.

Lucero hizo un mohín de disgusto y le anunció:

—Voy a despedirme de Valiente, vuelvo enseguida.

Victoria llamó desde lejos a Sebastián, quien se acercó con una sonrisa en los labios:

—¿Se te pasó el enojo?

—Sí, discúlpame, a veces tengo un humor de perros... Iré con tu familia para formalizar en cuanto me lo permitan las tareas aquí.

—Espero con ansias ese momento.

La despedida entre Lucero y Valiente fue diferente, cuando la vio entrar a la tienda, se levantó rápidamente del catre, cerró la abertura y la atrajo hacia él con deseos irrefrenables, se bajó los pantalones y le levantó las polleras con apuro:

—Para que ardas como yo al recordarte cada noche, hasta volvernos a ver —. Sentenció.

La penetración fue con furia, temía que la separación fuera más prolongada y deseaba adentrarla en su cuerpo para que de allí no se fuera más. Lucero, turbada por la manera posesiva y nunca vista antes, gozaba de dicha y de placer.

—Nadie nos va a separar, estamos hechos el uno para el otro, mi amor, mi hombre, mi todo...

—Gemía sin control.

En el viaje de regreso, las muchachas se sumieron en un profundo silencio llevadas por sus propios pensamientos. Lucero trataba de prepararse para ver a su padre en el lecho de muerte sabiéndose responsable de su grave estado, imaginaba a su madre reprochándole sin descanso su osadía y pensaba en Valiente, a quien no hubiera deseado dejar en Cruz Azul.

—Ya me duele el cuerpo y el alma se me hace trizas por cada metro de distancia que debo poner entre nosotros. Jamás pensé que el amor era así, que laceraba la carne y marcaba a fuego el corazón —Pensaba melancólica.

Sonreía, a veces, evocando algunas escenas vividas y sentía que su sexo se tensaba cuando rememoraba la intimidad con Valiente.

Victoria, repasaba su encuentro con Sebastián y se molestaba por tener que hacer el papel de una mojiyata en vez de entregarse al placer que, seguramente, ese hombre le proporcionaría:

—¡Me estoy cansando del papel de mujercita decente, espero que nos casemos pronto! —Se dijo, miró a Lucero que se había recostado contra el interior del coche e hizo lo propio para poder llegar más descansada a San Silvestre.

El plan que había elaborado con su tía lo había incluido a Don Juan, quien se prestó a fingir el peligro inminente para poder lograr su objetivo final.

Doña Ana María iba y venía de la ventana a la cocina, esperando divisar el coche que traería a su hija. Victoria había partido de madrugada con el cochero y calculaba que, hacia la medianoche estarían de regreso.

Su madre le abrió la puerta, lista para reprocharle su conducta, pero Lucero se abalanzó corriendo, sin saludarla, hacia la habitación de Don Juan:

—¡Padre, padre mío! —Exclamó sollozante.

Doña Ana María, por detrás, trató de acallarla:

—Está durmiendo, por favor, no lo despiertes ahora, ya tendrás tiempo de hablar con él mañana. Ven a la cocina que tengo unos bocadillos para las dos.

Lucero obedeció y la encontró a su prima alimentándose a dos manos.

—Cenen y vayan a dormir. Tú y yo —Amenazó señalándola a Lucero— ¡Tenemos que aclarar muchas cosas! —Y desapareció de su vista, insultando al aire.

—Mi tía está furiosa —Agregó Victoria con placer— Hubo que soportarla todos estos días mientras tú te revolcabas con Valiente —Le asestó sin piedad.

—¡Esperaba que, tarde o temprano, me digas algo tan desagradable como esto! Pero, para tu información ¡Yo no me revuelco con Valiente, nosotros hacemos el amor —Le contestó con furia — y te puedo asegurar que es algo de lo que no me arrepiento! Tu veneno no me llega, no pierdas tiempo. Ahora me voy a dormir, estoy muy agotada para escucharte.

Victoria la vio salir de la cocina y murmuró:

—Te crees gran cosa... Disfrutaré cuando todos tus planes se derrumben.... Quiero verte derrotada y humillada ¡Eres tan estúpida!

Lucero se levantó de madrugada y, sin hacer ruido, se dirigió al convento para hablar con su madrina. Quería contarle todo lo que había sucedido en Cruz Azul y hallar consuelo entre sus brazos maternos.

—¡Mi niña! —Dijo acogiéndola en sus brazos —¡Qué revuelo armaste, corazón! ¿Volviste por la enfermedad de tu padre? ¿Todo resultó bien allá?

—¡Madrina, soy feliz y es la mejor decisión que tomé! Me escapé antes de que mi madre se levante y comience con su perorata ¿Lo has visto a mi padre? ¿Cómo está? Anoche llegué tarde y dormía.

—Ana María no me lo permitió. Desde que le di tu esquila, me prohibió el ingreso a tu casa, cree que soy culpable de tu huida a Cruz Azul con Valiente.

—Lo aclararé en cuanto pueda, te lo prometo, madrina.

—¿Cómo te enteraste? ¿Te mandó a buscar?

—Sí, vino Victoria con una carta de ella, llena de reproches e insultos y haciéndome culpable de lo que le pasó a mi padre. Tuve que dejar a Valiente allá, muy a mi pesar, tenía cosas que

resolver todavía —Relató entristecida.

—Confíemos en que lo de Juan no sea nada, está en mis oraciones constantemente. Cuéntame ¿Cómo te ha ido con él? —Quiso saber dándole un té de menta que inmediatamente a Lucero le hizo recordar el aliento de su amado.

Con lágrimas en los ojos, le relató el dolor de las familias de los mineros, el trabajo de los voluntarios, el desempeño de Valiente y Sebastián y el auxilio que ella prestó en el hospital.

—¡Bravo, mi niña, muy bien! —La felicitó con orgullo.

—¡Ni yo misma me reconozco, pero estoy feliz, feliz, feliz! —Giró sobre sí— En tan poco tiempo cambió toda mi vida. En cuanto a lo otro...

—¿Qué es lo otro?

—Lo que estás pensando...Le entregué mi virginidad al hombre que amo.

Sor Inesita se sentía tan identificada con aquel sentimiento único que alguna vez hizo vibrar su ser, que sonrió emocionada:

—Lo sé, me lo imaginaba —Dijo preocupada—. ¿Y cómo sigue lo de ustedes?

—Va a pedir mi mano muy pronto. Nos casaremos, tendremos muchos hijos ¡Y seremos dichosos por siempre! —Sonrió vislumbrando el futuro.

La religiosa sintió que una nube negra se cernía sobre los amantes, conocía muy bien a Ana María y sabía que algo se traía entre manos, pero no quiso hacerla infeliz con sus visiones.

—Me preocupa mucho que mi padre muera, soy la responsable si eso ocurriera y la idea me tortura —Se entristeció súbitamente.

—No pienses en así, ya verás que todo se solucionará. Ahora, ve y habla con él con total sinceridad. Juan está delicado, pero resistirá, porque su espíritu es fuerte. Todo se va arreglar, ya verás —Pero, sabía que sus palabras eran un consuelo más que una certeza.

Valiente durmió muy mal esa noche. Sabía que Lucero estaba muy lejos y el deseo de tenerla a su lado para siempre lo corroía. Mil fantasmas lo atormentaban y lo llenaban de negros pensamientos. Decidió caminar por la orilla del río antes del amanecer, su amigo Sebastián, lo siguió, él tampoco podía dormir, la presencia de Victoria en el campamento lo había llenado de sentimientos encontrados, no podía comprenderla cabalmente.

—¡Valiente, aguarda, yo tampoco puedo pegar un ojo! ¿Qué te sucede amigo?

—La extraño, me acostumbré a verla cerca de mí ¿Y a ti?

Sebastián le contó el episodio que vivió en el paseo con Victoria.

—Las mujeres a veces son así, no le des mayor importancia, ella se casará contigo finalmente —Lo alentó.

—Puede ser ¿Lucero es igual?—. Preguntó.

—No, ella es diferente, se entregó a mí sin pensar en las costumbres de la clase social a la que pertenece, se despojó de todo y, cada día que pasa es más libre de todo eso.

Sebastián se quedó en silencio, compartiendo el cigarro con su amigo:

—¡Mira! ¿No es Doña Chila? —Exclamó señalando hacia el bosque.

—Sí, está recogiendo leña, vamos a ayudarla.

—Muchachos ¿qué hacen por aquí? Esas mujeres no los dejan conciliar el sueño ¿No?

—Así es —Afirmó Sebastián—. Por favor, Doña Chila, permítanos, llevaremos la leña.

—Mejor, entonces, así acarrearé más de lo pensado— Los invito a tomar un café y a compartir conmigo unas galletas de miel que preparé para ustedes —Dijo sonriendo—. Sabía que vendrían, no me imaginé que tan pronto pero así son las cosas, a veces se aceleran. Y tú, Sebastián, deja de

pensar que estoy loca —Rio sin mirarlo.

Valiente inquirió con la mirada a su amigo y éste asintió afirmativamente.

—Adelante, muchachos, siéntanse en donde les plazca —Les pidió yendo a buscar las tazas de loza y el tarro de las galletas.

—¿Cómo supo, Doña Chila, lo que estaba pensando? —Se atrevió a preguntar Sebastián.

—Dones que El Padre me dio —Contestó.

—Chila —Le dijo Valiente— Usted nos advirtió a Lucero y a mí que iban a suceder cosas apenas saliéramos de aquí y así fue. Tuvo que ir a San Silvestre de urgencia porque el padre se enfermó de gravedad.

—Era una posibilidad. La que vino a buscarla ¿Cómo se llama?

—Victoria —Contestó rápidamente Sebastián— Es mi prometida, bueno, formalmente no todavía, pero lo será ¿Por qué pregunta?

—No te conviene, hijo, solo te traerá sufrimiento. Hay otra que conoces, pero en la que no has reparado aún.

—¿Por qué no le conviene? —Quiso saber Valiente.

—No puedo decir nada más, el resto es libre albedrío.

Sebastián, impactado por las palabras de la anciana, se sumió en sus propias cavilaciones.

—Doña Chila, hace tiempo que estoy pensando en mejorarle la vida —Le confesó Valiente— Usted me ha aconsejado en muchas situaciones de mi vida, sobre todo, cuando recién comenzábamos. Recuerdo que me enseñó a focalizarme en mis objetivos, a proyectar en mi mente lo que luego quería plasmar en la acción.

—A dominar la mente para ponerla al servicio del alma —Añadió la anciana sonriendo.

—Como muestra de mi agradecimiento eterno por sus enseñanzas y su apoyo incondicional, quiero mandar a construir una casa con las comodidades que me pida, en donde usted elija.

—Muchas gracias, hijo mío, pero no necesito nada. Yo soy feliz aquí y de este modo.

—Puedo, entonces, mandar a refaccionar esta misma casa.

—No, gracias, con lo que tengo, alcanza, pues debo saldar una deuda con el Cielo.

—No entiendo —Valiente la miró con curiosidad.

—¿Tú eres de lo que creen que existe una sola vida o que encarnamos varias veces? —Le preguntó mirándolo a los ojos con profundidad.

—Nunca me puse a pensar en esas cosas.

—Yo sé que hemos vivido otras veces y seguiremos naciendo y muriendo varias más —Suspiró entristecida— En otra vida, me porté muy mal y por eso, en ésta me toca vivir aquí, con modestia y aislada.

—Pero es como un castigo, una penitencia, una condena —Intervino Sebastián.

—Puede decirse que sí, pero mi alma está feliz de hacer lo que hay que hacer —Concluyó la anciana.

Los dos amigos, se miraron y dispusieron retirarse.

—Como usted diga, Doña Chila, nos vamos. Muchas gracias por el café y las galletas.

—No hay de qué. Sebastián, hijo, lamento mucho que mis palabras no hayan sido las que esperabas, pero debo decir la verdad, aunque, a veces, duela. Y tú, Valiente, vuelve en cuanto puedas allá donde está Lucero, ten bien presente que los celos son malos consejeros.

Al traspasar la puerta principal de su casa, Lucero se dispuso a enfrentar los reproches de sus padres. Le atemorizaba la precaria salud de su progenitor, pero no deseaba dar marcha atrás con

los planes trazados con Valiente para su futuro.

—¿Adónde te habías ido, por qué no avisaste? ¡Tú no te mandas sola! ¿O eso creíste cuando te fuiste con ese bandido? —Le recriminó Doña Ana María sin respirar.

—¿Qué te respondo primero, madre? —Dijo, con calma, caminando hacia la habitación matrimonial.

—¡Espera un momento! —Lucero se frenó para escucharla— Debo advertirte que no puedes hacer que sufra otra emoción violenta, ya padeció bastante tu insensatez ¡Ten cuidado con lo que vas a decirle o llevarás el peso de la culpa por su muerte!

Las palabras maternas le horadaron el corazón profundamente y sus ojos se llenaron de lágrimas:

—No fue mi intención provocar esta situación, yo solo quiero ser feliz al lado del hombre que amo, ése, al que tú llamas bandido —Le contestó angustiada.

Victoria apareció en el salón exclamando:

—¡Fuiste una egoísta, Lucero! Mi tío casi se nos va y aún no sabemos si se recuperará o quizás.... —Se silenció persignándose.

—¡Dios no lo permita! —Exclamó Doña Ana María haciendo lo mismo.

Herida por las palabras dichas, Lucero avanzó hacia la alcoba, golpeando muy despacio, entreabrió la puerta:

—Permiso, padre.

—Adelante, mi hija querida, ven a darme un beso.

Obedeció:

—¿Cómo estás? —Preguntó con cierto temor.

—Aquí, reponiéndome del disgusto que nos has causado —Dijo suspirando.

—No quise provocar eso, las cosas se estaban precipitando y yo no estaba de acuerdo con el destino que me habían prefijado.

—Por favor, hija, no hagas que me agite, mi corazón aún está débil.

Doña Ana María entró con la bandeja del desayuno:

—A ver, Juan, debes alimentarte dijo el doctor y no te olvides de las pastillas que te recetó.

—Lucero, no sé cuánto me reste de vida, por eso te mandé llamar. Deseo olvidar este bochornoso incidente con ese “señor” para pasar a aquello que nos importa... ¡Ay, dile tú, mujer que me quedo sin fuerzas para continuar! —Fingió.

—Lo que tu padre desea decirte es que perdonamos tu desliz ya que hay cosas más urgentes que resolver.

—¿De qué hablan? No estoy entendiendo bien —Los miró a ambos.

—Lo que queremos decirte es que estamos en bancarrota y que tu padre negoció la condonación de las deudas con Alonso.

—¡A cambio de mí! —Exclamó indignada— ¡No lo puedo creer! —Nerviosa, caminaba de un lado al otro de la habitación. Victoria escuchaba detrás de la puerta, disfrutando con malicia de la conversación.

—¡Ay, mi corazón! —Clamó su Don Juan—. No lo resisto, por favor, hija.

Lucero corrió a su lado:

—No te agites, cálmate.

—¡Tú lo agitas, Lucero, con tu necesidad y tu egoísmo, bien lo ha dicho tu prima, no piensas en la familia ni en la salud de tu padre!

—Estoy enamorada de Valiente Vallejos —Dijo con calma— Él tiene dinero suficiente para

hacerse cargo de las deudas después que nos casemos.

—Sí, él me lo ofreció —Confesó Don Juan.

—¿Cómo?

—Sí, vino a invertir en los campos, comprendí que había averiguado mi situación financiera. Pero lo rechacé porque no tiene un apellido ilustre, además, ya había acordado con Los Mendía y Oviedo. Por favor, quiero descansar, mi salud me lo demanda.

—¡Salgamos! ¡Vamos! —Ordenó Ana María.

Lucero se sentía confundida con todo lo que había escuchado. Victoria conversaba en voz baja con su tía y después, salió por la puerta principal.

—Nunca aceptaremos a Valiente Vallejos —Le dijo, furiosa, su madre— Has avergonzado a la familia Olazábal con tu osadía, te has entregado a un Don Nadie. ¡Ya veremos cómo lo subsanamos en su momento, Alonso no debe enterarse jamás de tu desliz infame!

Aturdida, confusa y triste, se dirigió hacia su habitación para poder pensar y digerir lo sucedido. Su diario íntimo la aguardaba para que pudiera descargar su tristeza infinita.

—¿Qué haré ahora? Valiente, mi amor ¡Ven, te necesito!

Julia tenía sus informantes, su criada Matilde contactaba a las criadas de los Olazábal y por ella, se había enterado del derrumbe en la mina y que Lucero lo había acompañado. Esa noticia la enfureció:

—¡Esa chiquilla tonta y sin gracia se fue con mi hombre! ¡Mi hombre! —Los adornos de cristal se estrellaban uno a uno contra las paredes para descargar su rabia.

—¡Señora, cálmese, tal vez me mintieron! —Decía Matilde esquivando los cristales rotos.

—¡No! No te mintieron ¡Es verdad, lo sé! Valiente estaba obsesionado con esa mujercita. Se la llevó ¡Maldito, mil veces maldito! —La viuda arrancaba los cortinados y pateaba todo lo que se le interpusiera en su camino a su alcoba. Allí se arrojó en el lecho a llorar con desconsuelo. La criada se retiró a limpiar el desastre que había quedado en la sala, asustada por el estado en el que se encontraba su patrona.

Luego de un rato de llorar con rabia y llenar de insultos la habitación contra Lucero, afirmó:

—No soporto que Valiente sea de ella ni de nadie ¡Él es mío, mío solo! —Volvió a llorar hasta que se recompuso y se volvió de hielo— Debo pensar cómo me voy a vengar de ti, amor maldito y de esa niña malnacida, ambos sabrán de mí muy pronto.

Martina corrió escaleras arriba respondiendo al llamado de su amiga:

—¡Lucero, abre, soy yo! —Golpeó la puerta con insistencia— Josefa me avisó y vine en cuanto pude.

—Pasa, está sin llave —Dijo Lucero con voz lacónica.

—¡Querida! —La abrazó fuerte—. ¿Cómo has estado todo este tiempo? Cuando no tuve noticias de ti, fui al convento y allí Sor Inesita me contó.

—Ven, siéntate a mi lado, no quiero que nos escuchen —tomándola de las manos, le relató— Las cosas se precipitaron, me fui con él porque mis padres me presionaron con lo del compromiso con Alonso. Fue instintivo, debía acompañarlo en ese momento tan difícil —En pocas palabras le describió cómo se vivió aquello.

—¿Y ustedes allá? —Dijo intrigada.

—¿Me quieres preguntar si fui suya?

—Así es.

—Sí y no me arrepiento, fue maravilloso, pero eso sucedió cuando lo fui a ver a su casa.

—¡Me asombras! —Exclamó Martina sonriente— Realmente me asombras, no conocía esta faceta de ti ¡Tan decidida! ¿Dices que es maravilloso?

—Sí, Martina, y lo hicimos también allá. Vivimos la felicidad completa, sin ataduras de ningún tipo, sólo un hombre y una mujer amándose. Tenemos planes para casarnos, tener hijos...— Se entristeció— Hasta que llegó Victoria con la noticia de la enfermedad de mi padre.

—¿Y ahora?

—Él quiere que me comprometa con Alonso y me case porque asegura que estamos en bancarota y que, si no me caso, Alonso ejecutará los pagarés que posee y nos dejará en la calle.

—¡Qué cretino! —Despotricó.

—También Valiente, al decir de mi padre, ofreció una inversión importante en los campos.

—¿Por qué pones esa cara?

—Me molesta que me tomen como un objeto, tanto Alonso como Valiente y que mis padres me obliguen, bajo amenaza, para que me case con un hombre al que no amo ni amaré jamás —Dijo furiosa.

—¡Cálmate, Lucero! Valiente habrá querido ayudarte, lo hizo seguramente para salvar la fortuna de tu padre y a ti de ese tahr ¿Y si le dices a tu familia que te casarás con él y que saldrá las cuentas?

—Ya se los dije, no tiene abolengo, no lo aceptan. Estoy en un callejón sin salida.

—Dios te ayudará a encontrar una solución ¡Ya verás! —Exclamó con entusiasmo Martina.

—¡Gracias, amiga mía, siempre estás apoyándome! —Dijo abrazándola con afecto.

Alonso Mendía y Oviedo llegó a la casa de los Olazábal y se dirigió a la habitación donde Don Juan guardaba reposo, obligado por las circunstancias:

—¿Cómo está usted, mejora su salud?

—Creo que mejoro de a poco —Sostuvo la mentira.

—Asuntos pendientes de resolución en la Capital me llevaron a ausentarme estos días de San Silvestre y, al llegar esta mañana me enteré de su delicado estado de salud, espero que se reponga, Dios mediante —Dijo abriendo una carpeta— Le he traído unos papeles para que firme de conformidad, este contrato dice que la transacción comercial se hará efectiva cuando su hija y yo nos casemos, después de la noche de bodas. Sus deudas estarán saldadas, romperemos los pagarés frente a usted y el patrimonio Olazábal estará a salvo sólo que, me permito sugerirle algo.

—Dígame, Alonso —Dijo aliviado ya que, al parecer, no se había anoticiado de la huida de Lucero.

—Atendiendo a sus problemas de salud, me parecería responsable de su parte, cederme los derechos de administración de sus propiedades.

—Bien, pero sólo tendrá vigencia después de casarse con mi hija. Prepare el escrito y lo firmaré con esa condición —Contestó resignado.

—Me adelanté a confeccionarlo, aquí lo tiene —Le extendió un papel— Lo conozco y sé que usted es un hombre muy inteligente y práctico.

—Cuando ya no esté en este mundo, usted administrará mis bienes y los de mi hija, por supuesto —Rubricó el documento, satisfecho por hacer lo correcto.

—Muy bien, se lo llevaré al notario para que certifique las firmas, con su permiso, quisiera ver un momento a Lucero.

—¡Oh, sí! Vaya nomás —Cerró los ojos una vez que se quedó solo y exclamó— ¡Perdón

Lucerito, lo hago por ti!

Alonso aguardó la llegada de Lucero en la sala principal:

—¿Cómo has estado, mi amor? —Dijo besándole la mano.

—Bien ¿Y tú? —Preguntó por cumplir.

—Extrañándote —Mintió con descaro—. Creo que necesitamos arreglar nuestro compromiso, será la próxima semana.

—¿Tan pronto? —Exclamó asustada.

—Es lo que habíamos acordado, no sé por qué la sorpresa —Agregó acercándose a ella.

—No creo que esté preparada, yo no te amo —Le confesó enfrentándolo.

—Eso vendrá con el tiempo, querida, yo necesito una mujer, una familia y tu padre necesita que yo salde sus deudas, por si no lo sabes —Le contestó con frialdad.

—¿Esto es una simple y llana transacción de negocios? —Gritó furiosa.

—Pues, claro ¿No sé de qué te asombras? ¡Todos los matrimonios de nuestra clase social son arreglados entre las familias!

—¿Pues yo no soy un objeto, una cosa, un...!

Doña Ana María irrumpió en la sala al oír los gritos y le dio una bofetada a su hija:

—¡Basta ya, muchacha impertinente y caprichosa, estoy harta de tus devaneos inútiles! Te comprometerás con Alonso como habíamos acordado ¿Quieres que a tu padre le dé un ataque al corazón? ¿Llevarás en tu conciencia su muerte?

Con los ojos llenos de lágrimas, corrió a refugiarse en su habitación.

—Discúlpeme Alonso, pero estas cosas se resuelven así, sin más... —Tomó un respiro y le comunicó —Me gustaría que el sábado se realice el compromiso, algo sencillo.

—Esto es en dos días, mis padres calculaban llegar la semana próxima.

—El tiempo apremia. Sus padres pueden estar para el casamiento, que es la ceremonia más importante —Aseveró.

—De acuerdo, ellos comprenderán la premura del caso. Ahora, si me permite, tengo que retirarme.

—Adelante —Lo saludó con una sonrisa forzada e inmediatamente fue a relatarle a su esposo lo ocurrido:

—Tenemos que apurar las cosas, Lucero está muy inestable, tal vez quiera escaparse otra vez. Tienes que hablar con ella y presionarla aún más, Juan.

—¡Llámalas, por favor! —Le ordenó rugiendo.

Lucero bajó las escaleras y se dirigió cabizbaja a la habitación parental cuando Josefa le comunicó que su padre deseaba verla.

—Acércate —Ordenó con voz cansina—. ¿Qué sucede?

—Nada —Contestó molesta.

—¿No fui claro? ¿Qué pretendes, sumirnos en la bancarrota y en el consiguiente desprecio de nuestra sociedad?

—No, no quiero eso, pero te dije que amo a otro y que tiene dinero suficiente para saldar tus deudas.

—Pero no tiene un apellido digno para ti ni para nuestra familia. Alonso es el candidato ideal, imagínate el escándalo que se desataría si lo rechazas para casarte con un Don Nadie, Alonso ventilaría ante la sociedad que estamos en bancarrota y ni quiero pensar si se entera de lo que te pasó en Cruz Azul ¡Ay, no! Sería un escándalo de proporciones inimaginables... No quiero pensar en ese momento porque creo que mi corazón no lo resistiría...

—¿Qué tienes? ¿Te cuesta respirar? —Se alarmó— ¡Por favor, no te mueras, haré lo que me pidas, lo juro!

Don Juan sonrió para sus adentros, la había doblegado al fin, ya no había de qué preocuparse.

Rendida, sin fuerzas para seguir luchando por su amor, dejó que su madre organizara todo ante la mirada de maliciosa satisfacción de Victoria.

Martina la visitó la misma tarde del compromiso, no sabía de qué manera consolarla:

—Valiente Vallejos no me lo perdonará jamás, no comprenderá mi sacrificio. He tocado el cielo con las manos y ahora, me hundo en un abismo de desolación ¡Detesto con todo mi corazón a Alonso y amo hasta la locura a mi Valiente! —Dijo llorando.

—Amiga ¡Qué tristeza tan grande! No sé qué decir para consolarte.

Josefa golpeó suavemente a la puerta:

—Señorita, llegó la modista.

—En un momento la recibo —Contestó tratando de recomponerse— Bueno, ya está, ahora a afrontar lo que viene.

—¿Sor Inés vendrá?

—No —Contestó con tristeza— Esto es un trámite amargo carente de todo sentimiento de alegría y felicidad. No quiero que presencie esta infamia, además, mi madre está disgustada con ella, la acusa de ser una mala influencia para mí, definitivamente, no vendrá.

Horas más tarde, la ceremonia se llevó a cabo, alrededor de la cama de Don Juan. Sólo se encontraban Ana María, Victoria y Martina y, por supuesto, los novios.

Alonso dijo unas palabras que nadie escuchó mientras Lucero permanecía en silencio, ausente, ofreció su dedo anular sin resistencia sin mirar el anillo ni siquiera una vez.

—¡Vivan los novios! —Palmeó Victoria sin recibir respuesta alguna— ¡Y muy pronto la boda!

Alonso amagó a besar a su prometida en los labios, pero Lucero le ofreció su mejilla.

Brindaron y se ofrecieron bocadillos que nadie probó.

—Si me permite, Don Juan, quisiera ir con mi futura esposa un momento al jardín— solicitó Alonso con galantería.

—¡Cómo no, adelante! —Asintió complacido.

—Me retiro entonces —Anunció Martina—. Para mí fue suficiente —Masculló entre dientes —¡Buenas tardes!

Lucero caminaba como un autómatas hasta que Alonso la detuvo bruscamente y la besó con furia:

—¡Basta, basta, me lastimas! —Protestó con asco en su rostro tratando de zafarse de esos brazos que la ahogaban.

—Acostúmbrate, querida, porque en poco tiempo serás mi esposa y estarás para lo que yo pida —Dijo con rabia contenida.

—Jamás me acostumbraré a ti ¿Me oyes? ¡Jamás!

Lucero se dirigió hacia la casa y subió las escaleras sin saludar a nadie. Se encerró con llave para poder llorar a su antojo, aferrada al crucifijo que colgaba de su cuello:

—Perdóname, amor mío. Esto será un martirio para mí.

Alonso, entró en la sala con un rostro apacible y, mirando a todos, exclamó:

—¡Se comprende, está muy emocionada!

“Querido diario: hoy es un día negro para mí, me he condenado a la infelicidad más grande porque Valiente jamás me perdonará este sacrificio...”

CAPÍTULO 3

En Cruz Azul, los días se sucedieron unos tras otros en incesantes trabajos. Valiente y Sebastián se preocuparon de que las minas estuvieran mejor apuntaladas para evitar futuros derrumbes y pérdidas humanas. Por las noches, ya a solas en su camastro, Valiente se dejaba llevar por la memoria de los días vividos junto a Lucero:

—Te extraño, vida mía. Mi cuerpo te necesita, mi alma tiene sed de ti, nunca pensé que me iba a enamorar, creí que ese estado no era para mí, pero pasó —Sonreía satisfecho al recordarla yendo de un lado al otro en auxilio de las víctimas y su sexo se tensaba al evocar sus momentos de ardiente intimidad.

Una de esas noches de plenilunio, vio, a lo lejos un carruaje y descender de él a una mujer, se ilusionó pensando que era ella, pero, a medida que se acercaba la visitante, descubrió que era Doña Julia.

—¿Qué haces tú aquí? —La recibió molesto.

—¿Esa es manera de recibirme, querido, después de haber viajado tantas horas para reunirme contigo? —Exclamó.

—¡No entiendo por qué te empeñas en continuar una relación que está muerta!

—He venido a consolarte, mi amor —Contestó herida pero resuelta.

La miró sin comprender y se dirigió a su tienda sin replicar, Doña Julia lo siguió mientras le decía:

—En San Silvestre las noticias corren deprisa, tu amada Lucero se ha comprometido con Alonso Mendía y Oviedo y, muy pronto se casarán ¿Has visto? Ella te descartó, como una niña caprichosa y aburrida hace con su juguete ¿Te das cuenta? —Sonrió sarcástica—. ¡Me dejaste a mí por esa mujercita que te despreció porque no llevas un apellido ilustre!

—¡No es verdad —Le contestó con rabia—. Cierra tu boca ponzoñosa y vuelve por donde viniste! Lucero jamás haría eso —Le rugió incrédulo.

—Bueno, cuando vuelvas lo comprobarás con tus propios ojos. Y te estaré esperando con los brazos abiertos, de donde nunca debiste irte. Me hospedaré en la posada del pueblo por si me necesitas —La viuda creyó que era el momento de irse después de haberlo herido de muerte—. Por hoy es suficiente —Pensó subiéndose al carruaje.

Loco de celos, Valiente se mantuvo despierto toda la noche, repasando cada palabra de su antigua amante. Ansioso, aguardó la llegada de Sebastián quien se había ausentado unos días para realizar algunas diligencias en la ciudad capital.

—Buenos días, amigo ¿Qué tienes con esa cara? —Valiente le relató lo sucedido.

—No puede ser, es una treta de esa mujer —Lo consoló—. No le des importancia, ya se cansará de insistir.

—Volvamos hoy —Le ordenó Valiente sin escuchar.

—Como tú digas, de todos modos, lo que resta es poco y se pueden encargar muy bien aquí el capataz y los demás. Venía pensando en pedir la mano de Victoria apenas lleguemos.

—Muy bien, entonces, preparemos todo, al mediodía partimos para San Silvestre.

En pocas horas los aprestos estuvieron listos, las órdenes impartidas y se dispusieron a regresar. A lo lejos, el carruaje de Julia se acercaba.

—Tenemos visitas, parece —Dijo Sebastián señalando hacia el camino.

—¿Y ahora qué se trae esta mujer del demonio? —Resopló Valiente.

La viuda descendió, más bella que nunca, su porte y elegancia la distinguían del resto de las mujeres:

—Buenos días, caballeros ¿De regreso a San Silvestre, supongo? —Dijo con irónica sonrisa.

—No te incumbe, Julia, ya hiciste lo que tenías que hacer ¡Ahora vete! —Le gritó, exasperado, Valiente.

—Si no les molesta, volveré con su custodia, estos caminos son muy peligrosos para una dama sola con su cochero, lo he comprobado al venir —Y haciendo una pausa—. Por cierto, mi querido amor, deberías ser más agradecido conmigo, te he traído rápidamente la noticia para que esa mozigata no siga riéndose de ti a tus espaldas. Dime Sebastián si no merezco un poco más de respeto de su parte.

Sin responderle, Sebastián se aprestó a acomodar los últimos bártulos.

—Súbete a tu coche que nos vamos —Retrucó bruscamente Valiente—. Que hoy no estoy para agradecimientos.

Cuando ingresaron a San Silvestre ya era de noche, Doña Julia enfiló para su casa y los dos amigos hacia la Casa de la Colina. Valiente ansiaba ver a Lucero y desmentir la infame noticia. Durante el viaje de regreso se repetía para sí que esa era un ardid de la viuda para recuperarlo, luego, pasaba a analizar la posibilidad de que pudiera ser cierto, para volver a creer que era una vil patraña de Julia.

A la mañana siguiente, Sebastián le anunció su propósito de visitar la casa Olazábal para realizar el pedido de mano y, de paso, averiguar si era cierto lo del compromiso.

—Me parece bien, si Lucero se entera que he desconfiado de ella se enojará mucho conmigo —Dijo sereno—. Ve y certifica que todo sea una mentira de esa víbora.

Sebastián se dirigió a la florería de Martina para comprar dos ramos, uno para Victoria y otro para su tía, con quien debía y quería congraciarse.

—Buenos días, señorita, vengo a elegir las flores más bellas que tenga —Dijo con una sonrisa.

—¿Usted por aquí? —Dijo alarmada Martina—. ¿Regresó solo o con el señor Valiente?

—Ambos ¿Por qué me lo pregunta? —Quiso saber.

Martina eludió la respuesta:

—Pase y vea, señor, le puedo ofrecer rosas, gardenias, violetas, amarilis... Si me dice cuál es el evento lo podría orientar mejor.

—Voy a la casa de la familia Olazábal para pedir la mano de la señorita Victoria y quiero llevarle otro ramo a Doña Ana María.

—Bueno, en ese caso: rosas rojas para su prometida y gardenias para la señora, creo que es lo más apropiado ¿Le parece bien? —Preguntó nerviosa.

—De acuerdo, los llevo —Sebastián comenzó a sospechar del nerviosismo de la florista.

—Bien, mi empleado le hará los ramos, aguarde unos minutos, yo debo retirarme —Se disculpó.

Sebastián la tomó del brazo y la atrajo hacia sí:

—¡Espere! ¿Usted es la amiga de Lucero, no es cierto?

—Sí —Musitó, la proximidad de Sebastián la perturbó.

Se quedó mirándola, parecía que era la primera vez que veía sus ojos de miel enmarcados en tupidas y arqueadas pestañas, sus mejillas rosadas habían subido su color:

—Me han llegado rumores de que Lucero se comprometió con Alonso Mendía y Oviedo ¿Es verdad?

—No, no sé... Es decir, no puedo decir nada —Confesó sin querer.

—¿Por qué? ¿Se comprometió o no? —La mirada suplicante de la joven le hizo aflojar la presión que ejercía sobre su brazo.

—Fue obligada por las circunstancias, el padre está enfermo de gravedad ¿Valiente Vallejos lo sabe?

—Lo sabrá muy pronto —Contestó con frialdad apartándose de ella.

El empleado trajo los ramos hermosamente adornados y se los entregó a Sebastián, quien abonó y sin decir más que adiós, se retiró con la preocupación reflejada en su rostro:

—Esto desatará la ira de Valiente, no sé de lo que pueda ser capaz.

Ya había enviado un recado, a la mañana, a Victoria para anunciarle que horas después pasaría a saludarla.

Tocó a la puerta y Josefa lo condujo a la sala principal, Doña Ana María lo vino a saludar seguida de su sobrina, quien dio gritos de alegría cuando vio las flores.

—Pero, señor Agüero no se hubiese molestado —Dijo a modo de cumplido—. ¿A qué debemos su visita? Victoria me avisó que envió una esquila anunciándose, pero no el motivo.

—Señora, vengo a solicitar una reunión con su esposo para pedir la mano de su sobrina aquí presente. Tengo fortuna suficiente para sostenerla y darle todos los gustos y comodidades que una persona de su clase requiere, aunque mi apellido no sea de abolengo —Dijo directo.

—¡Ah, pero qué sorpresa! Bueno, no tanta debo decir —Comentó mirándola— Mi sobrina me había comentado algo. Mi marido está guardando reposo por una grave afección al corazón, déjeme pensar... ¿Está usted urgido o puede esperar unas semanas?

—Realmente he venido con la intención de fijar hoy la fecha de compromiso.

—Déjeme ver si eso es posible —Agregó pensativa.

—Pero tía —Se quejó Victoria—. Si Lucero se comprometió delante del lecho de su padre ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros?

Sebastián confirmó lo que Martina le había confesado y supo que, en Valiente se desatarían los demonios que llevaban dormidos.

—Está bien, hablaré con tu tío y veremos ¿Qué fecha tiene en mente?

—El sábado próximo y el matrimonio en un mes —Fijó resuelto.

—De acuerdo, puede pasar mañana por la respuesta de mi esposo.

Lucero entró en la sala y se quedó paralizada.

—Buenos días ¿Cómo has estado? —Sebastián la saludó indiferente.

—¿Y cómo quieres que esté? —Intervino Victoria con fingida alegría— ¡Comprometida, como yo lo estaré dentro de poco contigo!

Lucero empalideció y se tambaleó.

—¡Hija! —Exclamó Ana María sosteniéndola del brazo.

—Perdón, debo retirarme, no me siento bien —Atinó a decir mirándolo con tristeza y angustia suplicante.

—Tía ¿puedo ir un momento al jardín con Sebastián?

—Sólo un momento, ya sabes que debes cuidar los modos —Aclaró con intención para que él la escuchara— Buenos días, señor Agüero.

Victoria lo llevó del brazo hacia un recoveco del jardín donde no podían verlos:

—¿Por qué no me advertiste que esa era la intención de tu familia cuando llevaste la carta a Cruz Azul? —Le recriminó molesto Sebastián.

—Es que no lo sabía —Mintió— Bésame, mi amor, te extrañé mucho —Dijo anhelante.

Sebastián la besó apasionadamente una y otra vez, sentía una rara sensación, era atracción y también extrañeza. No podía leer en ella, siempre aparecía con algo inesperado, por momentos era irritante, otros dulce y tierna, se notaba fuego en su interior, mucha pasión encerrada y pronta a salir. A la vez, cierta frialdad que congelaba el corazón.

—Mi amor —Decía mientras rozaba con disimulo su pierna en la entrepierna de él—. ¿Cuánto falta para ser tuya?

—Poco tiempo, mi princesa —Balbuceaba excitado— Yo tampoco soportaré más tiempo sin tenerte entre mis brazos y en mi cama.

De repente, Victoria se enfrió y componiéndose le dijo con voz serena:

—Vamos, mi tía está al pendiente de nuestros movimientos, arréglate la camisa, no quiero que me regañe.

Sebastián hizo un esfuerzo enorme para restablecerse y le contestó resignado:

—Como tú quieras.

Valiente iba de un lado al otro de la biblioteca, oteando por la ventana el horizonte por donde vendría su amigo. Para que pase el tiempo más de prisa, se puso a revisar unos papeles pendientes hasta que Sebastián entró sin golpear.

—¡Cuánto tardaste, cuéntame! —Le ordenó poniéndose de pie.

—Todo tiene una explicación —Comenzó a decir— Te pido que no te precipites....

—¡Es verdad, entonces! —Lo cortó Valiente—. ¡Maldita sea!

—Fue obligada —Aclaró, al ver cómo se iba tensando el rostro de Valiente hasta endurecerse por completo.

—¡No me importa cómo fue! —Golpeó el escritorio con el puño cerrado— ¡Fue y eso me basta!

—Escúchame, quiero contarte todo lo que vi y me dijeron, por favor, no te ciegues —Trató de serenarlo.

Su amigo relató con pelos y señales todo lo visto y oído mientras los ojos de Valiente chispeaban furia y decepción, impotencia y rabia.

—¿Es todo? —Preguntó impaciente.

—Es comprensible, amigo, el padre está en peligro de muerte, es muy probable que la hayan presionado hasta que no le quedó salida.

—¡Y ella no defendió nuestro amor! —Bramó— ¡Se dejó vencer sin luchar!

—¡Cálmate! Así no se puede razonar contigo —Sebastián resopló y se dispuso a proseguir con sus tareas— El próximo sábado tendrás la oportunidad de verla frente a frente.

—¿Y eso?

—¡Me comprometo con Victoria, hermano! —Valiente lo abrazó y lo felicitó.

—La veré en tu compromiso, debo pensar....

—¡Mejor así! —Añadió su amigo pensando que la cordura lo había dominado. Pero nada de eso era cierto.

Martina cerró la florería y corrió a la casa de Lucero, ansiosa por saber qué había sucedido

con la visita de Sebastián. Su amiga estaba en el jardín, apenas vio a Martina corrió a abrazarla:

—¡Qué desdichada soy! ¡Quiero morirme! —Se lamentaba entre sollozos.

—No digas eso, todo se va a solucionar —Trató de consolarla en vano.

—¿Cómo? No lo veo posible, a estas alturas Valiente me estará odiando, lo sé.

—A Sebastián tampoco le cayó bien la noticia, te juro que quise esquivarlo, pero él me enfrentó, me dijo que había escuchado rumores.

—Tarde o temprano se iban a enterar, aquí Victoria hizo de las suyas, está disfrutando mucho de mi situación.

—Déjala, ella siempre te envidió ¿Cuándo será el compromiso? —Preguntó angustiada.

—El sábado próximo. Seguro que Valiente vendrá, es su mejor amigo, tengo miedo de lo que vaya a suceder en ese encuentro —Y observando el silencio de Martina, preguntó—. ¿Por qué llorizas? ¿Es por mí?

—Sí, pero, además, hoy sentí algo fuerte en mi pecho y en el estómago también —Sonrió nerviosa—. Que me oprimía y me paralizaba, fue cuando Sebastián me tomó del brazo y me atrajo hacia él para saber lo de tu compromiso. No sé qué fue, pero era raro y lindo a la vez.

Lucero sonrió con melancolía:

—Sé lo que es eso, Martina y lo lamento por ti, pues Victoria lo lleva de las narices.

—No tengo esperanzas, lo sé —Aseveró con desilusión.

—Bien —Suspiró— Así estamos las dos, heridas de amor.

Doña Ana María se acercó con el rictus severo:

—Hola Martina —Saludó por cortesía— Lucero, espero que ese hombre, que seguro vendrá al compromiso por ser el socio y amigo del señor Agüero, no complique las cosas —Amenazó— Alonso no se debe enterar bajo ningún aspecto que entre tú y él hubo...ya sabes.

—No puedo hacer nada, madre —Dijo resignada.

—Es verdad, mejor le escribiré una esquila advirtiéndole que preserve tu honor y si es un caballero, si de verdad, como tú dices, te ama, lo hará.

Valiente pasó dos días encerrado en su habitación, nadie de los sirvientes se atrevía a llamar a la puerta. Por la mañana, Carmelina dejaba la bandeja con alimentos en el pasillo y la retiraba casi intacta por la noche. Sebastián sabía, que se escondía como un animal en su guarida a relamerse las heridas.

—Saldrá de allí fortalecido —Meditaba en la galería fumando un cigarro. Sus pensamientos volaban, de a ratos, hacia su futura esposa:

—¿Estaré haciendo bien? Ella es tan voluptuosa y, a la vez, tan rara cuando se lo propone.

Martina se coló en su mente:

—Muchacha ingenua y atractiva —Rememoró el encuentro en la florería— Hubo algo entre nosotros que fue magnético, algo sucedió que no puedo explicar —sonrió satisfecho.

Valiente pasó delante de su amigo como un rayo, sin reparar en su presencia, directo hacia las caballerizas. Sebastián lo siguió, intrigado:

—¿Qué haces, adónde vas? No es lo que yo pienso ¿No? —Inquirió.

—Sí, voy a hablar con ella, descuida, no arruinaré tu compromiso —Le dijo mientras ensillaba su caballo—. Prefiero aclarar ahora las cosas y no llevar toda esta furia el sábado. Allí no sé si podría contenerme. Doña Ana María me envió una esquila pidiéndome discreción ¿Entiendes?

Sebastián lo vio partir:

—Hermano, me preocupas como nunca antes —Dijo para sí.

Para Valiente fue fácil entrar en la habitación de Lucero, en la oscuridad, pudo saltar la verja, correr por el parque agazapado y trepar por el pequeño balcón, las puertas ventanas estaban entornadas, allí esperó a que ella ingresara, llevaba una botella de whisky para tomar mientras la esperaba. Pasado un buen rato, Lucero entró y encendió una lámpara con luz tenue, se sentó en el borde de la cama y sollozó, Valiente, detrás de las pesadas cortinas de terciopelo, prestaba atención a sus movimientos.

—¡Mi bien, perdóname, —Decía en voz baja— no pude hacer nada!

—¿Nada? —Lucero se levantó bruscamente de la cama y miró hacia donde venía esa voz tan conocida. Él apareció con el rostro desencajado:

—¿Nada, dices? En principio, pudiste defender nuestro amor, enviarme una carta contándome los planes de tus padres, darme el tiempo necesario para que yo volviera de Cruz Azul, resistir la presión y negarte a cualquier imposición ¿Qué hay de tu promesa “Nada ni nadie nos va a separar”? —Bramó enloquecido por el dolor y los celos.

—¡Lo hice, les dije que te amaba, defendí nuestro amor! —Respondió desesperada.

—¡Mentiras, sucumbiste al pedido de los tuyos! —Rugió enceguecido.

—Mi padre está grave con riesgo de muerte —Bajó la voz—. No resistiría un disgusto más, cálmate, hablemos, mi amor —Le rogó, acercándose para tocarlo.

—¡Yo no soy tu amor, no me llames así! —Se alejó de ella— Fui un entretenimiento en tu aburrida vida de señorita de sociedad ¿Te resulté exótico? ¿Te gustó la aventura con este Don Nadie?

—¡Eres mi único y verdadero amor! No jugué contigo, me enamoré de ti, locamente y lo dejé todo, pero ahora...

—Te comprometiste con ese mequetrefe que sabe la difícil situación económica que está pasando tu familia y los extorsiona con ello —Dijo con una expresión de asco.

—Tú también fuiste al despacho de mi padre con una propuesta.

La mirada de Valiente se oscureció, parecía que una tormenta de gran escala se avecinaba, a ella le dio miedo, le espantó la furia de sus ojos:

—¿Me estás comparando con ese idiota? ¿Crees que soy un aprovechador como él? —Dijo espantado— ¡Yo te amaba, Lucero! ¡Hubiera dado toda mi fortuna, mi vida y mi alma por ti!

—¿Dijiste que me amabas? ¿Ya no? —Exclamó horrorizada.

—¡No! Eres una decepción para mí, cuando Julia vino al campamento a contarme que te habías comprometido, no le creí, no quise creerle hasta que Sebastián me lo confirmó.

—¿Julia? ¿Tu amante? —Dijo en un ataque de celos—. ¿Estuvo contigo en Cruz Azul? ¿Qué pasó entre ustedes? ¡Dime! —Le exigió.

—¡No te importa! —La miró con desprecio— Ya no eres nadie para mí, sigue tu camino junto a tu remilgado prometido y yo haré lo que me plazca con quien me plazca —Dijo sorbiendo whisky de la botella.

—Hubiera preferido que me clavara un cuchillo en el corazón y no escuchar esas palabras —Sentenció desahuciada.

Valiente se acercó a ella, tan próximo, que sus cuerpos casi se rozaban, su aliento olía a alcohol. Lucero cerró sus ojos esperando que la bese, pero él resistió la tentación y exclamó:

—He venido a llevarme esto —Dijo arrancándole el crucifijo— ¡No merece estar en el cuello de una traidora! —Y con odio en la mirada, le ordenó— ¡Olvídate de mí porque a partir de esta noche, yo me olvidaré de ti!

—¡No, no te vayas! Mi bien, no... —Lucero lo tomó del cuello y comenzó a besarlo con pasión, él se dejó besar y la tomó con fuerza de la cintura rodeándola con un solo brazo y llevándola contra su pecho.

—¿Me deseas? —Le preguntó al oído.

—Sí, sí, con toda mi alma —Dijo en un hilo de voz.

—Pues esto se terminó, lo elegiste a él no a mí. ¡Tus noches serán con él y nunca más conmigo!

Con los ojos desencajados, lo vio darle la espalda y perderse en las sombras de la noche. Espantada, sólo atinó a cerrar el balcón y echarse a llorar hasta quedarse seca por dentro.

Valiente subió a su caballo y se dirigió a la taberna del pueblo, bebió copiosamente hasta que decidió ir a la casa de Doña Julia:

—Ella es la única que me fue fiel —Se dijo con la mente nublada.

Golpeó a su puerta varias veces, hasta que el vestíbulo se iluminó:

—¿Quién llama a estas horas? —Preguntó la viuda.

—Yo, ábreme —Rugió.

Pasó tambaleándose y arrojándose en el sillón de la sala. Julia, lo miraba sorprendida:

—Nunca me hubiera imaginado que tú me visitarías y menos a estas horas.

—Pues aquí estoy...he venido a pasar la noche contigo, si me dejas...

—¿Y Lucero de Olazábal?

—¡No la nombres! —Se enfureció— está prohibido ese nombre en mi presencia.

Valiente se puso de pie con dificultad y ofreciéndole la mano, dijo:

—Vamos a la cama, te necesito —Le ordenó.

Julia quiso hacerse rogar, pensó pasar por ofendida, pero la tentación y el deseo por él pudieron más y sin decir una palabra, lo condujo a su recámara.

Se desnudó frente a su mirada lasciva. La embistió con rabia y ella lo dejó hacer, sus manos febriles buscaban su sexo, su boca navegaba por sus senos y Julia era feliz, intuía que el recuerdo de Lucero se interponía entre ellos esa noche, pero no le importaba, su hombre había vuelto y eso era lo que había deseado más que nada en el mundo.

Ambos revivieron sus interminables noches de pasión, se entendían a las mil maravillas, pero sólo era sexo para él y para ella, todo.

Se desplomó, exhausto y cayó en un soporífero sueño debido a la excesiva ingesta de alcohol, Julia, arrobada, lo terminó de desnudar y lo contempló unos momentos:

—¡Qué bello hombre, qué virilidad! —Suspiró— Y ahora volvió a ser mío... —Acarició sus piernas fuertes, sus nalgas redondas, su larga y bronceada espalda, acomodó su cabello rizado que le ocultaba parte del rostro anguloso y pasó su mano por los potentes brazos:

—Duerme, descansa, mi hombre —Le susurró al oído mientras lo besaba.

—Lucero, mi reina.... —Murmuró Valiente.

Julia apretó los labios y cerrando sus ojos para contener su furia, se dijo para sí:

—No importa, él está aquí conmigo, ¡La vencí! ¡Yo gané!

Como era de esperar, Don Juan aceptó la propuesta de Sebastián complacido de que su sobrina se comprometiera y así cumplir con la promesa que le había hecho a su hermana. Los preparativos en la casa eran incesantes, Victoria se sabía el centro de la atención general y eso la entusiasmaba.

Lucero se mantenía alejada de la organización del evento, encerrada en su habitación, sumida

en una tristeza profunda. Se encontraba en un callejón sin salida, y la presencia de Valiente en el compromiso la angustiaba.

Él, por su lado, al día siguiente de su noche de sexo con Julia, se levantó, se acicaló y en el desayuno le dijo a su amante:

—Sé lo que hice anoche, no estaba tan borracho.

—No hace falta que expliques nada —Le dijo sirviéndole una taza de té— Entre nosotros no hay formalismos.

—Hoy se comprometen Sebastián y Victoria, la sobrina de Don Juan de Olazábal —Dijo evitando nombrar a Lucero— Debo estar, soy su única familia.

—¿Y quieres que te acompañe? —Adivinó.

—Si tú puedes y quieres.

—De acuerdo, pero iré como tu novia —Lo condicionó.

—Es justo —Ella se levantó de su silla y lo besó feliz, él se dejó besar—. Pasaré por ti a las ocho.

Sebastián observaba con atención los movimientos de Valiente desde que lo vio llegar en la mañana:

—¿Qué te pasa que estás tan callado, hermano?

—Sigo con mi vida —Dijo con tono indiferente.

—¿Pudiste aclarar las cosas con Lucero?

Valiente se dio vuelta como un animal herido y respondió:

—¡Ella está muerta para mí!

—Pero no seas tan drástico, Valiente, ella te ama, tú la amas. Debe haber una solución.

—No la hay porque no nos defendió, no me dio la chance para evitar lo que sucedió —Gritó descontrolado— ¡Ya terminemos con esto, es inútil que hablemos, nada cambiará!

—Pero Julia... ¿Otra vez? —Reprochó.

—Es la única que me es leal, que me ama y me complace.

—Tú no la amas —Sentenció su amigo.

—¡Y eso qué importa! ¿Acaso vale de algo el amor?

Don Juan se levantó de su lecho de enfermo, fingiendo una mejoría. Doña Ana María ultimaba detalles y Alonso llegaba puntual al evento, Lucero terminaba de arreglarse y se hallaba con los nervios de punta porque sabía que Valiente llegaría de un momento a otro acompañando al novio. Victoria, elegante y bella con su vestido celeste de organdí, estaba anhelante mirando a cada minuto la puerta principal.

Finalmente, el novio hizo su entrada, solo. Lucero, que se había reunido con los demás instantes antes, miró con ansiedad por detrás de él y no lo encontró.

Alonso se acercó a su prometida y le ofreció el brazo, todo estaba dispuesto para comenzar la ceremonia cuando tocaron a la puerta y apareció Valiente acompañado de la joven viuda. Don Juan se vio sorprendido por la presencia de su antigua amante, pero lo disimuló.

Lucero no pudo ocultar la oleada de celos que le despertó verlos juntos mientras todos se saludaban por cortesía.

Alonso, ajeno a lo que le sucedía, tomó a Lucero de la cintura y la condujo cerca de los novios. Valiente buscaba su mirada, pero ella lo rehuía, temía estallar en llanto y arruinar el compromiso.

Doña Ana María observaba todos sus gestos con detenimiento a la vez que daba órdenes a la servidumbre para que trajeran los platillos y las bebidas.

—Bueno, demos comienzo al intercambio de anillos —Pidió Don Juan.

Sebastián y Victoria sonrieron al unísono y se besaron en los labios para sellar el compromiso.

—Que esta tortura termina pronto —Se decía Lucero.

Valiente observaba las manos de Alonso recorrer la espalda de su prometida lleno de impotencia. Lo delataban sus mandíbulas contraídas, gesto en el que reparó su amante.

—Lo estás haciendo bien, mi corazón —Dijo para sí Doña Julia—. ¿Y, niña tonta, qué dices ahora?

Valiente le dio un abrazo a su amigo y Julia besó a la novia en la mejilla, todos sonreían disimulando la incomodidad que sentían, el ambiente estaba tenso.

Don Juan se despidió de los presentes diciendo que se sentía cansado, su esposa lo acompañó y, en la sala quedaron los novios, Lucero y Alonso y Valiente y Julia. Las criadas sirvieron champán y Sebastián se puso de pie para decir:

—¡Por el amor! —Todos chocaron sus copas, Lucero evitó hacerlo y bebió hasta el fondo.

—¿Usted no brinda, señorita? —Inquirió Doña Julia con saña.

—¡Por supuesto —Se adelantó Alonso—. Por nuestro amor, mi vida! —Y chocó su copa contra la suya, vacía.

Lucero levantó la vista y, por primera vez, vio a Valiente, cuya mirada se ennegreció.

—Mi cielo ¡Brindemos por el nuestro! —Invitó su amante— ¡Para que nada ni nadie nos separe jamás!

Él chocó su copa con la de ella y la besó profundamente.

De los ojos de Lucero brotaron lágrimas que rápidamente enjugó con disimulo, le laceraba la carne lo que estaba viendo y sabía que tenía que guardar las formas contrariamente a lo que hubiera querido hacer, saltar como una fiera y arrancarle las entrañas a esa mujerzuela.

Doña Ana María entró en la sala y les ofreció bocadillos y cortar el pastel, Lucero se escabulló por un costado y se dirigió a la cocina para escapar al jardín y así poder respirar aire puro.

—¡Los odio! —Protestó pateando unos arbustos—. ¡Malditos los dos!

—¿A quién maldices con tanta rabia? —Preguntó a sus espaldas Alonso.

—A nadie —Dijo sorprendida.

—Eres un misterio para mí, Lucero —Confesó acercándose— Distante y, a la vez, candente. Cuando seas mi mujer...

—Perdón por interrumpir la conversación de los novios —Dijo Valiente junto a Julia—. Nos retiramos.

—Así es, hemos saludado a Sebastián y a Victoria, restaban ustedes —. Secundó la viuda — ¿Cuándo se casan?

—En dos semanas, no vemos la hora de que llegue el día —Dijo Alonso, sonriente—. ¿No es así, mi florecita?

—Parece que la señorita está tan emocionada que no responde —Ironizó Valiente. Lucero le lanzó una llamarada de furia con sus ojos.

—Bien, nos retiramos a descansar, bueno, es una manera de decir —Sonrió con picardía la viuda— Buenas noches.

Valiente miró desafiante a Lucero, que había bajado la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

Alonso se despidió de Lucero con un beso en la frente para no sentir, una vez más, el rechazo de su prometida:

—Todo va a cambiar cuando seas mi esposa —Pensó—. Por ahora soportaré tus desplantes porque me conviene.

Lucero se sintió la mujer más desdichada del mundo, no podía dejar de pensar en Valiente. Lloró hasta el amanecer, lo maldijo, lo deseó, lo besó mil veces en su imaginación y lo odió con lacerantes celos:

—Volviste con ella, es tu venganza perfecta y mi desdicha eterna...Haberte tenido y ahora vivir esta tortura ¡Dios mío, ayúdame, no me dejes vivir en esta angustia! —Exclamó desesperada. Se durmió cuando ya amanecía.

Pasaron algunos días de relativa calma, Don Juan poco a poco retomaba su vida cotidiana y Lucero se alegraba por ello.

Victoria salía a pasear con Sebastián y Doña Ana María se ocupaba, ante la inmovilidad de su hija, de organizar el casamiento.

En tanto, Lucero visitaba a su madrina, por las tardes, para poder confesarse con ella y dar rienda suelta a su tristeza.

—Madrina, los días lejos de él son una condena interminable para mí —Relató entre sollozos—. Cuando lo vi con esa mujer en el compromiso de Victoria creí que no lo podría soportar. Verlo allí tan frío y distante después de lo que vivimos, me parecía estar en una horrible e interminable pesadilla.

—Mi niña... —Sufría con ella Sor Inesita—. ¿No hay forma de que él entienda?

—Valiente no me perdona lo que le hice y no me lo perdonará jamás —Aseguró con tristeza.

—¿Y cómo está tu padre de salud? Tal vez, si se recuperara, podrías deshacer el compromiso.

—Ya no busques soluciones donde no las hay, madrina —Suspiró desanimada— Alonso tiene unos pagarés firmados por mi padre, imagínate si no me caso, lo que sucederá.

De pronto, un griterío alegre proveniente del orfanato llamó la atención de las dos, Sor Angelina se asomó por la puerta del despacho y anunció:

—Madre, el señor Vallejos trajo una tonelada de juguetes y víveres para los niños ¡Venga a ver!

Sor Inés la miró a Lucero:

—Te sugiero que te retires por la puerta del fondo, así lo evitarás. Yo iré a distraerlo.

Se quedó unos momentos en el despacho tratando de hallar el momento de escapar sin ser vista, salió por uno de los corredores que daban al patio trasero, cuando una mano le aprisionó la cintura y la dio vuelta de un giro brusco:

—¿Por qué huyes? —Le dijo la voz amada.

—No quería encontrarme contigo —Dijo desafiante— ¡Suéltame, que no soy de tu propiedad!

—No lo haré, me place tener de cerca el rostro de una traidora —Ironizó.

—¡No soy ni la una ni la otra! —Se indignó tratando de zafarse—. No quisiste comprender mis motivos ¡De todos modos, no perdiste tu tiempo, corriste a los brazos de tu amante!

Valiente la soltó:

—¿Estás celosa? —Sonrió sarcástico.

—¡Decepcionada! Creí escuchar hace poco que me amabas y, sin embargo, haces el amor con

ésa —Dijo herida.

—Lo que existe entre ella y yo es pura atracción física. No hago el amor, sólo lo hice contigo.

—Necesito irme, no soporto estar aquí ¡Déjame pasar! —Le imploró.

—Acostúmbrate, porque nos veremos seguido. San Silvestre es un pueblo pequeño.

Sor Inesita llegó agitada:

—Valiente, muchas gracias por los donativos —Los miró—. ¿Están bien? ¿Pudieron entenderse?

Lucero se tapó la boca para contener inútilmente el llanto y salió corriendo del lugar, mientras él sacudía la cabeza en señal de impotencia.

—No sé cómo resolver esto, Madre —Confesó apesadumbrado— El destino nos jugó una mala pasada. Fuimos muy felices el tiempo que estuvimos juntos, teníamos muchos proyectos, pero todo se hizo añicos al llegar aquí. Yo puedo salvar la fortuna de los Olazábal, pero Don Juan no me lo permitió, mi apellido no es de alcurnia.

—Seguramente habrá una solución. Dios no los desampará, confía.

—A veces no lo entiendo —Y dirigió su vista al cielo— Él sabrá por qué lo hace, debo irme ahora, Madre —Se despidió con una triste sonrisa en su rostro.

Sor Inesita se recluyó en su habitación y, después de rezar el rosario, concluyó:

—Haré algo por ellos dos, haré algo que ha rondado mi cabeza desde hace algún tiempo.

Lucero llegó alterada, Alonso la aguardaba con una sorpresa.

—¡Hija! Tu prometido te estaba esperando para que nos muestre algo, a las dos —Anunció con aire dulzón.

—¿De qué se trata? —Quiso saber con visible fastidio.

—Vamos y lo verás con tus propios ojos —Dijo Alonso, acercándose y dándole un beso en la frente—. ¿Has llorado?

No le contestó, vencida por las circunstancias, el encuentro con Valiente la había dejado sin fuerza de voluntad. Al llegar al lugar, Alonso las ayudó a descender del coche:

—Esta es la sorpresa —Anunció señalando una mansión de estilo inglés— ¡Nuestro futuro hogar! Pasemos a verla, ven Lucero, mi amor —Le ofreció el brazo— Doña Ana María, adelante.

Las dos mujeres recorrieron los ambientes, una con entusiasmo y la otra con indiferencia.

—¿Y? ¿Qué dicen? ¿Les gusta? —Preguntó expectante.

—¡Bellísima! Digna de habitar por mi hija y tú —Expresó deslumbrada—. ¿Puedo ir al piso de arriba?

—¡Cómo no, suegra! ¡Adelante! —La invitó con un ademán.

Una vez solos, Alonso la tomó por los hombros cuando ella estaba de espaldas mirando el parque arbolado, la hizo girar para quedarse enfrentados y, sin decir palabra, la besó intensamente abriendo su boca con su mano hasta vencer su resistencia. Acto seguido, la sometió a una seguidilla de besos bruscos hasta que ella pudo desprenderse con un empujón furioso.

—¿Qué te pasa? —Dijo él con violencia.

—¡Me das asco, eso pasa! Y no me importa todo esto porque yo no seré tuya jamás —Le gritó.

—Acostúmbrate, querida, porque en pocos días serás mi esposa y me complacerás en todo lo que te demande, de lo contrario...

—¿Qué harás? —Lo animó desafiante con los brazos en jarra— La condonación de la deuda será en el mismo instante que nos casemos.

—¡No, será al otro día, después de la noche de bodas! Cuando el matrimonio se haya

consumado. Así quedó expresamente escrito.

Lucero enmudeció al sentirse atrapada.

—Pero, además, tu padre me firmó un poder que me autoriza a manejar las finanzas de la familia debido a su precario estado de salud, con lo cual...

—Estoy presa de ti de por vida —Concluyó Lucero inmersa en la desolación.

Doña Ana María oyó el griterío y bajó disimulando alegría:

—¡Qué bellos ambientes, qué buen gusto has tenido Alonso! Ven, hija, vamos a ver la cocina y las dependencias de servicio.

—Ahora no, tengo jaqueca, otro día será —Contestó ácidamente.

—Los muebles y demás cosas vendrán en unos días, además de la servidumbre que contraté para que Lucero sea atendida como una reina ¡Mi reina! —Exclamó sonriente.

Esas últimas palabras la remontaron al río de Cruz Azul, a los días del campamento, a las noches estrelladas con los besos de Valiente y las lágrimas brotaron de sus ojos sin poder remediarlo.

—¿Te emocionaste, hija? —Disimuló mirándolo a Alonso para subsanar el incómodo momento—. Se comprende.... Bueno, es hora de regresar, mi esposo debe tomar su medicación y si no lo controlo yo...

Lucero no supo cuándo se subió al coche y cuándo bajó del mismo, sólo reaccionó cuando despertó vestida y estaba amaneciendo:

—Mi cuerpo te reclama, amor mío, mi corazón se desangra a cada hora lejos de ti ¡Qué desgraciada soy! —Lloró desconsolada, desesperada, buscando salir de esa trampa macabra para correr a los brazos amados y no separarse nunca jamás.

Valiente, miró por la ventana el amanecer fumando un cigarro mientras Doña Julia dormía plácidamente:

—Me he equivocado trayéndola a mi vida otra vez. Lucero ocupa mis pensamientos cada minuto del día y todas mis noches y Julia necesita una atención que jamás podré darle.

Repasó mentalmente el encuentro en el convento:

—Tan cerca y tan lejos, reina mía. Tiene que haber una salida, no soporto más no tenerte conmigo, mi sangre bulle de deseos por ti. De rabia porque ese infeliz remilgado ose tocarte.

Su amante se removió en la cama y dejó ver su espalda desnuda y parte de sus muslos. En un arrebato, Valiente se acostó a su lado y la penetró con furia pensando en aquel día en que Lucero y él hicieron el amor en el río.

—¡Mi vida, mi amor, mi todo! —Julia escuchó complacida entre sueños— ¡Te extraño, Lucero! —Y, en silencio, lloró.

El día de la boda llegó muy pronto, Lucero, temprano a la mañana, se dejó vestir por la modista y peinar por su propia madre.

Don Juan la condujo en un carruaje adornado con flores hasta la iglesia donde una gran cantidad de invitados y curiosos se agolpaba para presenciar la ceremonia nupcial. Su rostro era de mármol, no se dibujaba ningún gesto ni se vislumbraba alguna emoción.

Valiente se recluyó en su escritorio, tratando de embotarse con trabajo atrasado, Julia fue a presenciar el acontecimiento para cerciorarse de que, a partir de ese momento, su enemiga fuera de otro, para siempre. También estaba Sebastián acompañando a su prometida, quien se sentía feliz por el giro de los acontecimientos:

—Mi plan resultó perfecto, serás la mujer más desdichada de San Silvestre—. Pensó Victoria.

—Éste es un matrimonio destinado al fracaso —Dijo por lo bajo Sebastián.

Martina, que al pasar a su lado, escuchó sus palabras, se detuvo y le dijo:

—Tiene usted razón, ella ama a otro.

—¿Y quién eres tú para dirigirte así a mi prometido? ¿Qué confianza es esa?

—¡Victoria, cálmate! —La reconvino—. No dijo nada que no sepamos. Además, nos conocemos con la señorita —Le sonrió.

Martina, devolviendo la sonrisa, le contestó:

—No se preocupe, conozco muy bien a Victoria y siempre destila veneno ¿No es cierto? —La miró de frente desafiante— Más aún si hace sufrir a Lucero ¡Con permiso!

—¿De dónde conoces tú hasta insignificante mujercita?

—He ido a comprar flores para ti.

A Sebastián no le agradó la desconocida faceta que dejó ver su novia y la miró con recelo. Instantes después se descubrió buscando a Martina entre el gentío.

Sor Inesita llegó con el último aliento en el momento en que la novia descendía.

—¡Lucero, niña, ven! —La llamó apurada.

—¡Madrina! —La miró angustiada.

—Ven aquí, apúrate —E hizo un ademán para que se reuniera con ella.

Don Juan la reconvino:

—No es momento para saludos, están por abrir las puertas, nos esperan.

—Es un instante, ya vuelvo —Lo calmó.

—Hija, no hay mucho tiempo, hablé con el doctor Rosales y me dijo que tu padre tiene una afeción al corazón muy antigua que no reviste gravedad, por el momento.

—¿Cómo? Pero mi madre dijo que estaba en peligro de muerte.

—¡Es mentira, hija, es una trampa para salvar el patrimonio, no te cases, encontraremos la forma, no lo hagas! —Le suplicó.

Don Juan la llamó con urgencia y Lucero regresó a su lado para ingresar a la iglesia con una creciente furia que se desató muy dentro de ella y que iba aumentando a cada paso que daba. Su rostro se iba transformando a medida que llegaba al atrio y veía a Alonso sonreír satisfecho, a su madre contenta y a su padre, el gran simulador.

Valiente llegó agitado, a último momento subió a su caballo y lo obligó a recorrer en pocos minutos la distancia entre la finca y la iglesia. Se quedó detrás de todos para no ser visto y comprobar, con sus propios ojos, la pérdida de su único y definitivo amor. Había elaborado muchos planes de rescate en esos días, pero pensaba que su amada se hubiera sentido culpable del fatal desenlace de su progenitor y que, finalmente, lo despreciaría.

—Queridos hermanos, nos reunimos hoy para celebrar el matrimonio de Alonso Mendía y Oviedo y Lucero de Olazábal, si existe algún impedimento para que esta unión se realice hablen ahora o callen para siempre.

—¡Yo no me puedo casar con él porque yo soy de otro, en cuerpo y alma! —Gritó Lucero mirándolo a Alonso, que enrojecía de rabia.

—Hija ¿Qué dices? —Dijo el sacerdote espantado.

—Lo que escuchó, padre, me he entregado a otro hombre y sería una mentira si no lo confesara ahora frente a Dios —Y dirigiéndose a los concurrentes— ¡Amo a Valiente Vallejos y siempre seré de él ni de nadie más!

Doña Ana María se desmayó cayendo redonda al piso, Martina se dio vuelta para buscar la

mirada cómplice de Sebastián, Victoria se enfureció lanzando imprecaciones al aire, los padres de Alonso corrieron a sostener a su hijo que se tambaleaba en el atrio y Don Juan se abalanzó hacia su hija para abofetearla en el preciso instante en que Valiente llegó para sostenerle la mano en alto, haciendo una fuerte presión en su antebrazo que lo venció, cayendo a un costado.

En medio del tumulto generalizado, tomó la mano de la novia y ambos corrieron hacia la salida, Julia se les interpuso:

—¡No pasarán, no huirán juntos, ella debe casarse con...!

—¡Sal de nuestro camino! —Valiente la empujó y subió a Lucero a su caballo huyendo rápidamente de allí, mientras Sor Inesita sonreía con satisfacción:

—Lo que Dios ha unido el hombre ni la mujer no lo separará jamás ¡Es Ley!

Desmontaron en un claro del bosque poco concurrido, Lucero se quitó el vestido y la coronilla con tul y los arrojó detrás de unos arbustos, se quedó con las enaguas y abrazó con pasión a Valiente quien la besó toda. Rieron y lloraron de alegría desatando el caudal de angustia que contuvieron desde que se separaron en Cruz Azul.

—¡Eres mi reina, mi cielo, mi felicidad completa, amor de mi vida!

—¡Mi hombre, mi señor, el que me da el aire para que lo respire, no quiero más que estar a tu lado, junto a tu cuerpo, a tu corazón! —Clamaba mientras lo abrazaba apretando su cuerpo contra el de él.

—¡Tú eres mía y yo soy de ti! —Lucero podía sentir el irresistible olor a menta de su aliento, Valiente y comenzó a besarla con pasión desenfadada, ella se dejó vencer y respondió al llamado de su cuerpo que lo ansiaba.

—Son muchos días de no tenerte, mi bien —Gemía ella.

—No poder entrar en ti es el infierno en la Tierra —Gemía él.

Valiente la desnudó por completo, se arrodilló y comenzó a lamerle su sexo, Lucero, de pie, sentía oleadas de placer y sus piernas se aflojaron sin remedio.

—No puedo más —Balbuceaba.

En pleno orgasmo, Valiente se paró, la apoyó contra un árbol, la dio vuelta y la penetró por detrás, el movimiento acompasado y lento la enloquecía y mordía sus nudillos para que no la escucharan gritar de placer.

—¿Me amas? —La torturaba de placer.

—Con toda mi alma —Susurraba.

—¿Eres mía? —Insistía provocándola.

—Con todo mi cuerpo y todas las veces que tú lo desees.

Llegaron al orgasmo a la vez, Valiente dejó su miembro latente unos minutos dentro de ella y hundió su cara en sus cabellos, Lucero trataba de volver en sí y recuperar el aliento.

—Vayámonos lejos, donde nadie nos conozca —Le propuso retirándose con cuidado.

Se abrazaron y se besaron largamente. Cuando recobraron la calma, Valiente le preguntó:

—¿Qué sucedió para que dijeras lo que dijiste en la iglesia? la salud de tu padre, no es que...

—Mi madrina, minutos antes de entrar me contó que era mentira, el mismo doctor se lo dijo — Le relataba mientras se vestía con las enaguas de batista.

—Fue una trampa para casarte con él debido a la deuda.

—Sí, además de que Alonso, el muy cretino, le hizo firmar a mi padre, un poder de administración total.

—Pero no te casaste, entonces todo queda sin efecto. Pensaremos con detenimiento este

asunto, mañana, mi reina. Ahora debemos irnos a otro lugar.

—¿A tu finca?

—Allí será el primer lugar donde nos buscarán, tengo otro sitio, algo cerca de aquí, espero que no te incomode.

—¿Es seguro?

—No se les ocurrirá buscarnos allí —Dijo sonriente— Además, necesitas algo que ponerte, se te trasluce tu desnudez —Bromeó pícaro— veo tus pezones y tu pubis desde aquí.

—¿Eres un bandido! —Rio, feliz, abrazándolo.

Cuando los fugitivos desaparecieron por el Camino Real, la iglesia se tornó un verdadero pandemonio. Victoria corrió a auxiliar a su tía que yacía inconsciente en el piso y a alentar a Don Juan que se hallaba turbado por la sorpresa:

—¿Qué haces allí? —Rugió rabiosa—. Ve en su búsqueda, esto es humillante, salva nuestro buen nombre y honor. Busca a la perdida ésa y tráela de los cabellos si fuera necesario.

Sebastián, que venía detrás, escuchó sus palabras y vio su rostro transformado por el odio y retrocedió, impactado.

Alonso gritaba con desesperación:

—¿Su hija es una mujerzuela! ¡Se han burlado de mí, todos ustedes me han tomado por tonto a mí y a mi familia!

—¿Espera Alonso, iré a buscarla y todo se arreglará, ella cumplirá la palabra! —Prometió.

—Lucero es la amante de ese tipejo ¡Una cualquiera, no la quiero como esposa y madre de mis hijos! ¡Ya tendrá noticias mías, se lo aseguro! —Amenazó con el puño en alto.

—Vamos, hijo, no vale la pena seguir aquí —Le dijo su madre y se retiraron seguidos de la mirada de todos.

Martina se acercó a Sebastián y le dijo:

—¿Qué alegría tengo! ¿Y usted? Nuestros amigos se aman y no pueden vivir separados.

—¿Y qué tienes que opinar tú, niña tonta, aléjate, nada tienes que hacer aquí —Le enrostró Victoria, empujándola—. Ve a decirle a tu amiguita que por su culpa su padre puede sufrir un infarto y morir!

—¿Nada de eso es verdad! —Terció Sor Inesita— Tu tío fingió la gravedad de su salud y sospecho que tú lo sabías. Yo se lo pregunté al doctor Rosales y se lo dije a Lucero.

—¿Cómo se atreve a decir semejante cosa, usted es una mujer amargada que...!

—¿Ya basta, es suficiente, Victoria! ¡Más respeto a Sor Inés! —Le ordenó su prometido y se retiró molesto con lo que había visto y oído.

Doña Julia permanecía en un rincón sin poder hilar los pensamientos que se le agolpaban en su mente sin orden:

—¿Todo estaba por concluir y esa mojitata lo desbarató! Valiente se la llevó —Dijo para sí llevándose la mano a la frente en un intento para poder pensar mejor— ¡Debo vengarme de esos dos malditos! —Aseveró con rabia en los ojos.

—¿No harás nada! —Le dijo Sebastián a sus espaldas.

—¿Y quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer, imbécil?

—Te lo advierto, si algo les pasa te ahorcaré con estas dos manos ¿Me escuchaste? —La amenazó furioso— Ellos se aman y no te dejaré que interfieras, aléjate o lo padecerás.

Martina, que se había pegado a Sebastián se sorprendió por el ímpetu de sus palabras.

—¿Quieres mucho a tu amigo? ¡Lo has defendido con tanta bravura! —Le dijo ya fuera de la

iglesia y animándose a tutearlo.

—Él es el hermano que me dio la vida, daría hasta lo que no tengo por él —Dijo con orgullo.

—Lucero es mi íntima amiga y he sufrido con ella todo este tiempo en el que estuvo separada de Valiente, su único y verdadero amor. Espero que estén bien y que Don Juan no los encuentre — Suspiró mientras lo veía alejarse con una cuadrilla de hombres de la policía local rumbo a la Casa de la Colina.

—Descuida, no los encontrarán —La calmó—. Valiente es astuto, no están allá.

Montados en un mismo caballo, Lucero y Valiente llegaron a la Casita Rosa.

Las muchachas del lugar, los recibieron con gritos de alegría:

—¡Doña Alba, llegó Valiente! —Lo rodearon y miraban con curiosidad a la muchacha semidesnuda y con los cabellos enmarañados que traía de la mano.

Lucero miraba desconcertada a su alrededor, no entendía por qué lo saludaban con efusividad tantas mujeres bellas y se extrañaba de que el lugar estuviera ambientado muy diferente a las casas que ella frecuentaba.

—Mi querido —Lo saludó la dueña del lugar con un beso en la boca.

—Alba, necesito que nos des asilo unos días y que le proporcionen algo de ropa a mi mujer, Lucero.

—¡Bienvenida, preciosa! —La saludó con un beso en la mejilla— ¡Desde ya! te acondicionaremos la cabaña de atrás para que se acomoden sin dificultad.

—Muchas gracias, Alba, luego te explicaré todo —Respondió con un beso en la mejilla ante la mirada atónita de Lucero.

—Si así lo deseas, estoy a tu disposición ¡Te debo tanto, querido! Quédense todo el tiempo que quieran —Dando órdenes a sus pupilas, distribuyó las tareas para recibir a sus invitados.

Isabel, que había ido al pueblo a hacer unas compras, exclamó:

—¡He aquí a la novia fugitiva! —Rio—. ¿Y tú, mi amor, la raptaste? —Preguntó a Valiente.

Lucero no entendía el grado de confianza con la que hablaba la recién llegada, en realidad, desde que había entrado en esa extraña casa no comprendía lo que estaba sucediendo y por qué él hablaba con ellas como si fueran sus parientes.

Valiente sonrió y se retiró con ella, quien llevaba unos vestidos sencillos que le había alcanzado una de las muchachas, hacia el refugio, junto con una bandeja con vino, queso, rodajas de pan y frutas.

Una vez a solas, Lucero le preguntó, desconcertada:

—Perdón, pero no comprendo todo esto.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Sonrió, divertido.

—Estas mujeres ¿Quiénes son? ¿Este lugar, qué es? ¿Por qué se tratan con tanto afecto? ¿Son parientes? —Dijo sentándose en la cama doble.

—¡Jaja! No mi reina, no son de mi familia, pero son muy buenas personas... Éste es un prostíbulo, ellas son las muchachas que trabajan y viven aquí y Doña Alba es la dueña.

—¿Me trajiste a una casa de citas?

—Te dije que era seguro, aquí no nos buscarán, tu padre revolverá cielo y tierra para hallarte y llevarte a cumplir con el trato.

—¿Por qué te trataron con tanta confianza? —Valiente arqueó las cejas y no le contestó, echándose en la cama de espaldas hasta que Lucero lo dedujo—. ¿Venías seguido a este lugar?

—Como todos los hombres de San Silvestre —Sentenció.

—Ya veo, pero ya no vendrás más, ahora me tienes a mí para satisfacer todos tus deseos como tú los míos —Afirmó trepando a su cuerpo y besándolo con pasión—. ¿Por qué la dueña dijo que te debía mucho?

—Porque la ayudé en algo que no tiene importancia —Y cambiando de conversación la atrajo hacia sí— ¡Ven conmigo! Noches enteras soñando con tenerte cerca de mí ¿Ves, tu cuerpo tiene la forma exacta que encaja con el mío?

Lucero bajó la mirada y se atrevió a mirar su pene, lo acarició por primera vez y sintió cómo respondía al roce de sus dedos, sonrió con picardía.

—Nunca lo habías hecho antes —Le dijo y le dirigió la mano para provocarse más placer. Lucero se dejó llevar y provocó una erección, esta vez obedeció a sus instintos.

—Eres una mujer asombrosa —Le dijo, una vez sereno—. ¿Te gustó hacerlo?

—Sí, porque todo lo que viene de ti es amado por mí.

Pasaron el resto del día haciendo el amor, prodigándose besos y caricias ardientes.

En los intervalos donde retomaban fuerzas para seguir con el ritual amoroso, bebían vino y comían. En uno de ellos, Valiente la observó en su desnudez y dijo sonriendo:

—Ya has perdido toda la vergüenza de niña primeriza, ahora eres una mujer que domina su cuerpo y sus deseos.

—Te lo debo a ti, a tu amorosa paciencia y al excelente maestro que siempre has sido —Le confesó sentándose en sus piernas. Valiente tomaba vino y jugueteaba con sus pezones que se pusieron duros al roce de sus dedos— Amo la libertad de decidir sobre mi vida y mi cuerpo. ¡Tú me liberaste!

—¿Y a mí me dejas entrar en él? —Le preguntó besando el lóbulo de la oreja y tocando sus nalgas.

—Tienes un pase libre —Dijo excitada y se dispuso en horcajadas para que la penetración fuese más fácil.

—Te amo, mi mujercita —Dijo en la calma.

—Aquella noche me dijiste que ya no —Le recordó con tristeza.

—Estaba rabioso de los celos, de la impotencia, por haberte dejado ir de mi lado ¡Fuimos tan felices en Cruz Azul en ese tiempo! No pensé jamás que las cosas se iban a complicar aquí. Perdóname, me dejé llevar por el amor ciego que te tengo.

—¡Cómo no perdonarte, luz de mi vida! —Lo besó con pasión— Yo también moría de celos cuando apareciste con esa horrenda mujer en el compromiso de Sebastián y Victoria, fue insoportable verte besarla. No quiero ni siquiera imaginar tus noches con ella.

—No nos torturemos más, corazón, ya nadie nos va a separar porque yo soy tuyo y tú eres mía ¡Mía, mía, mía! —Y volvieron a prodigarse caricias y besos apasionados toda la noche.

Amanecieron desnudos y abrazados, Valiente se levantó para mirar por la ventana y vio a Doña Alba dándole de comer a las gallinas, sin despertar a Lucero, se vistió y se dirigió adonde se encontraba la madama. En pocas palabras la puso al tanto de la situación y se rieron de la escena tragicómica que se vivió en la iglesia.

Lucero se asomó a la puerta envuelta en las sábanas y con el pelo revuelto, Valiente se despidió de la mujer y se encaminó hacia Lucero.

—Buen día, mi reina ¿Descansaste? —Le preguntó con su sonrisa blanca y franca.

—Algo, tuve pesadillas... Me asusté al no verte a mi lado, creí que te habías ido.

—Eso nunca sucederá, no nos separaremos más —Le aseguró alzándola entre sus brazos

fornidos.

Una de las muchachas les trajo el desayuno y ambos se dispusieron a comer sobre la cama.

—Le conté a Alba nuestras intenciones y me comentó que en Santa Ana hay un sacerdote que nos puede casar. No reside allí, va de pueblo en pueblo y llega a esa localidad el sábado próximo, no se necesita previo aviso, es un curita que antepone el amor antes que todo el papelerío.

—Pero yo no tengo mis documentos.

—Tengo una idea, quizás funcione —Dijo acariciándole las mejillas y besándola con ternura.

—¡Todo se desgració! —Protestó Doña Ana María llorando a mares.

—Tía, vaya a recostarse —Le recomendó Victoria—. Cállese, le hará mal.

—¡Cómo puedo tranquilizarme si el escándalo fue y es mayúsculo! Espero que tu tío vuelva con Lucero y que Alonso la perdone.

Victoria aguardaba cerca de la ventana, mientras repasaba las escenas vividas en la iglesia, se molestaba consigo misma al demostrar delante de Sebastián y sin tapujos, su furia descontrolada provocando su alejamiento.

—¡Qué tenía que inmiscuirse esa bobalicona de Martina!

—¿Qué dices? no te oigo.

—Nada. ¡Ahí llega mi tío!

—¿Viene con Lucero? —Preguntó ansiosa.

—No, solo —Contestó decepcionada.

—¿Qué pasó, Juan, fuiste a la casa de ese malnacido? ¿Los encontraste juntos? —Demandó ni bien entró.

—No estaban allí —Dijo derrumbándose en el sillón de la sala—Todo está perdido. ¡Los Mendía y Oviedo ejecutarán los pagarés, están furiosos!

Sebastián, después de la infructuosa boda, decidió dejar a Victoria asistiendo a sus tíos y acompañó a Martina a su casa:

—Si no te molesta, te llevaré a tu casa, aquí el ambiente está muy caldeado y quiero evitar preguntas incómodas. Seguramente querrán saber adónde se refugiaron.

—Es verdad, tú eres la persona más cercana y querrán presionarte para que les des su paradero.

Ambos caminaron en silencio algunos metros. Contrariado aún por la escena vivida con su prometida, y Martina, nerviosa por tenerlo tan cerca.

—Te escuché en la iglesia de qué modo hablabas con Victoria, veo que no te cae bien.

—Para nada y, perdóname la franqueza, sé que se van a casar muy pronto pero nunca me cayó bien, se le nota la envidia que le tiene a Lucero y su profundo egoísmo.

En ese momento, Sebastián recordó los consejos de Doña Chila.

—Gracias por escoltarme ¿Quieres pasar un momento a tomar algo?

—Sí, te lo agradezco —Se rascó la cabeza—. Quiero hacer tiempo hasta que Don Juan certifique que ellos no están en la finca.

—Pasa, prepararé unos bocadillos y un refresco, mis padres se ausentaron unos días para visitar a un pariente enfermo.

—¿No te molesta estar a solas con un hombre, en tu casa?

—Pero tú no eres cualquier hombre, tú eres un caballero —Sonrió nerviosa.

La observaba yendo y viniendo diligente hasta que todo estuvo listo.

—Te desenvuelves como una perfecta ama de casa —Dijo complacido.

—Bueno, no somos ricos para tener criadas que nos ayuden así que lo hacemos entre todos.

—Además de trabajar en la florería... Supongo que tienes novio —Quiso saber.

—No, todavía no —Dijo sonrojada.

—Eres una bella mujer, pronto aparecerá el que te robe el corazón.

—Ya apareció —Murmuró sin querer. Sebastián intuyó que era él y eso le agradó.

Se puso de pie y la tomó de las manos haciéndola pararse delante de él:

—Perdóname si te incomoda lo que voy a preguntarte ¿Sientes algo por mí, Martina?

La muchacha bajó la vista.

—Mírame, por favor —Pidió con dulzura, tomándole el mentón.

—¿Para qué? Si ya lo sabes.

Sebastián se sintió atraído fuertemente por su serena belleza y el magnetismo que generaban sus cuerpos. Acercó su boca a centímetros de los de ella y le dijo:

—Creo que si te beso ya no habrá vuelta atrás.

El calor comenzó a trepar por sus cuerpos:

—Tú decides —Lo desafió.

Él le rozó los labios con los suyos y tímidamente su lengua se los humedeció tratando de abrirlos, la tomó con fuerza por la cintura y apoyó su sexo contra el frágil cuerpo de ella. Martina rodeó su nuca con sus brazos:

—Creo que no está bien que te bese —Se detuvo Sebastián— no estoy seguro de poder...

Martina cerró sus ojos y le ofreció su boca.

—No creí que esto fuera posible —Dijo él, abrazándola.

—¿Qué? —Musitó entre los besos apasionados.

—Esto que hay entre los dos, que no lo sentí nunca con...

—Calla, no digas nada, por favor —Le imploró. Las manos de él, rozaron sus pechos turgentes y buscaron dentro de su escote.

Martina pensó:

—Será ésta la única y última vez que lo tenga así, todo para mí, viviré este momento, nada más.

De a poco, la fue llevando contra la mesa.

—Te me atraes mucho, Martina...

—Tú también a mí. Espera, debo ir al negocio a trabar la puerta.

Sebastián cerró los ojos y trató de serenarse, se apartó y la dejó que se arreglara para cumplir con el pedido. Ella cerró las cortinas y puso llave para correr al encuentro de Sebastián, pero cuando volvió lo encontró acomodándose las ropas y a punto de irse:

—Discúlpame, no quise propasarme contigo, todo fue mi culpa, te arrastré a esto.

—No tienes que disculparte —Dijo avergonzada— Yo lo quise así.

—Lo único que quiero decirte es que todo lo que dije y sentí contigo, es verdad. Perdón otra vez. No puedo hacerte esto, es...confuso...Estoy comprometido con...ella.

Se apresuró a irse, turbado por las inesperadas sensaciones que le provocó su encuentro con la muchacha.

Martina, al verlo partir, lloró de felicidad y de tristeza a la vez.

—¡Adiós, amor de mi vida!

CAPÍTULO 4

Aturdida por la escena que había presenciado en la iglesia, Doña Julia se encerró en su habitación para digerir los acontecimientos. Experimentaba sentimientos encontrados: celos, envidia, tristeza, angustia, desprecio y unos deseos enormes de venganza.

—¡Esto no quedará así, esos dos no podrán ser felices nunca porque yo se los prohíbo! — Rugió rompiendo parte de la vajilla del té que su criada le había acercado al verla tan ofuscada.

Después de pensar toda la noche, decidió poner en marcha su plan. Se vistió y se dirigió a la mansión de los Mendía y Oviedo, se hizo anunciar, el ama de llaves le dijo que Alonso se hallaba indispuerto.

—Por favor, dígame que le va a ser de suma utilidad lo que vengo a decirle —Insistió.

Después de unos minutos, la criada la condujo hacia el despacho, donde Alonso la aguardaba intrigado.

—Buenas tardes, soy Julia de Castañeda, la amante de Valiente Vallejos y vengo a proponerle un plan de venganza contra esos dos.

—No comprendo, usted dice ser la amante y Lucero... ¿También?

—Nosotros, prácticamente, convivíamos y Valiente se enredó con ella, estuvieron juntos en Cruz Azul y sucedió lo que ayer vimos —Sintetizó, molesta al nombrarlo.

—¿Juntos en Cruz Azul? ¡La muy descarada! —Protestó entre dientes—. Supongo que los Olazábal me lo ocultaron para que yo los salvara económicamente.

—No sabía que ése era el motivo del matrimonio, pero conociéndolo como lo conozco, Juan haría cualquier cosa por salvar su fortuna —Sonrió irónica— Me imagino que usted necesita un desagravio, todo el pueblo fue testigo de la ofensa que recibió en el altar.

—Así es ¿Usted tiene pensado algo? —Preguntó interesado.

—Yo quiero recuperar a Valiente y me imagino que usted a Lucero.

—No lo sé...lo que sí quiero es vengarme de ese imbécil y, por supuesto, de Don Juan —Golpeó con furia el escritorio.

—Bien, entonces paso a contarle mi plan.

Sebastián desmontó en la Casa de la Colina enojado por el recuerdo desagradable de la actuación de Victoria.

—Eres tan soberbia y orgullosa a veces, que eso te opaca —Pensó tomando una copa de vino. Carmelina acudió a la sala al escucharlo:

—¿Y el señor Valiente? Escuché algunas cosas en el pueblo.

—Sí, son verdad, él escapó con Lucero de Olazábal, no vendrá por aquí por algún tiempo, supongo. Ellos estarán bien donde estén —Concluyó.

—¿Necesita algo, el señor?

—No, gracias, voy a la biblioteca, que nadie me moleste.

Deseaba estar solo para ordenar sus pensamientos y, sobre todo, sus sentimientos. Pensó en lo

sucedido con Martina, repasó mentalmente lo que hablaron, los momentos de pasión que vivieron y sonrió satisfecho. Luego evocó las escenas con Victoria, algunas eran bellas y otras tortuosas, no comprendía la naturaleza de esa mujer, en cambio, la florista era transparente, se podía leer sus sentimientos y hasta sus pensamientos.

—Martina es tan dulce y, a la vez, tan pasional ¡Caray, qué lío tan grande tengo! —Dijo tomando una última copa de vino— Mejor iré a dormir, tal vez mañana se aclaren las cosas.

Por la tarde del domingo, se dirigió a visitar a su prometida, deseaba aclarar algunas cosas con ella. La criada lo dejó esperando en la sala y Victoria acudió al instante.

—Mi corazón ¿Tú aquí? ¿Tienes noticias de esos cabezas huecas? —Preguntó con ansiedad.

—No sé nada —Dijo secamente.

—¿No imaginas dónde pueden estar siquiera? —Lo miró desconfiada.

—Te repito: no sé nada.

—¡Ah, usted! —Gritó sorprendida Doña Ana María—. ¿Todavía tiene el descaro de venir a esta casa con lo que pasó?

—¡Tía, él sigue siendo mi prometido!

—Ese compromiso debe suspenderse indefinidamente, él no puede ser parte de nuestra familia si no nos dice adónde se la llevó ese Don Nadie.

Sebastián las miraba impasible, sus ideas se iban ordenando de a poco al escuchar sus palabras. Victoria, fuera de sí, estalló:

—¡No permitiré que esa idiota de tu hija me quite la posibilidad de casarme con un hombre que me saque de una buena vez de ser una arrimada! Lucero se revolcó mil veces con Valiente Vallejos, ahora mismo lo estarán haciendo ¿Y tú quieres que por culpa de ella me prohíba de vivir una vida de lujos?

—¡Cuida tus palabras, niña impertinente! —Vociferó su tía— Tu prima volverá con nosotros, ese malvado se la llevó sin su consentimiento.

—¡Ya, señoras! —Terció Sebastián— He escuchado lo suficiente. Mi amigo no es lo que usted dice Doña Ana María, es una persona noble que ama bien a su hija...En cuanto a ti, Victoria, no te he escuchado hablar de tus sentimientos hacia mí, en ningún momento, sólo hablaste de riquezas y lujos.

—Lo siento, estoy muy nerviosa, la desaparición de Lucero me ha afectado mucho —Trató de enmendarse.

—¡Claro, seguro! —Dijo irónica su tía.

—No me convence tu actitud, Victoria, lamento decirlo, pero nuestro compromiso está cancelado.

—¡No, no me puedes hacer esto! —Le rogó abalanzándose sobre él—. ¿Es porque no me entregué a ti?

Sebastián le sonrió con tristeza y se dispuso a salir:

—Mandaré a buscar el anillo de compromiso en unos días o mejor, quédatelo. Buenas tardes.

Doña Ana María se encogió de hombros y se dirigió a la cocina.

—¡Tía, por favor, haz valer nuestro apellido! —Reclamó airada— ¡Él no me puede dejar así nomás, debe cumplirme!

—En este momento me ocupan otras cosas y si tú eres boca floja, no es mi culpa, querida, te casaremos con otro —Le contestó a lo lejos.

Victoria corrió hasta alcanzar a Sebastián:

—No te dejaré ir, no puedes abandonarme —Amenazó tomándolo del brazo.

—¿Por qué no? Te dejo en libertad para que elijas a alguien que te dé la vida de lujos y riqueza que deseas, yo buscaba una mujer a quien amar —Y en su mente apareció Martina— Y definitivamente tú no eres.

Doña Julia caminaba con nerviosismo en círculos en la sala principal de su solitaria mansión, aguardaba con ansiedad la visita de un hombre.

—Dígale a la señora de Castañeda que soy Anselmo Bermúdez, ella me está esperando —Se escuchó cuando Matilde acudió al llamado de la puerta.

—Pase, mi patrona está en la sala —Dijo y se retiró a la cocina.

—Buenas noches, Doña, aquí estoy para lo que guste mandar.

—Lo he mandado llamar para que realice un trabajo discreto —Y pasó a relatarle su plan.

—Ya me he enterado de lo que ocurrió, en realidad, lo sabe todo el pueblo —Afirmó con una sonrisa irónica— A ver si entiendo ¿Usted quiere que busque a la señorita y la secuestre?

—Abreviando, sí.

—¿Y pedir un rescate a la familia?

—Eso ya no será asunto suyo, usted junto a sus hombres, la encuentran y la llevan a un lugar bien escondido y allí termina su labor. Le pagaré en dos veces, al comenzar y al finalizar el trabajo ¿De acuerdo? Me lo han recomendado como un profesional —Dijo extendiendo un abultado fajo de billetes.

—Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga novedades —Agregó contando el dinero— ¡Buenas noches, señora!

Julia sonrió con malicia al verlo perderse en la noche, por la ventana:

—De mí nadie se burla, conocerás el infierno, Valiente, descenderemos juntos porque así está escrito. Si yo no soy feliz, tú tampoco lo serás —Y una lágrima rodó por su mejilla.

Valiente y Lucero se mantenían ocultos en la cabaña durante el día y por las noches salían a bañarse en el río y a vivir, en soledad, su amor entre besos y caricias. El deseo daba paso a la pasión intensa pues bastaba una mirada, un gesto o una palabra para que se encendieran como antorchas.

—Me haces muy feliz, Valiente, nunca pensé que el amor entre un hombre y una mujer fuera tan voraz... Quisiera que estos momentos duraran eternamente —Decía mientras lo abrazaba mirando el río.

—Mira, he arreglado la cadena —Dijo colgándosela—. Nuevamente el crucifijo de mi madre está en tu cuello.

—¡Y de aquí no se moverá! Dime, mi bien ¿Cómo haremos para casarnos si no tenemos nuestros documentos?

—De eso quería hablarte, voy a contactarme con Sebastián mientras tú te quedas aquí, esperándome.

—No, eso es muy peligroso, tengo miedo ¿Y si la casa está vigilada y te atrapan?

—No ocurrirá, ya verás, seré muy cauteloso —Le aseguró recostándola sobre la gramilla y subiéndose encima de ella.

Lucero se dejó besar profusamente, a esas alturas, ya no existía rincón donde su boca no se hubiera apoyado.

—Luego, Sebastián irá a pedir una carta de recomendación de tu madrina— decía mientras la desnudaba— para el sacerdote, explicando la situación, espero que eso sirva.

—Ojalá que todo salga bien —Dijo en medio de una gran excitación— Amor mío, mi dueño y señor.

—De tu corazón, de tu alma y de tu cuerpo —Añadió penetrándola intensamente.

Martina no dejaba de pensar en su amiga:

—¿Dónde estarás, Lucero? Sé que eres feliz, no lo dudo —Sonrió— Ahora entiendo algo más de lo que sientes por Valiente —Reflexionó recordando los momentos vividos con Sebastián en su casa.

Trataba de olvidarse del asunto, pero las imágenes volvían recurrentemente insistiendo en su mente:

—Es imposible olvidar. Lucero es feliz porque se atrevió a vivir ese amor, fue libre a pesar de los condicionamientos de la sociedad —Se dijo arreglando unas flores de su negocio— Yo debo imitarla.

Se quitó el delantal y le dijo a su empleado:

—Ocúpate del negocio, Enrique, no me siento bien, iré al doctor.

Salió a la calle y tomó su berlina, muy decidida partió hacia la Casa de la Colina dispuesta a todo:

—Y si me rechaza, estaré satisfecha también —Se consolaba—. Porque no me quedaré con la idea de que no luché por lo que sentía.

Valiente esperó detrás de unos árboles a que Sebastián entrara en la caballeriza, sabía que todas las mañanas revisaba a los caballos y supervisaba los bebederos y el forraje.

—¡Amigo, aquí! —Lo llamó a sus espaldas.

—¡Hermano! —Se estrecharon en un abrazo con entusiasmo—. ¿Y Lucero, adónde se esconden?

—Está bien, en lo de Alba ¿Cómo han andado las cosas por aquí?

—Don Juan vino a buscarlos con una cuadrilla, dos o tres veces, luego la cosa se calmó. Aunque hay gente vigilando en los alrededores.

—Sí, los vi ¿Y Alonso?

—No hay noticias de él, jamás vino, debe estar ofendido.

—¿Doña Julia?

—Amenazó con vengarse, ten cuidado de esa víbora, ésa me preocupa de verdad —Le advirtió seriamente.

—Necesito un favor —Valiente le explicó su plan— Mañana vuelvo por la carta de recomendación y algo de ropa y dinero.

—¡Rápido alguien viene por el camino, vete ya! —Lo alentó.

El carruaje llegó hasta la casa, Sebastián se acercó intrigado pues no divisaba desde lejos quién lo visitaba. Cuando la muchacha descendió, su rostro se iluminó.

—¡Hola, Martina! —La saludó afectuosamente—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien... algo preocupada —Le confesó.

—Entremos, por favor, hace calor.

En la sala, Carmelina les sirvió un refresco. Una vez solos, la muchacha le dijo:

—Vine porque...quería saber algo de ellos. ¿Tienes alguna novedad?

—No, todavía —Mintió sin quitarle los ojos de encima.

—Pensé que, tal vez, tendrías contacto o sabrías dónde se esconden —Acotó sonrojándose.

Sebastián se puso de pie delante de ella, le ofreció la mano y la levantó con suavidad:

—¿Has venido sólo a averiguar sobre nuestros amigos? Creí que también deseabas verme como yo a ti, dulce Martina. Después de nuestro encuentro, no he podido desprenderme del recuerdo de tus besos.

—Yo tampoco, Sebastián. Es por eso que...Me cuesta hablar, pero debo hacerlo —Respiró hondo—. Pero, si tú te pones tan cerca de mí, no podré.

—Bueno, me alejo —Sonrió divertido, caminando hacia la ventana.

—Sé que es un atrevimiento de mi parte fijarme en un hombre comprometido.

—Ya no lo estoy.

—¿De verdad? ¿Rompiste con Victoria? —Dijo radiante, yendo a su encuentro.

—Desde que pasó aquello, no pude sacarte de mi cabeza ¿Sabes? La atracción que sentí por ti, me hizo comprender que Victoria no era la mujer que yo buscaba —Le dijo besando sus manos— Todo lo que vivimos en esos momentos fueron determinantes para mí...Entraste en mi corazón suavemente para quedarte.

—Sebastián ¡Estoy tan feliz de haber venido!— dijo abrazándolo.

—De todos modos, iba a ir a buscarte esta tarde —Le confesó tomándola del rostro y besándola con pasión.

—Nunca he tenido novio y ciertas cosas no las sé.

—No importa, las aprenderás junto a mí. Deseo que seas mi mujer, mi compañera ¡Te he encontrado al fin! —La volvió a besar.

Martina disfrutaba de la voluptuosidad que comenzaba a despertarse en ella, se sentía extraña, rara, feliz, dueña de sí.

—¡Quiero sentirlo todo, aprenderlo todo contigo porque sé que será maravilloso! —Le decía entusiasmada— Lucero me contó.

—¿Qué es lo que te contó? —Preguntó divertido.

—Tengo vergüenza de decirlo...Hay cosas que se hacen que son muy placenteras.

—Sí, claro —Dijo besándola con pasión— Tendremos tiempo, mucho tiempo para ello. Nunca pensé que tú eras la mujer, me confundí, creí que era Victoria, pero en estos días la vi como realmente es: un ser egoísta, cruel, interesado y entonces, rompí el compromiso.

—Cuando aquel día entraste a la florería, me encandiló tu sonrisa, vi la bondad en tus ojos, mi corazón —Decía acariciándolo.

Se besaron largamente, con besos tiernos y besos furiosos.

Luego de unos instantes, Sebastián se reincorporó:

—No quiero que tomes todas las lecciones hoy —Bromeó— vamos paso a paso. Tengo algo que contarte.

Le relató la conversación que había tenido con Valiente.

—¿Ese lugar no es una casa de placer?—. Preguntó preocupada.

—Sí y un lugar seguro para los dos —Dijo besándola en la frente y en los labios.

—¡Vayamos ahora con Sor Inesita, yo prepararé algo de ropa y un hermoso tocado con flores perennes para su casamiento! —Exclamó feliz.

—¡Excelente idea! ¡Vamos!

La religiosa escuchó con atención lo que Sebastián le contaba, Martina lo tomaba de la mano asintiendo con la cabeza.

—Perdón, pero estoy confundida ¿Tú no estabas comprometido con Victoria?

—Ya no, me di cuenta a tiempo, de mi grave error. Ella es la mujer que elegí para formar una familia.

—¡Me alegro por ustedes, entonces! Esa niña es insoportable. Ahora vayamos a lo nuestro, conozco al sacerdote itinerante, puede ser que el plan de Valiente funcione, al menos, hay que intentarlo, ya mismo escribiré la carta —. Sor Inesita lacró el sobre y se las tendió satisfecha.

Al salir del convento, se dirigieron hacia la florería, Victoria los vio pasar desde su carruaje, detuvo al cochero y bajó, alcanzándolos a los pocos metros:

—¡Miren a los dos tortolitos, tal para cual! —La pareja se dio vuelta a la vez al escuchar la conocida e irónica voz.

—¿Qué quieres? —Demandó Sebastián con fastidio.

—¿Desde cuándo me estuvieron engañando? ¡Dímelo tú, mojigata! —Gritó indignada.

—Nadie te engañó —Aclaró Sebastián—. No eras la persona que creía que eras. ¿Alguna otra cosa?

—¡Ustedes son dos fracasados infelices que se merecen uno al otro porque son de la misma calaña! —Gritó con rabia en medio de la acera— ¡Digan dónde están esos dos, ustedes saben dónde se esconden!

—Vamos, Martina, tenemos cosas que hacer —Le dieron la espalda y se marcharon, dejándola lanzar insultos y ofensas al aire.

Una vez que prepararon la ropa y la corona en una caja, volvieron a la Casa de la Colina:

—¿Y tus padres, siguen con tu pariente enfermo?

—Sí, —Contestó— es por eso que puedo moverme con libertad, ellos creen que aún soy una niña ¡Y ya cumplí los veinte!

—¿Quieres cenar conmigo en la finca? Luego, te regreso a tu casa.

—Me gustaría quedarme —Pensó.

—Cuando vuelvan tus padres me presentaré ante ellos y pediré tu mano ¿Estás de acuerdo? — Dijo bajándola del coche al arribar a la finca.

—Sí, mi amor, es lo que más deseo.

Carmelina les sirvió la cena y se retiró a su habitación:

—Ven, Martina, vayamos a dar un paseo bajo las estrellas —Y tomándola de la cintura, recorrieron la propiedad.

—Me arrepiento tanto de haber puesto mis ojos en esa mujer, Doña Chila me lo advirtió.

—¿Quién es?

—Una anciana que ve el futuro...Además me anunció que había otra en la que yo no reparaba... —Se detuvo y la enfrentó a él.

—¿Y cómo sabes que no te equivocaste? Tal vez no sea yo —Le replicó triste.

—Martina, por favor, sé que eres tú —Dijo besándola con pasión—. Volvamos, debemos descansar para levantarnos temprano, intuyo que Valiente vendrá al amanecer.

—Quiero quedarme.

—¿Segura?

Sebastián había hecho preparar el cuarto de huéspedes, la acompañó hasta la puerta y la besó:

—Que descanses, vida mía —Se despidió haciendo un esfuerzo.

—Sebastián...creí que...

—No quiero que pienses que me valgo de esta situación para...

—Nunca lo pensaría de tí, eres un hombre bueno y noble —Y tomándole ambas manos se la

llevó a sus senos.

—No hagas eso Martina, soy débil en estas circunstancias.

—Quiero que lo seas... Ven, pasa —Lo invitó.

Obedeció mansamente.

—No sé cómo comportarme, quiero que me guíes.

—Todo saldrá naturalmente, ya verás —Le quitó el vestido dejándola sólo con la enagua, se sacó la camisa y dejó ver su torso musculoso. Martina lo observaba con detenimiento y comenzó a sentir cómo la excitación se apoderaba de su cuerpo. La recostó suavemente y le besó los senos, eso la enloqueció, le levantó su enagua y besó su vientre con sus labios calientes.

—Sebastián... —Gemía.

—Quiero que seas mía ¿Lo quieres tú?

—Es lo que más deseo —Replicó en un hilo de voz.

Tocó su intimidad para comprobar si estaba lista para recibirlo, al sentir sus gemidos, procuró que tuviera un orgasmo y entró en ella con movimientos suaves que se tornaron impetuosos envolviéndolos en una marea de goce inusitado.

Una vez serenos, acarició suavemente su vientre y le preguntó:

—¿Estás bien? ¿Dolió?

—Un poco, pero más disfruté de ese momento. Aunque no sabía los pormenores —Rio con picardía.

—¿Tienes sueño? —La abrazó protector.

—Si... —Y se quedó dormida en sus brazos.

Le besó la frente y los labios y se dispuso a dormir con una paz que nunca había sentido.

Al amanecer, Sebastián esperaba impaciente en la caballeriza, Valiente se aproximó por detrás sin hacer el más mínimo ruido y lo tomó por el cuello con su brazo:

—¿Qué pasó con tus reflejos, hermano, estás dormido? —Rio.

Martina apareció agitada por la puerta:

—¡Valiente! ¿Cómo está Lucero?

—Muy bien ¿Qué haces tú aquí y a estas horas? —Se sorprendió gratamente.

—Ven, —La invitó Sebastián— ella y yo....

—¡Cómo cambiaron las cosas en tan poco tiempo! ¡Me alegro por ustedes! Lucero se pondrá feliz con la noticia —Los abrazó con calidez.

—Ya tendremos tiempo para conversar, te hemos preparado todo lo que nos encargaste, lo tengo aquí —Dijo mostrando una caja.

—Quiero pedirte otro favor: que saldes las deudas de los Olazábal cuanto antes.

—Se hará como tú digas, hermano.

—Bien, pasaré a la casa a recoger algo de ropa y dinero.

Lucero despidió a Valiente con un ¡Vuelve pronto! Asomada a la puerta de su refugio, viéndolo partir y perderse en el horizonte.

Isabel merodeaba por allí, aguardando la oportunidad de hallarla sola:

—¿Qué haces llorando? —La increpó—. Valiente no necesita una mujer débil a su lado, es un hombre con todas las letras que merece una compañera con mayúsculas —Dijo celosa.

—¿Y tú qué sabes de él para opinar y decirme todas esas cosas? —Se enojó mirándola con desprecio.

—Porque antes que fuera tuyo o de esa viuda remilgada, muchas noches fue mío —Le enrostró con maldad.

Lucero se quedó sin palabras.

—Él me elegía siempre a mí para pasar la noche y vibrábamos juntos de deseo. Lo que te hace a ti, me lo hizo a mí muchas veces.

—¡Isabel! —La llamó Doña Alba desde lejos— ¡Ven aquí ya! —La joven se retiró mirándola con una sonrisa malévol.

Lucero comenzó a llorar de rabia y de celos, corrió hacia la orilla del río con desesperación, se sentó y se quedó largo rato ensimismada, hasta que todo se volvió oscuro y unas manos rudas la

tomaron por la cintura y la cargaron en un carro. Pataleaba y lanzaba puñetazos al aire hasta que sintió que la amordazaban y que su cuerpo era rodeado por una cuerda gruesa que la inmovilizó. Así permaneció algunas horas, hasta que el carro se detuvo y la trasladaron en brazos hasta un lugar oscuro recostándola en algo que parecía un camastro. Luego, ya no escuchó movimientos ni voces ni nada.

Valiente llegó a la cabaña al atardecer y buscó a Lucero, pero nadie sabía decirle nada. Su angustia iba creciendo a medida que pasaban los minutos hasta que Doña Alba recordó el incidente con Isabel y ató cabos:

—Valiente, apenas te fuiste, Isabel tuvo un entredicho con ella.

Dirigió una mirada furibunda hacia la prostituta y salió a buscarla por el río.

—Ella sabía que no debía salir, me prometió que se cuidaría —Pensó desconsolado tratando de encontrar rastros de ella. De pronto, vio huellas frescas marcadas en el barro de un carro y la cruz de plata en un costado— ¡Se la llevaron! ¡Malditos!

Don Juan de Olazábal recibió una notificación del Banco donde se le informaba que en su cuenta habían realizado un cuantioso depósito:

—¡Esto no puede ser, es increíble! —Exclamó gratificado.

—¿Qué sucede? —Preguntó alarmada Doña Ana María.

—¡En nuestra cuenta hay suficiente dinero para levantar los pagarés de Alonso! El gerente me informó que Sebastián Agüero, por encargo de su socio Valiente Vallejos, fue quien lo hizo — Gritó con alegría en los ojos.

—A cambio de tu hija —Terció Victoria con resentimiento.

—¡Cállate, niña tonta! —Le rugió su tío— Tú no tienes el derecho de opinar cuando te tengo aquí de favor y, además, tu prometido te ha dejado ¿Qué beneficio tengo contigo? ¡Ninguno!

Dolida profundamente por lo que acababa de escuchar, salió corriendo hacia la calle sin rumbo. Caminó algunas cuadras con lágrimas de rabia hasta que el rencor le ganó y su rostro se endureció como piedra. Sin darse cuenta, estaba parada delante de la mansión de Alonso, tocó a la puerta y se hizo anunciar por el ama de llaves.

—¿Qué sorpresa, Victoria! ¿Me traes noticias de Lucero? —Le preguntó irónicamente detrás de su escritorio.

—No, nadie sabe de ellos ¿Tú cómo estás? —Dijo sentándose frente a él.

—Perfectamente, ocupado en otras cosas más importantes, no puedo seguir con este asunto, hoy me enteré que Vallejos hizo depositar dinero en la cuenta del vejete. Pronto saldrá la deuda que tiene conmigo.

—¿Y no harás nada? ¿Te quedarás con tu honor hecho trizas? —Lo aguijoneó.

—A veces se gana y a veces se pierde, iré a cobrar mi dinero y a otra cosa, no resultó como lo esperaba —Mirándola con curiosidad, le preguntó—. ¿En qué te puedo servir?

—Yo también rompí con mi prometido —Mintió— lo dejé al ver que lo de ustedes se malogró.

—¿Cómo? ¿Tú hiciste eso por... mí? —Se levantó para acercarse a ella.

—Sí, tú sabes que siempre te he apreciado y valorado como no lo ha hecho mi prima. Me gustaste desde el primer momento que te vi —Le confesó.

—Y tú a mí, Victoria, no lo voy a negar —Le tomó de la mano y la invitó a ponerse de pie— Ahora estamos solos y sin compromisos. La vida nos está dando esta oportunidad maravillosa,

aprovechémosla —La besó con apasionamiento y ella respondió igualmente.

—Iré a la Capital ¿me quieres acompañar? —La invitó entusiasmado— Alejémonos de este lugar lleno de malos recuerdos ¿Qué me contestas?

—¡Que sí! Tú eres la persona afín a mi naturaleza, contigo no tengo que fingir quien soy —Le replicó contenta.

—Bien, entonces, prepara tus valijas, te enviaré un mensaje con el día y la hora en que te pasaré a buscar con mi coche —Se volvieron a besar.

Llamaron a la puerta del escritorio acaloradamente:

—¡Ábreme, Alonso, soy Julia! —Se anunció, alterada.

Victoria lo miró con interrogación y Alonso abrió la puerta de par en par:

—Estoy ocupado ¿No te lo advertió mi ama de llaves?

Ambas mujeres se observaron mutuamente.

—Ya me retiraba, de todos modos, buenas tardes, señora —Saludó por cortesía Victoria.

—¿Qué es lo urgente que vienes a decirme? —Le preguntó con fastidio cerrando la puerta.

—Ya está, los separé. Lucero está en un lugar vigilado por mis hombres ¿Quieres ir a verla? —Le confesó satisfecha.

—¿Te volviste loca? ¿La secuestraste? Yo no quiero participar de eso, ella no me interesa más. Nunca la amé, era un buen negocio y dejó de serlo cuando huyó con ese cretino.

—¡Fuiste humillado delante de todo el pueblo! ¿No deseabas vengarte de él?— exclamó indignada.

—Ya no, es que no lo tomo como tú, parece... Haz lo que quieras, eso sí —Dijo apuntándola con su dedo índice amenazante—. No me involucres ¡Vete de aquí y olvídate de que existo!

—¡Cobarde, eres un ser pusilánime! —Se alejó insultándolo— ¡Bueno para nada, idiota!

Valiente regresó al galope a la Casa de la Colina fuera de sí, una vez que rastreó los lugares aledaños, desmontó llamando:

—¡Sebastián! ¿Dónde estás? —Buscó en las habitaciones.

Su amigo entró a la casa, alertado por Marcial:

—¿Qué pasó? —Preguntó alarmado al ver su rostro descompuesto.

—¡Se la llevaron, la secuestraron, ayúdame a encontrarla porque me estoy muriendo, hermano! —Dijo desencajado.

—Serénate y cuéntame cómo fueron las cosas.

Valiente se atropelló con las palabras, a Sebastián le costó armar mentalmente los acontecimientos, pero no podía calmarlo.

—¡Ayúdame a pensar, estoy ciego, no sé adónde ir! —Lloró angustiado.

—Alonso Mendía y Oviedo —Dedujo Sebastián.

—¡Vamos a buscarlo! —Lo conminó.

Se dirigieron a la mansión con la rapidez de un rayo, lo encontraron saliendo con Victoria del brazo.

—¿Adónde te llevaste a Lucero, imbécil? —Dijo Valiente tomándolo de las solapas— ¡Te voy a matar!

—¡No sé de qué me hablas, infeliz malnacido, suéltame! Tú huiste con ella de la iglesia ¿Recuerdas?

—¡Déjalo, él está conmigo ahora, no le interesa Lucero! —Terció Victoria.

Valiente intuyó, muy a su pesar, que Alonso decía la verdad y arremetió:

—¡Si me estás mintiendo, te juro que volveré y te sacaré las entrañas por esa boca que tienes! —Amenazó furioso.

—No tengo nada que ver, busca por otro lado, es lo único que tengo para decir, ahora suéltame —Le dijo desafiante.

—¡Se te voló la pajarita, que tengas suerte en tu búsqueda! —Rio con malicia la joven.

Sebastián los vio alejarse felicitándose por la decisión tomada.

—Si no fue éste, ya sé adónde ir —Dijo Valiente entre dientes.

—¡Julia! —Exclamó su amigo.

Golpeó con insistencia la puerta hasta que la criada les abrió. Entraron violentamente a buscarla por toda la casa, sin hallarla.

—La señora no está, por favor, retírense, me comprometen —Les rogó Matilde.

—¿Adónde fue? Seguro volverá, la esperaremos. ¡Vete a hacer tus tareas! —Le ordenó.

—No puedo dejarlos solos, Doña Julia se enojará conmigo y me despedirá.

—¡Te vas o no respondo de mí! —La enfrentó con los ojos inyectados en sangre.

—Hazle caso, por tu bien —Le recomendó Sebastián— Tranquilo, hermano, tranquilo.

La viuda entró a la cabaña y les ordenó a los hombres que la cuidaban que salieran para quedarse a solas con Lucero, quien continuaba amordazada, vendada y atada a una silla durante el día y, por la noche, en un camastro.

—Bien, muy bien, aquí está mi enemiga —Le dijo al oído.

Lucero trató de identificar la voz femenina pero no lo consiguió. Julia le sacó las vendas para que la viera:

—¿Me reconoces? Soy la amante de Valiente.

Lucero hablaba detrás de la mordaza.

—¿Qué quieres decir? Nadie te va a escuchar por aquí, estamos en el medio de la nada.

La muchacha comenzó a llorar y a tratar de zafarse de las cuerdas que la tenían firmemente sujeta.

—¡Qué pena me das, chiquilla! ¿Sabes? Me casaré con Valiente y nos iremos lejos —Le contó — Y tú morirás a manos de estas bestias que te vigilan por orden mía ¿Creíste que podrías ser feliz con él, con mi hombre? Sus días y sus noches me pertenecen, niña boba. Cuando era amante de tu padre, continuamente tenía que escucharlo hablar de su hijita querida ¡Eso me hartaba! ¡Qué fastidio, por Dios! Pero nada es comparable con la idea de que tú y Valiente estén juntos ¡Eso no! ¡Adiós, niñita insulsa! No sabes cómo satisfacer a ese hombre, yo sí y lo haré por el resto de la vida —Sacó unas tijeras de su bolso y le cortó un mechón de sus cabellos. Se fue riendo a carcajadas, ante la desesperación de la muchacha.

Al salir, le dijo a Bermúdez:

—Te traje estos frasquitos para que se los den a beber, uno por día ¿Entiendes?

—¿Qué es? —Quiso saber Anselmo.

—Te pago mucho para que hagas tu trabajo y cierres el pico, recibirás instrucciones más muy pronto, si todo resulta como lo planeé. —Le dijo— Deja a gente de tu confianza aquí y ve a San Silvestre para poder estar en contacto ¡Me ha llevado horas llegar hasta este paraje inmundo!

Ya era de noche cuando regresó, le sorprendió ver las luces apagadas:

—¡Matilde! —Llamó con furia— Muchacha tonta, buena para nada... —Murmuró enojada.

Una mano la tomó por la garganta y la arrastró hasta la sala principal, mientras le decía al

oído:

—Te dije que te iba a ahorcar con mis propias manos —La viuda daba manotazos al aire tratando de zafarse, hasta que Sebastián la colocó frente a Valiente.

—¿Adónde la llevaste, miserable? —Le preguntó con una serenidad pasmosa que a su propio amigo le dio temor.

Sebastián la soltó, Julia tosió y se tomó el cuello:

—¿De qué hablas?

—No estoy de humor para divagues —Le advirtió amenazante, su mirada era incendiaria, dentro de él bullía un volcán de odio y desesperación—. Si me dices ya donde se encuentra, la voy a buscar y aquí termina todo.

—A ver si entiendo ¿Me preguntas a mí y el que se la llevó fuiste tú? —Ironizó tratando de dominar la situación.

Valiente cerró los ojos para contenerse, quería eliminarla de la faz de la tierra, pero necesitaba de ella. Se levantó despacio y se acercó:

—¡Por última vez, y en esto te va la vida, víbora! ¿Adónde la llevaste, cuáles son tus condiciones para que aparezca?

—Ya me cansé de este juego tonto —Hurgando en su bolso, Julia sacó el mechón de pelo de Lucero, sonriendo triunfante y se lo dio.

Valiente lo tomó y lo olió:

—Es de ella... inconfundible —La miró con furia de muerte—. ¿Cuáles son tus condiciones?

—¡Que te cases conmigo y nos vayamos a vivir al otro lado del océano para siempre!

Ambos amigos se rieron por las palabras de la mujer.

—¿Has perdido el juicio? —Le preguntó Valiente, sonriendo en medio de la tensa conversación.

—Si no aceptas, hay órdenes que impartí y se deben cumplir. Te aseguro que la gente que contraté precisamente, no tienen buenos modales.

Valiente se abalanzó y la tomó del cuello hasta que su cara se puso morada.

—¡No, déjala! ¡No, suéltala! —Como no lo lograba, Sebastián le pegó una trompada que lo hizo caer.

Julia tosió y tardó en recuperarse, Sebastián sacudió a su amigo y lo levantó tambaleante.

—Perdóname, hermano, pero no debes mancharte las manos con tan poca cosa, —Dijo mirándola con desprecio— la necesitamos.

—Apresúrate, habla con el sacerdote y arregla el viaje —Lo amenazó la viuda con voz ronca — Avísame cuando todo esté listo.

—¿Qué garantías tengo de que cumplirás con tu palabra?

—Ninguna. Deberás confiar.

—La quiero libre y sin un rasguño ¿Me comprendes? Porque si me entero ¡Y me enteraré! Tú te mueres ¡Lo juro como que me llamo Valiente Vallejos!

—Descuida, después de nuestra noche de bodas en el barco, daré la orden para que la liberen. Sebastián te lo dirá ¡Salgan de mi propiedad ahora mismo! —Dijo con odio en sus ojos— ¡Fuera!

Valiente levantó el mechón de pelo, lo guardó en su bolsillo y secundado por Sebastián, se perdieron en la noche.

Julia maldijo a Lucero por quitarle la última posibilidad de ser feliz, sabía que después de Valiente, no amaría a nadie más. Por eso, se empeñaba en quitarla del medio y obligarlo a casarse con ella. O le importaba que no la amara sino tenerlo a su lado a como dé lugar, tal era el miedo a

no verlo nunca más.

—Serás mío a la fuerza, bajo amenaza constante pero dormirás en mi cama todas las noches y me calentarás el cuerpo cada vez que lo desee...Y esa tonta mujercita desaparecerá de tu vida ¡Para siempre!

Victoria tenía sus maletas preparadas y esperaba el aviso de Alonso, finalmente, había comprendido que él era la única salida posible para su vida, poco le importaba lo que le sucediera a Lucero y a sus tíos:

—¡Muéranse todos, gente odiosa! Yo, al fin seré rica, Alonso me dará lo que pido, sé cómo contentarlo.

Decidida a no contarles a sus tíos lo que había sabido de boca de Valiente, esperó a que el carruaje de Alonso pasara por ella a la madrugada, les dejó una nota sobre la mesa del comedor, cargó sus cosas y partió sin remordimientos.

—¿Lista, querida, les contaste a tus tíos lo del secuestro de Lucero? —. Preguntó con curiosidad.

—No, no se lo merecen por ser tan malagradecidos conmigo ¡Vamos a vivir la vida!

Lucero solo era liberada para hacer sus necesidades y comer algo. Vigilada por dos hombres, con sus caras tapadas, jamás le hablaban. Cuando ella podía, les preguntaba alguna cosa para orientarse en dónde estaba, sin resultados. Los malhechores seguían las instrucciones que le había dejado su jefe, que había partido a San Silvestre para estar en contacto con la viuda, darle de tomar del frasquito.

—Valiente vendrá por mí, él estará buscando el modo para rescatarme, lo sé —. Se consolaba — Debo resistir, ser fuerte para él.

Muchas veces, en sus sueños se le aparecía Doña Chila, la curandera de Cruz Azul, quien le decía:

—“Recuerda que lo que el Cielo une, nada ni nadie lo puede separar. Sus almas están predestinadas a seguir juntos ¡No desfallezcas, aliméntate de ese amor que se tienen que es más fuerte que cualquier atadura!”

Al día siguiente, Sebastián habló con Martina para ponerla al tanto de lo sucedido, Valiente había pedido no alarmar a los Olazábal hasta no tener una solución posible. Trataba de hallar un modo de encontrarla sin tener que casarse, pero el tiempo apremiaba. Se había colgado a la cintura un guardapelo de su madre con el mechón de Lucero, de vez en cuando lo abría y olía su perfume:

—Resiste, mi amor, resiste —La alentaba a lo lejos.

—Investigar entre la gente de los bajos fondos llevará tiempo —Dijo Sebastián.

—Lucero es fuerte y tiene buena salud, pero pasaron algunos días —Temió Martina— no sé en qué condiciones estará y cómo la tratarán —Agregó en voz baja para no herir a Valiente con la idea.

—Todo eso lo considero y ya tomé una decisión —Anunció— Haré lo que me exige Julia. Encárguense ustedes, por favor, quiero todo listo para mañana.

La pareja asintió compungida y se dedicaron a concretar los deseos de su amigo.

—Renunciar a ti es arrancarme de cuajo el corazón, —Concluyó en voz baja mirando el cielo

estrellado— pero así será para que tú vivas libre de la maldad de este mundo que no nos deja ser felices. Mi vida, mi amante, mi alma, mi todo.

Lucero había dejado de comer y apenas bebía, sus muñecas estaban laceradas por las ataduras y, al no poder moverse la mayoría de las horas del día, su cuerpo se encontraba entumecido, dormitaba en un camastro, en un sopor continuo producto de la debilidad. Entre sueños, veía a Valiente acercarse a ella con su sonrisa franca extendiéndole los brazos e invitándola a correr.

—Esta mujer no aguantará mucho —Se decían los hombres.

—Hasta acá llego yo, no quiero cargar con un muerto, eso no es para mí.

—Tranquilos, Anselmo nos avisará pronto, ahí decidiremos qué hacer.

Al día siguiente todo estaba listo para el casamiento, la viuda fue avisada una hora antes.

Sor Inesita fue alertada de la ceremonia por Martina, sentía que debía saber lo que estaba ocurriendo. La religiosa se desesperó por el paradero y la suerte de su ahijada y convino que lo mejor era el sacrificio que Valiente estaba por realizar.

En la iglesia se reunieron Sebastián, Martina, Sor Inesita y los contrayentes.

—Aquí estoy, mi amor, lista para ser tu esposa ante Dios —Exclamó con descaro.

—¡No metas a Dios en tus cosas endiabladas, víbora rastrera! —Le dijo al oído la monja.

Los demás se contuvieron para que el evento se llevara a cabo. El ambiente era tenso y cargado de pesadumbre. Martina y Sebastián oficiaron de testigos.

—¿Valiente Vallejos, acepta por esposa a Doña Julia de Castañeda?

—Sí, acepto.

—¿Doña Julia, acepta por esposo al señor Valiente Vallejos?

—Sí, acepto.

—Si no hay oposición al respecto, los declaro marido y mujer.

Se realizó el intercambio de anillos, el sacerdote miraba extrañado la actitud del novio, tan frío y distante.

—Querido ¿No me besas? —Preguntó ofreciéndole los labios.

Valiente le rozó la mejilla con un beso ligero, la tomó del brazo y la llevó casi corriendo a la salida. Ya afuera, los demás los alcanzaron:

—¡Desvergonzada, pérfida, arrastrada! ¿Dónde está Lucero? —Le gritó la monja sacudiéndola por los hombros.

—Valiente, dile que me suelte, esto empeora las cosas —Le ordenó.

—Por favor, Sor Inés —Le pidió—. Subamos al coche Julia, iremos directamente al puerto.

—Bueno, entonces nos despedimos aquí ¡Gracias por ser nuestros testigos! ¡Adiós, no nos veremos nunca más, imbéciles! —Los despreció riéndose.

Martina se abalanzó sobre ella, pero fue detenida por Sebastián:

—Avísame en cuanto puedas, hermano, que iré a buscarla.

—Iremos —Secundó Martina.

—¡Virgen Santa, madre de Dios, protege a mi niña y asístelo a Valiente, te lo suplico! ¿Los padres de Lucero no saben nada de todo esto? —Preguntó la religiosa.

—Valiente no quiso que supieran —Contestó Sebastián, preocupado.

—Tarde o temprano se enterarán.

—Confiemos en que todo salga bien —Suspiró Martina.

El viaje al puerto fue en silencio, Julia conocía el temperamento de su hombre y sabía hasta

donde podía abusar de su paciencia, así que aceptó el mutismo. Ya instalados en el barco, ella pidió la cena en el camarote y se preparó para la ocasión.

Valiente, en tanto, salió a recorrer la cubierta y pasó por la cantina a tomar unos tragos para darse ánimos, había pasado noches magníficas con Julia, pero ahora sentía un odio que crecía con el correr de las horas, imaginaba mil formas de asesinarla y eso lo calmaba un rato apenas.

Cuando se hizo la hora, volvió a su camarote, ansiando que todo se concretara para que Julia enviara el telegrama que liberaría a Lucero de su cautiverio.

Ella, bella como siempre, lo recibió con un salto de cama con encajes y piedras bordadas:

—¡Bienvenido a nuestra noche de bodas, esposo mío!

Valiente, mareado por el alcohol, se tambaleó:

—¿Qué disparates dices, mujer?

—Lo que es verdad, eres mi marido y hoy tendremos una noche memorable.

Julia lo condujo a la cama y lo tumbó de espaldas, Valiente la dejó hacer, para poder copular con ella, cerró sus ojos y trajo a su mente los momentos de pasión vividos con Lucero y, su cuerpo comenzó a arder:

—Es ella la que me toca, es su boca la que me besa, es su cuerpo desnudo que se apoya contra el mío —Se convencía.

De pronto, una furia incontrolable lo invadió y penetró a Julia con fuerza y violencia.

—Espera, me lastimas —Se quejó.

—¡Cállate, no hables! —Le ordenó tapándole la boca—. Si hablas, no puedo.

Luego de copular, Valiente se quedó tendido en la cama unos segundos sabiendo que a su lado se hallaba otra.

—¡Ay cuánto te extrañé mi amor! —Exclamó feliz.

Valiente se recompuso y le dijo con frialdad:

—¡Vístete, vamos a la cabina del telégrafo, hay algo que debes hacer!

—Estoy cansada, mañana a primera hora lo hago... —Se quejó somnolienta.

—¡Ya, cumple tu parte del trato! —Rugió.

—Está bien, espérame afuera, ya salgo —Dijo molesta.

—No me engañes, Julia, tú me conoces bien y sabes de lo que soy capaz de hacer.

Minutos después, ambos se dirigían a enviar sendos telegramas: Julia impartía órdenes para que Bermúdez la libere e indicaciones para que cobre el dinero adeudado.

Valiente le escribía a Sebastián con los datos que Julia le había proporcionado para ir al rescate de Lucero.

—Enviaré primero el mío —Avisó resuelta— Debes darle un margen de tiempo para que mis hombres escapen lejos.

—¿Cuánto tiempo? ¿La dejarán sola? —Se angustió.

Julia fastidiada al ver la preocupación de Valiente, le contestó tajante:

—¡Una hora! —Y pensó: —Espero que ya se haya muerto... ¿Qué podrá hacer sino resignarse a vivir conmigo? Con el tiempo la olvidará entre mis brazos.

Valiente controló ambos textos y explicó al oficial cuál enviar primero y cuál, después de una hora.

—Esposo mío, vayamos al camarote —Le pidió con voz seductora— Tengo muchas ganas de ti.

—Ahora no... Ve tú, yo me quedaré en cubierta un rato —Le ordenó con sequedad.

—Supongo que controlarás que todo esté bien.

—Así es, este no es un viaje de bodas, esto es una extorsión.

—Pero estamos casados legalmente, estás obligado a compartir tu vida conmigo, a vivir bajo un mismo techo, a tener relaciones maritales frecuentes ¿No cumplirás?

Valiente se mantuvo en silencio.

—¡Háblame, no te quedes callado, deja de pensar en esa tonta sin gracia, seguro que se tapa con las sábanas y apaga la luz para que no la veas! —Lo provocó.

—Cállate, me hace daño escuchar tu voz, mantente callada, no te soporto —Dijo acelerando el paso para dejarla atrás e ingresar en la cabina del telégrafo.

Sebastián calculaba el tiempo que llevaría recibir el telegrama y, por eso, decidió levantarse al alba. El cartero llegó al rato, abrió con ansiedad la nota y leyó la ubicación donde se encontraba Lucero. Martina y Sor Inesita llegaron detrás del mensajero y se acoplaron a la búsqueda junto a la cuadrilla de peones.

—Esto está a cuatro horas de aquí, patrón —Le dijo el capataz.

—Bien, vamos ¿Están seguras de venir? —Preguntó Sebastián—. No sabemos con qué nos vamos a encontrar.

Ambas se miraron y Martina dijo:

—Queremos estar con ella, nos va a necesitar.

—Bien ¡En marcha entonces! Suban a la carreta, nosotros vamos en los caballos, escoltándolas —Ordenó apurado.

El camino fue dificultoso, pero ninguna de las mujeres se quejaba, más bien, rezaban y se daban palabras de aliento si alguna rompía en llanto imaginando lo peor.

Al fin llegaron a un paraje escondido que dejó ver una cabaña abandonada:

—¡Allá debe ser! —Señaló Sebastián.

El grupo de hombres se acercó con sigilo previendo que, tal vez, estarían aún los secuestradores. Entraron pateando la puerta mientras las mujeres permanecían en la carreta.

—¡Vengan —Dijo Sebastián— no hay peligro, Lucero necesita ayuda! —Gritó con desesperación reflejado en el rostro.

La hallaron atada, amordazada y vendada, como había estado los últimos días.

—¡Está desvanecida! —Gritó Inesita desesperada—. Corten las sogas y las vendas.

Los peones obedecieron inmediatamente.

—¡Pobrecita! —Exclamó Martina viendo la delgadez que tenía y las marcas en sus muñecas.

—¡Trae la caja de primeros auxilios y algo de agua para limpiarla! —Le pidió la monja— ¡Está muy sucia!

—Está bien —Asintió entre sollozos— También traeré la ropa para cambiarla.

Sebastián y la cuadrilla, mientras tanto, inspeccionaban los alrededores sin hallar rastros.

—Los encontraremos, patrón, quédese tranquilo.

—Espero que sí, aunque ya estarán bastante lejos de aquí —Dedujo preocupado.

Aguardaron un tiempo prudencial a que las mujeres atendieran a Lucero hasta que, impaciente, Sebastián llamó afuera a su prometida y le preguntó:

—¡Martina! ¿Cómo está, se recuperó?

—No, mi amor, sigue inconsciente y delira. Tiene mucha fiebre —Sollozó— recién abrió los ojos y no nos reconoció ¿Qué le han hecho estas bestias?

Sor Inesita apareció en la escena:

—Volvió a caer en un sopor, llama a Valiente todo el tiempo.

—Entonces debemos llevarla a Cruz Azul a que la vea Doña Chila, ella la curará —Aseveró

Sebastián—. Sé que Valiente aprobaría esto —Les dijo.

—De acuerdo, no discutiré tu decisión —Aceptó la religiosa— Yo iré a avisar a los padres de Lucero de la situación que atraviesa su hija, si algo le pasara ¡Dios no lo permita! no me lo perdonaría habérselo ocultado —Se lamentó— Martina, ve con ella, le dejaré un recado a tu familia para que sepan dónde estás y por qué.

—Madre —Le pidió Sebastián— Envíe un telegrama a Valiente a esta dirección, contándole que hallamos a Lucero, pero no le diga en qué estado porque se va a desesperar y no podrá hacer nada desde allá y, si se entera de la verdad, no sé qué le haría a Julia. El capataz y parte de la cuadrilla de peones la escoltará. Deberá ir a caballo pues trasladaremos a Lucero, acostada, en la carreta.

—Así se hará, querido —Dijo con lágrimas en los ojos— Iré a darle un beso antes de partir.

Sebastián dio instrucciones al capataz, para que recabara información en los bajos fondos sobre los secuestradores. Una vez hecho esto, se dispuso a conducir a Lucero hasta el lugar donde creía que podía ser curada.

El camino hacia Cruz Azul se hizo en el doble de tiempo calculado pues el delicado estado en el que se encontraba Lucero así lo requería.

—Temo que no despierte más —Le confesó Martina con angustia.

—Confiemos en que Doña Chila pueda sanarla, tengamos fe que Dios la ayudará, no me quiero imaginar si algo le pasa y se entera Valiente.

—¡Sería una doble desgracia! —Vislumbró la muchacha.

Apenas llegó Sor Inesita a San Silvestre envió el telegrama acordado:

“Lucero rescatada y a salvo. Sebastián y Martina a cargo”

Nada más se podía agregar, no podía mentirle. Y se encaminó a la casa de los Olazábal para contarle lo sucedido.

—Dios mío, acompáñame en esta difícil tarea que me encomendaste —Pidió mientras se persignaba.

Valiente aguardaba ansioso la noticia en alta mar, iba y venía a la cabina del capitán como un lobo enjaulado, verificando si el oficial a cargo le avisaba del asunto. Había dormido apenas unas horas en el camarote, en un camastro auxiliar.

Julia había hecho amistad con algunos pasajeros, sobre todo, se dedicaba a conversar con las mujeres sentadas en la cubierta tomando y comiendo aperitivos:

—Mi amor, ven aquí que quiero presentarte a la señora Adelina de Montes de Oca y a la señorita, su prima, Elena Rivero de Mallot.

—Mucho gusto, encantado de conocerlas —Dijo, cubriendo las formalidades.

Un marinero se acercó para darle la noticia que tanto ansiaba recibir.

—Con el permiso de ustedes —Se disculpó y se encerró en su camarote para leer una y otra vez esas benditas palabras— ¡Gracias, Dios mío!

Doña Julia golpeó a la puerta:

—¡Ábreme, querido! Vamos a cenar, hoy hay baile en el salón principal.

Valiente abrió, la tomó del brazo y sujetándola con fuerza le dijo:

—Cumplí mi parte y tú la tuya. Tu mayor deseo era ser mi esposa y lo conseguiste. Hasta acá llegamos con los formalismos. Cuentas saldadas.

Julia zafó su brazo y se recompuso, evidentemente, pensó, la bobalicona de Lucero no murió pues sino otra hubiera sido su reacción:

—Mi vida...En algunos días llegaremos a Europa, recorreremos algunos países y buscaremos un lugar en donde asentarnos, ya con tiempo, compraremos una casa y...

—¿Estás delirando? ¿Tu mente desvaría? —Le gritó.

—¿Por qué? Nos hemos llevado tan bien por tanto tiempo —Le recordó— y, sobre todo en la cama... ¡Olvídate de ella!

—¡No te amo, no te amaré nunca! Estoy aquí solo porque me amenazaste con matarla ¿Por qué insistes?

—Porque eres el hombre de mi vida y yo soy la mujer que te conviene —. Concluyó— Y te lo advierto, no intentes ningún ardid, de lo contrario mis hombres recibirán la orden de asesinarla — Mintió para asustarlo y desechar cualquier intento de escape. Sabía que esos bandidos, una vez cobrado su dinero, huirían lejos de allí.

Valiente se abalanzó sobre ella y ambos cayeron sobre la cama, la sujetó por la garganta con ambas manos y, con los ojos desencajados por la ira, le dijo:

—No te abuses, Julia, porque si aprieto un poco más, te hago pasar a mejor vida —La amenazó en su oído—. Nada me gustaría más...No importa lo que suceda conmigo ya, pero tú desaparecerás de la faz de la Tierra —La soltó bruscamente yéndose del lugar.

Doña Chila divisó la carreta y a los hombres que la acompañaba desde lejos:

—Ya era hora de que la trajeran —Pensó—. Veremos cómo está y si hay tiempo de salvarla.

Sebastián desmontó y corrió al encuentro de la anciana para explicarle brevemente la situación.

—Traígana adentro de la casa, rápido —Ordenó.

Los hombres la trasladaron en un improvisado camastro, mientras Martina los seguía por detrás.

Lucero estaba sujeta con cuerdas por temor a que se lastime, cuando salía del sopor, sufría alucinaciones y daba manotazos a diestra y siniestra.

—¿Cuánto hace que está así? —Preguntó la curandera.

—Calculamos que unos días, la encontramos hace unas horas y no nos reconoció —Contestó Martina.

—Fue envenenada con alguna planta, puede ser belladona o similar...Debo ir al bosque a buscar unas raíces y otras cosas para hacer el antídoto —Dijo Chila.

—¿Qué hacemos mientras tanto? —Quiso saber la muchacha.

—Poco se puede hacer sin el contraveneno, debo irme ya, porque el tiempo corre.

Sebastián la acompañó unos metros en el camino para preguntarle a solas:

—Doña Chila ¿Cómo la ve, le digo, con esos otros ojos que usted tiene?

—No me lo muestran todo, hijo, algunas cosas quedan ocultas. Haré mi parte. Tengamos fe que el bien triunfará sobre el mal. Y... esa era la mujer que yo había visto para ti, serán muy felices —La anciana le sonrió y se dirigió al bosque cuando caía la noche en Cruz Azul.

Sor Inesita golpeó la puerta de los Olazábal con temor y angustia, traer la noticia que portaba desataría mucho dolor, durante horas se había preparado para ese difícil trance, pero sabía que nunca era suficiente en estos casos.

—Inés —La recibió Doña Ana María con visible disgusto—. ¿A qué vienes? Una vez más

interferiste en nuestros asuntos de familia, desbarataste la boda de Lucero y la ayudaste a cometer semejante desatino ¿A qué has venido ahora? ¡A regodearte en nuestra desgracia! —Gritó indignada.

—¡Basta, mujer! —Apareció Don Juan en la escena—. No le grites, el propósito de ese casamiento fue egoísta —Se sinceró— Finalmente, el señor Vallejos saldó la deuda y hoy podemos respirar tranquilos —Y mirando a la monja le preguntó— En cuanto a Lucero, hablaremos con ella cuando regrese ¿Qué tienes, por qué traes esa cara, ha sucedido algo?

—Sí, necesito que se sienten, por favor —Pidió con voz grave.

—¿Qué le sucedió a nuestra hija, ese malnacido le hizo algo malo? ¡Habla ya, por el amor de Dios! —Le rogó Ana María.

En los siguientes minutos, Sor Inesita les relató todo lo sucedido desde que se fugaron.

—¿Y cómo la encontraron, de qué manera? ¿Dónde está ahora? —Don Juan se atropellaba con las palabras.

—En pésimas condiciones, la llevaron a Cruz Azul, allí hay una curandera, fue envenenada.

—¡No puede ser, no, mi hija querida no! ¡Maldita Julia! —Se lamentó Juan— Lucero padeció mi egoísmo, mi orgullo, mi soberbia ¿Y ahora esto? Nunca pensé que esa mujer fuese capaz de algo así ¿Por qué me hizo esto a mí?

—¿Tú la conocías Juan? —Le preguntó su esposa, presumiendo algo más— Hablas con un conocimiento de ella que me hace sospechar.

—¡Ay no me estoy sintiendo bien, por favor, agua! —Le pidió.

—¡No me estás contestando, Juan! —Le dijo cuando terminó de beber.

—No voy a responder eso, son cosas del pasado.

—¿Fue tu amante no? ¡Eres un infame! —Y lo abofeteó violentamente.

—¡Basta, Ana María, está descompensado de verdad! Mira la palidez de su rostro —Advirtió la monja.

—¡Finge para no responder, conozco a este viejo zorro! ¡Atiéndelo tú, ya que eres tan devota y dedicada! —Replicó retirándose furiosa a su habitación.

—De verdad no me siento bien, Inés, me falta el aire —Se quejó.

—Llamaré al doctor Rosales, ya vuelvo —Dijo.

—No, quédate conmigo, no lo llames... Quiero que cuando vuelvas a ver a Lucero le digas... —Respiraba con dificultad— le digas que estoy arrepentido por todo lo que le hice...y que si puede me perdone...

—Se lo podrás decir tú mismo en cuanto te repongas —Lo consoló.

—Dile que admiro la forma en cómo defendió su amor...yo no pude hacerlo...fui un cobarde, un interesado...y pagué muy caro eso...

—Ya, no hables más que te agitas —Pedía Sor Inesita apantallándolo con su abanico.

—Dame tu mano, por favor, te pido perdón por todo lo que hice —Y aferrándose a ella con lágrimas en los ojos, la besó— ¡Adiós, amor de mi vida!

—¡Juan no te vayas, no te mueras! —Lloró con desconsuelo.

Alertada por los gritos desgarradores que provenían de la sala, Doña Ana María corrió acompañada de Josefa, la criada:

—¿Qué sucede? ¿Qué...? ¡Oh no, por Dios, Juan! —Gritó mientras trataba de reanimar el cuerpo exánime de su esposo— ¡Llaman a Rosales, que venga rápido!

—Ya no hay nada que hacer, Ana María —Dijo sollozante la religiosa.

—Señora, el patrón está muerto.

Martina no se separaba de Lucero ni un instante, dormía a su lado mientras Sebastián pernoctaba en una tienda con los peones.

—Ya van dos días que no sabemos nada de esa señora, patrón —Le dijo uno de los hombres.

—Tranquilo, ya va a aparecer —Decía mientras fumaba un cigarro.

De vez en cuando, Martina los llamaba para sujetar a Lucero cuando las alucinaciones la atacaban y vociferaba incongruencias, solo se distinguía el nombre de Valiente, todo el tiempo, llamándolo.

A la tercera noche, divisaron a Doña Chila avanzar con paso cansino por el camino sinuoso, acompañada de su perro Chuñito.

—Debo preparar el antídoto, por favor, pon la olla de cobre sobre el fuego —Le pidió a Sebastián.

La anciana se concentró en la fórmula que le habían enseñado en su juventud, cuando fue entrenada por el chamán de una tribu cercana. Decía por lo bajo unas palabras ininteligibles y, de vez en cuando, miraba al cielo como si dialogara con el más allá.

—Iré a descansar, por la mañana empezaremos —Anunció agotada.

Sebastián con sumo respeto, no le dijo nada, tenía muchas preguntas que hacerle, pero no se animaba a molestarla con su curiosidad.

Martina suspiró aliviada al verla preparar el contraveneno:

—Mañana comenzará con el tratamiento, mi amor, falta poco —La consoló Sebastián besándola con ternura.

Los días siguientes, Valiente se los pasó rehuendo la presencia de Julia, quien requería constantemente de su atención. De vez en cuando, abría el guardapelo y olía en su interior.

—¿Cómo estarás, mi reina? ¿Habrás comprendido lo que hice o estarás enojada conmigo? — Pensaba mientras miraba la inmensidad del océano— cada día que pasa me alejo más de ti...

—¿Qué haces aquí solo? ¿Y eso qué es? —Le recriminó mirando el objeto que guardaba Valiente en su bolsillo.

—Nada que te importe —Le contestó secamente.

—Mi amor, me están cansando tus impertinencias ¿Quieres que algo malo le sucede a esa mojigata estúpida? Mejor, vístete para la cena de gala, mañana llegaremos al puerto de Cádiz.

Valiente la miró con tal desprecio y odio que a Julia se le heló la sangre.

El entierro de Don Juan de Olazábal fue concurrido, la gente murmuraba que había muerto del disgusto que le había provocado la fuga de su hija. Doña Ana María sabía lo que se decía porque ella, en su lugar, hubiera pensado lo mismo, reflexionaba enojada.

Una vez que todo hubo terminado, la viuda se recluyó en su casa en señal de duelo, había pensado en ir a ver Lucero, pero pronto desistió, contrariada, por el carácter que habían tomado los acontecimientos.

—No puedo ocuparme de ella, no siento que sea bien recibida —Pensaba— debo guardar luto por mi esposo, eso dicen las buenas costumbres —Ironizó—. Por ese cretino que me puso los cuernos con cualquiera y que nunca dejó de amar a Inés ¡Vete al infierno, donde te revolcarás eternamente! —Bramó.

En cambio, Sor Inesita, se refugió en su celda para llorarlo con amargura:

—¡Te amé tanto Juan, que ni siquiera estos años de separación y mi dedicación a Dios

mitigaron este inmenso amor, descansa en paz, nos volveremos a ver en el cielo!

Todos los días y por casi una semana, Doña Chila le suministraba a Lucero pequeñas dosis del contraveneno y, paulatinamente, su salud fue mejorando. Martina estaba atenta a cada movimiento de su amiga y era la auxiliar de la anciana:

—Se lo administraron en pequeñas dosis, lo mismo hay que hacer con el antídoto, ella es joven y fuerte y el amor que siente por Valiente la salvará.

Martina le sonrió confiada:

—¡Gracias, señora! Si no fuera por usted, no sé qué hubiera pasado con ella.

—Me quedaré en vela esta noche ¿Por qué no paseas por el río con tu enamorado?

—No sé... ¿La cuidaría por mí?— Y sus ojos se encendieron.

—Ve, mujer, el río se ve especialmente bonito con luna llena. Lucero duerme plácidamente y sus heridas prácticamente están cicatrizadas —La alentó.

—Tiene razón, debo despejarme después de tantos días de angustia y la dejo en excelentes manos ¡Dios la bendiga, Doña Chila!

—Mi niña, Él ya me bendijo cuando los conocí a ustedes ¡Vete ya! —Le sonrió.

Martina salió en busca de Sebastián a quien encontró fumando contra un árbol:

—Doña Chila se ofreció a cuidarla en mi lugar ¿Vamos a pasear al río? —Lo invitó—. Necesitamos distendernos después de tantos días de zozobra.

—Claro que sí, bella, —Aceptó besándola en la frente— vamos. Ustedes, vigilen, enseguida volvemos —Les dijo a sus hombres que montaban guardia.

—¿Qué estará sucediendo con Valiente? —Preguntó la muchacha sabiendo que Sebastián lo conocía tanto.

—Supongo que, al recibir el telegrama se tranquilizó y está elaborando un plan para volver.

—Pero ¿No hay peligro de que esos hombres la vuelvan a raptar o hacer daño de alguna manera? Julia se pondrá furiosa al ver que la abandonó.

—Los encontraremos muy pronto, he dado instrucciones al capataz para ubicarlos. Si Julia está tan lejos, no creo que pueda contactar a otros para dañarla, estos delincuentes huyeron para no ser atrapados, con su bolsa llena de dinero —Analizó mientras llegaban al río— Mi vida, de eso quería hablarte, mañana dejaré dos hombres de custodia y volveré a San Silvestre para encargarme de ese asunto y visitar a tus padres, voy a pedir formalmente tu mano y a aclararles que no te rapté —Sonrió mientras tocaba su entrepierna, excitado. La muchacha lo besó con pasión mientras Sebastián la desnudaba con apuro.

—¡Te deseo tanto! Hace muchos días que no te toco —Le decía despojándose de la ropa.

—Continuaré aprendiendo, supongo —Dijo riendo. Al ver que Sebastián se acostaba y la subía a ella sobre él, a horcajadas, para penetrarla. Con ambas manos, le tomó las caderas para guiarla en los movimientos ondulantes que debía hacer para lograr el placer tan ansiado.

—Sebastián... —Gemía sobre él.

—Mí amor, así —Le decía jadeante rodeando sus nalgas con sus manos poderosas. Se besaban y se acariciaban sin control hasta que el placer desembocó en un prolongado orgasmo que los quietó.

—Cuando esta pesadilla haya pasado, nos casaremos y seremos siempre amantes como ahora —Confesó él.

—¡Contigo todo! —Le sonrió besándolo con pasión.

Sebastián y los hombres que lo acompañarían de regreso, prepararon los caballos y algunos pertrechos.

Entró a la casa para despedirse de las mujeres y cerciorarse del buen estado de Lucero:

—¿Cómo está, Doña Chila?

—Débil aún, pero el veneno ya desapareció de su cuerpo. Ten fe, se recuperará. Pero hay algo más: ha perdido un bebé de poco tiempo.

—¡Qué desgracia más grande! Cuando se entere Valiente de todo lo que le hizo esa víbora, querrá matarla —Dijo horrorizado.

—Con la ayuda de Dios, procuraremos que eso no ocurra, muchacho.

—Le dejo dos hombres en custodia ¡Los mejores! Ellos darán su propia vida si fuera necesario para defenderlas.

—Vete tranquilo, acá hay una protección especial, nadie nos molestará —Le confió llevándolo a otra parte de la casa para que Martina no los oyera— Tu amigo está muy inquieto, si no atrapan a esos delincuentes pronto, no sé qué puede llegar a hacer, esa mujer lo saca de quicio.

—Comprendo, espero encontrarme con novedades. Si los atrapamos, le enviaré un telegrama. Sé que apenas esté en tierra firme, Valiente se comunicará conmigo.

—Hay un paraje cercano a Campos Verdes, que tiene algunas casuchas, busca por allí, anoche tuve una visión.

—Así lo haré, gracias por todo, Chila —Le dio un beso en la frente.

—Mi amor, ya me voy, volveré en cuanto pueda ¡Cuídate, vida mía! —Se dieron un largo y profundo beso.

Martina se apoyó en el marco de la puerta para seguir con la vista la silueta del hombre amado hasta que desapareció en el horizonte, la anciana volvía con un cubo de agua fresca de su aljibe sonriendo:

—¿Qué nombre le pondrás a tu hijo?

—No sé, no lo pensé nunca ¿Por qué me lo pregunta? Falta mucho para eso —Dijo intrigada.

—Porque la luna llena es mágica y trae niños al mundo.

—¿Qué me quiere decir? ¿Cómo sabe? —Inquirió curiosa.

La anciana no respondió y Martina acarició su vientre plano:

—¿Será posible que anoche hayamos concebido a nuestro hijo? —Pensó.

—Todo es posible bajo la luna llena —Le respondió Doña Chila desde la alcoba.

Valiente y Julia desembarcaron en Cádiz y se dirigieron al Grand Hotel para hospedarse unos días, la intención de la viuda era emprender un viaje por España y otros países; él tenía otros planes en mente.

—Querido, tomaré un baño y luego podremos recorrer la ciudad ¿Por qué estás tan callado? —Le recriminó— Esta noche quiero que me hagas el amor, solamente lo hicimos en nuestra noche de bodas y ya tengo sed de este cuerpo maravilloso que la naturaleza te dio.

Valiente, distraído, miraba por la ventana, Julia se desnudó y se paseó por la habitación eligiendo la ropa y sus zapatos para la ocasión. No quería mirarla, sabía que lo que hacía, era una manera de tentarla y estaba tan furioso con ella que no deseaba más que poner distancia.

—Querido ¿Te parecen bien estos zapatos o prefieres estos otros? —Le preguntó para que se diera vuelta.

—Cualquiera estará bien, no tiene importancia —Contestó fastidiado— Apresúrate, tengo hambre.

—Yo también tengo hambre, pero de ti —Y lo abrazó por la espalda apoyando su cuerpo contra el de él:

—Basta, Julia, ve a bañarte.

Lejos de obedecerle, su mano izquierda buscó su bragueta y comenzó a frotar su miembro.

—Ya, basta ¡ya!

—No quiero y tú tampoco lo quieres, estás necesitado —Le dijo al oído— Hace ya muchos días que no te desahogas y tú sabes que puedo hacerte feliz. Siempre te gustó lo que te hacía.

Con un rápido movimiento, lo hizo girar y desabrochó su pantalón, llevando su sexo a su boca. Valiente, consciente de que sus fuerzas sucumbían, se dejó llevar, disfrutando de la carne mientras que su corazón era una piedra. La tomó por la cintura y la cargó hasta la cama y allí la tomó con violencia, Julia se revolvió de placer mientras él se sacudía febril. Cuando las ansias de ambos se saciaron, ella, sin decir palabra se dirigió al baño y él volvió a la ventana acariciando con sus dedos el guardapelo.

—¡Malditas seas, Julia!

—¿Qué averiguaste? —Preguntó ansioso. Sebastián escuchó atentamente los informes que el capataz le rindió:

—Me dijeron que el jefe se llama Anselmo Bermúdez y que lo vieron por Campos Verdes, esperaba que usted llegara para ver qué hacemos.

—Ya sé dónde encontrarlo. Reúne a una cuadrilla, salimos a la madrugada para allá, tenemos tres horas a caballo.

Al llegar, buscó el paraje de casuchas que Doña Chila le había dicho. Inmediatamente se dirigió hacia un grupo de mujeres que conversaban bajo un peral:

—Buenos días, señoritas.

—¡Vaya con el buen mozo, nos ha dicho señoritas! —Rieron al unísono.

—Busco a un tal Anselmo Bermúdez ¿Lo conocen?

—Puede ser que sí, puede ser que no —Le dijo una de ellas—. ¿Cuánto hay?

—Tres de estos —Dijo mostrando los billetes.

—Estuvo por acá hace un tiempo ¿No, muchachas?

—Sí, Sí —Decían las demás.

—¿Ya no está?

—No, se fue, desapareció —Dijo la más atrevida y le arrebató el dinero.

Sebastián se dio cuenta que mentía y se retiró demostrando haberle creído.

—Debemos esperar, ese bastardo está bien escondido —Concluyó.

—¿Y si se fue realmente? —Dudó uno de los hombres.

—Confío en la visión de Doña Chila. Anda por la zona.

Martina despertó sobresaltada al escuchar a Lucero gritar:

—¿Qué te sucede? —Le preguntó alarmada— ¡Doña Chila, venga, por favor!

La anciana la observó caer nuevamente en la inconsciencia:

—Me preocupa que todavía no haya despertado, debo consultar.

—¿Con quién?

—Allá arriba —Dijo mirando al cielo que se veía por la ventana.

—¡Ay, Doña Chila usted me asombra día a día! —Le confesó— Me gustaría que me enseñe esas cosas del espíritu.

—Tal vez tengamos tiempo, ahora debo hablar con ellos —Dijo señalando con el índice hacia arriba— Iré al claro del bosque, vuelvo en unas horas.

Martina se volvió hacia Lucero:

—Amiga, por favor, despierta, extraño tu risa —Le pedía acariciando su mano inerte.

Sebastián y la cuadrilla estudiaron los movimientos del caserío y observaron aun grupo de hombres que les llamó la atención, no parecían trabajadores, miraban de un lado al otro como si esperaran algo y, a uno se le vio un arma corta en la cintura.

—Pueden ser ellos, esperemos un poco más —Alertó Sebastián.

La muchacha con la que había hablado horas antes, se acercó a uno de los hombres, le dijo algo al oído, lo que provocó que se tomara la cintura de inmediato.

—Este debe ser Anselmo Bermúdez y está armado —Avisó Sebastián con absoluta certeza— Rodearemos el lugar cuando hayan ingresado a la choza.

—Los otros son sus secuaces, tienen armas también —Le dijo un peón.

Esperaron a que ingresaran todos y se acercaron con sigilo. A la cuenta de tres, entraron pateando la puerta de madera y los sorprendieron trabándose en lucha hasta que finalmente fueron reducidos por la gente de Sebastián, quien le dijo al jefe de la banda apuntándolo con su arma mientras que sus hombres hacían lo propio con los demás:

—¡Anselmo, al fin te encontramos!

—No sé de qué me habla, no soy ése —Mintió.

—Los llevaremos a San Silvestre y los entregaremos a las autoridades —Amenazó— Allí verificaremos si son o no son. Tenemos suficientes pruebas contra ustedes, secuestraron y envenenaron a Lucero de Olazábal ¿Y saben qué? Ella se salvó, así que los identificará y los acusará formalmente por idear semejante plan.

—A nosotros nos contrataron —Gritó uno.

—¡Cállate imbécil! —Le retrucó Anselmo.

—¡No me voy a callar, si caemos que esa señora caiga también!

—¡Basta, no hables más! —Le ordenó su jefe, iracundo.

—¿De qué señora hablan, de Doña Julia de Castañeda? —Los miró a todos—. ¿No saben que viajó a Europa? Ella se radicará allá y ya no volverá. La ley no la alcanzará y sobre ustedes recaerá la pena mayor.

—¿Cómo dice? —Preguntó Anselmo— Ella no me lo dijo...tampoco sabía que era veneno.

—Bermúdez, le conviene declarar que el cerebro de la operación fue Doña Julia y que ustedes solo la raptaron a cambio de dinero, o sea, la verdad. Acúsenla a ella del envenenamiento y deje por nuestra cuenta el regreso de la dama, sabemos cómo hacerlo.

El ofrecimiento lo convenció y sus secuaces asintieron con la cabeza.

—De acuerdo, aceptamos el trato, no le debo lealtad a esa mentirosa.

Anselmo y su banda emprendieron el regreso atados a sus monturas y vigilados por Sebastián y su peonada.

Acamparon en los alrededores de San Silvestre hasta que se hizo de día. Sebastián ingresó a la Alcaldía con los delincuentes para entregarlos a las autoridades:

—Vengo a denunciar el secuestro y envenenamiento de Lucero de Olazábal, acuso a Doña Julia de Castañeda y a estos bandidos de tan grave delito. Ellos le dirán todo lo que saben.

Sebastián y los peones retornaron a la Casa de la Colina a descansar después de semejante empresa. Después de asearse y comer algo, a punto de cerrar los ojos vencido por el cansancio,

dijo en voz alta:

—Hermano, tarea cumplida, espero tus noticias ahora, sé que me dirás dónde te encuentras porque conozco lo que piensas de memoria, estarás buscando la manera de volver y yo te voy a dar el motivo.

Julia se revolvió en la cama y buscó el cuerpo de su esposo, Valiente había pasado la noche insomne con el guardapelo en su mano.

—Buenos días, querido —Le dijo con sueño.

Valiente permaneció en silencio. Ella se dio vuelta y acarició su pecho desnudo:

—Tengo hambre ¿Y tú? —Ronroneó bajando su mano hacia su sexo, Valiente le frenó la mano —. Pero si siempre te gustó —Se quejó.

Se levantó para tomar un baño y el guardapelo quedó sobre los pliegues de la sábana, Julia lo abrió y exclamó:

—¡Maldición! —Tiró el mechón debajo de la cama y lo reemplazó por un rizo negro de su abundante cabellera— Éste es el que tienes que llevar, no el de ésta estúpida.

Valiente se cambió con rapidez y buscó el guardapelo en la cama con preocupación, Julia se hallaba en la sala contigua desayunando:

—¡Mi cielo, pedí el desayuno, ven a tomar tu café! —Llamó sin respuesta, se levantó a buscarlo, pero no lo encontró—. ¿Adónde te fuiste?

Atravesó la plaza rumbo a la oficina postal para enviar un telegrama a su amigo, dio una vuelta por el lugar y regresó al mediodía.

Julia lo esperaba en el lobby del hotel:

—¿Por qué desapareciste sin avisarme? —Le preguntó alterada.

—¡No soy tu prisionero, no tengo por qué rendirte cuenta de mis movimientos! —Le contestó ofuscado.

—Bueno, cálmate, la gente nos observa —Dijo mirando a todos lados.

—Vamos a almorzar —Le ordenó caminando hacia el restaurante, Julia lo siguió con pasos apurados.

Cuando Sebastián se levantó hacia el mediodía, se ocupó del trabajo atrasado y de la venta de los caballos de raza. Carmelina se acercó con el almuerzo y el telegrama:

—Llegó temprano, no lo pude despertar, dormía profundamente.

—Gracias, es de Valiente.

“Grand Hotel Cádiz me quedo unos días Julia insoportable ¿Lucero?”

Después de realizar las tareas urgentes, se dispuso ir al correo y luego a la casa de Martina a hablar con sus padres.

“Entregamos secuaces alcaidía. Lucero te necesita. Haz que Julia te siga. Irá presa cuando llegue.”

Los padres de Martina ya habían sido visitados por Sor Inesita y comprendieron la tarea que retenía a su hija en Cruz Azul. Cuando recibieron la visita de Sebastián, ya habían decidido respetar su voluntad, así que la conversación fue agradable para todos.

—Señores, amo a Martina y ella me ama también, quiero casarme ni bien Lucero se reponga y volvamos a la normalidad. Le ofrezco un buen pasar económico, nada le faltará —Aseguró entusiasmado.

—¡Nos alegra por ustedes! Sabemos —Dijo Don Ángel—. Que es importante el sostén

económico, pero más aún que el matrimonio esté basado en el amor ¡Y parece que eso es lo que sobra! Aunque, le confieso, no nos agradó mucho que ustedes, bueno, en fin, que ella estuviera a solas con usted —Agregó incómodo.

—Mi hija es un ser humano lleno de virtudes —Intervino Doña Antonia— Espero que la haga feliz. Que la respete y la proteja siempre.

—Se lo aseguro ¡La amo con todo mi corazón! Y les pido disculpas si se han sentido molestos por la situación. No fue mi intención.

—Disculpas aceptadas, joven. Espero que normalice esa engorrosa situación lo antes posible, por el bien de todos.

—Así se hará, le doy mi palabra, señor.

—¿Y Lucero cómo está? —Preguntó la mujer.

—Recuperándose de a poco, hay que tener fe que todo saldrá bien.

—Entonces ¿Aún no se enteró de la muerte de su padre? —Inquirió Don Ángel.

—¿Qué? ¡No, por Dios! ¿Cuándo sucedió? —Preguntó alarmado.

El hombre le relató las tristes circunstancias en pocas palabras.

—Creímos que había muerto por el disgusto que le provocó la fuga de Lucero el día de su boda. Después, cuando vino la monja y nos contó lo del secuestro, comprendimos mejor.

—Don Juan siempre fue un hombre egoísta e interesado en el dinero, a nosotros no nos dirigía la palabra —Aclaró Doña Antonia— A pesar de que nuestras hijas eran amigas desde pequeñas. A su entender, no estábamos a la altura de su prosapia. Doña Ana María siempre tuvo ese carácter de los mil demonios, nunca cruzamos ni una palabra, nos miraba desde arriba. Pero Lucero es distinta, siempre amable y educada, con un corazón de oro ¡Si parece más la hija de la monja que de esa mujer recalcitrante!

—Lucero se pondrá muy triste con la noticia —Concluyó Sebastián—. Sobre todo por cómo quedó su relación. Veré cómo decírselo.

—¿Cuándo irá a ver a Martina?

—Estimo que en unos días.

—Por favor, pase por aquí antes de ir, quiero enviarle algunas cosas que seguro andará necesitando.

—Así lo haré, señora, con el permiso de ustedes debo retirarme, me urge resolver ciertos asuntos.

Después de almorzar en silencio, Doña Julia se reunió con una de las damas que había conocido en el barco a conversar sobre la moda parisina. Valiente se dirigió a la barbería del hotel para cortarse el cabello y leer las últimas noticias. Miraba insistentemente el reloj calculando el momento que podría recibir el telegrama. Decidió caminar por la rambla para poder pensar en Lucero:

—¿Estará con sus padres? Seguro que se habrá enfurecido por la boda, pero después habrá entendido que no había otra solución... Volveré a buscarte, mi reina —Abrió el guardapelo para oler su perfume y se encontró con el rizo —¡Éste no es, es de Julia! ¿Cómo se atrevió? ¡Víbora, pérfida, maldita! —Rugió.

Volvió casi corriendo al hotel con la única idea de increparla por su osadía cuando un botones le alcanzó el telegrama tan esperado, leyó apresurado:

—¡Gracias, hermano!

Había pensado en reclamarle el cambio de cabello en el guardapelo, pero ante la

recomendación de Sebastián, enfrió la mente y pensó en llevarla de regreso a San Silvestre para que pague por lo que hizo. Llegó a la suite de otro humor, Julia se estaba acicalando el cabello, lucía hermosa como siempre, vestía una bata de seda:

—¡Mi vida qué guapo estás! —Exclamó mirándolo por el espejo—. ¿Te cortaste el cabello?

—Así es —Afirmó sacando las valijas del armario.

—¿Qué haces? —Preguntó desesperada corriendo a su lado.

—Vuelvo a San Silvestre ¡Todo esto fue una locura! Si quieres, sígueme, yo voy de regreso.

—¡No, tú te quedas, no vas a ninguna parte! —Y comenzó a sacarle la ropa de las valijas con violencia tirándola por todas partes.

—¡Ya basta! No hagas que pierda la paciencia, tengo muy poca últimamente, no estoy acostumbrado a las órdenes —Le advirtió.

—Ése no fue el trato, —Lo desafió— yo la liberaba si tú te casabas conmigo y nos radicábamos aquí ¿Qué garantías tengo de que me traiciones y vuelvas con ella?

—¿Crees que Lucero me perdonará? —Le dijo irónicamente—. No, no lo hará, es muy orgullosa. Además, —Mintió— me he dado cuenta que las cosas en la cama funcionan diferentes entre nosotros que con ella.

—¡Lo sabía! —Dijo soberbia—. Nadie te hace feliz como yo ¿No? —Y lo rodeo con sus brazos apoyando su cuerpo contra el de él.

—¡Nadie! —Sonrió seductor— Debo admitir que, si no me hubieras obligado como lo hiciste, no hubiera abierto los ojos —Simuló mientras le rozaba los senos para vencerla.

—¡Me haces muy dichosa! ¿Por qué me lo dices recién ahora? en el viaje estuviste muy reacio —Le reprochó.

—Estaba confundido por la situación —Continuó con la trampa – pero debo rendirme a la evidencia, lo de Lucero fue un deslumbramiento, nada más.

—Si regresamos, ella me denunciará si ya no lo hizo aún... —Valiente comenzó a besarle el cuello— no puedo correr ese riesgo...

—Será su palabra contra la tuya. No tiene pruebas ni hay testigos, me imagino.

—No sé, debo pensar mejor todo esto —Dijo entrecerrando los ojos y dejándose llevar por la excitación.

—Yo voy a volver, Julia —Le dijo sacándole la bata y recostándola en la cama—. No puedo dejar por mucho tiempo mi fortuna en manos de otros, piensa ¿Qué voy a hacer aquí? ¿De qué me puedo ocupar? Además, eres mi esposa y donde voy yo, debes ir tú.

—Valiente, cariño, no puedo razonar contigo encima de mí.

—No lo hagas, solo obedece, tendremos muchas noches para disfrutar como éstas —Dijo mientras la penetraba.

—Te seguiré, esposo mío, te seguiré, adónde vayas.

Doña Chila daba de beber a Lucero, cada hora, un brebaje de raíces amargas:

—Con esto reaccionará —Le dijo a Martina que se sentía desanimada y triste.

—Confío en usted, Chila —Aseveró con lágrimas rodando por sus mejillas—. Pero, pasaron muchos días, estoy muy asustada.

—Ya verás, querida, ella despertará —La consoló secándole el rostro—. No te angusties, eso no le hace bien al bebé.

Martina sonrió por la idea y acarició su vientre.

—Usted es feliz, siempre está en ese estado continuo de armonía, aunque a su alrededor todo

esté patas para arriba.

—La felicidad es un estado del corazón, del corazón que siente que es uno con el universo, parte de un Todo. Lo demás son lecciones que hay que aprender.

—Algunas muy dolorosas —Agregó la muchacha.

—Si no duele parece que esta humanidad no aprende —Razonó— y, a veces, a pesar del dolor, insiste en volver a cometer los mismos errores.

—¡Qué sabia es, me quedaría escuchándola horas y horas! —La abrazó con ternura.

Pasaron la tarde conversando de sus vidas hasta que la voz de Lucero se oyó débil:

—¿Dónde estoy?

Las dos mujeres fueron de inmediato a la habitación:

—Querida amiga —Martina le dio la mano.

—¿Qué haces aquí? ¿Adónde estamos?—Preguntó desconociendo el lugar.

—¿Recuerdas algo? —Le preguntó la curandera.

—No sé... —Se tocó la frente—. Su rostro me es familiar, señora —Dijo agudizando la vista—. ¿Usted es Doña Chila, verdad?

La anciana asintió con una sonrisa:

—Estamos en Cruz Azul, en mi casa.

—¿Y Valiente dónde está? —Dijo tratando de incorporarse— Llámalo, Martina.

—Estás débil, todavía. Espera, prepararé un rico caldo de huesos de pollo para que tomes —Le anunció Doña Chila y llamando aun aparte a Martina, le recomendó:

—Debes contarle todo lo que sucedió lentamente, haz una pausa de vez en cuando para que asimile, pero debe saber ¿Entiendes?

Martina se sentó en una silla cerca del lecho:

—Te contaré lo que sucedió contigo y con él, pero debes prometerme que serás fuerte.

—¡Me asustas! Tengo miedo de lo que me vayas a decir...

—Tranquila, Dios nos asiste.

Le contó, paso a paso, el plan de Julia, el secuestro, el envenenamiento, el rescate y la cura de Doña Chila. Una vez finalizado el relato, aguardó la reacción de Lucero.

—¿Y dónde está Valiente? ¿Qué pasó con él? —Preguntó con lágrimas en los ojos.

Martina tomó coraje y le dijo:

—Se tuvo que casar con Julia y embarcarse para Europa.

—¡No, no puede ser! —Comenzó a gritar desesperada— ¡No es posible!

—Tuvo que hacer ese sacrificio para salvarte, esas eran las condiciones. Ella lo amenazó con matarte.

—¡Lo perdí para siempre, Martina! ¿Qué vida me espera lejos de él? —Exclamó sin consuelo.

Doña Chila trajo el caldo y le dijo:

—No te desanimes, mi niña, las cosas se están ordenando, debes reponerte y estar recuperada totalmente para cuando él regrese.

—No volverá, se fue para siempre —Lloraba descontrolada.

—Escúchala, amiga, Doña Chila sabe de lo que habla —Y dirigiéndose a la anciana, Martina le preguntó—. ¿Cuánto tiempo falta?

—Llevará algunos días, no más de dos semanas.

—Lo suficiente para que vuelvan tus fuerzas. Sebastián vendrá a buscarnos pronto.

—Así es, toma tu caldo y estas rodajas de pan —Le ordenó a Lucero— ¡Vamos! Pediré algo de carne asada a los hombres de guardia.

Lucero tenía hambre y a medida que se alimentaba, fue recobrando la calma:

—Hay cosas que no entiendo ¿Por qué hablas con tanta familiaridad de Sebastián?

En el siguiente rato, Martina la puso al tanto de las novedades, incluso de la afirmación de la anciana.

—¿Será verdad? —Lucero le tocó el vientre aún plano—. Valiente y yo proyectamos también una familia, una vida juntos, felices... —Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Eso será, ya verás, confía en Dios —La consoló con cariño.

Martina, de a poco, le fue contando lo que había sucedido en la iglesia, cuando ellos huyeron; la ruptura del compromiso entre Victoria y Sebastián, su fogoso encuentro en su casa y, por último, la noticia de que Alonso y su malvada prima habían huido a la Capital.

—¡Me alegro de que se hayan conformado esos dos, son tan parecidos!

Sebastián esperó que llegara el telegrama de su amigo para emprender el viaje hacia Cruz Azul con Sor Inesita, quien le pidió encarecidamente que la llevara para poder comunicarle la muerte de su padre a Lucero y consolarla. Sabía que lo amaba, a pesar de sus diferencias.

“Embarcamos martes próximo, en diez días llegamos, prepara todo”

Lucero se reponía de a poco, caminaba por las cercanías del brazo de su amiga y volvía a recostarse:

—Por favor, cambia esa cara —Le rogó.

—No puedo, de solo pensar que ellos volvieron a tener intimidad, me desgarran el corazón y me duele el cuerpo.

—¡Si vieras lo desesperado que estaba cuando no aparecías y lo difícil que fue tomar la decisión de casarse! Yo fui testigo del inmenso amor que te tiene, —Le relató con tristeza — piensa que ese sacrificio lo hizo por ti.

—¡Tengo muchos celos y ganas de matar a Julia! —Confesó—. Cuando estaba en ese espantoso lugar, ella me dijo cosas horribles. Me anunció su casamiento y que se lo llevaría lejos y me cortó un mechón de mi cabello —Y viendo el camino, dijo— Alguien viene...

—¡Es Sebastián y sus hombres! —Dijo Martina feliz— y Sor Inesita también.

Al verla de pie, la monja saltó de la carreta para estrecharla entre sus brazos:

—¡Hija, has despertado, gracias a Dios! —La besó en ambas mejillas y la apretó contra su pecho.

—Aún me mareo un poco, pero Doña Chila y Martina me alimentan con amor y tanta dedicación que pronto me recuperaré para volver a casa.

Sebastián se acercó del brazo de Martina:

—Me alegro que te hayas repuesto, Lucero, debemos regresar en cuanto Chila nos dé el permiso. Valiente regresará en unos días y querrá reencontrarse contigo.

—¿Vuelve? —Dijo con una sonrisa enorme.

—¡Claro que sí! ¿Qué creías? —Y, seguidamente, les relató la captura. La detención de los secuestradores y el motivo del regreso de Valiente:

—La buena noticia es que Julia fue convencida, por él, a regresar. La policía la detendrá en cuanto ponga un pie en el país. Debes ir a declarar a la Alcaldía cuanto antes y reconocer a esos malandras.

—Apenas regresemos, iré con mucho gusto. Madrina ¿Avisaste a mis padres? ¿Qué dijeron? —Preguntó ansiosa.

Doña Chila apareció en la escena y los invitó a pasar a la casa, dándoles de tomar agua fresca.

—Madrina, no me respondiste.

—Siéntate, querida —Le pidió la religiosa.

Cuando hubo terminado de contarle como se sucedieron los acontecimientos, Martina se persignó, Sebastián se retiró para conversar con sus empleados y las mujeres quedaron a la espera de la reacción de Lucero.

—No puede ser, mi padre había fingido la enfermedad, tú me dijiste el día de la boda que le habías preguntado al doctor Rosales y...

—Sí, mi vida, que tenía una afección cardíaca de hace tiempo, pero no era de gravedad. En su lecho de muerte, me pidió que te dijera que estaba arrepentido, deseaba que lo perdones —Dijo entristecida.

—Murió por mi culpa...

—No, él se sintió responsable de que lo que te había pasado, fue por su intransigencia y egoísmo.

—¿Y mi madre? ¿Por qué no vino a verme, está guardando luto?

—Ya sabes cómo es ella, Lucero. Compréndela.

—Supo todo lo que me pasó y no vino a ver cómo estaba. Siempre lo mismo, su frialdad y su desamor me espantan —Concluyó con tristeza—. Cuando volvamos, quiero ir al convento contigo, allí esperaré a Valiente.

—Se hará como tú digas, mi cielo —Sor Inesita la arrulló como cuando era niña y Lucero rompió en llanto hasta desahogar la pena que le oprimía el pecho.

—Eso, mi niña, llora que te hará bien.

Doña Chila y Martina salieron de la casa para dejarlas a solas:

—Chila ¿Adónde van las almas como las de Don Juan cuando mueren, al infierno?

—Cuando se parte de esta vida, todas las almas rinden cuenta de sus actos en un tribunal, similar a los que hay aquí, pero con una verdadera justicia y, según se hayan arrepentido o no, será su próximo destino. Créeme, allí no hay mentiras ni excusas, si partiste de esta vida sin arrepentirte de tus malas acciones, deberás remediar el daño que hiciste y allá no hay tiempo ni descanso.

—¡Entonces es terrible para aquellas almas que no se portaron bien en vida! Al menos Don Juan sí lo hizo....

—Sí, su condena será menor, pero dudo de que se haya arrepentido de todo lo que hizo durante su vida. Como ya he dicho, son aprendizajes.... Debo ir al bosque un momento para recoger algunas hierbas que te serán de utilidad en San Silvestre.

Sebastián se acercó a Martina y le contó el encuentro con sus padres:

—Bésame, corazón, que me he vuelto loco estos días sin ti —Dijo tomándola por la cintura.

—Vayamos a otro lugar para estar a solas, quiero que hagamos el amor ¡Lo deseo tanto! —suspiró enamorada.

Al tercer día de la llegada de la comitiva, cuando estaban desayunando, Lucero le dijo a Sebastián:

—Creo que es hora de volver, querido amigo —Lo tomó de la mano a la vista de Martina, Sor Inesita y Doña Chila— Te llamo así porque eso es lo que eres para mí, arriesgaste tu vida para rescatarme y luego fuiste en busca de los que me secuestraron, te lo agradezco infinitamente —El joven le sonrió con bondad— Además, serás el esposo de mi hermana del alma ¡Lo que me hace muy feliz!

Sonrió complacido:

—Quiero que sepas que Valiente ha sufrido mucho todo este tiempo y aún no sabe toda la verdad.

—¿Qué parte no le has contado? —Le preguntó la monja.

—El envenenamiento supongo —Adivinó la curandera.

—Así es, porque no sé de lo que sería capaz de hacerle a Julia —Concluyó—. Se enterará una vez que la detengan, no deseo que manche sus manos con la sangre de esa mujerzuela.

Todos quedaron sumidos en sus propios pensamientos hasta que rompió el silencio:

—¿Les parece que emprendamos el regreso al mediodía? Llegaríamos bien entrada la noche.

—Nos parece bien, amor mío —Asintió Martina— ¡La extrañaré Doña Chila y mucho!

—También a usted debo agradecerle infinitamente todo lo que me cuidó, señora —Dijo Lucero abrazándola—. Si no hubiera sido por sus conocimientos ancestrales, no hubiera sobrevivido, le estoy eternamente agradecida de corazón.

—Mi niña dulce —La miró con ternura.

—¡Y no me olvido de ustedes, mujeres intrépidas! —Añadió con afecto—. Que por amor hacia mí hicieron todo lo que hicieron y siguen haciendo ¿Dónde está escrito que yo soy merecedora de tanto sacrificio, de tanta dedicación y amor?

—¡El Cielo premia a las almas buenas, tú mereces esto y mucho más! —Exclamó Sor Inesita.

—Debo decirte algo antes de que vuelvas a ver a Valiente —Dijo Chila, Sebastián entendió de lo que hablaba.

—La escucho.

—Estabas embarazada. El veneno...

—¡No! —Se espantó—. ¿Estaba esperando un hijo y ella me lo arrebató? —Se quejó llorando desconsoladamente— ¡Qué dolor tan grande tengo! ¡Un hijo de Valiente y mío!

Sor Inesita la abrazó y Martina también.

—Valiente no debe saberlo —Aseveró—. No sé lo que le haría a esa mujer si lo supiera.

—Opino lo mismo —Dijo Sebastián— Tal vez, más adelante.

—Amiga, te quiero y haría lo que esté a mi alcance para que seas feliz —Afirmó Martina— Debes sobreponerte a esta triste noticia y esperar a que él regrese, volverán a tener la oportunidad de tener un hijo, ya lo verás.

—Tiene razón, mi niña —Terció la religiosa— Tendrás muchos hijos con él.

—Debes ser fuerte, muchachita, él tiene que encontrarte serena —Le aconsejó la curandera.

Sebastián, que se había emocionado al ver la escena entre las mujeres, avisó:

—Iré a ordenar a mi gente que en una hora partimos. Doña Chila, mis respetos y mi eterno agradecimiento y el de Valiente, por supuesto —Hizo una reverencia y le dio un beso en la frente.

La anciana tomó las palabras pronunciadas como una despedida y dejó que se organizaran mientras ella se internaba en el bosque, no era muy afecta a los formalismos y, debía admitirlo, se había encariñado con las muchachas. Volver a la soledad le iba a costar, pero lo aceptaba como parte de la vida que le había tocado vivir.

—Uno debe aceptar, mi Chuñito, —Le decía su perro guardián— que la Ley de Causa y Efecto opera, aunque nos hagamos los distraídos, la neguemos o ignoremos. Y es esto lo que es para mí: un castigo por mis malas acciones y una bendición porque se me permite reparar el dolor que causé a otros. Haré todo el bien que esté a mi alcance, así será, mi amigo, hasta que Dios me llame.

CAPÍTULO 5

Los días que siguieron, Valiente eludió todo lo que pudo a Julia, aunque a veces debía disimular su rechazo y su odio contenido y mantener las formas, entre ellas, algún encuentro carnal de corta duración.

Se dirigieron al puerto muy temprano, había una multitud y Julia le pidió unos minutos para comprar unos perfumes de origen francés.

—¿Ahora? Estamos por embarcar —Protestó Valiente.

—Mi vida, no te enojés, tramita el equipaje que ya voy, es enfrente de aquí, no me tardo —Le rogó y antes de que pudiera decir algo, desapareció entre la muchedumbre.

Valiente comenzó a despachar los bultos y aguardó que volviera, a los pocos minutos, los marineros llamaron a bordo, comenzó a subir por la rampa principal mirando hacia atrás para buscarla entre los pasajeros.

Al llegar a la cubierta, supo que Julia no vendría. Respiró un tanto aliviado:

—Al menos no tendré que soportarla todo el viaje... ni nunca más —Y pensando en los días que vendrían, sonrió— Mi reina ¡Allá voy!

Al día siguiente de arribar a San Silvestre, Lucero partió del convento acompañada de Sor Inesita, rumbo a la Alcaldía. Allí realizó la denuncia correspondiente y presentó a su abogado. Por la tarde, fue convocada para realizar una rueda de reconocimiento que resultó exitosa.

Al salir de la Alcaldía, la esperaban Sebastián y Martina, quienes le extendieron el telegrama que había enviado Valiente:

“Viajo solo Julia se escapó dile a Lucero que la amo”

—La muy taimada se dio cuenta —Se enojó Sebastián.

—Me alegro de que Valiente vuelva solo, falta tan poco ya —Les dijo ilusionada.

—Unos días más —Se alegró Martina— Y cuando regrese, Sebastián y yo nos casaremos.

—¡Cuánto me alegro, amigos! —Los abrazó sonriente.

—Vayamos a almorzar y a festejar por adelantado —Invitó Sebastián.

—Gracias, pero iré al cementerio con mi madrina a visitar la tumba de mi padre y luego enviaré un telegrama a Valiente, pero pueden venir a cenar al convento, su compañía me hace muy bien.

Sor Inesita la acompañó en ese duro trance, Lucero necesitaba encontrarse con su progenitor y sopesar sus sentimientos hacia él.

—Mi cielo, no es bueno guardar enojo hacia alguien que ya partió hacia el seno del Padre Celestial.

—Lo sé, he comprendido en estos días que no vale la pena guardar rencor hacia él. Lo amé mucho cuando era niña, pero a medida que iba creciendo sus defectos fueron apareciendo, egoísmos, ruindades, su autoritarismo... —Recordaba— Mis padres nunca fueron felices, se rechazaban mutuamente y se necesitaban a la vez. Vivían en un círculo vicioso de reproches y desaires.

—Así es, nunca zanjaron diferencias —Suspiró triste.

—Quiero perdonarlo porque la felicidad que me espera es tan inmensa que no deseo mancharla con un sentimiento negativo —Concluyó—. Padre mío, te perdono, descansa en paz.

—¡Qué corazón de oro tienes Lucero! —Exclamó conmovida.

—No es eso, es que estoy tan enamorada que mi corazón no tiene espacio para otra cosa que no sea más amor, madrina querida —Se abrazaron para encaminarse a la oficina postal.

“Te espero, mi amor, te amo” decía el telegrama.

Luego, se dirigieron al convento para ayudar a las monjas y novicias con las múltiples tareas diarias. Al entrar al despacho de Sor Inesita, encontraron a Doña Ana María de pie, esperándolas:

—¡Al fin han llegado, hace más de una hora que espero! —Protestó molesta— Me enteré por Josefa que habían vuelto ¿Entiendes? ¡Por una sirvienta tuve que anoticiarme de tu arribo!

—Buenas tardes, Ana María —La saludó la religiosa con infinita paciencia.

—Madre ¿Cómo está, después de tanto tiempo? —dijo Lucero fría y distante.

Doña Ana María le cruzó la cara de una bofetada.

—Solo vine para esto ¡Tú renegaste de tus padres cuando huiste con ese Don Nadie! ¡Juan murió por tu culpa, malagradecida!

—¿Cómo te atreves? —Sor Inesita corrió a socorrer a Lucero que había trastabillado por el golpe y caído al suelo— ¡Ese Don Nadie, como tú lo llamas, salvó la fortuna de tu familia y la vida de Lucero!

—Si se hubiera casado con Alonso, nada de eso hubiera sucedido.

Lucero lloraba desconsolada por las palabras que lanzaba como puñales envenenados, un hilo de sangre corría por la comisura de su boca.

—¡Vete de aquí, Ana María, vete y no vuelvas más! —Le gritó desesperada, asistiendo a su ahijada.

—Claro que me voy —Y dirigiéndose a Lucero—. Para mí, te moriste en aquella cabaña hace tiempo, ya no tengo ni marido ni hija —Y se marchó dando un portazo.

Ambas mujeres quedaron devastadas por lo que había sucedido. Lucero se levantó y se sentó en una silla para recomponerse de la situación vivida. La religiosa corrió a servir unas copitas de anís para que ambas se pudieran reconfortar.

—Toma, mi niña, no le prestes atención a tu madre, desvaría —Afirmó tratando de minimizar el profundo impacto provocado en la sensibilidad de su ahijada.

Cuando retomaron la calma, Lucero dijo:

—¿Sabes, madrina? Si hay algo que aprendí en este tiempo a partir de haber conocido a Valiente, es que la libertad es un don inapreciable que no todas las personas valoran en su justa medida... Elegir con libertad qué camino seguir, con quien estar y con quien no, es un derecho de todos y también un deber del alma —Reflexionó tomándola de la mano— Y en este momento, yo elijo que tú seas mi madre y así te llamaré de ahora en más, y serás la abuela de mis niños. Doña Ana María, me trajo al mundo, nada más, nunca fue lo que tú fuiste para mí, desde que tengo uso de razón fueron tus besos, tus caricias, tus mimos, tus regaños y tus palabras las que me acompañaron ¿Aceptas ser mi madre?

—¡Sí, mi cielo, si acepto con honor ese título! —Dijo con lágrimas en los ojos y abrazándola fuerte.

Los días que siguieron, Lucero se dedicó a completar su diario íntimo que su madre le envió

junto a todas sus pertenencias. Escribir le hacía bien y llenaba las horas de espera del tan ansiado reencuentro con su único y verdadero amor.

—¡Cuántas cosas han pasado desde el día en que te conocí, rey de mi corazón! Soy la mujer que soy hoy, por la fuerza de tu amor. No veo la hora de volverte a tener entre mis brazos, piel contra piel y beber de tus labios la pasión intensa que me transmites. Porque yo soy tuya y tú eres mío por toda la eternidad.

Valiente recibió con plena felicidad el telegrama de su amada, ansiaba verla, tocar su cuerpo, besarla infinitamente.

—Es hora de que nos dejen vivir nuestro amor —Pensó mirando el océano—. No podremos casarnos como Dios manda, pero igual viviremos juntos y tendremos muchos hijos. ¡Ella y yo, para siempre!

Los días que restaban para el deseado reencuentro, Lucero lo ocupó junto a Martina en acondicionar la Casa de la Colina.

Sebastián les dio el apoyo económico que necesitaban para redecorarla.

—¡Cuántos cambios y todos muy bonitos! —Aprobó satisfecho— ¡Definitivamente esto es un hogar! Cuando nos casemos, viviremos un tiempo aquí, pero luego, iremos a nuestra casa, en Cruz Azul, mi bella mujercita —Martina lo besó y sintió un mareo.

—¿Qué te sucede? Ven, siéntate un momento, has trabajado mucho y el clima no ayuda.

Lucero, que estaba colgando unas cortinas, fue a asistir a su amiga apantallándola con un abanico. Martina se tomó la boca y corrió hacia el cuarto de baño, seguida de Carmelina y Lucero.

Minutos después, fue trasladada por las mujeres a la habitación de Sebastián para que descanse.

—¿Cómo está? ¿Qué le ha pasado? —Preguntó angustiado su novio.

—Pasa, ella quiere conversar contigo —Le dijo sonriente Lucero.

—¡Mi vida! —Exclamó acercándose a la cama—. ¿Cómo estás, tienes algo, estás enferma, tal vez trabajaste mucho sin descanso y...?.

—Sí, tengo algo —Le dijo tomándole la mano y llevándosela a su vientre— Algo tuyo y mío.

Sebastián la miraba sin entender, aturdido como estaba por el susto, no atinaba a hilar un pensamiento coherente.

—¿No dices nada? —Dijo sonriendo— Tengo un hijo tuyo y mío aquí dentro.

—¿Un hijo? ¿Cómo sucedió? —Se preguntó embotado.

—Sebastián ¿No recuerdas cómo fue? —Rio divertida al verlo atónito.

—¡Sí, sí, recuerdo todo, vida mía! Lo que pasa es que es un sueño maravilloso que no me lo esperaba tan pronto ¡Qué alegría que tengo! —La abrazó con ternura, besándola por todas partes y recostando su cabeza sobre el vientre de Martina con lágrimas en los ojos— Espera ¿Cómo lo sabes? ¿Y si es una falsa alarma?

—Carmelina me lo confirmó, tonto.

—¿Cómo confirmó? ¿Ya lo sabías? ¿De cuánto estás, ha de ser poco tiempo? —Calculó sin poder.

—¿Te acuerdas de aquella noche de luna llena en Cruz Azul? Al otro día, Doña Chila me dijo que habíamos engendrado un bebé, pero quise esperar para decírtelo.

—¡Ay qué felicidad más grande que no me cabe en el pecho! —Exclamó.

Lucero entró al oír la algarabía y los felicitó. Los tres se quedaron disfrutando de la noticia.

—Mañana llega Valiente, iremos al puerto a recibirlo, Lucero. Ni bien ellos se instalen aquí,

nos casaremos, mi amor. Tengo que hablar con el sacerdote, iré al pueblo —Dijo entusiasmado.

—¡Qué felicidad que tengo! Ya no soporto ni un minuto más sin verlo.

—Yo me quedaré y prepararé la recepción junto a Carmelina —Acotó Martina.

El trasatlántico llegó a horario, Lucero y Sebastián junto a Marcial, aguardaban que atracara y buscaban a Valiente entre la multitud que se asomaba para saludar a los que estaban en el muelle.

—¡Allá está, mira, nos está saludando!

—¿Dónde Sebastián? No lo alcanzo a ver —Preguntaba ansiosa.

—Iré con el cochero a buscar el equipaje, quédate a esperarlo, enseguida volvemos.

Pasados varios minutos, escuchó una voz conocida a su lado:

—Tienes el mismo vestido con el que te conocí, reina mía.

—¡Valiente, mi Valiente! —Exclamó abrazándolo y besándolo con pasión.

Le rodeó la cintura y la acercó a su cuerpo:

—¡Ya nunca más nos separaremos, nada ni nadie puede con nuestro amor!

—Nunca más, mi bien, nunca más. Hace tanto que no sentía tu olor cerca de mí, por fin estás aquí, este tiempo fue una agonía interminable.

Sebastián se acercó sonriente:

—¡Hermano, bienvenido! —Lo abrazó— Ya cargamos las valijas ¿Vamos? Iré en el pescante, así ustedes viajan solos.

—¿Cómo va todo, Marcial?

—Muy bien, patrón, gusto en verlo.

En el viaje de regreso, Valiente y Lucero se besaron profusamente y se acariciaron con desesperación.

—No veo la hora de que lleguemos, necesito tenerte —Confesó Valiente.

—Fue una eternidad, mi cuerpo tenía sed de tu carne, de tus besos de fuego, de tus manos. Recordaba nuestros encuentros y me hacía daño el saber que estabas tan lejos —Se lamentó Lucero.

Le levantó la falda y hurgó entre las enaguas hasta poder encontrar su sexo, lo besó hasta que Lucero llegó al paroxismo.

—Yo soñaba con besarte así —decía con voz entrecortada producto de la excitación.

—Falta poco y llegamos —Dijo Lucero recomponiéndose— Y te haré feliz como lo deseas.

—Sí, te quiero toda para mí, pasaremos la noche en vela, haremos el amor muchas veces, te lo prometo.

Cuando llegaron a la Casa de la Colina, atardecía. Los empleados y peones estaban alineados en dos filas haciéndoles de escolta. Valiente y Lucero descendieron en medio de aplausos y algarabía generalizada.

—¡Vivan los patrones! —Gritaban.

—Gracias a todos por el recibimiento —Saludó Valiente— Mañana haremos una gran fiesta, quiero que sus familias estén presentes.

—¡Viva el patrón! —Repetían con alegría.

Martina los estaba esperando en la galería:

—¡Bienvenido, amigo! —Lo abrazó con afecto— Les hemos preparado algo de comer en la habitación para que puedan estar solos.

—Muchas gracias por todo —Les dijo a Martina y Sebastián—. Sé que ustedes cuidaron a mi bella Lucero mientras yo no estuve, con amor y dedicación. Mañana por la mañana, hablaremos porque quiero saber al detalle qué sucedió, por ahora ¡Estoy en deuda eterna con ustedes, mis

amigos del alma! —Y los abrazó a ambos.

Lucero se inquietó, conociéndolo como lo conocía, sabía que se enfurecería al saber a toda la verdad y que querría vengarse de Julia, eso la asustaba sobremanera.

—¡Vamos, mi amor, estoy sediento de ti! —Le susurró al oído.

Como lo había prometido, pasaron parte de la noche ardiendo en los besos, las caricias voluptuosas y el encuentro carnal. Al principio fue pura desesperación y atropello por poseerse mutuamente, la forzada separación los había sumido en angustia y desolación. Lucero sabía que Valiente había tenido relaciones carnales con Julia y esa certeza la encelaba tanto, que besaba y tocaba cada rincón de su cuerpo para borrar toda posible huella que no fuera de ella.

—Estás muy intensa, mujer —Sonrió satisfecho— Me gustas así, alocada, desenfrenada y libre.

—Eres mío, solo mío —Jadeaba cuando la penetraba.

—Siempre fui tuyo y de nadie más —Le respondía para calmarla.

—Quiero tener un hijo contigo lo más pronto posible, quiero llevar aquí —Decía señalando su vientre plano— tu simiente.

—Así será, mi reina.

—¿Fueron muchas veces? —Le preguntó sin poder contenerse mientras comían algo, desnudos en la cama.

—No hablemos de eso, nos hará daño, somos tú y yo, eso es lo que importa —Decía besándola profundamente.

—Sé que me hará daño, pero peor es imaginar cosas que tal vez no sucedieron.

—Ya veo, insistirás hasta que lo sepas ¿Verdad? La naturaleza femenina es intrincada para la mente del hombre —Dijo levantándose para encender un cigarro.

Lucero admiraba el cuerpo tallado de Valiente, su libertad para moverse desnudo por toda la estancia y su magnetismo sexual. Mirándola sentado en el sillón, enfrente de ella, sonreía seductoramente:

—Descórrete el cabello, tíralo hacia tu espalda, deseo ver tus senos, tu cintura, tu pubis y tus piernas ¡Criatura preciosa! —Exclamó— Ahora date la vuelta y quita tu cabellera, quiero ver tu espalda y tus nalgas... —Valiente no pudo contener la erección—. Ven aquí, ábrete de piernas — Lucero obedeció, la penetración fue fácil.

—No me has contestado —Le reclamó excitada —. ¿Cuántas veces lo hicieron?

—Una —Mintió.

—¿Te gustó? —Sufría.

—Lo hice pensando en ti.

Lucero comenzó a moverse con furia, Valiente la dejó hacer porque sabía que esa era la manera que quería borrar el rastro de la otra.

—Eres mi mujer, eres mi hembra... —Jadeaba en la plenitud del goce.

—¡Valiente, mi dueño y señor! ¡Nunca más separados, prefiero morir antes de perderte otra vez!

Por la mañana, las dos parejas compartieron el desayuno y la buena noticia del bebé en camino.

—¡Qué enorme sorpresa, tendremos un sobrino, Lucero! Nosotros los seguiremos muy pronto.

—Queremos realizar la boda en esta semana, algo sencillo —Compartió Sebastián entusiasmado—. Viviremos aquí temporalmente y luego, en nuestra casa, en Cruz Azul.

—Hagan como ustedes quieran, hay mucho espacio aquí para construir.

—Me encantaría estar cerca de ustedes y del bebé ¿Seré la madrina no? —Acotó Lucero.

—¡Por supuesto y Valiente el padrino, sin dudas! —Confirmó Martina.

—Quisiera que me cuenten cómo fue el rescate de Lucero y en qué estado la encontraron, porque una de las condiciones de la boda era que no debía tener ni un rasguño.

El ambiente, súbitamente, se volvió tenso, Martina y Lucero demostraron un cierto nerviosismo. Valiente percibió que algo malo había sucedido. Entonces, Sebastián asumió que había llegado el momento de la verdad. Respiró hondo:

—Cuando fuimos a rescatarla, la encontramos atada, amordazada y con una venda en los ojos sobre un camastro, en una cabaña perdida en el medio de la nada —Comenzó a relatar observando fijamente el rostro de su amigo, lo conocía perfectamente y sabía que quería enterarse de cada detalle. Se propuso decirle toda la verdad, ya lo había decidido hace tiempo, no se lo perdonaría jamás si se enterara de que se lo había ocultado, lo tenía bien claro, pero medía el impacto que esas circunstancias adversas hacían en él.

—Continúa —Dijo Valiente contrayendo el rostro y cerrando sus puños.

—Por favor, mi amor, ya pasó todo —Dijo alarmada—. No miremos atrás.

Valiente le clavó sus ojos oscuros que se ennegrecieron aún más con esas palabras.

—Me ocultan algo grave entonces —Dedujo.

—Martina, retírate, mi vida, lo digo por el bebé —La muchacha accedió sabiendo que Valiente no podría contener su furia al enterarse de toda la verdad.

—Sebastián, estoy esperando, tú sabes lo que es bueno para mí —Le recordó.

—Lucero estaba débil e inconsciente, no reaccionaba, deliraba...Esperamos un tiempo prudencial y decidimos llevarla con Doña Chila.

—¡Le advertí a esa perdida que no quería ni un rasguño y me mintió! —Golpeó con violencia la mesa y se paró furibundo caminando de un lado al otro —. ¿Y qué pasó después?

Miró a Lucero y a su amigo que se hallaban en silencio temiendo lo peor.

—Fui envenenada con belladona —Dijo con voz tenue.

—¿Qué dices? —Sus ojos se desorbitaron y su rostro enrojeció de la furia—. ¿Te dio veneno, quiso asesinarte? ¿Cómo fue capaz? Ella me conoce, sabe que puedo matarla.

—A Doña Chila le llevé varios días desintoxicarla —Agregó Sebastián—. No quise decírtelo cuando estabas allá porque temía que algo muy malo ocurriera.

—Mi reina —Valiente corrió a abrazarla— ¡Gracias Dios mío por poner a Doña Chila en nuestro camino! ¿Estás bien ahora, te quedó alguna secuela?

—No, ya todo pasó —Y tomando aliento, prosiguió— Tampoco sabes que mi padre murió.

—¿Don Juan? Pero ¿No había mentido acerca de su salud?

—Tenía una afección crónica al corazón y cuando mi madrina le contó de mi secuestro se culpó por todo lo que me había sucedido y le dio un ataque irreversible —Dijo con tristeza.

—¡Cuánto lo siento, Lucero! —La abrazó aún más fuerte.

—Confíemos que se hará justicia con Julia por tanta maldad —Sentenció Sebastián— La denuncia ya está hecha, pero los trámites de detención internacionales demoran mucho. Supongo que ella se habrá ido a otro país, es muy astuta y tiene los recursos para movilizarse —Concluyó — Los malhechores que contrató, están tras las rejas, pronto los enjuiciarán y pasarán muchos años en prisión. Bueno, veré cómo andan los preparativos para la fiesta de bienvenida y luego iré a finiquitar los trámites necesarios para la ceremonia religiosa.

—¡Nuevamente gracias por todo! —Su amigo le sonrió con franqueza y se retiró, dejándolos

solos, abrazados y en silencio, mientras Valiente pensaba:

—¡Maldita, pagarás con tu vida como me llamo Valiente Vallejos, sé que te volveré a ver y ése será el momento de arreglar nuestras cuentas!

La peonada había organizado una fiesta al aire libre con la ayuda de Sebastián y Martina. Tocaban músicos amateurs y había abundante comida casera aportada por las mujeres que formaban sus familias:

—¡Que viva el patrón, que viva Doña Lucero! —Coreaban alegres.

—¡Gracias a todos por el recibimiento que sé que es de corazón! Como todos se habrán imaginado, Doña Lucero, es mi mujer. Aquí viviremos y tendremos nuestra descendencia — Afirmó mientras la tomaba de la cintura— Además, en pocos días tendremos la boda de Don Sebastián y Doña Martina... ¡Así que, habrá fiesta a lo grande!

—¡Viva el patrón Sebastián y Doña Martina! —Dijo un peón.

—¡Vivan! —Gritaron todos.

La celebración continuó con mucha alegría pues tanto Valiente como Sebastián eran apreciados por su gente, por ser justos y respetuosos de la dignidad de los que trabajaban allí.

—¡Cómo te quieren, mi rey! —Exclamó Lucero con satisfacción.

—¡Y a ti también por lo que veo! —Dijo abrazándola—. ¿Y tu madre, la has visto?

Mi única madre es Inés, la que he elegido para que ocupe ese lugar y será la abuela de nuestros hijos, si no te opones —Contestó decidida.

—Está bien para mí todo lo que es bueno para ti —Dijo besándola en la frente—. Por cierto, cuando los muchachos se vayan de luna de miel, me gustaría ir a Cruz Azul contigo para agradecerle personalmente a Doña Chila todo lo que hizo por nosotros ¿Estás de acuerdo?

—Sí, mi vida, aprendí a amar a esa ancianita buena y sabia. Iremos al río para bañarnos a la luz de la luna, tal vez nuestro hijito quiera venir de la misma manera que sucedió con ellos —Se ilusionó viendo bailar a los futuros esposos.

—¡Claro que sí!

Una noche, mientras las dos parejas cenaban juntas, Sebastián anunció:

—¡En tres días nos casamos!

—¡Felicitaciones, amigos! —Se alegró Valiente brindando—. ¿Por qué esa cara de tristeza, mi amor?

—Tengo sentimientos encontrados: por un lado, estoy muy feliz de que estas hermosas personas se unan en matrimonio —Les sonrió con dulzura— Y por el otro: me hubiera gustado una boda también, para nosotros, ante Dios.

—¿Y quién dijo que no la tendremos?

—¡Es verdad, Valiente! —Terció Martina— Hay muchas cosas que creemos que serán de una manera y luego, la vida nos sorprende gratamente. Si no ¡Míranos a nosotros!

—Claro, Lucero —Le aconsejó Sebastián— Yo estaba comprometido con tu prima y listo para casarme con ella, Martina estaba cerca de mí y no la veía hasta que el día de tu fallida boda con ese mequetrefe, la descubrí y todo cambió. No pierdas las esperanzas.

—Lo sé, mis amigos, lo más importante es que nos amamos y que eso ya es una bendición del Cielo —Concluyó Lucero besándole la mano a su amado.

La ceremonia matrimonial fue sencilla y emotiva, concurrieron pocas personas pues Martina

no tenía muchos parientes y Sebastián solo tenía a su mejor amigo al que consideraba su hermano. Los padres de Martina, personas bondadosas y humildes de corazón, ignoraban que serían abuelos pues su hija prefirió contárselo más adelante.

En la Casa de la Colina todo estaba listo para el festejo, los empleados habían participado de una u otra forma en los preparativos.

Cuando los novios arribaron con la comitiva, estallaron los fuegos artificiales y una banda musical especialmente contratada por Valiente amenizó la fiesta.

—¡Brindo por nuestra felicidad! —Dijo Sebastián y levantó la copa para entrecucharla con su esposa.

—¡Vivan los novios! ¡Viva el amor! —Gritaron todos.

Los recién casados, en un momento, desaparecieron de la vista de todos y volvieron con otras ropas listos para emprender la luna de miel.

—¡Les agradecemos a todos por haber venido a festejar con nosotros esta alegría inmensa que tenemos! —Dijo Sebastián— pero ya es hora de irnos a la Capital.

La despedida fue matizada con abrazos, palmadas y buenos augurios.

—Adiós, amiga, cuídate y cuida a mi ahijado —Le dijo al oído— ¡Qué sean muy felices!

Valiente tuvo un aparte con su amigo:

—¡Hermano, toda la felicidad para ustedes! ¡Buen viaje!

—Gracias de todo corazón, Valiente, te he seguido desde pequeños en cuanto aventura se te cruzaba por la cabeza, después compartiste conmigo tu herencia, me distes la oportunidad de ser tu socio y el honor de ser tu hermano por elección...Luego, me trajiste a San Silvestre donde encontré a la mujer de mi vida ¡Qué otra cosa decirte más que, gracias!

—No hay nada que agradecer —Lo abrazó con afecto.

—Déjame continuar amigo, te pido por lo más sagrado que existe, no quieras vengarte de Julia.

—Nada de eso —Disimuló—. ¿Qué dices? Ella está en Europa.

—Te conozco muy bien y te he observado en estos días después de haberte enterado del envenenamiento de Lucero, quita de tu cabeza esa idea —Le advirtió.

—No hay motivos para que me digas eso —Fingió.

—Ya sabes que Julia volverá por ti y por Lucero —Dijo en voz baja para que nadie los oyera — ¡Cuídate y cuida a tu mujer!

Valiente asintió con la cabeza y lo abrazó para despedirse.

Lucero saludó a Martina con un abrazo cálido y fraterno:

—Amiga del alma, que seas muy feliz —Dijo tocando su vientre— y regresa pronto, que tenemos que compartir nuestra dicha.

—Gracias, hermanita y sean felices ustedes también ¡Se lo merecen como nadie!

Para Valiente y Lucero, los días siguientes transcurrieron en completa armonía y paz. Durante el día, ella escribía en su diario íntimo cada hecho sucedido y él se ocupaba de las tareas administrativas para encontrarse en las noches a vivir su amor con pasión inagotable. Valiente había dado instrucciones a su capataz previendo el viaje que realizarían a Cruz Azul, cuando todo estuvo en orden, marcharon para visitar a la anciana que había salvado la vida de Lucero.

—¡Qué andan haciendo ustedes por aquí! —Los recibió la curandera con una amplia sonrisa.

—¡La extrañé muchísimo! —Dijo Lucero con alegría.

—Veo que has podido escapar de las garras de ésa —Exclamó Doña Chila con el ceño fruncido a Valiente.

—A Dios gracias por haberme librado de esa mala mujer —Dijo con alivio, mientras se ocupaba de desenganchar el coche para darle agua a los caballos.

La anciana se quedó un momento mirándolo a tal punto que se tensó el aire.

—¿Qué sucede, Chila? —Preguntó Lucero.

—Nada, solo estaba mirando el aura de tu hombre.... Hay mucha oscuridad allí, mi niña — Concluyó entrando a la casa seguida de la joven.

—¿Qué ve, por favor? ¡Me asusta! —Replicó alarmada.

—Calma, hablaré con él —Dijo mientras le acariciaba la mano— Tú quédate en la casa, por favor.

Obedeció, presa del temor que le provocaba imaginar la furia desatada de Valiente contra la mujer que tanto mal les había hecho.

—Doña Chila —La recibió con una sonrisa en el abrevadero— Debo agradecerle infinitamente lo que usted hizo por mi mujer, no sé cómo pagarle.

—No haciendo nada de todo lo que anda rondando por tu cabeza —Sentenció la anciana.

Valiente la miró sin decir palabra, vencido ante la evidencia de que era imposible ocultarle nada.

—Ella no cumplió con su palabra, si usted no hubiera hecho lo que hizo, Lucero iba a morir — Dijo con rabia.

—Pero no murió...No tientes al diablo, hijo, esa arpía pagará de todos modos, todo lo que va, vuelve —Aseguró— Tú y yo sabemos que volverá muy pronto, deja que el Cielo haga y no te interpongas. ¡Prométeme que no intervendrás!

—No le puedo prometer eso, quiero vengarme —Contestó con fuego en los ojos.

—Todo puede resultar muy mal, hijo, la venganza no es buena.

Valiente tomó las manos de la anciana y se las besó:

—Chila, gracias por todo lo que ha hecho por mí y por mi Lucero.

—Veo que no me vas a escuchar.

—La he escuchado con atención —Su voz sonó grave— pero si la encuentro, pagará por lo que hizo.

La conversación cesó cuando Lucero se acercó, Doña Chila se retiró argumentando tener que darles de comer a los animales.

—¿De qué hablaban? —Preguntó.

—Le agradecía todo lo que hizo por ti y por mí —Le dijo sonriéndole—. ¿Quieres ir a caminar?

—Sí, vamos, deseo recorrer los lugares donde fui tan feliz contigo.

La anciana los vio partir desde lejos, los miraba con ternura y preocupación y alzando los ojos al cielo, expresó:

—¿Por qué el ser humano no se conforma con ser feliz? ¿Por qué se inquieta por cosas que Tú te encargarás de poner en orden en su momento? Mi Señor, protégelos, que esa mujer maldita no se les acerque porque solo traerá desgracias, por favor, te lo pido.

Un colibrí casi le rozó la cara y la anciana tomó ese hecho como una señal divina.

Los enamorados recorrieron sin hablar el tramo que los separaba de la ribera del río, felices

de tenerse, sonreían para sí, cada uno enfrascados en sus recuerdos de aquellos días después del derrumbe.

—Fuimos muy felices aquí ¿No, mi bien? —Le preguntó ella.

—Inmensamente, jamás pensé que se podía sentir algo tan fuerte y profundo por otro ser —Le confesó.

—Por cierto, me enteré que saldaste la deuda de mi familia hace ya un tiempo, en realidad, cuando mi padre vivía... Fue un gesto muy noble de tu parte ya que ellos te menospreciaban... Me avergüenzo de esa actitud y te pido perdón por eso.

—No hay nada que perdonar ni agradecer —Valiente se detuvo y la miró a los ojos un momento— Te amo, me amas, eso es lo que importa. Ven, vamos al bosque, recogeremos jazmines silvestres, tus flores favoritas.

Se adentraron en la espesura de follaje, Valiente la conducía de la mano por los senderos naturales hasta que llegaron a una cueva que se hallaba tapada por la maleza.

—Este era el lugar donde venía a veces a pensar cuando era más joven, cuando recién estaba explotando las minas. Entremos.

—¿Y qué hacías aquí? —Dijo ella mirando a su alrededor.

—Bueno, delineaba mi porvenir —Sonrió— Doña Chila me daba unos ejercicios mentales para concretar mi futuro y parece que dieron resultados —Y al decir esto, la atrajo hacia sí con firmeza.

Lucero le tomó el rostro y lo besó con furia, él se sorprendió al ver su salvajismo desatado, quiso responderle, tomándola de la cintura, pero ella le dijo decidida:

—No, esta vez yo te haré el amor.

Lo llevó a que se recueste sobre las hojas secas que servían de colchón y le desprendió la camisa para besarle el cuello y el ancho pecho, descendió suavemente con sus besos hasta su bajo vientre y desprendió su cinturón desabotonando el pantalón para desnudar su sexo erecto, lo miró un segundo y disfrutó de la vista, Valiente presentaba una figura magnífica plena de virilidad y, excitada, lamió hasta hacerlo gemir de placer.

Después, rápidamente se levantó su pollera y se sentó a horcajadas sobre él mientras se abría el vestido para descubrir sus senos turgentes que las manos de Valiente tocaron con desesperación. La penetración no se hizo esperar, ambos se deseaban tanto que sentían que sus cuerpos iban a estallar convirtiéndose en mil estrellas.

—No puedo más, no puedo más —Repetía él.

—Yo tampoco —Gemía ella.

El reiterado compás los enloquecía y Valiente buscaba entre las enaguas, las nalgas de su mujer para apretarlas. Cuando el paroxismo llegó, Lucero se acomodó la ropa y se recostó al lado de él.

—Hacer el amor contigo a veces es desesperante —Le confesó.

—¿Cómo es eso? —Dijo sonriéndole y acariciando sus senos blancos.

—En esos momentos de máximo goce, quisiera tenerte adentro mío para siempre. Es insoportable mi vida sin ti.

—Jaja! ¡Qué ocurrencia! —Dijo mientras se incorporaba para jugar con su lengua alrededor de sus pezones.

—Eso me está provocando unos deseos enormes de tenerte, amor mío —confesó entrecerrando los ojos para disfrutar.

—¿Ah sí? —Le dijo con picardía—. ¿Y esto? —Preguntó al hurgar su sexo para friccionarlo.

—¡Más!
—¿Y esto? —Y su lengua jugueteó hasta que sólo escuchó sus gemidos.
—Por favor, ya.... —. Pedía suplicante.
—¿Quieres que esté dentro tuyo? —Decía mientras disfrutaba el momento.
—Sí...Conmigo —Valiente obedeció.
—Eres insaciable, mujer.
—Te quiero a ti sólo para mí —Se besaron en la boca luego del orgasmo final.

Los días junto a Doña Chila transcurrieron apacibles, Lucero comenzó a aprender algunas fórmulas de ungüentos y brebajes sanadores para distintas afecciones, mientras que Valiente visitaba las minas.

—¡Eres muy buena en esto, Lucerito! —Le decía con cariño la anciana—. Cuando ya no esté, tú serás quien me suceda, vendrán de todas partes a buscarte, ya verás.

—Ni lo mencione, falta mucho para que se vaya —La abrazaba con ternura.

—Debo ir con el Señor a rendir cuentas, pero no te entristezcas porque yo seré muy feliz allá. Antes, debo hacer algo....

—Me duele el corazón escucharla decir eso. No quiero que se vaya —Curiosa, le dijo—. ¿Qué tiene que hacer antes?

La anciana eludió la pregunta:

—En una hora, iremos al bosque porque deseo enseñarte dónde crecen unas plantas curativas excepcionales y debemos volver antes de que anochezca.

—Bueno, Chilita ¡Vamos! —Le dijo con afecto— ¡Quiero aprenderlo todo!

A la mañana siguiente, Valiente se aprestó a partir solo:

—Regreso por la tarde, iremos a dar un paseo al pueblo vecino ¿Quieres, mi bien?

—¡Sí, por supuesto! —Le dijo besándolo con dulzura— Me has dicho mi bien...

—Porque eso eres para mí. Me has mejorado como hombre, me has dado una poderosa razón para vivir, me cambias el humor y me llenas de placer y goce cuando tu cuerpo se pega al mío — Rio con picardía.

—¡Vuelve pronto que ya te extraño! —Y se dejó besar nuevamente.

—Espérame con tus mejores caricias y besos ¡Nos vemos!

Lucero entró a la casa sonriendo.

—¡Qué amor más grande el de ustedes! —Afirmó Doña Chila, mientras amasaba el pan.

—Sí —Dijo suspirando— nuestro amor es muy grande y, la verdad, nunca pensé que él sería la razón de mi existir.

—Así es, las almas se reconocen y se eligen para realizar la misión mayor acordada en el Cielo.

Lucero la observó con curiosidad.

—Usted, Chila, es un ser muy sabio y, a la vez, misterioso para mí.

—Nada de eso, mi niña, sólo son los años que una lleva encima.

—No trate de minimizarse, usted sabe mucho, ve muchas cosas que nosotros no vemos.

—Cuando era joven y extraviada, —Rememoró— mi vida no valía nada para nadie ni siquiera para mí, vivía en la calle y de la caridad humana.

—No lo sabía —Se condeció.

—Nadie lo sabe, te lo cuento ahora a ti porque sé de tu sensibilidad y compasión. Yo no

siempre fui la que soy hoy, todo lo que soy se lo debo a un matrimonio que me acogió y me adoptó como su propia hija.

Lucero tomó asiento asombrada por el relato que la anciana le hacía.

—Ramón era herrero y Lucila costurera —Hizo un silencio prolongado que Lucero respetó. La anciana se enjugó las lágrimas que habían brotado con el recuerdo y retomó el relato— Ellos me inculcaron los valores de verdad, justicia, respeto, libertad...en fin ¡Todos! Me enseñaron a comer, a cuidar mi cuerpo y todo lo que una mujer decente debe saber. Y cuando tuve quince años, comenzaron a impartirme enseñanzas espirituales, noche a noche, iba adentrándome en el conocimiento del Padre, las Leyes Espirituales, la sanación del cuerpo y del alma. Me transmitieron toda su sabiduría y esa fue la mejor herencia que me pudieron legar. Después, me llevaron con un chamán que completó mis lecciones ¡Benditos sean, padres míos!

—Realmente eran seres especiales —Conjeturó Lucero.

—Así es, con ellos me reuniré cuando me llegue la hora, sé que me están esperando y esa es mi mayor ilusión y esperanza.

—Así será, mi Chilita.

Ambas se abrazaron con dulzura y se sumergieron cada una en sus pensamientos.

Luego de pasar casi dos semanas en la choza que Doña Chila tenía para algún forastero que solicitaba pernoctar en esos lares, Valiente le anunció a Lucero:

—Hoy será nuestro último día aquí, mi reina. Es hora de regresar, pero antes, haremos algo que he tenido en mente desde que llegué de Europa.

—¿Qué es? —Preguntó curiosa mientras se vestía para desayunar.

—Esta tarde lo sabrás.

—¡Cuánto misterio! —Exclamó rodeándole el cuello con sus brazos.

—Así es, durará hasta la tarde —Dijo besándole el cuello y el nacimiento de los senos— Te hará muy feliz.

—Mi bien —Susurró —. ¿Cómo se puede ser más feliz que ahora?

—Ya verás, ambos lo seremos.

Y levantándole la pollera, hurgó entre su ropa interior para llenarla de placer.

Sebastián y Martina se hallaban caminando por la avenida principal de la atestada Capital cuando vieron con asombro a Alonso y Victoria caminar hacia ellos, por la misma acera, en dirección contraria.

—¡Son ellos! —Exclamó Martina.

—Sí, lo sé, ya es tarde para escabullirse, enfrentemos la situación —Le contestó con desagrado.

—¡Pero mira a quienes tenemos por aquí, Alonso querido, a los dos tortolitos! —Dijo con sarcasmo.

—¿Cómo están? —Preguntó Alonso a modo de cumplido, tocándose el ala del sombrero.

—Muy bien ¿Y ustedes? —Replicó Sebastián.

—Disfrutando de nuevos aires —dijo Alonso —. ¿Saben algo de Lucero? Supongo que habrá aparecido, de otro modo, no me figuro la presencia de ustedes aquí, tan alegres.

—Ella está bien, sana y salva y sus secuestradores presos.

—¿Y a Julia, la atraparón? —Preguntó.

—¡Tú lo sabías desde un principio, imbécil! —Sebastián se abalanzó y lo sacudió por las solapas— ¡Sabías que ella era la que había ideado el plan para secuestrarla y envenenarla y no nos dijiste nada cuando te fuimos a preguntar con Valiente! ¡Eres cómplice por omisión! Te voy a denunciar ante las autoridades.

—¡Déjalo, déjalo! —Forcejeó Victoria.

Sebastián, enfurecido, le dio un golpe en el medio de la cara que lo hizo trastabillar y caer redondo al suelo. Victoria quiso atacar a Sebastián por la espalda con su sombrilla y Martina de un salto se lo impidió.

—Eres una malnacida ¡desgraciada! —Le dijo abofeteándola.

—Vamos, Martina, cuidemos al bebé, estos gusanos sabrán de nosotros muy pronto, espera a que Valiente lo sepa, Mendía —Lo amenazó.

Después de almorzar con Doña Chila, Lucero se dispuso a reencontrarse con la escritura de su diario íntimo:

“Soy inmensamente feliz, querido diario, Valiente me hace sentir tan amada y protegida que no tengo más que palabras de agradecimiento al Cielo, por tanto, como dice Doña Chila, algo habré hecho de bueno en mi anterior vida para merecer a este hombre. A propósito, ella me estuvo contando acerca de las vidas pasadas, o sea, de la reencarnación, te confieso que, por mi formación religiosa, era una idea que me resistía a considerar, pero cuando me contó con detalles cómo es que las almas encarnan y tienen distintas misiones que realizar para aprender y reparar las malas acciones y equivocaciones de otras vidas, el mundo comenzó a ordenarse para mí. Me dijo que Valiente y yo ya nos conocíamos de otras vidas y que por eso nuestro amor surgió tan fuerte y profundo en tan poco tiempo. Debo reconocer que fue amor a primera vista, un amor incontenible que lo atravesó todo...No sé con qué sorpresa vendrá hoy, espero con impaciencia que llegue, después te cuento querido compañero de aventuras.”

Se recostó un rato y cuando se levantó se dio cuenta que estaba sola, Doña Chila no estaba por ninguna parte:

—Se habrá ido con sus animales a buscar hierbas buenas —Pensó, miró por la ventana y vio a Valiente que llegaba en una carroza adornada con flores multicolores, salió a recibirlo intrigada.

—Pero ¿Qué es esto?

Sonriente, bajó del vehículo y sacó unas cajas que le entregó, diciéndole:

—Esto es para ti, mi reina, pónelo que tenemos que irnos.

—¿Qué es? ¿Adónde vamos? —Y corrió hacia la habitación para abrirlas sobre la cama.

—¡Qué belleza de vestido! Parece de novia ¿Y qué hay aquí? ¡Una corona! ¿Tul también? Pero...esto es —Dijo mirándolo asombrada— ¡Nos casaremos! —Exclamó ilusionada—. Pero no podemos... Tú ya estás casado...

—¡Nada de eso ahora! —Le contestó— Haremos una ceremonia en el claro del bosque. Vístete porque nos están esperando, yo también traje ropa para la ocasión.

Lucero se entusiasmó con la propuesta y luego de unos instantes, apareció por la puerta vestida de novia y con un ramo de jazmines en la mano, Valiente la miró emocionado:

—¡Estás muy bella! Espera, no te muevas, quiero recordarte así hasta que sea viejito.

—¡Tú estás muy guapo, mi rey! También yo quiero guardar en mis recuerdos tu figura, tu elegancia y tu mirada llena de amor.

—¡Qué hermosas hebillas que tienes en tu pelo! —Exclamó Valiente.

—Es un regalo de Doña Chila, las usaba ella cuando era joven.

—¿Se habrá casado alguna vez?—. Se preguntó intrigado.

—Pues, hay cosas de las que no habla...

Se besaron con dulzura, se tomaron de las manos y se quedaron un rato largo contemplándose en silencio.

—¡Vamos, mi reina, nos esperan!

Cuando la carroza de los novios llegó, Don Pedro, el chamán del pueblo, los estaba esperando junto a Doña Chila, ambos con atuendos ceremoniales finamente bordados. Se hallaban también algunos mineros con sus familias vestidos para la ocasión. Lucero distinguió un sendero de pétalos de flores blancas y un pequeño altar decorado con hojas y ramitas.

—¡Vivan los novios! —Gritaban los invitados— ¡Viva Don Valiente y Doña Lucero!

Doña Chila se acercó a los contrayentes y les puso una manta de lanilla sobre los hombros de los dos:

—Significa que, a partir de hoy, ustedes son una familia —Y entrelazando sus manos con un lazo rojo les dijo—. Simboliza que son una sola carne y un solo corazón que latan al unísono para toda la Eternidad.

Luego, muy despacio, los condujo hacia un círculo marcado en la tierra, frente a ellos se hallaba el chamán:

—Entren, por favor —Les ordenó— Esta ceremonia los unirá para siempre en cuerpo y en espíritu, así como nos enseñaron nuestros ancestros ¡Espíritus de la Naturaleza, los convoco para que estén presentes y sean testigos de la unión sagrada de estas almas, que han decidido consagrarse a la Ley del Amor que todo lo une y purifica!

Doña Chila, en tanto, distribuía el incienso y el romero alrededor de los novios diciendo algunas palabras muy por lo bajo, casi imperceptibles, para purificar el entorno. Luego, esparció semillas y flores al viento.

Lucero seguía con atención los pasos de la ceremonia y apretaba fuertemente la mano de Valiente para transmitirle su amor y su confianza. Él, en tanto, agradecía a Dios tanta felicidad.

—Es el momento de la declaración de propósito —Anunció el sacerdote—. Por favor, el novio habla:

—Yo, Valiente Vallejos, acepto a Lucero de Olazábal como mi esposa y prometo amarla y cuidarla eternamente.

—Yo, Lucero de Olazábal acepto a Valiente Vallejos como mi esposo y prometo amarlo y cuidarlo por siempre.

—Que esta unión sea un lazo infinito de amor que nadie pueda romper ni en la tierra ni en el cielo. Lo que El Gran Espíritu une, es Ley. ¡Pueden besarse!

La algarabía se hizo general, todos vivaron y aplaudieron a los contrayentes y se acercaron a felicitarlos.

—¡Bendiciones, mi niña bonita —Dijo Doña Chila—. Para ti también, querido muchacho!

—¡Gracias por la sorpresa! —La abrazó Lucero.

Las mujeres de los mineros habían preparado unas mesas campestres con riquísimos manjares caseros y bebidas abundantes que todos compartieron en medio de la música improvisada por algunos trabajadores.

Los novios bailaron y se relacionaron con todos, agradecidos por tantas muestras de cariño.

—¡Atención, atención por favor! —Dijo una de las mujeres— Todos los aquí presentes me designaron a mí para dirigirles unas palabras a los patrones, así que voy a cumplir: Queremos desearles la mayor felicidad y prosperidad posibles porque jamás nos vamos a olvidar cuando se derrumbó la mina y ustedes estuvieron junto a nosotros, día y noche, acompañándonos sin cesar. Hemos visto a la patrona ser una más entre nosotras, curando heridas, cortando vendas o simplemente dando palabras de aliento a los heridos y a sus familias; lo mismo al patrón, aunque siempre estuvo a nuestro lado, aquella vez, todos vimos que no descansó hasta que el último hombre fue rescatado. Por eso estamos aquí hoy compartiendo la felicidad que los embarga ¡Que vivan los novios! ¡Brindemos por ellos!

—En nombre de mi esposa y el mío ¡muchas gracias, amigos!

Cuando la reunión estaba declinando, subieron a la carroza y se despidieron de la concurrencia.

—¡Adiós Chila, nos vemos mañana!

—¿Adónde vamos? —Preguntó Lucero.

—Paciencia, amor mío.

El pueblo vecino se hallaba a pocos kilómetros de la casa de Doña Chila, Valiente había reservado una habitación en un pequeño hotel. Cuando entraron a la alcoba, el ambiente estaba perfumado, con velas encendidas y la cama cubierta de pétalos de jazmines.

—¡Has preparado todo, mi vida! —Exclamó extasiada.

—Quiero darte un obsequio de bodas —Y abriendo una pequeña cajita le mostró un anillo de oro con una esmeralda incrustada y se lo colocó en el dedo anular.

—¡Ay, es bellissimo! —Dijo observándolo con alegría— ¡Gracias por este día tan maravilloso! Aunque estoy en desventaja, yo no pude hacerte ningún regalo.

—¿No? —Preguntó con picardía rodeándola por la cintura y apretándola contra su pecho—. ¿Segura? ¿Y tus besos? ¿Y tu cuerpo? ¿Y tu corazón?

—Todo eso ya te lo he dado —Dijo excitada— Y te lo daré mil veces más y más y más.

—Pues ven —La tomó de la mano—. Vamos a la cama, como esposos, ésta es nuestra primera vez.

Esa noche hicieron el amor hasta saciarse uno del otro, hasta caer rendidos por el cansancio

de los cuerpos, felices de confirmar sus sentimientos y convencidos de que eran para siempre.

Doña Chila contempló el cielo estrellado después de guardar cuidadosamente el atuendo ceremonial heredado de su abuela.

—Me despido de ustedes, compañeras, la misión que voy a cumplir será la última. Disfruten queridos hijos —Deseó pensando en los recién desposados— ¡Sean felices hoy!

Los enamorados llegaron después del mediodía a despedirse de Doña Chila con tristeza por separarse una vez más de ella. Se había convertido en parte de la familia en ese tiempo de estadía y el trato prácticamente era la de dos hijos con su madre.

—Venimos a saludarla antes de volver a nuestra casa, Doña Chila —Le anunció Valiente.

—Esta vez nada de despedidas tristes, iré con ustedes —Les dijo con firmeza.

—¡Ah, pero qué maravillosa sorpresa! —Exclamó Lucero—. Claro que sí, tenemos muchas habitaciones y estaremos encantados de que venga con nosotros y el Chuñito también —Dijo acariciando la cabeza del can.

Valiente la miró intrigado porque la decisión de la anciana le pareció extraña, muchas veces la había escuchado decir que de allí no se movería y ahora, de repente, viajaba con ellos.

Mientras Lucero se cambiaba de ropa y recogía sus pertenencias y las de su esposo, Valiente le preguntó a solas:

—¿Porqué?

—No entiendo la pregunta, hijo.

—Chila, no me engañas —La miró a los ojos buscando la respuesta.

Después de unos momentos, le contestó:

—Es un presentimiento, nada más... Cuando esté más segura te lo diré, ahora, debemos irnos. He dejado la casa a cargo de la familia de Don Pedro, ya no hay nada más que hacer aquí.

Cuando llegaron a la Casa de la Colina, salieron a recibirlo los sirvientes muy solícitos y alegres porque sus patrones habían regresado. Sebastián y Martina aparecieron por la puerta principal, agitando sus manos en señal de bienvenida.

—¡Martina, amiga querida! —La abrazó Lucero—. ¿Cómo está ese bebé?

—Me ha hecho pasar algunos días en la cama, nada serio, sólo náuseas. Tomé un té de hierbas que me dio Chila en Cruz Azul, el día que regresábamos ¿Y ustedes? ¿Vino Doña Chila? —Preguntó sorprendida al verla descender con su perro fiel.

—Hola, mi niña ¿Cómo has pasado tu luna de miel? —Dijo sonriente.

—¡Muy felices, Chila! —Se adelantó a contestar Sebastián.

—Se quedará a pasar un tiempo con nosotros ¿No es así? —Afirmó Valiente.

—Sí, hasta que Dios disponga.

Lucero y Martina se dirigieron al interior de la casa para ponerse al día de todo lo que les había sucedido en ese tiempo que estuvieron separadas, la anciana fue guiada por Carmelina a los aposentos de huéspedes, seguida por Chuñito que no la abandonaba nunca y, Sebastián y Valiente se dirigieron a la biblioteca.

Después de ponerse al tanto de lo acontecido en sus vidas y alegrándose uno por el otro, Sebastián respiró hondo y le dijo:

—En la Capital, una tarde nos encontramos con Alonso y Victoria.

Prendiendo un cigarro, Valiente lo miró intrigado:

—¿Y? —Sabiendo que su amigo quería decirle algo más.

—Él admitió que sabía lo del secuestro de Lucero porque Julia le había contado sus planes e intuyo que Victoria también.

Valiente golpeó el escritorio con toda su fuerza:

—¡Malditos hijos de una perra malnacida! Supongo que le diste su merecido.

—¡Y con mucho gusto!

—Él volverá a San Silvestre y, cuando eso ocurra, nos veremos la cara ¡Si supieras las ganas que tengo de desquitarme de todo el daño que nos hicieron!

—¡Ya lo creo y estaré a tu lado! ...A propósito ¿Qué sucedió para que Chila dejara su choza? Esto no es propio de ella.

—Me dijo que tiene un presentimiento.

—¿Julia?

—Pensé lo mismo.

Lucero le mostró orgullosa el anillo a Martina y le contó la ceremonia de unión marital en el medio del bosque:

—¡Qué belleza que es esta sortija querida amiga, tú te mereces esta felicidad al igual que Valiente! El tiempo ha demostrado que su amor es indestructible —Exclamó exultante— ¡Y qué hermosa idea tuvo tu esposo!

—¿Ustedes, cómo lo han pasado?

—¡De maravillas! Hasta que un día nos encontramos con dos personas indeseables.

—¿Quiénes?

—Alonso y Victoria, los muy cretinos nos confirmaron que sabían de los planes de esa perdida. Imagínate la reacción de Sebastián, le dio una trompada que le hizo sangrar la nariz y hubiera seguido si Victoria no se hubiera interpuesto entre ambos. Pero yo me desquité y le di un par de bofetadas. Luego, Sebastián quiso que no me agitará más, por el bebé.

—Victoria y Alonso son dos buenos para nada y no me asombra lo que me cuentas, espero que cuando se entere Valiente no tome represalias.

—Eso lo dudo, lo conoces muy bien y no lo culpo ¡No sabes las ganas que tenía de abofetearlos a esas ratas!

La cena transcurrió entre comentarios y relatos de ambas parejas de sus respectivos viajes, obviando los temas ríspidos. Doña Chila estaba sumida en un profundo silencio, abstraída de las risas y bromas de la reunión.

—Chila ¿Se siente bien? No ha probado bocado —Le preguntó Lucero— Tal vez no le gusta la comida.

—No, mi niña, nada de eso, es que estoy cansada por el viaje, si me permiten me voy a retirar a mi habitación ¡Buenas noches!

Valiente la observó irse con preocupación, Sebastián lo miró de soslayo y le dio una pitada profunda a su cigarro, las muchachas, ensimismadas en su conversación, apenas se dieron cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Por la mañana, muy temprano, mientras Valiente seguía durmiendo, Lucero se levantó y se dirigió a escribir en su diario:

“Querido amigo, hemos vuelto a nuestra casa y no he podido escribir lo que sucedió en el último día en Cruz Azul ¡nos hemos casado! ...”

A continuación, describió con lujo de detalles la ceremonia ancestral y dibujó el anillo que su amado le había regalado.

—¿Qué haces, mi reina? —Preguntó somnoliento su esposo.

—Escribiendo...

—Ven aquí que mi cuerpo tiene sed de ti esta mañana.

—Ya voy, mi rey —Dijo cerrando llave al cuaderno— Yo también quiero acurrucarme en ti —
Dijo desnudándose y compartiendo la cama.

Valiente le acarició los senos suavemente:

—¿Qué escribías?

—Sobre nuestro casamiento —Le contó con las mejillas encendidas.

—¿Y también describes lo que hacemos? —Preguntó con picardía besándole el cuello.

—No...es muy...

—¿Es muy...qué? —Siguió preguntando tocándole el sexo húmedo.

—Atrevido —Alcanzó a decir con un hilo de voz.

Valiente la dio vuelta para que quedara de espalda a él y la penetró con fuerza.

—¿Te gusta así? —Dijo excitado mientras se movía lentamente.

—Sí, de todas formas... —Y ella también acompañó el movimiento cadencioso.

Ambos llegaron al orgasmo al unísono y se quedaron dormidos unas horas más.

Cerca del mediodía, Martina y Lucero decidieron ir al convento a visitar a Sor Inesita y a los padres de Martina después. Valiente y Sebastián tenían asuntos que tratar y permanecieron trabajando en la biblioteca mientras que Doña Chila se había dirigido muy temprano al bosque de las cercanías seguida de su perro fiel. Cuando iban transitando la última vereda, se detuvo un coche y bajó Victoria, al verlas y, lejos de amilanarse, les dijo:

—¡Pero lo que ven mis ojos! Dos tontas muchachitas.

—¿Tú, descarada, otra vez? —le rugió Martina.

—Tranquila, amiga, cuida al bebé —Le sugirió Lucero.

—¡Te han preñado! —Le dijo con malicia.

—Mi esposo me ha embarazado que es distinto.

Victoria tragó saliva.

—¿Y tú prima, eres la querida de Vallejos, no es verdad?

—Como tú la de Alonso, no sé de qué te ríes, al menos Valiente me ama, no sé si tu amante a ti.

—¡Ya verán como esos dos se aburren de ustedes muy pronto, mojigatas insulsas! —Les gritó dolida.

—¡Vamos, Martina, tenemos otras cosas que hacer para estar perdiendo el tiempo con ella!

Victoria se quedó masticando rabia.

—¿Por qué no se mueren de una vez? —Dijo para sí subiendo al coche que la llevaría a la casa de su amante— Alonso no se cansará de mí, yo sé cómo hacer para que no me deje, en cambio éstas bobaliconas pronto quedarán solas y para vestir santos, abandonadas y humilladas.

Sor Inesita las recibió dando muestras sobradas de cariño y alegría para las dos muchachas a las que consideraba como sus hijas:

—¡Madrina! ¡Qué felicidad volverte a ver, mira mi anillo, me he casado!

—¿Cómo es eso, querida? Valiente está desgraciadamente casado con aquella mujer, ustedes no pueden... —Preguntó confundida.

—Te contaré en detalles lo que sucedió, no te preocupes.

—Espero que me lo expliques pues no entiendo nada ¿Y tú, Martina, cuéntame cómo fue ese

viaje de luna de miel? ¿Y tu embarazo?

Durante el almuerzo, las mujeres se entretuvieron relatando los sucesos recientes y poniéndola al tanto a Sor Inesita del desagradable encuentro que tuvieron Martina y Sebastián en la Capital y el intercambio hostil hacía unos momentos con la prima de Lucero.

—¡Ay, por Dios Santo, cuánta ruindad y egoísmo tienen esas dos personas!— Exclamó la religiosa.

—Por eso están juntos —Agregó Martina.

—¿Y Doña Ana María? —inquirió Lucero.

Sor Inesita la miró extrañada:

—¿No la llamas madre?

—Ya te lo he dicho hace tiempo, tú eres a la única que reconozco como tal.

—Ella está recluida en su casa, prácticamente no sale para nada, al menos eso es lo que me dijo Josefa un día que la encontré en el mercado.

—Doña Ana María —Terció Martina— siempre fue de carácter difícil.

Las tres mujeres se quedaron unos minutos en silencio que fue interrumpido por una de las novicias que reclamaba la presencia de su superiora en el orfanato.

—Bueno, mis niñas, el deber me llama. Cualquiera de estos días las voy a visitar y a saludar a Doña Chila y a sus esposos. Me alegro de que todo marche bien y que los malos momentos hayan quedado atrás definitivamente.

Los días transcurrieron apacibles, llenos de proyectos y labores, Doña Chila prácticamente desaparecía durante todo el día y volvía por el atardecer con una bolsa cargada de hierbas medicinales que recolectaba en el bosque vecino, Lucero seguía tomando nota de los brebajes y pocimas que la anciana preparaba y, muchas veces, la acompañaba en su recolección.

—Debes prepararte, mi niña —Le dijo una mañana.

—¿Adónde vamos?

—Tú, a ningún lado.

—Pero, me ha dicho que me prepare ¿Para qué entonces?

—Para el niño que viene en camino.

—¿Yo? ¿Es verdad? —Dijo alegre tocándose el vientre aún plano— ¡Claro que lo es! Usted nunca se equivoca.

—Es muy reciente, pero está allí, veo la aureola que te cubre, la que también tiene Martina, será un varón —Predijo sonriendo con certeza.

—Le diré a Valiente —Y salió corriendo a buscarlo a la caballeriza.

—Puede ser que la noticia lo haga recapacitar y termine con esa sed de venganza que ocupa sus pensamientos. No es bueno lo que veo, Chuñito, no es bueno —Dijo mientras la veía correr hacia las caballerizas.

Valiente se hallaba solo cepillando a su caballo, ritual que lo calmaba y le daba tiempo para pensar en su plan.

—Debo hacer que Julia regrese, pero ¿Cómo? De Alonso me encargaré pronto, es ella a la que quiero entre mis manos.

—¡Valiente! ¡Valiente! —Entró agitada con una sonrisa enorme en su rostro.

—¿Qué sucede, mi reina? Aquí estoy —La recibió con los brazos abiertos para abrazarla.

—Mí bien...soy la mujer más feliz.

—Ya lo sé, estamos juntos, yo también lo soy.

—No, no —Dijo aquietándose y mirándolo con los ojos húmedos de emoción— Estoy esperando un hijo tuyo.

Valiente no atinó a decir nada, la emoción lo embargó y rompió en llanto, se arrodilló y se quedó así largo rato. Lucero jamás lo había visto de esa manera y se enterneció.

—Mi rey, no pensé que te iba a conmovir tanto la noticia —Se asombró acariciando su cabeza.

Valiente levantó sus ojos hasta posarlos en su vientre:

—Yo había soñado, desde que te vi por primera vez en la Alameda, con una familia, con un hijo nuestro y ahora que ese sueño se hizo realidad, el corazón me estalla en mil pedazos de felicidad y de amor, por ti, mi bien, por él o por ella... —Dijo poniéndose de pie.

—Doña Chila dice que es un niño —Le anunció con dulzura— Es ella quien me lo dijo hace unos instantes.

—Entonces es verdad, no se equivoca nunca, ahora debes descansar, cuidarte, no tomar frío.

—¡Pero, mi vida, estamos en verano! —Exclamó, ambos rieron y se abrazaron felices.

—Esta noche haremos una cena familiar, llama a Sor Inesita y que vengan los padres de Martina ¡Hay que festejar!

—¿Quién llama a estas horas de la noche? —Preguntó alarmada Matilde con un candil en la mano.

La criada se había quedado cuidando la mansión por orden de su patrona hasta el momento que su abogado de confianza le indicara otra cosa.

—¡Abre pronto, soy yo! —Ordenó la mujer impaciente en voz baja y embozada.

—¡Señora Julia! —Se asombró al reconocer su voz—. Pase, pase está toda mojada.

—¿Y qué quieres? Afuera llueve a cántaros y tú que te demoras —Rugió indignada.

—¿Sabe usted que la policía la anda buscando? —Le preguntó con temor.

—¿Cuál es el cargo? —Dijo airada sacudiéndose los pies.

—Pues, dicen que usted...

—¡Anda dilo! —Se enojó— Maté a Lucero de Olazábal.

—Por suerte no murió. Es por el secuestro e intento de asesinato...la denunciaron —Y corrió a buscar toallas para evitar la ira de su señora.

—¿No murió la muy desgraciada? —Protestó tratando de sacarse la humedad de su cuerpo con las toallas— Entonces, atraparon a Anselmo y a esos idiotas buenos para nada...

Matilde abrió los ojos muy grandes al escuchar a su patrona:

—¿No se había enterado entonces?

—No, porque no tenía a quién preguntarle, lo supuse por la reacción de mi querido esposo. Volví para vengarme de ese malnacido. Una vez que lo haga, me iré para siempre ¿Quieres acompañarme? —La invitó con sequedad.

—No sé —Titubeó— Tengo a mi madre postrada, no podría dejarla sola.

—Ya sé, ya sé —Adivinó— tienes miedo de que me atrapen y te quedes sin nada, te comprendo. Bueno, eso lo resolveremos después, te recompensaré de todos modos.

—¿Desea algo caliente mientras se cambia su ropa? —Le ofreció.

—Sí, me vendría bien.

Una vez seca y con el estómago caliente, Julia ordenó:

—Mañana, con disimulo, averiguarás todo lo concerniente a esos dos, porque supongo que estarán juntos ¿Qué se dice en el mercado? ¿Sabes algo?

—Lo que me he enterado es que la señorita Martina se casó con el señor Sebastián Agüero y esperan un hijo y que el Señor Valiente vive en su finca con la señorita Lucero.

—¡Te prohíbo que la nombres! En mi presencia dile “ésa”, solamente —Le gritó con furia.

—Perdón, señora —Dijo asustada por la bravura desplegada.

—¿Algo más?

—Sí, el padre de ésa, murió de un infarto.

—Se lo tenía merecido ese viejo pusilánime y codicioso ¡Que se pudra en el infierno! Me iré a descansar, mañana harás lo que te pedí y ni una palabra de mí ¡A nadie! ¿Comprendes?

—Sí, Doña Julia, como usted diga, con permiso —Asintió atemorizada.

—Me pregunto por qué esa estúpida no se murió con el veneno que le daban todos los días. Si así hubiese sido, se hubieran deshecho del cuerpo y nadie podría acusarme de haber tenido algo que ver con su desaparición —Se dijo— Disfruta Valiente todo lo que puedas a esa mujercita porque luego, tendrás muchos años para lamentarte. Si te hubieras quedado conmigo en Europa, todo lo que tengo que hacer, no sucedería. Me abandonaste por ella, me negaste la posibilidad de ser infinitamente feliz a tu lado y, eso, no te lo perdonaré jamás, amor mío.

A primera hora de la mañana, Matilde llegó a la casa de Alonso Mendía y Oviedo con un recado para entregarlo personalmente según la orden de su patrona.

—¿Qué necesita? No sé quién es usted.

—Me enviaron a darle este mensaje en sus propias manos y espero su respuesta.

Alonso abrió los ojos casi desorbitándolos:

“Soy yo, la que tú ya sabes, te espero en mi casa esta medianoche, necesito de ti”

—¿Es Doña Julia verdad?

Matilde asintió:

—La señora quiere que extreme los cuidados y que entre por la puerta del fondo de la casa, por la calle trasera, el portón estará sin llave para que pueda pasar directamente. La policía ya no vigila, pero hay que ser precavidos de todas formas ¿Qué le digo, que usted irá?

—¿Está segura que la policía ya no vigila? —Preguntó receloso.

—Ha pasado algún tiempo, seguramente creen que la patrona no volverá por estas tierras, yo misma me asomé al verla llegar anoche, no pensé que...

—Está bien —La cortó al ver que llegaba Victoria —Ahora vaya, dígame que iré, si puedo.

—Me dijo que, si estaba en dudas, que le diga que lo recompensará muy bien.

Matilde salió raudamente a pedido de Alonso quien no deseaba que su amante supiera del encuentro.

Las últimas palabras de la criada resonaron dulcemente en sus oídos y oficiaron de imán.

—¿Quién era esa mujer, la conozco? —Preguntó curiosa.

—Nadie importante, asuntos de trabajo, me trajo un mensaje de un amigo que quiere invertir en San Silvestre, por eso, hoy debo cenar con él, no me esperes despierta, querida, ya sabes cómo son las reuniones de ese tipo, largas y tediosas.

—¿Qué lástima! Quería compartir la velada contigo —Dijo con voz dulzona.

—Bueno, querida ¿Por qué la velada si tenemos el día para que estemos tú y yo muy juntos? —Le dijo excitado.

—¡Tienes razón, no perdamos más tiempo!

Victoria lo llevó de la mano escaleras arriba y Alonso se dejó conducir pensando en Doña Julia y la propuesta de medianoche.

Valiente caminaba por su propiedad del brazo de Lucero conversando sobre la alegría que los invadió a todos cuando le contaron de la llegada de su hijo:

—¿Cómo lo llamaremos?—Preguntó entusiasmado.

—Es muy pronto para decidir. Dice Doña Chila que es el bebé quién dicta su nombre a sus padres.

—¿Cómo será eso?

—No sé, tal vez lo sepamos un día cualquiera. Dime, mi amor, ayer en la caballeriza me dijiste que desde que me viste en la Alameda quisiste formar una familia conmigo.

—Así es. Lo supe al instante de verte, en realidad, yo ya venía sintiendo algo extraño, como un presentimiento, pero no sabía de qué se trataba. Doña Chila me había sugerido mudarme aquí para hallar el amor verdadero, aunque no me dijo que eras tú.

—¿Por eso te enredaste con Julia? —Preguntó molesta.

—No, ella era una diversión y fue de una gran ayuda al principio, pero, no quiero hablar de esa mujer malvada, me recuerda lo que te hizo y me hiere la sangre.

—¿Por suerte hay un océano de por medio, ella no volverá! —Dijo mientras tomaban asiento sobre el césped. Valiente rumió hacia sus adentros, estaba convencido que Julia regresaría:

—¿Y tú, nunca me contaste qué sentiste cuando me viste ese día?

—Me asusté al principio ¡Eras tan avasallante! Me intimidaba tu presencia y, a la vez, me atraías mucho —Dijo recordando con una sonrisa—. Quería volverte a ver, aunque no quería admitirlo... —Sonrió al recordar— ¡Fuiste como un torbellino en mi vida! Todo fue antes y después de ti, mi rey.

—Recuerdo cuando te besé por primera vez en el despacho de tu madrina, temblabas entre mis brazos.

—Escuchar tu nombre solamente me hacía sentir muchas sensaciones raras que ahora identifico —Le dijo con picardía.

—¿Te excitaba? —Sonrió con su dentadura blanca y perfecta.

—¿Sí, mucho! Me despertabas curiosidad y mi cuerpo vibraba cuando estabas cerca.

Valiente comenzó a besarle el escote y el cuello con suaves besos y buscó entre sus enaguas el roce de su piel.

—¿Cómo ahora?

—¿Como siempre! Tienes esa facilidad de hacerme sucumbir —Y comenzó a jactarse.

—Tú logras el mismo efecto en mí, deseaba tomarte cada vez que te veía, desde la primera vez —Decía mientras Lucero desabrochaba su bragueta y buscaba su sexo.

Se besaron profunda y largamente e hicieron el amor en el medio del bosque, solos y lejos de todo y de todos, confirmando el amor que los unía para siempre en medio de la danza de sus cuerpos, que expresaban lo que sus almas sentían.

Minutos antes de la medianoche, Alonso traspasó el portón bajo la luz de la luna, Matilde lo condujo a los aposentos de su patrona quien lo estaba esperando ansiosa.

—¿Qué haces, Julia? ¿Cómo te atreviste a venir, cómo lo hiciste? —Le preguntó espantado.

—No hay nada que un puñado de billetes no pueda lograr, el mundo está lleno de corruptos ¿No lo sabías? —Rio divertida.

—¿A qué has venido? la policía te busca, los cargos que pesan sobre ti son graves, no quiero que me involucren contigo.

—He venido a vengarme de Valiente y quiero que me ayudes —Sentenció con gravedad.

—¿Estás loca? Te dije que no lo haría aquella vez y no lo haré ahora. Sólo vine para aclarar esta situación y pedirte que no me llames más, me comprometes.

—Necesito un coche y algunos hombres de tu confianza, nada más —Dijo acercándose y acariciando su pecho— Te recompensaré muy bien.

—¿De qué manera? —Preguntó excitándose por el roce de los dedos de la bella viuda en su bajo vientre.

—Con lo que más les gusta a los hombres: dinero y sexo, sexo y dinero no importa el orden.

Alonso se tentó con la idea y rápidamente pensó que, por proporcionarle algunos hombres, no se vería involucrado. Tan solo ese favor y, a cambio, recibiría los favores de esa sensual mujer y mucho dinero.

—Tengo que pensarlo, es muy arriesgado —Fingió dudar.

La seductora viuda tomó un fajo alto de billetes de su secreter y se los tendió, acercándose y pegando su cuerpo al de él y le ofreció su boca mientras le acariciaba la entrepierna. Se besaron apasionadamente, Alonso la desnudó por completo y la contempló:

—Eres tan bella como diabólica.

—¿Entonces, harás lo que te pido?

—¡Sí, ven aquí por favor, ven!

Pasaron gran parte de la noche juntos, saciando sus deseos carnales y se quedaron dormidos hasta el amanecer. Alonso despertó sobresaltado desconociendo el lugar, hasta que vio a su amante dormir a su lado. Tratando de no despertarla, se vistió y se marchó cuando recién clareaba, dispuesto a volverla a ver por la noche:

—¡Qué ardiente eres! —Exclamó, deleitándose con el recuerdo reciente de una noche que prometía repetirse.

Victoria lo esperaba levantada, furiosa, sentada en el sillón de frente a la puerta principal, cuando escuchó las llaves, se levantó rápidamente y apenas Alonso apareció, le propinó una sonora bofetada.

—¿Qué haces? —Dijo tomando con su mano la enrojecida mejilla.

—¿Con quién has estado? ¿Con quién me engañas? —Preguntó enardecida—. ¿Qué horas de llegar son éstas?

—Un momento ¿Quién te has creído que eres para tratarme así en mi propia casa? ¡Yo soy libre, hago lo que me viene en ganas! —Aseveró dirigiéndose a las escaleras que lo llevaban a su alcoba— ¡Si no te gusta, puedes tomar tus cosas e irte, a mí nadie me dice lo que tengo que hacer!

—¡Alonso! ¿Por qué cambiaste así de repente? —Dijo desesperada— Yo creí que lo nuestro...

—¿Qué nuestro? ¡No hay nada de eso! —Gritó subiendo las escaleras —Y ya no grites más que me duele la cabeza.

Victoria se quedó muda, desorientada, desolada, su mundo se había derrumbado en un instante, creía que Alonso se había enamorado de ella y que le pediría matrimonio. En silencio, lloró desconsolada.

Los días se sucedieron al igual que las visitas de Alonso a la casa de Julia, siempre de noche. Victoria ya tenía la certeza de que su amante tenía otra y pensaba que, tal vez, si no le recriminaba, él se cansaría de ella y volvería a sus brazos. Pero eso no pasaba, Alonso se alejaba cada vez más

de ella y una noche, antes de que él se fuera tuvieron una discusión:

—¿Te vas con la otra? —Le dijo mientras él se peinaba frente al espejo—. ¿Ya no te gusto, mi amor?

—Victoria, no empecemos... Claro que me gustas.

—¿Qué te hace la otra que yo no? —Preguntó acercándose para besarla.

—No me gusta hablar de esto, déjame que estoy apurado.

—¡No! —Exclamó impidiéndole el paso—. No te dejaré que me sigas humillando.

—¡Apártate o no respondo de mí! —La amenazó.

—¿Y qué vas a hacer, pegarme?

De pronto la habitación se oscureció y Victoria sintió un dolor inmenso en su boca, calló al suelo y se desmayó. Cuando despertó, su cuerpo era un yunque difícil de mover, apenas podía ver y le dolía tremendamente la cara. Como pudo se levantó, Alonso ya no estaba, se miró al espejo y se asustó por la imagen que recibía en el espejo.

—¡Eres una bestia humana, imbécil malnacido! —Lo insultó, las criadas, por orden de su patrón, no la socorrieron. Con las últimas fuerzas, juntó en un bolso algo de sus pertenencias y, a la madrugada, salió definitivamente de la casa Mendía y Oviedo.

Turbada como estaba, se dirigió caminando con sumo cuidado hacia la casa de su tía Ana María que distaba a unas pocas cuadras, llamó varias veces a la puerta, hasta que vio acercarse la luz de un candil, Josefa preguntó:

—¿Quién llama a estas horas de la noche?

—Soy yo, Victoria —Se anunció en un hilo de voz.

—¿Señorita es usted? —Dijo abriendo la puerta con sus llaves— ¡Ay, por Dios! ¿Qué le pasó, mi niña? Pase, pase.

—¿Con quién hablas Josefa? —Quiso saber su patrona.

—Es la niña Victoria, señora, mire cómo está la pobrecilla —Dijo compadeciéndose—. Siéntese, por favor, con cuidado.

—¿Quién te hizo esto, de dónde vienes? —Preguntó con su voz fría e impersonal.

—Fue Alonso, vengo de su casa —Dijo compungida.

—¡Ahí tienes tu merecido por irte con él! —Le recriminó— ¡Te ha deshonrado y tú lo dejaste! Éstas son las consecuencias, igual que tu prima, las dos son unas perdidas, indignas de pertenecer a esta familia. Si tu tío estuviera aquí...

—Me he enterado de la infausta noticia ni bien llegué a San Silvestre, pero no me atreví a...

—¿A qué has venido, Victoria? —Preguntó secamente.

—A pedirte perdón, a que me auxilies, a quedarme si me lo permites —Rogó sumisa.

—¡De ninguna manera, ésta ya no es tu casa, tu tío ya no está entre los vivos, nada me ata a ti, vete ya!

—Pero señora, es de madrugada... —Terció Josefa.

—¡Tú te callas! —Y abriendo la puerta, ordenó— ¡A la calle, desagradecida! Me has hecho quedar en vergüenzas ¡Todo San Silvestre murmurando lo que tú y tu prima han hecho!

—¡Piedad, tía, no tengo a donde ir! ¿Qué va a ser de mí? —Lloró rogándole.

—¡Vete y no vuelvas! —Y la arrojó con sus bultos a la calle sin piedad, cerrando de un fuerte portazo su único refugio.

La novicia que estaba de guardia despertó, con voz suave, a Sor Inesita:

—Madre, Madre, hay una mujer en su despacho que pregunta por usted y está malherida, no

me dijo su nombre, sólo llora.

Cuando la religiosa apareció por la puerta, no la reconoció:

—¿Quién eres, en qué te puedo ayudar? Me dicen que te conozco —Inesita se puso frente a ella, bajó la capucha que cubría su cabeza y se espantó:

—¡Oh, qué te ha sucedido, Victoria! ¡Rápido, alcohol y vendas! Llévenla a la habitación de huéspedes, despacio, por favor.

—Sor... —Balbuceó en un intento por comunicarse.

—¡No hables, por favor, ahora debemos atenderte, rápido hermanas, asístanla! ¡Ay, Virgen Santa! ¿Quién fue capaz de esto?

Doña Chila estaba levantada desde la madrugada, una pesadilla la sobresaltó y ya no pudo dormir, deambulaba por la galería interna de la casa hablando sola o más bien, dialogando con los Maestros, como solía decir. Valiente la divisó desde su habitación cuando se estaba cambiando para ir con Sebastián de recorrida por las minas:

—¿Qué hace Chilita? —Se preguntó intrigado al verla mover las manos como si estuviera hablando con alguien. Miró a Lucero que dormía plácidamente y la besó apenas en los labios y luego en su vientre —Adiós a los dos ¡Vuelvo pronto, mis amores!

Salió a encontrarse con su amigo que ya estaba tomando una taza de café en la cocina y cargando algo de pan y queso para el viaje, además de frutas y agua en las cantimploras.

—Ahora vengo —Le dijo mientras tomaba la taza que le ofrecía Sebastián y salía al encuentro de la anciana:

—Chila ¿qué hace levantada a estas horas?

La anciana lo miró con el rostro desenchajado.

—Nada, hijo, tuve un mal sueño y vine a hablar con mis ancestros, ya sabes que eso me calma —Mintió.

—¿Seguro que nada ocurre? Quiero irme tranquilo a Cruz Azul —Le dijo mientras buscaba en sus ojos de mujer sabia, algún indicio de duda.

Doña Chila hubiera querido advertirle que el mal se hallaba muy cerca, acechándolos, la pesadilla que tuvo así lo mostraba: la figura de Julia ensangrentada con un semblante rabioso y lleno de odio y muchas sombras a su alrededor... Un sueño vívido, un presagio, pero sus Maestros le habían aconsejado que lo mejor era evitar el encuentro entre Valiente y la viuda.

—¿Por qué me dicen eso? Él puede detenerla antes de que le haga algo malo a Lucero —Les contestó.

Entonces, los espíritus de sus ancestros le hicieron ver cómo resultaría esa posibilidad, planteada en una visión: Valiente ahorcando con sus propias manos a Julia y encarcelado de por vida.

—¡No, eso no! Entonces lo mejor es que se vayan los dos: Valiente y Sebastián y yo me quedaré con las muchachas —Afirmó en voz tenue justo antes de que se acercara Valiente.

Cuando los vio partir, entró a la casa a descansar, debía estar atenta y muy lúcida los días siguientes, sabía que Julia aparecería por allí ¿Cuándo? No lo podía precisar.

Victoria durmió todo un día mientras las monjitas la cuidaban. Sor Inés trataba de hilvanar sus pensamientos y pronto dedujo que Alonso Mendía y Oviedo debía ser el culpable de la golpiza.

—El muy canalla ¡Qué bueno que la boda con mi niña se frustró! Ella hubiera corrido la misma suerte —Cavilaba.

—¡Madre, madre, la muchacha despertó! —Le dijo Sor Blanca.

—Ya voy de inmediato, debo hablar con ella.

Victoria estaba sentada en la cama recibiendo las curaciones pertinentes cuando vio entrar a Sor Inesita, sus ojos se llenaron de lágrimas y trató de ocultar su rostro con sus manos. Las religiosas las dejaron a solas.

—Pero ¿qué haces, niña? ¿De qué te avergüenzas? Es él quien debe hacerlo, esa bestia llamada Alonso Mendía y Oviedo.

—¿Cómo lo supo? —Preguntó con angustia.

—Fácil de deducir ¿No te fuiste con él a la Capital?

—Fue el peor error de mi vida, no, el peor fue no haberme casado con Sebastián.

—Tú no lo amabas, querida.

Victoria permaneció en silencio.

—¿Por qué te pegó?

—Porque lo increpé, tiene una amante, lo sé. Cuando me pegó, me desmayé y, cuando volví en mí, tomé mis cosas y me fui de allí a lo de mi tía. Pero ella me echó a la calle. No sabiendo adonde ir en plena madrugada, pensé en venir al Convento —Contó entre sollozos.

—¡Ana María no tiene límites, por el amor de Dios! Y te quedarás hasta que te repongas, tranquila —La apaciguó.

—¿Y después, no tengo adónde ir? —Dijo desesperada.

—Ya veremos, ahora debes descansar, te cuidaremos.

La muchacha suspiró aliviada y se durmió con las manos entre las de Sor Inesita.

Pasaron algunos días y la señal de alerta de Doña Chila se intensificaba, dormía un par de horas y el resto del tiempo deambulaba por la casa a oscuras. Lucero y Martina, tejían ropitas para sus bebés, ajenas a lo que sucedía a su alrededor:

—¿Has conversado con Sebastián acerca de los nombres para tu bebé? — Preguntó, animada, Lucero mientras devanaba un ovillo.

—Creo que ya están decididos, o al menos, son los que siempre nos están dando vueltas en la cabeza ¿Sabes? Es algo curioso, un día él me dijo “Jeremías irá a la universidad”, así, de la nada “¿quién es Jeremías?” le pregunté, “nuestro hijo” me contestó muy seguro y yo lo empecé a llamar así.

—¿Y si es una niña?

—Margarita ¿te gusta?

Lucero bromeó:

—¡Apropiado para la hija de una florista!

Ambas rieron felices, Martina, tomando las agujas de tejer como le había enseñado Carmelina, le preguntó:

—¿Y ustedes, ya eligieron los nombres?

—Todavía no, pero ya sabremos.

—¿Has visto cómo está Doña Chila estos días? —Le preguntó Martina.

—Sí, está rara, muy concentrada en sus pensamientos, tal vez ya extraña su lugar —Dedujo Lucero.

Terminaron la tarde entre lanas, agujas y té con masitas, riendo, cantando nanas y contándose lo enamoradas que estaban de sus esposos.

Julia y Alonso cenaron en la habitación, sus encuentros se hicieron más asiduos. Él se había entusiasmado con los encantos de la viuda y deseaba aprovechar al máximo el tiempo junto a ella, sabía que en algún momento concluiría, esa mujer estaba llena de odio y de deseos de venganza y no cejaría hasta concretar sus objetivos.

—Falta muy poco, querido —Le dijo mientras comían— Ya he hablado con esos hombres que me recomendaste, hace unos días que vigilan todos los movimientos de la casa de Valiente y me han informado que él y su amigo se han ido hace poco a las minas, o sea, que las mujercitas tontas están solas.

—¿Y cuál es tu plan? —Quiso saber mientras le besaba el cuello con pasión.

—Esta noche iré a visitar a Lucero —Contestó sonriendo con malicia.

—O sea que, hoy es el día decisivo. Entonces, nosotros, ya no nos veremos más —Dijo desilusionado.

—Bueno, tú lo sabías, pero, si quieres puedes ir a París, donde me radicaré.

—Esa es una noticia estupenda —Le dijo besándole la mano—. ¿Y qué harás con tus propiedades?

—Le he dado el poder a un notario de Valle Viejo para que se encargue de venderlas sin levantar sospechas con la Justicia. Me dijo que tiene algunas personas interesadas que podrían aceptar el trato. De todos modos, no me preocupa mucho este tema, la mayoría de mi fortuna está en una cuenta en Suiza con nombre falso —Relató con astucia— Ahora ven conmigo a la cama, vamos a despedirnos como nos lo merecemos.

Como casi todas las noches, Lucero hacía su registro de emociones, sentimientos y vivencias en su diario:

“Soy feliz, querido diario ¿qué más le puedo pedir a la vida? Vamos a tener un hijo, el fruto de nuestro...”

—¿Cómo estás, estúpida mujercita? —La voz de Julia resonó en las cuatro paredes de la habitación matrimonial.

—¿Quién?... ¡¿Usted?! —Se puso de pie espantada al verla—. ¿Qué quiere? ¿Qué busca?

Julia miró la cama doble:

—¿Es aquí donde te revuelcas con mi hombre? —Preguntó con furia, acercándose.

—¿Qué quiere aquí? Valiente vendrá de un momento a otro —La amenazó.

—Él está en las minas, he vigilado tu casa y sé que estás sola. ¡Vine a concretar lo que la belladona no pudo! Valiente pagará muy caro su traición, tú morirás y él jamás será feliz.

Lucero se tomó instintivamente el vientre y Julia percibió ese movimiento.

—No puede ser ¡No! ¡Llevas un hijo de él en tu vientre, perra malnacida! —Se abalanzó sobre ella y la tomó fuertemente de los cabellos— Te lo voy a sacar a empujones.

—¡Ay, no, mi hijo no! —Se defendió arañando el rostro de la pérfida mujer.

Doña Chila entró como una tromba directo hacia donde se hallaban enredadas las mujeres, detrás de ella apareció Martina que miraba la escena con horror sin poder reaccionar, sólo vio en la oscuridad de la noche, brillar el filo de un cuchillo y escuchó un grito de dolor.

—Esto es por todo el sufrimiento que me hiciste, maldita —Julia volvió asestar otro cuchillazo, pero esta vez le dio de lleno en el cuerpo de la anciana.

Marcial entró alertado por Carmelina, quien había sentido el tumulto desde su cuarto, quiso atrapar a Julia, pero ésta se escapó por la ventana por la que había ingresado y se perdió en las sombras nocturnas.

El espectáculo era dantesco, había mucha sangre en las sábanas y en las ropas de las mujeres malheridas. Martina corrió a auxiliar a Lucero quien tenía una herida profunda cerca del cuello y Carmelina trataba de reanimar a Doña Chila mientras que Marcial salió a perseguir a la viuda, sin resultados.

—Chila ha perdido mucha sangre, hagamos una compresa hasta que venga el doctor —Dijo Martina— Marcial ¿pudiste ver hacia donde se fue?

—No, señora, está muy oscuro, parece que se la tragó la tierra, voy a ir al pueblo por el doctor y de paso, voy a la policía, así salen a rastrillar la zona.

—Sí, apúrate, dile que hay dos mujeres heridas de gravedad y una está embarazada.

El doctor Rosales llegó junto con el jefe de policía, rápidamente ambos se enteraron de lo sucedido:

—Fue Doña Julia de Castañeda —Dijo Carmelina.

—Bien, dispondré de un rastrillaje por la zona —Decidió el oficial—. No sé cómo pudo llegar hasta aquí evadiendo los controles.

—¡Por favor, doctor, venga, lo necesitamos! —Llamó Martina desesperada.

Una vez que hubo revisado a las mujeres heridas, salió de la habitación que compartían y dio su diagnóstico:

—La Señora Lucero tiene un corte profundo en el cuello que, por fortuna, no tocó la arteria. Le he dado ocho puntos de sutura, ahora hay que cuidar que no se infecte. La anciana está más comprometida, tiene una herida en el estómago que ha tocado varios órganos, perdió mucha sangre... —Su rostro denotaba preocupación—. No sé cómo evolucionará debido a su avanzada edad... las próximas horas serán decisivas. Mañana por la mañana, vuelvo con medicamentos, por ahora, estas son las indicaciones —Dijo dándole el papel con anotaciones a Martina —. ¿Se siente bien? Está muy pálida... voy a tomarle la presión ¿está usted encinta? —Preguntó mirando su incipiente vientre.

Marcial fue al encuentro de sus patrones, era urgente que regresaran y todavía faltaban cuatro días para que eso sucediera.

Cuando el cochero llegó al campamento, lo recibió Sebastián quien llamó a Valiente desde lejos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has venido? —Preguntó desesperado.

—La señora Julia fue a la casa anoche —Marcial pasó a contar lo que había ocurrido con lujo de detalles.

—¿Cómo está Lucero? ¿Y Doña Chila?

—La señora recuperándose, pero la anciana corre riesgo de muerte, ella se interpuso entre la patrona y esa mujer.

—¿Y Martina? —Indagó Sebastián.

—Está bien, ella no fue atacada. Se quedó cuidando a las heridas y me envió para aquí.

—¡Vamos para allá, no hay tiempo que perder, llegó el momento de buscar a esa alimaña y ahorcarla, como se lo prometí! —Bramó Valiente fuera de sí.

Sor Inesita entró corriendo en la Casa de la Colina:

—¿Dónde está Lucero? ¿Cómo está mi niña? —Le preguntó desesperada a Carmelina.

—¡Madre, por aquí! —Se asomó Martina desde la habitación.

—Vine apenas leí tu recado, cuéntame, por favor ¿Cómo han pasado la noche? ¿Revisten

gravedad sus heridas? —Preguntó contemplando a ambas mujeres quienes dormían bajo los efectos de un soporífero administrado por el médico.

Martina le contó a grandes rasgos lo sucedido la noche anterior.

—¡Por Dios, cuánta maldad! —Se lamentó haciéndose la señal de la cruz—. ¿La atraparon?

—Aún no —Dijo angustiada— La policía está rastrellando los alrededores, no sé cómo hizo para llegar hasta aquí. Ya envié a Marcial por Valiente y Sebastián, no estaremos tranquilos hasta que sepamos que esa demente esté entre rejas.

—Me quedaré a cuidarlas, tú ve y descansa, hija mía, debes estar agotada, cuida a tu bebé, por favor. Estos momentos tan terribles no son buenos para él.

Valiente desensilló rápidamente y corrió a la casa en dos trancos, abrió la puerta de par en par y se dirigió a la habitación matrimonial. Al no encontrar a su mujer, se dirigió a la habitación de huéspedes justo en el momento que Sor Inesita salía con unas vendas sucias.

Al ver la sangre impregnando la tela, exclamó:

—¿Cómo está ella? —Con angustia en su voz.

—Cálmate, por favor, entra y lo verás con tus propios ojos.

El recinto estaba en penumbras, se sentía mucho olor a desinfectante, vio a las dos mujeres dormidas y escuchó:

—Mi amor ¿has venido o es un sueño? —Preguntó Lucero dormitando.

Valiente se acercó despacio y se arrodilló a su lado:

—Aquí estoy, mi reina ¿Cómo estás? ¿Qué sientes?

—Julia... —Dijo con esfuerzo—. Chila me ayudó...

—Shhh, no hables ahora, luego me contarás —Le dijo besándole la frente con ternura.

—En los labios.... —Pidió imperceptible.

—¿Qué dices? —Se acercó para entenderla.

—Bésame en los labios. Tú eres mi medicina —Y se durmió con una sonrisa.

Valiente alcanzó a mirar la sutura a lo largo de su cuello y su interior ardió en deseos de venganza. Observó a la anciana que dormía y se dirigió a la sala para enterarse por boca de Carmelina y de Martina, nuevamente, de los detalles pormenorizados del drama vivido la noche anterior y organizar la búsqueda de la viuda.

—Doña Chila se abalanzó con tanta rapidez que la desconocí —Relató Martina abrazada a Sebastián—. Se interpuso como una fiera entre esa maldita y Lucero quien yacía herida, si esa cuchillada hubiese sido certera creo que... —Se echó a llorar desconsoladamente.

—Tranquila, mi amor, le hace mal al niño tanta angustia —Trató de consolarla, sin remedio.

—Doña Chila está muy grave, tengo miedo de que no lo resista —Se lamentó Sor Inesita.

—Dios quiera, y sus ancestros también —Deseó Valiente mirando al cielo—. Que ella se recupere. Mientras tanto, hay cosas urgentes que hacer. Iré a policía para ver qué novedades tiene. De acuerdo a lo que me diga, la iré a buscar, bajo las piedras, si es preciso ¡Y la voy a encontrar!

—Iré contigo —Acotó Sebastián dándole un beso a su esposa.

—Cuidado, muchachos, tengan prudencia —Suplicó la religiosa.

—Por favor, mi amor, cálmalo, convéncelo de que la venganza no es buena, que puede traer más dolor del que ya hay, que viene un hijo en camino, que Lucero se moriría si le pasa algo... —Le imploró Martina.

—Todo se lo diré, pero dudo que me escuche. Por cierto, dejamos guardias diseminados por todo el predio, descuida, están protegidas, esa mujer no volverá de todos modos, debe estar muy

lejos ya.

—¡Señora Martina! ¡Sor Inés! —Llamó Carmelina— Doña Chila está murmurando algo ¡Vengan pronto!

—¿Qué sucede Chilita? —Preguntó Martina acercándose para escucharla mejor.

—Stramonium...

—¿Qué dice? No entiendo —Preguntó la monja.

—Veneno... esa mujer...

—¿Julia? Ella huyó, calma, por favor ¿Cómo te sientes? —Martina le acarició la frente con ternura.

—¿Lucero? ¿Valiente? —Preguntó angustiada.

—Recuperándose...Él salió a buscar a Julia... —Le dijo en voz baja para que su amiga no la escuchara.

—No hace falta... stramonium —Fue lo último que pudo decir antes de sumirse en un pesado sopor nuevamente.

Martina miró intrigada a la religiosa y salió a encontrarse con Natalio, el jardinero:

—¡Venga por favor! —Al acercarse el anciano le preguntó—. ¿Usted conoce un veneno llamado tramonium?

—Stramonium —Le aclaró—. Sí, señora, son plantas extremadamente venenosas que pueden llevar a la muerte casi instantáneamente si se beben o se aplican en dosis altas. Al principio se sufren alucinaciones y luego el corazón se detiene. Justamente el otro día me preguntaba Doña Chila dónde había por la zona y yo le dije que, en el bosque cercano, pero que sólo el ojo de un experto podía detectarlas, son de confundir.

—¡Gracias, Natalio, siga con sus tareas!

—Perdón el atrevimiento, patrona ¿Cómo están las señoras? —Preguntó con modestia y respeto.

—Con la ayuda de Dios y de la Virgen, saldrán adelante, gracias por preguntar.

Martina volvió al lecho de la anciana, esperó a que despertara y le preguntó al oído mientras Sor Inesita atendía a Lucero.

—¿Le diste stramonium a Julia?

—Sí...la pinché...lo vi... —Y tomando aliento para tener más fuerzas, agregó—. No quería que Valiente se manchara las manos, yo la maté antes que él lo hiciera.

—¡Ay Chilita mía! —Sollozó Martina comprendiendo todo en un instante.

—¿Qué sucede? —Dijo Lucero incorporándose con dificultad.

—Nada, nada, amiga, quiero que se sane pronto, la quiero mucho —Dijo acariciando su frente fría—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy mejor...Madrina ¿Me alcanzas un vaso de agua? ¿Dónde está Valiente?

—Ha ido al pueblo a ver qué novedades hay —Dijo la religiosa tratando de disimular la intención de su esposo.

—Conozco a Valiente y sé que querrá ir en su busca, eso me espanta.

—Nada de eso, amiga, él sabe que viene su hijo en camino y no se arriesgará. Descansa, querida, nosotras te cuidaremos. Él vendrá de un momento a otro, ya verás, seguro que la atraparon y está entre rejas —La consoló con una mentira piadosa.

Victoria se levantó esa mañana dispuesta a ir a pedir explicaciones a Alonso:

—Esto no se va a quedar así —Decidió furiosa.

Su cara todavía estaba hinchada y un moretón oscuro le cubría gran parte de la mejilla derecha. La novicia que la asistía, al entrar y verla cambiada, le dijo:

—Pero, señorita, todavía no está repuesta, debe descansar un poco más.

—Debo salir unos momentos, hermana, no me tardo.

Cuando llegaba a la mansión, lo vio descender de su cabriolé:

—¡Alonso, espera! —Lo llamó.

—¿Qué haces tú aquí? —Preguntó, molesto.

—Necesitaba verte, entender qué pasó.

El joven miró a ambos lados y abrió el portón:

—Pasa un momento —Una vez dentro, le miró el rostro:

—Perdóname, Victoria, no quise hacerlo, tú me obligaste...

—Está bien, ya pasó —Dijo en tono conciliador y mirando las valijas que se hallaban en el recibidor, le dijo:

—¿Viajas?

—Me voy por un tiempo a Europa.

—¿Solo o con tu amante? —Le preguntó celosa.

—¡No comiences! —Contestó nervioso—. Voy solo.

—¡Llévame contigo! —Le rogó acercándose.

—No, querida, lo nuestro terminó.

—Pensé que nos reconciliaríamos.

Alonso se impacientó:

—Te hice pasar porque no quiero escándalos en la puerta de mi casa pero entiéndelo de una buena vez, nosotros no somos nada.

—Entonces te vas con ella ¿Quién es? —Preguntó ansiosa— Debe ser de por aquí. Lo averiguaré.

—¡Tú te callas y no haces nada, por tu conveniencia te lo digo! —Ordenó tomándola de los brazos y apretándolos con fuerza.

—¡Me lastimas! ¡Suéltame bestia!

—¡Vete de aquí y no vuelvas, mujerzuela! Ya te he sacado provecho como arrastrada que eres —Le gritó.

—¿Cómo te atreves a llamarme de esa manera? ¡Yo soy una Olazábal! Y no ha nacido el hombre que me abandone.

—¿De veras? —Dijo irónico—. ¿Y Sebastián Agüero? ¿Y yo?

Victoria se abalanzó y le dio una sonora bofetada, Alonso se tomó la cara y le confesó:

—Tienes razón, me voy con otra, con una mujer con mayúsculas. Con Julia de Castañeda, a la que no le llegas ni a la punta de los talones.

—¿Con ella me engañaste todo este tiempo? Pero no puede ser, Doña Julia está en Europa ¡Mientes!

—No, no miento, ella volvió para vengarse de esos dos. Me pidió ayuda y se la di a cambio de dinero y de su hermosa compañía —Confesó con satisfacción en la mirada— Y ahora vete, me tengo que ir a la Capital.

Victoria salió de la casa confundida y le costó un tiempo hilvanar las ideas.

Al regresar al convento, se encerró en su cuarto para poder ordenar sus pensamientos. De pronto, escuchó la voz de Sor Inesita impartiendo órdenes y fue en su búsqueda:

—Muchacha ¿Qué haces levantada? ¿Te encuentras bien? —Preguntó preocupada.

—Sí, mejor.

—Me alegro, vine a buscar una muda de ropa y me regreso a la finca.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué el apuro?

—La tal Julia atacó a Lucero y la hirió de gravedad.

—¿La detuvieron?

—No, lamentablemente ella huyó y aún no sabemos nada.

Victoria se quedó callada, ahora entendía todo:

—Vino a vengarse y ahora se van a encontrar en Europa ¡Qué lástima, Alonso que eso no va a ocurrir! ¡De mí no te burlarás!

Valiente y Sebastián se entrevistaron con el comisario de policía, Tomás Hernández, que comandaba la búsqueda de la viuda.

—¡Adelante, por favor! Señor Vallejos, Señor Agüero. Tomen asiento —Los invitó con amabilidad.

—¿Qué novedades hay, comisario? —Preguntó Valiente conteniendo su furia.

—Hasta el momento, ninguna, parece que a la señora Castañeda se la tragó la tierra.

—¿Seguirán con el rastillaje me imagino, no? —demandó Sebastián apremiado por la decisión que pudiera tomar su amigo.

—Sí, una vez que descansen mis hombres, volveremos a peinar la zona, de todos modos, hay una cuadrilla de turno trabajando en este momento.

—Muy bien, Hernández, manténganme al tanto del operativo —Añadió Valiente con un tono de voz de aparente serenidad.

—¿Quiere que le asigne guardias para custodiar su finca? Sé que usted tiene suficientes hombres en su hacienda, es por eso que no se lo ofrecí antes, pero de todos modos estamos a su entera disposición.

—Es verdad, no se preocupe por eso, ocupe a todos sus hombres en la captura de esa criminal, buenos días —Replicó en tono seco.

Sebastián caminó al lado de Valiente esperando lo que seguramente diría y así sucedió:

—Vamos a terminar esto de una buena vez.

Los dos amigos se dirigieron directamente al bosque, querían rastrear por otros senderos más intrincados, tal vez vadear el río y preguntar a algunos pastores de la zona.

Realmente parecía que el plan de huida de Julia había sido un éxito, luego de varias horas de búsqueda de rastros que los condujeran hacia la malvada mujer, decidieron volver a la Casa de la Colina a ver cómo estaba todo por allá, a Valiente le preocupaba la herida de Lucero y la precaria salud de Doña Chila.

—¿Qué pasó? —Salió Martina a recibirlos ni bien escuchó los cascos de sus caballos.

—Nada, todavía —Le contestó su esposo mientras Valiente le preguntaba:

—¿Cómo está Lucero?

—Descansa, ha preguntado por ti, le dije que estabas en la comisaría.

—Bien hecho, no quiero alterarla ¿Y Chila?

—Eso es más complicado de saber, tengamos fe.

Valiente entró a la casa para ver a su amada:

—Mi reina, aquí estoy —Le susurró al oído. Lucero sonrió dormida.

Miró a la anciana y le pidió a Dios en silencio que no se la llevara aún.

—Sebastián, prepara todo, en una hora partimos hacia San Cristóbal, si consiguió escapar, esa

es la vía que habrá tomado para atravesar la frontera.

—Está bien, hermano. Martina mía, cuéntale lo que me dijiste recién.

—Chila me dijo que la había pinchado con un veneno poderoso, Stramonium, el jardinero me lo confirmó.

—Entonces, ella morirá de la misma manera como ideó la muerte de mi Lucero.

Salieron presurosos, tenían que recorrer varias horas a caballo y luego, inspeccionar la zona de barrancos y precipicios. Llegando a un recodo del camino, escucharon voces, era una cuadrilla de la policía que se había detenido cerca de un peñón.

—¿Qué sucede oficial? —Preguntó Valiente acercándose—. Soy el señor Vallejos, en mi propiedad sucedió el hecho que están investigando.

—Sí, señor, los reconozco, estamos rastrillando el lugar porque vimos algunos buitres merodear la zona en lo alto —Dijo señalando al cielo—. ¿Ve? Allá... Quería que algunos de mis hombres descendieran para ver qué había, tal vez sea un animal muerto, pero no podemos descartar nada.

—Los acompañamos.

El descenso se hizo difícil, había muchos espinillos y los caballos se hallaban molestos y sedientos. Cuando llegaron a la planicie, dejaron que tomaran agua los animales y dos hombres se adelantaron en el camino, desde lejos, llamaron a su jefe, todos acudieron rápidamente, el espectáculo que presenciaron no fue nada agradable: entre unos arbustos, se hallaba el cuerpo de una mujer con su rostro desfigurado y muy maltrecho, había algunos buitres picoteándole la carne, que se espantaron al verlos llegar.

—¿Será ella? —Dijo Sebastián.

—¿La reconoce, señor? —Preguntó el oficial.

Valiente se acercó y miró su mano derecha. Allí estaba uno de los anillos que nunca se quitaba Julia, era el que le había regalado su padre antes de morir.

—Es ella, no hay dudas —Confirmó cuando dieron vuelta el cadáver.

—¿Qué habrá sucedido? —Se dijo Sebastián.

—Bien, entonces, procederemos a la remoción del cuerpo ni bien llegue el coche con el forense. En tanto, enviaré a uno de mis hombres para que dé cuenta al comisario del hallazgo.

—Vamos, Valiente, ya no tenemos más nada que hacer aquí, por suerte, todo ha terminado.

Doña Julia había planeado la huida al detalle, pero se hallaba decepcionada porque no había podido comprobar si Lucero estaba muerta. La sola idea de no haberla asesinado, la ponía ansiosa:

—Esa vieja que se interpuso entre nosotras no me dejó ver si la puñalada que le di a esa imbécil la mandó para el otro lado.

Los malhechores que había contratado la estaban esperando con un coche y dos caballos, debían llevarla a San Cristóbal y de allí, llegarían por caminos pocos transitados hasta la frontera, pero, en el trayecto, comenzó a sudar profusamente y a delirar:

—¡Cuidado, hay murciélagos gigantes que están golpeando al coche! ¡Mátenlos, quieren entrar a atacarme! —Gritaba agitada.

Los hombres, en el pescante, miraban a su alrededor extrañados, sin divisar nada:

—Tranquilícese, señora, todo está bajo control.

La viuda cayó en un sopor y buena parte del viaje lo pasó inconsciente, al llegar a las afueras de San Cristóbal, y viendo que no emitía sonido dentro del coche, los delincuentes bajaron para

ver si necesitaba algo:

—Señora, señora —Llamó el más joven— Llegamos. Necesitamos que nos pague, así nos vamos. Está dormida como tronco —Le avisó al más viejo.

—¡Despiértala pues, sacúdela si es necesario! —Le ordenó enojado— ¡Qué nos pague y nos largamos de aquí!

Cuando el muchacho ingresó al interior del coche, zamarreó a la viuda y, con horror, comprobó que ya no respiraba:

—¡Está muerta, compañero! —Avisó espantado.

—¿Qué? ¡No puede ser, maldita sea! —Vociferó mientras se asomaba para comprobarlo con sus propios ojos.

—¿Qué le ha dado?

—Un ataque al corazón, supongo —Dijo fríamente— Busca entre sus ropas a ver si está el dinero que nos debe, tenemos que huir ¡Apresúrate!

—¡Aquí está! ¿Qué hacemos con el cuerpo?

—Llémoslo y tirémoslo al precipicio que pasamos hace un rato y luego nos vamos lejos, lo siento señora —Le dijo mientras miraba el lívido rostro.

CAPÍTULO 6

Valiente llegó a la casa un tanto frustrado, hubiera deseado hacer justicia por mano propia, pero no pudo. Buscó a Lucero en la habitación de huéspedes y vio que dormía, miró a Doña Chila y ella sonrió con los ojos cerrados:

—¿La encontraste? —Le preguntó.

—Sí, muerta en el fondo de un precipicio.

—¿No es lo que querías? Ahí la tienes, tiesa y putrefacta.

—Hubiera querido matarla con mis propias manos pero tú me quitaste el privilegio.

Doña Chila ya no lo escuchaba, se había quedado dormida. Valiente se dirigió a la cocina para comer algo, un tanto contrariado.

Allí se encontraban Martina y Sebastián junto a Carmelina, que preparaba una comida ligera.

—Amigo, aquí me dice Martina que Doña Chila buscaba el stramonium en el bosque.

—Perdón, patrón que me entrometa —Se disculpó Carmelina— La he visto hacer un brebaje con plantas y reducir el líquido por horas en esta misma cocina, y cuando finalmente lo trasvasó en una botellita, le pregunté qué era, me dijo que era veneno para las ratas, que lo iba a necesitar muy pronto y lo guardó entre sus ropas.

—Es verdad, Doña Chila me dijo que la pinchó con stramonium pues no iba a permitir que tú te mancharas las manos —Aseveró Martina con lágrimas en los ojos.

—Hermano, ella dio la vida por Lucero y tu hijo, sabía que Julia vendría ¿Por qué el enojo? ¿Porque no te dejó matarla?

—Tienes razón, Doña Chila actuó con coraje, debo agradecerle de por vida lo que hizo por nosotros.

—¡Alto ahí! —Se escuchó la voz de uno de los guardias—. ¿Quién es?

Sebastián salió con premura y detrás Martina y Valiente.

Del cabriolé bajó Victoria y se dirigió resuelta hacia donde estaba el dueño de casa. Todos repararon en su maltrecho rostro.

—¿Qué haces aquí, mala mujer? —Le gritó Martina.

—Vine a hablar con Valiente, tengo una noticia que le puede servir.

—¿Qué vienes a decirme?

—A solas, por favor —Pidió con altanería.

—Sígueme —Le ordenó con voz grave.

Victoria pasó delante de Sebastián y lo miró intensamente:

—¿Cómo estás, querido?

Martina se abalanzó para poder abofetearla, pero su marido se lo impidió:

—¡Déjala, no vale la pena!

Una vez solos, en la biblioteca, la joven fue directo al punto:

—Como sabrás, hasta hace poco estuve de amoríos con Alonso Mendía y Oviedo.

—¿Y eso a mí qué me importa?

—Es que hace un tiempo, él se mostró esquivo conmigo e intuí que algo pasaba. Fue por eso que lo abandoné —Mintió.

—¿Por eso te dejó la cara así?

—Sí, no lo soportó —Continuó deformando la realidad— Antes de seguir con mi relato y con la información que vas a obtener de él, quiero que me des una considerable suma de dinero para que yo me pueda ir lejos de aquí y rehacer mi vida en otro lugar ¿Cuento con tu palabra? Te aseguro que me lo agradecerás.

—¡Hecho!

—Supe que Alonso tenía una amante: Doña Julia de Castañeda y que él la ayudó para concretar su plan, a cambio de dinero y también de sus favores. Se estaba yendo a la Capital para embarcarse a Europa y encontrarse allá con ella.

Valiente tomó un fajo grande de billetes de su escritorio y, antes de dárselo, le dijo:

—Gracias por la información, necesito que lo escribas de tu puño y letra y yo, en tanto, mandaré a buscar al notario para que certifique su autenticidad. No te preocupes, no te llevaré a la policía. Alonso será acusado de cómplice por intento de homicidio.

—Está bien, espero, deseo que ese petulante malnacido me las pague —Dijo contando el dinero.

—Al menos, Julia ya lo hizo.

—¿La atraparon? —Preguntó con satisfacción.

—No, la encontramos muerta en un barranco tratando de huir, sus planes fracasaron.

Victoria sonrió con malicia.

—Gracias por la información. Te acompaño a la salida —Dijo fríamente.

Cuando el comisario Hernández recibió el manuscrito certificado con la declaración de Victoria, envió de inmediato una comisión para detener a Alonso, quien ya estaba en el muelle, próximo a embarcar. Desde allí, esposado, lo trajeron de regreso a San Silvestre para enfrentar las acusaciones por complicidad en el intento de asesinato de Lucero de Olazábal.

—¡Suéltlenme, esto es un gran error! ¿Ustedes saben quién soy yo? ¡Un Mendía y Oviedo! ¿Cómo se atreven a detenerme y llevarme esposado? —Se agitaba en el carruaje de la policía— Debo embarcar para Francia, por favor ¡Yo no conozco a esa señora!

Victoria aguardó en el convento la noticia de que su ex amante estaba entre rejas a la espera de una condena. Una vez enterada de que su venganza se había cumplido decidió partir para no regresar nunca más. Le agradeció a Sor Inesita sus cuidados y los de las monjas y satisfecha exclamó:

—¡De mí no se burla nadie! ¡Nunca más les veré la cara a todos ustedes, me voy y jamás regresaré!

La investigación llevada por el comisario Hernández fue exhaustiva, llamó a declarar a varios testigos, entre ellos a Matilde, la criada de la occisa y la servidumbre de Mendía y Oviedo, el cómplice. Además, y gracias a algunos colaboradores de la policía, pudieron dar con los dos hombres que fueron contratados por Doña Julia, quienes confesaron conocerlo a Alonso y haber descartado su cuerpo en el precipicio, cuando la hallaron muerta.

Valiente recibió toda la información de manos del juez de la causa y se mostró satisfecho.

—La pesadilla ha terminado ¡Al fin estamos en paz! —Exclamó al cerrar la carpeta judicial.

—Amado mío ¿qué lees? —Preguntó Lucero apoyada en el marco de la puerta de entrada a la

biblioteca.

—¡Mi reina! ¿Cómo estás? —Se levantó presuroso a sostenerla con su brazo alrededor de la cintura.

—Mucho mejor...mi bien. La herida está cicatrizando muy rápido, gracias a un ungüento que tenía en mi alacena que me enseñó a preparar Doña Chila.

—¿Y nuestro hijo? ¿Está... bien? —Preguntó con temor.

—Está aquí —Afirmó señalando su vientre— el doctor Rosales me lo confirmó esta mañana.

—¡Gracias a Dios! Ven siéntate que debo decirte algo.

Valiente le relató todo lo que supo acerca de la viuda y su cómplice y de la intervención fortuita de su prima Victoria antes de partir para siempre.

—¡Realmente me dejas pasmada, tanto horror, tanta maldad! ¿Y Chila fue la que le inoculó el veneno que, finalmente la mató?

—Así es...por cierto ¿Cómo la ves? ¿Está muy débil, verdad?

—Ahora que estoy repuesta, comenzaré a suministrarle un tónico reconstituyente que ella especialmente me enseñó a preparar. Recuerdo que me dijo: “Mi niña, presta atención a las cantidades de los ingredientes, es muy importante, lo necesitaremos” —Rememoró emocionada— ¡Valiente, ella supo siempre todo lo que iba a pasar!

—Y te aleccionó, mi vida, para que tú la salves —Dijo abrazándola con ternura—. Chila merece todos nuestros cuidados y nuestro afecto porque vino a esta casa a liberarnos del mal. Hubiera querido ser yo quien le pusiera punto final a esa víbora, pero ella me lo impidió.

—¿Qué hubiera sido de Francisco y de mí, si a ti te pasara algo, mi rey?

—¿Francisco? ¿Nuestro hijo dices? —Preguntó sonriendo.

—¿Te gusta el nombre? —Dijo acariciándole el rostro con dulzura.

—Mi padre se llamaba así... —Recordó con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo lo supiste?

—Anoche lo soñé, me lo susurraron al oído. Creo que él quiere llevar el nombre de su abuelo.

—¿Quiénes te lo susurraron, los ángeles? —Valiente la abrazó y acarició el vientre amado.

Sor Inesita iba y venía a la Casa de la Colina, asistiendo a Lucero y también a Doña Chila, uno de esos días en que cargaba frutas verduras de la huerta del convento para llevarles a las futuras madres, se presentó Doña Ana María acompañada de Josefa, su criada de confianza:

—¿Por qué no me avisaste que Lucero había sido atacada por la viuda de Castañeda? ¿Me tengo que enterar por los corrillos del pueblo? —Vociferó con su voz chillona.

—Buenos días, Ana María ¿Cómo has estado todo este tiempo? —Saludó mirándola indignada—. ¿Recuerdas que tú misma no quisiste saber más nada de tu hija? ¿Para qué te iba a contar? ¿Para qué te pusieras a regañarla y a entorpecer las cosas? Ella está bien, por cierto, serás abuela.

—¿Cómo, sin haberse casado? —Se escandalizó.

—En poco tiempo lo podrán hacer, Valiente enviudó. Voy para allá, ahora, déjame pasar, por favor, que estoy apurada.

—Voy contigo, quiero verla.

—Te lo advierto, Ana María, no permitiré que la amargues. Necesita paz.

Sin responder, se subió a la carreta seguida de Josefa.

Lucero había atendido solícitamente a Doña Chila a lo largo de su convalecencia. Ambas se hallaban sentadas en la galería y conversando animadamente cuando divisaron a la conocida carreta del convento y a dos mujeres en el pescante y otra detrás.

—Es mi madrina y Ana María ¿A qué ha venido? —Se incomodó.

Doña Chila las vio avanzar:

—Alma negra —Sentenció mirando a Doña Ana María.

—¿Tú por aquí? —La recibió Lucero con evidente fastidio.

Sor Inesita llamó a Marcial para que la ayudara a descargar los bultos con rapidez.

—La visita será corta, mi niña —Le confirmó a su ahijada que la miraba sin entender.

—He venido a verte, a preguntarte cómo estás de salud —Le dijo sin preámbulos—. ¿Me tengo que enterar por los chismes del pueblo y no por ti, de todo lo que ha pasado?

—Ahora estoy bien, eso es lo que importa —Contestó escuetamente.

—¿Y esa vieja quién es? —Exclamó con desprecio.

Lucero, visiblemente contrariada por el trato que le daba a su venerada anciana, le contestó:

—Es la valerosa mujer que me salvó la vida.

Y mirándole el vientre, exclamó con desagrado:

—¿Estás preñada de ese hombre?

—Así es —Le contestó Valiente llegando por detrás—. Vamos a tener un hijo, el primero de unos cuantos ¿No, mi reina?

—¿Qué horror! ¿Sin estar casados? Ustedes viven en pecado hace tiempo, espero, señor, que regularice la situación lo antes posible.

—Eso se solucionará en breve —Terció Sor Inesita —Ya te lo había dicho, discúlpenme todos, fue una mala idea traerla hasta aquí ¡Vamos, Ana María!

—¡No, tú no me dices lo que tengo que hacer, es mi hija y tengo derechos sobre ella! —Le gritó altanera— ¡Tú no eres nadie!

Doña Chila se incorporó apoyada en su bastón, seguida de Chuñito. Se acercó despacio hacia donde estaba el grupo y dijo:

—¿Cuándo le dirán la verdad a Lucero? Ella tiene el derecho de saber.

—Por favor, Chila —La miró suplicante Sor Inés.

—Ya es la hora —Le dijo fijando su mirada en los ojos de la monja.

—¿De qué habla esta tullida? —Gritó Ana María.

—¿Qué tengo que saber? —Preguntó Lucero intrigada.

—Que yo soy tu verdadera madre —Confesó avergonzada la religiosa.

—¡No le creas, se han puesto de acuerdo estas horribles mujeres para mentirte! ¡Yo soy tu madre! ¡Yo y nadie más que yo!

—No, no —Lucero se tambaleó y fue tomada por la cintura por Valiente.

—Si Doña Chila lo dice, es porque es así —Afirmó Sebastián que venía desde el jardín acompañado de Martina y había escuchado la confesión.

—¡Me robaste el amor de Juan! ¿Y ahora quieres quitarme a mi hija? —Le reclamó rabiosa—. ¡Maldigo el día en que te conocí, bastarda! ¡Mil veces lo maldigo!

Sor Inesita lloraba tapándose el rostro con ambas manos, nunca hubiera pensado que su secreto, el que tanto tiempo había guardado, un día cualquiera se iba a develar. Creía que Lucero no se lo perdonaría jamás y ya no podría acercarse nunca más a ella.

—Entonces ¿Tú eres mi madre? —Le dijo con ternura— ¡Todos estos años te amé tanto, me sentí siempre tan amada por ti que ahora entiendo todo! Muy por el contrario ¡Tú! —Dijo mirando a Ana María—. Siempre tan distante y fría. Jamás me acariciaste, me cantaste, me abrazaste, siempre tan severa y estricta.

—¡Había que educarte como una Olazábal, esas eran las órdenes de tu padre, que yo cumplí a rajatabla! —Gritaba llorando de rabia.

—Pero yo recuerdo tus gestos de fastidio, tus modos secos hacia mí, tu desamor constante y tus reproches silenciosos ¡Ahora lo comprendo todo! —lloraba abrazándose a Valiente.

—¿Qué comprendes, niña tonta? ¿Acaso alguna vez estuviste en mi lugar? —Rugió—. ¿Sabes lo que significa amar con locura sin ser correspondida y encima criar a la hija de la otra? ¿Quieres saberlo? ¡Lo viví como una tortura todos los años de tu maldita existencia! Cuando supe que la viuda de Castañeda te había tratado de asesinar, la entendí. Yo hubiera querido hacer lo mismo, muchas veces, con Inés.

—¡No te lo voy a permitir que hables así de ella! —Dijo la monja abofeteándola varias veces hasta sangrarle la boca.

—¡Ya basta, señoras! —Las separó Valiente—. Cálmense, Lucero no está bien.

Martina le acercó un sillón de la galería para que se sentara, mientras la apantallaba. Doña Chila seguía parada en silencio observando la escena.

—Dígale a su cochero que me lleve a mi casa, ya nada tengo que hacer aquí ¡Vamos Josefa! —Admitió, derrotada, Ana María.

Sor Inés, avergonzada, se dirigió a la carreta para poder irse también.

—¡Madre, tú te quedas! —Le gritó Lucero a sus espaldas—. Ven, te necesito a mi lado.

Sor Inés se dio vuelta con lágrimas en los ojos y corrió a abrazarla:

—¿Me perdonas, hija mía? —Dijo arrodillándose y besándole las manos—. No podría vivir sin tu perdón.

Valiente observaba la escena desde una distancia prudente, respetando el momento.

—Claro que te perdono, y te comprendo —Le besó la mejilla— ¡Qué bueno es saber que tú eres mi madre y no esa espantosa mujer a quien nunca pude reconocer como tal! ¡Qué alivio tan grande siento! ¡Gracias Chila, tú eres mi ángel guardián! —Le dijo mirándola con dulzura.

—La verdad siempre triunfa, querida, las dejo, tienen que conversar mucho —La anciana ingresó a la casa con paso cansino.

—Es cierto —Asintió Martina—. ¿Vamos, amor mío? —Le pidió a Sebastián. Valiente se fue a las caballerizas, visiblemente emocionado con la noticia y la reacción de Lucero.

Cuando estuvieron solas, la monja le confió:

—Debes saber toda la verdad, mi corazón: un día antes de casarse con Ana María, tu padre y yo nos encontramos para despedirnos, estuvimos juntos por primera y única vez y quedé encinta, mi niña bonita. Al enterarse de mi embarazo, Ana María lo convenció de que tú estarías mejor con ellos que conmigo, porque yo no tendría ni apoyo económico ni un marido que me mantuviera... Fui cobarde, lo reconozco, porque cuando Juan vino con la propuesta, le dije que sí y, después del parto, renuncié a ti e ingresé en el noviciado.

—Hiciste lo que pudiste, madrecita —La consoló—. No te culpes por eso, creíste que era lo mejor para mí.

—Todos estos años te visité y estuve al tanto de lo que Ana María me dejaba estar e iba a llevarme a la tumba este secreto porque temía tu rechazo, eso sí que no lo hubiera soportado, hija mía —Dijo acariciándole las mejillas.

—Los recuerdos de mi infancia están llenos de tu presencia. Tú me enseñaste a contar, mis primeras letras ¡A escribir mi nombre! ¿Te acuerdas? —Sonrió enternecida— Me contabas cuentos maravillosos llenos de princesas, príncipes, hadas y dragones. Gracias a tu dulzura, pude tener el calor y los cuidados maternos. Mi alma está en paz ahora que lo sé, tú ya sabes que te había elegido como mi madre tiempo atrás ¡Desde siempre! —Ambas se abrazaron con ternura y permanecieron así largo rato.

—¡Gracias, Virgencita por este milagro que nunca esperé!— Dijo abrazando con fuerza a su hija como si fuera la primera vez.

Doña Chila miraba la escena desde la ventana.

—El Cielo siempre recompensa —Suspiró contenta.

—Por favor, Valiente, cuidado, él es pequeño aún —Suplicaba Lucero mirando a su hijo sobre la grupa del caballo que su esposo guiaba suavemente de las correas.

—No temas, mujer, Francisco es un jovencito atrevido que no le tiene miedo a nada ¿Verdad?

—Apenas tiene dos años, mi bien ¡Mira, Fran, allá viene Jeremías con sus papás!

—¿Cómo están, amigos? —Saludó Sebastián ayudando a descender a Martina quien se hallaba en la dulce espera.

—¡Cuánto tiempo ha pasado, querida, desde que se mudaron a Cruz Azul, es poco lo que los veo y los extraño muchísimo! —Confesó saludando a quienes consideraba su familia—. Pasen, por favor, los estábamos esperando ¿Se quedarán unos días no es cierto? —Dijo alegre.

—Sí, Lucero, algunos nomás, vinimos para la boda y nos volvemos porque allá me necesitan —Contestó Sebastián.

—Para mí, ya nos casamos aquella vez en el bosque, pero Valiente quiere que formalicemos ante la sociedad.

Los dos amigos se abrazaron con afecto y marcharon directamente a la biblioteca para ponerse al tanto de sus prósperos negocios.

—Lucero, cuéntame la triste noticia ¿Cómo fue? recibí tu mensaje y no paré de llorar.

—Chila quería partir con sus ancestros, amiga, después de ayudarme a parir a Francisco, su salud comenzó a debilitarse día tras día. Por un mal esfuerzo, su antigua herida se abrió y se infectó ¿Recuerdas? —Contaba con lágrimas en los ojos.

—Sí, es verdad, no pude quedarme mucho tiempo debido a las ocupaciones de Sebastián con las minas —Se lamentó.

—Chuñito la acompañaba día y noche, —Prosiguió con el relato— la curé con ungüentos y le pedí mil veces que no nos abandonara, pero ella me dijo una noche:

“El Padre de los Cielos me está llamando, mi misión en la Tierra ha finalizado. Nos volveremos a encontrar en otras vidas y con otros rostros, el corazón sabrá reconocer el alma. Lo que el cielo une nada ni nadie lo separa porque el amor es la red que nos entrelaza con hilos invisibles. No te preocupes, mi niña, sé feliz con tu Valiente y con ese niño maravilloso que tienen, vendrán otros hijos, pero ninguna será como Fran, ya verás”

Al pasar los meses, pensé que todo aquello había quedado atrás y que, finalmente, permanecería con nosotros mucho tiempo más.

Martina sollozó en silencio. Lucero continuó:

—Una tarde de lluvia, hace un mes, Doña Chila me dijo en su lecho de muerte: “Anoche vinieron mis ancestros y también mis padres ¿Te acuerdas que te conté de ellos? —Decía mientras se tomaban las manos—. Vinieron a buscarme, esta noche parto”

Yo comencé a llorar y a desesperarme y, ella, muy sabia como siempre, me calmó diciéndome:

“¿Sabes? No recordamos, pero hemos nacido y hemos muerto muchas veces. El Cielo es maravilloso, hija mía y todos se alegran cuando vuelves. No quiero lágrimas, mi niña, quiero que te alegres por mí, porque cumplí con Él, porque saldé mis deudas, porque vuelvo al seno de nuestro Padre. Cuando hayas comprobado que ya no estoy en este mundo, quiero que me vistas con la túnica ceremonial con la que los casé en el bosque, está entre mis cosas. Ahora dame un beso,

te amo, mi bello tesoro, nos volveremos a ver. Cuando escribas la carta, agrega ésta frase: ‘Ser fuerte es tener vivo el corazón’ ”. No supe qué quiso decir con eso, pero, en mi memoria, quedaron grabadas sus palabras —Se emocionó—. Nos quedamos en silencio un rato, puso su mano sobre mi corazón y sentí un calor inmenso, nos mirábamos con tanto amor, que parecía que mi alma se henchía de su extraordinaria energía. Luego, pidió hablar con Valiente a solas. Nunca nos contamos lo que nos dijo.

—¡Ay, por Dios, Qué tristeza tan grande! ¡Lamentamos tanto no haber podido estar en el entierro! En esos momentos, Sebastián y yo fuimos a la Capital para tratarlo a Jeremías de los pulmones.

—Sí, lo sé, amiga y gracias a Dios, su enfermedad no pasó a mayores. Sé cuánto amaban a Doña Chila.

—Así es, querida, ambos sufrimos, a la distancia, su partida ¿Y qué pasó después?

—A la madrugada, me sobresalté en medio de la noche y fui a espiar a su alcoba para ver que estuviera bien y ya había fallecido. Su rostro estaba radiante, parecía más joven... era la vívida imagen de la paz. Su cuerpo está enterrado en el bosque, como le pidió a Valiente, en medio de la naturaleza, entre sus plantas curativas, con los pájaros sobrevolando su tumba con sus cantos y miles de mariposas multicolores que se posan allí. Su alma, allá arriba —Miró al cielo— donde se merece estar. Mañana, si quieres, iremos a verla.

—Sí, por supuesto ¿Y Chuñito que no lo veo?

—Desapareció la misma noche que murió Chila y nunca más volvimos a verlo —Suspiró angustiada.

—Finalmente, tomaste el lugar de Chila —Dijo mirando el jardín— y el mío, en cuanto a las flores.

—Sí, mi mayor agradecimiento a ambas es poder hacer lo que ustedes tanto amaban, sobre todo, poder ayudar a las personas como lo hacía ella —Lagrimó emocionada.

—Todo es muy triste, Lucero, lo único que me consuela es que estaba decidida a partir y conforme con su tarea aquí ¡Que en paz descanse en la Gloria del Señor!

Ambas mujeres se santiguaron y permanecieron sumidas en sus propios pensamientos secando sus lágrimas con sus pañuelos, hasta que la nana de la casa trajo a los dos pequeños retoños a jugar en el extenso parque. Y el ambiente se llenó de risas y de travesuras.

La boda de Lucero y Valiente fue sencilla y emotiva, el sacerdote bendijo la unión y los anillos de oro. Las familias que trabajaban para Valiente fueron invitadas al igual que Sor Inesita, que ocupa un lugar especial y algunas personalidades destacadas de San Silvestre. Los festejos se extendieron hasta bien entrada la noche, los niños se fueron a dormir temprano, rendidos de tanto correr y jugar alrededor de los invitados y con los hijos de los trabajadores.

Cuando todos se hubieron retirados y Martina, debido a su estado de gravidez, se fue a su habitación junto a su esposo, Valiente tomó de la mano a Lucero y la condujo hacia el bosque.

—¿Qué te traes entre manos, mi vida? —Le dijo con ternura Lucero.

—Ya verás...

En un claro, se hallaba instalada una amplia carpa iluminada con velas, con telas blancas que colgaban del techo a modo de guirnaldas, con alfombras en el piso, almohadones diseminados por todo el lugar, una cama matrimonial. Un aroma a sándalo impregnaba el lugar.

—¿Y esto? —Preguntó asombrada —¿Cuándo lo preparaste que no me di cuenta?

—Es mi regalo para ti, ven, mira lo que te he comprado.

La ropa de cama de encaje y de piedras estaba sobre el lecho nupcial.

—¡Es hermoso! Quiero lucirlo para ti, mi rey —Lucero se escondió detrás de un biombo preparado para la ocasión y, a los pocos minutos, apareció radiante.

—¡Qué bella eres! —Valiente se había desnudado el torso y se hallaba arrodillado al pie de la cama preparando unos recipientes con agua.

—¿Qué haces? —Preguntó con curiosidad.

—Ven, siéntate en la cama —Le pidió, ella obedeció— Te lavaré los pies, amada mía, en señal de mi amor incondicional hacia ti y mi rendición total.

Secó sus pies y los untó con aceite de rosas que comenzó a extender por las piernas hacia arriba, cerca del pubis. Lucero observaba fascinada el movimiento de los músculos del torso desnudo, de su cabello enmarañado, de sus manos recorriendo sus extremidades, y comenzó a excitarse. Cerró sus ojos para sentir aún más y se recostó en la cama.

Valiente se acomodó a su lado, desnudo, sus manos comenzaron a bajar los breteles de su enagua y descubrieron sus pechos turgentes, su lengua comenzó a jugar con sus pezones mientras Lucero se movía suavemente.

—Eres mi sol, mi luna, mi todo —Le susurraba al oído, su esposo.

—Tú eres mi vida, el aire que respiro...

Valiente descubrió su pubis y comenzó a besarlo con fruición, Lucero se retorció de placer y, ante la insistencia de su lengua, sobrevino el primer orgasmo.

—Te deseo tanto —Dijo mientras la penetraba con furia—. Quiero quedarme dentro tuyo y hacer este momento, eterno —Jadeaba— Tú eres mía, solo mía.

—Y tú de mí —Gemía Lucero.

Alzó las caderas de su mujer y la encajó en su cintura, ambos quedaron de frente, mientras la excitación iba creciendo.

—Prométeme que me buscarás a través del tiempo —Le dijo ella.

—Lo haré. No podría existir sin tu presencia.

Entrelazaron sus manos y juntos llegaron al paroxismo total. Cuando los ánimos se calmaron, Valiente buscó una cesta con frutas que había sobre una mesa.

—Come, amor mío, están muy ricas.

Ella le sonrió y degustó algunos granos de uvas.

—Acuérdate que me lo prometiste, cuando ya no estemos en este mundo, nos buscaremos y volveremos a estar juntos otra vez —Le recordó Lucero.

—¿Sabes lo que me dijo Doña Chila antes de morir? —Le confió su esposo.

—Nunca me lo contaste, mi bien.

—Que nosotros estábamos predestinados a encontrarnos en esta vida nuevamente y que también nos veríamos en otra futura. Me pregunto ¿Cómo haremos para reconocernos? ¿No es que, al entrar en otra vida, en otro cuerpo, en otra época se te borran todos los recuerdos?

—O sea que, según Chila ¿Ya nos habíamos amado en otra vida? —Se quedó pensativa unos momentos—. Creo que alguna vez me lo mencionó a mí también... Debemos admitir que la atracción que sentimos uno por el otro fue muy fuerte desde el principio.

—Es verdad, cuando te vi, el mundo se me completó. Fui feliz en ese mismo instante, de sólo saber que existías. Pero no me conformaba sólo con eso —Bromeó—. Quería poseerte por entero.

—Y yo sentí una sensación increíble de libertad, de atracción física y del alma desde el primer cruce de miradas.

—Tengo miedo de perderte, Lucero, que Dios no nos vuelva a reunir —Se lamentó, abrazándola con fuerza y besándola con pasión.

—Eso no sucederá, ya verás, dejaremos por escrito entre los papeles de la herencia una cláusula que diga que, algunas pertenencias queridas y significativas para nosotros, sean traspasadas de generación en generación para que sean conservadas y, en el futuro, las reconozcamos. Pensaremos en ello, te lo prometo, todavía tenemos muchos años para vivir nuestra felicidad.

—Es verdad —Afirmó y rogó—. Ven aquí, mi reina, hazme el amor como sólo tú sabes hacerlo...Ésta angustia que tengo sólo la calma tu piel y tus besos.

Lucero se abrió de piernas y comenzó a moverse acompasadamente hasta enloquecerlo de placer. Con sus manos, Valiente tocaba los ardientes senos mientras miraba el rostro de la mujer amada.

—Yo soy tuyo y tú eres mía —Susurraba —eternamente, mi amor, hasta el fin de los tiempos....

La llegada de Francisco había alegrado los corazones de Lucero y Valiente y la felicidad se hizo permanente con los dos niños que llegaron después: Inés y Timoteo.

Sor Inesita supo repartirse equitativamente entre sus deberes como madre superiora y regente del orfelinato y ejercer cabalmente su papel de abuela, Doña Ana María nunca más visitó a Lucero y su vida se fue apagando debido al aislamiento que ella misma se impuso, hasta que un día, falleció por causas naturales. Nadie lamentó su partida.

Martina y Sebastián los visitaban asiduamente y ambas parejas pasaban, cuando podían, largas estadias junto a sus hijos, quienes se criaban como primos.

Los negocios de Valiente y Sebastián prosperaron y se diversificaron mientras sus mujeres participaban de la vida social de San Silvestre y de Cruz Azul.

Valiente Vallejos se convirtió en el principal benefactor de San Silvestre, financiando la modernización del pueblo mientras que Lucero realizaba obras de beneficencia junto a otras mujeres que se contagiaron de su generosidad y solidaridad. Y lo propio ocurrió con Sebastián y Martina en Cruz Azul.

La Casa de la Colina se convirtió en un lugar de festejos de cumpleaños de los niños del asilo, de celebraciones de bodas y de reuniones de las familias del pueblo, para confraternizar y organizar eventos diversos.

Lucero desarrolló con excelencia el arte curativo que le había enseñado Doña Chila a quien invocaba cada vez que necesitaba preparar un brebaje, una tintura madre, un perfume:

“Chilita mía, inspírame, guíame y acompáñame en el proceso”

La señora de Vallejos o la “chamán blanca”, como algunos la llamaban, supo conquistar los corazones de los habitantes de San Silvestre por su humildad y bondad a flor de piel, mientras que Valiente se ganó el respeto y el afecto de todos. De muchos lugares venían a curarse de sus dolencias o a buscar un perfume preparado especialmente para la ocasión, por la señora Vallejos. Y a cada uno atendía con esmero y dedicación.

—¡Estoy tan agradecida a mi Maestra por haberme enseñado las artes de la sanación! —Le confesaba a su madre— ¡La bendigo por tanto amor y sacrificio! Por eso mi jardín se llama “Chila”—Exclamó, orgullosa, mirando el cartel de madera recién colgado.

—¡Bendita sea! Dios la tendrá cerca suyo seguramente —Dijo con lágrimas en los ojos, la

religiosa—. Si no hubiera sido por su intervención, no sé qué hubiera ocurrido contigo. Por eso el premio debe ser grande, allá en el Cielo, mi vida.

Un día en que Lucero estaba entre sus plantas, Valiente la sorprendió con un regalo:

—¿Y esto, qué es? ¿A qué se debe? —Le preguntó sorprendida.

—Es el décimo aniversario de nuestro primer encuentro en la Alameda.

—¡Mi cielo! ¿Te acuerdas de la fecha? —Lucero sonrió y abrió el paquete con el entusiasmo de una niña mientras su esposo la miraba con amor.

—¡Una cajita de música! ¡Qué belleza! —Exclamó escuchando su melodía.

—Para que me recuerdes.

—¿Por qué dices eso? Me pone triste. No te recordaré porque no te irás a ninguna parte.

—¡Algún día moriré y ya no te veré más! —Dijo angustiado.

—No quiero oírte decir esas cosas, mi rey. Tal vez sea yo la que muera antes que tú, y, en ese caso, te hago un pedido: quiero que me sepultes al lado de mi jardín amado.

—¡Ni me lo menciones, eso me hace mucho daño! —La miró con profunda tristeza, porque recordó que hacía dos noches, Doña Chila se le apareció en sueños y le indicó el lugar de sus tumbas, una al lado de la otra, junto al jardín. En un arrebato de desesperación e impotencia, abrazó a su mujer y la besó:

—¡Valiente mío, no quiero esa angustia, por el amor de Dios! —Le rogó besándole las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—¡No lo puedo evitar, siento mucha tristeza al saber que, algún día, nos separaremos para siempre! ¿Por qué debe terminar tanta felicidad?

Su mujer lo miró con compasión, para ella también era imposible pensar en ese final. De pronto, como un rayo de luz, llegó a su mente las palabras de la anciana:

—¿Recuerdas lo que Chila te dijo? ¿Sí? ¿Lo recuerdas? —Preguntó ansiosa.

—No —Contestó secándose el rostro—. ¿Qué me dijo?

—Ella te aseguró que nosotros nos amamos en otra vida y que nos volveríamos a encontrar, ése es nuestro destino ¿Comprendes? Lo que el Cielo une nada ni nadie lo puede separar, tampoco la muerte que es pasajera. Volveremos a encarnar y otra vez nos amaremos.

—Pero ¿cómo sabremos? ¿Quiénes seremos? No sé... Creo que eso es muy confuso. Yo te quiero a ti, mi reina, con tu cara, tu cuerpo, tu corazón y esa dulzura en tus ojos ¿Quién serás tú? ¿Quién seré yo? —Se preguntó en voz alta para aclarar sus ideas— Te juro por Dios que deseo creerle, sé que ella siempre dijo la verdad, pero....

—Mira —Le dijo apurada para contenerlo— Haremos nuestro testamento y daremos las indicaciones necesarias para que nos encontremos.

—Ahora me acuerdo, mi reina, ella me dijo que encarnaremos en nuestra descendencia, es decir, el linaje familiar y que nos reconoceremos por algunas señales.

—¡Entonces no perdamos más tiempo, vayamos a tu escritorio a redactar nuestros deseos! —Y tomándolo del brazo se dirigieron a la casa.

Ya en la biblioteca, Lucero corrió a sentarse en el escritorio, apoyó cuidadosamente la cajita de música, tomó hojas y una pluma. Valiente, agobiado por la pena que sentía, la siguió como un sonámbulo.

“Nosotros, Lucero de Olazábal y Valiente Vallejos, esposos amantísimos y en plena conciencia escribimos nuestro testamento”, comenzó a redactar y a leer en voz alta, al no sentir

respuesta, levantó la mirada para obtener la aprobación de su esposo quien la miraba consternado.

—Corazón mío ¿Qué sucede? ¡Por favor, no quiero verte así, amor de mi vida, confía, ten fe!
—Lo alentó con dulzura—. No lo hagas más difícil de lo que ya es. Ven, siéntate a mi lado...
¡Ven! Nos volveremos a encontrar ¡Te lo aseguro!

Valiente obedeció tratando de reponerse mientras ella proseguía redactando y leyendo en voz alta:

“Deseamos que los siguientes objetos sean guardados celosamente de generación en generación para que nos tengan siempre presentes y con ese recuerdo, la memoria de nuestro amor eterno que atravesará los tiempos:

Una cajita de música, un anillo de oro con una esmeralda engarzada, un juego de cepillos de nácar, un crucifijo, hebillas de cabello, dos chalinas y guantes de seda, mi diario íntimo y una carta que guardaremos en un lugar secreto de la Casa de la Colina y la llave que abrirá dicho lugar. Por favor, sean respetuosos de nuestros deseos, les prometo que el Cielo se los recompensará”

¿Estás de acuerdo, mi rey? —Le preguntó con dulzura, él asintió apenado— ¡Firmemos entonces!

—¿Servirá de algo todo esto? —Dijo entregándole la pluma después de rubricar el testamento.

—¡Claro que sí! He sostenido muchas conversaciones con Chila y ella me ha enseñado sobre el más allá y...a veces... —Dudó en contarle.

—¿Qué? —Dijo acariciándole el largo cabello.

—A veces se me aparece en sueños y hablamos ¡Y no pienses que estoy loca!

Valiente le sonrió:

—No lo estás, mi bella esposa. Creo que es mucho para mí, no puedo, perdóname, encárgate tú de todo esto, iré a ver los caballos —Acotó, apesadumbrado, besándole la frente.

—Antes que te vayas, quiero decirte que voy a escribir una carta para los que seremos en el futuro

—Inmediatamente recordó aquellas palabras de Chila en su despedida: “Cuando escribas la carta, agrega ésta frase: ‘Ser fuerte es tener vivo el corazón’”

—Está bien, haz lo que creas necesario —Aceptó resignado y triste.

Lucero se apiadó de él y continuó a solas con la redacción de la carta que comenzaba así:

CARTA A QUIENES SEREMOS EN NUESTRAS PRÓXIMAS VIDAS

Si descubrieron esta carta es porque llegaron a sus manos nuestros más queridos objetos. Cada uno de ellos, con un significado muy importante y abrieron el cofre secreto en nuestra amada Casa de la Colina de San Silvestre Aquí, donde fuimos tan felices rodeados de nuestros hijos, fruto de nuestro inmenso amor...

Una vez concluida y releída tres veces, la cerró y la guardó entre sus ropas:

—Le pediré al herrero que realice un hueco en algún lugar de la casa, para guardarla, ya veremos cuál será ése sitio —Mirando por la ventana el atardecer expresó en voz tenue—. Por favor, Señor, que esto de resultado. Chila querida, sé que eres nuestra guardiana. Haz que nos podamos encontrar otra vez —Rogó con lágrimas en los ojos, viendo volar un colibrí.

Los años pasaron, llenos de felicidad, viendo crecer a sus hijos y disfrutando de la amistad de Sebastián y Martina quienes eran considerados miembros de la familia. Sor Inesita partió una mañana de invierno, se quedó dormida, rezando su rosario matinal. Todo el convento la lloró por

mucho tiempo y Lucero sufrió profundamente su partida. No obstante, agradeció haberla disfrutado por muchos años, al igual que sus hijos, que ya eran adolescentes.

Cuando Francisco tenía unos trece años, una tarde de primavera, buscó a su Lucero que se hallaba trabajando en su jardín:

—Mamá, quiero preguntarte algo —Dijo con un tono de preocupación.

—Dime, mi niño hermoso.

—Ya no me digas así, he crecido —Le reconvinó.

—Está bien, discúlpame, Fran ¿Qué quieres saber?

—Tú me has dicho que reencarnamos muchas veces.

—Así es.

—Pero, al volver a nacer, no recordamos nada ¿Por qué?

—Porque si tú recordaras todas tus vidas pasadas y las acciones que cometiste (las buenas y las malas), a las personas que amaste y perdiste, tus faltas que no pudiste resolver y que dañaron a terceros o tu propia muerte, sería una tortura que no te permitiría vivir con libertad, tu encarnación. El Cielo, te da una nueva oportunidad, una nueva vida para que puedas resolver tus limitaciones y pongas en acción, tus habilidades ¿Por qué me lo preguntas, mi corazón?

—Porque me he sentido algo extraño estos días, sobre todo, al despertar. Tenía una sensación de haber sido un labriego que servía a un señor muy importante que vivía en un castillo con un puente levadizo ¿Te acuerdas que cuando tenía ocho años el tío Sebastián me regaló uno de madera con soldados de plomo?

—Claro, todavía debe estar guardado en el baúl de los juguetes —Sonrió.

Francisco se quedó callado unos momentos mientras Lucero lo miraba intrigada.

—¿Qué te sucede, hijo mío? Estás extraño.

—Es que ya sé lo que quiero ser: voy a estudiar Ingeniería Agrónoma. Sé que trabajar la tierra, cuidarla y hacer que fructifique, es mi tarea.

—¡Cuánto me alegro por ti, yo te apoyaré en todo lo que emprendas! Tu padre se sentirá muy orgulloso de ti también —Se abrazaron fuertemente y fue inevitable para Lucero derramar lágrimas de felicidad.

Francisco Vallejos y Jeremías Agüero, se habían instalado en la Capital, para realizar sus estudios superiores, en ingeniero agrónomo y el segundo en veterinario; Inés, la segunda hija de Valiente y Lucero, pasaba muchas horas tocando el piano y aprendiendo con una profesora particular que su padre había hecho venir especialmente de Europa, ya que el deseo de su hija era convertirse en una eximia concertista.

En cuanto a Timoteo, su tercer retoño, le gustaba mucho cabalgar y visitar las minas junto a su padre y a su tío Sebastián. Tenía mucho talento para los números y le gustaba aprender todo lo concerniente a la administración y, además, se había enamorado de su prima postiza, Margarita, la segunda hija de Martina, quien le correspondía.

Sucedió que al año siguiente de la triste noticia de la muerte de Sor Inesita, una epidemia de difteria se apoderó de gran parte de San Silvestre. Lucero junto con las hermanas del convento y las mujeres del pueblo ayudaron sin descanso en las tareas de enfermería asistiendo a los médicos que llegaron de los pueblos vecinos para evitar la propagación.

—Por favor, amor mío, descansa ya, deja que otros se ocupen también —Le rogaba Valiente.

—Ellos nos necesitan, mi bien —Le contestó con lágrimas en los ojos— Hay muchas muertes.

—Lo sé...pero... ¿No entiendes que te expones al contagio? ¿Qué haremos, qué haré sin ti, si te enfermas y te mueres? —Gritó desesperado.

Lucero lo miró unos momentos con todo el amor que cabía en su pecho y le contestó:

—Nada que temer, mi corazón. Nos volveremos a ver ¡Recuérdalo! Lo que el Cielo une, nada ni nadie lo separa jamás.

Se acercó, lo besó con pasión y se fue presurosa.

La carreta en la que llevaban víveres, ungüentos y brebajes preparados por ellos iba muy cargada y los caballos corrían al galope por orden de Lucero, fue así que, en una curva, el vehículo perdió el equilibrio y volcó sobre un lateral. Ella salió despedida y cayó unos metros adelante, golpeando su cabeza contra el camino. La trasladaron inconsciente, al hospital.

Cuando Valiente fue avisado, tomó su caballo y, al galope, llegó desesperado.

—¿Dónde está? —Le preguntó, con angustia en la voz, a la primera enfermera que encontró. Le indicó el pasillo y corrió hasta la última puerta donde se encontraba uno de sus peones. Lo miró con rabia, acusándolo en silencio del accidente. El hombre bajó la vista, sollozando.

Lucero tenía vendada su cabeza y dormía.

—Mi reina, aquí estoy —Dijo sentándose a su lado y besando su rostro con dulzura—Te mejorarás, ya verás, eres fuerte y joven, en poco tiempo te llevaré a casa y atenderás tu jardín.

El médico entró en la sala, avisado por la enfermera.

—Buenas tardes, señor Vallejos. Vengo a informarle del estado de salud de su señora esposa.

—Dígame, lo escucho.

—Salgamos un momento —Lo invitó.

Con el rostro demacrado, Valiente escuchó las malas noticias.

—Hay pérdida de masa encefálica, entró en coma y dudo que pueda recuperarse.

—¡No, no diga eso! —Dijo tomándolo de la solapa— Usted la va a salvar, para eso estudió.

—¡Suélteme! —Pidió el facultativo—. No gana nada poniéndose de esa manera.

—¡Patrón, déjelo, patrón! —Intervino el peón logrando desprenderlo de las fuertes manos de Valiente. El médico se alejó, ofuscado por la situación.

—Iré a buscar a Don Sebastián, patrón, no tardo.

Valiente, se arrodilló, sin fuerzas, a sollozar y a maldecir. Luego, se incorporó y entró a la habitación.

—Mi amor, no te vayas, no me dejes aquí solo, no lo soportaría —Le susurraba al oído— Despierta, mírame, no puedo vivir sin ti ¿Cómo haré?

Así pasaron las horas, hasta que se quedó dormido, al lado de su mujer.

Sebastián y Martina entraron en silencio, enterados del delicado estado de Lucero por la enfermera que la atendía y conteniendo el dolor y la angustia que les provocaba la desgarradora escena que veían, supieron que debían apuntalar a Valiente, pues adivinaban su reacción si el desenlace era fatal.

—Hermano —Lo sacudió suavemente— Aquí estamos.

Se despertó y los miró, con una tristeza infinita.

—No voy a vivir si ella se muere —Les dijo.

Sebastián lo abrazó mientras Martina lloraba al otro lado de la cama, acariciando la frente de su amiga.

—¡Mírenla, no despierta, y yo la necesito conmigo! —Rugía de dolor.

—Valiente, tienes que ser fuerte, tus hijos te necesitan entero en estos momentos.

—No puedo hacer eso, ella es mi vida, no sé cómo respirar siquiera.

Martina se mantenía callada, impactada por ver el estado en el que se encontraba su hermana del alma. Lloraba mientras la acariciaba y oraba casi imperceptiblemente.

De pronto, Lucero comenzó a inquietarse y sus ojos se entreabrieron unos instantes.

—Valiente...mi bien...

—Aquí estoy, mi reina. Y también Martina y Sebastián.

—Están Doña Chila y mi madre.

Los tres se miraron con angustia.

—Me vinieron a buscar, debo ir con ellas —Anunció—. Cuida a nuestros hijos...

—¡No, no te vayas, te necesito! —Gritó con desesperación.

—Nos volveremos a ver, búscame... Te amo... —Miró a sus amigos sonriéndoles, su tono era cansino.

—Yo soy tuyo y tú eres mía —Dijo su esposo con un llanto descontrolado— para siempre.

—Nos volveremos a ver, te lo prometo —Prometió en un hilo de voz y entró en un sopor del que ya no despertó.

Pasaron algunas horas hasta que se produjo la muerte. Los hijos de Lucero rodearon de cariño y atenciones a su padre a quien veían destruido, como lo estaban ellos, pero, sobrepusieron su sufrimiento para sostenerlo, pues sospechaban lo peor: que atentara contra su vida en cualquier momento.

En los días que siguieron, Valiente enloqueció de dolor y se adentró, por una semana, en el bosque, para ocultar su desconsuelo. Gritó, lloró, maldijo, se retorció lacerado, al pronunciar el nombre de su bien amada, la razón de su existir:

—¿Cómo haré sin ti? ¿Por qué me la quitaste? —Clamaba mirando al cielo.

Sus hijos estaban contenidos por Martina, quien se desvivía por atenderlos y consolar a sus almas, que se sentían desamparadas por la ausencia de su amorosa madre y de su padre, ahogado en un abismo de dolor y desesperación.

Cuando Sebastián lo consideró conveniente, fue a buscar a su amigo, para traerlo a la vida. Lo encontró en una cueva, afiebrado y en muy mal estado:

—¡Hermano, despierta, tenemos que regresar! —Se arrodilló para espabilarlo.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! ¡No te necesito! —Respondió hostil.

—¡No te dejaré aquí, ni lo sueñes! ¡Vamos, arriba! —Dijo tendiéndole una mano.

—Quiero morir para encontrarme con ella...

—Nada de eso, tus hijos te necesitan, Lucero habría querido que no los abandones en estos momentos. Ellos están mal, sin su madre ni su padre. Te pido que hagas un esfuerzo y vuelvas con nosotros a la casa.

Valiente lo miró unos instantes y cerró los ojos:

—Yo no tengo fuerzas para seguir. Ustedes se encargarán muy bien de ellos, confío, confiamos siempre en ustedes, amigo —Y se desmayó por la debilidad, después de tantos días sin comer.

Sebastián lo cargó en sus hombros, lo subió al caballo y lo llevó de regreso a su hogar.

Carmelina lo asistió junto a Martina y a Inés, dándole de comer, aseándolo y acompañándolo hasta la tumba de Lucero, todas las tardes. Allí se sentaba en la gramilla y conversaba con ella un largo tiempo.

Una tarde, llamó a Sebastián a la biblioteca:

—Amigo, hermano mío. Aquí tienes lo que quiero que se escriban en las lápidas cuando yo muera —Le extendió un sobre cerrado.

—¿Qué dices? No hagas bromas de este tipo —Dijo con angustia en la voz.

—Yo no sobreviviré mucho, lo sé... Hazme ese favor, por la amistad que nos unió en esta vida. Prométeme que lo harás. ¿Sabes? ella escribió una carta para los que seremos en un futuro y la escondió en algún lugar de la casa ¡Tan convencida estaba de eso!

—Yo me encargo de todo, en cuanto a lo que hizo Lucero ¿Qué puedo decirte? Doña Chila hablaba de esas cosas y tal vez sean ciertas, no hay nada malo en creerlo.

—Te confío mis hijos, guíalos hasta que encuentren su camino, sé que lo harás muy bien, eres un buen padre —Le sonrió, apenas.

—¡Deja de hablar de esas cosas por el amor de Dios!— Y al ver que su amigo se alteraba, lo apaciguó— Está bien, será tal como tú lo pidas.

—Cuando ya no esté, el albacea abrirá dos sobres: uno donde figuran las propiedades, los campos y demás. Todo lo que ya sabes que tengo, repartido en proporciones iguales como siempre quiso... ella —Le costaba nombrarla— Y el otro es un pedido especial de custodia de algunos objetos muy queridos por nosotros. Quiero que Francisco se encargue de cuidarlos y de ir pasándolos de generación en generación, te pido encarecidamente que hagan esto por respeto a nuestro amor ¿Podré morir en paz?

—Así se hará —Y con infinita tristeza, Sebastián le sonrió y cerró la puerta de la biblioteca tras de sí, con preocupación.

Valiente suspiró tranquilo, todo estaba hecho. Los días que siguieron, se recluyó en su habitación oliendo los perfumes de su mujer que aún se hallaban en su mesa de luz. Tocando sus vestidos y recordando las ocasiones en donde se los vio lucir. Acariciando sus joyas, leyendo una y otra vez el diario de Lucero, riendo en algunos pasajes y rememorando otros con lágrimas en los ojos.

—Fuimos inmensamente felices, mi reina. Completamente... En este lecho pasamos noches enteras dándonos amor, besos y caricias. Fundiéndonos uno con el otro. Te amé desde que me miraste y el Cielo nos premió con este inmenso amor que, estoy seguro, atravesará el tiempo. Tu cuerpo, que ya no puedo tocar estaba imantado al mío en una simbiosis perfecta. Extraño eso... el calor de tus manos, tu boca de fuego...

Por las noches, cuando todos dormían, deambulaba por el jardín de Lucero y su tumba. Allí se quedaba hasta las primeras luces del alba, seguido por la mirada sufrida de Sebastián, quien lo cuidaba a la distancia.

Comía apenas lo necesario para no morir de inanición. Sabía que si perdía la vida a propósito, no la encontraría en el cielo. Sólo esperaba que Dios se apiadara de él y los reuniera pronto. Y así fue, al cabo de unos meses, enfermó. El médico del pueblo no sabía a qué atribuirle su dolencia.

—Está desinteresado de todo, desgano, muy triste —Le decía Martina.

—Llévenlo a otro lugar, que se distraiga —Sugirió el doctor.

—No creo que quiera irse de aquí —Acotó Sebastián, resignado.

Valiente Vallejos no deseaba seguir viviendo sin su Lucero y no había nadie que pudiera hacerle cambiar de parecer. El día que su cumplía un año de la partida, salió de su habitación, directo hacia la tumba. Marcial, desde las caballerizas, lo vio y avisó a Sebastián quien se había instalado con Martina en la finca para cuidarlo y acompañarlo.

—Hermano ¿Cómo estás? Por fin saliste de tu encierro.

—Era necesario —Rumió por lo bajo, sentado al lado del sepulcro, sobre el césped— Hoy es el aniversario.

—Lo sé, —Dijo compungido— Todos la extrañamos.

—¿Mis hijos, dónde están?

—En sus ocupaciones, vendrán por la tarde.

—Estás desabrigado ¿Quieres que te traiga una manta?

Valiente se puso de pie, lo miró y sonrió levemente:

—Sebastián, has sido un verdadero hermano para mí, más que eso, un otro yo...Te pido perdón por haberme comportado groseramente contigo todo este tiempo. Te agradezco a ti y a Martina la paciencia que me han tenido.

—No hay nada que agradecer, Valiente. Te queremos y yo daría la vida por ti, si es necesario. No quiero verte así y no sé qué puedo hacer para...

—Nada, ya has hecho lo suficiente y más. Doy gracias a Dios por haberte cruzado en mi camino ¡Te quiero, hermano! —Se dieron un abrazo prolongado, lleno de calidez y respeto.

—Si te vas a quedar aquí un tiempo —Avisó Sebastián— Iré a buscar un abrigo.

—Está bien —Aceptó, sentándose nuevamente.

Sebastián y Martina recibieron a los hijos de Valiente y conversaron con ellos sobre el estado de salud de su padre:

—La tarde está fría, su tía les servirá unos bollos de miel recién horneados y un poco de café mientras le llevo esta manta.

Francisco se asomó a la ventana para verlo a lo lejos:

—¿Cómo está hoy, particularmente?

—Al menos salió de su habitación, estuvimos conversando un poco. Ahora vengo.

—Es muy duro para él —Comentó Timoteo— Dile que en un momento vamos.

—También lo es para nosotros —Agregó en un suspiro Inés— Mamá era el fuego de este hogar. Tía ¿Tú cómo estás?

—Y bueno, como se puede, Inesita —Lagrimó—. Pero no quiero estar triste y menos si ustedes están aquí, Lucero no lo hubiera querido así.

Todos se estrecharon en un abrazo de afecto, conteniendo la tristeza que los desbordaba.

Sebastián apuró el paso cuando lo vio reclinado sobre el sepulcro.

—¡Hermano! ¿Qué tienes? —Lo tomó de los hombros para sentarlo y se percató que su cuerpo estaba exánime. Lo tendió sobre la manta que había llevado y le tomó el pulso —¡No, no me hagas esto, no!

Desde la finca, Francisco, que no se había apartado de la ventana y observaba los movimientos de Sebastián, dijo:

—Algo pasa allá, algo no está bien.

Salieron corriendo y llegaron casi sin aliento.

—¿Qué sucede, tío? —Preguntó Timoteo en el momento que llegaba Martina.

Sebastián levantó la mirada que era la más triste que Martina le conoció jamás y dijo con voz entrecortada:

—Su corazón dejó de latir...Mi amigo se fue con ella —Dijo soltando un llanto profundo.

Los hijos se abalanzaron sobre el cadáver, llorando desesperados.

Martina se acercó para observarlo, tenía placidez en su rostro y una paz nunca vista.

—Al fin su deseo se hizo realidad —Dijo y dos lágrimas gigantes surcaron su rostro— Allá va tu amor, mi querida Lucero, a reunirse contigo.

Fue enterrado en un sepulcro, al lado de su amada y se colocaron los epitafios redactados por Valiente.

“LUCERO, MI REINA
TÚ ERES MÍA Y YO DE TI ETERNAMENTE”

(1839—1882)

Q.E.P.D

“AQUÍ YACE VALIENTE, UN HOMBRE ENAMORADO”

(1830— 1883)

Q.E.P.D

A ambos entierros, en su momento, concurrieron mucha gente que los amaba y que les estaban eternamente agradecidos por tantas obras de bien que habían realizado durante tantos años.

Sebastián y Martina, invadidos por la tristeza, sentían que sus fuerzas flaqueaban y que debían reponerse por sus hijos y los propios:

—Tengo tanto dolor en el pecho que es insoportable —Le confesó Martina, unos días después — primero Lucero y ahora, Valiente ¡Tanto amor que se tuvieron! Allí están, juntos para siempre.

—Parece que me cortaron un brazo, que me arrancaron a mordiscones el corazón, mi hermano murió —Se lamentó sin poder contener el llanto— Yo sabía que se iba dejar morir. Y así pasó, se fue tras de ella. Dejó todo preparado —Dijo mientras recordaba la conversación que habían tenido.

—Mi vida, ya, por favor, debemos reponernos —Suplicó su esposa secándose las lágrimas—. Nos vamos a enfermar y tenemos cosas que hacer.

Sus hijos quedaron bajo la custodia de Sebastián y Martina por expresas indicaciones en el testamento de su padre, al igual que la finca, hasta que Francisco volviera convertido en ingeniero agrónomo y se hiciera cargo de su administración.

El albacea le entregó los objetos en custodia y una llave con las iniciales de sus padres que no había ninguno de los muebles de la finca y que, respetuoso de las órdenes impartidas por Valiente y transmitidas por su tío Sebastián, cumplió a rajatabla.

—Dime, tía Martina —Le preguntó Inés, una tarde—. ¿Es verdad que mis padres creían que su amor atravesaría el tiempo? Una noche los escuché hablar de eso en la galería.

Con lágrimas en los ojos, Martina le contestó:

—Tus padres vivieron una gran historia de amor. Yo fui testigo junto a tu tío Sebastián. Doña Chila, la ancianita de la cual tu mamá aprendió todo lo que sabía sobre las plantas curativas, le enseñó que, cuando uno ama con esa intensidad, el amor no se muere con la persona si no que, persiste en el tiempo, lo atraviesa y continúa vivo —Aseveró emocionada— Así lo creo yo también... Lucero amó a tu padre desde el primer día que lo vio. Aunque no se dio cuenta en ese preciso instante, a los pocos días, moría de amor por él —Sonrió al recordar— Mientras que Valiente, al verla en el Paseo de la Alameda, inmediatamente quedó hechizado por la belleza de Lucero y le robó su corazón. Vencieron todas las dificultades, pues hubo mucha maldad dispuesta a separarlos para siempre, pero el amor que se tenían era tan inmenso que, los volvió a unir. Esa conexión tan fuerte se da en contadas ocasiones —Suspiró con tristeza— Doña Chila nos aleccionó sobre eso, nos habló de las almas predestinadas. Tus padres volverán a encontrarse,

estoy segura de ello.

—¿Y nosotras, correremos la misma suerte?

—Creo que sí, pero no sé cuándo ni cómo seremos en esa vida, mi hermosa Inés. Sólo sé que, el Amor es la fuerza más poderosa que existe en el universo porque lo que el Cielo une, nada ni nadie, lo separa jamás.

CAPÍTULO 7

SIGLOXXI (Año 2020)

“...y sin mediar palabra, la tomó entre sus brazos de hombre fuerte y la besó con frenesí, Doña Catalina no estaba acostumbrada a que un peón de su hacienda se atreviera a mirarla siquiera, y ahí estaba, indefensa, vencida, entregada a los besos furibundos de Javier Méndez...” —Esmeralda suspiró.

—Ven aquí, nena, quiero dormir la siesta contigo —Pidió Thomas.

Esmeralda hizo como que no lo escuchaba, acarició su larga cabellera negra y siguió leyendo:

—¡Quién pudiera vivir un amor como éste! —Pensó desencantada— pero eso ya no existe en el siglo XXI...que te amen de una manera loca, sin límites y que sientas todas esas cosas maravillosas por el ser que amas.

—¿Por qué te tardas? ¿Qué lees? —La sorprendió por detrás—. ¿Otra novelita?

—¡No es una “novelita”! —Se fastidió— odio cuando desprecias lo que a mí me gusta.

—Está bien, no peleemos, últimamente tenemos muchas fricciones por esto o por aquello ¡tonterías! —Dijo sirviéndose un daiquiri.

Cerró el libro y lo corrigió:

—¡Siempre relativizas todo! No son sólo fricciones, peleamos mucho porque tenemos diferentes miradas en muchos temas —Protestó levantándose del sillón.

—Eso no es importante, lo bueno es que en la cama nos arreglamos bien ¿No es así? ¡Ven, tu cuerpo me enloquece, eres tan perfecta!

Esmeralda rechazó el elogio y se contuvo de dar su opinión acerca de sus encuentros sexuales. No pensaba lo mismo.

—Creo que ya no nos amamos, Thomas —concluyó decidida.

—¿Qué dices? ¡Yo te quiero, me gustas mucho! —Le dijo mientras se acercaba—. Vamos a la cama, no lo hagas difícil —Y comenzó a besarle el cuello.

—¡Basta! Tú lo has dicho, me quieres, no me amas —Se zafó de él—. Necesito un tiempo para pensar.

—¿Qué? —Exclamó enojado—. ¿Un tiempo para qué?

—Para ordenar mi cabeza, —Dijo— es mejor que te mudes.

—¿No estarás hablando en serio, no? —Ironizó bebiendo el trago—. ¿Qué te pasa hoy, nena?

—¡Basta de llamarme así, sabes que me irrita! Admítelo, hace tiempo que no estamos bien y, cada vez que quiero hablar contigo de ello, me evades.

—Pues, —Dijo sentándose en el borde de la cama— si la que tiene el problema eres tú, la que se tiene que ir, lógicamente, eres tú.

—¡Ah! ¿Con que ésas teníamos? —Estalló cansada de su egoísmo—. Pues muy bien, me voy ¡Ahora! —Y se encaminó en busca de su bolso de viaje para llenarlo, apresuradamente, con algo de ropa.

Thomas la miró y sonrió con sarcasmo:

—¡No entiendo nada! — La siguió al dormitorio— Estuvimos bien este fin de semana. Y, de

repente ¿Te chiflas?

—Te dije que debemos tomarnos un tiempo, —Le contestó sin mirarlo mientras se cambiaba de ropa— y no estuvimos bien este fin de semana ni el anterior ni el otro —Remarcó con tono grave— Tú no registras lo que no te interesa —. Sentenció— En la semana mandaré a buscar el resto de mis cosas.

—Ok, tu berrinche durará algunos días y luego, hablaremos más tranquilos – Concluyó, desnudándose frente a ella y yendo al baño— Hasta pronto, voy a ducharme. Esto no da para más. En pocos días extrañarás este cuerpo que tanto te gustaba cuando nos conocimos.

Ella se quedó mirándolo, debía reconocer que era muy bello pero su personalidad era insoportable.

—¡Ya verás que esta vez es la definitiva! —Dijo tomando su cartera y llamando desde su celular a su amiga Bárbara.

Cuando cerró la puerta, sintió una liviandad que nunca había experimentado antes y la alegría invadió su corazón:

—Hola, Barbie, voy para tu casa ¿Estás allí? —Preguntó ansiosa.

—Sí, amiga ¿qué pasa?

—Dejé a Thomas y esta vez es para siempre.

—¡Bravo! Ya era hora ¡Seis largos años! —Bromeó— yo lo hubiera despachado al primer desplante ¡Pero nunca es tarde! Te espero con los brazos abiertos.

—En un rato llego y te cuento ¿Puedo quedarme unos días contigo hasta que acondicione mi apartamento?

—¡Claro, mujer, eso no se pregunta!

Manejó hasta las afueras de la ciudad escuchando música para ordenar sus ideas:

—No tengo porqué soportarte más, Thomas, eres grosero, egoísta y ¡no te amo! —Dijo en voz alta para escucharse— Agradezco lo que hiciste por mí en aquellos momentos tan difíciles, pero no voy a hipotecar por eso, mi vida a tu lado.

Bárbara Ferrari era su incondicional amiga desde que se conocieron en la adolescencia, de mediana estatura, morocha, ojos grandes y azules, llevaba siempre el pelo corto y su figura era delgada y con buenas proporciones.

—Es un ser muy tóxico...espero que esta vez, ella sea fuerte —Encendió un cigarrillo y miró por la ventana, ya estaba anocheciendo y se preguntaba cuánto duraría su amiga separada de ese fastidioso “bueno para nada”.

Bárbara creía que la monogamia no era algo que se podía mantener por mucho tiempo, por lo tanto, las relaciones que entablaba con el sexo opuesto eran libres y sinceras, así era feliz o al menos, eso creía. De adolescentes, tanto ella como Esmeralda, habían soñado con enamorarse y ser correspondidas, vivir un amor de novela, pero, al pasar los años, al menos, ella, desistió de encontrarlo. La relación de Esmeralda con Thomas le confirmaba sus ideas:

—Nada es para siempre —Suspiró desanimada.

Había heredado de su familia el negocio de antigüedades y le anexó una pequeña galería de arte para promocionar, sobre todo, a los artistas más jóvenes y desconocidos por el gran público. Amaba lo que hacía, pues toda su vida había querido ser curadora de arte. Su padre le había financiado un viaje a Italia para que emprendiera sus estudios, con los mejores profesores, en la cuna del Renacimiento. A su regreso y, después de varias decepciones amorosas, decidió olvidarse de formar una pareja, casarse y tener hijos. Vivía sola en la casa familiar, sus padres se habían instalado en Marbella hacía ya unos años, su hermano menor era marino mercante y

constantemente viajaba de un punto al otro del mundo. Para ella, su verdadera hermana, era su amiga de la infancia, a quien aguardaba con ansias esa tarde.

Esmeralda estacionó su auto en la entrada del garaje de la casona y Barbie, como la llamaba cariñosamente, salió a su encuentro.

—¿Cómo estás? —Dijo mirándola a los ojos tratando de encontrar, inútilmente, rastros de lágrimas y de tristeza.

—¡Me siento liberada, aliviada, feliz! —Le confesó con una sonrisa radiante.

—¡Qué bueno! Ven, pasa, tenemos mucho de qué hablar.

Se arrojaron en el mullido sillón que tantas veces usaron para contarse secretos, sueños, penas y alegrías. Cuando los padres de Esmeralda fallecieron en aquel terrible accidente aéreo, Bárbara y su familia la acogieron varios meses hasta que, ella decidió mudarse con Thomas al apartamento que ese mismo día había abandonado.

—Por favor, Marilla —Le pidió al ama de llaves que atendía la casa desde que ella había llegado al mundo—. ¿Nos traes dos copas de coñac?

—Sí, querida ¿cómo has estado Esmeralda? Me dijo Barbie que te quedarás con nosotras un tiempo.

—Así es, Marilla, vengo a buscar tus caricias maternas —Se puso de pie para abrazarla.

—Ya, ya —La consoló palmeándole la espalda con cariño— Todo pasa en esta vida, me alegro que estés aquí. Ahora vengo.

—¡Qué dulce es! —Exclamó Esmeralda.

—Es prácticamente mi madre ¡La amo! —Confesó— Bueno ¡Cuéntamelo todo!

—Lo he dejado para siempre ¡Me hartó! Tenías razón sobre lo que me decías de él: es un ególatra narcisista.

—¿Qué te hizo esta vez, me imagino que no te habrá engañado?

—No, nada de eso, si lo hizo, no me di cuenta, —Sonrió viendo el ceño fruncido de su amiga — en realidad, fue un cúmulo de cosas. Por mis viajes, la relación se fue enfriando de a poco y, además, estoy leyendo un libro, es una novela histórica romántica y...bueno, sus personajes se aman con un amor tan grande y tan...no sé cómo explicarlo, pero no es lo que siento por él, y yo quiero, deseo profundamente vivir un amor así y si no es de esa manera prefiero quedarme sola el resto de mi vida.

—Escuché al venir hacia aquí, querida, —Anunció Marilla apoyando la bandeja sobre la mesa de cristal— y, permíteme decirte que, cuando el deseo del corazón es tan profundo, Dios lo escucha y te lo concede.

—¡Siempre tan romántica! —Sonrió Bárbara.

—Iré a preparar la habitación de huéspedes —Dijo el ama de llaves— y ordenaré que la cocinera te haga el plato que tanto te gusta.

—¡Gracias, Marilla! ¡Te adoro! ¡Esas pastas al olio me harán muy bien!

—¿Y entonces, qué pasó? —La azuzó su amiga.

—Estaba leyendo el libro y él me insistía para que vaya a dormir la siesta y como no iba, se burló de mi lectura y estallé. Es que las cosas no andaban bien hace ya un tiempo y esa fue la gota que rebasó el vaso.

—¡Aleluya! —Palmeó contenta—. No importa el motivo, lo importante que terminaste con esa relación que no te aportaba nada.

—No quiero vivir una vida mediocre teniendo sexo por obligación, fingiendo que me gusta, que está todo bien, porque el vacío que siento cada día es más pesado. Quiero amar y que me amen intensamente.

—Te entiendo —La tomó de la mano y la miró a los ojos.

—A veces pienso que en estos tiempos, eso es imposible, tenemos casi treinta años y algunas parejas en nuestro haber y, sin embargo, no hemos encontrado ese amor con el que soñábamos de

adolescentes —Suspiró desencantada.

—¡Bueno, basta de suspiros, hoy nos vamos a emborrachar como en las viejas épocas! ¡Tomaremos unos buenos tintos!

—¡Claro que sí! ¡Qué hermanita loca que tengo! —Sonrió abrazándola fuerte.

El tiempo pasó muy rápido, cada día Esmeralda se sentía mejor y más segura de la decisión que había tomado, salía a menudo con Bárbara y también se ocupaba, entusiasmada, de la remodelación de su semipiso.

—¡Pasó un mes desde que lo dejaste! —Comentó Bárbara mientras desayunaban para ir cada una a su trabajo— y no diste el brazo a torcer a pesar de la insistencia de Thomas ¡Bien por ti!

—¡Te lo dije, era y es definitivo! —Dijo sonriente— Esta semana me entregan el apartamento así que el sábado me mudo, gracias, de verdad, por todo.

—No quiero que te vayas, pero sé que te hará bien vivir sola, encontrarte contigo misma ¡Al fin estás viva! —Festejó Bárbara mientras Marilla sonreía.

—Señorita Morrison, aquí están los informes que pidió.

—Gracias, Teresa, en quince minutos convoque al personal —El celular volvió a sonar como hacía diez minutos atrás, Esmeralda resopló y atendió con fastidio—. ¿Y ahora qué quieres, Thomas?

—Quiero saber cuándo volverás, nena, no me contestaste cuando te llamé recién.

—Estoy muy ocupada, en cuanto a tu pregunta: no voy a volver contigo ¿Queda claro? Yo ya me instalé en mi apartamento, estoy viviendo una vida que nunca tuve y me agrada.

—¿Y seis años de relación tú los tiras así, sin miramientos? —Se exaltó.

—Hemos tenido esta conversación varias veces, ya no sé qué más decirte... Te agradezco todo lo que hiciste por mí pero no quiero ser hipócrita, busca tu felicidad en otra parte ¿Está bien? Ahora voy a cortar porque tengo una reunión muy importante —Dijo con calma.

Esmeralda era la gerente de marketing de la filial sur de la multinacional química farmacéutica Stevenson—Pratt, Licenciada en Comercialización, logró posicionarse por su capacidad innata, su dedicación y tesón. Admirada y envidiada por igual, bella e inteligente, nadie podía decir que había conseguido ese lugar por sus encantos femeninos pues de sobra resaltaban sus habilidades.

Alta, delgada, con un porte de una mujer de alcurnia, modales y gestos finos, educada en el extranjero y con una considerable fortuna heredada de sus padres y amasada y acrecentada por ella, debido a sus dotes naturales para los negocios. Romántica y coqueta, así se definía ella misma, amante de los viajes y del buen vivir.

Al salir de su oficina, Marcus Stevanovic, el Director General, la llamó al verla pasar:

—Querida ¿Puedo hablar contigo antes de que vayas a la reunión? —Le preguntó con su sonrisa franca de siempre—. Ven, pasa un momento.

El Licenciado Stevanovic era una persona muy amable y cálida, con un férreo carácter y un excelente don de persuasión muy necesario para dirigir una empresa de esa envergadura, a Esmeralda le caía muy bien, le hacía recordar a su padre, siempre tan afectuoso con ella.

—¿Quieres un café? —Ofreció sirviéndole de su cafetera exprés— Iré directo al grano como a ti te gusta. La empresa desea innovar en la industria de la cosmética y del bienestar, mi esposa es una gran perfumista y especialista en hierbas aromáticas y curativas, tiene muchos títulos logrados fuera del país, la mayoría en París. Tuvo una pequeña empresa junto a una socia mientras criaba a nuestros niños, pero debido a mis continuos traslados y por atenderlos, eso no prosperó

—Hizo una pausa— Ahora que nuestros hijos ya son adultos, es tiempo de que realice sus sueños, es por ello que se lo comenté al Ceo en el último viaje que realicé, a manera de esbozo para ver qué le parecía y me contestó que sería muy bueno para la compañía desarrollar esa veta ¿Qué te parece?

—¿Qué casualidad! Mi hobby tiene que ver con la especialidad de su esposa, mi abuela paterna me tenía de aquí para allá ayudándola en su jardín cuando iba los veranos a su casa y luego, en la medida de mis posibilidades fui haciendo seminarios y cursos sobre herboristería. Para mí sería una gran oportunidad poder estar a su servicio pero, específicamente ¿Qué necesita?

—Sondeos de opinión, encuestas en las redes...todo lo que tú sabes hacer muy bien y, por supuesto, si te gusta esa labor, acordarás con ella eso —Dijo entusiasmado por la coincidencia— Mi mujer es muy talentosa y encantadora, y es muy importante para mí que pueda realizarse. Es una deuda que tengo con ella y quiero pagarla. Creo que, además, nos dará buenos dividendos.

—Cuenta conmigo —Aseguró con una sonrisa— Usted sabe que en unos días viajo a México, a mi regreso, lo concretamos ¿Sí? Le debo muchos favores, entre ellos, el haber confiado en mí para este puesto.

—Querida, te lo has ganado en buena ley —Y tomándola de los hombros le dijo con una expresión en su rostro que denotaba emoción— Te aprecio mucho como profesional pero más aún como persona y estoy seguro de que mi esposa sentirá lo mismo por ti cuando te conozca. Ella lo es todo para mí, nos enamoramos muy jóvenes y es el amor de mi vida —Suspiró— ¡Es una mujer muy especial, ya lo verás por ti misma! —Sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción— Discúlpame, no te robo más tiempo... —Le dio un beso en la mejilla como solía hacerlo, dejándola muy impresionada:

—Nunca había visto tanto amor en su mirada y sobre todo ¡Cómo la admira! —Reflexionó mientras las puertas de acero del ascensor se abrían, al concluir su agotadora jornada.

Al entrar, unos ojos de un negro ébano la hicieron temblar al tocar el botón de planta baja. Los sentía incrustados en su nuca, como si quisiera perforarla, registraba que había gente, pero no percibía nada más que la electrizante sensación que emanaba de él.

—¿Qué está pasando? —Se preguntó y sacudió la cabeza para desembarazarse de la situación. Pero la curiosidad por escudriñar qué le estaba sucediendo pudo más y giró su cabeza para buscar esa mirada.

Félix le sonrió inclinando levemente su cabeza. Nerviosa, se asustó al ver que la empujaban hacia la salida. Caminó a paso vivo pues sabía que esos ojos la seguían y salió a la calle en busca de un taxi.

Él se puso a la par cuando el vehículo de alquiler frenó.

—¿Podemos compartirlo? —Le preguntó con simpatía invadiéndola con su perfume— Debo llegar al otro lado de la ciudad en quince minutos y es la hora pico —le sonrió con una dentadura perfecta y blanca.

—Eh...no creo que pueda, no acostumbro a viajar con extraños —Contestó al tiempo que abrió la puerta y sentía la mano de él posarse sobre la suya.

—Permítame, por favor —Dijo acercándose más— Le pido disculpas por mi atrevimiento, entonces.

La vio partir y se quedó unos instantes alelado:

—¡Por Dios, qué mujer tan bella! Apenas la vi, me atrapó su rostro, no, —Se corrigió de inmediato— fueron sus ojos, de una profundidad abismal... —Reflexionaba mientras se dirigía al hotel —Hubiera querido tomarle la mano y llevarla conmigo a no sé dónde ¡Estoy loco!...pero el

roce de su piel me electrizó, fue algo mágico... —Miró el mensaje que le envió su padre y le ordenó al chofer que se apresure.

Esmeralda se maldijo por no haber podido resolver la situación como correspondía, trató de calmar su agitación galopante y de repensar lo que había sucedido.

—¡Qué tonta fui! No quise contestarle así, me atolondré, no pude controlarlo...—. Se regañaba.

El celular sonó, era Thomas:

—Nena ¿dónde estás? ¡Recuerda la cena! —Le reclamó enojado.

—Parece que lo haces a propósito, no me digas nena —Dijo en voz baja— Además, anoche, quedamos en que irías tú solo ¿Sí o no?

—Pero, querida, entendí lo de la crisis de la pareja y permití que te fueras a tu apartamento, pero pensé que me acompañarías al evento, es muy importante para mí, mi jefe no vería bien que fuera solo, ya sabes cómo es de conservador. Lo nuestro tiene solución, es algo pasajero...—Relativizó.

—¿Cómo que me permitiste? —Levantó el tono—. ¿Algo pasajero? —Gritó aún más fuerte— ¡No volveré contigo, métetelo en la cabeza! —El taxista la miró por el espejo retrovisor y sonrió, cómplice.

—Por favor, te lo suplico ¿sí? Es lo único que te pido, te prometo que iré a las sesiones de la terapia de parejas, please.

—Está bien, pero es lo único y último que hago en estas circunstancias y lo de la terapia caducó hace mucho... la psicóloga ¿Recuerdas? Nos canceló los turnos porque nunca encontrabas momento para asistir, hace ya tiempo que estamos separados ¿no te parece que...?

—Después hablamos de eso, te paso a buscar en dos horas ¡Ponte elegante, bye!

Resopló y se bajó del taxi contrariada:

—¡Siempre tú, primero tú y último tú!

Cuando se conocieron seis años atrás en el gimnasio que frecuentaban ambos, Esmeralda se sintió atraída por su simpatía y caballerosidad, virtudes que fingió, sobre todo la segunda, para conquistarla. Al poco tiempo de convivir, llegaron las discusiones por el modo egoísta y prepotente con que él se manejaba. Ella tenía un carácter fuerte y lo enfrentaba, pero como viajaba frecuentemente por su trabajo, esos distanciamientos temporarios los aplacaban. Lo único que los unía era el sexo, que tampoco era del todo bueno:

—¡Pasamos buenos momentos, nena! —Bromeaba Thomas.

Mientras que Esmeralda se preguntaba:

—¿Y esto será todo? ¿Discutir, pelear, pasarla mal la mayoría del tiempo y reconciliarse en la cama? Ya no me sirve, quiero algo más...

Cuando sus padres sufrieron el accidente, Thomas estuvo a su lado y resolvió aquellas circunstancias dolorosas e incómodas que ella no atinaba a realizar por lo cruento del suceso. Mientras que Bárbara y su familia, la contenían y sostenían en esos momentos tan desoladores.

—Me he quedado sola, huérfana, sin apoyo, sin amor... —Lloraba sobre su hombro.

—No digas eso, aquí estoy yo —La consolaba.

Pero Thomas no pudo hacerlo, no era ese tipo de hombre.

El evento organizado por la empresa “Horizontes” donde Thomas era el gerente de la división Arquitectura, recibía al Ceo de la compañía inglesa Akbatan, que pretendía invertir en las viviendas sustentables de cuyo diseño estaba a cargo. Traía su propio equipo de arquitectos para supervisar las obras.

Esmeralda prefirió esperarlo en el hall del edificio, no quería que subiera al apartamento, ése era su lugar, el que estaba ambientado a su gusto y en el que se sentía cada día mejor. A pesar de los continuos viajes que debía realizar por cuestiones laborales, sabía que ése, era su verdadero hogar.

—Es mi refugio, —Pensaba mientras se duchaba— y no deseo que él lo impregne con esa energía que tiene. Además, me va a criticar porque no estuvo nunca de acuerdo con la separación, algún día deberá comprender que lo nuestro se terminó definitivamente.

Se había peinado su larga cabellera en una “cola de caballo” rematada con un hermoso prendedor con strass, eligió un vestido negro sencillo, pero con un escote pronunciado en la espalda en donde caía un collar finísimo de oro que finalizaba en una esmeralda, regalo de sus padres cuando se graduó:

—Para ti, mi hijita querida, una piedra que lleva tu nombre, porque eso eres para nosotros ¡Una joya! —Recordó, emocionada, sus amorosas palabras.

—Lamentablemente al poco tiempo murieron en ese horrible accidente —Dijo mientras trataba de recomponerse.

El calzado con tacones altos y finos y un clutch haciendo juego remataban el look, el chal bordado en piedras azabaches. Su maquillaje destacaba sus grandes ojos verdes y su boca roja y turgente.

Su vecina Amalia, entró con su perrito del paseo nocturno y, al verla, exclamó:

—¡Qué hermosa estás! ¿Tienes una cita? —Preguntó cómplice.

—Lamentablemente no. Debo acompañar a Thomas a un evento muy importante para su trabajo —Dijo fastidiada.

—¿Por qué sigues en contacto con él? ¡Te hace daño! ¿No habíamos hablado de eso?

—Lo sé y no creas que no me arrepiento, pero a pesar de que ya no funcionamos como pareja, le debo favores. Él me acompañó cuando murieron mis padres, hizo todos los trámites para traer los restos y se ocupó de sus exequias, mi cabeza estaba en otra cosa, destruida emocionalmente. Después de vivir unos meses en la casa de Barbie, me mudé con él y, ya te lo conté, al principio funcionamos muy bien, creí que era el amor de mi vida, hoy puedo decirte que estaba equivocada —Se lamentó decepcionada.

—Lo sé, querida, pero no debes sentirte obligada a devolverle esos favores, se supone que lo hizo porque te amaba —Dijo indignada— Deja de pensar en la gratitud como algo eterno, guárdalo en tu corazón y sigue adelante ¿Cómo está tu tía abuela, la que vive en España? ¿Tienes noticias de ella? Me habías dicho que no estaba bien de salud.

—Tía Carmen tiene los achaques propios de sus años, la visito cuando viajo por trabajo, es el único pariente que me queda. Ella es la hermana de mi abuela paterna que murió hace años —Suspiró triste— tenía intención de verla antes de que...

La bocina la sustrajo de la melancolía que la había invadido.

—Es él —Le dijo Amalia— nos vemos el lunes en la clase de yoga. No te retrases, mira que comienzo a horario y tú llegas siempre por la mitad —Le recriminó sonriente.

—No te enojas conmigo ¿Sí? Hago lo que puedo, todo es muy nuevo para mí —. Se despidió con un beso en la mejilla.

Amalia y Esmeralda habían hecho amistad casi naturalmente, profesora de yoga, reikista e instructora de diversas mancias, de alrededor de cincuenta años, vivía sola con su perro y daba clases en su apartamento además de atender consultas particulares. Desde el primer momento que se conocieron en una reunión de consorcio, comenzaron a frecuentarse.

Tuvo mucha importancia la orfandad de la recién llegada y la afabilidad de Amalia para buscarse una a la otra, así fue como Esmeralda comenzó a practicar yoga con ella, debido a las constantes contracturas que padecía como consecuencia de las intensas exigencias laborales.

En diversas conversaciones, la profesora fue escuchando la historia de su vida y la conflictiva relación que mantuvo con Thomas.

—Permíteme decirte que no debes sentir culpas por nada ni nadie, sí, responsabilidades ¿Qué puedes hacer tú, si no lo amas más? —Decía—. Seguir a su lado, implicaría una mentira y la primera perjudicada serías tú, a quien debes cuidar, amar y proteger antes que a nadie.

—Pero ¿cómo es eso? —La interrogó sorprendida—. Siempre creí en que uno debe olvidarse de sí para prodigarse al otro, sacrificarse por el ser amado.

—Mucha novela romántica dice eso y se toma como parámetro en la vida —Rio— la verdad es que no existen las medias naranjas, somos una naranja entera cada uno de nosotros, que se encuentra con otra naranja entera, con sus gustos, emociones, vivencias, pensamientos, recuerdos, pasiones, cualidades, limitaciones ¡En fin! Debemos compatibilizar con el ser amado, pero seguramente habrá aspectos que no nos gustan y viceversa ¿Por qué habría que cambiar? Cambiamos cuando decidimos hacerlo, no por insistencia o imposición. No existe el sacrificio, querida, yo sólo cambio porque algo veo que no funciona en mí, que no me agrada algún aspecto de mi comportamiento, porque mis actitudes hacen daño a la persona que amo, a mí misma y a otros.

—Pero... Si yo me antepongo al otro ¿No soy egoísta?—Inquirió con inocencia.

—No necesariamente. Primero debes amarte, aceptarte, respetarte, priorizarte y así, de ese modo aprendido, proceder con el otro ¿Cómo podrías amar bien, si no te amas bien?

—Por lo que dices —Dedujo pensativa— ni me amo ni amé jamás a Thomas.

—Digamos que has amado cómo pudiste, con las herramientas que tenías. Si me permites, te daré pautas para que comiences a trabajar contigo misma que, básicamente, es lo que vinimos a aprender vida tras vida.

Esmeralda sonrió:

—¿Cómo, hay otras? —Preguntó con los ojos desorbitados.

—Por supuesto, vivimos bajo la Ley de Reencarnación, nacimos y morimos ya varias veces para poder aprender la Ley del Amor que resume el conocimiento y aplicación de todos los valores humanos.

—Realmente es apasionante todo lo que me transmites...Tiene mucha coherencia tu creencia. Me gustaría saber más.

—Bueno, los lunes y miércoles doy clases por la mañana ¡Te espero! Y no es creencia ¡Es certeza, corazón!

—Buenas noches, Thomas, siempre tan bella tu prometida —Exclamó Juan Linares, el gerente general— todavía el Ceo no ha llegado. Ésta vez viajó con su hijo, que también es arquitecto, para que se interiorice del proyecto que encabezas, así que confío en que le brindes toda la información que requieran el lunes, cuando tengamos la reunión en nuestras oficinas.

—Así será, señor Linares —Contestó solícito.

—Bien, si me permiten, iré a repasar mi discurso de bienvenida, estoy algo ansioso.

—Gracias por venir, Esmeralda —Le dijo Thomas acariciando su rostro— realmente estás deslumbrante, tanto que...

—No sigas, por favor, no te sobrepases y hagas que me vaya ahora mismo —Respondió molesta.

Thomas hizo una mueca de disgusto, de esas que solían caerle tan mal a Esmeralda.

—¡Thomas Villar Araujo! —Exclamó una voz grave detrás de ellos.

—¿Miguel, tú aquí? —Se alegró—. ¿Cómo has estado? —Se abrazaron fraternalmente— Es un amigo de la infancia —Le aclaró a su ex novia mientras los miraba impávida—. Ven, vamos al bar así nos tomamos unos tragos y me cuentas, ella tiene una fuerte jaqueca —Mintió.

—¡Dios mío lo que hay que escuchar! —Concluyó dirigiéndose a la terraza balcón para tomar el fresco de la noche bebiendo una copa de champán. Desde ese lugar se podía observar el pequeño escenario montado para la ocasión, el micrófono con el atril y la pantalla gigante. De pronto la música se detuvo y el presentador anunció a las autoridades locales y a los visitantes.

—Demos la bienvenida al Ceo de Akbatan: el señor Mauricio Vallejos y a su hijo el señor Félix Vallejos Rosteau.

Esmeralda agudizó la vista.

—No puede ser ¡Es él! —Exclamó al reconocerlo— ¡El del ascensor! — Fascinada, se aproximó sigilosamente para verlo más de cerca, sin ser vista— ¡Qué guapo es! ¡Y qué tonta fui al no dejarlo subir al taxi! —Se rio de su ocurrencia.

Mientras Linares dirigía elogiosas palabras a los dos agasajados, Félix miraba distraído a la concurrencia:

—Otro aburrido evento ¡Qué fastidio todo esto! —Se quejó para sus adentros— En este momento me gustaría estar en la piscina del hotel con un daiquiri en la mano y en la otra, la cintura de una bella mujer como ésa que veo allí que me mira insistentemente, —Se dijo— ¡Un momento! ¿No es la mujer de esta tarde?

La voz grave de su padre lo hizo reaccionar.

—Por favor, hijo, te cedo la palabra.

Félix se dispuso a improvisar su saludo a la concurrencia delante del micrófono, después de los aplausos de rigor:

—Gracias por la cálida bienvenida, les agradezco enormemente —Dijo dirigiendo su sonrisa cautivadora a la concurrencia— la oportunidad de poder desarrollar un proyecto de tal envergadura en mi país, adonde no he podido volver todas las veces que he querido, pero que, debo reconocerlo y los caballeros aquí presentes me darán la razón, —Y dirigió su mirada a Esmeralda que se hallaba entre la gente observándolo detenidamente— que tiene las mujeres más hermosas del planeta.

Un aplauso vivo, sonrisas femeninas y comentarios varoniles le dieron un respiro para continuar mientras no le quitaba la vista.

—Bueno, ahora a ponernos serios, Akbatan desea sumarse a este ambicioso proyecto que es por demás innovador y cuyo responsable máximo es el arquitecto... —Linares se le acercó para decirle el nombre—. Villar Araujo al que invito a compartir el estrado conmigo.

Thomas se acercó rápidamente y le estrechó la mano con fuerza, los flashes de la prensa se dispararon al unísono.

—Creo que juntos haremos que este maravilloso proyecto se haga realidad, le cedo la palabra, arquitecto.

—¡Gracias! el emprendimiento es una idea que surgió el año pasado junto a mi equipo de trabajo, que llevó bastante tiempo de elaboración y que, por suerte, hoy está plasmado definitivamente —Thomas sonrió satisfecho— por favor, bajemos las luces si es posible para ver las proyecciones en la pantalla.

Esmeralda aprovechó la ocasión para retirarse, ya había cumplido con su ex y ver al hombre del ascensor, el tal Félix Vallejos Rosteau, la había sorprendido gratamente, pero, a la vez la incomodó mucho. Se acercó a la puerta de salida, cuando escuchó a sus espaldas:

—¿Crees en las casualidades? —Le dijo Félix con una sonrisa encantadora— porque yo no.

Esmeralda se dio vuelta, lo miró unos instantes y pensó:

—No voy a quedarme sin respuesta como esta tarde.

—Cuando lo vi allí parado, realmente me sorprendió, lo confieso —Contestó nerviosa y apuró el paso.

—¿Por qué te vas? ¿Es por mí? —La desafió.

Odió que tenga razón.

—No, para nada —Le contestó deteniéndose y mirándolo fijamente—. Vine a cumplir con un compromiso y ahora me retiro, ya no tengo más nada que hacer aquí.

—Entonces, vamos, todo esto es muy protocolar y tedioso para mí —Confesó resuelto tomándola de la mano y caminando a la par.

—¿Qué hace? —Dijo soltándose—. No me parece que... Usted debería quedarse ¿No? —sugirió nerviosa— Es el agasajado.

—¿Usted? No me trates así, por favor —Le rogó siguiéndola hasta la puerta de salida.

Esmeralda se maldecía por haberse puesto tan antipática y rígida, su enojo persistía y no le gustaba mostrarse así ante un hombre que le gustaba y mucho.

—Está bien, tú deberías estar en la fiesta y yo debo irme a descansar después de un día agotador.

—En el que nos conocimos, bonita —Agregó con voz grave y encantadora.

Esmeralda se detuvo nuevamente, suspiró debilitada por sus palabras y lo miró:

—¿Qué quieres, qué buscas?

—Quiero saber más de ti —Le confesó con dulzura— Tú ya sabes quién soy, de donde vengo, a qué he venido, tienes mucha información sobre mí, en cambio yo, no sé ni cómo te llamas.

—Esmeralda Morrison, licenciada en Comercialización y Marketing y trabajo en el edificio en cuyo ascensor nos conocimos ¿Satisfecho? —Se detuvo a mirarlo y sus ojos se dirigieron a su boca unos instantes. Félix se dio cuenta y disfrutó de ese momento.

—Yo nunca estoy satisfecho, siempre quiero más.

Esmeralda, confundida por sus palabras, continuó caminando para que él no notara su rostro arrebolado. La siguió hasta la acera, en donde trataba de conseguir un auto en alquiler.

—Ese smoking le queda de maravillas —Pensó— Es alto, guapo, bastante creído de sí mismo y me atrae profundamente a tal punto que tendría sexo ahora mismo con él... ¿Qué locuras pienso? —Se sonrió levemente.

—Allí viene un taxi —Le dijo—. ¿Lo tomamos o me harás lo de esta tarde?

En la cabeza de Esmeralda luchaban dos pensamientos: uno quería decirle “ven a mi apartamento, échate en mi cama y hagámoslo toda la noche” y otro le aconsejaba “dile que no, que no te moleste más, aunque quieras, no corresponde”

El taxi pasó de largo porque Esmeralda se quedó inmóvil, sin reacción.

Félix la tomó de la mano y le dijo:

—¿Por qué no caminamos hacia la avenida? Tal vez allí tengamos más suerte.

Ella obedeció como un autómata, se maldecía por el hechizo que ejercía la presencia de ese hombre tan varonil y ensayaba en su mente embrollada alguna frase inteligente para romper el silencio, al contrario de él, que se sentía muy cómodo en su postura.

—¿Tienes frío, Esmeralda? —Su voz sonó dulce y ella murió de amor al escuchar su nombre en su boca.

—No, estoy bien... Te repito ¿Qué buscas? —Lo increpó.

—Me interesa estar contigo aquí y ahora, porque debo confesarte que desde que te vi en el ascensor no pude desprenderme de tu mirada —Y la condujo hacia el banco de la plaza próxima — Es algo extraño ¿sabes? me eres muy familiar.

—¿Es uno de tus ardidés de conquista? —Se defendió— porque creo que lo único que quieres es acostarte conmigo y punto —Apenas se escuchó decirlo, se maldijo por ser tan sarcástica y directa y expresar lo que verdaderamente ella había deseado.

—No puedo negar tu belleza, pero no es mi propósito en este momento...

Esmeralda se puso de pie y caminó a paso vivo hacia la avenida distante unos metros. Inexplicablemente, se había ofendido por su confesión.

—¡Pero qué se cree! ¡Yo soy una mujer deseable y deseada por muchos hombres y él dice que no es su propósito! —Rugió por dentro.

—¡Aguarda, no me malinterpretes, no es lo que piensas! —La siguió.

—¡No quiero seguir escuchando! ¿Por qué me persigues? —Se detuvo en seco.

—Porque hay algo en ti que no vi en otra mujer y no sé cómo explicarlo —Le contestó tomándola de la mano.

—¡No te creo! —Esmeralda detuvo un taxi, todo se había desbaratado, ella lo había provocado, la voz de la prudencia la había aconsejado mal y ahora sufría las consecuencias, entonces decidió huir.

Félix abrió la puerta del acompañante y se introdujo en el vehículo cuando ya Esmeralda le daba la dirección de su apartamento:

—No será como esta tarde, bonita, voy contigo —Le dijo con su sonrisa encantadora.

Lo miró unos instantes y reconoció que la osadía de ese hombre le fascinaba, sin poder replicar algo coherente, prefirió callarse. Ambos permanecieron en silencio lo que duró el corto viaje.

Cuando bajaron, el celular de Esmeralda sonó:

—¿Qué quieres, Thomas? Me fui porque estaba cansada, ya cumplí, ahora déjame en paz — Contestó molesta mirándolo a Félix— Bueno, sí, otro día hablamos...No, no vengas porque no te abriré, ahórrame el mal momento, por favor —Advirtió cortándole la comunicación—. ¿Un café y te vas? —. Se escuchó decirle.

—Te lo prometo —Dijo juntando las manos en plegaria.

Al entrar al living, se desanudó el moño y abrió su camisa:

—Hace calor ¿Puedo ponerme más cómodo?

—Sí, por supuesto —Asintió Esmeralda con aires de superada, mirándolo de reojo y diciendo para sí—. ¿Qué me pasa con él, Santo Dios?

Se quitó el saco y lo colgó en el sillón junto con el moño, se arremangó la camisa y en ese momento, su padre lo llamó al celular:

—Discúlpame, debo atender —Esmeralda lo observó desde la cocina mientras calentaba la pava eléctrica, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba y deseando que esos fuertes brazos la llevaran

contra su pecho, imaginaba muchas formas diferentes de estar con él mientras lo escuchaba discutir con su progenitor.

—Ya sabes que las reuniones de este tipo no es lo que más me agrada, lo mío es el diseño, los proyectos, allí rindo el ciento por ciento ¿No llegó Laura? Pues disfruta con ella de esta noche maravillosa —Dijo molesto— Ahora debo dejarte, mañana nos vemos —Cuando terminó la comunicación miró hacia la cocina y descubrió a Esmeralda con los ojos cerrados.

—El agua hierve —Le advirtió, acercándose—. ¿No tienes cafetera exprés?

—Sí, sí, verdad, es que no la uso seguido —mintió, asustada por la sorpresa de tenerlo a centímetros de ella.

—Pues... —Dijo mirándola un momento que a ella le pareció una eternidad—. ¿El Thomas con el que discutías recién, es el mismo del evento?

—Ajá, el mismo.

—¿Tu prometido? —Insistió.

—Ex prometido —Aclaró molesta, dándole la taza.

—¿Por qué lo acompañaste, te lo pidió? —Preguntó echando dos terrones de azúcar a la bebida.

—Así es —Le contestó nerviosa.

—Te molesta este tema, por lo que veo —La miró directo a los ojos.

—Sí, bastante. Nos separamos hace un tiempo y todavía no lo registró, entonces se hace difícil.

—Entiendo, pero gracias a eso, nos reencontramos —Concluyó.

Esmeralda no le respondió, sus pensamientos se estaban confundiendo con algunos sentimientos que estaban apareciendo, su imaginación volaba muy lejos y se estaba saliendo de cauce. Se perdió en las sensaciones nuevas que estaba experimentando, cuando escuchó:

—¿Tienes o no tienes? —Preguntaba Félix abriendo los armarios de la cocina y mirándola expectante.

—¿Qué cosa?

—Quería saber si tenías algo de coñac o licor para echarle al café —Su perfume a menta la invadió.

—Sí, en el living tengo un pequeño bar —Se dirigió allí para señalarle el lugar.

—Buenísimo ¡Hay de todo! —Dijo arrodillándose para hurgar entre las botellas.

—¡Dios mío! —Pensó turbada— este hombre me hace sentir cosas indomables para mí, su sola presencia me inquieta y... —Lo vio erguirse, su espalda era ancha y se afinaba un poco en la cintura, era alto y delgado a la vez, parecía no registrar nada de lo que estaba provocando, se veía muy seguro de sí mismo y de la situación, mientras ella se veía desubicada y opaca.

—¿Tomamos éste? —Le mostró un whisky escocés, regalo de uno de sus clientes, aún sin abrir —. Pero, en un vaso apropiado, es una lástima echarlo al café ¿no? —Aseveró tomando los vasos de boca ancha.

—Bueno, voy a buscar el hielo —Sintiéndose confundida, se propuso encararlo, después de todo, lo que quería saber, era ese asunto de la mirada.

La esperaba sentado cómodamente en el sillón de tres cuerpos mirando su foto en el portarretrato de alpaca que estaba sobre la mesita lateral:

—Realmente eres muy bella, Esmeralda —Confesó con franqueza.

—Gracias...te he invitado a pasar para que me digas eso que me estabas diciendo en la plaza, lo de mis ojos. Supongamos, por un momento que te creo.

—Bien —Sonrió sorbiendo— Espero poder explicarlo para que no te enojés esta vez. Cuando te vi esta tarde, fue muy impactante para mí, porque tus ojos, tu mirada me resultó muy pero muy familiar.

—Puede ser que te recuerde a otra —Le dijo y pensó— ¡Qué tonta! ¿Celosa?

Sus ojos se clavaron desafiantes en el rostro sorprendido de él.

—No es eso —Respondió decepcionado— Indudablemente no me hago entender, es una falencia mía, descuida, no...

Sin pensarlo, Esmeralda se abalanzó hacia él y lo besó apasionadamente, Félix debió reclinarsse en el sofá por el impulso y le respondió con generosidad, tomándole la nuca. La intensidad de los besos fue in crescendo hasta que en un momento se separaron unos centímetros para mirarse.

—Eres....

—No digas nada, por favor, calla —Le suplicó.

Félix obedeció y, de a poco, se fueron desprendiendo de la ropa hasta quedar desnudos. Esmeralda se puso de pie y lo condujo hacia la cama matrimonial. Allí hicieron el amor con furia y con dulzura a la vez, como si esa fuera la única y última vez en que sus cuerpos se entrelazarían uno al compás del otro. La satisfizo de mil maneras hasta enloquecerla de placer, ninguna parte de su cuerpo dejó de ser besada por él y, ella lo hizo llegar al paroxismo con increíble seducción.

—¡Eres una mujer muy sensual! —Le confesó cuando llegó la quietud— Tu cuerpo pide más y más y yo te complaceré con gusto todas las veces que me lo pidas —Le dijo atrayéndola hacia su cuerpo—. Si me dejas descansar un poco —Bromeó.

Esmeralda no quería pensar lo que estaba haciendo.

—Mañana me voy a arrepentir mucho de todo esto —Pensó—. Pero ahora no puedo resistirlo, él es una tentación.

—Bésame, bonita, necesito de tu boca —La tomó del rostro y se impresionó al mirarla.

—¿Qué sucede, por qué esa cara? —Se asustó.

—Nada, bésame una vez más —Le pidió mientras una extraña sensación lo invadía al tenerla entre sus brazos.

Se durmieron casi a la madrugada, Félix fue despertado por el mensaje de Mauricio Vallejos que le recordaba el día de campo al que debían acudir invitados por un alto funcionario del gobierno nacional. Se levantó muy a su pesar, besó la espalda desnuda de Esmeralda y se marchó, dejándole sobre la mesa de la cocina un mensaje y el número de su celular en un trozo de servilleta de papel.

Cerca del mediodía, se despertó sobresaltada, abrió los ojos y pensó:

—Que no esté aquí, por favor, que se haya esfumado —Se dio vuelta de a poco y respiró aliviada.

Se quedó en la cama unos momentos recordando la noche que habían pasado juntos y se le erizó la piel:

—Fue todo tan maravilloso que no me arrepiento de haberlo provocado —Dijo abrazando la almohada que aún conservaba su perfume de menta— ¡Qué bello es! Encantador y mentiroso, no le creí eso de la mirada... —Sonrió mientras se levantaba para bañarse— Él se irá y yo viajaré también en unos días, la pasamos bien ¡muy bien! Y ya —Se conformó mientras se preparaba un té, cuando se sentó a leer los mensajes en su celular, encontró la nota:

“Gracias por la noche que me regalaste, me llevo tu mirada prendida en mi alma, quiero volver a verte, bonita”

Agendó su número y sonrió:

—Insistes con eso de la mirada —Se deleitó recordando su cuerpo desnudo. Volvió a la cama para chequear sus e-mails en su computadora portátil y, tentada, buscó imágenes de él en la web, se sonrió viéndolo con distintos peinados, vestimenta, mujeres...

—¡Era de esperar! —Cerró el ordenador, se echó en la cama a pensarlo y se quedó dormida un rato.

Se despertó de su letargo recordando su sueño muy vívido:

—¿Qué ojos eran esos que me seguían donde iba? Yo caminaba con una muchacha bonita que era como de mi edad y esos ojos me penetraban el cuerpo... ¡Qué sensación tan extraña, parecida a la que siento con Félix! —Exclamó— Había un río, yo tenía un vestido largo y era feliz con un hombre...el de la mirada penetrante. Me regalaba un anillo con una piedra verde... —Se quedó rememorando— ¡Ah, qué locura! Un sueño es un sueño, finalmente —De pronto, se acordó de su cita—. ¿Qué hora es? ¡Las tres de la tarde! Debo encontrarme con Bárbara para almorzar, debe estar de muy mal talante.

La campanilla de notificaciones en su celular sonó repetidas veces mientras se vestía, leyó los mensajes de Bárbara mientras se calzaba:

“¿Dónde te metiste? Te estoy esperando ¿Sabes la hora que es? ¿Estás en camino? ¡Contesta, por favor, el mesero ya me mira raro!”

—¿Sabes hijo? —Le confesó Mauricio mientras se dirigían a la hacienda “Los Tréboles” conducidos por un chofer— Tus antepasados tenían una finca cerca de aquí, a unos kilómetros, en la ciudad de San Silvestre.

—No lo sabía ¿y qué pasó con ella? —Preguntó distraído.

—La compraron a finales del 1850 más o menos, décadas después la vendieron. Me gustaría que la podamos visitar.

—¡Hecho! —Aseguró y el resto del viaje se dedicó a revivir los momentos pasados con Esmeralda, sonreía al recordar cuando lo abordó intempestivamente en el sillón— ¡No me lo esperaba! ¡Qué bella! quiero verla otra vez —Pensó— En un momento, allí, desnudos, vi su rostro y también otro de mujer como superpuesto y confieso que me sobresalté. No sé qué me pasa con ella, ninguna me ha atraído como esta adorable criatura, espero que me llame y si no, la iré a buscar.

—Creo que me quedaré más de lo previsto, tomaré unos días de descanso en Santa Marta junto a Laura —Le anunció Mauricio mirando en su ordenador portátil un mail de ella— De todos modos, es el tiempo que llevará todo el papelerío de la sociedad, mientras que tú te entiendes con el arquitecto Villar Araujo.

—No hay problema, iré a Londres, me encontraré con Adam y volveremos en cuanto resolvamos algunos asuntos. Me vendrá bien el clima cálido de este país —Acotó pensando en la mujer de la mirada entrañable.

Bárbara recibió a su amiga con un abrazo y un beso sonoro, había reservado una mesa en el balcón terraza del restaurant con vista al río que atravesaba la ciudad.

—¡Dos horas de retraso, ya comí todo el pan y las galletas! ¡Y sigo con hambre! —La miró unos segundos—. ¿Qué tienes?

—Nada ¿Por qué? —Mintió detrás de sus anteojos oscuros.

—A ver, quítate las gafas —Su amiga obedeció— Estás distinta ¿No habrás vuelto con ese

imbécil? Ya hablamos de eso —La regañó.

—Pidamos el almuerzo que te cuento lo más loco que me pasó en estos meses.

Después de escuchar con los ojos muy abiertos lo que contaba con lujo de detalles, Bárbara exclamó:

—¡Al fin! Parecías un fantasma todos estos años que estuviste con ese pesado de Thomas ¡Y este hombre que aparece de la nada y hace que tengas esa cara de felicidad hoy! —Palmeó contenta—. ¡Me alegro tanto, hermanita querida!

—Sinceramente, enloquecí, pero no pude evitarlo. Desde que lo vi, mis sentidos se turbaron —Contó entusiasmada— cuando salí del edificio y él me siguió, te juro que me puse tan nerviosa que no atiné a articular palabra, sólo me negué a compartir el taxi, cosa de la cual me arrepentí minutos después. Y luego, lo vi en el evento ¡Me fascinó! Cuando nuestras miradas se encontraron fue mágico, el mundo desapareció para mí ¡Y otra vez me atacaron los nervios y hui de allí!

—¿Y, qué pasó? ¿Cómo se llama? —Preguntó ansiosa.

—Félix Vallejos Rosteau. Me siguió cuando me iba del evento ¡Por suerte! Me decía que mi mirada le era familiar y me clavaba sus ojos negros con tanta intensidad que me intimidaba, te confieso que, en esos momentos, lo deseaba mucho.

—¿Entonces lo llevaste contigo al apartamento? —Afirmó.

—Sí, en realidad, se subió al taxi sin pedir permiso. Cuando llegamos, lo invité a subir a tomar café. No comprendía muy bien lo que hacía, sólo quería tenerlo a mi lado el mayor tiempo posible.

—¿Y él?

—Estaba tratando de explicarme algo sobre mi mirada cuando me abalancé sobre él como una leona hambrienta —Sonrió al recordar— ¡Fue maravilloso, único, jamás, ni por asomo, me sentí así con Thomas, jamás! —Hizo una pausa—. Cuando me desperté, se había ido y me dejó una nota con el número de su celular y unas palabras que decían que la había pasado bien y que quería volver a verme.

—¡Me alegro mucho pero mucho por tí! Te mereces vivir una historia de amor como la de las películas, como las novelas que tanto te gustan... ¿Y cuándo se vuelven a ver?

—No lo sé —Dudó.

—Pero...si te dejó su número.

—Sí ¿Y con eso?

—¿Y qué esperas? —Insistió.

—Quiero serenarme, anoche fue un arrebato de pasión, lo deseé desde el mismo momento en que lo vi, temo que él no sienta lo mismo por mí.

—Escríbele, sólo dile “Hola ¿Cómo estás? Blablablá” —Le sugirió.

—¿Y si no me contesta? —Preguntó angustiada.

—¡Ay, no! Te desconozco, sólo hazlo, no pienses tanto las cosas.

—Bueno...a ver... —Esmeralda comenzó a escribirle y a borrar muchas veces.

—¿Y? —Insistió ansiosa y divertida.

—¡Ya va, no me apures, no es tan fácil!

“Hola, soy Esmeralda ¿cómo estás?”

—Ahí está se lo envié y me siento ridícula, muy ridícula para que lo sepas.

—¿Tomamos un té? —Invitó Bárbara mientras escuchaba el sonido del mensaje entrando en el celular de su amiga.

“Hola, bonita, te extraño”

—Dice que me extraña... —le contó.

—¡Bravo! Contéstale ¡Vamos! —La alentó.

—No sé qué decirle, mejor no sigo con esto y no me digas más nada, ya es mucho para digerir por hoy.

—¡Cobarde, dile la verdad! —Bromeó Bárbara.

Esmeralda le contestó: ***“Yo también”***

—Basta ya, no sigamos con esto, hablemos de otra cosa ¿Sí? —Le rogó, nerviosa.

Nuevamente, otro mensaje:

“En este momento, estoy lejos de la capital por asuntos de negocios y, tal vez, me quede sin señal. Quiero volver a verte ¿Y tú?”

“Sí, quiero”

—¿Qué dice?— Intervino Barbie— ¡Léelo, por favor!

Esmeralda sonrió satisfecha: —Desea volver a encontrarnos y yo lo deseo profundamente a él.

Mauricio Vallejos era un hombre terco, muy seguro de sí mismo y mandón, no soportaba que lo contradigan cuando daba órdenes o armaba un plan en su cabeza. La relación con su hijo era relativamente buena, aunque muchas veces chocaban en sus posturas debido a que ambos poseían las mismas características.

El día de campo resultó agradable para Félix, creía que se iba a aburrir y, sin embargo, su anfitrión les había preparado un espectáculo campestre además de una degustación variada de comidas típicas acompañada de canciones y bailes autóctonos.

—Nos han invitado a pernoctar en la hacienda, ya está bajando el sol, es preferible retornar a la Capital mañana temprano —Le dijo Mauricio al oído.

—No me digas eso, si salimos ahora llegamos bien —Se molestó.

—Ya les dije que sí y sería una descortesía de nuestra parte cambiar de parecer ¿Qué tienes que hacer? Aquí hay muchas personas importantes para relacionarnos, como por ejemplo, la hija del ministro, la de la pollera corta y la melena rojiza, es tu especialidad ¿No? —Sonrió con picardía palmeándole la espalda— Además, mañana, de regreso, iremos a San Silvestre a ver la finca de la que te hablé.

—No lo recordaba ¿Cómo es eso de que perteneció a nuestros antepasados?

—Lo que yo sé, es que el Vallejos que compró la finca, un tal Valiente, era un emprendedor sin apellido ilustre para la época. Cuando yo era pequeño, escuchaba las historias que se contaban de él, en la familia. Parece que su padre le había heredado unas minas de cobre y él trabajó incansablemente junto a su amigo para reunir los fondos que necesitaban para contratar a los mineros y así poder explotarlas. Me imagino que le habrá llevado bastante tiempo en reunir la fortuna que después, supo tener.

—¡En esa época, había ricos y pobres, así que, me imagino que le habrá costado mucho sacrificio hacer lo que hizo, es admirable! —Exclamó mientras era devorado con la mirada por la atrevida pelirroja de la pollera corta.

Esmeralda miraba a cada momento su móvil esperando encontrar un mensaje:

—Bueno, es lógico, está ocupado con sus negocios —Dedujo desencantada— Es mejor que me ponga a arreglar los papeles del trabajo, en pocos días viajo y me esperan varias reuniones

complicadas ¡Basta por hoy de esto! —Se dijo, obligándose a pensar en otra cosa que no sea él.

Pero, por más que quisiera apartarlo de su mente, parecía que la imagen de Félix, desnudo en su cama, se hacía más y más insistente.

Finalmente y tras vanos intentos por hilar la lectura de memorándum y contratos, se abandonó a revivir la noche de pasión y las palabras dichas en esos momentos de intimidad.

—¡Ay! ¿Cómo sucedió esto? Te clavaste en mi cabeza como un dardo envenenado que impregna todos mis pensamientos. Quisiera verte, que me vuelvas a besar como lo hiciste esa noche y que hagamos el amor hasta caer rendidos ¿Qué me sucede? —Se preguntó alarmada— ¡Por Dios, no puedo haberme enamorado en unas horas! ¡Esto es un disparate! —Rio sorprendida.

—Bien, Félix, si tu tío Felipe no me ha dado mal la dirección, ésta es la entrada al pueblo — Dijo Mauricio con seguridad—. Chofer, avance hasta la plaza principal —Le ordenó— Recuerdo que mi abuelo Sigfredo me contaba que había una alameda y un río muy bonito. Fue su padre Julián quien la vendió por motivos económicos.

Félix, que hasta ese momento se había mantenido indiferente, comenzó a mirar por la ventanilla ante el entusiasmo de su padre. Vio el portón de madera del Convento de Santa María y se sobresaltó:

—¡Detenga el auto por favor! —Descendió rápidamente y le tomó una foto.

—¿Te gusta su arquitectura, no es cierto? Es de origen hispano, mira las...

Félix no lo escuchaba, tan abstraído se hallaba observando con detenimiento la fachada, se tocó la frente y pensó:

—Yo conozco este lugar y me arriesgo a decir cómo es adentro.

—Vamos, hijo, aún no hemos llegado —Lo apuró Mauricio.

Observaba las construcciones nuevas y buscaba aquellas del siglo XIX que aún estaban en pie.

—Seguramente, como me gusta tanto mi profesión, me siento fascinado por estos edificios antiguos —Deducía mientras descendía en otro paraje.

—Ésa debe ser el Paseo de la Alameda, allí está la pérgola que mi bisabuelo me describió muchas veces y el río ¡Bajemos! —Lo llamó desde la acera—. ¿Qué te sucede, estás dormido?

—Yo he estado aquí otras, muchas veces, no sé cómo explicarlo, pero este lugar me transporta a otros momentos —Meditaba mientras su padre parlotaba sin cesar. Hace calor aquí ¿no? — Exclamó Félix.

—Un poco... ¡Mira esta pérgola, es hermosa! A tu madre le hubiera gustado mucho esta vista ¡Siempre tan soñadora como era! —Se sentaron en los bancos interiores.

—Ya casi no la nombras —Le reclamó Félix mirándolo de reojo—. Pero yo sí la recuerdo cada día y también, todo lo que sufrió.

—Que no la nombre, no quiere decir que no me acuerde de ella, no seas injusto. Ella sabía, desde antes de casarnos, cómo era y me aceptó así.

Celia Rosteau se había casado enamoradísima, de familia tradicional, creyó encontrar al esposo perfecto para tener un hogar y niños correteando por ella, a pesar de su fama de buen mozo y mujeriego. Creyó que tener una familia, lo aplacaría y que, su amor por él, lo haría desistir de saltar de cama en cama. Pero sus esperanzas se hicieron trizas a los pocos meses de casarse. Celia padeció con estoicismo y en silencio sus engaños y mentiras hasta que se enfermó de muerte.

—No quiero vivir más, hijo mío, es muy doloroso estar aquí, mi Félix, mi niño feliz — Confesó acariciándole la mejilla como cuando era pequeño—. ¿Sabes que yo quería ponerte Feliz? Pero no me lo permitieron, porque tú eres así: animoso, alegre, despreocupado, en cambio

yo, mírame, siempre con una amargura, con un dolor. Esto no es vida para nadie —Respiró agitada— He llegado a verte diplomado de arquitecto, lo que más te gusta en el mundo. Adam siguió tus pasos, porque eres un ejemplo para él, en todo. Mauricio no ha podido ser modelo de nada, lamentablemente —Suspiró— Hijo, prométeme que serás fiel a la mujer que elijas para amar toda la vida.

—Claro que sí, mamá, cuando esa persona llegue, la respetaré y cuidaré, te lo prometo.

—Dile a tu hermano Adam que lo amo mucho y recomiéndale de mi parte lo mismo que te pido a ti. Es mucho lo que se sufre con un engaño, con la traición, mucho....

—No te preocupes por nosotros. Te amamos y seguiremos tus consejos y tu ejemplo. Ahora descansa, no te agites más —La consoló angustiado e impotente.

A las dos semanas, el corazón de Celia dejó de latir. Mauricio nunca le pidió perdón por las decenas de infidelidades que cometió a lo largo de su matrimonio. Sus hijos tampoco lo dejaron pasar por alto.

Al llegar a la entrada de la finca, había un cartel de madera añeja en donde se leía, en letras desgastadas por el tiempo, “La Casa de la Colina”. Mauricio golpeó las palmas para ser atendido por un hombre al que veía trabajar en un pequeño gallinero.

—Buenas tardes —Saludó acercándose con amabilidad—. ¿En qué los puedo ayudar? ¿Se han perdido?

—No, nada de eso, queríamos ver la propiedad ¿Podemos pasar? —Preguntó Mauricio.

—La casa pronto se pondrá a la venta, yo soy el cuidador —Comentó.

—Esta finca fue propiedad de mis antepasados y, como estamos de paso, quería mostrársela a mi hijo.

—¿Son descendientes de los Vallejos?

—Sí, directos, Mauricio y Félix Vallejos, mucho gusto.

—Encantado de conocerlos, su apellido es muy conocido y fue venerado por muchos, en tiempos antiguos. No hay problema, adelante, pero le advierto que está en muy mal estado —Dijo abriendo las puertas de madera—. Por aquí, señores, pasen.

Félix caminó conmocionado por el sendero que conducía a la casa, sacando fotos de todo:

—Esto me resulta muy familiar, realmente es tan extraña esta sensación de haber estado aquí antes. Por allá están las caballerizas y, apuesto a que sé dónde está la cocina, las habitaciones, la biblioteca ¡Todo! —Pensó mientras su padre conversaba animadamente con el cuidador— la Casa de la Colina... —pronunció para sí.

—¿Qué buena vista se aprecia desde estas galerías! —Exclamó Mauricio mirando el terreno—. ¿Usted mantiene el parque?

—Así es, señor, son órdenes de la agencia de bienes raíces, si dejas crecer el pasto y las malezas, esto, en poco tiempo, sería intransitable.

—¿Podemos entrar? —Preguntó Félix, ansioso.

Padre e hijo caminaron por la gran sala apreciando la estructura interna de la finca.

—Ambos somos arquitectos —Le aclaró al cuidador— Es verdad, está en muy mal estado, pero se puede reconstruir ¿Me podría dar el teléfono de la inmobiliaria?

Félix encaró hacia la puerta que daba a la biblioteca, la abrió con los ojos cerrados:

—Creo saber que, frente mío hay una estantería llena de libros y a la izquierda un gran espejo ovalado con marco dorado, la ventana del otro lado, da al jardín —Abrió los ojos y se

desilusionó, todo estaba cambiado, no había libros sino una gran mesa de billar profesional, no estaba el espejo, pero sí la ventana en el lugar que él la había pensado.

Salió en busca de la amplia cocina:

—Es por allá —Aseguró.

—La finca fue reformada varias veces en estos años, piense usted que fue construida hacia el 1850 —Le decía el cuidador a Mauricio mientras observaba a Félix ir de un lado al otro sacando muchas fotos:

—No es así como me la imaginaba, aunque la puerta de salida está en el mismo lugar — Reflexionaba.

—¿Me dijeron que son parientes de los antiguos dueños? —Mauricio asintió con la cabeza—. Vengan, acompáñenme —Dijo abriendo la puerta de la cocina que daba al parque trasero— Allá se encuentran las tumbas de los Vallejos. Se cuenta en el pueblo que Don Valiente y Doña Lucero fueron protagonistas de una gran historia de amor y que se convirtieron en los benefactores del pueblo. A tal punto que, San Silvestre tuvo su primer alumbrado público, telégrafo y otros adelantos, gracias a ellos. Los sucesivos dueños de la propiedad respetaron el lugar y por muchos años los descendientes de los beneficiados vinieron a dejar flores hasta que, se fue perdiendo la costumbre con el tiempo... Todo esto lo sé por tradición oral familiar.

Mauricio se quedó retrasado hablando con el cuidador. A lo lejos, se divisaban los sepulcros muy cerca uno del otro, con dos estatuas yacentes algo derruidas: una de un hombre y otra de una mujer que estaban tomados de la mano. No se podía distinguir sus apariencias, pues sus rostros de piedra estaban desgastados por el paso del tiempo. Félix se quedó paralizado al leer las lápidas y trastabilló:

“LUCERO, MI REINA

TÚ ERES MÍA Y YO DE TI ETERNAMENTE”

(1839—1882)

Q.E.P.D

“AQUÍ YACE VALIENTE, UN HOMBRE ENAMORADO”

(1830— 1883)

Q.E.P.D

—Lucero... Valiente... —Pronunció sus nombres con la garganta cerrada por la angustia.

—¡Nos vamos! —Le gritó su padre haciéndole señas para irse. Félix sacó las últimas imágenes que pudo y como pudo y se retiró con una gran opresión en su pecho.

En el viaje de regreso a la Capital, mientras Mauricio conversaba animadamente con el chofer, Félix trató de dormir con el beneficio del aire acondicionado. Necesitaba descansar su mente y su espíritu de tanta información e impresiones recibidas en poco tiempo. Al llegar al hotel, se duchó y pidió la cena en su habitación, chequeó sus mails y mensajes y se acostó agotado:

—¡Lo único que quiero es dormir 24 horas! —Dijo tratando de no pensar en lo que había

experimentado en San Silvestre.

Esmeralda miró por enésima vez su celular antes de dormir:

—¿Qué te pensabas, tonta? —se regañaba— Él obtuvo lo que tú le diste fácilmente, eso te pasa por no usar tu cabeza que siempre te dio buenos resultados, te hiciste la romántica y ahí tienes, mejor duérmete y olvídate de él —Se ordenó fastidiada—. Pero me dijo que me extrañaba y quería verme...

Mauricio llamó varias veces a la puerta sin respuesta y después lo intentó desde el lobby del hotel, llamándolo al teléfono de la habitación. Félix se despertó como pudo y le contestó que en un momento bajaba, sabía que al mediodía del lunes tenían un almuerzo en “Horizontes” para resolver algunas cuestiones de último momento. Mientras se duchaba, la imagen de Esmeralda lo asaltó:

—¡Me olvidé de llamarla ayer al llegar! —Exclamó mientras se golpeaba la frente.

Algunos chispazos del sueño que había tenido a la noche lo invadieron como ráfagas de luz muy intensas: caras desconocidas, risas, niños jugando, una anciana que le sonreía, un anillo con una piedra en una mano femenina y una sensación de mucho amor.

—¡Caray con todo esto! —Sacudió su cabeza como para desembarazarse de esas imágenes y se apresuró a cambiarse, lo esperaba una intensa jornada.

Esmeralda se dirigió al apartamento de Amalia enfundada en su jogging gris, no había podido dormir bien, le había costado conciliar el sueño, pero estaba dispuesta a seguir con su cambio de vida y eso incluía la práctica del yoga:

—¡Buenos días, Amalia, buenos días, chicas! —Saludó con una sonrisa a las alumnas y a su profesora.

Se sentó en el suelo sobre su esterilla y Amalia aclaró:

—Como siempre, les daré unos minutos de conocimiento espiritual y luego realizaremos la clase de yoga para concluir con una pequeña meditación, como tú siempre llegas por la mitad de la clase —Le dijo a Esmeralda— te pierdes la primera parte, por suerte, hoy no —La reprendió con dulzura— El tema es: La Reencarnación. Sé que ustedes me lo han solicitado muchas veces, así que hoy es el día.

Las alumnas tomaron lapicera y una libreta de sus bolsos, Esmeralda se dispuso a escuchar acerca de un tema totalmente desconocido para ella.

—En principio tenemos que decir que éste, es un planeta escuela. Esto significa que las almas vienen a reencarnar aquí para aprender ¿Qué cosa? La Ley del Amor.

—¿en qué consiste esa Ley? —Preguntó una joven.

—Esta Ley abarca todos los valores éticos: amor, justicia, dignidad, generosidad ¡todos! Y en sus distintos grados, Una vida no alcanza para aprenderlos y manifestarlos, es por eso que, encarnamos muchas veces— Aclaró la maestra.

—¿Siempre en cuerpos femeninos? —Inquirió otra.

—No, somos hombres o mujeres, ricos, pobres, lisiados, letrados, iletrados, llegamos a ser ancianos, morimos jóvenes, en fin, según lo conveniente —Respondió Amalia— Eso se determina por Ley del Karma —Al mirar la cara de desconcierto de Esmeralda, sonrió— El karma es el conjunto de acciones que realizaste, que tiene consecuencias positivas o negativas en esta vida o en las futuras. Esta Ley es inmutable y se la conoce como “Justicia Divina”.

—Esto quiere decir que todos estamos bajo esa Ley sepamos o no de su existencia —Acotó una alumna.

—Así es, Rebeca, —Contestó Amalia— y que todo lo que vemos como injusto en esta vida, es sólo ignorancia de esta Ley.

—¿Podemos reencarnar con personas ya conocidas en otras vidas? —. Preguntó una mujer mayor— Es decir ¿Puedo volver a ver a mis hijos o a mi madre o esposo en otra vida o que nos hayamos conocido en otras vidas pasadas?

—Sí, muy posible, encarnamos en grupos, con otros roles tal vez o no, depende de la misión que tu alma tenga en esta vida. Lo que tengas que aprender y el karma que tengas que saldar, pero sí. A veces nos pasa que, con una persona que apenas conozco, me siento muy a gusto, como si la conociera de toda la vida, y, a veces es al revés, uno le dice que es “cuestión de piel”, pero, en realidad, hubo algo entre esas almas que viene de encarnaciones pasadas.

—¡Uf, mucha información para mí! —Exclamó Esmeralda, todas rieron—. ¿Y los ojos tienen algo que ver? Una persona que recién me conocía, me dijo que mi mirada le resultaba muy familiar.

—En la mirada se ve el alma y el alma es eterna, tal vez, se conocieron en otra u otras vidas... ¿Alguna pregunta más? Pueden llevarse libros de la biblioteca que está en mi cuarto, recuerden cuidarlos muy bien, leerlos y devolverlos. Ahora comenzaremos con las asanas ¡A prepararse chicas!

Cuando la clase finalizó, Esmeralda aguardó a que la última de las mujeres se haya ido y así poder conversar con Amalia a solas.

—¿Cómo te resultó la clase completa, querida? —Le preguntó ofreciéndole una limonada de la mesita de servicio.

—Muy interesante y quisiera leer más acerca del tema, me llamó la atención ese concepto de planeta escuela. Me gustaría seguir profundizando.

—Aquí nos encontramos los alumnos en diferentes grados, según el nivel de conciencia que hayamos adquirido a lo largo de nuestras sucesivas encarnaciones. Algunos repiten muchas veces, otros son muy veloces. Hay de todo, buenos, malos, regulares...Lo que vemos como injusticias de la vida, no son tales, es karma, definitivamente, karma. Ven, te daré un libro para comenzar, algo sencillo.

—Soy católica por tradición, ya tú lo sabes pero, no me cierro a lo que dices, quiero entender.

—¿Quién es la persona que te dijo lo de tu mirada?

—Félix, un hombre que conocí y por el cual sentí un deseo irrefrenable desde el momento en que lo vi ¡Una locura total! ¡Ni yo misma me reconozco! —Exclamó—. Perdón por el sinceramiento —Dijo avergonzada.

—¡Jaja! —Rio con ganas—. No te preocupes, querida ¿y cómo sigue eso?

—Aún no lo sé...

—No existen las casualidades sino las causalidades —Le dijo mientras se despedían—. Si es para ti y tú para él, los caminos se cruzarán indefectiblemente.

Al entrar a su apartamento escuchó el timbre de calle:

—¿Quién será? —Miró por el monitor y vio a su ex —¿Y ahora qué? ¡Uf!

—Hola ¿Qué quieres? —Preguntó con tono de fastidio.

—Vine a traerte esta encomienda que te envió tu tía Carmen, seguro que no sabe todavía que te mudaste.

—Ahí te abro —Le dijo cortante, enojándose con ella misma por el descuido.

Thomas depositó la caja en un costado, le dio un ligero beso en la mejilla que recibió muy a su pesar.

—¿Cómo estás? Veo que muy bien instalada —Preguntó mirando la decoración— Esto está muy confortable y... femenino para mi gusto —Tomó el libro que recién había dejado sobre la mesa ratona y leyó el título en voz alta— “Las Vidas Pasadas” ¿Y esto? ¿Te dio por el esoterismo ahora?

—¡No te importa, Thomas! —Dijo arrebatándole el libro de la mano—. Si ya no tienes más que hacer aquí, te pido que te retires.

—Ok, tranquila, nena —Sonrió con ironía.

—¡Te dije muchas veces que no me llames así —Le gritó molesta— y lo sigues haciendo! ¡Soy una mujer adulta que elige vivir de esta manera le guste a quien le guste!

—¡Bah, tonterías de revistas femeninas! ¡Todos clichés! De todos modos, supongo que esto es temporario. Dime ¿Cuándo vuelves a casa?

—¿Qué dices? ¿No está claro que lo nuestro se terminó? —Rugió— Hace mucho que no convivimos y más tiempo que no tenemos relaciones ¿Eso no te dice nada?

—Podemos revertir las cosas, amor mío —Contestó mientras se acercaba con ánimo de besarla.

Esmeralda, adivinando su intención, se echó hacia atrás:

—No lo creo, lo nuestro ya no existe, hace tiempo que no te amo y tú tampoco me amas. En realidad, creo que nunca nos amamos —Se sinceró.

—¿Y qué fue entonces? ¡No hables por mí! —Contestó furioso mientras sus ojos vieron, bajo el sillón, asomarse un pedazo de tela negro. Lo alzó y se lo mostró:

—Veo por qué tanto rechazo ¡Ya te estuviste revolcando con otro! ¡Esto es de alguien que fue a una fiesta y que tú trajiste aquí, descarada! —Gritó enardecido—. ¿Del evento, no? De pronto, aquella noche desapareciste ¿A quién te trajiste? —Preguntó arrojando el pedazo de tela al suelo—. ¿Quién es?

—¡Nada tengo que explicarte! Yo hago lo que se me da la gana y por tu mal carácter, tu prepotencia y egoísmo de machista recalitrante es que no quiero saber más de ti ¡Ya vete y no vuelvas más!

—¡Claro que me voy! Tengo una reunión importantísima con Vallejos Rosteau ¡Nada más tengo que hacer aquí, prostituta barata! —Y cerró la puerta con un golpe fuerte.

El escuchar el apellido de Félix, la hizo estremecer y le recordó los momentos vividos con él y un estremecimiento recorrió su cuerpo. No reparó en el insulto ¿Para qué ofenderse? Su ex novio siempre terminaba las discusiones con un insulto que la descalificaba como mujer.

—Al fin se terminó todo —Suspiró aliviada, aunque con una opresión en el pecho— Ahora me doy cuenta lo mal que me hacían estas discusiones y lo mucho que me desagradaba su forma de ser...Por suerte, esto no lo volveré a vivir porque no permitiré que me ocurra nunca más —Buscó el moño de Félix y se lo llevó instintivamente a la boca para besarlo y oler su perfume— Ay... —Suspiró—. ¿Te volveré a ver, hombre guapo?

Al concluir la reunión con éxito, Mauricio le dijo a su hijo:

—Tenemos la tarde libre, iré con Laura de paseo y luego a cenar, mañana nos vemos. ¡Ah, me olvidaba decirte! Tu hermano me confirmó que termina la obra en Medellín, se encuentra contigo en Londres y vuelven juntos para encargarse de la obra. A propósito ¿Qué te pareció el tal Thomas?

—Capaz y bien predispuesto. Por ahora va todo bien. Bueno, nos vemos.

Félix se despidió molesto, al recordar cómo había entrado esa mujer en la vida.

Laura Palacios era una mujer sensual, coqueta y sofisticada, abogada de profesión, soltera y muy ambiciosa. Cuando Félix y ella se conocieron, unos siete años atrás, él con veinticinco y ella con cuarenta y tres, de inmediato, se convirtieron en amantes. Nada de salidas ni eventos sociales, sólo sexo. Estuvieron juntos dos años, viéndose en diferentes partes del mundo, entre idas y vueltas. Hasta que Laura se dio cuenta de que se había enamorado de ese joven carilindo, seductor y mujeriego y decidió terminar la relación antes de sufrir por amor como ya lo estaba haciendo. A Félix no le afectó la ruptura, hasta el momento que la vio del brazo de su padre.

—Hijo, te presento a la abogada contratada para la filial local, la doctora Palacios.

—Mucho gusto —Le contestó, disimulando la incomodidad, al tenderle la mano en el restaurant del hotel.

—El gusto es mío, su padre no hace más que hablar maravillas de usted y me dio curiosidad a tal punto que le insistí esta tarde para conocerlo ¡Y aquí estamos! —Sonrió con descaro—. ¿Comemos, mi amor? —Le dijo mimosa ante la mirada atónita de Félix— Tengo apetito.

La cena transcurrió entre comentarios banales y miradas nerviosas. Mauricio temía que su hijo no aprobara su nueva relación, no deseaba entrar en conflictos con él; Félix no sabía adónde quería llegar Laura con ese noviazgo, ya que lo seguía mirando con deseo disfrutando del lugar que ocupaba entre ellos dos. Cuando Mauricio se retiró un momento a la toilette, Félix la increpó:

—¿Qué es lo que haces? —Le preguntó con chispas de rabia en sus ojos.

—Solamente saco partido de la situación, mi querido, ya no hay nada entre tú y yo. Soy una mujer libre ¿O no? —Le dijo sugerente.

—Sí, pero ¿Con mi padre? ¿No había otros hombres?

—¿Celoso? ¿Acaso me extrañas? ¿Quieres que te haga esas cositas que te volvían loco? —Sonrió desprejuiciada— Él me gusta, creo que me puedo enamorar, descuida —Mintió acariciándole la mano con suavidad—. No sabrá nunca de lo nuestro, mis labios están sellados y espero lo mismo de ti, cariño.

Desde ese momento, hace ya un par de meses, mantuvieron cierta distancia. A veces, Laura se le insinuaba, pero Félix se hacía el desentendido y todo seguía su curso normal. A Adam no le había caído bien desde un principio, cuando Félix y ella eran amantes, y menos, después de enterarse que se había enredado con su progenitor.

—Esta mujer lo único que quiere, es perjudicarte. Utiliza a Mauricio para estar cerca de ti ¡Quién sabe que está tramando! ¡Ten cuidado!

Adam era el hermano menor de Félix. Lo defendía a capa y espada, desde niño lo tomó como referente masculino puesto que nunca se identificó con su padre, debido a sus continuos viajes y a las reyertas familiares.

En Félix lo encontraba todo: un amigo, un protector y un guardián. Siguió la carrera de Arquitectura imitando a su hermano pues, de esa manera, se sentía acompañado. No obstante, con el correr del tiempo, se convirtió en el consejero de Félix en cuestiones amorosas y de relaciones personales. Cuando murió su madre, esa relación se afianzó aún más, dejando de lado a Mauricio para siempre, quien siempre se sintió un extraño entre ellos.

Cuando llegó al hotel, Félix se cambió de ropa para ir al gimnasio del hotel, corriendo en la cinta fija, pensó en Esmeralda y en sus intensos deseos de verla. Se duchó y se recostó unos minutos, de pronto recordó la finca en San Silvestre y buscó en su celular las decenas de fotos que había tomado, cada una de ellas lo sobrecogió, lo sumergía en distintas sensaciones, todas muy

intensas y misteriosas. Decidido a cambiar el ánimo, se dijo:

—La voy a invitar a cenar, allí hablaremos de nosotros. Quiero conocerla y que me conozca ¡Ella es tan especial!

Esmeralda, se recostó en el sillón para comenzar el libro que Amalia le había prestado, leía con sumo interés, releendo párrafos con mucha información que no lograba asimilar completamente, hasta que el sueño la invadió.

Se veía como una joven de otra época, a su lado había una mujer a la cual quería mucho, las unía un amor filial y también una anciana que le sonreía con ternura. Había gente corriendo de aquí para allá, parecía que había ocurrido un accidente fatal por los gritos y las caras asustadas que percibía. A lo lejos, distinguía la figura esbelta de un hombre que ella identificaba como un ser querido. A medida que se iba acercando, su corazón latía más y más, lo llamaba por su nombre, él giraba su cabeza y la miraba sonriendo con mucho amor, tendiéndole la mano. En su cuello, se veía una cadena con una cruz.

—¡Ay! —Gritó despertando empapada en sudor, miró a su alrededor tratando de ubicarse en tiempo y espacio —¡Por Dios, qué sueño tan vívido! Creí estar allí... ¡Cuánto amor sentía yo por esas personas! —Reflexionó— Y él... ¿Cómo era su nombre? ¿Vito? ¿Valentín?... No lo recuerdo... —Miró la hora en su celular— ¡Uf, las nueve de la noche, me quedé dormida!

El timbre de la puerta del portero eléctrico sonó:

—¿Quién puede ser a esta hora? —Protestó mirando la pantalla— ¡Es él! ¿Qué hago? ¡Hola! —Dijo finalmente.

—¡Hola! Vine a invitarte a cenar ¿Tienes algo que hacer?

—Bueno, en realidad... —Trató de inventar alguna excusa sobre la marcha y no apareció ninguna—. No.

—¡Bien, estoy de suerte! ¿Puedo pasar? —Sonrió.

—Sí, claro.

Mientras Félix subía por el ascensor, pensaba cómo reaccionar ante él, alisando su cabello y recomponiendo su ropa. Se maldijo por no estar arreglada.

—¡Hola, bonita, —La saludó con un beso en la mejilla y le dio un ramo de jazmines— no sé si son de tu agrado, a mí me gustan mucho!

Esmeralda se conmovió y permaneció inmóvil unos minutos:

—Son mis preferidas —Expresó a media voz—. Ponte cómodo por favor mientras me cambio.

Félix la tomó por la cintura y la besó intensamente y ella respondió de igual manera, para su sorpresa.

—Te extrañé mucho ¿Sabes? —Le confesó tomándola del mentón— tu mirada sigue aquí y aquí —Dijo señalándole la cabeza y el corazón.

Embelesada, trató de sustraerse del efecto que esas palabras tenían y replicó:

—Yo también a ti, ahora vuelvo, debo ducharme. Si me hubieras avisado antes por este aparatito que se llama celular, estaría más que lista —Bromeó reparando inmediatamente en el “más que lista” ¿Qué dije, por Dios? —Pensó.

—Me gustan las sorpresas, bonita. No hay problema, te espero tomando un café ¿Puedo?

—Sí, por supuesto, ponte cómodo, no tardo —Contestó, deseándolo más que nunca.

Tomando el café, Félix se sentó en el sillón del living a descifrar sobre los sentimientos y sensaciones que la sola presencia de esa mujer le provocaba.

—He conocido muchas y de todo tipo, pero con ella es todo diferente —Miró el libro que

estaba sobre la mesita y leyó “Las Vidas Pasadas” y comenzó a hojearlo, vio la marca en donde Esmeralda había llegado y el subrayado en lápiz:

“Tenemos muchas vidas para llegar a ser quienes somos, el amor lo trasciende todo, es decir que, por ejemplo, si un hombre amó intensamente a una mujer, ese sentimiento atraviesa el tiempo (ya que éste no existe en el universo) y pueden volver a encontrarse una y otra vez, lo que el Cielo une no lo separa nada ni nadie, no es posible...”

—“Lo que el Cielo une nada ni nadie lo separa” ¿Dónde escuché esa frase?

Esmeralda lo sorprendió enfrascado en la lectura:

—¿Te interesan estos temas?

—Estás bellísima —Al levantar la vista, dijo en un hilo de voz.

—Gracias —Se quedó mirándolo, su belleza varonil la encandilaba, se había propuesto mientras se vestía, no sucumbir ante él, pero todo objetivo se diluyó cuando lo tuvo enfrente.

Félix, consciente de la atracción que los envolvía, decidió salir de esa situación rompiendo el clima creado, no quería que pensara que solamente deseaba acostarse con ella.

—¿Vamos? —La invitó tomándola de la mano.

Mientras le contaba de sus experiencias por el mundo, Esmeralda observaba detenidamente su dentadura blanca, su mentón anguloso, su cabello lacio peinado hacia atrás, sus dedos alargados, su porte, sus piernas...

—Todo él me encanta, quisiera que nunca se vaya de mi vida, me gustaría poder...

—Y entonces estos japoneses me dicen que... ¿Me estás escuchando o hace rato que hablo solo? ¿Te aburro, bonita? —Dijo tocándole la cara y guiñándole un ojo—. ¿Sabes? Desde que te vi, no he podido dejar de pensar en ti.

—A mí me pasa lo mismo —Confesó.

Félix estacionó, apagó el motor y la miró con detenimiento:

—Quiero que entiendas y me creas, que mi intención primera no fue acostarme contigo. Yo vi en ti algo que hasta hoy, me es inexplicable —Dijo tomándola de las manos— Tú eres única para mí, contigo me quiero quedar para siempre. Dirás que estoy loco, que no nos conocemos, que hace falta tiempo, pero mi corazón se desborda de sólo pensarte.

—Yo siento lo mismo por ti y también creo que es una locura, algo irracional para mi mente lógica, tengo miedo de no verte más.

Félix comenzó a besarle las manos, ella se aproximó para encontrarse con su boca.

—No puedo dejar de besarte, bonita, es como recuperar el tiempo perdido, sólo tu brillas, sólo tú...

—Pensé que no nos veríamos más, que...

Félix le selló los labios con un dedo, la miró intensamente y comenzó a recorrer su mentón, su cuello y su escote hasta rozar el pezón erecto bajo la tela. La besó apenas en los labios y le dijo:

—Tendremos muchos días y muchas noches para estar juntos, ya verás —Dijo mirándola con pasión contenida—. ¿Vamos a comer? Tengo hambre —. Sonrió Félix.

Esmeralda trató de salir del embeleso que se había creado entre ellos y movió la cabeza asintiendo, feliz.

—Debo confesarte algo, —Se atrevió Esmeralda— te estuve buscando en la web y vi fotos tuyas con muchas chicas... ¿Te enamoraste de alguna?

—No, alguna vez pensé que sí, pero no ¿Me estabas investigando, crees que soy un sátiro o algo así? —Bromeó y alzando la copa de champán, dijo— ¡Brindemos por este encuentro!

—¡Pero mira qué casualidad, amor! —Exclamó Laura Palacios, frente a la mesa— Tu hijo y una señorita cenando ¿Ella es Marian, la azafata, verdad? —Preguntó con aparente inocencia.

Esmeralda se incomodó, Félix se sorprendió al ver a su padre y a la abogada y con el ácido y malintencionado comentario.

—¿Qué hacen por aquí? —Preguntó rabioso.

—¿Podemos sentarnos con ustedes? —Inquirió Laura.

—No, querida, vamos a otra mesa —Intervino Mauricio— Los jóvenes quieren estar solos.

—Nosotros ya nos íbamos de todos modos, Esmeralda Morrison, mi padre y Laura Palacios, su novia —Los presentó con irritación.

—Mucho gusto, señorita —Saludó Mauricio con amabilidad, tendiéndole la mano.

—Encantada —Contestó Esmeralda.

—Esmeralda ¡Lindo nombre! —Laura hizo un movimiento de fastidio— Bueno, otra vez será ¿Vamos, Mauricio?

Cuando se retiraron, Félix se sintió aliviado, los celos de su antigua amante se le notaba a flor de piel y no quería por nada del mundo que Esmeralda lo percibiera, pero fue inútil.

—Tuviste algo que ver con ella ¿No? —Quiso saber.

Félix se rascó la ceja y pidió la cuenta. Era indudable que sí, pensó ella.

—Las cosas, a veces, se complican... Dejemos este tema y vayamos a otro lugar a tomar algo ¿Quieres? —La invitó.

Mientras manejaba, Félix maldecía a Laura y, Esmeralda se reprochaba haber sido tan directa en algo que no le incumbía.

El celular sonó y Félix leyó el mensaje de reojo:

“Llegué hace una hora ¿Dónde estás? Quiero verte”

—¡Vaya qué suerte la mía! —Pensó— es Marian.

Marian Mastrángelo era una bella azafata que conoció en Londres hacía un año y con quien mantenía una relación sin compromisos.

—¿Algo urgente? —Preguntó al ver la cara de disgusto de Félix.

—No, nada importante —Contestó con incomodidad, la presencia de Mauricio y Laura lo habían sacado del clima en que se encontraba con Esmeralda y luego el llamado de Marian había sido el broche de oro. Su humor ya no era el mismo, y aunque deseaba revertir la situación, no lo conseguía.

—Viajo en tres días a México —Comentó Esmeralda para romper la tensión, se sentía una tonta sentada al lado de ese hombre cautivante que no le prestaba la misma atención de antes. Quería bajarse del auto, salir corriendo y que él la borrara de sus recuerdos.

—¿Por cuánto tiempo? —Preguntó contrariado.

—No lo sé —Mintió para provocar su interés.

—Yo también viajo a Londres a finiquitar unos temas pendientes allá y luego me regreso para instalarme aquí, a trabajar con Thomas —La miró mientras pronunciaba el nombre de su ex.

Esmeralda se mordió el labio inferior, no sabía cuánto le disgustaba recordarlo hasta que Félix lo hizo. En ese instante, un pensamiento cruzó por su mente: “Sal, vete de allí”

—Por favor, detén el auto —Le pidió con angustia.

—¿Qué tienes? ¿Sucede algo? —Preguntó alarmado.

—Esto fue un gran error —Dijo mientras descendía buscando con la mirada un taxi.

Félix, sin entender, se apeó del vehículo:

—¿Dije algo que te molestó? No comprendo... —Agregó extrañado.

—Todo fue un arrebato, un sin sentido, realmente no quiero estar aquí contigo, de esta forma. Me voy y espero que te olvides de mí, por favor —Le pidió tendiendo la mano al vehículo de alquiler que se aproximaba.

—Esmeralda, no te vayas, hablemos. Fue una noche accidentada, lo sé, pero lo nuestro...

—¿Lo nuestro? ¡No existe tal cosa! Están Marian, la azafata y Laura para acompañarte ¡Mucha gente para mi gusto! —Dijo con furia abriendo la puerta del auto— ¡Olvídate de lo que te dije, de lo que nos dijimos, fue un desvarío!

Félix se quedó en el medio de la calle, viendo alejarse a la mujer que lo había enamorado, maldiciendo las horribles circunstancias que se combinaron en pocos minutos para arruinarle su cita.

Al llegar a su apartamento, lloró, lloró mucho, sintió pena de sí misma por haber creído en que el encuentro con ese hombre era único, mágico, salido de una novela romántica:

—La realidad es que somos dos personas de carne y hueso con historias detrás —Reflexionó repasando los hechos— Esa tal Laura tuvo algo que ver con él, lo vi en sus ojos llenos de deseos y en cómo me miró. Félix cambió a partir de allí, se apagó, se metió para adentro y, en el auto, ese mensaje lo hundió más ¿Era ella o la azafata? ¿Qué papel estaba haciendo yo ahí? Me sentía una limosnera pidiendo un poco de su atención...No estaba cómoda, odié pasar por eso, fue lo mejor que pude hacer ¡Irme! Me hizo acordar cómo me trataba Thomas y bastó que lo nombrara para decidirme —Concluyó convencida—. ¿Estoy celosa? —Se preguntó— ¡Sí, muy celosa! Como nunca lo fui con Thomas, es más ¡Creí que no lo era! —Se sonrió amargamente.

Las imágenes de su única y apasionada noche juntos la invadieron por completo.

—Esto es una real tortura...Haré otra cosa porque si no, lloraré toda la noche y no quiero sufrir.

Mientras se estaba desmaquillando, recibió un mensaje:

“Perdóname, por favor, sé que no fui un buen acompañante esta noche, lo arruiné todo, pero confío en que el destino nos volverá a cruzar. Mis intenciones contigo son serias”

Esmeralda no le respondió, no sentía que si lo hacía, algo cambiaría. Rápidamente su mente racional la invadió y la congeló, un método de protección que empleaba seguido, después de la muerte de sus padres.

—¡No quiero ser vulnerable, no lo soporto!

Por el espejo de su tocador, vio la caja que Thomas le había traído.

—Mi querida tía Carmen —Pensó al abrir la encomienda.

Lo primero que encontró fue un sobre rosado con su nombre bellamente escrito, lo abrió con cuidado y leyó emocionada:

“Querida sobrina: Ha llegado el momento de legarte estos objetos que pertenecieron a nuestros ancestros. Tu abuela prefirió que yo las custodiara hasta que llegara el momento, éste, próximo a mi partida. No quiero que llores, como supongo que lo estás haciendo ahora...”

Esmeralda se enjugó las lágrimas para poder seguir leyendo.

“Por favor, te pido que no rompas la tradición que por años hemos conservado y te conviertas en su guardiana hasta que sepas, como yo, que debes traspasar su custodia. No vengas, no es necesario, mi abogado tiene instrucciones precisas de dónde arrojar mis cenizas y mi testamento dice que tú eres la única heredera. Ya he vivido suficiente, pronto me reuniré con los míos ¡Sé feliz, mi hermosa niña!

Te ama, Carmen”

—¡No, tía, iré a verte pronto! No te despidas así, por favor —Esmeralda rompió en llanto desconsolado, todo era tristeza y desolación, lloraba por su tía y lloraba por ella. Sentía que toda su vida se desmoronaba en ese mismo instante y, sin ánimo, comenzó a abrir los envoltorios que, cuidadosamente, estaban ordenados por tamaño. Entre ellos, halló una lista con explicaciones que decía:

Propiedad de Lucero de Olazábal:

- 1 Juego de cepillos de nácar y hebillas.
- 2 Cajita musical.
- 3 Dos chalinas de seda.
- 4 Un par de guantes de satín.
- 5 Dos hebillas de strass.
- 6 Un anillo de oro con esmeralda.
- 7 Llave grande de hierro con iniciales L Y V (se sospecha que es de una caja fuerte)
- 8 Seis cucharitas de alpaca con las mismas iniciales.
- 9 Una cadena y un crucifijo de plata .
- 10 Un cuchillo de alpaca, estos dos últimos objetos, propiedad de Valiente Vallejos

Observó con mayor detenimiento los objetos y sintió, de pronto que el pecho se le oprimía de dolor.

—Lucero de Olazábal...Valiente Vallejos... —Súbitamente recordó que el apellido de Félix era el mismo— ¡Qué coincidencia! ¿Tendrá algo que ver? No, es un apellido español bastante corriente —Tomó el crucifijo entre sus manos y lo besó— He visto esta cruz en otro lado, pero ¿Dónde? ¡Ah, en un sueño de esos raros que estoy teniendo, colgaba del cuello de él! —Mirando el listado, leyó— De Valiente Vallejos... ¿Soñé con él?

Aún conmocionada, se detuvo a observar la cajita musical, al abrirla, su música la transportó en el tiempo. Cerró los ojos y su mente la llevó a un río en donde se bañaba desnuda junto a un hombre al que no le podía ver su rostro, pero sabía que era un ser amado, reían y él la besaba con

pasión, él le susurraba al oído algo como “Tú eres mía”. Dio un respingo y le costó unos instantes reconocer su propia habitación.

—¡Qué sensación tan maravillosa! ¿Son recuerdos? Tal vez, de una vida que no tuve, pero que extraño. Es como si yo hubiera pertenecido allí y a ese hombre que me amaba tanto y yo a él —
Trató de descifrar confundida, tapó la caja y resolvió— Mañana hablaré con Amalia, ella podrá ayudarme con todo esto que no puedo manejar sola.

CAPITULO 9

Félix se levantó de malhumor, no había pasado una buena noche. Mientras se duchaba, repasó mentalmente su encuentro con Esmeralda y luego el incidente con Laura para después, recibir el mensaje de Marian que no contestó. Sabía que Esmeralda estaba ofendida por su actitud:

—No pude dominarme, sentí que Laura iba a abrir la boca más de lo debido si no nos íbamos. Ahora creo que es capaz de todo, lo vi en su mirada, la conozco, disfrutó en hacer daño y Esmeralda percibió que tuvimos algo que ver. Ella en unos días viaja y yo también ¡Qué mala suerte! —Protestó—. Cuando nos volvamos a ver, porque sé que así será, no la dejaré ir como lo hice ayer.

—Hijo —Golpeó a la puerta Mauricio—. ¿Estás listo? Laura nos espera en su oficina para revisar los papeles del contrato.

—Sí, ya voy, espérame en el lobby —Contestó molesto por tener que toparse con su ex amante.

—Buen día, querida, —Amalia la recibió sonriente— pasa por favor ¿Un té de jengibre?

—Sí, gracias— Dijo sentándose en el sofá y colocando en su regazo una caja mediana—. Perdóname que haya venido en forma intempestiva, lo que sucede es que viajo a México por trabajo y necesito dilucidar algunas cosas muy importantes.

—No hay problema, Esmeralda, te he ofrecido mi ayuda cientos de veces—. Sonrió alcanzándole la taza caliente—. ¿En qué te puedo ser útil?

—Mira, hace unos días que tengo unas imágenes en mi cabeza y también en sueños, que son muy vívidas...Es raro, nunca me había pasado antes. Además, tengo aquí unas cosas que me envió mi tía abuela Carmen —Explicaba atropelladamente mientras Amalia la escuchaba atenta—. Son varios objetos heredados de mis antepasados —Dijo mientras descubría la tapa—. Cuando toqué estas hebillas, fue como si me cayera un relámpago en mi cabeza, cerré los ojos y me transportó a otro tiempo donde sé que fui feliz con un hombre que no pude ver el rostro, es el mismo que vi en otra escena, parado, lejos de mí, pero que me miraba con mucho amor. Yo pronunciaba su nombre, no lo recuerdo ahora...Y después, aparecían caras desconocidas que me eran familiares... ¡Todo es muy loco, casi demencial! —Arremetía casi sin respirar— Tal vez tus enseñanzas más los libros espirituales que leo y ahora, estos objetos hicieron que yo fantasee... pero estoy segura que no es fantasía...Entre los objetos que me envió, hay una cruz de plata que vi en mis sueños ¡Pero antes de tenerla conmigo! ¿Cómo puede ser eso? ¡Ayúdame, por favor, a descifrar qué me está pasando! ¿Tú crees que me estoy volviendo loca o algo así? —Preguntó ansiosa.

Amalia sonrió y observó detenidamente las pertenencias:

—No puedo contestarte ahora mismo, pero si me las dejas, te puedo orientar. Mi querida muchacha, en primer lugar, tú no estás enloqueciendo. Cuando el tiempo de revelaciones ha llegado, el Universo envía toda la información que la persona pueda soportar. También aparecen personas en su camino, para auxiliarla, para ayudarla a comprender lo que le está sucediendo. Éste era el momento que el Cielo le asignó a tu alma para que tu memoria ancestral despierte y se

active. Seguramente, hay un Propósito Mayor que se irá descubriendo más adelante. Confiemos en el éxito de este proceso que ya se desató.

—¡Gracias por tus palabras, que no alcanzo a entender en su totalidad! —Sonrió nerviosa—. Confío en ti y por favor, cuidálas, hay un mandato familiar que dice que debemos custodiarlas, de generación en generación.

—Quédate tranquila, así lo haré. Y dime ¿Qué hay del joven de la mirada?

—¡Uf! —Resopló— Más tarde te cuento, debo ir a trabajar, gracias Amalia ¡Por todo!

Adam envió un mensaje a su hermano avisándole que se encontrarían en Londres en los próximos días, Félix extrañaba su compañía y sus conversaciones. Sentía que se tenían solamente uno al otro y que, estar cerca, era recrear el amor que su madre les tenía en vida.

“Mañana salgo para allá, tengo mucho para contarte”

Se concentró en su taza de café y pensó en el encuentro con Esmeralda.

—No puedo perdonarme la actitud que tuve. Después de que apareció Laura, mi humor cambió, vi por primera vez, su maldad, sus insidiosas palabras que lastimaron la confianza que Esmeralda tenía en mí.

—¡Vamos! —Lo apuró Mauricio—. No quiero hacerla esperar, se impacienta y después la tengo que soportar yo —Se quejó.

—Ese es el precio que un hombre como tú debe pagar, para estar con una mujer como ella — Le contestó sin reparos.

—Cuando llegues a los sesenta y cinco, verás que no es tan fácil conquistarlas, deberás hacer concesiones, regalos y todo lo que haga falta para tenerlas contentas.

—No creo que a tu edad esté soltero. Espero tener otra vida.

—¿Piensas casarte? ¿Con quién? ¿La conozco? ¿Es la damita de la otra noche? —Dijo cómplice.

Félix eludió la respuesta y sintió rechazo por la manera de hablar de su padre. Parecía uno más y eso fue lo que siempre le molestó de él, que nunca asumió su paternidad o, mejor dicho, la ejercía en algunas ocasiones y de manera despótica. Para nada más, jamás fue ejemplo ni referencia de nada.

Al llegar a la oficina, la abogada los recibió con una alegría desbordante, exagerada y, por supuesto, falsa. Y eso lo mantenía alerta.

—¡Pero qué hombres tan guapos son los Vallejos, padre e hijo! Adelante, siéntense por favor, hay muchos papeles que firmar, algo tedioso, lo sé, pero necesario —Sonrió simpática y seductora.

Su novio la saludó con un beso ligero en la boca, Félix esbozó una sonrisa y se mantuvo a distancia. El celular de Mauricio sonó y pidió permiso para retirarse al pasillo, cerrando la puerta.

—¡Al fin solos! —Dijo Laura acercándose— Me has estado esquivando por mucho tiempo ¿De qué tienes miedo?

—De nada, eres la novia de mi padre, te respeto —Disimuló.

—¿Tan mal recuerdo te he dejado que no me extrañas?

—Tú decidiste terminar la relación y yo lo superé; para mí, era la primera vez que te veía cuando fuiste presentada por Mauricio como su novia y así pretendo que continuemos ¿Tú qué quieres? —La desafió para conocer sus propósitos.

—Me quiero divertir un poco y él es... ¿Cómo decirlo? Un poco entrado en años y aburrido.

Cada vez que te veo, me traes recuerdos imborrables ¡Eras tan viril y apasionado, de seguro esas cualidades siguen intactas!

—Eso es historia vieja, búscate otro, conmigo no —Contestó tajante.

—Es eso lo que más me gusta de ti: tu terquedad y tu sinceridad. Me tienta aún más —La conversación se interrumpió al entrar Mauricio.

—Bueno, ya está, disculpen era un tema urgente ¿Firmamos?

Con evidente fastidio en el rostro, Félix estampó su firma y con una sonrisa maligna en sus labios, Laura recogió los papeles sin que su novio se percatara de nada.

Esmeralda visitó a Bárbara en su negocio de antigüedades, quería desahogarse con ella como siempre lo hacía desde que se conocieron, su amiga era alegre, práctica, vivaz:

—¡Bienvenida, hermanita! ¿Y esa cara? —Le preguntó preocupada.

—Ha salido todo mal —Y pasó a relatarle lo sucedido con Félix.

—Bueno... —Suspiró— El hombre tiene una historia en donde, lógicamente, hay mujeres ¿Te pusiste celosa?

—Algo así... ¡En verdad sí, muy celosa! —Afirmó decidida— Es que él cambió mucho desde que apareció la novia de su padre y cuando le nombré a la azafata pareció que lo había hundido en un pozo profundo del que no pudo salir y por más que quise hablar de otro tema, su cabeza estaba en otra parte. No soporté la situación de sentirme nada a su lado y me fui.

—Te hirió tu autoestima que, convengamos, ese imbécil de Thomas se encargó de estropear todos estos años. ¿Y no te contactó después?

—Sí, me envió un mensaje pidiéndome disculpas y, que el destino nos volverá a encontrar, pero no le contesté —Dijo desanimada.

—Amiga, los hombres son así ¡Si lo sabré yo! —dijo recordando sus desengaños—. Por eso, no quiero relaciones serias sino pasajeras.

—Sentí que con él, era diferente, especial, mágico... —Se sinceró—. Pero ya está, ahora debo apurarme con algunos asuntos que tengo pendientes antes de viajar ¡Ah me olvidaba! Heredé unas cosas de mi familia que me gustaría que las veas a mi regreso.

—Claro, mantente en contacto, quiero saber cómo estás ¿Sí? —Le recomendó abrazándola— ¡Buen viaje!

Al final del día, Esmeralda tocó a la puerta de Amalia quien la recibió con la amabilidad de siempre:

—Adelante, corazón, te estaba esperando.

—¿Pudiste averiguar algo?

—Mira, yo creo que has tenido un deja vu... Estas cosas han despertado memorias de otra vida.

—¿Cómo es eso? No entiendo, explícame mejor.

—Siéntate —La invitó— Tú me contaste de tus sueños vívidos, de las hebillas que, al tocarlas, te transportó a otro tiempo en el que viviste, sin dudas.

—Pero estas son cosas de mis ancestros ¿Cómo podría ser que...?

—Escucha con atención lo que voy a decirte: Es posible encarnar muchos años después, en la misma línea familiar.

—¿Tú me quieres decir que he conocido, de verdad, a esas personas que están en esas visiones? ¿A las dueñas de estos objetos?

—Es muy posible —Afirmó.

—Es una locura total, perdóname, no es contigo, de hecho, te agradezco todo lo que hiciste, pero debo procesarlo... —Confesó turbada— Ahora tengo que empacar porque viajo a México, gracias de verdad, Amalia.

—Hasta la vuelta, cuídate, por favor.

Esmeralda se sentía confundida, trataba de digerir la información recibida y asociarla con lo que le pasaba:

—Tal vez ese libro que estoy leyendo me está influyendo inconscientemente —se dijo tomando una taza de café, su celular anunció un mensaje:

“Viajo a Londres y sé que te vas a México ¡Buen viaje, bonita! Me gustaría volver a verte a nuestro regreso, pues no te apartas de mi mente ni de mi corazón ni un solo día, nuevamente, perdóname”

Dudó en contestarle, pero tras unos instantes, se dijo:

—¿Por qué no?

“Buen viaje para ti también y la vida dirá, como tú dijiste”

Félix sonrió satisfecho en el aeropuerto al recibir sus palabras mientras que Esmeralda releyó muchas veces el mensaje repitiendo “no te apartas de mi mente ni de mi corazón ni un solo día”

—Tú tampoco, Félix, tú tampoco...

Al llegar al hotel, Félix aguardó con ansias la llegada de Adam, quería contarle todo sobre Esmeralda y también acerca de su experiencia en San Silvestre. Desempacó y se recostó unos minutos navegando en su celular. Comenzó a ver las fotos de aquel día y observó detenidamente el letrero de entrada, se leía “La Casa de la Colina”. Y más abajo “Propiedad de Valiente Vallejos y Lucero de Olazábal de Vallejos”

Buscó datos acerca de esos nombres que, también estaban esculpidos en las tumbas del pequeño cementerio de la finca. Una angustia pertinaz le oprimía el pecho y, al leer los epitafios, comenzaron a rodar lágrimas por sus mejillas, sin advertirlo.

Adam tocó a la puerta y su hermano corrió a recibirlo afectuosamente, se abrazó a él con fuerza, al punto que el recién llegado se vio sorprendido:

—¿Qué te pasa, Félix? ¿Qué tienes? —Le preguntó preocupado.

—Nada, ya te contaré —Dijo limpiándose el rostro con la manga de la camisa como cuando era pequeño, Adam reconoció el gesto y sonrió— Disculpa, paso al baño y ahora vengo — Anunció, avergonzado.

Al regresar con otro semblante, Adam lo miró intrigado:

—¿Y bien? Cuéntame todo lo que me dijiste que me ibas a contar —Y se recostó en la cama con los brazos en la nuca.

Félix le contó su encuentro con Esmeralda y los sucesos que le siguieron, hasta llegar a su cita frustrada por Laura.

—Ya sabía yo que esa arpía se traía algo entre manos ¿Y cómo quedó todo con tu chica?

—Pues, le envié mensajes, dos para ser más preciso, el primero disculpándome por mi actitud y el segundo despidiéndome hace algunas horas.

—¿Te contestó alguno?

—El último. Me deseó buen viaje.

—Buena señal ¿te gusta?

—¡Me encanta! Es todo lo que buscaba en una mujer.

—Bueno, cuando vuelvas, la buscas ¡Y ya! ¿Qué es eso de la finca de nuestros antepasados?

—¡Eso fue rarísimo! ¿Pedimos algo para comer aquí así te cuento? Tengo hambre.

Esmeralda miraba por la ventanilla del avión, la lectura la introducía en tantos conocimientos nuevos que, debía dejar de leer cada tanto para digerir tanta información.

“Las almas encarnan en grupos, es decir, están interrelacionadas de una u otra forma desde otras vidas, con asuntos que resolver entre ellas o con asuntos ya resueltos y, en este caso, son las personas con las que nos llevamos bien desde un primer momento y no hay conflictos mayores, son nuestros “maestros de la bendición” mientras que las que nos generan conflictos y lecciones duras que tenemos que aprender, son nuestros “maestros de la adversidad”...”

—Interesante...a ver, Thomas, Bárbara, mis padres, Amalia, la tía Carmen pueden ser personas con las que me haya encontrado también en otras vidas con distintos roles supongo... —Deducía.

“Cuando morimos, dejamos el cuerpo y el alma va al Cielo, que, en realidad es una dimensión de las tantas que existen, para ser juzgada por el Tribunal Kármico que repasa nuestras acciones en la Tierra. Allí se observa lo bueno, lo logrado, lo malo y lo que no pudimos aprender o revertir de la anterior o anteriores vidas, para, después de un tiempo de aprendizaje en las Escuelas Celestiales, volver a encarnar con una misión principal y varias secundarias...”

De a poco, se quedó dormida y se vio a sí misma con un bebé en brazos en un lugar con mucho verde y caminando hacia un jardín lleno de flores que ella sabía, las había cultivado, era su jardín y el bebé parecía su hijo. Al llegar, un hombre los estaba esperando, los abrazaba y ella lo besaba apasionadamente. De pronto, el bebé ya no estaba, eran ellos dos acostados en la gramilla, la sensación de los cuerpos ardiendo de placer y sus bocas besándose profundamente eran muy vívidos. Esmeralda veía los ojos del hombre amado, sus manos recorrían su espalda y lo deseaba intensamente... Se despertó en medio de la noche, en el avión y excitada, tardó en entender que había soñado. Cerró los ojos dispuesta a revivir las escenas, parecía que ese hombre era ¡Félix!

—¡Por Dios! ¿Es que has entrado en mi vida para no irte más?

Félix le contó, a su hermano, al detalle la visita a la Casa de la Colina y se detuvo específicamente en las emociones y recuerdos que le despertaron algunos lugares.

—Fue muy extraño, era como si esos lugares me trajeran recuerdos que yo nunca tuve. Quería proponerte si la compramos para reconstruirla ¿Qué me dices?

—¡Tú y tus locuras! —Adam rio—. ¿Para qué me preguntas, si ya lo decidiste?

—Mira, aquí tengo algunas fotos.

—Muy linda propiedad, aunque venida a menos ¿Tiene tumbas?

—Parece que eran los benefactores del pueblo y que fueron una pareja que se amaron mucho.

—¿Y eso te conmovió? ¡Jaja! ¡Quién lo hubiera dicho, Félix! Eso sí que no me lo esperaba.

Esmeralda se abocó a su trabajo en los primeros cinco días de llegada a México y en el sexto decidió recorrer los alrededores, sobre todo, de la parte colonial. Dispuesta a sacar fotos de todo

lo que veía a su paso, se tomó el día libre para despejar su mente.

—¡Cómo me gustan las construcciones del tiempo del Virreinato! Las columnas, los ventanales, los portones cincelados... ¡Belleza pura!

De pronto, vio en un puesto callejero de antigüedades, se acercó y observó una llave parecida a la que su tía abuela Carmen le había heredado.

—Perdón, señor ¿Estas llaves para qué servían?

—En general, abrían cofres o buhardillas secretas, se utilizaban en el siglo XIX para ocultar dinero, valores, joyas...

—Entonces —Pensó Esmeralda— esa llave es para eso. Pero ¿Qué abrirá?

Los días en Londres transcurrieron entre la oficina comercial y las salidas nocturnas de ambos hermanos. Marian contactó, sin éxito, a Félix quien no deseaba continuar la relación.

—Espero que se dé por vencida —Pensó.

Adam le contó que se había enamorado de una colombiana muy atractiva con un solo defecto: era casada, así que sus días en Medellín transcurrieron bastante agitados.

—Eso ya no era vida, hermano, así que este viaje me vino de maravillas —Le confesó Adam—. No quiero enredarme más en historias tan intensas, prefiero no comprometerme con nadie y vivir el momento.

—¡No sé si podrás! ¡Tienes un talento especial para meterte en problemas! —Lo palmeó, sonriente.

Esmeralda concluyó su tarea en México y decidió tomarse un pequeño descanso en una playa del Pacífico, necesitaba ordenar sus ideas. La noche que pasó junto a Félix la había marcado a fuego, porque nunca había sentido algo tan fuerte y profundo por un hombre que apenas conocía.

—No quisiera pensar más en ti, pero debo rendirme ante la evidencia, fue muy intenso lo que vivimos desde que nos vimos y quisiera volver a verte. No sé cómo será eso, porque yo no pienso buscarte. Bueno, en tanto, te buscaré en mi celular, hay muchas imágenes tuyas —Resolvió tomar un jugo de coco bajo la sombrilla del hotel y disfrutar mirando las fotos— ¡Aquí estás, ah, pero tienes un hermano muy bien parecido y estás con él en Londres, no me mentiste...! —Deslizó sus dedos sobre la boca de Félix y recordó con excitación, sus besos ardientes— Ya, esto me pone mal, mejor busco en los folletos alguna excursión para hacer. Aquí dice que se puede visitar una hacienda, es un spa de día ¡Magnífico!

Su celular sonó:

—*Amiga ¿cómo estás? ¿Cuándo regresas? ¡Te extraño! Oye, vi unas imágenes de tu Félix ¡Qué hermoso ejemplar masculino!*

—*Yo también las vi, no pude con mi genio, el que aparece a su lado es el hermano, también muy guapo.*

—*Sí, precioso también, me encantan los hombres altos, castaños, con ojos al tono y muy pícaros...Escucha, no lo dejes ir.*

—*El tiempo dirá, Barbie, el tiempo dirá...*

Luego de conversar de trivialidades, Esmeralda se despidió de su amiga y retomó la lectura del libro de Amalia:

“El planeta Tierra es un planeta escuela adonde encarnan las almas una y otra vez para aprender la Ley del Amor que conlleva la plena manifestación de todos los valores éticos,

nuestro modelo es el Mesías y hacia esa perfección vamos, nos lleve el tiempo que nos lleve, algunos aprenden más rápido que otros. Aquello que no se aprende, se repite hasta poder absorber el conocimiento que entraña la dificultad; se saldan deudas cuando aprendemos, reparamos, sanamos y, esto es posible si estamos con la conciencia despierta...

Se quedó dormida, sus sueños recurrentes la llevaron hacia una casa grande, había un jardín con hierbas y flores. Ella se veía allí, era su jardín, a lo lejos un pequeño jugaba con una pelota “¡Fran! ¡Hijo, ven con mamá! “Se escuchaba, era un día de sol, un hombre se apeaba del caballo, tomaba al niño entre sus brazos y sonriendo, se dirigía hacia ella, en su pecho llevaba un crucifijo de plata.

Habían transcurrido un par de horas, cuando se despertó embotada y, adormilada todavía, bebió un sorbo de agua y trató de reconstruir el sueño en su mente, repasó las imágenes y revivieron las sensaciones:

—El niño...mi hijo se llamaba Fran, él y yo éramos sus padres, nos amábamos mucho — Espesas lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras la invadía una profunda melancolía, tomó su computadora portátil y trató de describir todo lo que había soñado— De ahora en más, escribiré todo, para no olvidarme.

Su mente la llevó a la imagen de ese hombre que avanzaba hacia ella con su hijo en brazos:

—Es el mismo con el que soñé otras veces... ¡Y el crucifijo! ¡Él es Valiente! ¿Será, como dice Amalia, una vida pasada mía y ese hombre, mi esposo? ¿O será que ese libro que estoy leyendo me influye de tal manera que sueño estas cosas? Pero —Recordó— yo había soñado con él antes de que me lo prestara ¡Ay, qué confusión tengo!

Los hermanos Vallejos tomaron el avión para unirse al proyecto inmobiliario, no consiguieron un vuelo directo así que debieron hacer una escala de dos horas. Adam fue hasta el free shop mientras que Félix se sentó para revisar sus mensajes en el celular. Distráido, no vio pasar a Esmeralda caminando, apurada.

Nuevamente, pasó por la galería de fotos para rever las imágenes tomadas en San Silvestre, el solo mirarlas lo llenaba de tristeza y, a la vez, de una profunda paz.

—Es como si ese lugar me perteneciera o yo le pertenezco. Me hace bien este sitio, mi corazón se entibia, es la misma sensación que me embargaba cuando era pequeño y mi madre me abrazaba cuando volvía con las piernas lastimadas por alguna aventura en bicicleta o trepando árboles con Adam —Sonrió, melancólico.

Levantó la vista para poder adentrarse en el recuerdo cuando le pareció ver a Esmeralda buscando algo en su bolso:

—No puede ser que esté aquí ¿Será ella? —Se levantó rápido para ir a su encuentro. Un grupo numeroso de turistas japoneses le interrumpió el paso y cuando quiso continuar, ella ya no estaba. Buscó su celular y le envió un mensaje:

“¿Estás en el aeropuerto? Creo haberte visto”

Esmeralda vio de quién era el mensaje y su corazón comenzó a galopar:

—¡Es él! —Dudó en leerlo, pero no pudo con su genio— ¡Está aquí! —Exclamó en con alegría, en voz alta y levantó su vista para buscarlo entre la gente. Se apresuró a contestarle:

“Sí, estoy haciendo un traspordo”

Apenas lo envió se lamentó por la impersonalidad de sus palabras, hubiera querido ser menos fría y distante.

—Bueno, salió así ¿Dónde estará? —Y comenzó a caminar disimuladamente para verlo, aunque sea a la distancia.

—¡Hola, Esmeralda! —Le dijo a sus espaldas con esa voz seductora que tanto la cautivaba— La vida nos quiso cruzar otra vez.

Ella dio un respingo y se volvió hacia él:

—¡Me asustaste! —Contestó nerviosa y se maldijo por su actitud, quería mostrarse relajada y dominante, pero esa no era la imagen que daba.

—Perdón, es que no podía creer la coincidencia ¿Vuelves? ¿A qué hora tomas el avión?

—En diez minutos, sí, regreso ¿Y tú? —Preguntó con disimulado aire de indiferencia. La alegría que sentía con el encuentro le desbordaba el corazón, pero trataba de ocultarlo, no quería que él se diera cuenta.

—También, pero parto en una hora —Dijo clavándole la mirada—. No he dejado de pensar en ti.

Esmeralda dejó traslucir su nerviosismo.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué? ¿Ya me has olvidado? —Se acercó más aún.

—No, no es eso —Dijo no queriendo decirlo—. ¿Tu azafata no está por aquí? — reaccionó irritada.

—No, eso terminó aquella noche, no me castigues más, por favor... —Esmeralda vio su gesto suplicante y sonrió vencida— Mañana te invito a almorzar, déjame saldar la deuda que tengo contigo.

El altavoz anunciaba el vuelo de Esmeralda.

—Debo irme.

—Te llamo —Le dio un beso ligero en los labios que la hizo tambalear en su fuero íntimo. Cerró los ojos, vencida por el amor que estaba sintiendo. Félix le tomó la mano y la llevó a sus labios, la besó con delicadeza y ella sintió un arrebató de calor recorrerle el cuerpo, cerró nuevamente los ojos y el gentío se disolvió.

—Debo abordar —Suplicó deslizando sus manos para poder irse de ese lugar del que no quería apartarse.

La soltó sonriéndole, se encaminó hacia el lugar de abordaje sin darse vuelta:

—Si giro, sé que él estará allí y no sé de lo que sería capaz de hacer, este hombre me puede y yo no quiero hacer nada para evitarlo. Cuando me llame, iré con él, y al día siguiente y al otro...

—Se dijo rindiéndose de una vez.

—Vaya ¡qué hermosa mujer! —Exclamó Adam a su lado.

—Es Esmeralda Morrison. La vida nos volvió a cruzar, es una señal del destino y ésta vez no la dejaré ir ¡Lo juro!

Esmeralda dejó las valijas sobre su cama y se dirigió con rapidez al apartamento de Amalia:

—¡Querida, bienvenida! ¿Cómo estuvo el viaje? Pasa por favor.

—Todo bien, bueno... —Dijo aclarando— Tuve un sueño bastante raro ¿Pudiste averiguar algo acerca de las antigüedades?

—Sí, —Dijo en tono grave— Es algo fascinante, esas pertenencias de tus antepasados, están cargadas de historia, más aún, diría que podría ser de una vida pasada. Tienen mucha energía evocativa.

—Espera ¿Dices que es de una vida anterior a ésta?

—Creo que sí pero, de todos modos, yo quería consultarlo con mi Maestra, esperaba tu vuelta para pedirte permiso. Ella podrá confirmar si esto que deduje es así o me estoy equivocando.

—¡Claro! ¿Vive cerca de aquí? —Preguntó ansiosa—. ¿Cuándo podré verla?

—Sí, relativamente...Ella es vidente natural, Maestra de Reiki y de muchas artes más, como Numerología y lectura de Registros Akhasicos —Le contó sirviéndole una taza de té de rosas— Fue mi mentora por cinco años hasta que me dijo:” Ahora debes seguir tu camino, nos veremos esporádicamente, ya sabrás cuándo será ese momento”

—¿Y ese momento llegó?

—Creo que sí.

—Quisiera contarle mis últimos sueños —Y hurgando en su bolso, sacó un libro— Toma, gracias por el préstamo, me lo devoré, muy interesante, Amalia. Te he traído un cuarzo rosa que sé que te gusta mucho ¿O me equivoco?

—¡Una pirámide! —Exclamó abrazándola— ¡Gracias, corazón, no te hubieras molestado! Es la piedra sagrada del Amor.

—Por favor, fue un placer elegirla para ti, me ayudaste mucho desde que me mudé aquí y me has introducido en el mundo fascinante de la espiritualidad.

—Todos estamos inmersos en él, querida, lo que ocurre es que, hasta que no se despierta nuestra conciencia, vivimos adormecidos creyendo que sólo habitamos este mundo material.

Félix y Adam se encontraron con su padre en el departamento que les había alquilado para que compartieran, mientras duraran sus estadías:

—¡Bienvenidos! ¿Cómo resultó todo en Londres?

—Sin ningún problema —Respondió Adam en tono seco—. ¿Y tú? ¿Con esa mujer todavía?

—Te pido que te dirijas con respeto, es mi novia ¡Caray! El lunes ya pueden instalarse en las oficinas que les fueron asignadas en la empresa para empezar a trabajar con el arquitecto Villar Araujo y su equipo. Descansen en estos días y disfruten de esta maravillosa ciudad.

—¿Tienes alguna noticia con respecto a la finca de San Silvestre? —Preguntó Félix sirviéndose una copa de whiskey.

—Mañana me enviarán un informe sobre la situación legal y financiera, estás interesado por lo que veo —Y mirando su reloj, anunció—. Se me hizo tarde, debo encontrarme con Laura para cenar con unos amigos, nos vemos el lunes a las 10hs en punto.

—¿Sigues en el hotel? —Quiso saber Félix.

—No, estoy en la casa de ella, hasta que compre una, en un country. Bueno, me voy —Se apuró a disimular la incomodidad del anuncio— Todos los días vendrá una muchacha a realizar la limpieza y encargarse de todo ¡Nos vemos! —Saludó con la cabeza gacha, cerrando la puerta tras de sí.

—Muy predecible, Laura no tiene escrúpulos, lo lleva de las narices —Dijo Adam sentándose en el sillón de tres cuerpos.

—Veremos cómo sigue, de todos modos, es su vida, no va a cambiar a su edad.

—Lo sé, me daré una ducha ¿Pedimos algo para comer?

—Genial —Contestó distraído mientras le enviaba un mensaje a Esmeralda.

“Llegué, bonita quiero verte ¿puedo ir a tu apartamento en una hora?”

Esmeralda lo leyó y sonrió satisfecha:

—Yo también te quiero ver —Murmuró.

“Te espero”

“¿Cenaste? Llevo sushi y un vino blanco riquísimo ¿Quieres?”

“Aún no y me tienta la idea”

“Tú eres mi tentación ¡En una rato estoy por allí!”

Cuando Adam salió del jacuzzi, Félix le dijo:

—Me voy a encontrar con mi chica. ¡Espero no volver a dormir, deséame suerte! —Le dijo a las apuradas mientras entraba al baño para ducharse.

—¡Esta vez es fuerte, Jaja! —Rio divertido—. Nunca te vi tan entusiasmado por una mujer, ella es “La Elegida”.

—¿Sabes? Nunca lo había visto así, pero la estaba esperando y no lo supe hasta que la vi.

Esmeralda se habló a sí misma mientras se peinaba:

—Recuerda lo que sucedió en tu cita, no la pasaste bien, te fuiste dolida, ve con mesura —El timbre sonó—. ¿Está en la puerta? —Se alarmó y preguntó—. ¿Quién es?

—Yo, Félix, una señora muy amable con un perrito blanco y negro me dejó pasar.

—Amalia —Pensó abriendo la puerta—. ¿Cómo estás?

—Ahora que te veo... ¡Feliz! Traje lo prometido.

—Pasa, déjalo en la cocina —Esmeralda se sentía perturbada, siempre le pasaba lo mismo cuando lo veía, su corazón latía a ritmo galopante y sus sentidos se embotaban, trató de mantenerse fría, con mucho esfuerzo.

—¿Quieres que te ayude a poner la mesa? —Dijo mirándola con intensidad unos minutos, sintiendo que su belleza lo desarmaba.

Ella se incomodó y desvió sus ojos hacia los anaqueles buscando el mantel y las servilletas.

—¿Los cubiertos? Por aquí ¿No? —Dijo disimulando la tensión sexual que se había generado entre ellos.

—Yo no puedo creer esto que está sucediendo —Pensó Esmeralda— es insoportable tener que disimular y hacer de cuenta que nada pasa, en realidad, no sé si...

De pronto, sintió sus manos fuertes tocándole la cintura, se dio vuelta instintivamente y se encontró a centímetros de él.

—Nunca deseé tanto a una mujer como a ti, Esmeralda. Te extrañé mucho todos estos días ¿Y tú? —Le confesó llevándola contra su pecho.

—Aunque estaba enojada y mucho por la última vez que nos vimos, debo confesarte que pensé en ti, muchas veces, extrañándote.

Félix le besó los labios apenas y recorrió con la boca, su cuello, ella echó la cabeza hacia atrás para sentirlo mejor.

—Comeremos después, ven, vamos —Le dijo Félix.

Vencida, se dejó conducir dócilmente hacia su habitación, excitada y feliz se entregó a la pasión que los envolvía.

—Te quiero para mí, para toda la vida —Le susurraba jadeante— me enloqueces, mujer, me gusta todo de ti.

—Yo también te quiero para mí y no deseo compartirte con nadie, me haces perder la cabeza.

Ambos dejaron de hablar para disfrutar ese momento de total paroxismo y dieron rienda suelta al deseo que habían acumulado desde la última vez. Félix, sobre ella, abrió los ojos un momento

para contemplarle el fino rostro y volver a mirar sus ojos.

—Eres tú otra vez y soy yo, aquí y ahora.

—Sí, sí, mi amor, otra vez juntos.

Cuando se apaciguaron, Félix la abrazó y olió su cabello.

—¿Pensativa? ¿Estás bien? Tal vez fui un poco apresurado y....

—Nada de eso, me siento maravillosamente bien.

—Eres muy apasionada —Dijo besándole la espalda.

—¿Yo? —Rio— jamás me lo habían dicho, mis parejas anteriores decían que era muy cerebral, que no me entregaba...

—¿De verdad? Pues no es así —Dijo divertido— tu piel es de fuego. Apenas te toco, bulle un volcán en tu interior.

Esmeralda se levantó y se puso su bata de seda y se sentó en el borde de la cama, Félix la observaba con las manos entrecruzadas en la nuca apenas tapada su desnudez con un retazo de sábana.

—¿Qué tienes? —Quiso saber, intrigado.

—Nos hemos dicho cosas importantes recién.

—¿Cómo cuáles?

—¿No recuerdas? —Dijo nerviosa—. Por ejemplo, me dijiste que me amas.

—Y tú que me quieres para toda la vida ¿Y qué hay con eso?

Esmeralda se puso de pie.

—¡Es que es muy pronto para decirnos esas cosas! —Se alarmó caminando por la habitación.

—Ven aquí, preciosa, ven —La recibió entre sus brazos y ella apoyó su cabeza sobre su pecho.

—Hemos sido sinceros el uno con el otro, es verdad que no nos conocemos tanto para confesar esos sentimientos, pero el amor es así, aparece de repente y sin pedir permiso. Tranquila, todo va a estar bien.

Esmeralda se incorporó y lo miró con profundidad:

—Tienes razón, lo que pasa es que estoy un poco asustada. Nunca imaginé que iba a sentir lo que siento por tí, es como que te conozco de toda la vida y me enciendes de una manera que me asombra —Le confesó mientras le acariciaba el pecho.

—Si sigues así, no podré contenerme, bonita, y te haré el amor otra vez —Dijo cerrando los ojos. Ella descendió sus manos por el bajo vientre y Félix saltó sobre ella poniéndola de espaldas y abriendo sus piernas para penetrarla una vez más.

Después de besarse ininidad de veces, de darse placer y de acariciarse toda la extensión de sus cuerpos, ella le preguntó:

—¿Te acuerdas lo que me dijiste hace un rato, es decir, la primera vez?— Ante la negativa de Félix, le contó— “Eres tú otra vez y soy yo, aquí y ahora” ¿Lo recuerdas?

—Te he dicho eso seguramente por la alegría inmensa que tenía de estar contigo. Pensé que nunca más iba a suceder y la vida hizo que nos cruzáramos ayer en el aeropuerto, fue una señal, de que debíamos estar juntos.

—Pues creo que esas palabras tienen una carga especial que...

—¿Qué dices? ¡No te entiendo! —Rio abrazándola—. ¿Vamos a comer?

—Sí, tengo hambre —Y desechando su estado de concentración, sonrió y exclamó— ¡Festejemos el reencuentro!

Comieron y bebieron entre caricias y más besos, se sentían felices de estar juntos.

—Lo que te dije en la cama lo sostengo aquí —Le aclaró Félix, ante la mirada de asombro de ella— Me enamoré cuando entraste en el ascensor, no me preguntes cómo fue, sólo que en un instante, sentí un amor profundo hacia ti. Por supuesto que, no lo supe hasta que nos separamos aquella noche, verte lejos de mí, me dolió mucho. Eso fue impactante porque nunca me había pasado. Esmeralda, quiero estar contigo para siempre... —Dijo acariciándole el rostro.

—Yo tampoco sabía qué sentimientos me unían a ti. Aquella tarde, en el ascensor, me impactaron tus ojos, tu presencia lo llenaba todo, dije muchas tonterías, quería decir cosas y salían otras —Sonrió nerviosa, recordando— Lo cierto es que me atraías mucho. Luego, en el evento, cuando te vi en el escenario, te deseé intensamente. Hubiera querido secuestrarte para encadenarte a mi cama ¡Una locura! —Volvió a reír— Fue muy triste para mí también, tomar la decisión de irme aquella noche. Pero me sentí muy mal y creí que todo había sido un hermoso sueño que terminaba allí. En México, el recuerdo de nuestra noche me atormentaba, te aparecías en mis pensamientos todo el tiempo. Traté de distraerme, de ocuparme de mi trabajo y, al ver que eso no sucedía, te acepté como mi acompañante permanente.

Rieron y se besaron largamente.

—Te amo y tampoco yo puedo explicarlo, quiero que estés en mi vida y yo formar parte de la tuya —Afirmó Esmeralda.

Félix le tomó la mano y la invitó a ponerse de pie y la observó un largo tiempo. Después, la subió a horcajadas a su férrea cintura e hicieron el amor con renovada pasión.

Se durmieron de madrugada, abrazados y felices.

A media mañana, Esmeralda se levantó a preparar el desayuno, Félix apareció con el pelo revuelto y sonriente, como siempre.

—Buen día, mi reina —La saludó acercándose hasta tomarla por la cintura—. ¿Qué preparas?

—Café, tostadas, jugo de naranjas, no sé lo que te gusta... Mi rey.

—Así está bien —Asintió, besándole el cuello—. ¿Te ayudo?

—Bueno, pon la mesa, las tazas están en el estante superior ¿Dormiste bien?

—Lo que me dejaste... Muy bien ¿Y tú?

—¡Qué malo! Yo también —Sonrió con calidez.

—Bella, no temas —Le pidió tomándola de la cintura y acercándola a su cuerpo—. Siento que estás a la defensiva, por favor, olvídate de aquella noche, se hace difícil continuar así.

—Tienes razón —Dijo— Una gran parte de mí está feliz por esta relación que comenzamos, pero otra, no cree que dure.

—Aprendí que hay que disfrutar todos los momentos buenos que nos brinda la vida y afrontar las dificultades como mejor se pueda, hoy ¡Espero que por mucho tiempo! Estamos bien y felices por elegirnos, la vida dirá.

—Me gustaría tener ese optimismo, lo voy a intentar, ayúdame, mi amor —Le rogó.

—Me encanta escucharte decir “mi amor” —Esmeralda se sonrojó— y me gusta verte con pudor, eso es algo que escasea hoy en día.

—Si no tienes otros planes ¿Quieres que demos un paseo por la ciudad?

—¡Sí, claro! Voy al apartamento, me ducho, me cambio de ropa y te paso a buscar ¿ok?

—De acuerdo —Lo acompañó hasta la puerta y se besaron apasionadamente. Félix la arrinconó y sus manos exploraron dentro de sus prendas íntimas, en unos instantes, el deseo brotó y Esmeralda sintió nuevamente que su cuerpo sucumbía al placer que le otorgaba.

—Ahora sí, me voy —Le dijo dejándola exhausta— En dos horas vuelvo.

—Te espero —Dijo en un hilo— ¡Uf, qué hombre!

Se acostó en el sofá para reponerse, Thomas jamás había actuado así. Su sexo era tradicional, esporádico, predecible y aburrido. Se desconocía, no sabía qué mujer se escondía dentro de sí y la entusiasmaba la idea de ese descubrimiento. Suspiró satisfecha por decidirse a vivir esa relación y de creer que era posible.

Félix se sentía pleno. Mientras se duchaba, pensó en los momentos vividos:

—¡Qué mujer! —Pensó— ¡Apasionada, bella, inteligente, delicada...!

De pasada, leyó una nota que le dejó en la mesa su hermano:

“Fui a visitar a unos amigos del club”

Cuando se disponía a salir, un mensaje en el celular le hizo fruncir el ceño:

—Es Laura ¿y ahora qué se trae?

“Querido, quiero verte en un rato, Mauricio no se ha sentido bien, creo que son las pastillas que toma para ya sabes qué...”

“Estoy saliendo ahora hacia otro lugar, no puedo” —Le contestó molesto.

“¿Tienes una cita?”

Félix hizo un gesto de fastidio y apagó el celular.

—Hola, soy yo —Anunció Esmeralda, ansiosa, al llamar a la puerta de Amalia.

—¡Ya voy! —Le gritó desde adentro— ¡Hola! ¿Pasa algo? —Preguntó alarmada al abrir la puerta.

—No, perdón —Se disculpó— pero antes de salir quería concretar la visita a tu Maestra.

—La llamaré para ver si nos puede atender y te aviso en cuanto tenga novedades —Y mirándola con picardía le preguntó—. ¿Qué tienes? ¡Estás radiante!

—Estoy enamorada, Amalia —Le dijo sonriente.

—¿Quién es?

—Félix, el hombre de la mirada ¿Recuerdas? Le abriste la puerta anoche.

—¡Por supuesto! ¡Un hombre tan guapo no se olvida así nomás! Me alegro que estés pasando por este momento tan hermoso, te lo mereces.

—¡Gracias! —Suspiró— Ahora me voy porque tengo que encontrarme con él precisamente... ¡Gracias por todo, otra vez!

Félix la recibió con su sonrisa blanca, apoyado en su auto:

—Vamos a almorzar cerca del río, quiero conversar mucho contigo.

—De acuerdo, aunque mi vida es sencilla. En cambio la tuya, por lo que vi en las redes sociales, fue bastante agitada... Muchas mujeres hermosas te acompañaron estos años —Comentó celosa entrando al auto.

—¿Es un reproche? ¿Celos retroactivos, tal vez? —Bromeó.

—No, para nada —Mintió— Es la verdad.

—¡Estás espléndida, los hombres me envidiarán! Y yo diré: Lo siento, es mi mujer.

Esmeralda pensó: —Suenan lindo, su mujer...

En el almuerzo, Félix le contó acerca de su infancia, del amor fraternal e incondicional con Adam, de sus estudios, de la conflictiva relación de sus padres, de su adorada madre y de su

preocupación por que sus hijos sean hombres fieles.

—¿Lo serás conmigo, entonces? —Preguntó sonriéndole.

—¿Lo dudas? —La miró con intensidad—. ¿Y tú a mí?

—Por supuesto, a diferencia de tu experiencia, mis padres se amaron mucho y en mi casa reinaba la armonía, el respeto y la fidelidad. Me consuela saber que, al menos, ambos partieron juntos, sé que les hubiera sido muy duro si uno de ellos sobrevivía al otro. Crecí en ese ambiente, y, aunque intenté formar una pareja sólida y duradera con Thomas, nunca lo logramos.

—Trabajaré con él a partir del lunes con más asiduidad. Ya nos reunimos, parece un tipo capaz, un tanto hosco y desconfiado. En algún momento se enterará de lo nuestro ¿No hay problema?

—Por mí, ninguno, lo nuestro se murió mucho antes de conocerte, eso sí, no sé cómo lo tomará, es muy orgulloso y conservador, aparte de lo que ya viste.

—En ese caso, habrá un poco de tensión al principio, pero nada que el tiempo no acomode.

—Me encanta tu forma de resolver las cosas, todo es muy sencillo para ti.

—¿Por qué lo dices, tú eres de embrollarte?

—A veces mi cabeza funciona muy aceleradamente y me confunde. Cuando estuve en México, tuve un sueño, de los raros que tengo últimamente, donde yo no era yo pero, sabía que era yo ¿Me sigues? —Félix asintió— Me vi en un jardín con plantas y flores. Era mi jardín, yo cultivaba esas especies y me acordé que ese era un sueño de mi adolescencia, la razón me hizo elegir una carrera que me dio todo: prestigio, dinero y realización personal, pero que nunca me hizo sentir plena. Sin embargo, me pienso en ese jardín, cultivando esas plantas y, de solo pensarlo, mi corazón se desboca.

—Déjalo que se exprese, él no se equivoca. La mente nos ayuda pero el corazón guía. A mí siempre me gustó la arquitectura, así que mi profesión es una realización personal que me entusiasmó y me entusiasma mucho —Dijo tomándole la mano y besándola—. Quiero contarte que, con mi padre estuvimos en San Silvestre viendo una finca que había pertenecido a nuestros antepasados. Pretendo comprarla y remodelarla, me entusiasma el desafío de ponerla en condiciones y que vuelva a su antiguo valor. Algún día iremos, quizás allí puedas hacer tu jardín, hay mucho espacio.

—¿San Silvestre? Ese nombre me es conocido... No sé dónde lo escuché.

—Está a unas horas de aquí ¿Te cuento algo muy curioso? Cuando estuvimos recorriendo la zona, me pasó algo extraño. Me parecía que estuve allí antes, es más, sabía dónde estaban las dependencias de la casa ¡Aún sin haber estado nunca! Saqué muchas fotos y, te juro que, cuando las miro, me invade...

—¡Amiga! ¿Qué haces por aquí? —Exclamó Bárbara, abrazándola y mirando a Félix, se presentó— Mucho gusto, Barbie, la mejor amiga ¡Qué digo, la hermana de Esmeralda! Y mi chico es Henri.

—¡Hola! ¿Cómo estás? Soy Félix Vallejos Rosteau, encantado.

—Andábamos dando vueltas y aterrizamos por aquí. Tenemos una mesa reservada en el otro extremo del salón ¡Hasta pronto, Félix! Llámame, amiga.

—Como ella lo dijo, es la hermana que no tuve y Henri no sé quién es —Rio— Barbie no cree, básicamente, en la pareja ni en el amor para toda la vida.

—Se podrían dar la mano con Adam, son muy parecidos en ese pensamiento. Él dice que el amor no existe, que es una invención de los hombres y que la convivencia mata el deseo y otras cosas por el estilo —Sonrió.

—Deberíamos hacer que se conozcan, a ver qué resulta de eso —Bromeó ella.

—¿Vamos? Te tengo una sorpresa —Dijo misterioso.

—¿Cuál? —Preguntó entusiasmada como una niña.

—Tomaremos ese catamarán e iremos a pasar la tarde a un hotel spa. Nos quedaremos a pernoctar allí.

—¡Me encanta la idea! ¿Cuándo lo planeaste?

—Cuando iba a buscarte. Imaginé que sería un hermoso lugar para hacerte el amor toda la noche —Le susurró al oído— Ahora mismo quiero hacerlo, no lo soporto más.

—Por favor, Félix, no me digas eso que me excita y hay gente aquí.

—Pues ¡Cómo quisiera que desaparecieran todos y tomarte ya mismo, en este lugar!

—Basta ya, amor, basta —Dijo retirando su oído y tratando de componerse.

—Entonces, vámonos ahora.

—Iré a la toilette, enseguida vuelvo.

Félix la vio alejarse con deseo en la mirada, su celular lo sustrajo del hechizo. Encendió su celular y leyó los mensajes de Laura:

“Te estoy diciendo que no lo veo bien a tu padre y no te interesa”

“Contéstame, quiero conversar personalmente”

“Necesito verte”

“¿Dónde estás? Dime que voy para allá”

—¡Qué fastidio con esta mujer!— resopló.

“Te dije que no puedo, ya leí tus mensajes” —Escribió.

“¿Y no te importa?”

Félix apagó el celular cuando vio que Esmeralda volvía.

—¿Vamos?

La velada que pasaron juntos los unió aún más. Cada minuto que transcurría uno en brazos del otro, confirmaban el amor que había surgido espontáneamente en sus corazones. A veces, a Esmeralda se le cruzaban por su mente algunas nubes negras que inmediatamente las caricias y las palabras de su hombre disipaban velozmente. Félix se sentía completo, como si le estuviera cumpliendo a su madre.

—¿En qué piensas, bonita? —Le preguntó mientras miraban abrazados el río, desde la hamaca doble del balcón de su habitación.

—En que todo esto es un sueño hermoso del que no quiero despertar...Creo que siempre te esperé, al menos desde mi adolescencia he soñado con alguien como tú. Leía las novelas e imaginaba vivir un amor de esos y ahora todo eso es realidad —Le confesó con lágrimas de emoción.

—¡Bella, bella mía! —La besó con pasión—. No es un sueño, raro todo, rápido pero contundente. Desde un principio no quise luchar contra este sentimiento tan fuerte y me dejé llevar. También creo que te esperaba sin saberlo.

Volieron a besarse y, como siempre les sucedía cuando sus pieles se rozaban, se encendieron como antorchas vivas y terminaron saciándose entre las sábanas.

—Tú haces que mi mundo se transforme, que estallen mil bombas dentro mí, destruyendo cada una de mis días tristes ¿Se puede ser tan feliz, Félix? ¿Es esto cierto? —Decía abrazándolo con fuerzas.

—Lo único que sé, es que nosotros somos verdaderos, que nos elegimos y que debemos

aceptarlo y vivirlo.

—Cada vez que me tomas, quiero más y más, el sabor de tus besos, tus manos en mi piel... Hasta, a veces, es intolerable el placer que siento.

—Ven otra vez conmigo, reina mía, ardo de deseos por recuperar el tiempo perdido, es mucho tiempo, mucho...

Por la mañana, desayunaron en la habitación y siguieron conversando de sus trabajos, se contaron anécdotas y rieron con sus experiencias por el mundo.

El celular de Esmeralda sonó, era Bárbara, intrigadísima, por el hombre que la acompañaba. Quería saber dónde estaba, si seguía con él, si estaba bien.

“A todo te contesto que sí, cuando pueda te pongo al tanto ¡Soy muy, muy feliz!”

Bárbara, sonrió y suspiró aliviada. Esmeralda le mostró los mensajes y Félix la besó en la frente con ternura.

—Voy a ducharme.

—No tardes —Dijo mirándola con deseo. Aprovechó para prender su celular y vio que tenía varios mensajes, entre ellos, muchos de Laura que, insistía en saber dónde estaba.

—Me traerás problemas, mujer venenosa, estás jugando con fuego y te juro que te vas a quemar —Pensó, volviendo a apagar el móvil. Se levantó y decidió sorprender a Esmeralda quien dio un respingo cuando lo vio colocarse detrás de ella.

De inmediato la pasión los invadió y disfrutaron del sexo como siempre, como nunca.

Félix se cambió rápido para poder reservar una mesa en el restaurant del hotel.

—Te espero abajo —Le avisó mientras ella se secaba el cabello.

Lo buscó entre la concurrencia que ese domingo era bastante, Félix la llamó. Esmeralda adornó su cabellera negra con las hebillas heredadas de sus antepasados, pues había decidido usarlas en vez de tenerlas guardadas. Félix se impactó:

—Esas hebillas... —Su mente se nubló y su sonrisa se esfumó.

—Amor ¿qué te pasa? ¿Te sientes bien? Estás pálido —Se alarmó.

—¿Dónde las conseguiste?

—Es una herencia familiar —Dijo en un hilo de voz—. ¿Estás bien, Félix? ¡Me asustas!

—Sí, estoy bien, tranquila, bonita ¿Cómo explicarte? —Un camarero se acercó a tomar el pedido y la conversación se interrumpió.

Félix miraba las hebillas con insistencia tratando de recordar donde las había visto antes.

—¡Me resultan tan conocidas! —Exclamó confundido.

—Como mi mirada ¿No? —Acotó Esmeralda, sonriente.

—Sí, sí de la misma manera —Dijo reflexivo— Últimamente he tenido unas experiencias inusuales.

—Cuéntame, me interesa.

—En la finca de San Silvestre, como te dije, yo sabía dónde estaban las dependencias, además, cuando fui al pequeño cementerio...

—¿Hay tumbas? ¡Por Dios! —Exclamó sintiendo un escalofrío.

—De los antiguos moradores. Sus epitafios me conmovieron, me entristecieron mucho ¡Y yo no soy de ese tipo de personas! —. Sonrió

—¡A ver, muéstramelas, me intriga!

—Es que apagué el celular porque mi padre me envía mensajes hablándome de trabajo. Te prometo que te las mostraré ni bien pueda —Mintió, porque sabía que Laura, seguramente, seguía

insistiendo y no deseaba arruinar su estadía con Esmeralda. Recordaba su separación, precisamente, por ese motivo: la intromisión de la abogada.

—Perdóname, mi amor, yo sí voy a mirar quién me escribió —Aclaró, viendo una notificación de Amalia.

“Querida, discúlpame, pero Violeta nos espera esta tarde en su casa ¿Puedes? Así le confirmo”

“¡Sí, vamos!”

—Félix, debemos regresar a la ciudad, a más tardar a las 6 de la tarde ¿Está bien?

—¿Un domingo? ¿Tienes algo urgente que hacer?

—Sí, algo importante. No quiero ocultarte nada, a mí también me han pasado cosas extrañas este tiempo y quiero saber de qué se trata. Cuando tenga la certeza, te contaré con más detalles. Lo único que te puedo decir, es que mi maestra de yoga, Amalia, la señora del perrito que te abrió la puerta, me enseña espiritualidad.

—Conocí a una mujer que era budista y viajaba muy seguido a la India. Siempre me hablaba de esos temas.

—Una mujer con la que estuviste —Dijo celosa.

—Sí, con la que estuve un tiempo, antes, mucho antes de conocerte a ti, mi reina —Admitió sonriendo— El punto es que me interesaba pues tenía mucha lógica su creencia.

—¿Y de ahí aprendiste todas esas posiciones en la cama? —Se puso rabiosa.

—¡Jaja! estamos desviando el tema, pero me gusta verte celosa con retroactividad.

—¡Basta, no te burles! Me enoja no haberte conocido antes —Confesó avergonzada—. Perdóname la escena, soy una tonta.

—Yo también lo lamento, porque jamás me enamoré de ninguna y contigo fue instantáneo, como si estuviéramos predestinados a conocernos.

—Como si nos conociéramos de otra vida... —Añadió casi en un susurro que Félix no pudo escuchar porque el camarero se había acercado con la adición.

Les costó despedirse:

—Si subo, no me voy más, bonita —Le dijo dándole un último beso— Espero que la entrevista con esa señora sea fructífera, cuídate y llámame cuando regreses.

—Lo haré, no te preocupes —Descendió contra su voluntad, separarse de Félix le costaba mucho, temía que esa magia que se había creado entre ellos se disipara cuando se separaran—. Vamos, no seas boba —Se dijo abriendo la puerta de calle y girando para despedirlo— Él te dijo que quiere estar contigo, que está enamorado de ti —Lo saludó y entró, tenía poco tiempo para cambiarse e ir al encuentro de Violeta junto a Amelia.

Apenas la dejó, Félix encendió su celular y las notificaciones, decenas de ellas, sonaron sin parar:

“¿Qué quieres? Ya estoy enterado de que mi padre tiene problemas cardíacos y que toma la pastilla para estar contigo ¿Qué más? ¿De qué quieres hablarme?”

—Mujer loca —Masculló mientras manejaba.

Sonó una llamada, él atendió:

— ***¿Por qué no me contestas, dónde te habías metido? Te estoy diciendo que Mauricio...***

— ***Esas son excusas para hablar conmigo —Sentenció feroz— ¡Y te lo advierto, no lograrás absolutamente nada de mí!***

— ***¿Eso crees? ¿Ya no te acuerdas de lo que vivimos juntos?— dijo con voz ronca—. Sé***

que, en el fondo, me extrañas...

—A ver, Laura —Replicó armándose de paciencia— La hemos pasado bien...

— Súper bien —Acotó.

—Ok, súper bien, pero eso ya es pasado y ahora, vaya a saber por qué estás con Mauricio (creo saberlo de todos modos) y te haces la preocupada ¿Es sólo para fastidiarme la vida, no?

—Es porque aún te deseo, mi cachorrillo... ¿Te acuerdas cuando te llamaba así? No he podido olvidarte y creo que esa tilinga con la que estabas la otra noche, no me llega a la punta de los talones en la cama ni en ningún lado.

—Esta conversación es ridícula ¡Voy a cortar!— Replicó impaciente.

—Espera, espera —Dijo suplicante—. Veámonos aunque sea una última vez y después no hablamos más de esto ¿Sí?

Félix arrojó el celular al asiento del acompañante, maldiciéndola.

La relación entre ellos había comenzado como un juego de seducción y la diferencia de edad lo había hecho aún más transgresor pero, Laura se entretenía mientras que Félix la había tomado en serio. Ella lo ayudó a madurar como hombre, disfrutaron de noches enteras a puro sexo.

Por interés y por haberse rendido ante la evidencia de que estaba enamorada perdidamente de Félix, se acercó a Mauricio Vallejos. El hecho de verlo con Esmeralda en aquel restaurant, la enceló desesperadamente. Quería reconquistarlo y haría cualquier cosa para satisfacer su capricho.

El guardia de la puerta las dejó pasar después de anunciarlas a la dueña de la casona. El automóvil de Amalia avanzaba por el sendero arbolado y Esmeralda admiraba los diversos y coloridos canteros que circundaban esculturas y fuentes:

—¡Qué belleza! —Pensó deleitada.

Violeta las esperaba en las escalinatas, era una mujer muy hermosa de unos sesenta y tantos años de edad.

—Allí vienen, al fin llegó el momento de verla —Se dijo emocionada.

Al descender del vehículo, sus ojos se posaron en la joven que avanzaba hacia ella.

—¡Bienvenidas! —Exclamó abrazando a su antigua discípula mientras miraba con insistencia a los ojos de Esmeralda.

—Ella es la persona de la que te hablé, Maestra.

—Mucho gusto, pasen, por favor, a la sala —Las invitó visiblemente conmovida, al ver las hebillas en su pelo.

—El té ya está dispuesto, señora —Dijo el ama de llaves.

—Muchas gracias, Marga.

—Señora, he traído los objetos que heredé —Le extendió la caja— Amalia me dijo que usted puede ayudarme.

Violeta abrió la tapa con cuidado y comenzó a acariciar los objetos, tomó el anillo y se quedó mirándolo unos momentos; luego, tocó el crucifijo de plata hasta que las lágrimas se asomaron nublándole la vista.

Esmeralda la observaba asombrada, mientras que Amalia la tomaba de la mano para sostenerla en silencio.

—Cuéntame de tus sueños, por favor —Se oyó suplicante.

Relató con todos los detalles posibles las vivencias oníricas que la confundieron: personas, sentimientos, emociones de algo no vivido en su vida.

—He anotado todo en mi computadora portátil porque todo es tan extraño...

—¿Y cómo te has sentido con todo eso? —Le preguntó con dulzura.

—Rara...no sé... confundida también aunque he tenido la ayuda de Amalia quien me ha contenido bastante en este aspecto —Le sonrió agradecida.

—Mi mejor discípula —Acotó, Violeta suspiró profundamente y se decidió a revelar parte de lo que sabía:

—Ya sabes que nuestra alma experimenta diferentes encarnaciones y que, a veces, cuando el Cielo lo permite, nos deja ver alguna o algunas de nuestras encarnaciones pasadas por algún motivo que siempre es relevante...Bien, en esa línea, puedo asegurarte, sin temor a equivocarme que, estos objetos son de tu anterior vida —Al decir estas palabras, esperó que Esmeralda pudiera asimilarlas.

Amalia miró a la joven para vislumbrar su reacción, el rostro de Esmeralda parecía de cera, no pestañeaba y su respiración parecía imperceptible.

Violeta le sirvió un poco más de té a su antigua discípula y le sonrió, ambas se entendieron con la mirada.

—¿Comprendes lo que te ha comunicado, corazón? —Le preguntó acariciando su mano.

—Me es difícil. Usted quiere decirme que... ¿Yo soy Lucero de Olazábal?

—Eres Esmeralda hoy y, en otra vida, fuiste Lucero —Afirmó emocionada.

Esmeralda suspiró para poder exhalar la opresión en su pecho:

—¿Tiene algo más fuerte para beber?

—Por supuesto ¿Un coñac? —Le ofreció solícita.

—Pero ¡A quién me encuentro en mi casa! —Se escuchó decir— ¡Esmeralda Morrison! — Agregó Marcus.

—¡Señor, qué sorpresa! —Exclamó aturdida la joven.

—¡No entiendo nada, Marcus! ¿Se conocen? —Dijo Violeta con una sonrisa.

—Ella es la muchacha de la que te hablé, mi cielo, la que te ayudará con el proyecto —Le contó tomándola de la cintura —. ¿Cómo es que has venido, si no te he dado mi dirección?

Violeta aclaró:

—Aquí Amalia, mi amiga y discípula, la ha traído por una consulta ¡Qué causalidad más extraordinaria!

—¡Claro que sí! —Admitió Marcus—. ¿Se quedan a cenar? podríamos hablar de ello.

—Mi querido, hoy no, arreglaremos en otro momento ¿Qué te parece, Esmeralda?

—Si, por supuesto, señora —Contestó turbada— Hoy no tengo cabeza para los números, Marcus, discúlpeme.

—¡Oh, no es nada! —Dijo sonriente— Ahora, si me dispensan, señoras, iré a ducharme, después de un largo partido de tenis ¡No hay nada mejor! Te veo mañana en la oficina.

—¡Adiós! ¡Qué pequeño es el mundo!— Exclamó Esmeralda—. Señora...Violeta —Dijo tomándola de la mano— ¡Gracias por la información que me ha dado, tengo mucho para pensar! Le aseguro que me pondré en contacto con usted en el transcurso de la semana próxima para hablar del desarrollo del emprendimiento.

—Perdón que interrumpa —Acotó Amalia—. No le has contado de Félix.

—¿Debería?

—Por favor, te escucho —La invitó Violeta.

Esmeralda relató cómo fue que conoció a su enamorado, sobre todo los sentimientos que le inspiró su presencia, el amor a primera vista y que le llamó la atención algunas cosas que le dijo al conocerla.

—Tu mirada...ajá... ¿Algo más?

—Bueno, su apellido... es...Vallejos Rosteau, igual que el dueño del crucifijo.

—Valiente Vallejos —Violeta no pudo contener las lágrimas. La emoción que sentía al escuchar su nombre, se transformó en un llanto incontrolable que desconcertó a las dos mujeres.

—Perdón, les pido perdón, estoy muy sensible hoy, particularmente —Trató de explicar, enjugándose el rostro.

—Él ha tenido algunos episodios similares, no podría repetirlos, no los tengo precisos pero puedo preguntarle —Agregó, confundida por la reacción de la Maestra.

—Sería mejor que la próxima vez puedan venir juntos —Sugirió Violeta con una sonrisa nerviosa—. Si lo desean, claro está.

—Está bien, se lo diré, aunque no puedo asegurarle tener éxito, aún lo conozco poco. Bueno, es hora de irnos, se hizo tarde y me duele bastante la cabeza ¿Vamos Amalia? ¡Nuevamente gracias por todo, de verdad!

—¡No hay nada que agradecer! Y recuerda: Ser fuerte es tener vivo el corazón.

Esmeralda se quedó mirándola, paralizada, luego de unos segundos, le respondió:

—He escuchado esa frase antes o tal vez, la leí. ¡Gracias por sus palabras, nos vemos pronto!

Violeta las vio partir con una infinita tristeza.

—¡Gracias, Padre, por tu Bondad Infinita! —Dijo mirando al cielo— Lucero y Valiente, otra vez...Lo que el cielo une nada ni nadie los separa jamás.

Al llegar al apartamento, Félix tomó una ducha, Adam todavía no había regresado. Se sentó a tomar un daiquiri envuelto en una toalla y a escuchar música mientras repasaba el encuentro con Esmeralda:

—¡Cómo me bulle la sangre con solo mirarla! La quiero sólo para mí —Cerró los ojos para revivir los momentos más apasionados, cuando escuchó el timbre—. ¿Te has olvidado las llaves, Adam? ¡Qué cabeza la tuya! —Dijo riéndose de su hermano.

En el marco de la puerta se hallaba recostada Laura y, sin darle tiempo a que cerrara la puerta, se introdujo como un rayo en el interior:

—¿Estás solo? —Preguntó como una fiera enjaulada.

—¿Qué haces aquí? ¡Estás loca!

De un tirón, le arrebató la toalla y lo contempló en su perfecta desnudez.

—Se me hace agua a la boca —Le dijo arrodillándose entre sus piernas.

—Ya basta, Laura —Se apartó buscando la toalla y envolviéndose en ella.

—¿Estás celoso? ¿Me quieres sólo para ti? Podemos ser amantes —Le ofreció, incorporándose rápidamente.

—¡No, no quiero nada contigo! ¡Y ahora vete que está por llegar Adam de un momento a otro y no quiero que te encuentre aquí!

—Ok, estás irritable, hablemos otro día —Le propuso tomando su cartera que había arrojado al piso—. Sé que te gusto mucho y tú me gustas también, ahora más, porque me rechazas. El hecho de estar con Mauricio, le agrega una cuota más de peligro y excitación al asunto. Ya verás, te voy a convencer. Tú sal con esa muchacha tonta, pronto te aburrirás soberanamente y vendrás a mis brazos y, claro, estarás aquí —Dijo señalándose la entrepierna— como te gustaba estar.

—¡Basta de tanta estupidez y desvarío! —Abrió la puerta con furia al tiempo que Adam los miraba con las llaves en la mano— ¡Vete y no vuelvas más!

—Adiós, cariño, nos veremos pronto —Y rozando el rostro de Adam con sus dedos, le dijo— Tranquilo, tú también eres un hombre hermoso.

Adam lo miró atónito: —¿A qué vino ésta?

—¡Maldita sea! —Golpeó la mesa con el puño cerrado—. ¡Me volvió loco con la cantidad de mensajes que me envió con la excusa de hablar de la salud de Mauricio! ¿Sabes qué quiere? ¡Que volvamos a ser amantes!

—Te lo dije ¡Es una arpía! ¡Mauricio pagará todo lo que le ha hecho a nuestra madre con la relación que lleva con esta malnacida!

Durante el viaje de vuelta, permanecieron sumidas en sus pensamientos un largo trecho. Amalia se admiraba una vez más, de la conexión que tenía su Maestra, aunque no comprendía por qué motivo se había emocionado tanto hasta quebrarse. Nunca la había visto así, a pesar de haber presenciado muchas lecturas de Registros Akhasicos, siempre era medida y aplomada. Esmeralda, por su parte, trataba de asimilar lo oído, visto y sentido en presencia de Violeta, una mujer extraordinaria y muy querible, dedujo que le comunicó apenas algo de lo que sabía, estaba segura.

—¿Cómo es que ella puede conocer de mi vida como Lucero? —Le preguntó pálida a su maestra de yoga.

—El Akasha es el libro de las almas. Se llama Registro Akashico, al conteo de todas las acciones que nuestra alma realizó: las buenas y las malas, a lo largo de las encarnaciones... Violeta es vidente natural y puede leer en ellos. Además, los objetos que llevaste, tienen impregnado la energía de aquellos a los que pertenecieron —Le explicó con delicadeza para que

podiera entenderlo en toda su dimensión—. Querida mía, Todo es energía, tú, yo, las cosas materiales e inmateriales vibran en diferentes grados. A mayor Luz, la vibración es más alta, por el contrario, a menor nivel de emisión de Luz, habrá más oscuridad. Es una Ley Universal.

—Estoy profundamente impresionada con estos conocimientos del mundo espiritual. Amalia, te agradezco que me hayas presentado a Violeta —Le dijo con una sonrisa— fue muy importante para mí, todo lo que sucedió hoy.

—Parece que igual se iban a conocer ¿No?

—¡Sí! El destino tenía pensado que nos encontráramos de una manera u otra. Porque tú me enseñaste que no existe la casualidad sino la causalidad. Como escuché decir hoy a Violeta.

—¡Correcto, jovencita, muy buena alumna!

—Cuando ya nos despedíamos, ella me dijo algo sobre ser fuerte que me impactó.

—Sí, la escuché. Es una frase que decía habitualmente en las clases: “Ser fuerte es tener vivo el corazón”

—Explícamela —Le pidió.

—Bueno, en general, la gente con conciencia dormida, que vive una vida material, cree que ser fuerte, es resistir y soportarlo todo. Mientras que, una persona con conciencia despierta, es fuerte con un corazón que siente y piensa, porque está vivo de verdad. Comprende el proceso que atraviesa y no lo resiste, lo vive; no lo soporta, lo acepta, para pasar a lo que sigue, que es otro nivel de conciencia.

—Entiendo. Esto quiere decir que, si nuestra conciencia está despierta, todo lo que nos pasa, adquiere un significado distinto, cobra sentido.

—Estás en lo cierto, a eso se refiere Violeta.

—¡Nuevamente gracias por todo! —La abrazó con alegría.

Una vez sola en su cuarto, Esmeralda repasó todos los detalles de la entrevista, abrió la caja y miró los objetos de una manera diferente:

—Lucero de Olazábal —Pronunció para acostumbrarse a la idea— Estas fueron mis cosas — Se colocó los guantes de satín y tomó una chalina de seda para colocársela sobre los hombros. Se miró en el espejo de su toilette y sonrió conmovida. En pocos minutos, se había creado una atmósfera extraña y una tenue bruma flotaba en el ambiente.

Se sentó muy despacio en la banqueta y repasó su larga cabellera con el cepillo de nácar mientras una creciente melancolía se apoderaba de su alma. Se observó con detenimiento en el espejo y buscó la cajita de música para escuchar su melodía, levantó un pequeño rectángulo de terciopelo rojo y descubrió un mechón de pelo rubio con una cintita celeste:

—¿Qué tenemos aquí? ¿Será de tu bebé? ¿Será de mi bebé? Recuerdo un nombre, aquel de mi sueño: Fran... ¿Tu nombre será, Franco, Frank, Francisco? —Pronunció en voz alta. Se quedó unos minutos absorta, con el mechón en su mano— ¡Esto es tan extraordinariamente conmovedor!

Se levantó para buscar el resto de los objetos mientras guardaba en la cajita el pelito rubio. Acarició las cucharitas de alpaca y decidió llevarlas a la cocina para usarlas.

—Ya que eran mías, las usaré como corresponde —Se dijo en tono de broma para quebrar la nostalgia que la había invadido.

Tomó la llave con las iniciales L y V y afirmó:

—Lucero y Valiente, esto significa ¿Qué cofre, puerta o baúl secreto abrirá? Y ¿En dónde?

Luego, tomó el crucifijo de plata y se lo colgó:

—Era de él, de Valiente Vallejos, mi esposo —Un destello de luz en la plata le trajo la

remembranza de unas manos colocándose alrededor del cuello y una sonrisa blanca y franca que la inundó de amor. Se recostó en la cama y entornó los ojos para sentir ese instante amoroso que pudo captar:

—Se amaban mucho, mucho, lo sé...

De pronto se percató de algo que había dicho en la visita a Violeta y que no le había dado demasiada relevancia: ¡Félix era un Vallejos! Y rápidamente su mente encadenó el nombre de Valiente a él:

—No puede ser... ¿Será? —Dedujo asustada— Tengo que hablar con Amalia.

Apenas su maestra de yoga abrió la puerta y vio el rostro pálido de Esmeralda, se percató de lo que le estaba sucediendo.

—Entra, corazón, hablemos ¿un poco de licor? —Le ofreció.

—Sí, lo necesito —Bebió de un trago.

—Te escucho.

—No reparé en los nombres, o sí, pero no le di importancia en ese momento porque Violeta, toda ella tiene una energía tan poderosa que...

—Así es, tiene una energía muy particular que impacta y descoloca —Asintió sonriente.

—A ver, déjame decirlo en voz alta: Yo fui Lucero de Olazábal en otra vida y, después de mucho tiempo, encarné como Esmeralda. Por eso esos sueños tan vívidos que tuve, me hacían sentir cosas tan fuertes y, además, veía a personas que estuvieron conmigo en esa época... No te lo conté aún, pero Lucero, o sea yo, tuvo un hijo que se llamaba Francisco y un esposo que me amaba mucho y llevaba esta cruz de plata en su cuello. Valiente Vallejos se llamaba —Afirmó— Félix es un Vallejos ¿Comprendes? No me atrevo a mencionarlo siquiera —Confesó asustada— Dilo tú, por favor.

—Creo que tu Félix es Valiente, al menos es lo que pude deducir. Cuando escuché la tradición de tu familia, de traspasar de generación en generación esos objetos y de ser guardianes de los mismos, me preguntaba por qué tanto celo, para qué. Luego, en la casa de Violeta, observé sus reacciones y sus palabras al igual que sus silencios y lágrimas, yo, que la conozco tanto, sentí que algo extraordinario estaba ocurriendo y, todavía siento que, una parte no dilucidé, querida mía. Realmente, estoy conmocionada y debo procesar, yo también, toda la información que recibí. Me imagino tú, que eres la protagonista de esta historia, cómo debes sentirte.

—¡Aturdida, desconcertada, emocionada! ¿Y ahora qué hago?

—En primer lugar, deja que pasen unos días para que todo se asiente. No le digas nada a Félix, todavía. Seguramente, volverás a ver a Violeta y ella podrá ayudarte con todo esto.

—Muchas gracias, Amalia, por tus palabras, tu compañía, tu ternura, por haberme llevado con tu Maestra ¡Un millón de gracias! —Dijo abrazándola.

—Violeta me escribió hace un rato para preguntarme cómo estabas con la noticia, así que en un rato, le contesto. Me dijo también que te pase su número para que le consultes cualquier duda y por el emprendimiento, para que estén en contacto sin intermediarios.

—Sí, por supuesto, ya lo agendo —Respondió tomando su celular—. ¿Sabes? Lo que voy a decirte es muy raro, pero como todo es raro —Bromeó para distenderse— Te lo voy a contar... Cuando vi a Violeta, sentí un amor muy grande por ella —Dijo conmovida—. ¿La conoceré, también, de otra vida?

Amalia se limitó a encogerse de hombros y a decir: —Todo puede ser...

“Hola, bonita ¿cómo te ha ido?”

“Me fue muy bien, tengo que contarte muchas cosas, mi amor”

“Bueno ¿Almorzamos mañana?”

“Estaré muy ocupada en la oficina, mejor cenamos ¿Sí? ¿Me extrañas?”

“¿Como nunca! ¿Y tú?”

“¿También! Tanto, que quisiera que estuvieras conmigo ahora para besarte mucho y dormirme en tus brazos”

“En media hora estoy”

“Me encantaría, pero es tarde ya y debo dormir. Contigo a mi lado, no creo que pueda “

“Es verdad, mañana comienzo a trabajar con Adam y Thomas”

“Cuidate de él, no le gusta tener a su lado gente que lo supere, es muy inseguro en ese aspecto”

“Todo saldrá bien, te dejo descansar, mi reina, sueña conmigo”

Revisó el mensaje de Bárbara que le preguntaba si estaba bien, le contestó que maravillosamente y le prometió ir a su negocio de paso para su trabajo y llevarle los objetos de su familia para que corroborara su antigüedad. Fue lo último que hizo esa noche antes de que la invadiera el cansancio:

Esmeralda se vio a sí misma en un camastro y, a lo lejos, una anciana que la miraba con infinito amor. A su lado se hallaba una muchacha que le sostenía la mano y le hablaba con palabras de aliento y cariño. Se sentía amada y sabía que esas mujeres eran allegadas y muy queridas por ella. La anciana le acercaba un brebaje hecho por ella, para que tome, se sentía débil. La voz de un hombre se escuchaba acercarse hasta donde estaba ella, la venía a ver...

Al sonar la alarma, abrió los ojos con el recuerdo de su sueño:

—Esa era Lucero y esas personas eran de mi familia o algo así, y la voz era de Valiente, mi amado Valiente —Dos lágrimas espesas rodaron por sus mejillas y un llanto desconsolado se desató al fin.

Tomó su celular y escribió:

—*“Buen día, Violeta, necesito verla, cuando Ud. pueda”*

Bárbara se alegró al verla entrar a su negocio:

—¡Amiga, por favor, cuéntamelo todo!

—Tengo poco tiempo hoy, Barbie, te prometo que en cuanto pueda almorzamos juntas y conversamos. Te dejo esta caja con las cosas, fijate si son de la época que parecen. ¡Me voy porque llego tarde!

—¡No es justo! ¡Quiero saber! —Protestó.

Adam salió de “Horizontes” para a almorzar con su hermano:

—No me cae bien ese tal Thomas, es muy engreído y nos trata con displicencia —Comentó

molesto.

—Lo sé pero no hay forma de desembarazarse de él.

—Cuando se entere de que estás con Esmeralda no le va a caer nada bien —. Vaticinó.

—Veremos cómo se resuelve eso y espero que no afecte el desarrollo del emprendimiento.

—¡Muchachos! —Se acercó Mauricio sonriente—. ¿Por qué no me dijeron que estaban aquí?

—Porque, evidentemente, queríamos estar solos —Adam contestó con acritud.

—Siempre tan sincero tú —Ironizó sentándose a la mesa— Enseguida viene Laura. Los hermanos mostraron su disconformidad en el rostro.

—No me hagan las cosas difíciles, me voy a casar con ella y quiero que, al menos, respeten mi decisión.

—Buenas tardes —Saludó la abogada—. ¿Cómo están? —Preguntó saludando con un beso en la boca a su prometido y sentándose al lado de Félix.

—Todo bien por aquí —Dijo Mauricio—. ¿Qué deseas comer?

—Lo que quieras para ti, estará bien para mí —Dijo mimosa mientras acercaba su pierna a la de Félix y su pie descalzo se apoyaba sobre su empeine.

Félix se levantó intempestivamente y se fue al baño para eludirle, mientras que Adam observaba la escena.

—Con permiso.

—¿Y cómo has estado, Adam? —Le preguntó con falso interés.

—Muy mal del estómago, se ve que hay cosas que no digiero bien —Y fue al encuentro de su hermano.

—¿Te parece, Mauricio, semejante desplante que me hacen tus hijos? —Dijo enojada.

—Tranquila, mi vida, ya se les pasará —La calmó sin éxito.

—¿Les dijiste que trabajaré con ellos en la empresa y que Alexandra vendrá también?

—No me dieron tiempo, pero mañana les contaré la novedad, ahora comamos.

Marcus encontró a Esmeralda en un pasillo de la empresa:

—Querida ¡qué sorpresa la de ayer! No me hubiera imaginado nunca encontrarte en mi casa.

—Es verdad, también para mí, porque fui por otro motivo.

—Sí, me imagino, Violeta no me cuenta mucho de sus asistencias a otras personas ni tampoco quiero saberlo, es su misión como me dice siempre y yo la respeto. Me gustaría que se entiendan y puedan llegar a un acuerdo en lo que respecta al emprendimiento.

—Por supuesto, estoy esperando que me conteste para volvernos a ver.

—Muchas gracias, no sabes cuánto aprecio tu intervención —Dijo con su franca sonrisa de siempre.

Esmeralda se marchó a su oficina con varios pensamientos rondándole la cabeza y cierta calidez en su corazón al pensar en ella. Un mensaje de Bárbara la sacó del ensimismamiento:

“Estos objetos son realmente antiguos, del siglo XIX, muy valiosos. Si quieres venderlos, tengo un par de coleccionistas que pagarían fortunas por ellos, sobre todo por el anillo engarzado ¿Tomamos un aperitivo? Te espero en la confitería de siempre”

“ok, a las 7PM”

Esmeralda necesitaba el contacto con su amiga, ella siempre la ponía de buen humor y le daba un aire fresco a su vida.

Nuevamente un mensaje llegó:

“Esmeralda ¿te parece el viernes hacia la tarde noche?”

“¡Hola Violeta! ¡Sí, por supuesto, allí estaré, gracias!

Barbie llevó la caja a la confitería:

—Aquí tienes, es un verdadero tesoro ¿Los vendes?

—No, pertenecieron a Lucero, un ancestro —Dudó en contarle la verdad, no era el momento.

—¿Y sabes cómo es la descendencia? ¿En qué línea del linaje te encuentras?

—¡No se me ocurrió! —Dijo cayendo en la cuenta de su despiste— Hablaré con tía Carmen, en veinte días debo ir a Madrid.

—Suena tu celular ¿Es tu chico? —Preguntó curiosa.

“Bonita ¿dónde estás? Quiero que conozcas a mi hermano”

—Dice que quiere venir con Adam, su hermano.

—¡Dile que sí! —La alentó, entusiasmada.

Ambas se retocaron el maquillaje y se perfumaron, riéndose por su extrema coquetería.

—Buenas tardes, Barbie ¿Cómo has estado? —Félix saludó a Esmeralda con un beso prolongado.

Adam se presentó solo viendo la situación y Bárbara le sonrió invitándolo a sentarse.

—Mi hermano Adam y ella es Esmeralda, mi novia.

La palabra “novia” resonó en todos y se produjo un profundo silencio que Adam rompió:

—Encantado, te vi de lejos en el aeropuerto —Dijo besándola en la mejilla.

Aún sorprendida por el título recién adquirido, Esmeralda trató de presentar a su amiga:

—Ya nos presentamos mientras ustedes se besaban.

Una corriente de cálido afecto se instaló entre ellos, bromearon, rieron y todo se desarrolló como si de viejos amigos se trataran.

—¿Ya conocieron al pesado de Thomas? —Bárbara preguntó con desparpajo.

—Tienes razón, es una persona insoportable con la que tendremos que trabajar irremediabilmente —Aseveró Adam.

—No hay nada que hacer, así son las cosas y además, mi reina, —Dijo Félix dirigiéndose a Esmeralda— en algunos días haremos una fiesta en Santa Catalina, donde se instalará la piedra fundamental del futuro condominio, o sea, que vendrás conmigo y Thomas sabrá, por fin, que eres mi novia.

—¿Puedo ir? ¡Esa cara no me la pierdo! —Se entusiasmó Barbie.

—¡Claro, irás conmigo! —Le dijo Adam.

Esmeralda asintió con resignación temiendo una escena de su ex.

—¿Vamos a tu casa? —Félix le preguntó sin darle tiempo a pensar.

—Descuida, amiga, yo me quedaré un rato más conversando y tomando unos tragos con este chico guapo —dijo pícara.

—Bueno, entonces ¡Nos vamos! ¡Adiós, Adam, un gusto conocerte!

—¡Bye, chicos!

Ya en el apartamento, Félix le preguntó, depositando la caja con los objetos heredados sobre la mesa del living:

—¿Cosas del trabajo?

—No, personales.

En un primer impulso quiso mostrarle la herencia porque deseaba ver su reacción, si realmente él encarnaba el alma de Valiente, reconocería sus pertenencias, pero se contuvo de

hacerlo.

—¿Qué te pasa, mi amor? —Era la primera vez que la llamaba así.

—Nada o todo —Confesó abrazándose con fuerza a él— Me preocupa la reacción de Thomas.

—A mí no, estás conmigo ahora —Dijo besándole el cuello e irradiándole el calor de su cuerpo— Yo respondo por ti. Descuida.

—¿Somos novios? —Le susurró Esmeralda entregada a sus fogosas caricias.

—Lo somos, tú y yo, para siempre —Dijo abriéndole la blusa y tocando sus senos—. ¿quieres ser mi novia o no?

—Sí, quiero, más que nada en el mundo... —Y ya no pudo seguir hablando.

Adam y Bárbara pasaron la noche juntos, todo sucedió naturalmente entre ellos: se gustaron desde el primer momento y se lo confesaron cuando estuvieron solos. Se dijeron “sin compromiso” y se prometieron respeto por la libertad mutua. Luego de tomar unas copas en un pub, confluyeron en el deseo que sentían ambos y se dedicaron a disfrutar del momento. Se habían confesado fóbicos a las relaciones formales y se contaron alguna que otra amarga y decepcionante experiencia. Rieron mucho y, al despedirse, se besaron con la única premisa de verse, si tenían ganas.

Por la mañana, Esmeralda y Félix se desearon una buena jornada y acordaron cenar con Adam y Bárbara, sin sospechar nada de lo que había sucedido entre ellos.

CAPÍTULO 10

—¡Buenos días, Félix! —Laura lo recibió con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —Dijo fastidiado, dejando su portafolio en el escritorio.

—Mauricio no alcanzó a contarles a ti y a tu hermano la buena noticia: tengo una oficina al lado de la tuya. Además, vendrá mi hija Alexandra a colaborar ¿Te la presenté alguna vez?

—¡No! Y deja de hablar de aquello, no te conviene. Si mi padre lo descubre, estarás en problemas.

—Estaremos, dirás... Pero no lo creo. Él lo comprenderá ¡Me adora y sé cómo convencerlo! —Rio maliciosamente— En cambio, no sé cómo tomará lo tuyo. Ya sabes que es orgulloso. Como te decía, mi hija vendrá a trabajar conmigo y espero que no haya problemas. Y, adviértele esto mismo a tu hermano, que no escatima esfuerzos para demostrarme su rechazo.

—¿Terminaste? Ahora vete, necesito concentrarme en los planos.

—¿Interrumpo? —Dijo Thomas, notando la tensión—. Puedo pasar en otro momento si lo deseas.

—No, por favor, adelante, la doctora ya se iba.

Los ojos de Laura centellaron y, sin mediar palabra, casi rozó a Thomas al salir, quien la saludó sonriente:

—¡Bienvenida a la empresa! —Meneó la cabeza cuando se alejó y preguntó—. ¿Problemas? ¿Es tu futura madrastra, no?

Félix lo miró fijamente, conteniéndose la respuesta:

—Veamos los planos, debemos acordar algunas cosas.

“Me fue de maravillas con el guapo de Adam”

“¿Tú y él? ¿Estoy entendiendo bien?”

“Sí, nada serio, obvio, pero lindo”

“Félix y yo planeamos cenar esta noche e invitarlos ¿Quieres?”

“¡Encantada! Dime la hora y dónde y voy”

Esmeralda sonrió.

—¡Dime que no es verdad que esa bruja ponzoñosa está aquí! —Exclamó furioso Adam.

—Confirmado, además traerá a su hija que también es abogada, supongo o algo así —Le anunció sin dejar de hacer los planos.

—Recién me crucé con Mauricio y me dijo que el sábado hará una recepción para los empleados de “Horizontes” en el Hotel Premier ¿Irás con Esmeralda supongo?

—Sí, claro. Mucho más pronto de lo que esperaba —Pensó en el encuentro entre Thomas y ella.

—Yo llevaré a Barbie.

—¿Y eso? —Lo miró con picardía.

Adam pasó a contarle lo sucedido entre ellos.

—Te debe gustar mucho para llevarla —Afirmó Félix.

—No voy a negar que es una hermosa mujer y que la pasamos muy bien, pero nada serio, quiero llevarla para huir de allí rápido y seguir la noche en otra parte como harás tú, me imagino ¿No temes por la reacción de Laura cuando la vea?

—Un poco, pero no voy a dejar de hacer lo que tengo ganas, por ella.

—Mírame, bonita —Le pidió Félix después de hacer el amor. Ella lo complació—. Quiero mirar esos ojos que me cautivaron apenas los vi, esa profundidad tan familiar, tan amada por mí —Volvió a besarla, esta vez, con dulzura.

—Cuéntame de tus episodios raros —Lo instó abrazada a su pecho.

Félix le contó, esta vez, con lujo de detalles, la visita a la Casa de la Colina y de las reacciones extrañas que tuvo estando allí:

—¿Quieres ver las fotos?

—No, después —Sonrió, cada vez estaba más convencida de que ellos eran la reencarnación de Lucero y Valiente, sólo tenía que confirmarlo con Violeta y, por eso, no se lo decía:

—Esa era nuestra casa, donde fuimos felices...

—¿Por qué lloras, mi amor? —Preguntó Félix secándole los ojos.

—Me conmueve saber que ellos, Lucero y Valiente, fueron tan dichosos.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé, lo intuyo.

Como un flash apareció en la mente de Félix, un cartel con el nombre “Chila” y su rostro se transformó.

—¿Qué te sucede, mi bien?

—¿Mi bien? —Balbuceó— recuerdo esas palabras y... —Se levantó para ir al baño.

Esmeralda estaba sorprendida por su reacción.

—Algo recordó... —Se levantó a tomar agua del refrigerador— Mañana es mi cita con Violeta, le pediré consejos para poder llevar adelante este tema.

—Perdóname, por lo de recién, estoy confundido —Ella le selló los labios con un beso y sus cuerpos se volvieron a unir.

—Buenas tardes, Violeta —Esmeralda la saludó afectuosamente— ¡Al fin llegó el día!

—¿Cómo has estado, mi niña? —La recibió con un abrazo que duró más de la cuenta.

—Agitada, debo confesarte que descubrir mi vida pasada y la de Félix me ha sorprendido.

Con lágrimas en los ojos, Violeta escuchó lo que tenía para contarle acerca de la finca.

—Le pido disculpas si le estoy hablando de esto, mientras que el motivo de nuestra reunión es organizar el emprendimiento.

—A veces, uno cree que el encuentro con el otro es por un motivo y resulta que la causa es muy distinta. Tendremos tiempo de conversar sobre negocios, ahora, mi tarea es ayudarte —La calmó sirviéndole una taza de té con limón.

—¡Gracias! Deseo contarle a Félix todo lo que descubrí porque lo veo muy confundido y angustiado, pero antes quiero confirmarlo con usted.

—Abriremos tu Akasha y hablaremos con tus Guías Maestros, ellos nos darán las pautas a seguir —Dijo cerrando los ojos y susurrando unas palabras inaudibles. De pronto, la atmósfera comenzó a cambiar, estaban allí pero también en otro lugar. Luego de unos instantes, Violeta habló:

—Lucero y Valiente encarnaron en este tiempo como se lo habían prometido, en ustedes. Tus Maestros te aconsejan ir con cuidado.

—Me emociona saberlo —Dijo con voz entrecortada— El amor surgió tan rápido entre nosotros que no podíamos entenderlo ¿Cómo sabré cuándo hablar y cuándo callar?

—Lo sabrás, tu corazón te lo dirá.

—Sé que otras personas de aquél tiempo encarnaron también ¿Podré reconocerlas?

Violeta sonrió: —Todo a su debido tiempo.

—Me parece un sueño todo lo que estoy viviendo, porque hasta hace unos meses mi vida, era otra. Estaba con Thomas y tenía una rutina bastante ordenada y monótona —Confesó—. Cuando le dije basta a esa relación que, estaba muerta desde hacía tiempo, todo se precipitó.

—Tomar el camino correcto, el que nuestra alma desea para cumplir su propósito en esta tierra, abre nuevos senderos, mi niña. Es el llamado del corazón el que te impulsó.

—Sí, eso es... —Se quedó pensando unos minutos mientras Violeta no dejaba de mirarla— Entonces ¿No hubiera sucedido el encuentro si yo no dejaba a Thomas primero?

—Tal vez... Los caminos que se eligen, determinan los hechos que sucederán. Hay muchas posibilidades.

—Te confesaré algo —Dijo tuteándola repentinamente—. ¿Puedo tutearte? —Violeta asintió— Desde que te vi, sentí un cariño enorme por ti ¿Te conozco de la vida en que fui Lucero?

Violeta la miró con mucho amor:

—Sí, nos conocemos de allí.

—¿Y quién eras? Seguro alguien amado ¿No?

—Sí, nos amamos mucho, también conocía a Valiente. Dios me ha regalado, en esta encarnación, la posibilidad de recordar mis vidas pasadas, según mi voluntad. Por eso, los estaba esperando.

Esmeralda la abrazó y Violeta la acarició con ternura.

El celular sonó:

“Sí, mi amor, estoy en lo de Violeta, no tardaré mucho, tomaré un taxi, no te preocupes, a ver...espera” —Dijo tapando el móvil con su mano.

—¿Te molestaría que Félix me pase a buscar por la puerta?

Violeta se enjugó las lágrimas de emoción:

—Para nada, mi niña.

El momento del reencuentro había llegado, como Chila, lo había amado como el hijo que no había tenido y volverlo a ver, la llenaba de felicidad, como le había pasado frente a Esmeralda.

—**“Ok, te paso la dirección”**

—En veinte minutos estará por aquí ¿estás preparada para ver a Valiente?

—¡Sí, lo estoy!

Félix iba de salida, cuando escuchó sonar unos tacones femeninos detrás de él.

—¡Félix! ¡Querido! —Chilló la voz de Laura acompañada de su hija, que la seguía detrás.

Frenó de malhumor y la esperó:

—¿Adónde vas con tanta prisa? —Resopló y viendo la furia en los ojos de su antiguo amante, adoptó una serenidad que no tenía— Te quería presentar a Alexandra, mi hija. Pronto seremos familia, además de que estamos trabajando juntos, pese a que no pudimos coincidir todavía.

Félix le lanzó una mirada crispada y luego, le tendió la mano a la joven quien se abalanzó

sobre él para darle un beso en la mejilla:

—¡Encantada, espero que nos llevemos bien! —dijo con entusiasmo y demostrando desconocer la relación que los había unido en el pasado.

Sin decir nada, dio media vuelta y se alejó de las dos mujeres:

—¿Qué le pasa? —Preguntó Alexandra— ¡Qué mal carácter!

—¡Laura, mi vida! —La llamó Mauricio por detrás a quien lo acompañaba su hijo menor.

—¡Hola! ¿Cómo estás, Adam? Casi no nos cruzamos en la empresa —Dijo con falsa simpatía — Te presento a mi hija Alexandra, recién llegada de realizar el master en EEUU.

—Bienvenida —la saludó con galantería— Espero que nosotros, sí nos crucemos seguido en la empresa.

—¡Mucho gusto! —Respondió encandilada por la apostura del arquitecto.

—¿Por qué no cenamos juntos? —Invitó Mauricio.

Adam aceptó, sin quitarle los ojos de encima a la muchacha, quien le sonreía seductoramente.

—¿Vamos, entonces? —Dijo Laura tomando del brazo a su prometido y dejando atrás a la parejita que ya se estaban entendiendo de maravillas.

Cuando el timbre sonó, Violeta se tensó, su corazón latía con fuerzas y temía que Esmeralda se diera cuenta.

—Buenas noches —Saludó, acompañado por el ama de llaves.

—Pasa, Félix, quiero presentarte a Violeta —Esmeralda estaba atenta a la reacción de su novio, creía que, tal vez, pudiera recordarla.

—Encantada, joven —Lo saludó visiblemente emocionada, buscando en sus ojos, el destello de aquel muchacho amado.

—¿Cómo está usted, señora? —Respondió tendiéndole la mano.

—Por favor, siéntense unos minutos ¿Quieren tomar un café? —Marga ya traía la bandeja, mientras Violeta no dejaba de mirarlo.

—Mi bien, cuéntale de la finca y de lo que te sucede con ella.

—No sé si es el momento...

—Como gustes, Félix —Le ofreció un pocillo humeante—. Si no quieres, no.

—Es que no sé de qué manera usted me puede ayudar —Se sinceró.

Esmeralda iba a hablar, pero Violeta le hizo un gesto casi imperceptible de que no era el tiempo.

—Yo he conocido “La Casa de la Colina” propiedad de Lucero de Olazábal y Valiente Vallejos.

—Pero ¿Cómo? —Preguntó asombrado.

—Hace muchos, muchísimos años, querido.

—Tengo fotos en mi celular ¿Las quiere ver? —Se apresuró a buscar en su bolsillo.

—Me encantaría —Aceptó con voz entrecortada por la emoción.

Comenzó a pasar las fotos, mientras le iba contando lo que le había sucedido en San Silvestre. Violeta asentía sin emitir una palabra en tanto Esmeralda los observaba. No había visto aún las imágenes ni tampoco quería, porque no deseaba condicionarse.

—Está bastante abandonada —Aclaró Félix—. Pero la voy a restaurar y quedará como en aquellos tiempos. Es un desafío para mí, como arquitecto.

—Me parece una excelente idea —Se detuvo al ver las tumbas— Mi niña —Murmuró— mi muchacho...

Félix reparó en su conmoción: —¿Está bien, señora?

—Sí, —Trató de recomponerse— mejor que nunca, es que son entrañables recuerdos, querido. Me gustaría visitarla alguna vez, cuando se pueda.

—Así se hará —Le sonrió—. ¿Usted me puede aclarar por qué me ha conmovido tanto este lugar? Jamás lo he conocido y, sin embargo, al llegar a San Silvestre todo me parecía familiar. Sobre todo, los edificios antiguos, como el Convento, el paseo de la Alameda y esta finca. ¡Yo sabía la disposición de la casa sin haberla pisado antes!

Violeta que, durante ese tiempo que Félix estaba a su lado, calibró energéticamente la apertura mental y la disposición a escuchar la verdad, sintió que no era el momento de la revelación.

—No puedo responderte en este momento, muchacho, deben pasar otras cosas antes.

La miró desconcertado y Esmeralda desilusionada.

—Lo único que quiero decirles hoy, —Dijo tomándoles sus manos— es que deben estar unidos y sostener su precioso amor, pues se ve la tempestad que se avecina, el mal acecha, como siempre. Aquí estaré siempre para ustedes —Aseguró con lágrimas en los ojos.

La pareja asintió, en silencio, sin comprender lo que les decía.

—Debemos irnos, mi reina —Violeta sonrió al escuchar esas palabras, oídas infinidad de veces, en otros tiempos.

—¡Vayan con Dios, queridos míos y espero volverlos a ver pronto! Estoy a su entera disposición —Los novios le sonrieron, reconfortados por las cálidas palabras.

La cena resultó un éxito para Laura, Alexandra y Adam se entendieron enseguida y la hostilidad que él sentía por ser la novia de su padre, al menos esa noche, se había diluido:

—Tal vez, tenerlo de yerno, me allanaría el camino hacia Félix. Adam y Alexandra podrían facilitármelo.

—Querida ¿En qué piensas?—. Preguntó Mauricio una vez que se quedaron solos en el restaurante, una vez que su hijo invitara a la joven abogada a tomar unas copas en un night club.

—En que hoy estoy muy necesitada de tus masajes en mi espalda —Disimuló.

—¿Y con qué me pagarás esta vez? Mira que no hago nada gratis —Le advirtió lamiéndole el cuello por detrás, sin poder ver la expresión de asco de su prometida.

—Con lo que más te gusta... —Dijo resignada.

Félix se recostó en el sillón con un whiskey en la mano, habían cenado saliendo de la casa de Violeta y casi no habían intercambiado palabra. Esmeralda se sentó a su lado, esperando alguna reacción.

—¿Cómo estás, mi bien? —Le preguntó con dulzura.

—Impresionado, la señora Violeta es una mujer avasallante, la energía que emana de su persona es...magnética ¿Lo notaste?

—Sí, el día que la conocí, me sucedió lo mismo que a ti.

—Cuéntame de ella —Le pidió aflojándose la corbata.

Esmeralda le relató desde el principio: las clases con Amalia, los sueños vívidos, omitiendo el nombre de Valiente, y la caja heredada.

—¿Tú crees que esos sueños son de tu vida pasada?

—Después de hablar con Violeta, lo creo.

—Algunos de mis sueños son bastante vívidos también...Debería habérselos contado.

—Cuéntamelos a mí —Le pidió acariciándole la mejilla.

—Después de besarte, mi reina.

La pasión los envolvió duró varias horas. Antes de quedarse dormidos, Esmeralda fue hacia la caja de objetos heredados y buscó la cadena con la cruz de plata.

—Quiero darte esto para que lo lleves en tu pecho —La luz de la luna se reflejó en la cruz.

—Es muy... —Dijo poniéndosela—. Como si...Yo... —Se quedó mirándola en el espejo del dressoir— ¡Bah, no sé lo que digo! ¡Gracias, mi amor, la llevaré conmigo siempre!

—Te pertenece...Ahora sí, cada cosa va ocupando su lugar —Agregó Esmeralda en voz baja y se acurrucó en sus brazos para dormir las pocas horas que quedaban para que amaneciera.

Durante toda la noche, Alexandra se le insinuó a Adam. Le gustaba mucho pero, al ver cómo le brillaban los ojos a Laura al despedirse en el restaurant, se percató que planeaba algo serio entre ellos.

—Me tonta tenerla en mi cama, pero no. Me arrepiento de haberle dado señales equivocadas, ella no tiene la culpa —Concluyó después de dejarla en su apartamento— de tener una madre como la que tiene.

El rostro de Bárbara se le apareció de repente y recordó los momentos vividos juntos aquella noche:

—¡Qué hembra, pura pasión! Mañana quiero verla.

Félix se despertó agitado, Esmeralda lo escuchó murmurar entre sueños durante la noche. Se levantó empapado en sudor y se encaminó a la ducha —Lo vio alejarse con su cuerpo musculoso y lo deseó intensamente.

—El amor y la pasión que nos tenemos es de otro tiempo, ahora lo sé. Poseemos otros cuerpos, pero las almas son las mismas y ellas guardan el recuerdo, como un sello indeleble, de los sentimientos que nos unen.

—¿Descansaste bien? —Le preguntó sirviéndole café— Anoche hablabas entre dormido.

—Más o menos... —Dijo apenas— Bonita, recuerda que esta noche vamos a la fiesta que organiza mi padre para la empresa, en el Hotel Premier.

—Sí, lo sé, Thomas se enterará allí de que somos pareja.

—Así es y, por lo poco que lo conozco, no creo que le agrade mucho que esté contigo. Ya tuvimos varias fricciones. Pero no pasa nada, lo tendrá que aceptar, tú eres mía y de nadie más.

Esmeralda se acercó más aún a Félix y comenzó a acariciarlo en el bajo vientre con deseos irrefrenables a los que él respondió de inmediato.

—Hoy estás muy sensual, Félix —Le confesó mientras buscaba su miembro erecto. Él se entregó al placer que le prodigaba su mujer y repentinamente, como un relámpago, se sucedieron imágenes de una muchacha a la que le hacía el amor en el medio de un río, sentía la pasión y el amor que se tenían y su goce entonces, fue mayor.

—Mi reina... —Exhaló rendido.

—Aquí estoy —Contestó Esmeralda. Los ojos vidriados de él, la miraban sin ver. Cerró los ojos para poder conservar las imágenes y disfrutarlas.

—Félix —Lo llamó suavemente—. ¿Adónde te fuiste?

—Sí, aquí estoy —Respondió ensoñando— Es...simplemente placentero.

—También lo disfruté mucho —Afirmó acariciando su rostro.

Abrió los ojos y la contempló unos instantes:

—Soy el hombre más feliz y te lo debo a ti.

—Yo también, mi cielo. Mi vida cobró sentido cuando te conocí.
—Ven, vamos a la cama, necesito del calor de tu cuerpo, entrar en ti.
Ella obedeció complacida.

La fiesta de Mauricio era todo un éxito. Los empleados de la planta jerárquica concurrieron con sus parejas al hotel céntrico en cuyo salón se ofrecía el ágape. Laura junto a su hija, lo acompañaban en la recepción para dar la bienvenida a los invitados.

—Me imagino que tus hijos vendrán ¿No es cierto, cariño? —Masculló la abogada.

—Sí, claro, allá los veo llegar —Anunció.

Adam traía del brazo a Bárbara y Félix a Esmeralda.

—¿Y esas quiénes son? —Preguntó Alexandra muy molesta.

—A la de Adam no la conozco y la otra es la misma muchacha que nos presentó en aquel restaurante ¿La recuerdas, querida? —Aclaró Mauricio.

Pero Laura no podía emitir palabra, cegada por los celos como estaba y furiosa con Adam por haberle hecho creer que había caído en las redes de su primogénita.

—¡Buenas noches! —Saludaron en general.

—¡Adelante, disfruten de la fiesta! —Dijo Mauricio.

—¿Cómo estás, Adam? —Preguntó Alexandra con rencor, sentimiento que rápidamente captó Bárbara que, esa noche, lucía particularmente bella.

Adam le sonrió apenas e hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y se dirigió junto a su acompañante hacia el salón.

—Buenas noches y bienvenidos —Mintió Laura—. ¿Usted es...?

—Esmeralda Morrison, ya nos presentaron en el restaurante.

—Ah, sí.

—Y, oficialmente, mi novia —Aclaró Félix.

—Ah pero...no sabía nada —Exclamó su padre— ¡Bienvenida a la familia! No es común que mi hijo presente a una novia, es la primera vez que tengo el gusto.

—Gracias, señor Vallejos.

—Ahora, si nos permiten... —Dijo Félix, despidiéndose.

A Laura se le llenaron los ojos de lágrimas por la impotencia que sentía. ¿Cómo podía ser capaz de decirle en la cara que esa tilinga era su novia? ¿Qué significaba eso, que esa relación iba en serio? No lo podía digerir ¡Él le pertenecía!

Thomas los vio acercarse y parpadeó para aclarar su vista ¿Era Félix Vallejos Rosteau, el engreído, con su ex? ¿Esmeralda con ese mequetrefe que le caía tan pesado? Se encaminó hacia ellos para confrontarlos:

—Buenas noches ¡Qué desagradable sorpresa! —Exclamó, mirando con furia a su ex novia y con desprecio a su acompañante.

—No entiendo el sarcasmo —Félix lo increpó de mal talante.

—Vallejos ¿Usted sabe con quién está? ¿Ella no se lo ha dicho?

—Lo sé perfectamente —Le contestó con voz calma, ante el visible nerviosismo de Esmeralda—. Con mi novia.

—Jaja —Sonrió y disimulando su crispación, la miró— Me parece inapropiado de tu parte venir a esta fiesta sabiendo que yo iba a estar y sin advertírmelo previamente —La increpó.

—Nosotros ya no tenemos nada que ver hace tiempo y soy libre de hacer lo que me plazca, sin darte explicaciones de ningún tipo —Contestó con contundencia.

—¿Alguna otra aclaración? —Preguntó Félix y, ante la mudez de su interlocutor, agregó—. Vamos a tomar algo.

Thomas se quedó unos instantes meditando la situación, de verdad mucho no podía hacer, le convenía llevarse bien con Vallejos, ya que les esperaba varias semanas de trabajo en conjunto. Pero no podía negar que verlos juntos le había caído muy mal ¿Cómo se habrían conocido? Tal vez la estúpida de Bárbara los había presentado, pensó mirándola del brazo de Adam.

Quien también los observaba era Alexandra, se había ilusionado con el más joven de los Vallejos y creía que esa noche había surgido algo entre ellos pero ahora, al verlo tan indiferente y abocado a esa otra mujer, sentía que había perdido la oportunidad de tener un romance.

—Ya pasó el mal momento, bonita —La alentó Félix— Ahora que está blanqueado nuestra relación ante ese imbécil, podemos disfrutar de la noche. Ven, vamos hacia los jardines, hace calor aquí.

Caminaron en silencio por los senderos bordeados de flores y encontraron una glorieta con glicinas. Se sentaron abrazados y sin decir nada:

—¿Estás bien? —Preguntó Félix— Te veo muy pensativa.

—Sí, lo estoy. No niego que el encuentro fue desagradable, pero también lo fue volverme a encontrar con esa mujer que te devoraba con la mirada —Félix se mantuvo en silencio.

—¿Me vas a contar qué sucede entre ustedes? —Dijo recomponiéndose y mirándolo a los ojos.

—Nada en el presente, sí, en el pasado .Te prometo que te lo contaré, pero hoy no.

—Te tomo la palabra. Ahora quiero ir a bailar y divertirme ¿Vamos?

Adam y Bárbara formaban una dupla divertida que los hacían reír con sus ocurrencias. Parecían llevarse muy bien y no tenían empacho en besarse y prodigarse mimos delante de todos. Esmeralda y Félix estaban sorprendidos por cómo congeniaban naturalmente.

—Son tal para cual —Decía Esmeralda en secreto a su novio.

En un momento, Félix se disculpó para ir a la toilette y Laura, que no le quitaba los ojos de encima, lo siguió sigilosamente. Entró detrás y trabó la puerta de acceso.

—¿Qué haces, ridícula? —Le preguntó fastidiado— Es el baño de hombres ¿Qué quieres ahora?

—Necesito estar a solas contigo, no me dejas opción —Confesó acercándose seductoramente.

Félix debía reconocer que seguía siendo una mujer muy atractiva y sensual y, por supuesto, peligrosa y sin escrúpulos.

—Te atreviste a venir con ésa —Le reprochó.

—Esa tiene nombre, se llama Esmeralda y es mi pareja —Le recalcó enjuagándose las manos en el lavabo.

Laura apoyó su pecho en la espalda fornida e introdujo su mano dentro del pantalón, buscando el miembro viril.

—No sé qué buscas con esto —Dijo, forcejeando para sacarle la mano.

—Estoy celosa, no soporto verte con otra que no sea yo.

Félix se dio vuelta y la miró con frialdad:

—Olvídate de eso y vuelve a la realidad. Ahora, voy a salir y tú lo harás después de un rato. No quiero problemas.

—¿Y si no quiero? —Lo desafió tratando de pegarse al cuerpo que extrañaba tanto.

—Lo pasarás muy mal, te lo aseguro.

—Bésame, te lo ruego, tenerte tan cerca me hace daño —Dijo cerrando los ojos.

Félix la apartó con brusquedad y se dirigió a la puerta destrabándola. La miró unos instantes y salió. Laura, derrotada ante la evidencia, lloró de rabia.

Adam y Bárbara se retiraron antes de la fiesta, en tanto que Félix se despidió de Mauricio al verlo solo y se fue con Esmeralda a pasar la noche a un apart hotel.

—¡Qué bella estás hoy, mi reina! —Exclamó al contemplarla recostada en la cama.

—¡Tú eras el más guapo de la fiesta, todas las mujeres me envidiaban! Ven aquí, te necesito entre mis piernas.

—Aún no —Dijo sacándose la camisa, se sentó frente a ella tomando una copa de champán y le sonrió lascivamente.

—Quiero que te toques, quiero ver cómo disfrutas...

Esmeralda obedeció, con él se atrevía a todo. Mientras gozaba, lo miraba cómo se excitaba. No duró mucho en el sillón, enseguida se desprendió de sus pantalones y se abalanzó para tomarla con frenesí:

—Eres mía, mía sola...

—Sí, mi amor, de ti y tú de mí.

Bárbara lo invitó a pasar la noche juntos:

—¿Tienes otros planes, mi chico guapo?

—No, ninguno, sólo estar con la más linda —Dijo tomándola de la cintura y atrayéndola hacia él para besarla.

—Umm, no lo creo...tú siempre debes tener alguna que te espera —Afirmó besándole el cuello.

—Me excita lo que me estás haciendo, eres mala.

—Vamos a mi casa, quiero hacerte cosas.

—No perdamos tiempo, entonces —Dijo mientras le besaba el escote y tocaba sus pezones erectos.

Los días transcurrieron afianzando la relación de los enamorados. Además, Félix continuaba, con éxito, desarrollando el proyecto de las viviendas sustentables junto a Thomas, con quien se limitaba a hablar de temas estrictamente profesionales. Esquivando a Laura, quien significativamente estaba callada y distante.

Alexandra se había decepcionado y perdido toda esperanza con Adam y apuntó al arquitecto Villar Araujo, quien le resultaba un hombre viril y atractivo.

Adam y Barbie vivían sus encuentros “sin compromisos” y Esmeralda frecuentaba la casa de Violeta para desarrollar el emprendimiento y aprendiendo, de manera acelerada, los secretos de las plantas medicinales y también del mundo espiritual.

No habían hablado más, en profundidad, de su antigua vida como Lucero. Violeta tampoco quería presionarla, esperaba que su memoria ancestral se abriera y recordara todo o casi todo, sola.

—Maestra —La llamó una tarde mientras trabajaban juntas en la casona—. ¿No te molesta que te llame así?

—No, eso soy —Le contestó sonriente.

Esmeralda se quedó callada un momento.

—¿Crees que está mal que yo lo diga? ¿Eso piensas?

Sorprendida en sus pensamientos, se rindió:

—Sí, bueno...yo creo que es un poco...

—Soberbio decirlo —Completó la frase que no se atrevía a expresar por temor a ofenderla, cosa que estaba lejos de ella.

—Mi niña, admitir nuestro grado de evolución no tiene que ver con la arrogancia sino con la humildad —Ante la mirada de sorpresa de la joven, prosiguió— Los seres humanos debemos reconocer en qué nivel estamos para continuar evolucionando, si no me reconozco ¿Cómo avanzo? Cada nivel, grado o escalón me compromete más y más. Hasta que ya no hay elección entre el bien y el mal, lo correcto o incorrecto, sólo hay un solo Camino: el que nos lleva al Padre.

—¡Realmente, eres una Maestra excepcional, mi Maestra! Cada día aprendo mucho — Exclamó abrazándola con ternura— ¡Gracias doy al Cielo por aparecer en mi vida!

En silencio, Violeta también agradeció.

—Señor Villar Araujo—llamó Laura asomándose al pasillo de la empresa al verlo pasar—. ¿Puede venir un momento, por favor?

—Sí ¿En qué le puedo ser útil? —Dijo tomando asiento frente a ella.

—Es un tema delicado que quisiera que quede en la más absoluta reserva ¿Puedo confiar en usted? He sabido que hace un par de semanas que sale con Alexandra.

—Así es ¿Le incomoda? —Preguntó nervioso.

—No, para nada, es que, lo que le voy a pedir, puede afectar la incipiente relación que tiene con mi hija.

Cada vez más intrigado y sospechando que la abogada se traía algo complicado entre manos para ofrecerle, se dispuso a oírla con atención.

—Me he enterado que usted fue el novio de Esmeralda Morrison, la que se dice, es la novia de Félix.

—Efectivamente, pero hace ya un buen tiempo que rompimos —Contestó molesto con el recuerdo.

—Bien...por motivos que no vienen al caso, quisiera que esa relación se termine de una manera definitiva y, para ello, necesito de su ayuda.

—No veo cómo —Sonrió—. Créame, no quedamos ni siquiera como amigos.

—Supongo que aún conserva algunas fotos de ustedes cuando eran novios.

—Creo que sí, debería buscarlas, las últimas quedaron aquí grabadas —Dijo señalando su celular.

—Tiene algunas...digamos...comprometedoras.

—Puede ser ¿Qué quiere hacer con ellas?

—Editarlas y hacer que parezcan recientes, con la tecnología que tenemos, se puede engañar fácilmente y si, Félix las mira con celos y rabia, mucho mejor, no se detendrá en los detalles.

—¿Y qué ganaré yo con eso? —preguntó asombrado por la perfidia de la mujer—. Ventrán a increparme los dos y yo no quiero problemas en la empresa, usted sabe que trabajo codo a codo con Félix.

—Una buena suma de dinero y vengarse. Sé que ustedes no se llevan bien y he escuchado rumores de que se siente molesto por la manera en que le habla y lo trata. No se preocupe si lo vienen a increpar, usted puede negar todo, a esas alturas, el conflicto se habrá desatado y la procedencia de esas fotos quedará en segundo plano —Contestó decidida— Yo hablaré con Mauricio, en todo caso y con mi hija, para que su imagen no se vea dañada con los

acontecimientos.

—¿Cuál es la cifra que tendrá mi trabajo?

Laura escribió en un papel los números y Thomas sonrió satisfecho.

—¡Hecho!

Adam pasó por el local de Barbie, quiso sorprenderla en su lugar de trabajo e invitarla para pasar un fin de semana juntos en alguna playa cercana.

—¡Qué ven mis ojos! —Exclamó sonriente yendo a abrazarlo— ¡A mi chico guapo!

—¿Cómo has estado, muñeca? Lindo lugar —Asintió mirando el local repleto de antigüedades.

—¡Gracias! ¿A qué debo el honor? —Preguntó ocultando su enojo por no verlo por varios días.

—Venía a invitarte para ir a la playa este fin de semana ¿Puedes, quieres?

Bárbara hubiera querido contestarle que podía y quería, pero se contuvo:

—Lamentablemente, tengo otros planes.

Adam se acercó peligrosamente a su boca:

—Ah ¿sí? ¿Cuáles son?

—Quedé con un amigo —Mintió.

—Bien —Respondió contrariado— Armaste otra cosa con otro.

—Habíamos quedado que nuestra relación era libre —Lo midió—. Si me hubieras hecho la invitación con tiempo, tal vez...

—Sí, por supuesto, tienes razón, tendría que haberte llamado —Replicó con frialdad — Supuse que tú...

—¿Qué supusiste? —Preguntó fingiendo ignorar lo que ya sabía.

—No, nada importante, dejémoslo así. Entonces, tú...estás ocupada —Visiblemente contrariado, dijo— Debo irme, tengo un compromiso.

—¿No quieres que salgamos hoy? En un rato cierro —Le dijo divertida por la situación de incomodidad en la que lo había sumergido.

—No, me voy, muñeca, te llamo uno de estos días —Le dio un beso en la mejilla y prácticamente huyó, confundido por lo inesperada respuesta.

—Violeta, el emprendimiento es un éxito, todo marcha más que bien, los testeos con los probadores han dado positivos y las encuestas son inmejorables. Realmente, estoy muy satisfecha con el resultado de los sondeos de opinión.

—Lo sé, mi niña, lo he visto.

—¿Con tus otros ojos? —Se había acostumbrado a tutearla debido a la rápida y cálida corriente afectiva que se estableció entre ellas.

—¡Claro, es éxito asegurado! Pasando a otro tema ¿Cómo está Félix?

—Muy atareado con su proyecto, nos vemos casi todos los días. ¡Estoy tan feliz de haberlo encontrado y él también lo está, me lo dice a cada rato! —Le confesó abrazándola con ternura — ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras, mi niña buena —Sonrió.

—¿Cómo te llamabas en tu otra vida? ¿Cómo era la relación que nos unía?

—Me llamaba Chila y era una curandera que conoció a Valiente y después a Lucero. Viví en la Casa de la Colina hasta mi muerte. Esas hebillas que tienes, fueron un regalo de Chila a Lucero —

Dijo con lágrimas en los ojos— También te ayudé a parir a tu primer hijo.

—¡Francisco! Recuerdo un sueño en donde veía el rostro entrañable de una anciana ¡Eras tú, entonces! Me dabas un brebaje, yo estaba enferma.

Violeta se limitó a asentir con su cabeza.

—¡Qué bueno que nos encontramos nuevamente querida Chila!

—¡Mi niña, Dios es grande! —Y se fundieron en un abrazo eterno.

—¡Subo con cosas ricas! —Le anunció Félix— Y una botella del mejor vino blanco.

Esmeralda acababa de bañarse y lo recibió apenas con su bata de toalla y el pelo mojado.

—¡Qué tentación! —Exclamó dejando con premura los paquetes en la mesa y desatándole la bata para adentrarse con sus dedos en la vagina húmeda.

—Félix, mi amor... —Susurró extasiada— me das tanto placer...

—Y tú a mí, bonita. Ven, vamos a la cama.

Cuando sus ansias se vieron saciadas, cenaron y se contaron las novedades del día.

—Corazón, tengo que viajar en unos días a Madrid. Veré también a mi tía abuela Carmen que está internada en un geriátrico. Es una mujer muy lúcida, no entiendo por qué quiso recluirse allí.

—Seguramente, para que la atiendan y cuiden, mi reina ¿Por cuántos días te vas? No me gusta que nos separemos por mucho tiempo.

—Diez, supongo. Ella me legó la custodia de algunos objetos de la familia —Le contó animándose a dar un paso para despertar su memoria ancestral, según le había dicho Violeta.

—¿Cuáles? —preguntó tocándole la entrepierna.

—Las hebillas que tanto te asombraron aquella vez.

—Sí, te quedaban tan lindas —Afirmó rozando su bajo vientre.

—La cruz que llevas... —Dijo entrecerrando los ojos.

—Ajá —Asintió subiendo sus manos hacia sus senos—. ¿Y qué más?

—Algunas cosas más que no puedo decir porque no me estás dejando pensar en estos momentos.

—Quiero que me desees siempre como yo a ti —Pidió besándola con pasión y llevándola en andas, nuevamente a la cama.

—Te desearé siempre, porque soy de ti desde hace mucho tiempo, sólo tuya y de nadie más, mi rey.

Se quedaron dormidos profundamente después de entregarse completamente uno al otro.

Félix soñó que estaba en un ritual, se veía rodeado de personas que aplaudían y el rostro bellissimo de una mujer a la que amaba mucho. Un chamán indígena estaba parado frente a ellos diciendo algo que no alcanzaba a oír. Las emociones que sintió fue lo que más lo impactaron cuando, en medio de la noche, se despertó para tomar un vaso de agua.

En la cocina, trató de revivir el sueño e imágenes nítidas lo asaltaron. Tenía la certeza de que ese hombre era él y recordó haberle visto en su pecho la cruz de plata que Esmeralda le había regalado unas horas antes. La acarició cerrando los ojos para poder revivir las escenas:

—Es un casamiento indígena, me estoy casando con una bella mujer a la que amo profundamente y llevo esta misma cruz.

Esmeralda lo llamó al despertarse y no encontrarlo dormido a su lado:

—Félix ¿Estás bien? Ven a la cama.

La abrazó y le dijo al oído:

—Soñé con esta cruz, me dijiste que era un legado familiar.

Esmeralda se dio vuelta y le pidió que le contara el sueño, así lo hizo. Su rostro, iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana, trasuntaba felicidad al contar las emociones vividas.

—Ellos se amaban, lo sé, lo sentí. Mañana quiero que me cuentes más de esos objetos, estoy muy intrigado —La besó en la frente y se quedaron dormidos.

El aroma a café lo despertó, se duchó y se cambió rápidamente. Mauricio lo había llamado cuando aún estaba durmiendo, le dejó un mensaje avisándole que la finca de San Silvestre ya estaba en condiciones de recibir una oferta y que, esa mañana, la inmobiliaria lo esperaba. Miró la hora y se acercó a la cocina a tomar su café:

—Debo irme, mi amor, hay un asunto urgente que debo resolver.

La caja estaba sobre la mesa. Esmeralda lo observaba con decepción.

—¿Qué pasa, qué te sucede? —Dijo sorbiendo de la taza humeante.

—Son los objetos que me pediste ver anoche.

—Ahora no puedo, de verdad, esta noche me los muestras —La besó en los labios y se marchó.

Thomas encontró algunas prendas de su ex en el placar, era la excusa perfecta para visitarla y dejar algún rastro de su presencia, según le había recomendado Laura.

Alexandra le gustaba mucho y haber iniciado una relación con ella lo había sosegado pues sentía mucha rabia por la ingratitud de Esmeralda, después de lo que él había hecho por ella. La sola idea de separarla de ese mequetrefe lo entusiasmaba y que, su nueva suegra le pagara, lo hacía feliz.

—Adam, quiero darte una noticia —Le dijo por teléfono—. Compré la finca, será de los dos.

—¿Hiciste un buen negocio? —Dudó— Mira que te conozco y cuando te encaprichas...

—Sí, lo hice. Iremos pronto a verla y chequear las refacciones que necesita la casa. ¿Qué te pasa? No te escucho entusiasmado, a ti te gustaron siempre los desafíos.

—Nada de importancia, te veo en la empresa.

—¡Hola, amiga!—saludó Esmeralda entrando en el local al atardecer.

—¡Te extrañé mucho! —Dijo abrazándola.

—Creí que estabas entretenida con Adam —Bromeó.

—Sí, la verdad es que la pasamos muy bien juntos ¡Es mi chico guapo! Pero, ya sabes, no quiero comprometerme con nadie. Ayer, me invitó a pasar el fin de semana en la playa y le inventé que tenía un compromiso.

—¿Por qué hiciste eso?

—Simplemente, sentí la soga al cuello... ¿Y tú? —Le preguntó sonriente—. No me digas nada, estás muy enamorada ¡Se te nota mucho!

Rieron y se abrazaron nuevamente: —Sí, amiga, no lo puedo ocultar.

—No pudimos comentar nada de la fiesta. Thomas quedó de una pieza cuando los vio llegar ¡No se lo esperaba! Y la mujer de tu suegro ¡Por Dios, qué bruja tan afectada! Le salían chispas de los ojos.

—Es que ella y Félix tuvieron algo en el pasado, hace tiempo...

—¡Con razón! Ya me olía yo algo raro —Dijo frunciendo la nariz.

—Sí, pero eso pasó hace mucho...Debo irme, Barbie —Dijo, afectada, mirando su reloj—.

Voy a preparar la cena. Nos encontraremos, tú y yo, para conversar. Necesito nuestras pláticas.

—¡Cuando quieras! Esmeralda, estoy feliz por todo lo que te está pasando. ¡Félix y tú van derecho al altar y me alegra muchísimo! —Sentenció al despedirla.

Esmeralda se extrañó cuando oyó el timbre ya que era muy temprano para que Félix llegara.

—Soy yo, Thomas —Escuchó.

—¿Qué quieres ahora? —Lo increpó ácidamente.

—Dejarte algunas cosas tuyas que quedaron en el apartamento.

—Pasa —contestó contrariada.

—Hola ¿Cómo has estado? —Al no responderle, abrió un bolso y sacó una chaqueta y unas remeras—. Son tuyas, quedaron en el fondo del armario.

—Está bien, gracias.

—Quiero disculparme contigo por las cosas que te dije en la fiesta, me sorprendió verte con él, nada más.

—Está bien, olvidemos el incidente y continuemos con nuestras vidas en paz.

—¿Me darías un vaso de agua? Si no es mucha molestia.

—Sí, ahora te traigo, lo bebas y te vas, por favor.

Thomas dejó su encendedor entre los almohadones del sillón. Al regresar Esmeralda, tomó el agua y se despidió:

—Bueno, ahora sí, ya no nos veremos más, las cuentas están saldadas. Nada nos debemos.

Esmeralda hizo un gesto de aceptación y le abrió la puerta.

Félix lo vio salir del edificio y se preguntó qué hacía por allí.

Adam se sentía contrariado con la inesperada negativa de Bárbara y, sobre todo, incómodo, porque le había dicho que tenía otro asunto:

—¿Con quién? Sin compromisos... —Dedujo tomando un whiskey en su apartamento— Eso dijimos. Lo mejor será que no piense en eso, hay muchas mujeres allá afuera —Se dijo mirando por el ventanal hacia la calle—. Sí, muchas... pero sólo me está importando una ¡Maldita sea! —Se retrucó.

—¡Qué rico olor! —Inspiró Félix al entrar al apartamento— Mi vino tinto hará maridaje con esa comida exquisita que estás preparando.

—Espero que te guste el lomo a la pimienta con puré mixto —Le dijo rodeándole el cuello con sus brazos. Se besaron largamente.

—Me pareció ver a Thomas salir del edificio.

—Sí, vino a dejarme unas prendas que estaban aún en su placar —Contestó relativizando la visita—. ¿Estás molesto?

—No, para nada —Mintió—. Cuando hubo una relación tan larga, quedan cosas pendientes.

—Como la tuya con Laura —Agregó dándole su plato—. Creo, mi amor, que es momento de que me cuentes lo que hubo entre ustedes y por qué me odia tanto.

—Es algo sin importancia que pasó hace mucho tiempo... ¡No sabía que cocinabas tan bien, bonita! ¿Quieres vino?

—Rehúyes el asunto una vez más, Félix —Dijo ofreciéndole la copa vacía.

—No quiero arruinar esta noche, mi reina, somos tú y yo, nada más.

Esmeralda entendió que jamás le contaría y decidió no insistir en adelante, lo que debía

importarle, pensó, es su presente, que lucía maravilloso.

Pasaron la velada hablando de otros temas:

—¿Cuándo te vas para Madrid?

—Pasado mañana ¿Me extrañarás tanto como yo a ti?

—¿Lo dudas? ¡Me tienes loco! —Le confesó devorándola con los ojos.

—Ven, vamos al living, quiero mostrarte lo que me pediste: los objetos familiares que heredé.

—¡Es verdad, ya me había olvidado!

Ansiosa, fue hasta su habitación mientras Félix se sentaba en el sillón con una copa de coñac, se sintió aliviado al saber que Esmeralda no había insistido mucho con el tema de Laura.

—Aquí están —Anunció destapando la caja.

—¿La cruz que me diste, salió de aquí?

—Sí —Esmeralda escondió la descripción de los artículos para evitar preguntas que no podía responder por el momento; Violeta le había aconsejado más de una vez, que esperara y eso sería cuando su memoria ancestral se despertara, no antes.

Los dispuso sobre la mesita ratona: la cajita musical, las chalinas y los guantes de satín, la llave grande con las iniciales L y V y el estuche de terciopelo azul que contenía el anillo de oro con la esmeralda engarzada.

—Falta el juego de cepillos de nácar y unas hebillas del mismo material que están sobre el tocador. Las hebillas de strass que me viste puestas, que están en uno de los cajones de mi mesa de luz y unas cucharitas con las que te sirvo el café.

—Sí, las vi —Dijo mirando los objetos con detenimiento.

Félix se rascó la barbilla y sorbió un trago:

—Es extraño, en mi sueño vi la cruz que me regalaste —Tomó el estuche azul y lo abrió, sendas lágrimas corrieron por sus mejillas—. Perdóname —Se disculpó al reparar en ellas—. Póntelo.

Esmeralda se calzó el anillo.

—No sé por qué lloro, tal vez me recuerda a uno que tenía mi madre... Veo la mano que lo lleva pero, no sé si es la de ella.

Acarició la cajita musical y dudó en abrirla. Luego de unos instantes, se decidió y la música comenzó a sonar. Cerró los ojos y se dejó llevar, buscó instintivamente la mano de Esmeralda y se quedaron así hasta que la música se detuvo. En un arrebato, Félix la besó con furia y comenzó a quitarle la ropa.

—No quiero perderte, mi reina, no esta vez —Atinó a decirle mientras se desnudaba con premura—. Necesito el contacto de tu cuerpo, tu piel sobre la mía.

Asombrada por la reacción provocada, temía haber desatado emociones intensas en él que, no sabía cómo encauzarlas, comprendió que los consejos de Violeta avizoraron lo que estaba ocurriendo allí.

—Félix, me lastimas —Le dijo con suavidad.

—Perdóname, no quise hacerlo —Y la llenó de besos, no podía controlar su desesperación. Necesitaba poseerla, tocarla, besarla por todo el cuerpo, que su lengua rozara cada milímetro de su boca.

Cuando llegó el éxtasis final, respiró aliviada. Él yacía sin fuerzas sobre el sillón mientras ella se escurría de sus brazos para poder recomponerse, guardar los objetos con rapidez y llevarlos a su cuarto. Por ese día era suficiente. Félix suspiró y se estiró para aflojar la tensión corporal, su mano derecha tocó algo debajo de los almohadones, lo miró y leyó “Con amor de E

para T”

—¡Es el encendedor de Thomas, lo he visto encender sus cigarrillos, es el mismo! —Una nube oscuro le nubló el cerebro, una furia ciega lo tomó por completo, aún no había podido reponerse de lo que había vivido momentos antes que llegaban como caballos galopantes, los celos. Nunca los había experimentado porque nunca se había enamorado. Se incorporó y comenzó a vestirse.

—¿Estás bien, mi amor?

—¿Por qué me mentiste? —le recriminó con rabia en los ojos.

—¿Qué dices, cuándo? —Preguntó azorada.

—Dijiste que vino a traerte unas prendas y encuentro su encendedor entre los almohadones ¿Se revolcaron aquí?

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Cómo te atreves a dudar de mí?

Félix terminó de vestirse mientras Esmeralda se tomaba la cabeza para ordenar las ideas:

—No entiendo ¿Qué está sucediendo?

—¿Volviste con él? ¡Juegas a dos puntas! ¿Te quieres vengar porque no te conté lo de Laura?
—La increpó celoso.

—¡No! ¡Cálmate, estás alterado, Félix! ¿Cómo crees que voy a engañarte? Estoy enamorada de ti. Por favor ¡Reacciona!

—Mejor me voy, mañana hablamos —Y sin despedirse, dio un portazo.

—¡No te puedes ir así! ¡Aclaremos las cosas! —Gritó hasta derrumbarse en llanto.

Esmeralda esperó una hora prudencial para llamar a su Maestra. No había podido dormir en toda la noche, angustiada y desesperada como estaba ante el inesperado giro que había tomado la velada con Félix.

—Buenos días, perdóname por la hora —Se disculpó.

—No te preocupes, me levanto muy temprano, mi niña ¿Qué te sucede?

Le contó pormenorizadamente los hechos suscitados la noche anterior.

—El amor de ustedes tiene detractores —Le advirtió— Debes actuar con mucha inteligencia y cautela. Félix desconfió de ti porque teme perderte, lo sé. Seguramente está arrepentido —Y haciendo una pausa, dijo— Ustedes están destinados a estar juntos, pero antes, deberán salvar algunos obstáculos, sé fuerte, corazón.

—Yo también temo perderlo. Mañana me voy a España, estaré allí unos diez días, si hoy no me llama, no lo presionaré —Concluyó con tristeza— Tal vez, al regresar podamos aclarar mejor las cosas. Seguiré tus consejos, un beso enorme, Violeta.

—¡Eso es! Ve tranquila a despedir a tu tía ¡Hasta la vuelta, mi niña hermosa!

Esmeralda no comprendió sus palabras ¿Despedirla?

Cuando colgó, el gesto de Violeta trasuntaba preocupación.

—Se acerca lo que vislumbré en mis meditaciones ¡Dios, ayúdalos a pasar la tormenta!

Durante todo el día, Félix evitó toparse con Thomas, sabía que no se contendría y lo encararía para conocer la verdad.

Por un lado, su mente racional le decía que lo que había sospechado era descabellado, un delirio de su imaginación “todo ese escándalo por un encendedor” mientras que, por el otro, sus celos lo enceguecía al punto de pensar en encuentros furtivos y escenas de amor entre ellos “seguro que se ven a escondidas”

—Mañana ella se va —Pensó ya casi entrada la noche—. Pero no tengo voluntad para llamarla y disculparme. No sería sincero.

Esmeralda se durmió con el celular en su mano, se había ilusionado con una reconciliación fogosa, hasta había imaginado los besos que se darían. Pero nada de eso sucedió:

—Paciencia —Se consoló— Ese cretino de Thomas lo hizo a propósito —Dijo repasando su corta visita—. Pero no le daré el gusto, haré de cuenta que no me afectó su trampa.

La tía Carmen la recibió con una sonrisa cansina:

—Mi hermosa sobrina ¿Qué haces por aquí? ¿Recibiste la encomienda?

—¡Hola, tía! Sí, la recibí y quédate tranquila que cuidaré del legado familiar. He venido por asuntos de la empresa y aproveché el viaje para visitarte ¿Cómo has estado? —Quiso saber mientras observaba el geriátrico.

—Aquí me ves, rodeada de gente muy cariñosa que me trata muy bien, hice algunas amistades y leo mucho, más de lo que mis ojos me permiten.

—Dime ¿Tú sabes por qué motivo se originó la tradición de legar esos objetos de generación en generación?

—Parece que fue una orden dada en un testamento hace mucho tiempo, en la época de Lucero de Olazábal y Valiente Vallejos. Mi hermana Ana María, tu abuela, que en paz descansa, conservaba los objetos de nuestros antepasados. Cuando se casó con Isaac, se fueron a Irlanda, su país natal, fue entonces que me los dio en custodia, temía perderlos en la mudanza. Alcánzame de mi armario una carpeta marrón.

Esmeralda se apresuró a cumplir lo pedido. La anciana la abrió con cuidado y le mostró un papel con membrete y sello.

—A propósito de ser la custodia de los objetos que te di y para completar la información, hace un tiempo encargué a la Sociedad de Genealogía de Madrid nuestro árbol familiar, mira esta es nuestra ascendencia, querida.

Esmeralda miró los nombres con mucho cuidado:

—Tu madre, o sea, mi bisabuela se llamaba Catalina Vallejos —dijo conmovida— nunca lo supe...Casada con Eloy Farrel.

—Así es, mi cielo, fueron muy felices ¡Eran tan alegres! Siempre quise tener un matrimonio como el de ellos pero no pudo ser ¡Me quedé para vestir santos!

Esmeralda sonrió sin apartar la vista del documento. Leyó, sorprendida, la descendencia:



—Mi tatarabuelo materno era Mateo Vallejos, hijo de Francisco...hijo de Lucero y Valiente Vallejos —La vista se le nubló y las lágrimas surcaron sus mejillas.

—¿Qué tienes, mi corazón? ¿Te emocionaste? —Preguntó acariciándole el rostro mojado.

—Sí, es raro ver el linaje de donde procedes, atravesar el tiempo y nacer otra vez... — Pronunció en voz baja las últimas palabras—¿Puedo llevármelo?

—¡Claro! Es para ti, la guardiana del legado —Afirmó— Dime ¿Cómo va tu vida?

Esmeralda le contó que se había separado de Thomas.

—Si es para tu bien, me alegro... ¿Y no hay nadie que ocupe tu corazón?

—Sí —Dijo sonriente—. Se llama Félix, es arquitecto y estamos muy enamorados.

—Eso me hace muy feliz —La enfermera entró para darle su medicina, al ver que Carmen entrecerraba los ojos en señal de cansancio, le dijo:

—Bueno, tía, me voy. Te prometo que antes de volver, vengo a despedirme.

—Claro, pequeña, claro —Asintió adormilada.

Cuando ingresó al hotel, apretó la carpeta contra su pecho tal como si fuera un tesoro milenario. Se sentó en la cama de su habitación y pidió que le suban la cena. Volvió a mirar los datos escritos en el documento y reparó en la descendencia de los otros hijos de Lucero y Valiente:

—Julián, el otro hijo de Francisco, hermano de Mateo es la línea que conduce a Mauricio, padre de Félix y Adam ¡Por Dios! —Se estremeció.

Félix daba vueltas en la cama sin poder dormir, se levantó para tomar agua y encontró a su hermano en penumbras:

—¿Qué haces, Adam? ¿Llegaste recién?

—Hace un rato —Contestó taciturno.

—¿Estabas con Bárbara?

—No, con la pelirroja de administración.

—¿Lo Barbie se terminó?

—Puede ser...eso es lo que estoy tratando de dilucidar —Contestó preocupado.

—Cuéntame, estoy desvelado.

—Nos entendimos muy bien, de maravillas desde que nos conocimos hasta que sintió, eso creo, que las cosas iban rápido y me frenó.

—¿Hablaste con ella?

—No, no la volví a ver —Suspiró con melancolía.

—Y entonces saliste con la pelirroja, así solucionas tus problemas del corazón, huyendo... —
Le recriminó.

—No son problemas del corazón, son problemas con las mujeres.

—Te vi distinto con Barbie, al menos, el tiempo en el que estuvieron juntos eras otro.

—Es verdad, salía sólo con ella ¡Cosa rara en mí! Jaja —Sonrió—¿Y a ti qué te pasa?
¿Esmeralda está en España, no?

—Ajá.

—¿Qué pasa, Félix? —Su hermano le contó la discusión que tuvieron.

—¿Te pusiste celoso por ese tipo? ¿Ella te dio motivos?

—No pero el encendedor en el sillón me hizo pensar que se quedó más tiempo y que, tal vez, intimaron y se le cayó —Miró a su hermano y agregó— ¡Ya sé, ya sé, es ridículo!

—Me parece... ¿La llamaste para disculparte?

—No, todavía...

—¿Y qué esperas? ¿Cómo crees que se siente? ¿Y tú? Mírate cómo estás, hecho una piltrafa.
¡Llámala, nunca te vi tan bien como con ella! Eres un tonto si la pierdes por nada.

“*Perdóname*” leyó mientras se preparaba para una reunión, arrojó el celular a la cama con fastidio:

—¿Te diste cuenta? ¡Pasaron días! —Protestó— ¡No pienses que te voy a responder, sufrirás como yo!

Félix esperó infructuosamente la respuesta:

—Está enojada, lo sé —Resopló, tomó el encendedor de su bolsillo y espero a que llegara Thomas a la empresa, estaba decidido a encararlo. Al verlo pasar de la mano de Alexandra, lo llamó para conversar a solas, Thomas despidió con un beso en la mejilla a la joven y entró a la oficina:

—Buen día —Y sin esperar su saludo, le preguntó—. ¿Este encendedor es tuyo?

—Ah sí, lo había perdido ¿Lo encontraste por aquí?

—No precisamente —Hizo una pausa— en lo de Esmeralda.

—Puede ser, estuve en su apartamento el otro día.

—¿La visitas a menudo o fue una ocasión extraordinaria? Cuéntame.

—No tengo por qué rendirte cuentas de mis actos, en todo caso, quien tiene que contarte, es Esmeralda.

Lo tomó de la solapa y le dijo:

—Mira, cretino, no trates de interponerte entre nosotros sembrando veneno, no resultará.

—¡Suéltame! No necesito de tus advertencias.

Félix dudó unos segundos y lo dejó, empujándolo con furia. Thomas se acomodó el saco y se dirigió a la puerta, sentía mucha impotencia y una furia atroz, ahora sí que quería separarlos, verlo

lejos de ella lo alegraría enormemente.

Esmeralda se abocó a la infinidad de tareas que debía realizar en pocos días, viajó a Roma por dos jornadas y a París por otras tantas. Ya casi cerrando sus actividades, fue a despedirse de la tía Carmen, al llegar vio que en su habitación había enfermeras que corrían de un lado al otro y el médico estaba asistiendo a la anciana.

—Tuvo un accidente cerebro vascular —Le reportó la enfermera ante la mirada azorada de su sobrina. Las palabras de Violeta resonaron con fuerza: “Ve tranquila a despedir a tu tía”

Se quedó en el pasillo y, al cabo de una hora, le dieron la infausta noticia, el corazón de la anciana no había resistido.

El abogado que administraba sus propiedades llegó al rato y se presentó ante ella muy compungido:

—Mi más sentido pésame, Doña Esmeralda, la he llegado a apreciar por los dichos de Carmen, que en paz descanse. He venido a visitarla con frecuencia, era una señora adorable. Cuando pueda, de hecho, lo antes posible, pase por mi estudio para informarle de la herencia — Le extendió su tarjeta— Discúlpeme la brusquedad pero sé que debe regresar a su país y quisiera que todo esté en orden antes de que se vaya.

—Gracias por todo lo que hizo por ella, también me hablaba de usted y muy bien, Don Julio. Iré después de las exequias. Regreso en pocos días.

Su tía abuela le había dejado una cuantiosa fortuna, que, de momento, prefirió no tocar y nombrar como administrador general al abogado. Una vez finiquitado con todos los trámites de rigor y laborales, emprendió su regreso, muy triste.

Félix aguardaba con impaciencia el regreso de Esmeralda, quería verla, volver a pedirle perdón. Besarla y acariciarla, sentir su perfume, rozar su vientre con su piel, hacerla suya.

La relación con Thomas se había quebrado y no podía seguir con el proyecto inicial, por lo que decidió que le iba a pedir a su hermano que tomara su lugar. Así, en pocos días se instalaría en San Silvestre para abocarse a refaccionar la casa y empezar una nueva vida con Esmeralda, si ella lo perdonaba.

—Hablaré con mi padre y me instalaré allá para ocupar mi mente hasta que ella regrese y pueda pedirle perdón —Decidió.

Mauricio puso el grito en el cielo cuando se enteró de sus planes y, una mañana, entró intempestivamente en la oficina, seguido de Laura:

—Pero ¿quién te has creído que eres para dejar que cosas personales se mezclen con lo profesional?

—No te metas, Mauricio —Le dijo en tono fastidioso.

—¿Mauricio me llamas? ¡Soy tu padre, más respeto! —Le espetó indignado.

Félix lo miró con frialdad y no le contestó.

—Vamos, querido, estás alterado y no te hace bien.

—Deja de tratarme como a un anciano, Laura —Y dirigiéndose a su hijo— ¡Y lo dejas a Adam en tu lugar que no tiene experiencia en este tipo de construcciones!

—Es hora que me independice...

—¿Te vas? ¿Adónde? — Preguntó alarmada Laura.

—¿Adónde te vas? —Repreguntó Mauricio.

—A la finca de San Silvestre, la voy a remodelar. Seguramente, cuando regrese Esmeralda,

nos casaremos —Dijo para que a Laura le quede claro.

—No puedes dejar a tu padre así, recapacita Félix —Le pidió angustiada por todo lo que estaba escuchando.

—¡Déjanos solos, mujer, sal de aquí! —Le ordenó Mauricio, incómodo por su intromisión. La abogada obedeció antes de estallar en llanto allí mismo.

—Explícame qué ocurrió con Thomas exactamente, por favor. Debo ir pasado mañana a Los Ángeles de urgencia, Akbatan me quiere allá y necesito las cosas ordenadas aquí.

—No hay nada que explicar —Contestó irritado— fue el detonante de mi decisión, eso es todo. El proyecto continúa en buenas manos, aunque desconfíes de Adam, él es mejor arquitecto que yo, te lo aseguro.

—Bien, si no te puedo convencer, aceptaré tu decisión y a tu hermano para que continúe en tu lugar —Contestó con resignación—. Pero no me gusta nada lo que sucedió.

Laura cerró con llave su oficina rompiendo en un llanto agónico de rabia y desesperación. Se culpaba a sí misma, pues su plan para separarlo de Esmeralda, definitivamente lo alejaba.

—¡No, mi amor, no te vayas! No lo soporto ¡Qué estúpida fui, lo arruiné todo! Thomas es un inútil, un inservible, no tiene idea del daño que me provocó —Masculló— debo pensar rápidamente en otro plan.

Cuando se descargó, una imagen acudió a su mente y sonrió con perfidia.

Adam entró en el bar del brazo de la muchacha pelirroja con la cual pasaba buenos momentos sin demasiadas expectativas. Bárbara se quedó petrificada al verlo, los siguió con la mirada hasta que se sentaron bastante alejados de ella y su ocasional acompañante:

—¿Qué pasa? —Le preguntó el joven.

—Nada ¿De qué hablábamos? —Por más que quiso concentrarse en la plática, sus ojos se desviaban constantemente hacia Adam y la joven mujer.

—Es inconcebible —Pensó— Me dejó por esa, sin decirme adiós ni hasta luego... ¿Le acaricia el rostro? Eso no me lo hizo a mí...

—¿Quieres?

—¿Qué? —Le preguntó distraída.

—Si quieres postre.

—Sí, elige por mí, voy a la toilette, ya vuelvo.

Se dirigió directo hacia donde se encontraba Adam, hizo sonar sus tacones al pasar por su lado, él giró su cabeza y la reconoció:

—¡Barbie! ¡Qué coincidencia! ¿Tú por aquí?

—¡Hola! ¿Cómo estás? No te había visto —Disimuló—. Veo que en buena compañía —Sonrió a la muchacha quien le devolvió el cumplido.

—Sí ¿Y tú? ¿Estás sola?

—No, para nada, mi pareja está allá —Señaló— Disculpen, paso a la toilette.

Caminó algo nerviosa, cerró la puerta y se sintió morir.

—No puede ser que me sienta así por esto. Yo lo quise de esta manera, odio el compromiso y la monogamia —Se decía a sí misma para convencerse y aferrarse a sus principios— Él está con otra y yo con otro ¿Cuál es el problema? —Se dijo mirándose al espejo— Ahora te recompones y sales como una reina, con la cabeza en alto para que no se te caiga la corona.

Tomó coraje y salió, Adam reía y la pelirroja lo miraba embelesada.

—¡Odio esta situación, te odio a ti, chico guapo y odio a esta tonta que lo tiene para ella! — Refunfuñó.

—Adiós, Bárbara —Sintió su voz en sus espaldas y siguió como si no hubiera escuchado su voz dulce, entrañable, cálida. Necesitó de toda su voluntad para contener el impulso de volverse y besarlo.

—¿Vamos? No me siento bien, Eric —Pidió, quien la miró sin comprender.

Bárbara sabía que no podía controlar la situación. Todo lo que sentía por Adam era inesperado y no deseado, pero allí estaba él, clavado en su corazón ¿Cómo haría para extirparlo?

Esmeralda regresó emocionalmente agotada del viaje. La pérdida de su tía abuela la había sumido en una tristeza infinita, en el pasillo del edificio encontró a Amalia quien se enteró de la infausta noticia:

—¡Cuánto lo siento, mi cielo! —Se compadeció recibéndola con los brazos abiertos para contenerla.

—Ahora sí que estoy sola en el mundo, ya no me queda nadie de mi familia— Lloró desconsoladamente.

—No digas eso, corazón ¿Y Félix? ¿Y yo? ¿Y Barbie? Tu tía Carmen ya cumplió con su tarea con creces, partió habiendo cumplido su misión.

—Tienes razón —Dijo enjugándose las lágrimas— A veces, uno es egoísta, no quiere perder a los seres amados cuando, en realidad, tarde o temprano, todos morimos. Nadie quiere dejar de verlos, escucharlos, tocarlos. Es muy dolorosa la separación física.

—Es verdad lo que dices, querida. Pero ya sabes que, en algún momento, cuando partamos, los volveremos a ver y esa será la completa felicidad —. Concluyó, abrazándola con ternura.

Adam entró al apartamento dando un portazo, pateó una silla y se desplomó en el sillón del living insultando al aire.

—¿Qué te sucede? —Preguntó Félix al salir del baño.

Adam le contó el incidente del bar.

—¡Jaja! Estás en graves problemas, hermanito, reconozco ese estado ¡Es amor! —Afirmó sonriente.

—¿Qué? ¡No! Es ira, amor propio ¡Eso es!

—Como quieras, igual no escaparás, ese sentimiento no se puede evitar ni tampoco negar — Sentenció—. Cuando te calmes, tengo que contarte la decisión que tomé.

Se dirigió al dormitorio, tomó su celular y le mandó un mensaje a Esmeralda:

“¿Ya llegaste? ¿Podemos hablar?”

“Sí, ven”

Rápidamente se cambió y voló a su encuentro. Al abrir la puerta, Esmeralda se le abalanzó y lo abrazó besándolo en la boca con furia, él respondió en todo a sus arrebatos y muy pronto se hallaron desnudos en la cama. Ella, tenía unos deseos irrefrenables de ser poseída y él, instintivamente obedeció, adentrándose en su cuerpo con desesperación.

—¡Te necesité tanto todo este tiempo, mi reina! Temí perderte para siempre. Perdóname, mi amor, perdóname.

—Ya, ya —Lo calmaba— Mi cuerpo siempre tendrá sed de ti, no recordemos eso que nos hizo daño, disfrutémosos.

Y la intensa pasión que se tenían, los envolvió hasta la madrugada.

Se despidieron por la mañana entre besos y abrazos. Acordaron almorzar juntos. Félix le dijo que tenía algo importante que decirle.

Esmeralda estaba ansiosa por ver a su Maestra y contarle el regalo que le había hecho su tía Carmen antes de morir.

—Mira el árbol genealógico que me dio mi tía, aquí está mi linaje y el de Félix.

Violeta se emocionó al leer los nombres, recordaba a Francisco, su cara se le había aparecido en sueños muchas veces. Parte de esa vida pasada, de vez en cuando, la asaltaban como pequeñas piezas de un rompecabezas. Nadie lo sabía, su marido la adoraba y la acompañaba en todo lo que emprendiera, pero no comprendía sus creencias.

—¿Se reconciliaron?

Esmeralda asintió, feliz.

—Me alegro mucho ¿Has pensado cuándo se lo dirás?

—Aún no, no lo veo preparado —Dudó.

—Hay algo que debes saber, mi niña —Tomó aliento— Existen personas que quieren verlos separados, como también pasó antes. Tengan cuidado, la tormenta se avecina y si no están afirmados en su amor...

—Me asustas ¿qué podemos hacer para contrarrestar ese mal augurio?

—Nada, tranquila, no es mi intención asustarte sino, más bien, que estés alerta. Porque ésta, es una prueba de confianza que tienen que pasar juntos. El amor entre ustedes es indestructible y eterno.

—Reconozco que todo este tema de las vidas pasadas me trastornó un poco pues, a veces no sé cómo comportarme, si como Lucero o como Esmeralda y temo que a él le pase algo similar cuando se entere.

—El conocimiento de tu vida anterior sólo te confirma la creencia de que el alma reencarna muchas veces para aprender mediante las experiencias vividas. Tú eres Esmeralda ahora. Con todas aquellas experiencias que te aportó Lucero y, antes de ella, otras encarnaciones. Eres la suma de todas esas vidas.

—¿Encarnamos infinitamente?

—Sí, hasta obtener la Conciencia Crística que, es la cima a la que toda alma aspira llegar. El Maestro Jesús vino a mostrarnos el modelo a seguir. Lucero vive dentro de ti como otras encarnaciones que has tenido y que no recuerdas. Tenemos el privilegio de recordar para comprender el proceso de las almas.

—¿Estaremos juntos para siempre? —Preguntó ansiosa.

—Es una gran posibilidad, pero recuerda que hay libre albedrío y es una Ley Cósmica. Dependerá siempre de las decisiones que tomen.

Esmeralda suspiró:

—¡Lo amo tanto! Que me duele el corazón de sólo pensar en una separación. Cuando estoy entre sus brazos, quisiera que el tiempo se detenga...

—Ten fe, mi niña, sostente en el amor que se tienen, esa fuerza es indestructible, escucha: El Amor es la fuerza más poderosa del Universo, nada que temer.

—Compramos la finca con mi hermano —Le comunicó con una amplia sonrisa ante el asombro de Esmeralda— Me trasladaré algunos días a San Silvestre para organizar a los

albañiles, cuando esté en condiciones, te llevaré a que la conozcas.

Ella se estremeció:

—La casa donde formamos nuestra familia, donde fuimos tan dichosos —Pensó—. ¿Puedes dejar el proyecto?

—No hubo tiempo de contarte, pero tuve un altercado con Thomas por el tema del encendedor.

—¿Qué fue lo que sucedió, porqué lo encaraste? ¿No te das cuenta de que buscaba la confrontación?

—Me di cuenta después, mi reina. Me cegaron los celos y el temor de perderte.

Félix le relató el incidente ante el asombro de Esmeralda.

—Debo agradecerle a ese imbécil finalmente todo lo que pasó, porque me dio el empuje que necesitaba para independizarme —Félix obvió el detalle de decirle que también le vino bien la pelea, para alejarse del asedio constante de Laura. De esa manera, pondría kilómetros de distancia.

—Si todo lo que pasó fue para eso...está bien —Dijo con tristeza.

—Hablemos —La instó poniéndose serio— Antes que nada, te pido perdón por mi actitud, por mis palabras desubicadas. No quiero justificarme, estuve pésimo. Nunca había sentido celos, era la primera vez, no pude manejarlos.

—Mi amor, lo comprendo pero debemos confiar uno en el otro, no nos pueden desestabilizar tan fácilmente. Dejemos atrás lo que pasó y seamos felices ¿Sí?

—De acuerdo —Afirmó besándole la mano—. Sufrí mucho todos esos días que te fuiste sin ningún contacto contigo, no sabía cuán enojada estabas, si me ibas a perdonar, si te iba a perder... Vida mía, no puedo estar lejos de ti.

—Yo tampoco, te lo aseguro —Y un vértigo de voluptuosidad y pasión los envolvió irremediamente.

Adam decidió abocarse al trabajo ese día, Félix lo había puesto al tanto del enfrentamiento con Thomas y de su renuncia. Le pareció apropiado que se alejara de la empresa y se dedicara a la reconstrucción de la finca. Era la mejor decisión que había tomado.

La imagen de Bárbara daba vueltas en su cabeza desde aquella noche en que se encontraron. Por momentos quería llamarla, verla, besarla, pasar la noche juntos pero, lo detenía el límite que ambos se habían impuesto: “Sin compromisos” ¿Qué sentido tenía esa frase ahora, si quería estar solo con ella?

—¡Ay, muñeca! ¡Sal de mi cabeza de una vez! —Protestó—. No me siento cómodo con estos sentimientos que me hacen vulnerable. Cuando te vi, ese día, nada me importó más que tenerte conmigo ¿Y ahora, qué hago? ¡Dime!

Miró su celular, buscó su número y se quedó absorto en sus pensamientos hasta que Thomas apareció por la puerta:

—Recuerda que mañana se coloca la piedra fundamental ¿Dirás unas palabras? Estarán las autoridades locales.

—Sí, no hay problema —Le contestó ensimismado.

Bárbara se encontró con su amiga para ponerse al día sobre sus asuntos. Se sentía inquieta y triste desde el día en que lo vio a su chico guapo con la pelirroja:

—Te juro que me temblaron las piernas cuando iba hacia ellos, no sé en dónde estaba, sólo lo veía a él, estaba...como siempre está ¡Guapísimo! Y la mujer era...linda, digamos —Hablaba

casi sin respirar— Traté de componerme cuando me saludó. A esas alturas, me quería esfumar, ni sé lo que le dije a Eric. ¡Amiga, estoy aterrada! —Le confesó tomándola de la mano como si fuera un salvavidas.

—¡Te enamoraste! ¡Bravo, bravísimo! —Palmeaba contenta— Es lo mejor que te pudo haber pasado, mi querida hermanita es...

—Espera, espera, no te confundas —La interrumpió—. No es amor ¡Es orgullo herido, a mí ningún hombre me dejó y se fue con otra! Es eso lo que me tiene trastornada ¿Cómo pudo suceder?

—Si mal no recuerdo, se dejaron de ver cuando él te invitó a la playa y tú lo rechazaste.

—Creo que sí, después de ese día no tuvimos más contacto. Se ofendió el señorito —Dedujo — Entonces salió con otra u otras ¡Quién sabe!

—Tú haces lo mismo —Le recordó.

Bárbara se quedó en silencio, su mente la llevó a los momentos en que estuvieron juntos y suspiró.

—¡Qué lío! A mí, Adam me gusta mucho ¡Pero mucho! Y estos días sin su compañía me resultaron aburridos, pesados, tristes.

—Así te veo, Barbie. ¡Déjate de tonterías y habla con él! Aclara las cosas —Le recomendó dándole un beso en la mejilla— vale la pena jugarse por amor.

—Si tú lo dices...

Laura Palacios estaba desesperada, sus planes habían logrado un efecto no deseado: Félix se había ido de la empresa a un lugar lejos de allí ¿Cómo haría para verlo, para reconquistarlo? Deseaba casarse con Mauricio por poder y ambición y que su hijo fuera su amante, por deseo y por pasión.

La sola idea de verlo en la cama con esa otra, le obnubilaba la razón, no podía aceptarlo, él era absolutamente de ella y jamás, lo compartiría con nadie. Soñaba despierta con su cuerpo tallado y esos movimientos que siempre la volvieron loca.

Confiaba que su nueva estrategia daría resultados, pues atacaría a la mojigata de Esmeralda Morrison. En esos oscuros pensamientos estaba, cuando Thomas entró a su despacho:

—Buenos días, doctora, venía a hablar de lo nuestro.

—Siéntate —Le ordenó con sequedad—. Como verás, no hubo resultados positivos en tu incursión en el apartamento de tu ex, tampoco me trajiste las fotos.

—Hice lo que me sugirió pero no pasó nada.

—Sí pasó y mucho, ustedes pelearon y Félix se fue de la empresa.

—Me increpó y le seguí el juego, no soy responsable de su decisión. En cuanto a las fotos, mañana se las traigo.

—Ya no me sirven, cambié la estrategia, aquí está tu pago de todos modos —Le extendió un fajo de dinero.

—Peo no es lo que acordamos, es mucho menos —Le reclamó, contándolos.

—Confórmate con esto y sigue con tu vida. Eso sí, te lo advierto, si lastimas a mi hija, te la verás conmigo ¿Entendido? ¡No bromeo!

—Lo que usted diga, señora.

—Ocúpate de mantener contenta a Alexandra, paseen, diviértanse, sean felices y, te reitero, trátale bien o te la verás conmigo.

Esmeralda se topó en el ascensor con su maestra de yoga:

—¡Hola, Amalia! —la abrazó con afecto— tengo abandonada tus clases, discúlpame, no he tenido el tiempo suficiente.

—No hay nada que disculpar, nuestros caminos se cruzaron porque había un propósito mayor: Que tú y Violeta se conocieran. Sé que Marcus también intervino, pero esa relación hubiera sido de tipo comercial y, tal vez, ella no hubiera podido hablarte de ciertas cosas que ahora sabes debido que tu cápsula de la memoria ancestral se activó —Afirmó sonriente.

—Es verdad, todo se fue encadenando de una manera asombrosa...

—Así hacen las cosas en el Cielo —Sonrió— Te espero uno de estos días para cenar ¿quieres? Llámame y combinamos.

—Gracias, querida Amalia ¡Nos vemos pronto, te lo prometo!

Félix llegó a San Silvestre antes que la cuadrilla de obreros y que los materiales de construcción. Deseaba ser el primero en abrir las puertas y estar a solas con la casa. Sentía que tenía vida propia y por eso le hablaba en voz alta:

—Tú quedarás preciosa, como eras antes, en tu mejor momento, cuando te habitaron Don Valiente Vallejos y Doña Lucero de Olazábal —Decía mientras abría las ventanas de par en par para que entre la luz del sol— Aquí traigo los planos, fui al Ayuntamiento. Ya verás.

Luego de hacer una recorrida minuciosa por los distintos ambientes y tomando medidas, se dirigió hacia el cementerio. Miró las tumbas y sacó fotos detalladas de las partes derruidas, para restaurarlas. Abrió la verja que lo separaba del jardín o de lo que alguna vez fue un jardín:

—Aquí, Esmeralda cultivará sus plantas —Dijo imaginándola. De pronto, vio el vértice de un madero que sobresalía del terreno. Con las manos comenzó a escarbar y con mucho esfuerzo lo desenterró, se leía “Chila”:

—Este nombre yo lo vi en alguna parte... —Lo dejó a un costado, apoyado contra un cerezo y escuchó voces a lo lejos:

—¡Ya llegaron! —Se apresuró para recibir a los trabajadores con mucha alegría.

En pocos días la finca cobró nueva vida, Félix dejaba las órdenes al capataz y volvía rápidamente para pasar las noches con Esmeralda, cada tres días iba a San Silvestre para controlar que todo se hiciera como lo había previsto. Adam le delegó toda la responsabilidad a su hermano, quien era el que más entusiasmado estaba.

—Mira, mi reina, cómo está quedando —Esmeralda observaba con detenimiento cada una de las imágenes hasta que se detuvo unos minutos ante las tumbas. Sus ojos comenzaron a lagrimear sin que se lo propusiera.

—¿Por qué lloras? ¿Te pone triste?

—Sí, algo... —Dijo en un hilo de voz.

—Bueno, ya, está bien —Trató de calmarla.

—Pienso en que se amaron mucho y fueron muy felices durante el tiempo que les tocó vivir.

—Tal vez se siguen amando en el cielo ¿No me dices siempre que el alma nunca muere? —Dijo acurrucándola en sus brazos—. ¿Sabes? El otro día, uno de los obreros, derrumbó una falsa pared y encontró una especie de caja fuerte pequeña con una cerradura antigua, de esas que necesitan una llave grande. Mira, me envió la foto.

—¿Y qué piensas hacer con ella? —Preguntó al tiempo que pensaba que la llave que tenía, abriría esa cerradura.

—Cuando vuelva, veremos cómo abrirla, no quiero romperla ¿Qué te pasa? Estás rara.

—Creo que ha llegado el momento que estaba esperando.

—¿Para decirme que te vuelves loca por mí y que quieres que te haga el amor ya? Porque yo sí quiero —Y comenzó a mordisquearle la oreja como sabía que le gustaba mientras sus manos bajaban por el vientre.

—Espera, Félix, tengo que decirte algo muy importante que cambiará nuestras vidas.

—¿Sí? Dímelo —Decía sin pensar mientras rozaba su piel.

—Pero si me tocas, no puedo, sabes que me es imposible.

—Está bien, te escucho, pero hazlo pronto porque tengo muchos deseos de ti.

—Yo también, pero es necesario que sepas esto —Respiró profundo— tú y yo somos la reencarnación de Valiente y Lucero.

—¿Qué? ¿Qué disparates dices? —Lanzó una carcajada—. ¿De dónde sacaste esa locura?

—Al principio tampoco entraba en mi cabeza, por eso comprendo que lo tomes así —Se puso de pie frente a él— Todos los sueños extraños, los recuerdos de otra vida que hemos tenido sin proponérselo, mi mirada familiar, la que te atrajo desde el primer día en que nos vimos en el ascensor, nuestro repentino y profundo amor ¡Todo, todo eso es porque ya nos amamos en el pasado como Lucero y Valiente!

—No, no es posible, son fantasías de esos libros que lees, de... no sé...pero no... —Caminó por la sala para ordenar sus pensamientos mientras Esmeralda aguardaba a que se calmara.

—Es por eso que compraste la finca, allí vivimos hace mucho tiempo y tuvimos hijos, tres.

—¿También sabes eso? ¿Quién te lo dijo? —La miró incrédulo.

—¿Te acuerdas de la caja con objetos que te mostré?

—Sí, por supuesto.

—Esas pertenencias eran de ellos —Afirmó resuelta.

—¿Y por qué las tienes tú? No comprendo nada.

—Tengo un árbol genealógico que me dio mi tía Carmen poco antes de morir.

Esmeralda fue a buscarlo mientras Félix iba a la cocina por un vaso de agua:

—Esto es imposible, no puede ser cierto —Sonrió incrédulo.

—Aquí tienes, míralo con cuidado.

—¡Asombroso! —Se pasó la mano por la frente al mirarlo con detenimiento— Tú y yo provenimos de un tronco común, de Francisco, uno de los hijos de Valiente y Lucero.

—¿Comprendes ahora? —Preguntó ilusionada.

—Pero esto no comprueba tu teoría de la reencarnación ¡Eso sí que no!

—Mi amor, a mí también me costó creerlo, hasta que hablé con Violeta y me lo confirmó.

—¿Y qué sabe esa señora? ¿Vino del más allá? —Ironizó nervioso.

—No seas grosero, Félix, no hace falta —Esmeralda se dio cuenta que sería difícil que le creyera y eso la frustró—. Comprendo que es complicado pero, con el tiempo te darás cuenta de lo que te digo.

—Esto es muy raro, no me gusta que tengas todas esas fantasías en tu cabeza.

—¡No son fantasías! Explícame todo lo que pasó entre nosotros, la rapidez con la que congeniamos y nos enamoramos. Los sueños, la cruz que te regalé y que viste en tus sueños, dime ¿Cómo explicas eso?

—No lo sé, no quiero discutir más, por favor, pasemos la noche en paz. Mañana me voy para allá y quiero irme con tu sonrisa y el recuerdo de nuestra noche juntos.

—No son así las cosas, Félix, me tratas como si estuviera desquiciada ¡No son locuras, es la verdad! Me molesta mucho que dudes de mí. Necesito que te vayas, no estoy de humor —Anunció fastidiada.

—¿Ahora? No seas chiquilla... Ven, bésame con esos labios de fuego.

—¡Te dije que te fueras a tu casa! —Le gritó furiosa— ¡No soporto que me hables así!

Félix, turbado, obedeció al ver su intransigencia y, en silencio, tomó su abrigo para desaparecer tras la puerta.

Laura, decidió contratar un detective para que siguiera a Félix y le trajera datos de todos sus movimientos. La ausencia de Mauricio, que había viajado por compromisos laborales, la dejaba en total libertad de movimiento y la iba a aprovechar de cabo a rabo.

Félix decidió pernoctar por primera vez en la finca, ya que los dormitorios fueron lo primero que ordenó refaccionar pensando en que tanto Esmeralda como Adam pudieran venir a visitarlo en el menor tiempo posible. Pero habían peleado y dudaba que durmiera con él en algunos días.

—Es un disparate lo que me planteó, no puede ser verdad —Meditaba mientras miraba el cielo estrellado y fumaba un habano—. Pero me extralimité, creo que fui muy duro con ella. Le enviaré un mensaje.

“Hola, mi reina ¿qué haces? Yo aquí, solo, sin tu compañía”

Esmeralda leyó pero no le contestó, todavía seguía enojada. Se sentía ofendida por tratarla como una tonta, una loca, una fantasiosa. Todas esas posibilidades la enfurecían:

—Me trató de la misma manera que me trataba Thomas, volvió a pasar ¡No tolero que me hablen así! ¡Y ahora hace como si no pasara nada!

En un furibundo impulso escribió:

“¡Vete al infierno! Buscaré otro que me respete, no como tú”

“¿Qué dices? ¿Cómo otro? ¿Me dejas?”

Pero Esmeralda no le contestó.

—Ahora, dime ¿Quién está sufriendo más? —Murmuró, su teléfono sonó varias veces, deliberadamente, lo apagó.

Félix lo arrojó sobre la cama, fue en busca de la botella de whiskey que había comprado en el mercado de la ciudad y se emborrachó como una cuba en el añejo sillón de la sala. Entre sueños y en las sombras de la noche, escuchó unos pasos avanzar hacia él, mientras decía:

—¡Mi reina! ¿Viniste? ¿Me perdonas?

Laura no dijo una palabra pero lo tocó, su sexo se endureció y lo tomó de la cintura para llevarlo a la cama, tambaleante.

—¿Cómo estás, bonita? —Dijo desplomándose sobre el colchón y dejando que las manos de la mujer lo desvistiera— Acércate, quiero verte...prende la luz...

—Shhh —Lo silenció sentándose a horcajadas sobre él ya desnuda, el balanceo lo excitó y levantó sus manos para tocar sus senos. Laura lo esquivó, tomó una pequeña gragea que había dejado al costado y se la dio en la boca. Pronto quedó sumido en un sopor, le costaba abrir los ojos, producto de la mezcla de ambas drogas.

—Tú no eres...

—No, soy Laura, tu amor, tu mujer —Le decía mientras seguía balanceándose rítmicamente sobreexcitada.

—Sal de aquí, víbora —La rechazó sin fuerzas mientras evitaba llegar al orgasmo.

—No te resistas, tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Ella es poca cosa para ti ¡Entrégate al placer como lo hacías antes!

El éxtasis llegó para ambos. Félix se quedó dormido profundamente, mientras Laura lo besaba a su antojo:

—Mi vida ¡Cómo te extrañé! Aguantar a tu padre es un martirio teniéndote tan cerca y tan lejos a la vez. Pero hoy me di el gusto —Se tomó la mano inerte de Félix y se acarició los senos:

—Tú siempre serás mi hombre —Sentenció besándole los labios— ahora duerme que tengo que hacer mi trabajo.

Tomó su celular y comenzó a disparar el flash, tomándose en diferentes posturas insinuantes.

—Veremos qué dices ahora, niña tonta e insignificante —Se vistió, lo volvió a besar y se marchó triunfante.

El dolor de cabeza era tan grande, que a Félix le costó entender dónde estaba. Los rayos del sol del mediodía daban de lleno en la habitación, molestándole la vista, sentía su boca seca y pastosa y se dio cuenta que estaba desnudo. A lo lejos, escuchaba la voz del capataz dando órdenes a los albañiles.

—¡Qué tarde se hizo! ¿Por qué dormí tanto? —Se levantó para tomar una ducha, el agua fría le despejó la mente— Anoche... ¿Qué pasó? —Embotado, le atribuyó su malestar al alcohol bebido y a una negra pesadilla donde se veía en tiempos pasados con Laura. Sacudió su cabeza para borrar las imágenes que comenzaba a aparecer sin cesar.

Se cambió y tomó su celular, vio que tenía un mensaje precisamente de ella:

—***“Hemos pasado una maravillosa noche, digna de los viejos tiempos. Tu novia mojigata se está enterando en este preciso instante, le envié algunas fotos, a ti, una sola para que te acuerdes de mí. Hablaremos cuando se te pase el enojo”***

Se veían desnudos en la cama, las piernas entrelazadas, él la abrazaba con los ojos cerrados.

—¡No, No! ¡La voy a matar! —Rugió mientras se tomaba la cabeza por el embotamiento. Llamó a Esmeralda con desesperación, quería decirle, quería negarle, quería morirse.

Esmeralda abrió el mensaje, no acostumbraba responder a números desconocidos pero instintivamente, sintió que debía hacerlo. Se quedó sin reacción al ver las fotos. Impávida, se tambaleó, empalideció, un sudor frío corrió por su espalda y sintió ganas de vomitar. Corrió al tacho de basura de su oficina y se descargó. Al tiempo que Félix la llamaba. Cerró los ojos y se desmayó.

—Despierta, querida ¿qué te ha sucedido? —Escuchó lejana la voz de Marcus.

—Estoy bien, señor —Reaccionó luego de unos minutos al oler el perfume que le acercaron a su nariz— Ya pasa, una baja de presión, eso es todo. Necesito ir a mi casa, por favor —Lo miró suplicante.

—Sí, por supuesto, pero no puedes manejar en ese estado, el chofer te llevará.

Obedeció, no estaba en condiciones de pensar, de decidir, de vivir con esa noticia. Mientras el automóvil la llevaba, miraba sin ver las calles abarrotadas de autos, de gente que iba y venía, de sonidos disímiles por doquier. El paisaje comenzó a desdibujarse y a convertirse en manchones de colores animados, sin forma, sin contornos definidos, muy lejos se escuchaban los bocinazos y algunos ruidos parecidos a voces.

Las lágrimas incontenibles rodaron a mares por sus mejillas, silenciosamente, mojaron su camisa y se convirtieron en gotones sobre su pantalón. Tomó el celular y buscó las fotos que aquel número desconocido le había enviado:

—No puede ser... Es él y Laura, en la cama. Esto fue anoche.

Tenía varias llamadas de Félix sin contestar, pensamientos oscuros como la noche más negra, la atormentaban. Hasta que, un nuevo llamado de Félix la sacó de su ensimismamiento. Dudó en

atender pero lo hizo:

—Hola —Respondió lacónicamente.

—¡No es verdad, Esmeralda, no sé cómo pasó, aún no lo entiendo! Te juro que no fue voluntario, es mentira, nunca...

—Mientes, pero ya no importa —Lo interrumpió con el corazón roto—. No quiero verte más, me has decepcionado, creí que eras el amor de mi vida. Olvídate de que existo como yo lo haré contigo —Y cortó. Escribió un mensaje a Bárbara contándole lo sucedido y le indicó al chofer la dirección de Violeta.

Félix partió con premura hacia la capital, su desesperación y su rabia le nublaban la mente, una angustia persistente y unos deseos enormes de estrangular a Laura se apoderaron de su alma. Se comunicó con Adam y le contó lo sucedido:

—Te lo advertí y no le diste importancia —Se enojó.

—¡Pero cómo iba a imaginar que vendría a San Silvestre a tenderme una miserable trampa! Hermano ¿qué hago? ¡Ella no me quiere ver más! Por favor, habla con Barbie y dile que...

—¿Quieres que le diga que estabas borracho, que te drogó y que no sabías que era Laura? ¡No lo creará!

—Inténtalo, al menos. Yo voy a ver a esa víbora y la llevaré arrastrando, si es preciso, ante Esmeralda para que confiese que me tendió una trampa.

—No vayas, no ganarás nada. Hazme caso, es lo que quiere —Le advirtió.

—¡La voy a matar con mis propias manos, no lograré separarme de Esmeralda! Ella y yo debemos estar juntos.

—Se va a reír en tu cara y disfrutará con tu sufrimiento, déjala, hazme caso, no te lles de impulsos y arrebatos. Hablaré con Barbie —Le prometió— maneja con cuidado, por favor, hermano.

Obedeció a regañadientes, sabía que Adam tenía razón. Se dirigió al apartamento de Esmeralda pero nadie le contestó. Frustrado, fue al suyo para esperar a su hermano.

“Hola, Bárbara, soy yo, Adam ¿Cómo estás?”

“¿Qué sorpresa, tanto tiempo! Estoy muy bien ¿Y tú?”

“Bien, también... —Hizo una pausa para encarar el tema— Escucha, Félix tuvo un problema anoche y quisiera que sepas qué sucedió realmente para que se lo cuentes a Esmeralda”

“No pierdas tu tiempo, ya me enteré por ella de lo que pasó”

“Comprendo...lo que sucedió, en realidad, es que...”

“No me interesa lo que tienes para decirme, Esmeralda está destruida y no hay vuelta atrás ¿Algo más? Porque debo cortar”

“Sí, además, aprovecho esta comunicación para decirte que hace tiempo que deseo hablar contigo”

“Ajá, bueno, llámame dentro de cien años y combinamos ¿Sí?”

Adam se quedó paralizado ante la furibunda respuesta.

Bárbara sintió el sabor de su amarga victoria pero no la contentó. Suspiró triste:

—¡Ay, amiga, las dos somos infelices!

Esmeralda se abrazó muy fuerte a Violeta y lloró desconsoladamente:

—Ya, mi niña, ya... —La consoló— Marcus me contó. Él sabe de mi afecto hacia ti, que te quiero como a una hija ¡Se quedó tan preocupado! ¿Qué sucedió para que te pongas así?

—Me lo dijiste: “la tormenta se acerca” —Dijo entre sollozos.

—Sí, muchachita, era inevitable... Cuéntame qué pasó.

Esmeralda le contó lo vivido y le mostró las fotos.

—¡Esto es una asquerosa trampa! ¡No le creas, no le des el gusto! —Se levantó, enojada, caminando de un lado al otro de la sala— ¡Es Julia que ha vuelto!

—¡Yo los vi, tú los viste! Ellos tuvieron algo en el pasado, fueron amantes y lo siguen siendo ¿Qué pretendes? ¿Que lo perdona, que haga de cuenta que no pasó nada? —Gritó desesperada— ¡No puedo! Él se acostó con esa mujer, la que siempre lo miró con deseo ¡Yo la observé cada vez que la tuve enfrente! Se lo comía con la mirada. Me mintió, se burlaron de mí. Y se llama Laura, no Julia —Le aclaró creyendo en su confusión.

—Estás celosa y no puedes ver la maniobra, debe haber una explicación. Escucha a Félix, por favor, aunque sea una vez.

—No, Violeta, no quiero verlo más ¿No entiendes que tengo el corazón hecho pedazos? —Replicó entre lágrimas y amargura— Maestra ¿Puedo quedarme aquí contigo por unos días? No soportaría estar sola en mi apartamento. Y estoy segura que él me va a buscar allí.

—Todo el tiempo que quieras, mi corazón —Contestó compasivamente.

Adam esperó a que Bárbara cerrara el negocio, y la interceptó cuando estaba por subir a su auto:

—¡Barbie! —la llamó.

La muchacha se sorprendió y lo miró con furia:

—¿Qué quieres aquí?

—No voy a esperar cien años para decirte que te extrañé todo este tiempo —Le confesó acercándose hasta rozar su cuerpo.

—¿Sí, mucho?—Preguntó desafiante—. No parecía aquella noche cuando te vi con la pelirroja.

—¡Bueno, tú también estabas acompañada por un hombre! —Se defendió—. ¿Qué te pasó? ¿Te aburríste de mí?

Bárbara hubiera querido decirle todo lo contrario: que lo extrañaba mucho, (sorprendentemente para ella), que deseaba estar en sus brazos en ese instante y que se fueran juntos hasta el fin del mundo, si así lo querían, pero juntos, siempre juntos...

Ante el silencio de ella, Adam continuó:

—Me costó admitirlo y aún me cuesta —Confesó— luché con la idea de haberme enamorado de ti.

Bárbara sintió un impacto en su corazón, jamás lo hubiera esperado de él.

—¿Enamorado o desesperado porque no fui seducida por ti? —Disparó despechada.

—No seas cruel conmigo... —La tomó de la cintura y la acercó aún más— Me rindo ante la evidencia. Regresa a mí.

Esquivó su boca con mucho esfuerzo y se desprendió de sus brazos, venciendo sus propios deseos.

—Lamento que te hayas molestado hasta aquí, no quiero ser cruel contigo, de verdad. Yo no te amo, chico guapo, me divertí contigo, la pasamos genial pero, se terminó.

—No te creo, sé que sientes lo mismo por mí, lo veo en tus ojos —Dijo tomándola por la cintura nuevamente—. ¿Te olvidas que te tuve entre mis brazos y te sentí vibrar con mis besos? Ahora mismo estás temblando.

—¡Suéltame! —Le ordenó— debo ir a acompañar a Esmeralda, a quien tu hermano la traicionó de la peor manera.

—Por favor, no mezcles nuestras cosas con las de ellos. Ayúdame y dile que Félix no es responsable de lo que pasó.

—¿Ah no? —Contestó furiosa—. Pues en las fotos se lo veía muy a gusto, Esmeralda me las mostró.

—Fue engañado por ella, él estaba emborrachándose después de una discusión que tuvo con Esmeralda, Laura se escabulló en la casa y lo drogó, lo desnudó y le sacó esas fotos para dañar la relación ¡Y lo consiguió como la maldita perra que es!

—¡Mira si voy a creer semejante mentira fantástica! ¿Acaso crees que se lo voy a decir? Ustedes son tal para cual.

—Estoy enamorado de ti, muñeca y, Félix de Esmeralda, como nunca lo vi.

Bárbara se quedó de una pieza con la confesión, pero su amor propio y orgullo pudieron más:

—Pues, todo se terminó entre ellos —Le contestó tajante.

—¿Y entre nosotros? —Bárbara reparó en la tristeza de sus ojos azules y tuvo que armarse de

valor para contestar:

—Entre nosotros sólo hubo sexo. Pasamos el rato, pura diversión “Sin compromisos” ¡Adiós, chico guapo! —Vencido ante la evidencia, la dejó ir sin decir palabra. Se quedó parado en la acera, mientras Barbie se alejaba en su auto, mirándolo por el espejo retrovisor y con una tristeza infinita en su alma.

CAPÍTULO 11

Violeta acordó con Marcus que Esmeralda necesitaba unos días para reponerse y que, debido a eso, tomaría una licencia laboral:

—Estoy de acuerdo, mi cielo, veo que la amas como si fuera tu hija, yo también la quiero mucho, es una muchacha encantadora ¿Qué digo? ¡Es una mujer encantadora! ¿Qué sugieres?

—La llevaré a la casa de campo, allí se restablecerá pronto. Puedes seguir comunicándote con ella por cuestiones de la empresa y, en tanto, nosotras terminaremos de armar la presentación de la línea “Lucero”. De esa manera, nos focalizaremos en el proyecto mientras repara el daño que hay en su corazón.

—¿Así se llamará? “Lucero” —Pronunció sorprendido—. ¡Me gusta!

Bárbara se sentó al costado de la cama tomando la mano fría de su amiga, quien tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Esmeralda, no estés así, por favor...

—¿Cómo no estarlo? —Se lamentaba enjugándose las lágrimas— Te envié las fotos ¿Te parece que hay una confusión o que vi mal?

—Claramente, es lo que se ve... ¿Trató de hablar contigo?

—Muchas veces. Tengo mensajes y llamadas perdidas ¡No quiero que me explique nada porque serán todas mentiras!

Bárbara suspiró, impotente:

—¿Sabes? Adam me llamó para intentar disculpar a Félix pero no lo dejé. Después, vino a buscarme al negocio y me dijo que me amaba...

—¿Y tú, qué le contestaste? —Preguntó con tono cansino.

—Lo rechacé, no le creí y le reproché lo que Félix te hizo. No puede haber nada entre nosotros ¡Jamás!

—¿Por qué? ¿Por nosotros? No hagas eso, si lo amas, debes aceptarlo.

—No quiero sufrir como lo estás haciendo tú, es mejor así. Él me dijo algo sobre esa noche que, creo, debes saber.

—¿Qué te contó?

—Que Félix estaba borracho porque había discutido contigo y Laura entró y lo drogó para tomarle las fotos. Si lo piensas, tiene sentido, si lo que desea es separarlos...

—Reconozco que siempre lo quiso para sí, a pesar de estar con su padre. Es una mala mujer pero, tal vez, como habíamos peleado, él la llamó y se desquitó con ella.

—¡Parecía tan enamorado de ti! Te confieso que, hay algo dentro de mí, que no lo cree. No lo conozco lo suficiente pero, algo me dice que las cosas no sucedieron así.

—Te agradezco, amiga mía, que quieras atemperar la situación para que no me sienta tan miserable. Pero me atengo a los hechos, es preferible, para no ilusionarme.

Violeta entró tocando previamente la puerta, seguida de Marga, quien portaba un exquisito tentempié.

—A ver, mis mujercitas, deben comer algo para poder pensar con claridad. Un estómago lleno produce buenos pensamientos.

—¡Muchas gracias, señora! Aunque Esmeralda está desganada y con un semblante tan triste que no sé si querrá comer.

—Morir de amor, no es la solución ¡Hay que vivir de amor!

—Nos está yendo muy mal en ese aspecto —Agregó Barbie.

Violeta las miró, acercó una silla a la cama donde descansaba Esmeralda, esperó a que el ama de llaves se retirara y dijo:

—El amor entre dos seres, es un milagro. Es una conexión, al principio imperceptible que, se va transformando en evidente, fuerte, potente y poderosa. Al punto que, es inevitable —Ambas mujeres la escuchaban absortas—. ¿Cómo desligar ese lazo que une a esas dos personas, que las hace elegirse, desearse, amarse por el resto de la vida? ¡Imposible! La maldad, el egoísmo y la envidia que se anida en el corazón de algunas personas, a veces, logra, por un tiempo, su cometido ¿Pero por cuánto? Por el tiempo que esos dos seres dejan de lado su amor propio, el orgullo y su soberbia para dejarse vencer, rendirse indeclinablemente ante el inmenso amor que se tienen y del cual, no podrán escapar.

—Adam me dijo que estaba enamorado de mí —Le confesó.

—Y tú, seguramente, te asustaste —Sentenció Violeta.

—Sí, porque no estoy preparada para formar una pareja estable.

—Aunque lo amas como nunca amaste a nadie —Agregó.

—¿Lees mi corazón, tan transparente soy?

—A ella no se le escapa nada —Acotó Esmeralda, sonriendo levemente.

—¿Qué te dijo? —Félix abordó a su hermano como una fiera enjaulada—. ¿Te escuchó?

—No, me rechazó —Dijo derrumbándose en el sillón— Era de suponer que estaría del lado de su amiga, no del tuyo.

Derrotado, Félix se retiró a su habitación sin decir palabra, se recostó en su cama y volvió a llamarla sin resultado. Pensó en Laura y la maldijo:

—Vas a pagar por esto, escoria humana —Trató de recordar los desgraciados acontecimientos de la noche anterior. Sabía que se había emborrachado y que una silueta de mujer se le apareció en la finca.

—Estúpidamente pensé que era Esmeralda... Sé que tragué algo y después todas son sombras y una gran pesadilla de la que no puedo despertar:

—¡Maldita seas y maldito el día que me enredé contigo!

—Madre ¿adónde fuiste anteanoche? Te oí llegar casi de día y tu novio está de viaje —Le preguntó Alexandra mientras desayunaban.

—No tengo que darte explicaciones, tuve cosas que hacer. Ocúpate de tu relación con Thomas y déjame en paz ¡Lo único que falta es que me controles!

—Las ruedas tenían barro seco ¿Fuiste lejos?

Laura la miró con frialdad y no le respondió.

—¿Qué asuntos tienes con Thomas? El otro día lo vi saliendo de tu oficina, le pregunté y me evadió.

—¿Juegas a los detectives conmigo? ¡No te metas en lo que no te importa! —Le gritó arrojando la servilleta y volcando la taza de té— ¡Vamos, se hace tarde, hoy llega Mauricio y

debo ir a buscarlo al aeropuerto!

A Alexandra se le llenaron los ojos de lágrimas y obedeció:

—Siempre tan despectiva —Pensó mientras la miraba manejar—. ¿Alguna vez me amaste, mamá? Creo que no...O tal vez, es tu rara manera de amar. Siempre me alejaste de ti. Mis abuelos fueron los que me dieron el amor que tú me negaste, hasta que partieron de esta vida. Ahora, me tratas como un objeto más de la casa y me muestras como un trofeo, pero no me amas.

Félix decidió volver a la finca de San Silvestre. Ocuparse de las refacciones le despejaría la mente y podría pensar mejor la manera de persuadir a Esmeralda de la celada que les tendió Laura. No sabía cómo la iba a convencer pues ni él mismo podía entender cómo había llegado a cometer semejante hecho: entrar a la finca, drogarlo, tomar esas imágenes y enviarlas a su novia. Estaba arriesgando su relación con Mauricio.

Félix sabía que su padre era orgulloso y que, si se enterara de que ellos fueron amantes en otro tiempo y, además que ella insistía con él tratando de destruir la relación con Esmeralda, no lo resistiría.

De vez en cuando, recibía mensajes de la abogada de todo tenor: amorosos, amenazantes, suplicantes, mentirosos y desesperados. No contestó ninguno, prefirió ignorarlos.

Esa indiferencia la enardecía cada día más. Ya no podía desplazarse a voluntad porque Mauricio estaba muy pendiente de ella. Más todavía, desde que le había propuesto avanzar en la relación hasta concluir en el matrimonio. Laura lo iba a aceptar, quería casarse pues nunca lo había hecho, era algo pendiente en su vida: ser la esposa de alguien con fortuna.

De joven, se había enamorado perdidamente de un hombre casado que la engañó, diciéndole que la amaba profundamente y que se divorciaría de su esposa para vivir con ella y formalizar su relación. Pero cuando se enteró de que estaba embarazada, la abandonó. Laura, entonces, se presentó en su casa para que se hiciera cargo de su hijo y fue echada a empujones por él y por su mujer, que no le creyó.

Llena de resentimiento y dolor, se refugió en la casa de sus padres y cuando dio a luz y Alexandra tenía tres meses, la dejó a su cuidado y se dedicó a terminar la carrera de Leyes y triunfar en su profesión. Sostuvo a sus padres y a su hija económicamente, solventando las mejores escuelas y visitándola una vez por año, para su cumpleaños. El resto del tiempo, apenas tenían contacto.

Se juró a sí misma no volver a enamorarse, hasta que conoció a Félix Vallejos Rosteau. Por la diferencia de edad, creyó que podía manejar a su antojo la relación, pero se enamoró, y su vida se trastocó a tal punto que, cuando comenzó a sufrir por él, decidió dejarlo antes que lo descubriera.

Se acercó a Mauricio cuando pudo reconocer que el amor por el joven arquitecto no desaparecía en los brazos de otros hombres sino que, se acentuaba. Decidió estar cerca de él, aunque sea, en el entorno familiar, ya buscaría la forma de convertirlo nuevamente en su amante. Su plan no dio resultados porque Félix se había encontrado con Esmeralda, ese acontecimiento la descolocó, sumiéndola en la más absoluta desesperación.

—¡No soporto la sola idea de verlos juntos! ¡Los voy a separar y volverá a ser mío! —Se juraba obsesivamente.

Finalmente, Violeta y Esmeralda se trasladaron a la casa de campo, Bárbara las visitaba cuando sus obligaciones le permitían. Félix no dejaba de llamarla muchas veces en el día, sin respuesta por parte de ella.

—No deja de llamarte, amiga, contéstale y grítale todo lo que sientes —Le aconsejaba Barbie.

—Alguna vez tienen que hablar, mi niña —Le sugirió Violeta.

—Estoy muy lastimada, Maestra, él no me creyó cuando le dije que éramos Lucero y Valiente, se burló de mí. Entonces me enojé y cuando me escribió diciéndome que me extrañaba, le contesté que me iba a buscar otro.

—Su reacción era una posibilidad, no es una noticia que se pueda digerir así nomás.

—Creo que, por despecho, buscó a Laura —Dedujo triste.

—Los celos y la venganza son malos consejeros —Explicó Violeta—. Son sentimientos que nos engañan, nublan nuestra razón. Es necesario dejar de lado esos impulsos mezquinos y centrarse en el corazón —Dijo dirigiéndose a las dos mujeres —Iré a ver qué cosas ricas nos están preparando en la cocina.

Bárbara bajó la vista y Esmeralda se sumió en sus pensamientos. Luego de unos minutos, su amiga le preguntó:

—¿Qué es eso de que ustedes son Lucero y Valiente?

—Hace tiempo que debería habértelo contado, Barbie, discúlpame. Todo comenzó el día que conocí a Félix...

El relato que escuchó, la llenó de preguntas que, una a una, Esmeralda respondió.

—¿Es alucinante! No salgo de mi asombro, pero entiendo que algo mágico y misterioso les pasó porque, ustedes nacieron el uno para el otro ¿Adam y yo también nos conoceremos de otra vida?

Violeta entró trayendo refrescos, escuchó las últimas palabras, la miró y calló.

—¿Realmente la finca luce bellísima! —Exclamó Adam sirviéndose una copa de coñac— La he revisado de punta a punta. No se te ha escapado ni un solo detalle, todo a la perfección ¡Te felicito!

Félix miraba por la ventana, su mente y su corazón estaban en otra parte. Había pasado un mes desde la ruptura y Esmeralda seguía sin contestarle los mensajes y las llamadas. Se había dedicado por completo a la remodelación de la Casa de la Colina, como decía el viejo cartel, ahora remozado. Se sentía muy a gusto allí, tanto, que había decidido que, ése sería su nuevo hogar. Algunos hacendados de la zona lo habían apalabrado para que realizara diversos trabajos en sus propiedades por lo tanto, decidió que iba a ser su nueva actividad. Volver a la capital, sería estar más cerca de ella pero sin la posibilidad de verla. Por otra parte, obviamente, no deseaba encontrarse ni con Mauricio ni con Laura.

—¿Me escuchas, Félix?

—Discúlpame ¿Qué decías? —Dijo acercándose.

—Que la barba te sienta bien, has adquirido un aire un tanto...campestre, con esas botas media caña y la ropa, estás cambiado...

—¿Me ves mal?

—No, te queda bien, estás algo más delgado, supongo.

—¿Qué novedades traes de allá?—Preguntó.

—Pusimos la piedra fundante, el proyecto está en marcha. Mauricio impaciente e insoportable como siempre, Laura nerviosa e intolerante, Thomas es un pedante y un imbécil que sale con Alexandra, una buena chica dominada por su madre déspota, estoy enamorado de Bárbara y...

—¿Cómo? ¿Están juntos? —Sonrió.

—No, no la vi más desde aquella vez en que me echó —Contó con un dejo de amargura— Y

tampoco pude localizar a Esmeralda por los lugares que me dijiste.

—Se la tragó la tierra —murmuró— Tal vez viajó...

—Quería contarte que hace unos días tuve un encontronazo con Laura.

—¿Qué pasó? —Preguntó interesado.

—Venía lanzando indirectas delante de Mauricio, él no se daba cuenta pero yo sí. Un día, entro en su oficina, cierro la puerta con llave y la encaro. Le digo por qué hizo eso contigo, que era una trampa asquerosa y que no te iba a conseguir nunca. Me contestó que sabía que no volverían a estar juntos pero que tampoco podrías ser feliz con nadie porque no lo soportaba y que si se enteraba que volvías con Esmeralda, le...

—Mostraría las fotos a Mauricio. A los pocos días de haberlas enviado, me envió un mensaje amenazándome —Comentó lacónicamente— Al principio quise matarla, elucubraba de cuántas maneras podría acabar con su vida pero poco a poco, me enfrié y sólo me quedó el dolor por no tener a Esmeralda conmigo.

—¿Cuándo vas a volver a la capital?

—No tengo razón para ello, aquí me siento bien, en cuanto pueda te compraré tu parte, quiero que sea mía en su totalidad.

—No hay problema, como tú dispongas —Aceptó, como siempre, las decisiones de su hermano mayor.

—¿Y qué harás con Bárbara?

—Nada, ella no siente lo mismo que yo —Suspiró vencido—Tengo que regresar en unos días a Londres, hay trabajos allí que supervisar para la compañía. Estaré unos meses, después te vendré a visitar, este lugar es muy agradable, me da mucha paz ¿Hay caballos, no?

Esmeralda y Violeta regresaron a la ciudad para organizar el lanzamiento de la línea ecológica de bienestar “Lucero”. El ánimo de la muchacha había mejorado y se sentía entusiasmada con los preparativos, sin embargo, Bárbara cada día estaba más triste y desganada. Violeta las observaba cuando las muchachas conversaban en la amplia sala de su casona.

—¿Qué te ocurre, Barbie?

—No soporto más el peso aquí en mi pecho, me he dado cuenta que amo con todo mi ser a Adam —Dijo con lágrimas en los ojos.

—¡Pero eso es lo más maravilloso que te puede pasar, no llores, por favor y llámalo! —La alentó.

Bárbara sonrió y entusiasmada, buscó su celular:

“Hola, Adam, soy Barbie ¿Cómo estás?”

”Hola ¡Qué sorpresa! Pensé que ya no hablaríamos más”

“Quiero verte”

“Estoy en Londres, en este momento, muñeca”

“¿Cuándo te fuiste? ¿Cuándo vuelves?”

“Hace unos días, vuelvo en un par de meses, no sé exactamente ¿De qué querías hablarme?”

“No, de nada importante”

“¿Seguro? ¿Te pasa algo a ti o a Esmeralda?”

“No, nada de eso”

“Bueno, mira, ahora debo cortar, estoy trabajando. Te llamo”

“Ok, claro, discúlpame”

Cortó desilusionada: —Está en Londres.

—¿Se habrá ido con Félix? No, claro, él está aquí con Laura —Pensó.

—Me quiero morir, una vez que me decido, él está a miles de kilómetros de distancia y no sabe cuándo va a volver —Suspiró frustrada—. ¿Por qué no le dije que lo amaba aquel día? —Lloró abrazándose a su amiga del alma.

—Queridas mías —Intervino Violeta—. Cuando dos corazones dicen sí, el Cielo se confabula para que esas almas enamoradas se unan y se contenten una a la otra ¿Por qué hacer difícil y complicado lo que es fácil y sencillo?

—Tienes razón, Violeta —Aceptó resignada—. Por no sufrir, accedí a relaciones puramente carnales y pasajeras. No quería comprometer mi corazón porque sabía que podía sufrir, levanté una muralla de concreto muy fuerte y alta. Pero eso no evitó que me enamorara de Adam... Recién, cuando hablé con él, lamenté el tiempo perdido. Ahora, está muy lejos y no vendrá en meses —Dijo llorando con desconsuelo.

—Confía en el amor que se tienen, corazón, confía —Dijo acariciando sus rubios cabellos— En cuanto a ti, mi niña hermosa ¿Por qué te torturas pensando en que está con esa horrible mujer?

Esmeralda quiso negarlo pero sabía que nada podía ocultarle a Violeta.

—Porque estoy celosa hasta del aire que respira, porque lo extraño tanto que, a veces, no deseo, ni siquiera, levantarme de la cama. Lo único que me impulsa a hacerlo, es este hermoso proyecto que estamos realizando. Nada más —Confesó lacónicamente—. Si razono, si mi mente se enfría, sé que Félix me ama.

—¿Entonces, qué esperas para llamarlo y terminar con este distanciamiento que les hace tanto daño? —Preguntó.

—No puedo, de verdad, no puedo.

—¡Ay, el ego! ¡Mal consejero! Habrá que seguir esperando y mientras más se alarga el tiempo, más sufrimiento te espera, mi niña.

—Sufrir por amor... —Agregó Barbie— Un dolor que no cesa.

—Dolor y sufrimiento son dos cosas diferentes —Aclaró Violeta— El sufrimiento es una rueda interminable mientras que el dolor en algún momento cesa porque tiene un propósito. El dolor es la distancia que existe entre lo que es y lo que deseo, decían los mayas, un camino corto pero difícil es aquél que va desde la mente al corazón y viceversa.

—¡Eres tan sabia, Maestra! —Barbie la abrazó— Entonces, no quiero sufrir más. Terminaré con mi dolor también ¡Está decidido!

—Bien por ti, querida —La felicitó, Esmeralda lloró en silencio mientras miraba la escena.

Esmeralda había notado que, al paso del tiempo, los mensajes y llamadas de Félix fueron menguando. Esa situación, la ponía cada vez más triste pero, a la vez, no lograba olvidar las imágenes que había visto y que una vez, en medio de una crisis de rabia, celos y llanto, borró.

Tampoco tenía la certeza de que esa relación existiera y no podía saberlo. En la soledad de la noche, muchas veces se torturaba recordando, con minuciosidad, las veces que sus cuerpos durmieron entrelazados, los besos y caricias ardientes que se prodigaron y los momentos a pura pasión que vivieron:

—Eso fue verdad, las palabras que nos dijimos fueron sinceras, lo sé. Lo que vivimos era auténtico —Reflexionaba—. ¿Qué pasó, mi vida, qué nos pasó?

Violeta estaba acostumbrada a ver sus ojos hinchados por las mañanas de tanto llorar por las noches, pero no decía nada, esperando el proceso que debía hacer para que el amor volviera a pulsar en su corazón herido.

— Está llevando demasiado tiempo —Pensaba preocupada —. No es bueno para el amor que se tienen, el mal se fortalece...

El sueño era muy pesado, Félix se revolvía en la cama, su cuerpo desnudo se llenaba de sudor ante lo vívido de las imágenes. Se veía en la finca, tenía caballos, había un joven que le sonreía, él lo quería como a un hermano, no lo era, parecía. Sentía la presencia de una bella mujer muy amada por él, le besaba la mano adornada por un anillo de oro con una piedra verde. Era muy feliz. La sensación que flotaba en el ambiente era de plenitud. **“Lucero, mi reina”** —Decía en el sueño—. Se veía una cruz en el pecho. Caminaban hacia el jardín, allí estaba una viejecita que los saludaba y señalaba el cartel que decía “Chila”. La escena cambia y se ve guardando unos papeles con las iniciales L y V en un cofre empotrado en la pared.

Despertó, en la madrugada, entre las sábanas retorcidas y mojadas mientras afuera se desataba una tormenta eléctrica. Se levantó, embotado, a cerrar las ventanas, un rayo iluminó el parque y vio las tumbas que habían sido finamente remodeladas. Fue en busca de un vaso de agua para despejar su mente.

—El sueño que tuve ¿Qué fue? —se sentó a aclarar y ordenar las imágenes mentales que se sucedían unas tras otras sin cesar. Fue a buscar al escritorio su computadora portátil porque quería escribir, al menos frases sueltas para hilvanarlas después.

“Anillo—Lucero, mi reina— caballos—un joven, ¿mi hermano?— mi cruz de plata— viejecita—. Chila— llave L y V —cofre en la pared”

Mientras iba escribiendo, las ideas se iban conectando unas con otras:

—L y V, sin duda: Lucero y Valiente, esa llave debe abrir el cofre empotrado.

Allí debe haber algo guardado de ellos dos... —Meditó— la viejecita se debe llamar Chila y cuidaba el jardín, en otro sueño vi a esa anciana, lo recuerdo. Lucero, mi reina —Leyó en voz alta — De la misma manera que yo llamaba a Esmeralda —Nombrarla lo entristeció— Y el anillo, yo se lo vi puesto. La llave es la que tiene ella como herencia familiar —Se reclinó en el sillón para pensar mejor mientras miraba las virutas de humo que formaba el cigarro— De a poco, las palabras y las imágenes de los sueños que fue teniendo se fueron engarzando como perlas únicas de un collar... ¿Seremos ellos como me sugirió?!

De pronto, la imagen de Violeta cruzó su mente como una saeta en el cielo:

—Debo hablar con esa mujer.

Adam dejó pasar unas horas para llamar a Barbie, su orgullo herido de hombre jamás rechazado por una mujer, le impedía responder a sus verdaderos impulsos pero, la curiosidad lo mataba y, entonces:

“Hola, Bárbara ¿Te desperté?”

“No”—mintió restregándose los ojos al escucharlo.

“¿Querías hablar conmigo? ¿Acerca de qué?”

“De lo mucho que te amo”

“¿Qué? ¿Escuché bien? ¿Me amas?”

Bárbara estaba feliz, las palabras habían brotado naturalmente de su boca sin medida. Frente al acto consumado, decidió seguir:

“Pues... sí ¿Tú me sigues amando o ya no?”

“Claro, el amor no es fácil de arrancar del corazón”

“¡Ay, Adam cómo quisiera que estuvieras aquí ahora!”

“Yo también, si pudiera me desintegraría y aparecería allí, entre tus piernas pero, explícame ¿Cuándo te diste cuenta?”

“Cuando te vi con la pelirroja”

“¡Jaja!” Bárbara amó su risa a la distancia.

“No te rías de mí ¡Malo! ¿Y tú?”

“Cuando rechazaste el viaje a la playa”

“Es que me asusté mucho, todo iba muy de prisa, no tenía en mis planes enamorarme”

“¿Estás en la cama? ¿Desnuda para mí?”

“Sí, con unos deseos enormes e infinitos de besarte ¿Cuándo vuelves, por Dios?”

“Arreglaré algunos asuntos aquí e iré para allá en unos días, yo tampoco soporto estar lejos de ti ahora que sé que hay un ‘Nosotros’”

—Señora, afuera hay un joven que pregunta si lo puede recibir, su nombre es Félix Vallejos Rosteau ¿No estuvo aquí, una vez, con la señorita Esmeralda? —Anunció Marga.

—Sí, el mismo —Respondió Violeta— Hazlo pasar a la biblioteca, en un momento iré, sírvele lo que guste —Su rostro, siempre sereno, denotaba entusiasmo—. Vienes en busca de la verdad ¿No es así, mi muchacho? Ya es tiempo de que la sepas —Pensó.

Félix observó la sala con detenimiento, los portarretratos diseminados por la sala indicaban una vida de viajes y una familia feliz. Libros esotéricos, de espiritualidad, mandalas, estatuillas de Buda, de la Virgen María, de la de Guadalupe, de Kuan Yin y un cuadro pintado al óleo de San Miguel Arcángel rodeado de huestes angelicales, que aplastaba al demonio bajo su pie y le clavaba su espada de Luz.

—Buenas tardes, Félix —Dijo a sus espaldas la voz de la dueña de casa.

Al girar sobre sí, Violeta dio un respingo, el parecido con Valiente era muy notorio:

—Su cabello ha crecido desde la última vez que lo vi, tiene una incipiente barba y ese aire campestre que tanto me recuerda a Valiente —Pensó asombrada— Después de todo, es un Vallejos.

—Buenas tardes, señora Violeta, discúlpeme que no la llamé antes y vine directamente.

—No hay problema, te esperaba. Siéntate —Lo invitó con ternura en la mirada— Llámame Violeta a secas y tutéame, por favor.

—Con permiso, señora, el joven me pidió un café y a usted le traje su tisana ¿algo más?

—No, Marga, muchas gracias ¿Y bien, en qué puedo serte útil?

—¿Me esperaba, dijo? —Preguntó asombrado.

—Ya entenderás. Te escucho.

No sé por dónde empezar... —Suspiró nervioso— Me imagino que usted... que tú ya sabes de nuestra separación.

—Así es, la trampa de esa mujer los distanció —Dijo con rotunda certeza.

—¿Cómo sabes que fue un engaño?

—Simplemente, lo sé, continúa —Dijo sorbiendo la bebida.

—Renuncié a la empresa, me instalé en la finca todo este tiempo para remodelarla, distraer mi mente y alejarme de todo. Traté de hablar muchas veces con Esmeralda, de explicarle cómo sucedieron los hechos. Fui hasta su casa, la esperé a la salida de su trabajo, algunos días aguardé frente a esta casa por si la veía salir y no la encontré por ningún lado. Dejé de buscarla porque pensé que me había borrado de su vida y de su corazón... Ella no me quiere ver más y la entiendo.

—Estuvo conmigo en el campo —Aclaró— Está muy herida y decepcionada. Hay que tener paciencia, muchacho, lo siento mucho.

La mirada de Félix se nubló de tristeza:

—Un día, Esmeralda me dijo algo que no tomé en serio en su momento y que fue la causa de una pelea que terminó en esa noche fatídica.

—Estoy enterada, ella me contó.

—¡Lamento tanto no haberla escuchado! Ahora aquello que me dijo cobró un significado distinto, por algo que me sucedió.

Violeta lo escuchaba atentamente, sosteniéndolo con la energía que emanaba desde el centro de su corazón, para que pudiera abrirse su cápsula de memoria ancestral.

—Ella me confió que somos la reencarnación de nuestros ancestros: Valiente Vallejos y Lucero de Olazábal, los mismos que están enterrados en la Casa de la Colina —Buscó en los ojos de Violeta algún atisbo de aprobación, pero su rostro no trasuntaba ninguna emoción ni siquiera un indicio— La otra noche, allá en San Silvestre, tuve un sueño revelador que me hizo dar cuenta de que Esmeralda estaba en lo cierto. Me vi caminando por la finca, con esta cruz que llevo y llamando a Lucero: “mi reina”, de la misma manera que yo llamo...llamaba a Esmeralda. También vi a Chila, una viejecita a la que amaba como a mi madre y que cuidaba el jardín...Había una llave antigua con las iniciales L y V que estoy seguro, abre el cofre en la pared de la casa y que Esmeralda posee como objeto heredado de su familia, entre otros. Sé, ahora, que yo soy la reencarnación de Valiente y ella es Lucero encarnada en Esmeralda, definitivamente —Concluyó, mirándola fijamente, esperando su respuesta.

—Muchacho ¿Cómo te sientes con esta revelación?

—Aliviado y en paz, como si hubiera estado dando vueltas sin sentido y, de pronto, las piezas comenzaron a encajar.

—Así sucede, hijo, cuando el alma, la mente y el espíritu se reúnen en un solo ser: trae paz, armonía, equilibrio y orden. El universo confabula siempre para que despertemos a nuestra realidad por medio de las causalidades. Cumplir nuestra misión es lo que vinimos a hacer en esta bendita tierra, mientras eso no ocurre, nuestra alma está agitada e insatisfecha.

—Tú sabes mucho de estas cosas pero yo no sé nada y es eso lo que me asombra: haber experimentado y vivenciado esos sueños desde que conocí a Esmeralda —Hizo una pausa prolongada mientras Violeta lo escudriñaba— Dijiste causalidades y no casualidades ¿Por qué?

—Porque como la gente no comprende lo que sucede, habla en esos términos, como si todo fuera obra del azar. Y las experiencias que tenemos, todas ellas tienen un propósito: Aprender, por eso son causalidades. A cada causa, un efecto, es Ley Universal —Aclaró— Tu cápsula de la memoria de vidas pasadas se abrió, porque era el momento.

—¿Hay leyes en el Universo?

—“Como es arriba es abajo y como es abajo es arriba” dice la Ley de Correspondencia. Claro, como existen leyes aquí y justicia, el Cielo también las tiene, sólo que esa Justicia, es justa siempre. Las Leyes Fundamentales son siete —Se dirigió a la prolífica biblioteca que poseía y eligió un pequeño libro— Toma, léelo, aquí están descriptas. Utiliza tu raciocinio, no te dejes engañar ni convencer por otros, ni siquiera por mí.

Félix tomó el libro, lo hojeó y lo guardó en su morral:

—¿Y cómo sigue esto? Ahora sé quiénes fuimos, nuestro amor atravesó el tiempo para reencontrarnos hoy pero, estamos separados.

—Esmeralda hará el proceso que tiene que hacer para volver a tus brazos, ten paciencia.

Confía en el Cielo, mi querido muchacho, eres tan noble como lo fue mi querido Valiente.

—¿Usted?... No sé cómo preguntarlo.

—Sí, los conocí muy bien, viví con ellos —Asintió mirándolo con ternura.

Félix, conmovido, se incorporó y caminó por la sala, giró y la miró con mil preguntas en sus ojos.

—¿Cómo murieron?

—No tengo el recuerdo porque yo partí antes pero, si quieres, podemos averiguarlo.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —Preguntó ansioso.

—Haciendo una regresión a tus vidas pasadas.

—He oído hablar de eso ¿Tú lo puedes hacer? ¿Ahora?

—Sí, puedo ¿Deseas entregarte a esta experiencia? Veo que tu mente racional está luchando con tu parte intuitiva.

—Lo siento, Violeta —Se disculpó avergonzado— Todo esto es muy nuevo para mí pero, creo en todo lo que me dices, en lo que Es.

—Bien, permíteme avisar que no nos molesten por un rato —Cuando Violeta salió, Félix se quedó sumido en sus pensamientos.

—La reencarnación es una realidad —Trató de ordenar sus pensamientos—. Volvemos varias veces para reencontrarnos y, si el amor entre dos personas se estableció en alguna vida, esa conexión perdura, atravesando el tiempo —Se dijo convencido.

Violeta ingresó con un sahumero encendido:

—Bueno, muchacho, recuéstate en el sillón, ponte cómodo. Respira suavemente. Escucharás mi voz y sólo mi voz, te iré guiando —Félix obedeció, entregándose a la experiencia— Respira por nariz y exhala por la boca. Cierra los ojos.

Violeta puso una música armoniosa para que pudiera entrar más rápido en la hipnosis.

—*Con cada inhalación, tomarás la energía de Luz que te rodea y con cada exhalación, expulsarás toda preocupación, todo temor, todo dolor. Inspira y exhala...inspira y exhala... Así es, lo estás haciendo bien.*

Relaja tu cuerpo, los músculos de tu cara, tu cuello, los hombros, tu espalda, tus brazos, tus piernas, tu vientre...Con cada inspiración te relajas más y más...Estás entrando en un nivel más profundo de entrega a la Energía Lumínica, esa Luz intensa y sanadora penetra todas las células de tu cuerpo y repara todo daño, toda lesión, toda desarmonía. Sientes una profunda paz, inspira y exhalas: amor, serenidad, confianza...Eres Luz, sólo Luz, tu cuerpo es energía pura.

Voy a contar hacia atrás de cinco a uno y, a medida que vaya descendiendo, tu mente se irá liberando del espacio y del tiempo y entrarás en la memoria de tu alma. Cinco...hay un portal dorado frente a ti...cuatro, lo abres y caminas seguro y confiado hacia adentro...tres, tu mente está completamente liberada, dos...puedes ver quién fuiste en tu vida como Valiente Vallejos, dueño de la Casa de la Colina, esposo de Lucero de Olazábal. Permite que la memoria te lleve al momento que deseas ver.

¿Qué quieres ver, Félix?

—*Quiero verlos a ellos... —Respondió somnoliento.*

Violeta esperó unos instantes y volvió a preguntar:

—*¿Los puedes visualizar?*

—*Sí, soy yo y ella está a mi lado...*

—*Por favor, relata lo que estás viendo.*

—*Estamos en el jardín, le regalo una caja con música...sé que le gusta mucho... — sonríe —Escribimos una carta que guardamos en el cofre...estoy angustiado porque no quiero perderla...*

—*Tranquilo, sereno...—Lo calmó— continúa...*

—*Tenemos tres hijos... la amo mucho, mucho...No quiero perderla, hay una mala noticia, me dicen que se accidentó, golpeó su cabeza, —Dice agitado, con mucha angustia en la voz— no puedo vivir sin ella, me quiero morir... —Comienza a llorar profusamente.*

—*Es momento de volver, Félix.*

—*No quiero, tengo que saber...*

—*¿Qué necesitas saber, querido?*

—*Cómo morí...Quise morir, irme con Lucero, me dejé morir...*

Félix se mantuvo callado unos minutos, Violeta seguía sus movimientos oculares y observaba su cuerpo para detectar alguna anomalía:

—*Dime ¿qué ves ahora?*

—*Gente, rostros amados, gente que nos hizo daño...Sebastián...Julia. Alonso y hay más...*

—*Sebastián es mi amigo, su rostro se desdibuja, lo veo a Adam, es él...Julia nos hizo daño, mucho daño...*

—*¿Qué lección importante aprendiste en esa vida?*

—*Que lo que el Cielo une nada ni nadie lo puede separar.*

—*Has comprendido, querido, ya es hora de regresar. A la cuenta ascendente de uno a cinco, volverás a este tiempo, a tu encarnación como Félix con la memoria intacta de lo que viste en esta regresión, calmado, relajado, en paz y feliz...Uno, dos, tres, cuatro, cinco, despierta.*

Félix abrió los ojos y sonrió, su rostro estaba iluminado, buscó la mano de Violeta y la apretó:

—*Gracias, mi amada Chila.*

—*¿Te acuerdas de mí? —Le preguntó emocionada.*

Félix se levantó, la abrazó y la miró con ternura:

—*Pude ver algunos pasajes de nuestras vidas anteriores, supe que aquella viejecita sanadora que vivía sola y que me acompañó, me cuidó y me amó como si fuera mi madre, eras tú. Ví el rostro de un amigo, un compañero de mi vida que hoy es Adam...Criaba los caballos que vendíamos... —Sonrió con melancolía.*

—*¿Qué más viste?*

—*Pude ver cómo morimos... —sus ojos se llenaron de lágrimas— Lucero cayó de una carreta y su cabeza golpeó contra una roca y yo me volví loco. Morí tiempo después de un ataque al corazón, ya no me interesaba vivir...Sentí lo que le pasaba a Valiente —Resopló asimilando la experiencia—. ¿Cuánto duró la sesión?*

—*Un cuarto de hora —Le dijo en voz baja.*

—*Me pareció más tiempo o mejor dicho no hubo tiempo ni límites, fue raro porque me mostraron muchas cosas a la vez y yo podía decodificarlas sin confundirme. Iba hacia adelante y atrás, pasaban rostros y yo sabía de quienes se trataban, sentí amor, rechazo, desprecio, ternura ¡Todo a la vez! Ellos me guiaban y me contenían.*

—*¿Quiénes?*

—*Mis Maestros. Eran tres, muy luminosos, no pude ver sus rostros. Sé que eran mis guías, son*

mis guías. Supe que Sebastián, mi amigo, es hoy mi hermano Adam.

—¡Realmente asombroso! —Reflexionó— Te confieso que he hecho muchas sesiones de regresión, pero ninguna tuvo resultados con tanta precisión y detalles. Sencillamente maravilloso, querido muchacho.

Félix sonrió con tristeza.

—¿Es Esmeralda?

—Sí, ya hace mucho tiempo que estamos separados... Desistí de llamarla porque nunca recibí contestación. No pude demostrarle que no tuve nada que ver con esa mujer esa noche —Suspiró angustiado— Y ahora que sé que nuestro amor viene atravesando el tiempo, que la amé como Lucero y ahora como Esmeralda, no deseo otra cosa que estar a su lado. Es necesario que estemos juntos.

—Te comprendo, hijo mío —Le dijo acariciando su rostro— en tres días haremos el lanzamiento de la línea que creamos ¿Quieres venir?

—¡Claro, por supuesto! Estaré aquí unos días, pero... ¿No se molestará?

—No creo, te enviaré la invitación, pásame tu número de celular.

—¡Gracias por todo, mi querida Chila!—La abrazó y ambos sintieron el reencuentro de las almas.

Violeta lo despidió con mucho cariño y Félix volvió al apartamento con una sensación de plenitud y felicidad que jamás había sentido.

CAPÍTULO 12

Adam abrió la puerta del apartamento y arrojó el bolso de mano sobre el sillón cuando Félix salía de ducharse:

—¿Qué haces aquí? Te hacía en San Silvestre —Corrió a abrazarlo.

—¿Y tú? Te hacía en Londres —Repitió sonriendo.

—Barbie me llamó, hablamos y decidí volver para seguir con lo nuestro. De todos modos, debo regresar en unos días —Dijo sirviéndose un tequila.

—¿Cómo es eso? Expílicate mejor —Preguntó aceptando la copa que le ofrecía su hermano.

—¡Estamos enamorados! Para mí es algo que no estaba en mis planes ni remotamente y, creo que para ella tampoco. Pero sucedió —Confesó sonriendo— Lo vamos a intentar a ver qué resulta ¿Y tú?

—Vine a buscar algunas respuestas, ya te contaré con más detenimiento —Le adelantó— En unos días, volveré a verla, espero que pueda escucharme.

—¿No volviste a tener contacto con Laura, no te buscó más?

—No, por suerte. Ya sabes, algunos mensajes, pero nada más.

—Mauricio me dijo que quieren comprometerse y casarse a la brevedad.

—Bien ¡Que sean felices!

—Quieren que les prestes la finca para hacer la fiesta de compromiso.

—¿Qué? ¡Ni loco! —Rugió rabioso.

—Le contesté exactamente lo mismo. Pero Laura insistió hasta el hartazgo y Mauricio cedió, como siempre lo hace. Me dijo que hablaría contigo ni bien vuelva del interior del país.

—¡Qué pesadilla que no termina jamás!

Violeta recibió a Esmeralda con un abrazo prolongado.

—¿Qué tienes hoy? —Rio respondiendo con efusividad al cariño.

—¡Estoy feliz porque las cosas se están ordenando, gracias al Cielo! —Esmeralda la miró sin comprender— Félix estuvo aquí ayer.

El corazón de la muchacha latió con más fuerza y un calor que se desprendió de su interior, al escuchar el nombre amado, le recorrió el cuerpo. Cada día que pasaba, lo extrañaba más y, no recibir sus súplicas la habían desanimado, a tal punto que, pensaba que él había desistido de su perdón.

—¿Qué quería? —Preguntó con tono frío para disimular su entusiasmo.

—Mi querida niña, no hace falta esconder tus sentimientos conmigo, sé que lo amas infinitamente como él a ti —Dijo mientras le acariciaba el rostro con ternura.

—Es verdad —Confesó rendida— Lo amo con todo mi corazón, pero todo se ha derrumbado. Ha pasado el tiempo y ya no tenemos contacto.

—Porque tú te has puesto muy terca —La regañó con dulzura— El amor propio no te ha dejado pensar, tu orgullo pudo más que el amor que le tienes. El mal está ganado terreno y tu ego no cede.

—Me ha herido muy profundo ¿Cómo quieres que le perdona su infidelidad? No puedo, es más fuerte que yo —Le dijo con lágrimas en los ojos.

—Félix no haría eso, te ama mucho y están separados porque una mala mujer ha urdido un plan horrible para distanciarnos ¡Y lo ha logrado!

—¿Crees en él? ¿Por qué? Si las fotos muestran...

—¡Eso es lo que ella quiso hacerte creer, mi niña!

—¿Vino a convencerte?

—No, para nada, no hablamos de eso. Está vencido, porque cree que no tiene posibilidades contigo.

—¿Entonces? —preguntó airada.

—Vino con muchas inquietudes, no sé si sabes, pero está viviendo en la “Casa de la Colina”. Parece que tuvo algunas revelaciones y quiso aclarar unos puntos conmigo. Aceptó hacer una regresión a su vida como Valiente y fue verdaderamente asombroso.

Esmeralda se sorprendió con lo relatado por su Maestra, se sentó y la miró sin atinar a decir nada. Violeta prosiguió:

—Se quedará unos días en la capital. Lo invité a la presentación, espero que no te opongas, tú sabes que él es un alma muy querida por mí al igual que tú.

Esmeralda comenzó a llorar con desconsuelo.

—Tu ego te está jugando una mala pasada, no dejes que te venza y te domine —Le aconsejó.

Esmeralda secó sus lágrimas con sus manos y trató de recomponerse:

—Explícame, por favor, quiero entenderte.

—Mi niña, el ego, nuestro yo inferior, es quien vive en un mundo de ilusión, de espejismos, creado por el miedo: miedo de no ser amado, de ser abandonado, herido, no comprendido. En fin, muchos miedos. El ego te habla al oído y te dice: ***“No debes perdonarlo, él te dejó por otra, no te ama, no le creas, tú no mereces ser amada. Abandónalo, resguárdate, ponte una coraza, protégete porque no se puede confiar en nadie, todos te quieren dañar. Él la eligió a ella, no a ti. Las palabras que te dijo eran todas mentiras”***

—¡Pero todo eso es cierto! ¡La realidad es que me engañó con esa mujer, entonces no era tal el amor que me decía tener! —Gritó enfurecida por el dolor.

—¿Tú crees que lo que hubo entre ustedes fue una mentira? Sus palabras, sus gestos de amor ¿Todo?

—¡Esa es mi tortura constante —Confesó— porque sé que fue sincero conmigo, lo sentí una y mil veces... Por eso no comprendo cómo llegamos a esto! Yo confié en él, me entregué en cuerpo y alma!

—Busca la verdad, mi niña, tu intuición te guiará y podrás ver claro en medio de la Oscuridad —La dejó para que pensara. Sabía que ella se debatía entre el profundo amor hacia Félix y un rencor que levantaba una muralla de hielo en su corazón ¿Cuál vencería?

Bárbara había terminado de cenar y se disponía a leer, recostada, un libro, en el sillón de la sala, cuando el teléfono sonó.

—**Hola.**

—**¿Muñeca? Soy yo.**

—**Hola, mi chico guapo —Respondió con voz sensual—. ¿Cuándo vuelves? Ya quiero que estés en aquí.**

—*En una semana —Mintió.*

—*¿Tanto tiempo? ¿Me quieres condenar al infierno con esta espera?*

—*Lo sé, lo sé...para mí es un sufrimiento también, pero si le pides al Universo un milagro, tal vez te lo conceda.*

—*No creo en los milagros, sino en lo que veo y palpo.*

—*Haces muy mal, los milagros existen, bella mía. Haz la prueba.*

Bárbara le siguió el juego:

—*Bien, lo intentaré...Deseo que estés aquí en este instante.*

Adam hizo un silencio prolongado.

—*¡Adam, Adam! —Lo llamó creyendo que la comunicación se había cortado.*

De pronto, escuchó a su perro ladrar y se asomó por la ventana:

—*¡Mi amor! ¡Estás aquí! —Exclamó feliz corriendo a la puerta de calle y, abriéndola de par en par. Fue a su encuentro, abrazándolo y besándolo con efusividad.*

—*Te extrañé, Barbie —Dijo retribuyendo sus besos apasionados, alzándola para conducirla escaleras arriba.*

Después de saciar sus deseos, comieron algo de frutas que Marilla, les había dejado en el pasillo, al verlos entrar directo a la habitación de Bárbara.

—*¿Esperabas enamorarte de mí? —Preguntó mimosa.*

—*¡No esperaba enamorarme de nadie! ¿Y tú? —Sonrió, besándole el cuello.*

—*Primero tú.*

—*No, para nada, tuve que rendirme ante la evidencia, porque ocupabas mis pensamientos como nadie lo había hecho antes, me reía recordando nuestras conversaciones. Me di cuenta de que te amaba, porque ya no buscaba a ninguna mujer para que compartiera mi cama. Sólo pensaba en nuestros momentos de intimidad, en tu sonrisa, en tus enojos, en nuestras reconciliaciones — Agregó besándola profusamente.*

—*Cuando te vi con la pelirroja, los celos me carcomieron las entrañas, quería matar a esa mujer y a ti también ¿Por qué te reías con ella? No lo soportaba ¡Eras mío!*

—*¡Jaja! —Sonrió— soy simpático por naturaleza.*

Bárbara se abalanzó sobre él para luchar:

—*¡No te lo permito, tú te ríes conmigo y con nadie más, de ahora en adelante!*

—*¡Qué posesiva resultaste, muñequita! —Se besaron locamente y permanecieron abrazados el resto de la noche prodigándose las caricias y los besos que tanta falta les habían hecho.*

Félix amaneció dibujando en carbonilla los rostros que había visto en su regresión. Había guardado en su memoria, los detalles de un cuadro al óleo que había visto en una de las paredes de la casa. Desde niño fue un buen dibujante y no le costó nada realizar las caras de Lucero y Valiente. Se sintió satisfecho del resultado obtenido:

—*Aquí están...Aquí estamos... —Sonrió.*

Un mensaje de Mauricio apareció en su celular, decidió no leerlo pues ya sabía qué deseaba y no estaba dispuesto a concederle la finca para su compromiso.

—*Hoy veré a Esmeralda, después de tanto tiempo, no necesito malas noticias ni discusiones inútiles.*

El salón principal de la empresa Stevenson—Pratt estaba abarrotada de invitados variados: proveedores, clientes, amigos, conocidos, periodistas y todo el personal jerárquico de la

multinacional se habían dado cita para el lanzamiento de la línea que Violeta y Esmeralda habían creado.

—Estoy muy nerviosa —Dijo temblando la muchacha, mirando detrás de las cortinas de terciopelo azul, mientras los músicos amenizaban el cóctel de recepción y los mozos iban y venían atendiendo a la concurrencia.

—Tranquila, mi niña, todo pero todo, saldrá muy bien. Él ya está aquí.

Esmeralda se retocó el maquillaje y compuso su vestido. Violeta, en tanto, la miraba con amor maternal. Marcus se acercó al escenario y tomó la palabra frente al micrófono:

—Queridos amigos, porque todos son nuestros amigos aquí —Afirmó sonriendo— Hoy es un día especial para nuestra empresa, ya que lanzamos esta nueva línea de cosmética y bienestar para la mujer. Espero que sea recibida con beneplácito por ustedes ¡Vamos a la presentación, luces por favor!

De inmediato se proyectó un video con los múltiples productos femeninos. Félix, que miraba apoyado en una columna, se sorprendió al ver el nombre “Lucero” en las imágenes y sonrió complacido.

Tras los aplausos de rigor, las luces se encendieron y aparecieron las creadoras para ofrecer unas palabras:

—¡Buenas noches a todos! —Saludó Violeta—. Nos sentimos muy felices de llevar adelante las ideas que, por mucho tiempo, rondaron en mi cabeza y por las cuales me preparé a lo largo de varios años. Mi querida colaboradora y co—creadora aquí presente, la Licenciada Esmeralda Morrison nos explicará con más detalle a qué apunta nuestra línea.

Los aplausos inundaron el salón, Félix se acercó al estrado y se detuvo frente a ella. Esmeralda lo vio llegar y contuvo su respiración:

—Está más guapo que nunca... —Pensó hipnotizada por la energía que emanaba de él, que era diferente, contundente, sólida y liviana a la vez—. Su cabello está más largo, tiene barba incipiente y lo veo más delgado —Pensó.

—¡Gracias por venir, amigos! “Lucero” es la línea pensada para la mujer activa, que cumple....

Mientras hablaba, una parte de ella se abstraía de la realidad y sólo reparaba en él, que no le sacaba los ojos de encima.

—¡Qué hermosa eres, mi reina y cómo te admiro! ¡Cómo quisiera que me abracés y me beses! —Decía para sí.

—.....espero que la disfruten —Esmeralda saludó con una sonrisa y se perdió tras las cortinas.

Marcus, sorprendido por la rápida huida de Esmeralda, corrió al micrófono y agregó:

—Y ahora, señores y señoras, a festejar con música y a deleitarnos con el exquisito catering preparado por el chef Pierre Chaumont ¡Que lo disfruten!

Violeta fue al encuentro de Félix y ambos se estrecharon en cálido y afectuoso abrazo. Esmeralda los observaba de lejos, hasta que se animó a entrar en escena. Buscó deliberadamente su mirada, cosa que no tardó en suceder. Félix se despidió de Violeta y se dirigió directo hacia ella, que lo estaba esperando:

—Te felicito por el excelente trabajo, realmente es impresionante todo lo que han trabajado. Y se llama “Lucero” ¡Qué mejor nombre que ése!

—Gracias, sí, en realidad lo eligió Violeta...Por suerte ya está, ahora hay que esperar las ventas —Dijo incómoda.

—He venido porque ella me invitó, espero que no te enojés.

—No, está bien. Me dijo que se vieron y que vendrías hoy. También me contó que te mudaste a San Silvestre.

—Sí, me hace bien estar allá, alejado de todo —Dijo mientras su mirada le penetraba el alma haciéndola estremecer en su fibra más íntima.

—¿De Laura también? —Cuando lo dijo se arrepintió.

—De todo. Comenzar una nueva vida —Contestó haciendo caso omiso a la agresión—. Necesito pedirte un favor.

—¿Cuál? Si se trata de que te perdone, olvídalo, entre nosotros ya no puede haber nada —Se apresuró a negarse con orgullo.

—No, eso no, sé que es imposible, por eso no insistí más —Respondió, llenándola de desilusión—. Necesito la llave que heredaste, la que tiene las iniciales L y V. ¿Te acuerdas de la caja fuerte empotrada detrás de una falsa pared que te mostré en una foto? Quiero ver si abre su cerradura. Me gustaría que vengas conmigo y la abramos juntos porque también es parte de tu historia pero, si no quieres, puedes dejársela a Violeta y la pasaré a retirar.

—No quiere verme más —Dedujo— Ya no lucha por mí ¡Y yo que pensé que lo haría hasta el cansancio!...No hay problema —Dijo herida—. Se la alcanzo mañana a su casa.

—¡Amiga, aquí estoy! —Exclamó Bárbara de la mano de Adam— ¡Felicitaciones! —Dijo abrazándola— Hola, cuñado ¿cómo estás?

—Hola, Esmeralda —Saludó Adam besándole la mejilla— ¡Hermano! —Lo palmeó radiante.

—¡Gracias! —Dijo aturdida por verlos juntos—. Si me disculpan, debo atender a los demás invitados.

Félix la saludó moviendo la cabeza.

—Enseguida vuelvo, guapo —Advirtió Bárbara— Iré con Esmeralda unos momentos.

—¿Ya soy cuñado? —Sonrió Félix—. Ven, vamos a festejar con unas copas, necesito un trago.

—Definitivamente —Confesó— Ya te dije, no sé cuánto durará pero mientras dure, lo viviremos y lo disfrutaremos al máximo.

—Me alegro mucho por ustedes. Lo mío es complicado, Esmeralda está fría como un témpano.

—Descuida, yo sé que te ama, lo vi en sus ojos. Todo va a decantar y el amor hará lo suyo como lo hizo con nosotros, ya verás. No te desanimes.

—Si lo dice Adam Vallejos, entonces... ¡Brindemos por el Amor que siempre triunfa!

—¿Por qué estás tan distante con Félix? —Preguntó Bárbara.

—¿Hace falta que te lo diga? —Le contestó molesta— Tú quieres que me reconcilie con él porque ahora es tu cuñado —Expresó con enojo y con secreta envidia.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Lo digo porque el rencor te está haciendo mucho daño y no te deja ver el amor que te tiene. Por favor, desiste de seguir lejos de Félix.

Esmeralda lo vio a la distancia conversar y reír con su hermano. Allí estaba la bella sonrisa que tanto la había cautivado, tan cerca y tan lejos. Una corriente cálida se apoderó de su ser, instintivamente fue a su encuentro ante la mirada satisfecha de su querida amiga y para sorpresa de Adam, quien se alejó prudentemente, para dejarlos solos.

—Lo he pensado mejor, Félix, eso que harás, es de mi incumbencia también, iré a la finca contigo ¿Cuándo regresas allá?

—El sábado al mediodía —Bárbara, que la había seguido, se unió a Adam y escucharon— los invité a ellos para el fin de semana, podemos ir los cuatro, si te parece bien.

—Sí, estoy de acuerdo— Aceptó con sequedad.

—¿Te paso a buscar? Ellos irán con su auto y yo, en mi camioneta ¿Quieres venir conmigo? Te prometo que no me propararé —Le dijo en tono irónico.

Esmeralda le quiso contestar pero su amiga se adelantó:

—¡Genial, gracias por la invitación!

—¿De qué llave hablan? —Sonrió Adam—. ¿Me perdí de algo?

—Amor mío ¿Bailamos? —Lo invitó su novia.

Al ver que Esmeralda permanecía a su lado, Félix la abordó:

—Te extraño...mucho.

Lo miró con una mezcla de rabia y amor, sus ojos se llenaron de lágrimas y se alejó, perdiéndose entre la gente. Félix la siguió y la encontró llorando en un pasillo solitario, apoyada contra la pared.

—¿Por qué sufres tanto en vez de volver a mis brazos? —Preguntó acercando su cuerpo al de ella.

—¡Vete o grito! —Amenazó en un hilo de voz— Eres un traidor, un infiel... ¡Yo te amaba tanto! Confíe en ti y me defraudaste —Se dio vuelta para fijar sus ojos en él, estaba tan hermoso con su camisa negra ceñida al cuerpo, esa que tanto le gustaba y que dejaba adivinar sus fornidos brazos, su rostro bronceado por el sol y ese perfume a menta que le recordaba lo mucho que lo había deseado todo ese tiempo.

Sentía que iba a desfallecer si no lo besaba y así lo hizo. Volver a besar sus labios, sentir sus manos en su cuerpo era una necesidad ineludible. Esa inesperada acción lo sorprendió gratamente y respondió con pasión al calor que emanaban sus cuerpos.

—¡Te amo, mi reina! —Le decía mientras tocaba sus senos y le besaba el cuello—. Vuelve conmigo, todo esto me está matando.

—A mí también, pero no puedo...No puedo —Se apartó bruscamente de él y corrió hacia el fondo del pasillo, Félix se quedó paralizado. Cerró los ojos por un momento y aceptó el castigo sin merecerlo.

“Querida Violeta, mañana iré con Félix a la Casa de la Colina para abrir la caja fuerte con la llave que poseo ¿Podrías venir? Vendrán Adam y Barbie también”

La Maestra leyó con satisfacción el mensaje y contestó de inmediato:

“Me parece una buena decisión, mi niña hermosa. Si quieres, iré, pero por la tarde, porque tengo asuntos de orden familiar que resolver con Marcus, besos”

Esmeralda escribió otro mensaje, esta vez, para Félix:

“Perdóname por el arrebató de ayer, quiero que nos mantengamos a distancia uno del otro”

“Comprendo, pero soy inocente, yo no estuve consciente”

“Quisiera pedirte otro favor ¿Podríamos ir esta tarde? Quiero abrir esa caja a solas contigo”

“Como dispongas, paso a buscarte en dos horas ¿Está bien?”

“Ok”— cerró el celular.

— Mi amor, te deseo tanto... —Fue en busca del portarretrato que había guardado en su placar, lo observó un largo rato acariciando el rostro varonil que le sonreía— ¡Odio a esa mujer!... Tal vez tiene razón, ella lo engañó para separarnos y que mi corazón se volviera de roca.

Antes de salir al encuentro de Félix, Esmeralda fue en busca de Amalia.

—Cielito ¿cómo has estado? ¡Tanto tiempo!

—Sí, verdad ¡Tantas cosas pasaron desde la última vez que nos vimos!

—Lo sé, de vez en cuando converso con Violeta y algo me comenta ¿Te molesta eso?

—No, para nada. Ustedes son mis hadas madrinas —Bromeó—. ¿Te llegó la invitación para la presentación?

—¡Sí, estuve allí! todo fantástico, es más, compré tus productos y los estoy usando, una verdadera maravilla.

—¿Por qué no te acercaste?

—Porque te vi con tu enamorado y no quise interrumpir la plática. Pero estuve conversando con Violeta y Marcus. ¿Qué te trae por aquí hoy, corazón?

—No sé si sabes, pero estoy distanciada de él por un problema que tuvimos. Me engaño con otra, es decir, no lo sé, hay fotos... ¡Ay qué embrollo estoy haciendo!

—Primero, ordena tu cabeza que anda por un camino distinto que tu corazón. Inspira profundo y exhala varias veces. Mientras prepararé una tacita de tilo y vuelvo.

Esmeralda no podía contener la ansiedad de viajar con Félix, deseaba esclarecer sus sentimientos antes de que él llegara.

—Bien, ahora cuéntame desde el principio —Le pidió mientras bebían juntas la tisana.

Relató lo sucedido con detalles y le describió los diferentes momentos contradictorios vividos a lo largo de todo ese tiempo de distanciamiento.

—¿Lo sigues amando?

—Sí, eso está aquí, enraizado —Confesó señalando su pecho— Y ya no se irá de mí.

—Es tu ego quien se enoja, que masculla, que reprocha... Como si quisiera borrar, hacer desaparecer lo que sucedió. No quiere ni puede perdonar.

—Sí, eso es. Me clavó un puñal por la espalda.

—Está hablando tu ego y no es él quien debería comandar tu vida, sino tu alma, querida.

—¿Y cómo hago? ¿Por dónde empiezo?

—Tu intuición te guiará y verás la verdad. Ya no pienses, ni midas, ni te refugies en el rencor ni en el orgullo, ellos son limitantes y malos consejeros. Entrégate a tus verdaderos sentimientos, el Amor te guiará hacia la Verdad.

—¡Gracias por tus palabras, Amalia, me hicieron muy bien! Eres digna discípula de Violeta. Ambas me colocaron en mi eje. Ahora debo irme, aún debo preparar mi bolso de viaje. Te dejo en este sobre el árbol genealógico de mis ascendientes y los de Félix ¿Te acuerdas que te prometí mostrártelo? Es una copia.

—¡Gracias, lo estudiaré en detalle! ¡Hasta la vuelta y confía en tu intuición!— La alentó.

Félix la estaba esperando apoyado en su camioneta cuatro por cuatro, su atuendo era el que había adoptado para vivir en la finca: borceguíes marrones, pantalones color caqui, una remera negra y una cazadora marrón también. Miraba su celular. Cuando Esmeralda salió del edificio, quedó paralizada:

—¡Dios! ¡Él es tan guapo, tan bello ejemplar de hombre! —Pensó—. Que con gusto me olvidaría de todo para arrojarme en sus brazos y perderme en su boca —Sus mejillas se encendieron con esos pensamientos.

Félix levantó la mirada y se quedó embobado observando la escultural silueta que venía hacia él, enfundada en unos ajustados jeans y una camisa blanca semiabierto que dejaba ver la puntilla de su brasier, sus diminutos pies cubiertos por unas botinetas rojas y un cabello renegrido y suelto que enmarcaba su bello rostro.

—¡Amo a esta mujer, definitivamente! —Se deleitó.

—Hola ¿Cómo estás? —Saludó dándole el bolso para que lo guardara en la cajuela.

—Bien, ansioso por abrir la caja fuerte, sospecho que habrá algunas sorpresas —Dijo con la sonrisa que siempre la encandiló—. Sube, por favor, tenemos dos horas de viaje ¿Traes la llave?

—Sí, claro, es lo primero que empaqué —Afirmó tratando de conectarse con su intuición como le había recomendado Amalia.

El perfume de Félix lo invadía todo, olor a madera y menta, sus fragancias preferidas. Puso música suave para distenderse. Ambos estaba nerviosos y expectantes uno del otro.

—Estás más delgado —Le dijo tratando de demostrar un tono impersonal.

—Sí, el trabajo en San Silvestre es dinámico, variado, arduo...camino bastante y, a veces, me olvido de comer ¿Y tú, cómo has estado?

—De aquí para allá, muy ocupada con la línea “Lucero”.

De pronto, se sumieron en un silencio incómodo que Félix rompió:

—¿Qué dices de estos dos locos enamorados de Adam y Barbie?

—Sorprendida, muy sorprendida —Sonrió— Mi amiga siempre estuvo en contra de las relaciones monogámicas y formales ¡La desconozco!

—¡Imagínate lo que fue para mí! —Sonrió también— Mi hermano era muy mujeriego y lo vi devastado cuando se dejaron —Hizo una pausa, recordando su dolor por la separación— Espero que sean muy felices.

Nuevamente se quedaron en silencio por un largo trecho del camino, no deseaban romper la incipiente armonía que se había establecido entre ellos con palabras mal ubicadas. Esmeralda dormitaba cuando la voz amada la despertó:

—Voy a cargar gasolina ¿Quieres bajar? —Ella aceptó y se dirigió a la toilette y a comprar en el kiosco.

Cuando retomaron la ruta, Esmeralda le ofreció caramelos:

—¡Uy, qué ricos! ¿Cómo sabes que son mis favoritos? ¿O fue casualidad?

—Lo sé, te he visto comprarlos y saborearlos —Rio sacando el envoltorio y acercandoselo a la boca. Félix la abrió y con su lengua rozó su dedo, ella se estremeció.

—Gracias —Dijo mirándola unos instantes, ella sintió que se le erizaba la piel, su mirada penetrante le dijo muchas cosas y eso hizo que sus defensas se fueran debilitando por cada tramo que cubrían de la ruta.

La corriente cálida que reinaba entre ellos, la llevaban a aquellos días felices que pasaron juntos. De pronto, una sonrisa se dibujó en su rostro que rápidamente, él captó.

—¿Puedo saber de qué te ríes? —Preguntó Félix.

—Me río de mí ¿Te acuerdas el día en que nos conocimos y me enfadé cuando quisiste tomar el taxi conmigo? ¡Estaba muy seria y solemne!

—Estabas muy enojada con la situación —Rememoró—. Pero cuando nos volvimos a encontrar a la noche, ya no te dejé que hicieras lo mismo, subí contigo.

—Sí, estaba bastante desconcertada con lo que me pasaba en tu presencia.

Félix se mantuvo callado.

—¿En qué piensas?—Preguntó Esmeralda.

—En todo lo que vivimos. Lo recuerdo con mucho cariño, me hace bien hacerlo, a pesar de que todo terminó entre nosotros.

Ella sintió como si miles de cuchillos se clavaran en su cuerpo.

—Parece que nada es para siempre —Continuó con tristeza—. Que todo termina por una u otra

razón.

Enmudecieron, cada uno sumido en sus propias cavilaciones, hasta que las luces a lo lejos, anunciaban la proximidad de San Silvestre.

—¿Quieres que cenemos por aquí? No estoy seguro de tener algo qué comer en la nevera — Invitó, ya en la calle principal del pueblo.

—Sí, bajemos y caminemos un poco —Le dijo en tono afable, cosa que alentó a Félix.

Recorrieron unas cuadras, uno al lado del otro, sin decir una palabra. Cuando cruzaron la calle para dirigirse al pequeño restaurante, Esmeralda vio el antiguo portón del Convento de Santa María, una de las primeras construcciones del lugar.

—Espera, quiero detenerme aquí un momento —Miró los adoquines de la vereda, acarició la madera pintada de verde de la puerta principal y observó la aldaba con detenimiento—. ¿Sabes? Lo recuerdo, sé que traspasé este portón muchas veces.

Félix la tomó por los hombros: —Vamos, si quieres, mañana intentamos ingresar.

Caminaron hacia el restaurante y decidieron comprar la comida y llevarla a la finca para no perder tiempo. Ya era de noche cuando llegaron a la Casa de la Colina, Félix había hecho iluminar todo el camino.

—¡Está hermosa! ¡Eres un arquitecto extraordinario! —Exclamó mientras la camioneta avanzaba lentamente por el camino interno de ripio. Jaime, el casero, salió a recibirlos junto a su esposa:

—¡Bienvenido, patrón! —Saludó amablemente—. Pero, me hubiera avisado que venía antes y acompañado, así mi mujer lo esperaba con la cena.

—No hay problema, Jaime, trajimos algo del pueblo. Te presento a la señorita Esmeralda Morrison, una amiga. Pernoctará en la casa.

—Una amiga, eso soy ahora —Pensó Esmeralda.

—Señorita, sea usted muy bienvenida —Saludó con un apretón de manos— Aquí, mi esposa Mercedes, Mecha le decimos, estará a su disposición para lo que mande.

La mujer la saludó desde unos pasos atrás de su marido.

—¡Muchas gracias! —Atinó a decir Esmeralda. Se sentía un tanto extraña, sabía que estaba pisando la casa donde Valiente y Lucero habían vivido su amor y no sabía qué les deparaba las horas siguientes, por eso la invadía una gran ansiedad.

—Mecha, prepara la habitación de huéspedes para la señorita —Ordenó Félix.

—¿Voy a dormir en otro lugar? —Pensó con dolor—. ¿No en sus brazos, como lo hacía antes? —Y una voz interna le contestó— ¡Sí, antes de traicionarte, recuérdalo!

Esmeralda entendió que él respetaba su decisión y eso le pesaba. Su deseo más íntimo y secreto era que él hiciera caso omiso a sus límites y los derribara todos.

Entraron a la casa y rápidamente, el casero y su esposa se encargaron de prender las luces de la residencia, encender el hogar, preparar las habitaciones y servir la mesa mientras Félix le enseñaba las dependencias recientemente pintadas.

Todo era de buen gusto y refinamiento conservando el estilo antiguo.

—Te felicito, Félix, has realizado un trabajo asombroso —Lo tomó de la mano para asombro y beneplácito de Félix. Continuaron de ese modo recorriendo los lugares. A cada paso que daba, Esmeralda se emocionaba, porque chispazos de los recuerdos de Lucero le traían a la memoria, el tránsito por esa finca tan amada. Así llegaron a la cocina, donde Mecha había colocado un mantel cuadrillé y el servicio. Ella y Jaime habían desaparecido.

—¿Cenamos? ¿O quieres ver la caja fuerte?

—Tengo hambre pero también mucha ansiedad ¿Vamos?

Esmeralda buscó la llave de su bolso y Félix la condujo hacia la biblioteca.

—Aquí está, había una falsa pared que la ocultaba, ahora está al descubierto. ¿La abrimos?

Ella asintió, introdujo la llave y la puerta se abrió, miraron en su interior y Félix extrajo un diario y una carta amarillenta.

Para asombro de él, la carta que había visto en su sueño, estaba allí, intacta.

—¡Es el diario de Lucero! —Exclamó Esmeralda leyendo la primera página— Y es bastante grueso, hay mucha información aquí.

—¿Qué dice la carta? —Le preguntó Félix viendo que se emocionaba al leerla.

—Toma, léela tú. Todo está dicho.

CARTA A QUIENES SEREMOS EN NUESTRAS PRÓXIMAS VIDAS

Si descubrieron esta carta es porque llegaron a sus manos nuestros más queridos objetos. Cada uno de ellos, con un significado muy importante y abrieron el cofre secreto en nuestra amada “Casa de la Colina” de San Silvestre. Aquí, donde fuimos tan felices rodeados de nuestros hijos, fruto de nuestro inmenso amor.

Doña Chila nos enseñó que el alma nunca muere, que es eterna y que venimos a reencarnar muchas veces para aprender todo lo que concierne a la Ley Suprema del Amor, si es así (y nosotros lo creemos fervientemente) ustedes serán nosotros ¿Comprenden qué maravilloso que es el Cielo?

Tal vez no hayan llegado a esta conclusión y lamentamos la sorpresa, sus almas y las nuestras, son lo mismo, ustedes son Valiente y Lucero en esta vida que les toca vivir.

Chila nos dijo también que pertenecerán a nuestro linaje y nos advirtió que ella estaría cerca de ustedes encarnada en ese momento...Sabemos que se habrán sentido atraídos inmediatamente y sin explicación. Se habrán enamorado súbitamente y esto es así, porque lo que el Cielo une, no lo puede separar nada ni nadie. Chila me pidió que escriba esta frase:

“Ser fuerte es tener vivo el corazón”

¡Sean felices como lo hemos sido nosotros!

Lucero y Valiente

Se quedaron callados un buen rato. Esmeralda se sintió mareada y se tomó del brazo de Félix.

—Esta última frase, es la que oí de Violeta... —Murmuró— Ella definitivamente es Chila...

—¿Te sientes bien?

—Sí, esto es muy impactante para mí, —Dijo dejándose conducir hacia el sillón— hemos descubierto, al fin, por qué nos conocimos. Somos ellos...

—Estaba escrito, se nota que eran felices y que creían que volverían a encarnar. Y así fue. Pero no todo salió como ellos suponían —Ella lo interrogó con la mirada—. Nosotros ya no estamos juntos.

Esmeralda suspiró: —Necesito comer algo.

—Sí, vamos a la cocina.

Comieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. La mente de Esmeralda luchaba con su corazón:

—¿Y qué pasa si me olvido de todo y empezamos de nuevo?—. Se dijo y se respondió—. Sería confiar para que te vuelvan a defraudar.

En Félix, crecían los pensamientos pesimistas a cada minuto y decidió no insistir más. Levantó la mesa y le ofreció un café y un licor.

Esmeralda se asomó a la ventana y vio, a lo lejos, en la penumbra de la noche, el jardín y más allá las tumbas.

—¿Por qué dejaste los sepulcros? Ellos no están allí, están aquí, en nosotros.

—Fue antes de ir en busca de Violeta —Se acercó a la ventana— Ahora, debemos reconsiderar la decisión.

—Mañana lo conversaremos —Dijo con un dejo de tristeza— Me hará bien ver a Barbie y a Adam, ellos son tan alegres... —Sonrió con ternura— Invité a Violeta, vendrá por la tarde ¿No te molesta que lo haya hecho sin avisarte?

—Para nada, nuestra amada Chila volverá a esta finca y a su jardín.

—Me asombra cómo hablas ahora, con tanta naturalidad de cosas en las que no creías antes, cuando te dije que éramos Lucero y Valiente. Ése fue el motivo por el que nos enojamos.

—Es cierto, tuve un sueño muy revelador y busqué a Violeta para comprender. Hicimos una regresión y pude darme cuenta de que no eran fantasías. Te pido disculpas, fui un grosero.

Esmeralda enmudeció.

—Bien, ya es tarde ¿te enseño donde queda tu cuarto?

—Sí —Aceptó observando su resignación— Antes quiero decirte que, te amé mucho... Que te amo aún, pero no se borran de mi mente las imágenes que vi. El dolor está aquí —Dijo señalando su pecho— Y no se va, por más que lo intento.

—Lo comprendo, yo te amé, te amo y te amaré siempre. Traté de hablar contigo muchas veces, de explicarte que ella me engañó, me drogó y sacó esas fotos mientras yo estaba inconsciente. Ya no lucho para que vuelvas a mí, te dejo libre... —Le contestó—. Ven, es por aquí.

Tristes los dos, caminaron por el pasillo que conducía a las habitaciones, cada uno pensando en lo lejos que estaban uno del otro. Fluyeron en ellos sentimientos como la resignación, el agobio y un dolor intenso que les traspasaba el alma.

Esmeralda se sumergió en la lectura del diario de Lucero hasta altas horas de la madrugada: reía, se emocionaba y sentía cada palabra volcada en esas páginas amarillentas.

—¡Te admiro, Lucero, eras tan decidida y audaz! Te enamoraste perdidamente de tu Valiente apenas lo viste y luchaste por el amor que se tenían contra viento y marea.

Se durmió aferrada al diario, los bocinazos la despertaron y las voces queridas la hicieron levantarse rápidamente para acudir en su encuentro.

—¡Está fantástica! Realmente te felicito, hermano —Lo abrazó con afecto— Hola, Esmeralda ¿llegaron antes?

—Sí, ayer —Aseveró Félix—. ¿Cómo está mi cuñada? —La abrazó con alegría.

— Súper bien ¡Amiga, es bellissimo este lugar!

—Bienvenidos, sí, hermoso.

—Patrón, el desayuno está servido —Anunció Mecha.

—Gracias, te presento a Adam y Bárbara, mi hermano y su novia —Dijo alegre—. Vamos, hay dulce casero, pan de campo y otras exquisiteces.

Esmeralda se sintió feliz con la presencia de la pareja, Félix estaba distante con ella y eso la ponía muy triste. Los cuatro rieron con las ocurrencias de Adam. De vez en cuando, Esmeralda se quedaba mirando a Félix, absorta en sus pensamientos.

—Eres mi amor, definitivamente, quisiera estar a tu lado, tomándome de tu mano y no soltarme más. Tu risa es tan fresca y genuina, eres tan hermoso...

—¿Compraste los caballos? —Quiso saber Adam.

—Claro ¿quieres ir a verlos? —Lo invitó Félix, teniendo presente que él había sido alguien importante en su vida anterior y que, había vivido en la finca— He visto en mi regresión que Sebastián, cuidaba de los caballos —Sonreía para sí al escuchar la pregunta de Adam.

—Con permiso, señoritas, los caballeros se retiran por un momento— Bromeó Adam—. ¡Mecha, excelente cocinera, todo un manjar!

—Me alegro, señor, que le haya gustado —Replicó mansamente, retirándose a arreglar las habitaciones.

Una vez que se quedaron a solas, Bárbara le contó hasta el mínimo detalle de su relación con Adam. Esmeralda se alegraba mucho por el cambio que experimentaba su amiga, la veía por primera vez, plenamente feliz.

—¿Qué te sucede? ¿Estás triste? Llegaste ayer con él... ¿Y qué pasó?

—Abrimos el cofre y hallamos documentos que comprueban que somos Lucero y Valiente.

—Ay ¡qué maravilla! ¿Y se reconciliaron después de semejante confirmación?

—No, porque tengo el corazón muy duro y me maldigo por eso —Dijo con rabia— Además, me dijo que me dejaba libre, que ya no insistirá.

—Y tiene razón, lamentablemente, en el amor debe existir la confianza y si eso no está, es inútil la relación ¡Lo siento mucho, amiga, ustedes hacen una pareja hermosa! Por favor, permite que el amor que le tienes sane la herida que te causó ¿Sí?

—¡Barbie, muñeca, ven! —La llamó su novio montado en un caballo y con otro a su lado.

—¡Ya voy! —Contestó entusiasmada y besándola en la mejilla, salió de la casa.

—Vayamos a cabalgar un rato, mi cielo.

Félix entró e invitó a Esmeralda a ir hacia el jardín y el pequeño cementerio.

—¿Quién está al cuidado de este sector? —Preguntó.

—Tengo un jardinero que viene dos veces a la semana, había pensado en que este sería tu lugar... ¿Vamos hacia allá?

Se pararon frente a las tumbas, Esmeralda leyó los epitafios en voz baja.

“LUCERO, MI REINA

TÚ ERES MÍA Y YO DE TI ETERNAMENTE”

(1839—1882)

Q.E.P.D

“AQUÍ YACE VALIENTE, UN HOMBRE ENAMORADO”

(1830— 1883)

Q.E.P.D

Rompió en llanto y se abrazó a Félix. Él le acarició la cabeza y dejó que se desahogara. Una vez calmada, se enjugó el rostro y dijo:

—Creo que hay que dejar atrás la muerte para dar paso a la vida, ellos viven en nosotros, sus almas son las que habitan estos cuerpos, ya no tienen razón de ser estos sepulcros.

—Comparto tu idea, haré los arreglos para que se incineren sus restos y si te parece, se puede extender el jardín.

—Me parece bien —Contestó compungida— ¡Fue un gran amor!

Félix quiso decir algo pero, se calló.

De regreso a la casa, observaron a un hombre y una mujer avanzar hacia ellos: eran Mauricio y Laura.

—No puede ser... —Murmuró Félix—. ¿Qué hacen por aquí?

En ese instante, el recuerdo de un rostro malvado que había visto en la meditación apareció como un rayo que ilumina la oscuridad— ¡Ella es Julia! —Dijo para sus adentros.

Instintivamente, al verlo tan desconcertado y viendo la mirada furibunda de Laura, la mujer que tanto daño les había causado, Esmeralda tomó la mano de Félix y continuaron caminando hacia los recién llegados como si fueran otra vez, una pareja feliz.

—Hola, hijo ¡Qué bonita quedó al finca! —Saludó— Decidimos venir directamente ya que no obtuve respuesta del mensaje que te envié ¿Cómo estás, querida?

—Buen día, señor Vallejos.

—¿Qué mensaje? —Rápidamente recordó que lo había visto pero no lo leyó—. ¿Qué los trae por aquí?

—Mauricio te estaba solicitando un favor, al que espero no te niegues. Queríamos realizar nuestro compromiso en esta hermosa finca —Agregó Laura.

—¡Qué desfachatada! —Pensó Esmeralda, un rayo de luz atravesó su mente, iluminando lo que hasta hacía unos minutos permanecía en las sombras— ¡Todo fue una trampa! Se quiere casar con el padre y que Félix no esté conmigo, sino con ella ¡Lo va a extorsionar con las fotos! La voy a dejar con las ganas...

—Perdón que me entrometa, señora —Contestó Esmeralda—. Pero las decisiones las tomamos juntos ¿No, mi amor?

Félix estaba desconcertado con su actitud pero le siguió el juego.

—Sí, claro.

—Dígame, señorita... ¿Cómo era su nombre? —Preguntó Mauricio.

—Esmeralda. Recuérdelo bien porque pronto seré formalmente su nuera y la madre de sus nietos, en un no tan lejano futuro ¿No, mi vida?

—Sí, por supuesto —Félix estaba, a esas alturas, anonadado escuchando a Esmeralda manejar la engorrosa situación con total soltura y con un cambio radical.

—Ah! ¿Con que ésas tenemos? ¡No me habías dicho nada! —Lo palmeó.

El semblante de Laura había cambiado de expresión, de la aparente sonrisa de poder y felicidad pasó a sentir furia, desprecio y celos incontenibles.

—¿Y, entonces, qué me dices tú, Esmeralda? ¿Podremos hacer nuestro compromiso en este lugar tan bello?—. Preguntó Mauricio.

—Vayamos a la casa, les quiero ofrecer un refresco y... ¿Para cuándo sería el festejo?

—En quince días aproximadamente ¿No es así, mi cielo?

Laura estaba petrificada, no tenía capacidad de reacción, había elucubrado la idea de ir a la finca y sorprender a Félix, pero no contaba con la presencia de la odiosa mojigata de Esmeralda. Estaba convencida de que ellos estaban separados. Así se lo había informado el detective que había contratado para vigilar a Félix y, que lo hallaría solo y a su merced.

La abogada convenció a su novio de pernoctar en la finca. Por la noche, pretendía escabullirse entre las sábanas de su hijo, previa ingesta de una pastilla sedante. Ahora, con la desagradable

sorpresa de la fastidiosa entrometida, sus planes se derrumbaban y se hacían añicos.

—Sí, claro —Alcanzó a contestar como un autómata.

—Mecha, por favor, sírveles a los señores una limonada y esas galletas tan ricas que nos ofreciste por la mañana —La cocinera la miró con extrañeza por la soltura con que le hablaba y obedeció ante la mirada aprobatoria de su patrón.

—¿Sería un sábado o un domingo? —Siguió Esmeralda muy dueña de sí.

—Nosotros te contactaríamos con la wedding planner y lo arreglarías todo con ella. Será mejor así, aquí tienes su tarjeta —Contestó Mauricio muy amablemente.

—¡Encantada, para nosotros será un placer ofrecerles la finca, nuestro futuro y querido hogar, para que se celebre un evento familiar tan especial!

—¡Gracias, querida! Te pido un favor más ¿Podríamos pasar el resto del día y la noche aquí? Mañana por la mañana emprenderíamos el regreso.

—¿Cómo no! —Asintió Esmeralda con desbordante simpatía— ¡Son siempre bienvenidos!

Adam y Bárbara irrumpieron en la cocina, riendo a carcajadas hasta que cesaron abruptamente al ver a los recién llegados sentados a la mesa.

—¡Padre! —Exclamó desagradablemente sorprendido—. ¿Tú? ¿Ustedes? ¿Qué los trae por estos lugares?

—Lo que te había comentado sobre realizar nuestro compromiso aquí, pero no sabía que me iba a encontrar con una anfitriona tan encantadora.

Bárbara contemplaba la escena sin entender cómo habían cambiado las cosas desde que se fueron a cabalgar por la zona: Esmeralda con una amplia sonrisa de felicidad, tomada del brazo de Félix ¿Se habían reconciliado, cuándo?

—¿Quién es tu amiga? —Preguntó Mauricio—. Creo haberla visto antes.

—Soy Bárbara Ferrari y nos vimos en la recepción que usted organizó en el hotel Premier para el personal de la empresa.

—Y mi novia también —Agregó Adam.

—¡Qué sorpresa me estoy llevando! ¡Mis hijos al fin sentando cabeza! ¡Y yo también! —Todos sonrieron de compromiso porque, con excepción de él, los demás sentían la tensión en la atmósfera.

—Mecha —Llamó Félix— el almuerzo será para seis. Mi padre y su prometida ocuparán la habitación de huéspedes, la de color verde. Si necesitan cambiarse de ropa, ella los conducirá hasta allí. Nosotros tenemos que hacer una diligencia en el pueblo que no puede esperar —Anunció—. Nos vemos cerca del mediodía, siéntanse como en su casa.

—Y nosotros, —Dijo Adam—. Nos daremos un baño en el arroyo ¿Sí, muñeca?

—¡Claro, mi chico guapo! —Aceptó besándolo con descaro delante de todos.

—¡Vaya, vaya, con los muchachos! —Sonrió alegre Mauricio—. ¡Me da gusto verlos así, enamorados de tan espléndidas mujeres! ¿No crees, mi amor?

A Laura se le había transformado el rostro, apenas pudo esbozar una mueca remedando una sonrisa, para disimular el impacto que le había producido la presencia de Esmeralda en la finca.

—¿Te sientes bien, mi cielo?

—Tengo náuseas, en cualquier momento voy a vomitar—. Se excusó.

—Seguramente, algo que te cayó mal.

—Seguramente...

Esmeralda y Félix subieron a la camioneta sin hablar.

—¿Qué fue todo eso? —Preguntó Félix, estupefacto.

—¿Sorprendido? —Dijo contenta, casi risueña.

—¡Claro, no me lo esperaba! ¿Te estás divirtiendo, no? ¿Por qué lo hiciste?

—Porque me di cuenta de la maniobra de esa mala mujer apenas la vi acercarse a nosotros y no quise que, esta vez, ganara como lo hizo antes. Su energía me lo dijo. Si realmente ustedes fueran amantes, tú serías un cretino aceptando serlo, mientras tu padre se ilusiona con el compromiso ¡Y tú no eres así, mi corazón lo sabe! En cuanto a Laura ¡La creo capaz de todo! De engañarte, de drogarte y de sacar las fotos que tanto mal nos hizo. Los celos me enceguecieron, fueron malos consejeros. Chila me lo dijo desde un principio, pero mi orgullo y mi amor propio heridos, no me permitieron ver que fue una burda trampa para separarnos.

Félix la atrajo con la intensidad de su mirada y Esmeralda le respondió con caricias y besos apasionados.

—¡Cuánto te deseé todo este tiempo, mi reina! Pensé que todo estaba perdido para mí.

—Sufrí mucho sin ti, creí morir mil veces. Desperdicié mucho tiempo por esa maligna mujer. Además, esos sepulcros, me hicieron reflexionar que la vida es para vivirla con el ser amado, mi rey.

—¿En serio quieres casarte pronto y tener hijos conmigo?

—¿Tú no? —le preguntó acariciándole la mejilla.

—Sería lo mejor para coronar lo que sentimos, este amor que lleva años atravesando la eternidad.

—¡Viviremos aquí, en donde fuimos tan felices! —Aseguró ella, besándole la frente, las mejillas, los ojos y la boca.

Se dirigieron al Convento de Santa María, abrazados y prodigándose besos, caricias y palabras de amor. Los recibió la Madre Superiora y le solicitaron ingresar aduciendo que Félix era arquitecto y deseaba realizar algunas fotos del lugar, ya que era uno de los edificios más antiguos de la zona.

Recorrieron el lugar e indagaron datos de las predecesoras. Esmeralda había leído en el diario que la verdadera progenitora de Lucero, había sido Sor Inesita y quería saber si los registros llegaban hasta ella.

—Madre ¿Usted tiene algún libro donde figuren las diferentes rectoras de este convento?

—Sí, claro, en el estante de arriba hay biblioratos que pueden serle de utilidad, están clasificados por décadas. ¿Busca a alguien en particular?

—Sí, es un antepasado que fue muy nombrada por mi familia por su bondad y dedicación: Sor Inés, su apellido de familia era Beltrán Romero.

—Espero que la encuentren, entonces. Ahora tengo que dejarlos porque debo atender otros asuntos que requieren mi presencia. La hermana Clarisa vendrá luego para ver si necesitan algo más. Con su permiso.

Una vez solos, se abocaron a la búsqueda que resultó exitosa.

—¿La recuerdas? —Dijo Félix—. Sé que estuve aquí y, hasta me parece escuchar risas de niños.

—Algunas imágenes muy vagas vienen a mí —Dijo Esmeralda y sonrió— he leído que “ellos” se encontraron en este mismo despacho y se besaron. Y las risas infantiles se refieren a un orfanato que estaba junto al Convento de quien Valiente era el benefactor principal. Anoche lo leí en el diario de Lucero.

—¿Ah, sí? —Félix se acercó despacio—¿Repetimos la escena?

Se besaron efusivamente y rieron abrazados. Félix tomó algunas fotografías y se fueron acompañados por la hermana Clarisa.

Salieron para encaminarse al Paseo de la Alameda:

—Aquí nos conocimos, dice Lucero. Esta noche te lo haré leer.

—Creo que esta noche estaremos muy ocupados —Se besaron largamente frente a la pérgola.

—Es muy hermoso este lugar, me da mucha paz...

—Es hora de volver, mi reina. Nos queda todo el día para soportar a mi padre y a Laura. Por suerte, están Barbie y Adam que nos alivianarán la jornada.

—Déjamela a mí a esa odiosa mujer, no sabe con quién se metió —Ambos rieron felices.

El almuerzo continuó con la misma tensión en la atmósfera de la mañana, Laura lanzaba miradas de furia y odio hacia Félix y Esmeralda cada vez que ellos se hablaban o murmuraban cosas al oído y reían cómplices.

Adam bromeaba con Bárbara y se besaban continuamente.

—Muchachos, es una buena ocasión para brindar por el amor —Propuso Mauricio levantado su copa y entrechocándola con todos—. Nosotros no somos tan efusivos como ustedes, pero estamos enamorados también ¿No, mi vida?

—Sí, por supuesto. Discúlpenme, necesito un poco de aire —Dijo la abogada levantándose y casi correr hacia el parque.

—Pobrecilla, desde que llegamos que se siente mal, creo que el clima no le asentó.

Los jóvenes cruzaron miradas cómplices y trataron de hablar de otras cosas. La conversación derivó en temas relacionados con la arquitectura, momento que aprovecharon las mujeres para retirarse a conversar al jardín delantero.

—¡Qué fastidio tan grande que esté esa mujer aquí! —Protestó Bárbara tomando del brazo a su amiga y paseando por un sendero rodeado de flores— ¡Estábamos pasándola tan bien!

—Hoy, apenas la vi, supe que aquella vez, nos tendió una trampa a los dos ¡Y yo le creí! —Dijo angustiada—. Por eso, no le quise dar el gusto y me aferré a Félix con uñas y dientes. Ella reaccionó muy mal, aunque disimula, está hecha una furia.

—Ya me parecía ¡Qué bueno que se reconciliaron, querida amiga, ahora sí soy completamente feliz! —Ambas mujeres se abrazaron.

—¡Al fin llegó el verdadero amor para nosotras, tardó, pero aquí está con toda su fuerza! —Exclamó Esmeralda, radiante.

—¡Muñeca, mi amor! —La llamó de lejos Adam—. ¿Vamos?

—Me espera una tarde de siesta vibrante —Le susurró al oído, despidiéndose y el comentario la hizo reír.

A lo lejos, vio como Félix y Mauricio se dirigían a las caballerizas, lugar que todavía no había visitado. Se decidió a reunirse con ellos cuando Laura le dijo por detrás:

—¿No tienes orgullo, tú? ¿Perdiste la dignidad, que te arrastras por él? ¿No te importaron las fotos que te envié? —Dijo con sarcasmo— Él es un amante muy fogoso, no sé si tú estás a la altura de esa sensualidad...o tal vez, no se enciende como lo hace conmigo —La provocó maliciosamente.

Esmeralda se dio vuelta y replicó:

—Tú fuiste la amante de Félix mucho antes de que nos conociéramos, desde que está conmigo, jamás estuvo con alguien y menos contigo. Todo fue una treta que te salió mal. Ya lo ves, estamos y estaremos juntos. Tú ni nadie nos va a separar. Haz tu compromiso con Mauricio, cástate si

quieres y déjanos en paz —La desafió, embravecida.

—Esa noche, tuvimos sexo ardiente, me penetró con furia —Le enrostró para quebrarla—. ¿No te lo dijo?

—Lo engañaste, abusaste de él —Le aclaró sin demostrarle que la había lastimado— Yo no necesito drogarlo para que me haga el amor, para que goce conmigo ¡Y descuida, te puedo asegurar, que somos pura pasión y...!

—¡Basta, no sigas hablando! —La interrumpió rabiosa—. ¿Y si Mauricio encuentra las fotos por casualidad? No quiero imaginar qué le pasaría a su corazón enfermo...

—¡Tú también arriesgarías mucho, víbora! —La enfrentó— Mauricio te despreciaría y, de todos modos, jamás pero jamás, tendrías algo con Félix.

—Tal vez...si sobrevive —Aclaró— ¡Aléjate de él, vete! ¡Félix es mío! —se le acercó con furia— O serás la culpable de la desgracia que caerá sobre la familia.

—¡Le contaré a Félix todo lo que estás diciendo y él te despreciará aún más!

—¡Ve, cuéntale! Que se entere también de lo que soy capaz de hacer.

Por el camino principal se aproximaba un auto descapotable. Esmeralda aguzó la vista y distinguió a Marcus y Violeta. Se apresuró para ir a su encuentro y olvidar la discusión con Laura.

—¡Sean bienvenidos! ¡Adelante, pasen! —Los recibió contenta, Violeta la abrazó, muy conmovida. Recordaba perfectamente la Casa de la Colina cuando era Chila y volverla a ver era muy emocionante para su alma.

—¡Buenas Tardes, Esmeralda, te agradezco la invitación! —Marcus la besó en la mejilla— ¡Bellísimo lugar!

Laura, de brazos cruzados y con una mirada displicente, se quedó observándolos hasta que se aproximaron a ella.

—Les presento a la novia de Mauricio Vallejos.

—¿Cómo están? Laura Palacios, Mucho gusto —Violeta la saludó por cortesía pero sintió un profundo rechazo al tocarle la mano.

—Encantado, soy Marcus y ella es mi esposa Violeta.

—¡Julia, tú aquí, otra vez! —Pensó Violeta al observar los ojos de la abogada.

Félix y su padre venían caminando hacia ellos y se acercaron a saludar.

Esmeralda los invitó a pasar a la casa para que dejaran sus bolsos de viaje y pudieran acomodarse en una de las habitaciones de huéspedes. Marcus y Mauricio, empatizaron ni bien los presentaron y comenzaron a conversar de temas relacionados con sus respectivas empresas, en tanto Laura, ofuscada y perturbada por la presencia de Esmeralda, optó por acompañarlos a tomar un café en la sala de estar. Violeta les pidió a Esmeralda y a Félix que la acompañaran a la parte trasera donde se encontraba el jardín y el pequeño cementerio.

Caminaron sin decir palabra. Violeta, con lágrimas en los ojos, se apoyó en Félix mientras que Esmeralda la tomaba de la mano con fuerza.

—Volvimos, queridos hijos ¡Bendito sea el Señor con sus maravillas!

Se dirigieron a las tumbas y Violeta se quedó un momento en silencio, parecía que estaba rezando o hablando muy por lo bajo.

—Supongo que pronto desaparecerán —Les dijo.

—Sí, no tiene sentido ¿No lo crees? —Preguntó Esmeralda.

—Ya no, hoy son ustedes, aquí y ahora. Aunque hay seres que quieren causarles daño y separarlos —Afirmó mirando hacia la casa.

Ambos comprendieron lo que quería decirles:

—Ella no puede hacernos nada, estamos juntos y para siempre —Agregó Félix.

—Minutos antes de que llegaran, Laura me amenazó con mostrarle las fotos a tu padre. Me dijo que me aleje de ti para que eso no sucediera —Contó angustiada.

—¡La voy a matar con mis propias manos! —Exclamó impotente.

—No se preocupen, hijos míos, el Cielo los protege. Mantengan la calma, no hagan nada imprudente. Ahora vayamos allá.

Adam fue presentado por Bárbara, a Marcus y Violeta, a quienes les cayó muy simpático.

—Mi querido Sebastián Agüero, fiel amigo de mi Valiente —Se regocijó Violeta con su presencia— Enamorado de Martina, hoy Bárbara... ¡Una red amorosa tejida por las manos celestiales que une a los que se amaron en otros tiempos! —Pensó, agradecida por ser testigo de ello.

La noche los sorprendió a todos hablando de lugares visitados alrededor del mundo, de hoteles, comidas exóticas y muchas aventuras.

Laura no apartaba la vista de Félix y seguía los movimientos de sus manos que siempre caían en la espalda de Esmeralda, su rostro y se entrelazaba en sus dedos, besándose y mirándose con profundo amor.

Violeta la observaba con detenimiento mientras le hablaba con su mente:

—No has aprendido nada entre vidas, Julia, sigues siendo la perversa mujer que quiso interponerse entre mis muchachos.

Al concluir la cena, Marcus y Mauricio bromeaban y fumaban un habano en la sala, ajenos a los acontecimientos que se sucedían, acompañados por una rabiosa Laura que, todo el tiempo, estaba pendiente de los enamorados. Mientras que Adam y Bárbara se disculpaban para retirarse a su habitación a descansar. Violeta saludó con cariño a Esmeralda y Félix y fue acompañada por Mecha hasta la habitación de huéspedes asignada.

Cuando quedaron solos, Laura se acercó para advertirles:

—Ustedes jamás serán felices porque antes, Mauricio sabrá que nos revolcamos aquí, en tu cama y no lo podrá soportar. Su corazón le hará pasar una mala jugada y morirá ¡La culpa los perseguirá toda la vida!

—¿Por qué tienes tanta maldad, Laura? —Preguntó Félix, en voz baja— ¡Estás encaprichada! ¡Sigue con mi padre y olvídate de nosotros!

—Quiero que seas mi amante y dejes a esta estúpida mujer —Lo amenazó— Te doy hasta mañana para que envíes a esta tilinga, muy lejos —La miró de arriba abajo con desprecio.

—¿A mí me dices estúpida y tilinga? ¿Acaso no ves el papel ridículo que estás haciendo? ¡Pareces una mendiga! —Le enrostró entre dientes para que no la escuchara Mauricio.

—¡Estás loca! Eso no va a ocurrir ¡Y no la insultes! Ven, vamos —Se contuvo de no decir más nada, por la cercanía de su padre. Tomó por la cintura a Esmeralda y la condujo a su habitación.

Laura se quedó masticando odio y desesperación:

—Seguramente harán el amor esta noche —Murmuró—. Como lo hacía conmigo y a mí me espera una vida con ese viejo decrepito y enfermo ¡Qué tortura tan grande, Maldita sea mi suerte!

Cuando cerró la puerta, Félix la miró:

—Lo que existe entre nosotros, no se pierde ni desaparece porque alguien lo diga. Es para siempre.

Esmeralda giró sobre sí, una poderosa fuerza lo empujaba hacia el amor de su vida. Le acarició el rostro, mientras Félix cerraba sus ojos para sentir sus manos recorrer su barbilla, su

cuello y su pecho.

—Necesitaba tocarte más que nada en el mundo, necesitaba sentirte como ahora —Exclamó embelesada— tu cuerpo, todo tú...

Rápidamente, la pasión los llevó a quitarse la ropa con premura hasta quedarse desnudos, piel contra piel, besándose locamente en cada rincón de sus cuerpos.

—Félix, eres el dueño de mi vida, mi señor —Jadeaba mientras la penetraba con ímpetu.

—Mi reina, mi señora... ¡Yo soy de ti y tú eres mía!

Cuando la furia del reencuentro se apaciguó, ambos se miraron y rieron de felicidad. Pronto, el recuerdo de la amenaza de Laura, ensombreció sus rostros:

—¿Qué vamos a hacer con ella?

—Nada, dejemos que los acontecimientos se desarrollen. No la creo capaz de cumplir su amenaza. Se jugaría una carta importante: perder la posición que le puede dar Mauricio.

—Me da miedo. Está desquiciada. No sabes cómo me habló allá afuera, necesité de mucho valor para enfrentar sus embates.

—Tranquila, nada que temer —Le dijo besándola con pasión y acurrucándola en sus brazos.

El desayuno los esperaba, cuando Félix y Esmeralda llegaron a la cocina, Violeta y Marcus estaban desayunando con Mauricio y Laura. Al rato, se incorporaron Adam y Barbie.

El rostro de Laura estaba crispado, parecía una pantera próxima a saltar sobre su presa. Se levantó fastidiada, sin decir palabra y se dirigió hacia el jardín delantero con bastante malhumor. Violeta esperó que se produjera un pequeño alboroto en la conversación y se escabulló detrás de ella:

—Veo que no está de humor ¿Durmió mal, tal vez algo que le da vueltas en su cabeza que no puede resolver?

—¿Usted qué sabe! —Le contestó de mal talante— En todo caso, no es un asunto suyo, ni siquiera la conozco.

—Puede ser...pero, toda persona que se interponga en la felicidad de mis queridos hijos, termina involucrándose conmigo.

Laura se volvió para observarla con detenimiento:

—¿Nos conocemos? Digo, porque me habla con una familiaridad...

—Alguna vez nos hemos cruzado, hace mucho tiempo —Afirmó con severidad.

—No me acuerdo de usted, señora —Dijo con tono despectivo—. No sé qué pretende ¡Déjeme en paz!

—Le seré más explícita, si quisiera arruinar la vida de Félix y Esmeralda, envolviéndolos en esa trama sucia que inventó, terminará muy mal, se lo aseguro. Mientras usted se ocupa de destruir la vida de dos personas que se aman profundamente, su hija necesita de su presencia y de su protección.

—¿Cómo se atreve a decirme semejante cosa! ¿Está loca? —La miró con furia—. ¿Cómo sabe que tengo una hija, de dónde la conoce? ¿Quién es usted?

Sin replicar, Violeta se encaminó hacia la casa y cuando estaba muy cerca, escuchó gritos y voces desesperadas.

—Ya está pasando —Se dijo apurando el paso.

—¡Se ahoga, se ahoga! —Gritaba Marcus— ¡Llaman a emergencias!

Adam trataba de reanimar a su padre sin éxito, en tanto Félix se comunicaba con la el hospital del pueblo.

Laura entró y corrió hacia su prometido:

—¿Qué te sucede, Mauricio? ¿Qué tienes?

Bárbara le contestó:

—Se estaba riendo a carcajadas por una ocurrencia de Adam, cuando de repente se puso pálido y se tomó el brazo.

—¡Es su corazón! —Gritó.

La sirena se escuchó a lo lejos y Esmeralda salió a su encuentro e indicarle la entrada a los paramédicos. Luego de ver su estado, el facultativo decidió llevarlo al hospital de urgencia. Laura subió a la ambulancia, mientras Adam y Félix los seguían en la camioneta. Acordaron que Violeta y Marcus se quedara con las muchachas.

—¡Qué susto tan grande! —Exclamó Barbie.

—Justamente anoche me contó que no se había sentido bien estos días, que estaba muy entusiasmado con el compromiso que se avecinaba —Contó Marcus—. Que mañana, a primera hora, iría a ver a su cardiólogo, en la capital.

—Sí, fue en un segundo que ocurrió todo —Añadió Esmeralda.

Violeta, observaba la escena con serenidad.

—Querida, envidio tu templanza, pero yo estoy muy impresionado —Acotó Marcus—. Volvamos a casa, por favor.

—Sí, mi cielo, lleva los bolsos al auto y espérame allí. Debo hablar algo importante con Esmeralda.

—Voy a caminar un poco para que se me pase el nerviosismo —Argumentó Bárbara—. Nos vemos, Violeta —La saludó con un beso.

—¿Qué quieres decirme? —Preguntó abatida.

—En primer lugar, te felicito, porque te reconciliaste con Félix. Pudiste ver la maldad queriéndolos separar, una vez más. Ahora bien, lo que vi hace un tiempo, se ha desatado. La amenaza de Laura no se concretará, quédate tranquila, pronto recibirá una noticia que la alejará de ustedes.

—Explícate mejor, Maestra —Le pidió, angustiada.

—No puedo decir nada más, ya lo verás. Los acontecimientos deben seguir su curso. Confía en Dios, deja todo en sus manos. Nos mantenemos en contacto, mi niña —La besó con ternura— Y, reitero, me alegro profundamente que hayas dejado mandar a tu corazón pero ¡Cuidado! Tu ego puede, tenderte una trampa, todavía no lo has dominado completamente. Si eso ocurriera, el dolor será más grande que la última vez.

Una vez estabilizado, Mauricio quedó en observación. Laura comunicó al cardiólogo de Mauricio con el médico de guardia para que le contara lo sucedido y el tratamiento que implementó.

—Está todo bajo control —Aseguró la abogada— Tiene que descansar hasta que le den el alta. En la capital, lo verá su médico de cabecera y él nos dirá qué tratamiento debe continuar.

—Está bien, no tiene caso que estemos todos, quédate, que nosotros nos vamos y volvemos más tarde. Llámanos si pasa algo —Contestó Adam—. ¿Vamos, hermano?

—¡Un momento! Necesito hablar contigo, Félix, por favor —Pidió Laura tomándolo del brazo.

—¿Qué quieres? —La miró con rechazo.

—Te espero en la camioneta —Dijo Adam, molesto.

—Estoy desesperada.

—Tú misma lo dijiste, mi padre estará bien, se repondrá.

—No es eso, es por ti, mi amor ¡Me vas a volver loca! —Lo tomó de la barbilla para besarlo en la boca.

—¿Qué haces, mujer? Mi padre está allá adentro y tú, en lo único que piensas es...

—¡Sí, en ti y en que estás con esa perra! —Levantó la voz—. ¿Qué te hace que yo no te haya hecho? Tócame como lo hacías, mira la humedad de mi sexo, eso lo provocas tú solamente — Quiso tomar su mano, pero Félix pegó un tirón y miró hacia los costados del angosto pasillo para ver si venía alguna persona.

—¡Ya basta! ¡Me estás cansando con tu asedio constante! ¿No ves que ya no hay posibilidad de volver? Antes que llegara Esmeralda, lo nuestro se había terminado, estaba muerto.

—¡Sí la hay! —Contestó rugiendo de rabia— ¡Tú volverás conmigo porque si no, soy capaz de mostrarle las fotos ni bien Mauricio abra los ojos!

—¿Acaso crees que me vas a extorsionar? ¡Haz lo que quieras! No me vas a tener en vilo toda la vida.

—¡No te vayas, ven aquí, conmigo! ¡Eres mío! —Gritó por el pasillo y lo siguió hasta tomarlo por el hombro antes de que subiera a la camioneta, ante la mirada de Adam.

—No me dejes —Rogó llorando—. Sin ti mi vida no tiene sentido, me perteneces y yo a ti.

—¡Déjame, mujer del demonio! —Gritó zafándose y subiendo al vehículo en marcha— ¡Vamos, Adam, esto se terminó aquí!

—¡Pero qué cínica que es! —Gritó su hermano, indignado mientras manejaba—. Nuestro padre internado y ella rogándote. Está obsesionada contigo ¿Qué harás, cómo resolverás esto?

—No lo sé y ya me preocupa —Resopló cansado.

El celular de Adam sonó y utilizó la función manos libres para atender:

“Hola ¿quién es?”

“¿El señor Adam Vallejos?”

“Sí, con él habla”

“Soy el oficial de policía Marcos Morando ¿Conoce a la señorita Alexandra Palacios?”

“Sí, es una compañera de trabajo ¿Qué sucede?”

“Estamos tratando de ubicar a su madre y, al parecer, su celular está apagado. La joven está internada en hospital interzonal con graves heridas por los golpes recibido de su novio, el señor Thomas Villar Araujo”

“¿Cómo? ¿Está grave?”

“Inconsciente y con varias fracturas ¿Usted puede avisar a su madre o algún pariente cercano que venga de inmediato?”

“Sí, yo me encargo oficial, gracias por llamar”

—Ya escuchaste, será mejor que te deje en la finca y que regrese a decírselo —Recomendó Adam.

—De acuerdo, no quiero estar allí cuando se entere ¡Qué ser despreciable ese Thomas! ¡Pobre muchacha!

Esmeralda conversaba con Bárbara sentadas en uno de los bancos del jardín, cuando escucharon detenerse el motor de la camioneta. Los hermanos avanzaron con cara de preocupación.

—¿Cómo está tu padre? —Preguntó Esmeralda.

—Estable —Contestó abrazándola.

—La que está mal es Alexandra —Agregó Adam— Thomas la golpeó y está internada. Debo

avisarle a Laura ¿Me acompañas, muñeca? El policía no pudo comunicarse con ella, así que me llamó a mí.

—Sí, claro, vamos —Dijo azorada.

—No lo puedo creer... —Añadió Esmeralda cuando se quedaron solos—. ¿La lastimó mucho? Él nunca me agredió físicamente.

—Está internada, mi amor, inconsciente, tiene fracturas. El oficial no especificó cuántas ni en dónde —Dijo tomando un sorbo del café servido por Mecha—. ¿Violeta y su esposo se fueron?

—Sí, Marcus estaba muy impresionado por lo sucedido con tu padre —Mirándolo de reojo le preguntó—. ¿Laura te dijo algo de nosotros en el hospital?

—Lo de siempre, pero eso ya no importa, mi reina —Afirmó acariciándole la mejilla y mirándola con ternura— Ahora, se tiene que ocupar de su hija, ven, bésame que necesito de tu boca más que nunca.

Esmeralda respondió, enamorada.

—¿Qué sucede? ¿Por qué volviste, Adam? —Le preguntó Laura al encontrar a Adam y Bárbara caminando hacia ella— ¡Traen una cara! Mauricio, duerme, no hay nada de qué preocuparse dice el médico.

—¿Tu teléfono está apagado? —Preguntó el joven.

—Lo apagué cuando veníamos para aquí y no lo he encendido aún ¿Por qué? me asustas.

—Alexandra está internada y tienes que ir ahora mismo a la capital, es urgente.

—¿Qué? ¿Cómo pasó? ¿Tuvo un accidente? ¿Es grave, qué tiene? —Se desesperó.

—Fue Thomas —Le contó Bárbara— Es un caso de violencia de género, está inconsciente y bastante lastimada, un oficial de policía trató de ubicarla a usted.

Laura se tambaleó y trató de apoyarse en la pared para no caer:

—Mi hija... Alexandra ¡No! —Gritó desesperada— Tengo que irme, Adam ¿Qué hago aquí?

—Si quieres, pido un taxi que te lleve hasta allá. No creo que estés en condiciones de manejar.

—Sí, sí...eso haré —Respondió como una automática.

Bárbara la hizo sentar y le trajo un vaso de agua mientras su novio se encargaba de contratar a un auto de alquiler con chofer.

La abogada buscó su celular en su cartera y lo encendió, una lluvia de llamados y mensajes la sorprendió y lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas al leerlos y escuchar la descripción que una voz extraña le hacía de los hechos.

—Por cuidar a este viejo carcamán no me di cuenta que me necesitabas, mi chiquita —Le escuchó decir la joven— Ya verás, maldito desgraciado, cuando te ponga las manos encima. Te lo advertí, te dije que la cuidarás y me fallaste.

—Por favor, cálmese, señora, la puede escuchar Adam.

—¡Y qué me importa, es la verdad! —Gritó nerviosa—. ¿Y tú, qué haces compadeciéndote de mí? ¡Vete, no te necesito, sal de mi vista, mujercita tonta!

Barbie se levantó y con rabia en los ojos, se dirigió a la salida donde Adam conversaba con el chofer que llevaría a Laura a la capital.

—¡Vamos, amor, esa mujer es insoportable, me insultó! ¡Que se las arregle sola!

Adam le indicó al hombre que busque a Laura en el interior del hospital, subió a la camioneta y partieron para la finca.

Cuando llegaron, les contaron lo sucedido a Félix y a Esmeralda.

—Ya debe estar en camino, espero que lo de Alexandra no sea grave. —Dijo Adam— Ahora

tenemos que pensar en la recuperación de Mauricio.

—Hace un rato hablé con el cardiólogo, el doctor Roberts y recomendó que, cuando le den el alta, lo llevemos a su clínica porque le quiere hacer una batería de estudios —Informó Félix—. Con todo lo que está pasando, creo que el compromiso se suspenderá ¡Y espero que no se realice nunca!

Todos se quedaron en silencio y agregó:

—Comeremos algo y por la tarde, iré con Esmeralda a verlo y a arreglar con alguna enfermera para que lo cuide de noche.

—Me quedaré contigo hasta que le den el alta —Acotó Adam— Ustedes, chicas, pueden regresar mañana a la capital, con mi auto.

Después del frugal almuerzo, se retiraron a sus habitaciones a reconfortarse uno en los brazos del otro y a reafirmar el amor que se tenían: Adam y Bárbara a seguir siendo amantes, como siempre pero, ahora, involucrados en la relación. El compromiso, palabra que un tiempo atrás rechazaban, ahora cobraba un sentido de pertenencia que los seducía.

La reconciliación entre Félix y Esmeralda fue impetuosa, querían recuperar las noches perdidas, las caricias que no pudieron ser, los besos que no se dieron y los momentos de pasión que les faltaron. A cada momento se juraban amor y se miraban intensamente hasta emocionarse.

Sabían que estaban en la habitación donde, en un pasado de más de un siglo atrás, ellos, como Lucero y Valiente, habían sido inmensamente felices. Entregados al goce de tenerse cerca, experimentaron la unión de cuerpos más excitante y voluptuosa jamás vivenciada en otros encuentros. Desnudos, calmados, enamorados como estaban, se acariciaron todo el cuerpo como para certificar la posesión que cada uno tenía sobre el otro.

—Dime, mi bien —Preguntó Esmeralda, acariciando su pecho—. Cuando esa mujer te fotografió desnudo ¿Es porque antes, ustedes...tuvieron relaciones?

—Sabía que en algún momento lo preguntarías —Contestó resignado.

—Pero es que necesito saber...

—¿Para qué? ¿Qué aportaría a nuestra relación? —Dijo visiblemente molesto.

—¿La verdad, toda la verdad! —Aseveró incorporándose y mirándolo desde el pie de la cama.

—Ven aquí, mi reina, que tengo deseos otra vez de ti, olvidemos el pasado —Le suplicó.

—No, antes, contéstame, por favor, lo necesito. Laura dijo que tuvieron sexo esa noche. “Que se revolcaron”

Félix se sentó en la cama y la miró fijamente, convencido de que Esmeralda no cejaría en su propósito, comenzó a relatar:

—Cuando ella se apareció entre las sombras de la noche, yo estaba borracho como una cuba —Comenzó a relatar resignado—. Contrariado y triste a la vez porque te habías enojado conmigo y me amenazaste con conseguirte otro.

—Sí, fue un impulso para herirte —Reconoció, desnuda frente a él.

—La confundí contigo, ilusionado como estaba de que estuvieras aquí. Mi mente estaba embotada y jamás, pero jamás, se me hubiera ocurrido que ella podría haber venido.

—Continúa —Pidió, imperturbable.

—Comenzó a besarme y me llevó a la cama como pudo, porque yo no podía caminar muy bien.

—¿A esta cama? —Se alarmó.

—No, a la del cuarto de al lado, ésta todavía estaba en remodelación —Le contestó, con poca paciencia, presumiendo un nuevo conflicto—. ¿Podemos dejar esto ya?

—No, continúa, por favor —Su voz sonó a orden.

—Entonces, introdujo algo en mi boca, como una gragea o algo así y eso terminó con las pocas defensas que tenía a esas alturas.

—¿Y qué pasó? ¿Hicieron el amor? —Preguntó montada en celos.

Félix respiró profundo y emitió las palabras que ella tanto deseaba no escuchar:

—Ella se subió encima de mí y tuvimos sexo. El amor lo hago contigo, solamente —Aclaró.

Los ojos de Esmeralda se llenaron de lágrimas, fruto de la rabia e impotencia que sentía:

—¿Y seguías creyendo que era yo? —Preguntó descreída.

—No, a esas alturas, sabía que era Laura. Ven aquí, no te sientas mal, no sufras por nada.

—¿Por nada? Ustedes estuvieron juntos y ella te disfrutó —Estalló rabiosa.

—¡Nada de eso! ¡Estaba borracho y drogado! ¿No lo entiendes? ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—¿Qué pasó en el hospital? ¡Quiero la verdad!

Para ese entonces, las fuerzas de Félix se habían hecho trizas:

—¡Eso qué importa, Esmeralda! Yo estoy contigo, te elegí a ti ¿No lo ves? ¿Por qué no dejamos esto atrás y vivimos nuestro amor? Ella ya tiene sus problemas.

Esmeralda comenzó a vestirse.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?—. Se alarmó.

—Me regreso a la capital. Todo el tiempo que estuvimos separados, sospechaba lo que había pasado entre ustedes, no eran sólo las fotos. Ella me lo dijo en la cara pero, necesitaba oírte lo decir. Desde que vi esas imágenes, el mundo se derrumbó para mí. Estuve sobreviviendo todo ese tiempo que estuvimos distanciados, caminaba como una zombi, sin poder entender —Decía entre sollozos— ¡Cuánta falta me hiciste! Te extrañaba de día y te necesitaba de noche.

—Yo también, mi reina, yo también... —Se levantó para contenerla.

—El día que te volví a ver, supe que seguía amándote como el primer día, mi corazón se desboca cada vez que te tengo cerca y así fue como vine aquí, con mi amor intacto pero con una herida grande en mi corazón.

Félix la miraba, bella como siempre, a miles de kilómetros de él, levantando un muro alto entre ellos, otra vez, con cada palabra que decía.

—Cuando volvimos a hablar viniendo para aquí, parecía que la angustia por no tenerte se había esfumado y otra vez éramos tú y yo. Hasta que vino Laura y vi en sus ojos la maldad, la codicia por ti, los celos y la furia contenida y, no sé de donde saqué coraje para hacer lo que hice. No quería que supiera que había ganado, eso fue —Razonó— Una contienda entre mujeres para ver quién de las dos se quedaba contigo.

—Pero eso no fue así, yo siempre te pertencí, mi amor.

Esmeralda continuó:

—Por ganarle la contienda a esa mujer, no reparé en que tú y yo no habíamos hablado de lo que hoy estamos hablando. Me entregué a la pasión que siempre me despertaste ¡Pero el dolor sigue aquí, en mi pecho y no sé cómo sacarlo!

—Con el tiempo se disipará. Nuestro amor lo hará posible. No te vayas, por favor.

Esmeralda hizo caso omiso a sus palabras y comenzó a llenar el bolso de viaje. Félix se puso el pantalón y se acercó a ella:

—No te vayas, todo va a resultar mejor si estamos juntos, no separados. No tienes que estar celosa de algo que no ocurrió, que no dejó huella en mí ¿Comprendes?

—¿No ocurrió dices? ¡Ustedes estaban desnudos y entrelazados, habían tenido sexo y ella me

dijo que te complacía y que yo nunca estaré a la altura de eso!

—¿Fueron esas mentiras las que provocaron todo esto? ¿No ves que logró nuevamente lo que quiere? : ¡Separarnos! ¿Porque levantaste tus defensas tan altas, que no te puedo alcanzar? Estás lejos de mí, nuevamente —En un impulso la tomó por la cintura y la besó con furor.

—¡No, suéltame! —Lo apartó— ¡Todavía no estoy lista, me apresuré!

—Si me dejas, si hoy te vas de esta casa, nuestra casa, donde fuimos tan felices antes y donde podremos ser tan felices ahora y en el futuro, no te iré a buscar —Advirtió— ¡No pagaré por lo que no estuvo nunca en mi voluntad!

—Será, entonces, lo que tenga que ser —Sentenció dirigiéndose a la puerta, bolso en mano y lágrimas en los ojos.

—Esmeralda, mi reina ¿Estás segura de la decisión que estás tomando? No te apresures —Le dijo a sus espaldas.

Su orgullo pudo más, abrió la puerta y salió.

Laura irrumpió en la terapia intensiva, con el último aliento había llegado hasta allí, después de viajar en la más absoluta incertidumbre.

Miles de pensamientos oscuros se le cruzaron por la mente y también de muerte, hacia el infeliz de Thomas, a quien le dedicaría su tiempo cuando se hubiera asegurado que Alexandra no corriera más peligro.

—Mi bebé pequeño ¿Qué te han hecho? —Se quejaba sollozando y acariciando su frente.

Una enfermera, alertada, abrió la puerta:

—Señora, por favor, la paciente está delicada.

—Soy la madre —Dijo, derrumbada, al ver los moretones de su rostro hinchado.

—Venga, por favor, el médico le explicará todo.

Laura obedeció y la siguió por el largo pasillo hasta la oficina del facultativo.

—Tome asiento, señora...

—Soy Laura Palacios, la madre de Alexandra. Vine apenas lo supe, estaba lejos de aquí.

—La joven entró con el brazo derecho y la mandíbula inferior fracturados, tiene comprometido el riñón izquierdo producto de los golpes recibidos y, además, desprendimiento de la retina del ojo derecho. La trajo la policía ante el llamado al 911 —Describió—. Su evolución es favorable, tiene un coma inducido para que descansa y podamos evaluar su evolución en las próximas horas. Si quiere puede quedarse unos minutos, no más y regresar mañana.

—Gracias, doctor, muchas gracias.

Después de verla, Laura se comunicó con el departamento de policía donde la esperaba el oficial Morando:

—Señora, lamento lo sucedido, tome asiento.

—Necesito saber qué pasó con mi hija, ella está de novia con Thomas Villar Araujo y nunca me dijo que él la maltrataba. Esto para mí, es una desagradable sorpresa.

—Según los testigos, en el departamento del prófugo se escucharon gritos y ruido de cosas rompiéndose. Llamaron a Emergencias y acudió la policía junto con la ambulancia.

—Realmente me sorprende la actitud de él, nunca lo creí capaz de eso ¡Lo están buscando, supongo! —dijo en tono perentorio.

—¡Claro que sí! ¿Tiene idea de dónde puede encontrarse? —Ante la negativa, prosiguió— Hemos ido a la casa de sus padres, en las afueras de la ciudad, pero por allí no aparece hace ya un año. No se preocupe, lo encontraremos, tengo un equipo, buscándolo.

—Gracias, oficial, por favor, manténgame al tanto, aquí tiene mi número de teléfono —Se despidió. Los planes de Laura con respecto a Thomas eran otros. Se había involucrado y dañado con lo más puro que la vida le había dado y eso no lo toleraría jamás.

—¡Tú solo te cavaste tu tumba, miserable, mal nacido, hijo de una perra!

Esmeralda regresó en un autobús de larga distancia sin despedirse ni de Bárbara ni de Adam. Se le partía el corazón por dejar a Félix en San Silvestre pero su ego mandaba más que su corazón y que su alma. No podía dominarlo, la tenía en un puño, la asfixiaba, la torturaba con palabras que se tejían en su mente:

“No puedes ser feliz, no lo serás nunca” “Naciste para sufrir” “Ella lo hizo gozar más que tú porque es más mujer que tú y él no te lo va a confesar nunca”

Llorando a mares abrió la puerta de su apartamento y se arrojó en su cama. Bárbara la llamó ni bien se enteró por Félix de su intempestiva partida, pero no tenía ánimo de contestarle, le escribió un mensaje pidiéndole disculpas por no avisarle pero, necesitaba estar a solas consigo misma.

—¡Lo siento tanto, Félix! —Lo consoló Barbie junto a Adam, apenas les contó de la ruptura— Tienes que saber que ella tuvo pérdidas importantes en su vida, como el fallecimiento repentino de sus padres y, sin familia que la pueda contener, se refugió en el imbécil de Thomas que le mintió amor en toda su relación. Se aferró a él y nunca pude hacerle comprender que no la amaba. Ambas soñábamos con ese amor apasionado y desinteresado que, sabíamos, sólo ocurría en las películas. Por eso, cuando te conoció, supo que eras lo que tanto había anhelado. Al igual que para mí, lo es tu hermano —Dijo tomando a Adam de la mano y besándolo en la mejilla.

—También para mí, la presencia de Esmeralda fue inesperada. Yo no buscaba el amor. Pero sucedió.

—Y tú tomaste otra actitud, Barbie —Agregó Adam.

—Sí, exactamente como la tuya, no comprometerme con nadie para no sufrir.

—Así es, ver a mi madre, penar por los rincones durante años por culpa de las infidelidades de mi padre no fue nada grato. Aprendí, erróneamente, que la lealtad en una pareja no tenía razón de ser y, entonces, no crear compromisos era lo mejor, hasta que apareciste y mi mundo se trastocó —Dijo abrazándola— Debes tener paciencia, hermano, seguro Esmeralda recapacitará y volverá a buscarte.

—Antes de irse, le dije que lo pensara muy bien, que no se apresurara. Me contestó que no estaba lista —Y mirándolos con un gesto de dolor y también de decisión, sentenció— Me cansé de esperar que comprenda, que olvide lo que pasó, no sé cómo decirle ya que soy inocente, que no busqué esa horrible situación. Así que, la relación llegó a su fin —Suspiró— Adam ¿Cuándo regresas a Londres?

—Apenas hayamos hecho la consulta con el doctor Roberts y sepa que todo viene bien con la salud de Mauricio. Estimo una semana.

—Iré contigo —Respondió decidido—. Necesito alejarme de aquí.

—Como quieras.

—Y por favor, Barbie, no quiero que Esmeralda se entere de que me voy.

—Está bien —Aceptó con tristeza.

Violeta la recibió con un cálido abrazo y una sonrisa maternal:

—Mi querida niña ¿Cómo estás? Pasa, por favor.

—Hola Violeta —Saludó con voz lacónica.

—Pero ¿Qué tienes, mi vida? ¿Es el señor Mauricio? Él se repondrá, no es su hora todavía.

—Nos separamos.

Violeta le ofreció una taza de café humeante que el ama de llaves le acercó:

—¿Por qué?

El rostro demacrado de la muchacha comenzó a surcarse de lágrimas:

—Porque no puedo superar lo que ocurrió con esa mujer —Confesó desconsolada— Ella y Félix tuvieron sexo esa noche. Ya sé lo que me vas a decir, me lo dijo él también: estaba borracho y drogado...Pero disfrutó con ella como lo hacía antes. Y además, al lado de ella, yo no valgo nada, soy insignificante.

—¡No lo hizo a conciencia, Por dios, Esmeralda! Dime ¿De dónde sale esa disparatada idea de que no vales nada?

—Porque ella me preguntó si no tenía orgullo para volver con él después de esa noche, me dijo de que dudaba de que yo estuviera a la altura de las exigencias de Félix.

—Y ese veneno destilado por esa víbora, atacó tu baja estima —Concluyó— Tu orgullo, tu soberbia.

—Sí...Me demolió ¿Por qué hablas de soberbia? No entiendo, lo que menos soy es, soberbia, al contrario, me siento poca cosa —Preguntó, desconcertada.

—Porque, mi niña —Dijo tomándole la mano— la baja estima sobreviene del poco amor hacia uno mismo que se fue gestando a lo largo de la vida, determinada por diferentes hechos que nos marcaron muy negativamente. Para defendernos de las agresiones o contingencias que nos puedan hacer sentir más mal de lo que ya nos sentimos, el ego elabora una protección como una muralla o coraza, como quieras imaginarla para que, ilusoriamente nada ni nadie nos lastime más. Una de las formas de esa protección es la soberbia. Es decir, un orgullo exacerbado que no puede ni se permite comprender situaciones, no perdona ni olvida. ¡No se puede, es imposible! Aun sabiendo que esa actitud la llevará al sufrimiento, la persona no puede dar vuelta la página, no se lo permite, está en juego su supervivencia. La soberbia abre la herida constantemente y horada bien hondo. No la deja ser feliz con las circunstancias que le tocó vivir. Vive en un mundo ideal, que no existe.

—Así es como me siento, tal cual lo que describiste —Expresó con tristeza infinita.

—¿Y Félix, dónde está? ¿Te llamó, hablaron? Ya pasaron dos semanas desde que los vi allá. Sabía que algo malo estaba pasando pero lo atribuí a esa chica golpeada por tu ex.

—¿Cómo lo sabes? Te habías ido antes de que recibiéramos la noticia.

—Me lo mostraron y se lo advertí a Laura, le pedí que deje de molestarlos porque su hija la necesitaba.

—Supongo que Félix está en San Silvestre, no hablamos desde aquella vez. Él se enojó conmigo y me dijo que si tomaba la decisión de irme, no me buscaría más.

Violeta se quedó en silencio, cerró los ojos y conectó con su Akasha para saber de él.

—No está cerca, está lejos, muy lejos. Veo edificios y lugares que no corresponden a San Silvestre, ni siquiera aquí. Veo un avión y el océano.

—¿Se fue? —Preguntó desesperada— llamaré a Barbie.

Violeta abrió los ojos y escribió en un papel el lugar que visualizó.

“Hola, Bárbara, soy yo”

“Amiga mía, por fin te comunicas, pensé que tendría que ir a derribar la puerta de tu casa en cualquier momento”

“Quiero preguntarte si sabes dónde se encuentra Félix”

“Ay, Esmeralda, le prometí no decírtelo”

“¿A él, por qué?”

“Félix no deseaba que lo supieras”

“¿Dónde está? ¡Dímelo!”

Violeta dio vuelta la hoja y se la mostró: “Francia”.

“En París, hace una semana que está allá”

“¿Con Adam?”

“No, Adam está en Londres”

Esmeralda rompió en llanto.

“No, llores, amiga querida, por favor”

“Tengo que cortar, estoy en la casa de Violeta, más tarde te llamo”

—¡Ay, siento un dolor muy grande!— dijo abrazándose a su Maestra.

—Lo que estás viviendo es un sufrimiento, sin propósito ni fin, un absurdo. Pero tú tienes la llave para concluir con él.

—Enséñame a superarlo, estoy dispuesta —Le rogó desesperada— Es una tortura constante que me está matando. Ya no quiero sufrir más y lo peor, es que no me gusta mi manera de comportarme ¡Estoy harta de mí!

—¡Esas son las palabras que quería escuchar! El hartazgo es el principio del cambio, serás una persona nueva ¡Confía! El Universo responderá a la Ley de Mentalismo.

—¿Qué dice? —Preguntó, acostumbrada a las lecciones impartidas por ella.

—Que todo parte de aquí —Enseñó su sien— Luego se hace realidad “Todo es Mente”. Pero debes hacerme caso y seguir paso a paso mis instrucciones. Lograrás amarte como debes amarte, levantarás tu autoestima, sanarás las heridas y renacerás de entre las cenizas.

La salud de Mauricio mejoró lentamente y sus hijos partieron al Viejo Continente con el convencimiento de que estaba bajo la vigilancia del doctor Roberts y al cuidado de una enfermera contratada para que lo asistiera por las noches.

Félix decidió recorrer varias ciudades de Europa antes de reunirse con su hermano en Londres, el tour le llevó un mes. Alejarse le hizo bien, si se hubiera quedado en San Silvestre, muy posiblemente no hubiera resistido la tentación de ir a buscarla para convencerla de que volviese a su lado y eso no se lo permitiría jamás. Todo ya se había hablado y ella había tomado una decisión.

Laura se había abocado a la recuperación de Alexandra que, poco a poco, se restablecía en su hogar. Thomas había sido detenido por la policía en la casa de un primo lejano, en una ciudad del interior del país. Por ser el primer incidente judicial que tenía, la pena que recibiría era menor pero las consecuencias para su carrera dentro de “Horizontes” fueron nefastas: fue despedido apenas salió la noticia en los periódicos.

—¿Cómo estás, hoy, hija? —Preguntó con dulzura acercándole la bandeja con el desayuno—
Tengo que ir a la oficina, ya son varios días los que faltó pero estará contigo Bianca, la enfermera
que contraté para acompañarte y atenderte.

—Mejor que ayer, madre, gracias —Dijo entre dientes ya que la cirugía del maxilar no le
permitía hablar normalmente.

—Recuerda que el oficial Morando está esperando tu declaración.

—¿Thomas sigue detenido?

—¡Por supuesto! Ese cretino debe pagar por lo que te hizo.

—Yo tuve parte de la culpa —Aclaró a duras penas.

—¿Tú? Tú no tienes culpa de nada, él se violentó contigo y eso lo va a pagar. Bueno, ahora me
tengo que ir, descansa, mi corazón —Contestó besándole la frente.

Desde que salió de terapia intensiva, pasó a terapia intermedia y luego a sala común, el
cambio de su madre para con ella fue de 180°.

El trato seco, indiferente y distante de toda la vida, dio paso a los cuidados minuciosos, las
palabras tiernas y la atención solícita. Se encargó de todos y cada uno de los movimientos
alrededor de su hija, la cuidó día y noche, lo abandonó todo, su vida laboral y social para
abocarse a ella.

Alexandra, en medio de la penosa situación que le tocaba vivir, se sentía complacida por
tenerla a su lado. Ser tratada con tanta consideración y amor, la reconciliaba con la vida.

—Al menos, todo lo nefasto que viví con Thomas dio como resultado esta nueva y hermosa
relación entre nosotras —Meditaba complacida.

Laura se había desconectado del mundo. El exterior poco le importaba si su hija, su único lazo
de sangre en esta tierra, la necesitaba. Dentro de ella había aflorado el amor materno que creía
que había desaparecido cuando dejó a Alexandra al cuidado de sus padres y se marchó. Luego,
cuando su hija volvió de Estados Unidos con el título de Master en abogacía bajo del brazo y se
quedó a vivir con ella, la relación que estableció, fue distante y fría, tan desacostumbrada estaba
al rol de madre.

Enterarse de lo que le había pasado y verla en el hospital, hizo brotar aquello que pensaba
había muerto hacía tiempo, convirtiéndose en una guardiana tierna y amorosa, cualidades que
ignoraba poseer a esas alturas.

En todo ese tiempo, no sabía qué había pasado con Mauricio, si seguía en San Silvestre, se
había muerto o estaba trabajando como siempre. Poco le importaba. Sí, la afectaba no haberlo
vuelto a ver a Félix, le había enviado algunos mensajes pero sin respuestas.

—Mi amor, no sé nada de ti. Te extraño mucho, quiero verte. El recuerdo de aquella noche
sigue vivo en mi piel —Se decía—. ¿Estarás con esa insulsa mujercita?

Llamó a Mauricio, quien la atendió solícito:

—Querida ¡tanto tiempo sin oír tu voz! —Se lamentó—. ¿Cómo está Alexandra?

—Recuperándose lentamente ¿Y tú?

—Lo mismo, vigilado por todos lados, trabajando pocas horas para evitar el estrés. No me
han dejado ir a verte. Te he llamado infructuosamente muchas veces, supongo que tu teléfono
estaba apagado.

—Sí, discúlpame por mi desaparición involuntaria pero realmente Alexandra necesitaba de
toda mi atención. Estoy yendo para “Horizontes” ¿Tus hijos están contigo?

—No, viajaron a Europa.

A Laura la noticia la inquietó.

—¿Solos o con sus novias? —Preguntó con nerviosismo.

—Solos, Adam debía concluir una obra allá y Félix está de vacaciones —Explicó.

—¿Se peleó con Esmeralda?

—Me parece que algo de eso hubo, no me dijo nada.

—¿Y cuándo vuelve? —Quiso saber, inquieta.

—No lo sé ¿Por qué te interesas tanto por lo que hace Félix?

—Me interesa qué sucede en tu familia que, después de todo, será la mía dentro de poco.

—Claro, mi vida, por supuesto. El plan de compromiso sigue en pie, cuando el doctor Roberts me diga que ya puedo tomar las pastillas, volveremos a nuestra vida amorosa, mientras tanto, deberé cuidarme... ¿Extrañas nuestros momentos?

Laura hizo una mueca de desagrado:

—Por supuesto, mi amor —Mintió— aunque estuve abocada al cuidado de mi hija, no pierdo de vista nuestros proyectos.

—¿Sabes que Thomas fue despedido?

—No lo sabía, pero es lo mínimo que se merece ese delincuente —Aseveró categórica— Debo cortar, Mauricio, entro a la autopista. Nos vemos en un rato.

—Al menos, no están juntos allá —Concluyó— Ahora, a esperar que regreses, amor mío y nuevamente estaremos juntos ¡Es nuestro destino!

Los hermanos se reunieron en Londres. El viaje le había hecho muy bien al ánimo de Félix. Aunque extrañaba a Esmeralda, sabía que la posición que había tomado era dolorosa pero, la correcta.

—¿Cómo te fue? ¿Te despejaste? —Lo recibió con un fuerte abrazo—. ¿Más tranquilo?

—Digamos que más convencido —Confesó sirviéndose una copa de brandy— aunque nos amamos y, de eso no hay dudas, reconozco que la relación no tiene futuro si ella no puede superar el hecho de que Laura y yo, esa noche, tuvimos sexo.

—No entiendo a las mujeres —Protestó mientras recibía una copa del brandy de manos de su hermano— ¡Si pudieran ver con nuestros ojos o sentir, aunque sea unos instantes, como lo hacemos nosotros, comprenderían que las relaciones que entablamos con ellas son de distinta magnitud, según sea el caso! Laura te drogó y se te abalanzó cual fiera a su presa ¿Qué podías hacer?

—¡Tiene muchos celos! Y Laura, además, siempre tan páfida, supo cómo hacerla sentir mal.

—¿Y crees que pueda superarlos?

—No lo sé —Dudó preocupado— lo que sí sé es, que necesito a mi lado una mujer segura de sí misma, que defienda nuestro amor, que sea fuerte y que tenga coraje. Puede que Laura se case con Mauricio y esté en la familia ¿Qué va a hacer Esmeralda? ¿Tendremos peleas y separaciones constantes? Tendrá que decidir: separados para siempre o afrontar las circunstancias adversas que se puedan presentar con esa mujer entre nosotros.

El oficial Morando, finalmente, asistió a la casa de Laura para tomarle declaraciones a Alexandra y se retiró con la poca información que le brindó:

—Con lo que me ha contado es suficiente, además están las pericias médicas y los testigos, que por suerte, son varios —Le dijo a la abogada mientras lo acompañaba a la puerta.

—Gracias por todo, oficial, mi hija está en tratamiento psicológico, la situación que vivió fue traumática. Espero que pueda sobrellevarla y salir adelante.

De regreso a la habitación de Alexandra, le dijo:

—Bien, ahora que estamos solas, quiero que me cuentes qué pasó realmente.

—No quiero hablar de eso —Contestó renuente.

—Es necesario, querida, soy tu madre y debo saber.

Suspiró resignada:

—No fue la primera vez que tuvimos un altercado. Él tenía momentos de dulzura y de atención hacia mí y otros, donde se mostraba prepotente y hostil. Siempre se disculpaba conmigo, me decía que era el trabajo, su pasado, la frustrada relación que tuvo con Esmeralda, cosas... Ese día, habíamos tomado bastante brandy los dos, en un momento, le pregunté cuál había sido el motivo por el que tú y él habían hablado en secreto en la oficina.

Laura frunció el ceño pero no dijo nada.

—Al principio me evadió, luego me dijo que eran cosas del trabajo y después, ante mi insistencia, me contó, según él, tu plan.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Todo. Que querías separar a Félix de Esmeralda y que necesitabas unas fotos antiguas de Thomas con ella, para editarlas y que le pagarías por ese favor. Que, al final, prescindiste de sus servicios porque salió mal lo del encendedor y que, de todos modos, le pagaste parte de lo acordado.

Hizo un prolongado silencio aguardando la reacción de su madre.

—¿Y por qué te pegó?

—Porque lo insulté, le dije que era un mentiroso, que tú jamás harías una cosa tan despreciable, que no tenías motivos para separarlos. Él se rio con sarcasmo y me respondió que yo no te conocía y que esperaba que no fuera igual a ti. Eso me enojó mucho porque tú eres una mujer intachable, a la que admiro mucho —Aclaró— y lo abofeteé. Eso lo sacó de sus casillas, comenzó a golpearme con fuerza y me decía que era una puta como tú, como Esmeralda y como todas las mujeres.

Laura cerró los ojos para contener la ira, mientras Alexandra lloraba al recordar el violento episodio.

—Todo lo que dijo es mentira ¿No es cierto, mamá?

—¡Por supuesto! ¡Yo con él sólo tuve un trato laboral! No sé por qué inventó eso ¡Seguramente debe estar mal de la cabeza! —Hizo una pausa, encendió un cigarrillo y preguntó—. ¿Le contaste todo esto al oficial Morando?

—No, dije que peleamos por cosas de pareja, me dio vergüenza contarle eso.

—Hiciste bien, ahora descansa, todo quedó atrás. Thomas recibirá su merecido y tú comenzarás una nueva vida lejos de aquí, te lo prometo.

—¿Dónde? No quiero separarme de ti ahora que todo se recompuso entre nosotras —Le suplicó.

—Es muy pronto para hablar de ese tema, lo decidiremos juntas. Descansa, mi chiquita —Le pidió, besándola en la frente.

Sentenciaron a Thomas a seis meses de prisión en suspenso, no acercarse a la víctima con una restricción perimetral de trescientos metros y resarcirla económicamente con una abultada suma de dinero.

Cuando el abogado defensor le comunicó a Laura la resolución del tribunal se dijo que no era suficiente el castigo recibido y juró hacerle pagar la paliza que casi mata a su hija y haberle

revelado su conversación privada envenenando la imagen que Alexandra tenía de ella.

A los pocos días, llamó al detective que había contratado para espiar a Félix, quien le proporcionó los datos de un hombre que realizaba “trabajos sucios” para que sorprendiera a Thomas y le diera una gran golpiza sin dejar rastros.

Así se pidió y así se hizo. A la salida de un bar, ya de madrugada y con unas copas de más, Thomas fue emboscado, en una calle oscura y desierta, por el hampón, que lo dejó desmayado y ensangrentado por varias horas y con varias costillas rotas. Lo asistieron en un hospital de la zona y a Thomas le quedó bien en claro quién estaba detrás del feroz ataque.

Esmeralda acudía todas las tardes a la casona de Violeta para trabajar con ella y así sanar su autoestima. Estaba convencida de que ese era el camino para volver a los brazos de Félix. Habían transcurrido dos meses sin ningún tipo de contacto. Lo único que supo de él fue por Barbie.

—Tal vez esté de regreso o, quizás, se quede a vivir allá —Pensó con tristeza— Habrá conocido a otra mujer y de mí ya se olvidó.

—No pienses eso —Le reconvino Violeta—. No le hace bien a tu proceso.

Acostumbrada a ser un libro abierto para ella, no se inmutó.

—Estás desesperanzada, temes perderlo.

—Sí, lo extraño y no puedo hablar con él ¿Qué le diría?

—Por el momento, hay que seguir trabajando como lo estás haciendo y ya verás una señal que te confirmará que el proceso ha terminado y que es hora de volver a sus brazos. Confíemos en que, el amor que Félix te tiene, esté intacto para ese entonces.

—¡Maestra, me moriría de tristeza si así no fuera!

Los días transcurrieron lentamente, Bárbara viajó a Roma para encontrarse con Adam y pasear algunos días. Mientras Félix se hacía cargo de la obra en Londres, se había reencontrado con Marian, la azafata, quien lo recibió con los brazos abiertos. Félix ya no era el mismo hombre que la enamoró, estaba triste aunque reía con sus simpáticas ocurrencias.

—Dime, precioso ¿Qué te ha sucedido en este tiempo que te noto tan cambiado? —Le dijo fumando un cigarrillo recostada a su lado.

—Algunas cosas —Contestó perdiéndose en sus recuerdos.

—¿Heridas de amor? —Preguntó rozando su pierna contra la de él.

No respondió.

—¿Sabes cómo se curan? —Dijo apagando su cigarrillo y reclinándose sobre él—. Con sexo y más sexo. Intoxiquémonos de esa droga bonita.

Félix se entregó, sentía frustración y rabia por no tener a Esmeralda a su lado, por haberlo condenado a la soledad y al desamor y se desquitó con Marian, quien disfrutó de sus furiosos embates hasta quedar agotados.

Al llegar de su romántico viaje, Barbie llamó a Esmeralda para invitarla a cenar en su casa junto a Violeta, de quien también se había convertido en discípula.

—Espero que vengan, tengo una noticia importante para darles.

—¿Me muerdo de ganas que me la cuentes! ¿Cómo te ha ido? —Preguntó, ansiosa.

—¡Mejor, imposible! ¡Adam es un hombre maravilloso, las espero, chicas!

Estuvieron intrigadas durante toda la cena porque Bárbara hablaba de varios temas pero ninguno parecía tener que ver con la novedad que había anunciado. Finalmente, se decidió:

—Queridas mías, no van a poder creer lo que les voy a decir —Hizo una pausa para crear

misterio—. ¡Me caso con Adam!

Los gritos de sorpresa y alegría estallaron entre las mujeres a las que se sumó Marilla que acudió raudamente para sumarse a la felicidad reinante.

—¡Qué sorpresa tan grande! —Exclamó Esmeralda—. ¿Tú, casada?

—Sí, voy a hacer lo que me juré no hacer jamás en mi vida —Bromeó.

—Pero es lo mejor que pueden hacer para coronar este amor tan bonito —agregó Violeta y pensó— Martina y Sebastián, nuevamente, se casan.

—Mi niña ¡Qué emoción tan grande que tengo! —Dijo Marilla— traeré champán para festejar.

—Cuéntanos ¿Cómo fue que decidieron casarse? —Quiso saber Violeta.

—Un día, estábamos en Florencia, cenando a la luz de las velas, sacó un cintillo y me lo propuso, así, de la nada ¡Y yo ni lo pensé, le dije que sí! ¡Miren mi dedo! —Dijo mostrando el anillo con orgullo.

—Estoy tan feliz, amiga, hace tiempo que no sentía esta alegría en mi corazón. Y dime ¿Cuándo será? ¿Él se quedó allá?

—No, volvimos los tres

Enseguida, Esmeralda comprendió:

—¿Félix está en la ciudad? —Preguntó ilusionada.

—Sí y también de eso quería hablarte —Dijo con voz grave— Adam me contó que Félix está muy firme en su posición con respecto a ti.

—¿Qué te contó? ¡Dime, por favor! —Le suplicó.

Bárbara miró a Violeta, quien le ordenó continuar.

—Le dijo que necesita una mujer segura y fuerte a su lado, capaz de defender el amor que se tienen ante cualquier circunstancia adversa.

—Tiene razón —Acotó Violeta— Y estás trabajando en ello ¿No es así?

—Con todo mi corazón quiero cambiar y ser esa mujer. He leído casi todo el diario de Lucero y ella me ha dado el impulso que necesitaba para dejar de ser insegura ¡Fue tan osada para la época que le tocó vivir! Se jugó por el amor de Valiente frente a sus padres y frente a la sociedad que tenía otras reglas. Pero debo confesarles que la sola presencia de Laura me inhibe, es como si ella tuviera poder sobre mí y supiera dónde atacarme para herirme de muerte.

Violeta reparó en sus palabras:

—Mi niña, dices que has leído el diario ¿Quién fue la persona que quiso separarlos y casi lo logra?

Barbie, muda, escuchaba atentamente sin perderse ninguna palabra y ningún gesto.

—Era una viuda, ex amante de Valiente, Doña Julia de Castañeda. Hizo de todo para separarlos, elaboró un plan para secuestrar a Lucero y obligar a Valiente a casarse con ella. También trató de envenenarla.

—¡Por Dios! ¡Qué horror! ¿Y qué pasó, qué fue de ellos? —Quiso saber Bárbara.

—Nuestra amada Chila —Dijo mirando a Violeta con amor filial— la salvó.

—¿Chila? ¿Quién era?

—Era una viejecita curandera y adivina, que estuvo siempre al lado de Valiente y Lucero — Agregó, Violeta le hizo un gesto para que no la descubriera.

—¿Y qué sucedió con Valiente y esa Julia? —Preguntó Barbie cada vez más intrigada.

—No llegué a esa parte aún, te prometo que apenas lo lea, te lo cuento —Sonrió, triste.

—Sí, por favor, esa mujer me hace acordar a Laura, ella también los quiere separar —Dijo tomando las copas de champán y repartiéndolas.

Esmeralda se impresionó con la relación que acababa de hacer su amiga y cruzó miradas con Violeta ¡Laura era la reencarnación de Julia!

En la algarabía del choque de copas, su mente se rebelaba ante tamaña noticia. No lo permitiría, lucharía por su amor como lo había hecho Lucero. Quiso que la reunión terminara para ir corriendo a terminar de leer el diario, sabía que allí encontraría la fuerza que necesitaba para vencer cualquier infortunio.

El timbre de calle sonó y Marilla fue presurosa a ver quién era, entró con Adam que traía un ramo de rosas rojas.

—¡Ay, mi cielo, qué sorpresa! —Exclamó Bárbara tomando el obsequio y besándolo en la boca.

—Buenas noches —Saludó sonriente—. ¿Cómo estás Esmeralda? Señora Violeta, un gusto verla.

—Felicitaciones, querido, me parece una excelente idea la de casarse.

—Hola, Adam, yo también los felicito, —Dijo Esmeralda— estoy muy contenta por ustedes.

—¡Muchas gracias! Queremos formalizar para que me acompañe adonde me lleve mi profesión y, además, proyectamos tener hijos ¿No es así, muñeca?

—¡Sí, contigo todo! ¡Brindemos otra vez!— Acotó feliz—. Querida y dulce Marilla, no te preocupes, esta casa seguirá siendo nuestro hogar. Aquí viviremos con nuestros hijos —El ama de llaves sonrió aliviada.

—Bueno, hora de despedirnos —Anunció Violeta— El chofer me espera afuera ¿Vamos Esmeralda? te llevo a tu apartamento.

—Sí, ya se hizo tarde y mañana hay que madrugar —Respondió, besando a los novios. Cuando ya estaban por salir, se acercó con decisión a Adam:

—¿Cómo está Félix?

La pregunta, lo sorprendió:

—Bien, está en el apartamento descansando, regresará a San Silvestre después de la fiesta del compromiso de mi padre con Laura.

—Deduzco que Alexandra está mejor, entonces —Añadió Esmeralda.

—Eso creo ¿Y tú, cómo estás? ¡Realmente no comprendo por qué no están juntos!

—Porque antes tengo que resolver algunas cosas y espero que no sea demasiado tarde — Suspiró con tristeza mirando a su maestra.

CAPÍTULO 13

Esmeralda se despertó agitada, su cuerpo mojado en sudor. Tomó un vaso de agua y trató de recordar el sueño que había tenido para escribirlo en detalle, en su computadora móvil.

“Me encontraba en una choza muy precaria, sobre un camastro atada, no me podía mover. Una mujer me hablaba, no sé qué me decía pero me daba cuenta que me odiaba. Lo único que me sostenía era el amor que sentía hacia mi hombre.

Paso a una escena violenta, esa misma mujer, Julia de Castañeda, me quiere matar y Chila Me salva. Si no hubiera sido por ella, hubiera muerto. Sé que tengo mucho coraje porque el amor que siento hacia Valiente, sí, era él, me da la fuerza que necesito para enfrentar todas las desgracias. Nos amamos mucho y nos prometimos amarnos a través del tiempo. En otra escena, esa mujer, que es Lucero y que tiene un rostro muy bello viene hacia mí sonriente, se transforma en luz brillante, me atraviesa y allí me despierto”

Esmeralda se reclinó en el respaldo del sillón y se quedó unos instantes releiendo lo que había escrito. Tomó el diario de Lucero de su mesa de luz y se dedicó a leer lo que le faltaba. Tal cual lo había soñado o revivido, había sucedido en aquel tiempo cuando era Lucero de Olazábal y amaba con todo su corazón y alma a Valiente Vallejos.

Lloró con las últimas páginas, eran lágrimas de alegría y de emoción. El sueño le había anticipado lo que la lectura del diario le confirmó: la maldad de aquella mujer que, hasta estos tiempos los persiguió y el coraje y el inmenso amor de Lucero se habían fundido en ella.

Sentía felicidad y completud, una sensación nueva y única se había apoderado de su ser. Debía esperar hasta la tarde para encontrarse con Violeta y contarle lo sucedido.

Tomó el celular y escribió:

“¡Hola, Félix! ¿Cómo estás? ¿Podemos vernos?”

“Hola ¿Cuál es el motivo?—Se extrañó— Estoy con el tiempo justo”

“Necesito hablar contigo personalmente ¿Puedes venir a mi apartamento esta noche?”

Félix se rascó la cabeza y tardó en contestar, por un lado la extrañaba muchísimo, habían pasado tres meses de la separación pero, por el otro, desconfiaba, no sabía qué pretendía ella con esa reunión.

Esmeralda sufría del otro lado esperando la respuesta:

—Di que sí, mi amor, di que puedes hoy.

“Déjame ver algunas cosas y te contesto si es posible”

“Haz lo posible, por favor, es muy importante”

A Esmeralda la tarde se le hizo interminable, miraba a cada rato su teléfono para encontrar un mensaje de él pero, eso no sucedía. Finalmente, a las cinco de la tarde, le contestó escuetamente que iría a las nueve. Al finalizar su jornada laboral, se dirigió a la casona de Violeta a contarle las novedades.

—Me siento distinta, todo el trabajo que estuvimos haciendo estos meses se coronaron con este maravilloso sueño.

—Claro, mi niña, esa fue la señal de que tu autoestima está sanada y que ahora no hay nada que te impida estar con el amor de tu vida.

—Le envié un mensaje y hoy nos vamos a ver en mi apartamento —Le contó plena de felicidad.

—¿Qué reacción tuvo?

—Debo decirte que su tono era distante, es obvio ¿No? Soy yo quien debe tomar las riendas del asunto porque él me advirtió que no me buscaría. ¡Le voy a decir que lo amo y que quiero vivir con él el resto de mi vida! ¡Que no me importa Laura y sus fechorías! ¡Ni mil Lauras que se interpongan entre nosotros! porque defenderé nuestro amor con uñas y dientes.

—¡Bravo, así se hace! —Palmeó, feliz.

—Como te dije, terminé de leer el diario —Dijo con un tono apagado— Allí supe que Chila había sacrificado su vida por salvar a Lucero y a su bebé.

—Lo recuerdo y también sé cómo me fui de esa vida —Esmeralda la abrazó como una hija a su madre querida—. Partí rodeada del amor de mis seres amados, en total paz, para ir a los brazos del Padre Celestial, después de haber cumplido mis tareas.

—¡Mi amorosa madre Chila! —Exclamó Esmeralda emocionada— todas las personas que me rodean... ¿Estuvieron conmigo, en mi anterior vida? He pensado que Barbie puede ser la dulce Martina, amiga inseparable y entrañable de Lucero.

—Algunos de ellos los conociste en esa encarnación y otras personas, como Marcus, por ejemplo, en otra vida. No trates de descubrirlo, se te será dada la revelación o no. No lo controlamos nosotros, sino Ellos —Dijo mirando al cielo.

—¡Qué maravillosa experiencia es esta encarnación! Estoy muy feliz, las cosas se están acomodando... Ahora me voy porque tengo que prepararme para el reencuentro con él ¡Deséame suerte!

Violeta la abrazó tiernamente y la despidió con una sonrisa, cuando el auto partió su semblante denotaba preocupación.

A Esmeralda la devoraban los nervios, la hora se acercaba y ya se había cambiado más de tres veces el vestuario sin sentirse satisfecha con ninguno de los atuendos elegidos. Ensayaba las palabras que le diría a Félix, cómo empezaría y qué posibles diálogos se entablaría entre ellos. Finalmente se decidió por algo sencillo: una remera básica, unos jeans y unas botas de cuero tacos medianos. Su pelo largo y suelto y sus labios pintados de rojo, como a Félix siempre le gustaba verlos.

El timbre de calle sonó y, al verlo después de tanto tiempo por el monitor, el estómago se le estrujó:

—Siempre tan bello, tan varonil... —Suspiró emocionada— ¡Pasa, por favor! —Alcanzó a decirle.

Esperó a que tocara a la puerta con el corazón desbocado, se tocó el pecho para calmarlo temiendo que se notara.

—Hola, Félix —Saludó con una sonrisa nerviosa.

—¿Cómo estás, Esmeralda? —Respondió con tono neutro.

—Adelante ¿Quieres algo para tomar? Tengo vino, whisky, coñac...

—Sólo agua.

—¿Agua? —Pensó mientras la servía en un vaso de la jarra que estaba en la mesada de la cocina.

Félix la siguió, su voz grave la sobresaltó:

—¿De qué querías hablarme con urgencia después de tantos meses? —Preguntó tomando el

vaso que le ofrecía.

—Lo sé, tres interminables meses —Suspiró agobiada—. Quería contarte todo lo que me pasó en este tiempo de separación, lo que hice para llegar a este momento tan importante para mí y espero que, también para ti. Toma asiento, estoy bastante nerviosa y me intimidas si te tengo tan cerca y de pie.

Félix sonrió levemente, gesto que la perturbó.

—Tuve que trabajar mis inseguridades, mi cobardía y mis limitaciones. Tuve que sanar heridas profundas que no me permitían ser feliz contigo. Sentía la amenaza constante de esa mujer, Laura. Creía que te podía perder en cualquier momento. No me alcanzaba tu declaración de amor, no creía totalmente en tus palabras —Hizo una pausa para tomar un sorbo de agua.

Félix se cruzó de brazos, sin decir palabra, dispuesto a seguir escuchando.

—La duda me carcomía las entrañas —Prosiguió— Y los celos me cegaban la razón. Tuve que separarme de ti para hacer este camino de autoconocimiento, doloroso pero necesario —La escuchaba impávido, sin emitir sonido, hasta se podía escuchar su respiración acompasada.

Esmeralda fue a servirse un vaso de whisky y lo sorbió de un solo trago.

—¿No dices nada? —Le preguntó.

—Te estoy escuchando atentamente —Le contestó con su tono neutro.

—Anoche tuve un sueño que terminó de confirmar mi sanación —Le confesó un tanto desanimada por la frialdad que tenía la mirada de Félix.

—¿Entonces? —Dijo bebiendo lo que quedaba en su vaso de agua—. ¿Ya está, te sanaste?

—Sí, ya está...pensé que te alegrarías —Contestó decepcionada.

—Me alegro por ti, claro —Dijo poniéndose de pie.

—¡Espera, no te vayas! ¿Y nosotros? —Le preguntó, tomándolo del brazo— Yo te sigo amando ¿Y tú a mí?

Félix la miró de tal manera, que se le heló la sangre:

—Pasé mucho tiempo sin noticias tuyas, esperé que volvieras a buscarme, que me llamaras o me mandaras un mensaje ¡Nada! ¡Ni una señal de vida! No te importó cómo me sentía o qué me pasaba ¿Crees que cuando tú quieras puedes volver a mí con “Yo te sigo amando, continuemos con lo que dejamos ayer”? —Dijo enojado.

—¡Pero antes yo era una mujer partida y ahora estoy entera para ti! —Exclamó desesperada—. ¿No lo entiendes?

—Debo irme, Esmeralda, se me hace tarde.

—¡No, por favor, mi amor, no te vayas! —Le rogó con angustia en la voz—. ¿Cómo puedo demostrarte mi cambio si me apartas de ti? ¡Pruébame, vamos! —Pidió desafiante al borde de la desesperación—. ¿Es cierto que ya no me amas?

—No se trata de eso. No puedes huir de las situaciones sin importarte a quien lastimas con tu actitud o qué destruyes con tu decisión. No tengo garantías de que no vuelva a ocurrir ¿Tú sabes que mi padre se comprometerá con Laura? Y supongo que se casarán en un futuro no tan lejano ¿Qué harás si ella te provoca? ¿Volver a dejarme solo, a desconfiar de mí?

—No voy a huir más, me quedaré a tu lado, si me lo permites... ¡Dame la oportunidad de demostrarte mi cambio!

Félix se quedó dudando unos instantes:

—El próximo viernes es el compromiso. Acompáñame.

—¡Sí, claro! —Aceptó feliz y rodeó con sus brazos el cuello de Félix quien permanecía rígido— Bésame, por favor, estoy que me muero por tu boca.

Félix la observó admirando su belleza, deleitándose con la contemplación, pero no la besó. Esmeralda abrió los ojos:

—¿Por qué me rechazas? Te deseé tanto todo este tiempo —Se quejó sintiendo su irresistible perfume a madera y menta.

—Te confieso que pasé por varios estados de ánimo, el último en el que me encuentro es el de escepticismo —Dijo, desprendiéndose sus brazos.

—Está bien —Aceptó de buen grado— Me moría y me muero de ganas por besarte y tocarte, porque hagamos el amor toda la noche, pero respetaré tu decisión.

Félix tuvo que contenerse, él también lo deseaba de la misma manera, pero ya no quería pasar por otra frustración. La boca de Esmeralda lo tentaba, sus senos turgentes que se traslucían debajo de su remera lo reclamaban y la tibieza que exhalaba su cuerpo lo atraía irremediamente. Hizo un gran esfuerzo para retirarse rápidamente del lugar.

—Pasaré por ti el viernes, a las ocho —Dijo tocándole la barbilla y mirándola unos instantes, Esmeralda sintió que desfallecía. Abrió la puerta y se marchó.

—No salió todo como pensaba, Violeta —Contó, luego, en la casa de Violeta, desilusionada —. Se comportó muy distante conmigo.

—¡A no desesperar, mi niña! Era más que obvio que reaccionaría así, pasó mucho tiempo, su corazón se resintió.

—¿Por qué no me lo advertiste?

—¡Ay, mi niña, debes experimentarlo tú! Si no ¿Cómo aprendes?

El timbre sonó, era Bárbara:

—¡Hola, mujeres hermosas!—. Saludó con la sonrisa y el entusiasmo de siempre— Me dijo Adam que vendrás a la fiesta de compromiso con Félix ¿Se reconciliaron?

—No, quiere ver si mi cambio es verdadero confrontándome con Laura.

—¿Estás segura? —Preguntó su amiga alarmada— ¡Esa mujer es la peste, es mala, no quiero verte sufrir, amiga!

—Eso no va a pasar, nada ni nadie me volverá a separar de Félix —Afirmó decidida.

—¡Felicitaciones, mi niña bonita, así se habla! —Se congratuló Violeta—. Nosotros también iremos. Mauricio lo llamó a Marcus para invitarlo especialmente, se hicieron amigos. Marcus lo ha ido a visitar a la oficina un par de veces para saber de su salud y hasta han ido a almorzar juntos.

—Es mi prueba de fuego y espero estar a la altura de las circunstancias.

—No te preocupes, amiga, nosotras cuidaremos tus espaldas, como dos angelitos —Afirmó Bárbara, abrazándola.

Esmeralda eligió un vestido corto de color rojo con un escote profundo, zapatos charolados negros de tacones altos y finos y su pelo lacio, largo y suelto con dos hebillas de strass. Cuando se terminó de maquillar, se miró en el espejo de cuerpo entero, de adelante y de atrás:

—¡Excelente! Ahora dos gotitas de mi perfume favorito y lista para la batalla — Sonrió satisfecha al espejo— Tú, mi querida, al fin eres libre.

Félix, como siempre, fue puntual. La esperó reclinado sobre su nuevo auto gris acero descapotable, vistiendo un traje negro de corte italiano, zapatos al tono, camisa blanca y corbata gris claro, haciendo juego. Se había recortado un poco el cabello y se lo engominó hacia atrás y su mandíbula inferior estaba surcada por una barba prolijamente recortada. Estaba delgado aunque

conservaba su contextura musculosa y su tez estaba bronceada por el sol de Europa. Cuando vio a Esmeralda, tuvo que disimular su inmediata erección *“Ella siempre me puede”*.

Esmeralda se quedó sin aliento al verlo, sintió unos deseos irrefrenables de correr hacia él y llevarlo a su apartamento.

—Hola, mi amor —Lo saludó con un beso ligero en los labios— ¡Estás guapísimo!

—Tú, siempre bella —Dijo abriéndole la puerta y sintiendo su perfume.

—¿Auto nuevo?

—Sí, un regalo de mi padre por mi cumpleaños —Explicó encendiendo el motor.

—¡Feliz cumpleaños! —Dijo besándolo en la mejilla—. ¿Cuándo fue? Ahora me doy cuenta que nunca te lo pregunté ¡Perdón!

—El día que nos vimos en tu apartamento —Sonrió—. No hay problema, yo tampoco sé el tuyo.

—Faltan unos meses, pero te lo avisaré con tiempo, así me haces un buen obsequio —Bromeó

— En tanto, te prometo que buscaré el tuyo mañana, a primera hora.

Félix la miró y sonrió:

—No sonrías de ese modo porque voy a devorarte aquí mismo —Bromeó.

—¿En serio? Estás muy atrevida ¿Forma parte del cambio, de tu sanación?

—Ya verás, mi rey, ya verás.

Cuando entraron a la fiesta, muchos ojos se posaron en ellos, hacían una pareja perfecta. Bárbara y Adam fueron los primeros en recibirlos y los acompañaron a tomar unos tragos al bar.

Violeta y Marcus los saludaron de lejos. Mauricio se acercó con una sonrisa amplia a darles la bienvenida de la mano de Laura, quien lucía particularmente espléndida esa noche.

—¡Qué hermosa sorpresa, Esmeralda!— Exclamó Mauricio— ¡Gracias por venir en este día tan especial para nosotros! ¿No, mi cielo?

—Sí, claro —Balbuceó Laura en medio de una furia interna odiando que ella estuviera del brazo de su amor, odiando que fuera tan bella y tan joven, odiando verlo a él, tan feliz.

—Como verás, —Aclaró el novio— tuvimos que dejar de lado la idea de realizar el compromiso en la finca de San Silvestre ya que mi salud no me lo permite. Además, se retrasó, por mis problemas de salud y el momento tan dramático que tuvo que vivir Alexandra que, por suerte, ya está recuperada.

—Feliz cumpleaños, Félix, no pude verte antes para saludarte —Acotó Laura, ante la mirada de hielo del objeto de su deseo—. Creí que ustedes ya no estaban juntos ¿No te habías ido solo con tu hermano a Europa?

Adam y Bárbara, mientras tanto, contemplaban la escena percibiendo la tensión.

—No, se equivoca —Se adelantó Esmeralda—. Seguimos juntos y muy enamorados ¿No es así, mi rey?

Félix no atinó a responder porque Laura intervino exaltada:

—Uno nunca sabe, querida, en los asuntos amorosos, no hay nada seguro. A veces, surgen dificultades, problemas, conflictos y hasta “amenazas” que pueden separar a los que se juraron amor eterno. Uno nunca sabe —Repitió.

—Pero, mi amor ¡No seas pájaro de mal agüero! —Advirtió Mauricio.

—Lo digo con conocimiento de causa, mira lo que le pasó a mi hija con el ex novio de esta señorita —Dijo mirándola con desprecio—. ¿A ti nunca te golpeó?

El dominio de la situación que tenía Laura era avasallante pero Esmeralda no se acobardó:

—Thomas ejerció violencia psicológica sobre mí, pero nunca me pegó. Lamento mucho lo que le sucedió a su hija. En cuanto a las amenazas externas me tienen sin cuidado, el amor es más fuerte y vence todos los obstáculos y amenazas —Sonrió complacida.

—Bueno, bueno, la conversación nos puso muy reflexivos y éste, precisamente, no es el momento para eso —Mauricio cortó el clima— ¡Hoy es una noche para festejar! ¡Vamos, querida, saludemos a los invitados! Con su permiso, chicos.

Al quedarse solos, Adam y Bárbara decidieron ir a la pista de baile, mientras Félix pidió un brandy, impresionado por la desenvoltura de Esmeralda.

—Qué sean dos, —Pidió ella— ya vuelvo, voy a la terraza a contestar una llamada —Lo besó en la boca y Félix se dejó, mirando cómo se alejaba y regodeándose con la vista de su escultural belleza.

Alexandra había salido un momento a tomar el fresco de la noche, después de haber sufrido un hecho tan traumático, no resistía mucho tiempo las voces, las risas, la música fuerte y el incesante movimiento de la gente.

Esmeralda, a pocos metros de ella, contestaba la llamada de un cliente.

Al verla de lejos, Laura se acercó a ella y, entre dientes, le dijo:

—¿Quién te has creído que eres, mujercita insulsa? ¿Por qué no lo dejas en paz? ¡No lo harás feliz jamás, eres muy poca cosa para él! Yo sé lo que le gusta y lo complazco en todo.

—¿Lo complaces? —Le dijo con sarcasmo—. ¡Mentirosa! ¡Lo tienes hartito con tu asedio! Lo drogaste para sacarle las fotos de ustedes dos, desnudos, en la cama y con eso nos tienes amenazados. Pero ya no te resulta ¿No te das cuenta que me ama a mí y no a ti? ¿Por qué no te rindes de una vez? —Su voz era serena y contundente a la vez.

Laura se mordió el labio de rabia.

—¿Con quién crees que está cuando no te ve a ti? —Mintió.

Esmeralda sintió el impacto pero sabía que era una prueba a vencer.

—¡No te creo nada! Dices eso porque estás desesperada. Acostúmbrate, querida, porque me verás seguido —Contestó con furia.

—Tú también, porque me voy a casar con el vejete y les haré la vida imposible. Le mostraré a Mauricio las fotos que tengo en la cama con Félix.

—Eres una mujer muy ridícula —Y se retiró dejándola sumida en llanto impotente.

—¡Maldita, maldita! —Susurró— ¡Les haré la vida imposible, se van a acordar de mí por el resto de sus vidas!

—Entonces, era verdad... —Dijo Alexandra, quien había escuchado todo, sin querer, guarecida detrás de unos arbustos decorativos.

Félix la invitó a bailar mientras, a su lado, Adam y Barbie los hacían reír con sus bromas y sus gracias. Exhaustos, se sentaron a comer junto a Violeta y Marcus quienes aportaron, también, buenos momentos a los jóvenes.

—¿Estás bien? —Le preguntó al oído Félix—. ¿Ella se te acercó en algún momento? La veo inestable.

—Sí, me fue a buscar a la terraza pero no pasó nada, estás todo bien, mi amor. Ya está resuelto —Dijo tocándole la pierna.

—Estás muy sensual esta noche, —Le susurró— tienes un brillo especial.

—Es porque estoy a tu lado. Me muero de ganas de hacerte el amor —Contestó también al

oído mientras acercaba su mano, por debajo de la mesa, hacia la entrepierna.

—No hagas eso, es peligroso —Ella retiró la mano y le sonrió cómplice.

Adam se acercó a su hermano y le dijo que Mauricio quería hablar con él.

—Habló conmigo hace un rato a solas y ahora lo quiere hacer contigo.

Cuando entró a la habitación que el salón de fiesta habilitaba para que los anfitriones se cambiaran de ropa o descansaran, vio a su padre un tanto agitado.

—¿Qué tienes, llamo al doctor Roberts? ¿Tomaste tus pastillas hoy?—Se alarmó.

—No, hijo, no me pasa nada grave, no es mi corazón físico, es mi alma.

—No comprendo.

—Hablé con tu hermano y le pedí disculpas por lo mal que me porté siempre con él y con tu madre y ahora hago lo mismo contigo. Necesito que ambos me perdonen por haber sido una persona tan egoísta toda mi vida. No esgrimiré ningún tipo de excusas, no las hay. Voy a comenzar una nueva vida junto a Laura en Canadá, ella todavía no lo sabe. Quiero que nos casemos pronto para ir allá a encargarme de unos proyectos que está desarrollando Akbatan. Y quiero irme en paz con ustedes, al menos, pedirles perdón por mis enormes errores. Será difícil que, en el futuro, nos veamos seguido, por eso los convoqué.

Félix hizo un gesto de aceptación, era la primera vez que Mauricio encaraba una conversación tan sincera.

—Sé que no les agrada Laura, pero comprendan que la elegí como compañera en este, mi último tramo de vida. Nadie será como Celia, tu madre, a quien no supe amar como ella se merecía. Una dama íntegra y delicada que soportó, estoicamente y en silencio, mis infidelidades. No tengo perdón —Se lamentó visiblemente emocionado.

—Ya todo eso es pasado, deja de atormentarte.

—Dejé listo mi testamento. Todo se los heredo a ustedes, mis hijos, que tan buena gente han salido. Nuevamente, gracias a Celia, no a mí, que no fui ejemplo de nada.

—Pero... Laura ¿Sabe?

—No, ella me aseguró que está conmigo por lo que soy, no por lo que tengo y le creo.

En ese momento, la abogada entró sin golpear:

—Perdón, mi amor, pero te estaba buscando para el intercambio de anillos —Aclaró, a modo de disculpas—. ¿Qué sucede, por qué esas caras tan serias?

—Nada, arreglando cosas del pasado. Y ya que estás aquí, le estaba comentando a Félix que pronto nos casaremos —Laura hizo una sonrisa forzada— y que nos radicaremos en Quebec.

La mujer empalideció y Félix disfrutó el momento.

—¿Cómo es eso? Pero... —Se desestabilizó— ¡No me dijiste nada ni siquiera me consultaste! —Una ola de indignación y rabia la invadió—. ¿Con qué derecho decides por mí?

—Pero, mi cielo, creí que te gustaría vivir en un lugar así, trabajaremos juntos. Ya está todo arreglado, incluso, llevaremos a Alexandra para que trabaje con nosotros, así la alejaremos de ese hombre que tanto mal le hizo.

—¿Y tus hijos? ¿Ellos vendrán con nosotros? ¿Están incluidos en tus proyectos? —Miró con desesperación a Félix que decidió irse en ese momento.

—Perdón, estas son cosas privadas, me retiro —Anunció.

—Esto lo discutiremos más tranquilos en otro momento, querida, ahora vayamos a la fiesta.

La cabeza de Laura giraba aturdiéndola, no podía dejar de maldecir a Mauricio por alejarla kilómetros de Félix.

—Lo mejor será que me case y luego que fallezca “de muerte natural” —Decidió.

—¡Alexandra! —Llamó Mauricio—. Ven aquí.

—¿Sí?

—¿Te gustaría mudarte a Quebec con nosotros?

—¡Claro que sí! Lo más lejos posible de aquí —Asintió vislumbrando la posibilidad de alejar a su madre de Félix. Ahora que su máscara había caído, decidió arruinarle los planes, era momento de darle una lección.

—¡Pero, hija, —Intervino Laura— es muy pronto para tomar este tipo de decisiones! Hablaremos los tres, en unos días, del asunto.

—No hay mucho tiempo, —Adelantó Mauricio— debo estar allá en un mes.

Félix se acercó a Esmeralda y le contó lo que había sucedido. Ambos rieron alegrándose por la noticia.

El compromiso se realizó en medio de los aplausos y felicitaciones generales. Laura buscaba con la mirada a Félix y se enfurecía cada vez más al verlo reír con Esmeralda, bromear con su hermano y compartir momentos con otras personas y nada con ella.

—Mamá, —Le dijo Alexandra por lo bajo— ahora sé que Thomas me dijo la verdad con respecto a ti. Eres una mujer muy egoísta y muy mala.

—¿Qué dices? ¿Estás loca, de dónde sacas eso? —La miró espantada.

—Te escuché en la terraza hablar con la novia de Félix.

—¡No te metas en donde no te llaman! —Rugió— ¡O no respondo de mí!

—Sí, me voy a meter todo lo que yo quiera, ya me harté de ti. Eres una gran mentirosa y los estás amenazando con mostrarle esas fotos a Mauricio. Recuerdo el día que desapareciste por muchas horas y vi las ruedas del auto embarradas, habías ido a hacer tu trampa, a arruinarles la vida a ellos ¿No es cierto?

—¡Basta, hoy no estoy de humor para escucharte! —Se enfureció.

—Volviste a ser la misma de antes, te duró poco el instinto maternal —Le habló por lo bajo, en medio del bullicio— Te juro, como que hay un Dios que, a la rastra, te llevo a Canadá. ¡Tú no harás daño a nadie más!

Mientras tanto, Violeta, durante toda la noche, estuvo focalizada en percibir la energía que circulaba en el lugar. Como Marcus había entablado relación con unos empresarios amigos de Mauricio, ella no tuvo la necesidad de relacionarse con nadie. Percibía nítidamente a las energías oscuras rodeando a Laura, sabía que estaba colérica y que se controlaba porque era el centro de atención esa noche. La seguía, con la mirada, por todo el salón. —Algo la desencajó y no sé lo que es todavía —Meditaba.

Veía a Esmeralda y Félix muy tranquilos y en vías de reconciliación, un halo rosado los cubría al igual que a Adam y Bárbara. Eso la hacía muy feliz. De pronto, observó una energía disruptiva en una bella joven que le hablaba a Laura:

—Debe ser su hija —Dedujo—. ¿Qué hacen, están discutiendo? Laura está fuera de sí, creo que algo no le está saliendo bien y eso la está enfureciendo. Todo el tiempo sigue con la mirada a Félix, es su karma: no ser correspondida por él ¡Lástima que no pudo aprender y solucionarlo antes de esta vida! Esa joven no es como su madre, tiene una energía más traslúcida, se nota que ha sufrido mucho.

La música sonó para que los novios se acercaran a la pista a bailar, los invitados los rodearon y los aplaudieron. Cuando Mauricio hizo una señal para que se incorporaran, las parejas se dispusieron a bailar.

Laura comenzó a intercambiar parejas y cedió a Mauricio a la mujer del doctor Roberts

mientras ella hacía lo propio con el facultativo hasta que logró llegar a Félix, a quien arrebató de los brazos de Esmeralda.

Visiblemente molesto, Félix apenas la tocaba, pero Laura tomó su mano y se la llevó a su cintura mientras rodeaba su cuello con sus brazos.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? No me evadas, mi amor —Le decía al oído— ¡Podríamos ser tan felices, otra vez!

—Estás completamente desquiciada —Contestó incómodo.

—Te deseo tanto, veámonos al terminar la fiesta.

—No, de ninguna manera.

—¿Te piensas que me iré a Quebec? ¡Nunca me apartaré de ti! Te convenceré que vuelvas a mí, ya lo verás. Sueño con volverte a tener ¿No me extrañas? Hicimos muchas travesuras...

—Permíteme Félix, —Dijo Mauricio— esta señora es mía.

Esmeralda se acercó:

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—¡Vámonos, no soporto más la presión de esta mujer!

Se despidieron de Adam y Barbie apresuradamente. Fueron a la mesa donde estaba Violeta para hacer lo propio.

—Tranquilo Félix, todo se va a acomodar, algo está por suceder muy pronto, conserva la calma —Le dijo al oído.

—Espero que tenga razón, Violeta, porque es insoportable esta situación. No quiero hacerle daño a mi padre pero si no cesa con el hostigamiento, le tendré que decir la verdad.

Mientras se dirigían a la cochera, en el celular de Félix entró un mensaje de Laura:

“Te fuiste sin despedirte ¡Y con ella! déjala o sufrirás las consecuencias de mis celos. Te espero en dos horas en el hotel Astor”

—¿Qué pasa, Félix, quién es?

—Nada, no tiene importancia ¿Te llevo a tu casa?

—Sí, claro.

No hablaron durante el trayecto, Esmeralda se había ilusionado con una fogosa reconciliación pero no percibía a Félix en ese plan. Cuando llegaron, le abrió la puerta y la ayudó a descender como siempre lo hacía:

—Gracias.

—Perdóname, no me siento bien. Te agradezco por tu compañía y por tu buena predisposición. Te llamo.

—Como quieras... —Esmeralda lo besó ligeramente en los labios y entró al edificio.

—¿Me disculpas, querido? hoy estoy muy cansada ¡Fueron muchas emociones! —Dijo Laura, mintiéndole como siempre— Me iré a casa con Alexandra, ella aún sigue débil ¿No te enojas?

—No, mi vida, yo también lo estoy —Contestó condescendiente— Mañana nos vemos.

—Bueno ¡Vamos Alexandra! —Le ordenó con tono hosco.

Al llegar a la casa, Laura se encerró en su cuarto para ducharse. Alexandra entró sigilosamente para hurgar en la cartera de su madre y localizar su celular. Intentó con varias claves hasta que se le ocurrió hacerlo con su propia fecha de nacimiento y resultó.

Leyó: ***“Te fuiste sin despedirte ¡Y con ella! déjala o sufrirás las consecuencias de mis celos. Te espero en dos horas en el hotel Astor”***

—No lo harás, te lo impediré —Murmuró airada, buscó las fotos amenazantes y las borró y supuso que tendría un pendrive guardado en la caja fuerte. Pero ya no tenía tiempo para eso, Laura había terminado de bañarse. Guardó el teléfono en la cartera y le sacó las llaves del auto.

Cuando apareció en el living, su hija la estaba esperando:

—¿Adónde vas a estas horas, mamá?

—Me arrepentí, voy a la casa de Mauricio.

—¡Mientes, como siempre! —Le gritó— vas a encontrarte con Félix o, al menos, es lo que esperas.

—¿Pero quién te ha dado el derecho de inmiscuirte en mis cosas, chiquilla insolente?

—¡Tengo todo el derecho, soy tu hija y ya no soy una chiquilla, tengo veinticinco años! Me avergüenza profundamente lo que estás haciendo con Mauricio, al que engañas vilmente, y a Félix, al cual persigues como una perra en celo —La bofetada le hizo sangrar el labio.

—Perdóname, Alexandra, no quise... —se acercó para remediar lo que había hecho.

—Aléjate de mí —Gritó iracunda—. No irás a ninguna parte, no le arruinarás la vida a esas personas como lo hiciste conmigo.

—¿Contigo? —Se indignó— ¡A ti te lo he dado todo!

—Sí, es verdad, todo, menos amor. Sólo pudo ver algo de ternura y cariño este último tiempo y ahora dudo si fue cierto.

—¡Claro que fue cierto! Pero no quiero que me cuestiones, por eso reacciono de esta manera. Ahora debo irme —Anunció buscando las llaves de su auto—¿Dónde están? Si yo las dejé... ¡Dámelas, Alexandra, no seas infantil!

—Te dije que te lo impediré.

—Bien, entonces me iré en un taxi —Rápidamente salió a la calle.

Félix se sentía saturado por la situación, detestaba a Laura con todas sus fuerzas.

—Es insistente, terca, perseverante, obsesiva, mala —Resopló leyendo los mensajes que le enviaba, lógicamente no contestó ninguno. Entonces, comenzó a llamarlo insistentemente. Silenció el teléfono y se duchó, esperando que la noche pasara rápido y la mañana le trajera la claridad que necesitaba. Recibió un llamado de Adam:

—¿Qué pasa?

—Me llamó Alexandra hace un momento. Quería avisarte que borró las fotos del celular de su madre y que encontró en su caja fuerte, un pendrive en donde guardaba las copias. Lo tiene en su poder y lo va a destruir.

—¿Sí? ¡Fantástico! ¿Cómo se enteró?—Se alegró—. Pásale mi número.

Adam obedeció, acostado con Barbie, que seguía paso a paso la situación.

—Ya no tiene cómo extorsionarme. Se terminaron las presiones —Resopló aliviado

“Hola, sí, soy yo —contestó al vibrar su celular— gracias por ayudarme, Alexandra. Ah, las escuchaste discutir. Sí, me imagino. Lo sé, la conozco muy bien, nuevamente gracias y cuídate, cuando se entere que destruiste el pendrive también, se enfurecerá. Cuenta conmigo para lo que necesites”

Mientras conversaban, el timbre del apartamento sonó. Se fijó por la mirilla y maldijo:

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo logró entrar? —Abrió la puerta para darle fin a la situación.

—Como no viniste ni me contestaste los mensajes ni los llamados vine para estar contigo —Entró apurada— ¡No perdamos tiempo, vamos a la cama!

—¡Ya basta, Laura, vete! Tu juego se terminó.

—¿De qué hablas? Aquí están las pruebas —Dijo señalando su celular— Y, además, tengo copias bien guardadas. Se las mostraré a Mauricio si no vuelves conmigo.

—Haz lo que quieras, ya no me importa —Y tomándola del brazo la llevó hasta la puerta de salida— ¡A mí no me amenazas más!

—¡Te vas a arrepentir, serás el responsable de la muerte de tu padre! —Gritó golpeando la puerta, luego, Félix oyó cómo se alejaba insultando al aire, furiosa.

De salida y sintiéndose impotente, Laura buscó las fotos para cerciorarse de que seguían allí, era el arma triunfal con que contaba.

—¡No están! —Dijo desesperada—. Pero... ¿Cómo puede ser?

Enseguida se dedujo que Alexandra había decodificado la clave.

—¡Muchacha entrometida! ¡Ya me va a escuchar!

Mientras desayunaba, Félix recibió un llamado de Esmeralda:

“Hola ¿Estás bien? Me quedé preocupada por ti”

“Hola, buen día, es que Laura es un dolor de cabeza enorme. Pero, hay una buena noticia, Alexandra me llamó anoche para decirme que borró las fotos y destruyó la copia que tenía guardada su madre en la caja fuerte”

“¿Qué buena noticia! ¿Y ella cómo sabía?”

“Las escuchó discutir en la terraza por pura casualidad. Quiero contarte algo más: anoche, cuando nos íbamos, recibí un mensaje de Laura para vernos en un hotel. Como no le di importancia, de madrugada vino al apartamento”

“¿Y qué pasó? —Preguntó ansiosa”

—“Por suerte ya había hablado con Alexandra, así que la eché sin miramientos. Por supuesto que se fue insultando y amenazando, como de costumbre, pero, ya todo acabó”

“Quiere decir que estás libre... ¿Y nosotros? ¿Qué hay de nosotros?”

“Mira, no tengo dudas del amor que nos tenemos pero la separación hizo que las cosas cambiaran, no sé...Anoche te vi distinta, pero necesito aclarar mis ideas. En una hora me voy a San Silvestre. Tengo trabajos pendientes allí, el tiempo dirá”

Con lágrimas en los ojos, Esmeralda contestó:

“Soy la responsable de esto que nos pasa, fui una cobarde, no estuve a la altura de este amor. Lo siento mucho, mucho. Que tengas buen viaje”

Resignado e impotente, Félix comenzó a preparar el bolso de viaje.

Alexandra sentía una gran satisfacción al haber hecho justicia. La extorsión con la que su madre sometía a Félix, le parecía una gran canallada. Se indignaba al pensar que se había comprometido con el padre para estar cerca del hijo.

—Sé que descubrirá que fui yo y se pondrá furibunda —Reflexionaba. Al escuchar llegar a su madre y dar un portazo, corrió a poner llave a su habitación.

—¡Abre la puerta, niña tonta! ¿Qué hiciste con las fotos? —De pronto, un pensamiento atravesó su cegada mente y corrió a la caja fuerte, la abrió desesperada y gritó cuando no halló el pendrive. Volvió corriendo a la habitación de Alexandra y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Tú no eres nadie para meterte en mis asuntos! ¡Sal de ahí, cobarde, enfrentame! —Esperó alguna reacción por algunos minutos— ¡No importa, mañana hablaremos y anda preparando las valijas, te irás de esta casa! ¡Bastarda desagradecida!

Alexandra recibió cada palabra como pequeñas incisiones en todo su cuerpo, lastimándola,

desangrándola sin piedad.

—Esa eres tú, madre y siempre lo serás —Dijo resignada mientras las lágrimas surcaban su rostro de espanto.

Por la mañana, Laura se levantó y salió a correr para ordenar sus pensamientos y buscar otra estrategia, esta vez, más elaborada.

Al escucharla salir, Alexandra se duchó y desayunó, esperándola para discutir sobre lo sucedido. El timbre la sacó de sus pensamientos:

—¿Quién será ahora? —miró por la ventana y se asustó— ¡Es Thomas!

—¡Ábreme, Alex! Sé que estás ahí, ábreme, no te voy a hacer nada, te lo prometo.

La muchacha entreabrió la puerta con temor:

—¿Qué haces aquí? Tú tienes una restricción que estás violando.

—Vine a pedirte perdón, no quise que pasara todo lo que sucedió esa noche.

—Ya no importa, sigue con tu vida que yo haré lo mismo con la mía.

—¿Qué siga con mi vida? —Se exaltó y entró empujándola—. ¿Cuál, la que me arruinaron tú y la perra de tu madre? ¡Estoy sin trabajo y en bancarrota, tuve que pagarte a ti, por orden de la justicia, una importante suma de dinero que eran todos mis ahorros!

—¡Yo no tengo la culpa de tu violencia, de tu carácter irascible, de que todo lo resuelvas con agresiones, te pido que te vayas o...!

—¿Sabes que tu querida mamá contrató a un tipo para que me diera una golpiza que me envió con varias fracturas al hospital? ¡Mira, todavía tengo el entablillado! —Rugió, agitando su brazo izquierdo.

—¡No digas tonterías, Thomas, ya basta, retírate, por favor!

—No, no me iré hasta que me devuelvas mi dinero ¡Ustedes me despojaron de todo!

—¿Qué haces tú aquí? —Gritó Laura, desesperada, al tiempo que tomaba el atizador de hierro de la chimenea— ¡Alexandra, aléjate de él!

—No le hice nada, —Contestó irónico— estábamos hablando ¿No es cierto, nena?

—Mamá, deja eso, te lo suplico —Le dijo atemorizada.

—¡No lo voy a dejar hasta que se vaya! ¡Nada tiene que hacer en esta casa! ¡Llama a la policía!

—¿No le dijiste a tu hija que me enviaste un sicario para que me mate, víbora?

—¡Sólo a que te den una severa lección, por haberla mandado a terapia intensiva, malnacido!

—¡Mamá! ¿Cómo fuiste capaz? —Exclamó Alexandra.

—¿No la conoces todavía? Ella es capaz de todo...

—Sí, no te quepa duda —Lo amenazó fuera de sí—. Si no te vas, te clavaré este atizador en tu cabeza ¡Ganas no me faltan, te lo aseguro!

—Dame mi dinero y me voy —Dijo acercándose más.

Laura, lejos de amilanarse, se adelantó y le asestó un golpe en el cuerpo que le abrió una herida profunda en el costado, la cual, comenzó a sangrar profusamente. Thomas se enfureció y con un empujón la derribó. Su cabeza dio de lleno en el borde filoso de la chimenea, al punto que la dejó inconsciente.

Todo pasó en un instante para Alexandra, que se había quedado paralizada por la escena violenta que había presenciado. Como si todo sucediera en cámara lenta, vio que Thomas huía tomándose el costado de su cuerpo y con las ropas ensangrentadas mientras su madre yacía inconsciente. Sin capacidad de reacción, se quedó mirándola inmóvil, unos minutos.

—¡Dios mío! —Pensó— debo hacer algo.

Miró su celular que estaba sobre la mesa de la sala y lo buscó para llamar a la policía y que trajeran la ambulancia. No supo cuánto tiempo pasó, como un autómata se dirigió a la puerta para dejar pasar a los paramédicos que llevaron a Laura al hospital zonal, mientras el oficial le tomaba las primeras declaraciones.

—Señorita ¿me escucha, entiende lo que le estoy preguntando?

Alexandra lo miró aturdida:

—Sí, —Balbuceó— quiero ver a mi madre, por favor ¿Me lleva?

—Hola, perdóname la tardanza. Mi hijo mayor tuvo su segundo niño e hicimos una video llamada —Se disculpó Violeta al saludar a Esmeralda, quien la había invitado a almorzar.

—Sí, Klaus, el que vive en Alemania ¿No? ¡Te felicito, abuela por tercera vez!

—Así es, muy pronto iremos con Marcus a pasar una temporada con ellos y visitar a mis otros hijos: a Katherine y su niña Isabel que ya tiene cuatro años y viven en Londres y a mí querido Benjamín que está estudiando en Barcelona ¡Cómo los extraño!

—¡Qué linda familia formaste, mi amada Violeta! —La abrazó con ternura.

—¡El Cielo me recompensó! —Reflexionó—. Cuando encarné en Chila, mi vida era otra... Pero los tenía a Valiente y a Lucero que me daban todo su amor y atención.

Ambas se quedaron unos minutos ensimismadas.

—¿Y bien? ¿Se reconciliaron? Los vi irse de la fiesta —Preguntó sonriente.

—No, lamentablemente —Dijo triste— Iba todo bien hasta que recibió un mensaje y su humor cambió, Laura lo estaba hostigando como siempre pero su hija, Alexandra... —Entonces pasó a contarle todo lo que sabía— Hoy se fue a la finca, me dijo que las cosas entre nosotros no eran como antes, que se iba para aclarar sus ideas.

—Comprendo, era un riesgo la separación pero no había otro camino, mi niña —La consoló—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a ir tras él, no dejaré que pase el tiempo ¡Ya no! —Dijo decidida— Hablaré con Marcus para pedirle adelantar mis las vacaciones, necesito unos días —Y reparando en la abstracción de Violeta—. ¿Qué te sucede? ¿Estás conectada? ¿Qué estás recibiendo?

Su Maestra tenía los ojos cerrados y no contestaba a las preguntas porque se hallaba en otra parte. Esmeralda hizo silencio, acompañando la conexión Se quedó inmóvil esperando que comunicara algún mensaje. Al cabo de unos minutos, abrió los ojos:

—Laura está en una dimensión árida...parece un desierto, algo inhóspito. Su alma deambula sin sentido, no sabe lo que le está pasando...

—¿Qué significa eso? ¿Cómo dices que ella está...?

—Ese lugar es de transición, su alma está allí porque algo le pasó a su cuerpo. Lo he visto en la fiesta de su compromiso, un halo oscuro la seguía, la envolvía, estaba pegado a ella y eso es, mal presagio.

El teléfono sonó y Esmeralda dio un respingo:

“Hola, Barbie ¿Qué, cuándo, qué pasó? Dime, te escucho ¿Thomas? ¡Dios mío! Sí, por favor, sí, nos mantenemos en contacto.”

—Thomas atacó a Laura y la dejó inconsciente, está en coma en el hospital.

—¿Lo detuvieron? ¿Qué pasó con él?

—No, lo encontraron muerto al borde de la autopista, parece que quiso cruzar y lo atropelló un camión —Dijo llorando.

—Era de esperar que terminara mal ¡Ay, esta humanidad que le cuesta tanto aprender! —Miró al cielo, angustiada.

—¡Qué horrible todo lo que está pasando! —Agregó muy afectada— Laura en coma... Thomas, muerto...

Violeta, otra vez había conectado con el plano espiritual.

—¿Qué ves? por favor, dime, Maestra.

—Veo a Laura, asustada porque no sabe dónde está, corre, se detiene, busca algo a alguien, pero no hay nadie ni nada alrededor. La atmósfera es pesada y polvorienta, todo tiene un color amarillento. Se ve vencida, con mucho miedo...

—¿Y el alma de Thomas?

—Él está alrededor de su cuerpo, que está en la morgue. Tampoco comprende qué pasa, mira los movimientos de los médicos forenses y quiere impedir la autopsia. Eso es imposible. Lo vienen a buscar para llevarlo a su nueva morada. Por lo que veo, por los seres que lo vienen a buscar, creo que se suicidó. Es un delito muy grave atentar contra la propia vida...

—Pero él no creía en Dios, era ateo.

—Eso no importa —Contestó abriendo los ojos— Las Leyes Divinas rigen para todas las almas, sin distinción. Mientras Laura esté en coma, su alma permanecerá en esa morada, tiene muchas cosas que resolver, que aprender, cosas de qué arrepentirse y reparar el daño ocasionado a varias personas... Esta encarnación le dio la oportunidad de modificar su conducta pero, hasta el momento, no lo logró. En cuanto a Thomas —Violeta hizo una pausa para tomar un sorbo de té— siempre se manejó con mucho egoísmo, codicia y violencia. Al enredarse con Laura, selló su destino.

—Pero, no comprendo, tú me enseñaste que existe en este planeta el libre albedrío ¿Por qué hablas del destino también?

—Porque al elegir uno de tantos caminos en una situación determinada, trazas las consecuencias o destino. A veces se puede torcer y, otras, como en este caso, es ineludible. Lo lamento mucho, sé que lo quisiste bien, alguna vez —Violeta recibió un mensaje de Marcus y le dijo a Esmeralda:

—Mí niña, mi esposo me requiere, debemos hacer unos trámites antes de irnos a Europa. Estamos en contacto. Almorzaremos otro día, en otra circunstancia más feliz ¿Sí?

Esmeralda se dispuso a preparar su bolso de viaje. Tenía sensaciones encontradas, por un lado, se sentía esperanzada con la reconciliación con Félix, iba decidida a reconquistarlo. Pero también, la muerte de Thomas la llenaba de amargura y estupor. En esas cavilaciones se hallaba cuando Barbie la llamó:

“Hola, amiga, no sé cómo decírtelo...”

“¿Qué pasó ahora?”

“Adam se comunicó con la policía por el tema del accidente de Laura y le contaron que Thomas se suicidó, que ese fue el resultado de la autopsia”

“Pero, me dijiste que lo habían atropellado en la autopista”

“Sí, él se arrojó desde un puente y un camión lo arrolló, ya muerto”

“¡Ay, Dios mío, qué destino tan desgraciado! Violeta me lo había anticipado”

“¿Quieres que vaya para tu casa? Estoy a medio camino”

“Sí, ven, por favor. Necesito descargarme”

Félix se enteró de lo sucedido, por su hermano, camino a San Silvestre.

“¿Cómo está Mauricio?”

“En el hospital, acompañando a Alexandra. Hablé con el oficial a cargo y me contó lo que pasó. Aparentemente, Thomas fue a hacerles varios reclamos, pelearon, Laura lo hirió y él la empujó, golpeándose la cabeza. Thomas huyó del lugar y se suicidó. Un amigo que lo hospedaba en su casa, declaró que estaba sufriendo una fuerte depresión desde que perdió el trabajo y culpaba a ambas de sus desgracias. El oficial deduce que Thomas habrá pensado que mató a Laura y por eso tomó esa drástica determinación”

“¿Y ella?”

“Hace un rato, Mauricio me llamó para contarme que no está respondiendo a los estímulos, que no despierta y que esto puede ser cosas de unas horas o días. Tampoco se sabe el daño producido por la caída, hay que esperar. Te mantengo al tanto”

Inmediatamente, Félix llamó a Esmeralda:

“Hola ¿Cómo estás? Me enteré recién lo de Thomas”

“Hola. No sé cómo estoy. No puedo creer que haya muerto”

“Es impactante, lo sé”

“Gracias, mi bien. Me haces mucha falta”

Félix no respondió.

“Hola ¿Estás ahí?”

“Sí, no sé qué decir. Todo esto es irremediable”

“Están tocando el timbre, debe ser Barbie, nos hablamos, adiós”

“Está bien, cuidate”

Bárbara había llegado para acompañar a su amiga del alma:

—¡Cuánto lo siento, corazón! —La abrazó fuerte— Thomas nunca me cayó bien pero, no por eso no lamento lo que le sucedió.

El timbre volvió a sonar, era Amalia que se había enterado de la noticia por las redes sociales:

—¡Ay, corazón! ¿Qué pasó? —Dijo tomándola de las manos para acariciarlas.

Barbie le contó sintéticamente el incidente y el fatal desenlace.

—Sabemos que el que se enreda con el mal, termina siendo su sirviente y es destruido por la misma maldad —Concluyó Amalia.

—Violeta me explicó dónde está el alma de Laura. Y también dónde fue el alma de Thomas — Dijo apesadumbrada.

—Dime ¿Cómo es eso? —Quiso saber Bárbara.

—Es mejor que lo expliques tú, Amalia.

—En el caso de Laura: ella se halla en una zona intermedia, dentro de lo que son las dimensiones celestiales. Está entre la vida y la muerte. Particularmente, ella, por sus acciones, se encuentra en un desierto, un páramo desolado, hay otras almas que deambulan pero no las ve, no se ven entre sí —Relataba con los ojos cerrados— Está desesperada porque no entiende qué hace allí. En cuanto a Thomas, se ha suicidado y ésa, es una falta gravísima, pues el Creador es quien nos da la vida, que es algo muy valioso. Tenemos una tarea que hacer, no podemos irnos antes por decisión propia.

—¿Están juntos? Digo, en el mismo lugar —Preguntó Barbie.

—No, ella no murió. Él sí, y está en una dimensión bastante densa. No es un lugar agradable. El alma de Thomas está con otros suicidas tratando de comprender.

—¿Se quedará allí por siempre? —Se alarmó Esmeralda.

—Hasta que su alma pida ayuda de verdad, no por desesperación, si no por convencimiento. Ahí, entonces, los Seres de Luz, vendrán a buscarlo para llevarlo a moradas de aprendizaje — Amalia abrió los ojos.

—Esas moradas son como las escuelas de aquí en la Tierra, según me explicó Violeta — Agregó Esmeralda— Aprendemos aquello que no pudimos hacer, encarnados, para poder volver mejor.

—Pues, a Thomas, le llevará “tiempo” esas lecciones, aunque no sea el mismo tiempo que el de la Tierra.

—Esmeralda ¿Por qué no descansas un poco? Te veo cansada —Le dijo Amalia— Yo me retiro. Si me necesitas, sólo toca el timbre.

—Ve, amiga, yo me quedo a cuidarte, duermes aunque sea una hora, te hará bien.

—Quiero ir a San Silvestre, mi intención, antes de que me llegara esta triste noticia, era reunirme con Félix y eso haré después de descansar un rato. ¡Gracias por todo, ustedes son mi familia! —Exclamó abrazándolas.

Había pasado una media hora cuando Félix tocó el timbre y Bárbara le abrió contenta:

—Ésta es la medicina que curará todos los males de mi adorada hermana del corazón.

Lo dejó pasar y le dijo al oído dónde estaba ella, dejándolos solos.

Félix entró sigilosamente a la habitación, que estaba en penumbras, se acostó a su lado y la abrazó.

—Mi bien...te extraño... —Murmuraba entre dormida.

—Estoy aquí, mi reina —Le susurró al oído.

Ella abrió los ojos y se dio vuelta.

—¿Pensé que era un sueño! ¿No estabas en San Silvestre?

—A medio camino, pero decidí volver para estar contigo.

—¿Has visto la desgracia que sucedió? —Dijo angustiada.

—Sí, me contó mi hermano. Es algo que nos excede, algo malo que se desató entre ellos. Deja de preocuparte por lo irremediable —Su cuerpo se pegó al de ella—. Quiero estar junto a ti hoy y para siempre, mi reina.

—Siempre me has llamado así, desde que eras Valiente...

—Porque eso eres y eternamente lo serás: la reina de mi corazón.

Se besaron locamente, se arrancaron la ropa, se mordieron la piel y se desesperaron por poseerse.

—Tú eres mía y yo de ti —Repetía mientras la poseía.

—Sí...siempre tuya y tú de mí ¡Te extrañé tanto, tanto!

—Déjame verte, bella mía —Pidió cuando la calma llegó— párate a mi lado, tu cuerpo es tan sensual. ¡Lo soñé tantas veces!

Esmeralda obedeció complacida.

—Eres irresistible —Dijo subiéndose a horcajadas sobre él—. Creí volverme loca por no tenerte así, pegado a mí.

Después de saciarse mutuamente, se quedaron abrazados un largo tiempo, solo disfrutando el reencuentro.

Félix reparó en el bolso de viaje que yacía en el piso, le preguntó:

—¿Viajas?

—Sí, mañana me voy.

—¿Adónde?

—A San Silvestre contigo —Afirmó besándolo.

—Pero...

—Es que iba a ir tras de ti, mi rey ¿Adónde más?

—Realmente me sorprendes, has cambiado mucho... aunque falta algo.

—¿Qué falta, mi amor?

Félix la apartó unos centímetros y se incorporó en la cama:

—Cuando estuvimos separados y yo viajé a Europa, —Dijo con cuidado mirando el rostro de Esmeralda— tuve algunos encuentros con Marian.

Ella no se inmutó y después de unos minutos, dijo:

—La azafata, la recuerdo bien... ¿Sólo fue sexo?

—Sí. Sólo contigo hice y hago el amor.

—Está bien, estábamos separados. Eras libre de hacer lo que quisieras. No es algo que me agrade, pero lo comprendo y lo acepto. Pero ¡De ahora en más, todo tú, me perteneces!

Félix, sorprendido gratamente por el cambio producido en ella, la acercó hacia él y la besó con dulzura y luego con pasión. Besó sus pechos hasta hacerla enloquecer y la deseó más que nunca.

—Hazme tuya, por favor, no aguanto más. Tanto, tanto te extrañé...

—Claro que sí —Jadeó mientras se mecía rítmicamente sobre ella.

Por la mañana, partieron hacia San Silvestre. Durante el trayecto, rieron y se dijeron frases de amor muy sentidas por ambos.

—Te veo feliz, mi amor, como si te hubieras sacado un peso de encima —Dijo Esmeralda— La noche del compromiso de tu padre estabas muy tenso y cuando nos despedimos, pensé que todo había terminado. Luego, cuando te llamé y me dijiste que te ibas a ordenar tus ideas, que las cosas no eran como antes, fue como si un cuchillo me hiciera añicos el corazón.

—No fue mi intención, te lo aseguro. Toda la presión que Laura ejerció sobre mí, me pesaba enormemente. Me quitaba las ganas de ser feliz a tu lado porque esa “espada de Damocles” estaba pendiente todo el tiempo. Cuando me enteré de que estaba en coma en el hospital, lo confieso, me alivié. No le deseo la muerte pero sí me reconforta que estará mucho tiempo en recuperación —Se sinceró Félix—. Nunca hubiera imaginado que mi padre la conocería y terminaría comprometiéndose con ella.

—¿Pero no te diste cuenta? ¡Lo hizo deliberadamente! Buscó a tu padre para estar cerca de ti y reconquistarte.

—¿Tú lo crees? No lo había pensado, creí que era una casualidad.

—Como dice Violeta: las casualidades no existen, son causalidades.

—Tiene toda la razón, nuestra querida Chila —Bromeó—. ¿Sabes? Violeta me dijo en la fiesta, que algo estaba por ocurrir con ella, que mantuviera la calma. ¡Y mira luego lo que sucedió!

—Y Thomas se suicidó creyendo que había asesinado a Laura. Estaba deprimido después de haber atacado a Alexandra, su vida se derrumbó por completo ¡Pobre muchacha con esos dos! —Suspiró triste Esmeralda— ¡Quisiera que todo este horror se alejara de nuestras vidas lo antes posible!

—Tengo una sorpresa en el baúl —Le contó para alegrarla.

—¿Qué es, dime?

—Lo verás cuando lleguemos.

Jaime y Mecha los estaban esperando pues Félix les había avisado que irían esa misma mañana.

—¡Bienvenido patrón, tanto tiempo que no viene por aquí, bienvenida señorita Esmeralda! Pasen, Mecha les ha preparado el almuerzo.

—¿Cómo va todo por estos lados? Luego hablaremos, Jaime, toma las llaves de la camioneta y busca del baúl un paquete grande y tráemelo a la biblioteca, con cuidado, por favor.

—¡Al fin en nuestra casa! —celebró Esmeralda— Aquí seremos felices por siempre, mi rey.

—¿Y eso? —Sonrió.

—Lo conversaremos luego, tengo planes que te incluyen —Dijo besándolo en la boca.

—¡Señorita Esmeralda, que bueno que haya venido!—la saludó Mecha— les he preparado algunas cosas ricas como aperitivo hasta que termine de cocinar la carne.

—Gracias, Mecha, eres muy amable ¡Qué rico está todo esto!

—¿Un poco de vino? —Félix le ofreció una copa.

—¿Me vas a emborrachar para que mis defensas bajen y puedas desnudarme sin resistencia? —Lo provocó susurrándole al oído.

Félix sonrió por la ocurrencia.

—Esa sonrisa me mata, me excita, me vuelve loca —Confesó ardiente.

—Mecha, deja la carne para la noche y prepárame una canasta con estas cosas ricas, agrega queso de cabra y frutos secos, dos copas, el vino y agrega una manta, por favor —Ordenaba sin apartar sus ojos de Esmeralda.

Caminaron fuera de los límites de la finca, hacia el bosque lindero, parecía que Félix conocía como la palma de su mano el lugar pero, en realidad, lo estaba haciendo intuitivamente.

—Sé que es por aquí —Pensaba.

En un claro del bosque, acomodó la manta y se sentaron a comer y a beber disfrutando de la soledad del paisaje. Cerca se escuchaba el agua del arroyo correr y el trinar de los pájaros en los árboles, hizo que ambos se sintieran tocados por la belleza circundante.

Esmeralda se recostó en la gramilla y Félix a su lado, tomándose de la mano.

—Lo que nos pasó es mágico, mi amor —Dijo Esmeralda—. Nuestras vidas pasadas, el encuentro en este tiempo, las personas y circunstancias que nos rodearon, las lecciones que aprendimos ¡Todo! nos llevó a este día.

—Sí, es verdad, me resistía a aceptarlo, pero tuve revelaciones desde que te vi. Y, una a una, se fueron uniendo, pese a mi ceguera, hasta que se armó el rompecabezas: Hemos sido y hoy somos muy felices juntos, mi reina.

Ambos se besaron intensamente, esta vez, disfrutándose sin tiempo, acunándose al ritmo unísono de la pasión que los desbordaba llegando al paroxismo pleno.

—Hace frío ¿Vamos a la casa? Quiero que veas la sorpresa que te prometí —La invitó mientras se vestía.

—Sí, pero antes quiero saber qué hiciste con las sepulturas.

—Como habíamos quedado, mi amor. Antes de viajar a Europa, di instrucciones a los obreros de que las sacaran y los huesos sean incinerados. Las cenizas están esparcidas en el jardín y en el huerto, que fue realizado en donde estaban las sepulturas.

—¡No sabía lo del huerto! —Dijo entusiasmada— ¡Vamos a verlo!

Cuando llegaron, se quedaron en silencio unos minutos. Y mirando el cartel que decía “Chila” repujado en madera noble, con lágrimas de emoción, Esmeralda dijo:

—¡Gracias al Cielo por esta vida, que es una bendición!

Félix la abrazó, conmovido:

—Gracias a Dios por este regalo —Agregó— y aquí, en este lugar tan especial, quiero pedirte que te cases conmigo.

Esmeralda le sonrió:

—¡Adivinaste mis planes, hoy te lo iba a proponer! Ya no quiero vivir separada de ti por más tiempo.

—¿Y qué me contestas?

—¡Que sí, mi rey! ¡Mil veces sí! —Se besaron largamente, sonrieron felices y se dirigieron a la casa.

—Ven a la biblioteca —Félix le tapó los ojos para que la sorpresa fuese mayor— Ahora ¡Ábrelos!

Esmeralda contempló el cuadro hecho a la carbonilla: eran dos parejas.

Reconoció la segunda, eran Félix y ella pero la primera no la había visto nunca. Lo miró intrigada:

—Son Lucero y Valiente, mi reina.

Se acercó, conmovida, para apreciar sus rostros. La pose de ambas parejas era similar, las ropas diferían, por supuesto.

—Pero ¿cómo sabes que eran así? ¿Tú lo hiciste? ¡Tiene las hebillas que me...le regaló Chila —Se corrigió— y la chalina que heredé!

—Sí ¿Te gusta? Es una de mis habilidades ocultas, cuando hice la regresión con Violeta, los vi e hice un esbozo apenas pude.

—Me causa una extraña sensación verlos...vernos. Nunca me hubiera imaginado que el ciclo de la vida era así. Mis padres eran creyentes, conservadores, respetuosos de otras creencias pero nunca se habló de reencarnación.

—Tampoco es mi caso, bonita —Dijo tomándola de la cintura— pero todo lo que nos pasó desde que nos conocimos y la presencia sabia e invaluable de Violeta, nuestra Chila amada, lograron convencerme de que el amor es eterno, que nunca muere.

—Me impresiona pero es así ¡Muy buena idea, mi rey, dibujas muy bien! Tendremos que hacer algunas explicaciones a los que nos visiten, introducirlos en la Ley de la Reencarnación —Bromeó— Tengo hambre, amor, merendemos —Propuso, feliz.

Félix se quedó contemplándola, absorto.

—¿Qué pasa, mi corazón?

—Estoy profundamente enamorado de ti, mi alma está en paz y quiero casarme lo antes posible porque quiero niños revoloteando por esta finca.

—¡Así será! —Contestó conmovida—. Conversaremos, en estos días, cómo será nuestro futuro. Yo siento lo mismo, la vida es muy hermosa si estás tú.

Se besaron, se contentaron uno al otro y se fundieron en un abrazo amoroso.

Mecha los estaba esperando con café humeante y torta casera de vainilla con glaseado de limón.

—¡Qué rico! —Exclamó Esmeralda— ¡Gracias, Mecha!

—¿Sabes? ¡Nos vamos a casar muy pronto! —Anunció sonriente Félix.

—¡Cuánto me alegro, patrón, señorita! Ustedes son dos personas muy buenas y se nota que se quieren mucho —Dijo contenta.

—Viviremos aquí, porque deseamos que nuestros hijos crezcan en contacto con la naturaleza —Agregó Esmeralda mirando a Félix, que se asombró por la noticia.

—¡Me encantan los niños, señorita! Mi hija ya es adulta y vive lejos. Serán como mis nietos. Con su permiso, me retiro —Cuando se quedaron solos, a Félix le brillaban los ojos:

—Así que ya organizaste nuestro porvenir ¿Cuántos hijos tendremos?

—¡Los que vengan! —Dijo sonriente— Bueno, no tan así, pongamos como límite cinco ¿Qué te parece?

—Me imagino siendo padres —Sonrió—. Será una experiencia maravillosa.

—Primero planeemos la boda. Yo quiero que sea aquí y pronto.

—¿En quince días?

—Me parece excelente, rodeada de la gente que queremos y nos quiere, algo íntimo. Pensé en hablar con Marcus para ofrecerle trabajar desde San Silvestre exclusivamente con la línea “Lucero” ¡Basta de viajes! No deseo separarme más de mi amor, de mi vida, de mi rey.

—Un rey que desea muchísimo a su reina —Dijo tocando su intimidad por debajo de la mesa.

De pronto, el teléfono de Félix sonó:

—Es Mauricio —Le dijo a Esmeralda.

“Hola ¿qué sucede? Tranquilo, no te entiendo, habla más fuerte”

“Que Laura falleció hace unos minutos, hijo”

“Lo siento, papá ¿Estás solo?”

Félix puso el altavoz para que Esmeralda escuchara.

“No, está Alexandra, Adam y Bárbara. No creí que moriría. A la madrugada, la enfermera me llamó porque estaba delirando por la fiebre y balbuceaba. Entonces me acerqué para escucharla y decía cosas sin sentido”

“¿Qué cosas decía?”

“Amantes, mi amor, fotos y maldecía, o por lo menos, era lo que yo interpreté. Supongo que hablaba de ella y yo, de las últimas fotos que nos sacamos, la del compromiso, las que no podrá ver. Tal vez maldecía su suerte, no sé, hijo... Después de eso, entró en coma profundo y hoy se produjo el deceso.”

“¿Cómo está Alexandra?”

“Contenida por tu hermano y su novia. Yo no puedo hacer gran cosa, por el momento. Recién me dijo que no quiere velatorio, que la llevemos directo al cementerio por la tarde. Así que respetaré su voluntad”

“Trata de descansar unas horas y toma tus medicinas, hablaré con Adam. Te abrazo a la distancia”

—Hasta el último momento quiso decirle la verdad a tu padre —Concluyó Esmeralda.

—Por suerte, no se dio cuenta y así permanecerá, ignorándolo todo. Que en paz descanses, Laura.

—Lamentablemente, por sus acciones, no descansará en paz hasta que no se arrepienta de corazón por el daño ocasionado —sentenció Esmeralda.

—¿Cómo es eso? Explícame.

—Cuando supimos con Violeta del accidente de Laura, ella conectó con su alma y describió que estaba en un páramo, desorientada, era un lugar de transición. Ahora que falleció, la espera el Tribunal Kármico que juzgará las acciones que realizó en esta encarnación. Verá sus logros y sus desaciertos. Todo lo que hizo. Sus Maestros estarán presente, su Ángel Solar también llamado Ángel de la Guarda.

—Mi madre siempre nos hacía decir una oración, a ver si la recuerdo:

“Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día...” No sé cómo

sigue... —Sonrió nostálgico.

—“Si me dejas sola, qué será de mí, angelito mío” —Completó Esmeralda.

Félix se sumió en los recuerdos de su infancia y miró al cielo, por la ventana:

—Ahora sé que ella está bien y que volverá a esta vida con otro plan, mucho mejor del que tuvo antes. Será feliz esta vez, tendrá un hombre que la ame y le sea fiel.

—Claro que sí, mi bien, claro que sí —Lo reconfortó con un beso tierno.

Por la noche, Félix se despertó sobresaltado.

—¿Qué pasa, mi amor? —Preguntó Esmeralda, adormilada.

—Nada, nada, sigue durmiendo, bonita —Le susurró. Se dirigió a la cocina a tomar un vaso de agua reviviendo las imágenes que lo atormentaron en esa horrible pesadilla.

Se veía caminando por un pasillo oscuro y angosto, envuelto en una bruma que no lo dejaba distinguir por dónde caminaba. De pronto, vio una silueta de mujer que estaba de espaldas y parecía llorar. Le tocó el hombro con suavidad para que lo mirara. Su rostro estaba demacrado, se reflejaba mucho dolor y soledad. Quiso abrazarlo y él trató de huir pero sus pies no le respondían, como si estuviera clavado al suelo.

—¡Laura! Era ella pero su fisonomía había cambiado... ¡Caray con ese espectro! —Dijo espantado.

Volvió a la cama, con una sensación desagradable, para dormir abrazado a su amor.

Los siguientes días fueron de mucha pasión y alegría por estar juntos otra vez y para siempre. Hacían planes para el futuro, viajes, obras en la finca, boda, hijos, trabajo. Todo era tema de debate. Por las noches, como siempre, sus cuerpos se encendían para saciar la sed que se tenían uno del otro.

Una noche, al acostarse, Félix le dijo a Esmeralda:

—Quiero leer el diario de Lucero.

—¿Y eso? —Preguntó divertida.

—Deseo conocer a Valiente, me da curiosidad. Además, sé que ella escribió sobre otras cosas, como la muerte de Chila.

—Está bien, tienes derecho a hacerlo —Abrió el cajón de la mesa de luz y se lo dio.

—Gracias, pero antes, ven aquí, mujer hermosa, quiero tus besos.

Le acarició los senos y le besó los pezones haciéndola vibrar, tocó su pubis tibio, lo que causó su primer estertor. La penetró con dulzura y luego con intensidad, diciéndole palabras de amor. Al fin, se abrazaron hasta que Esmeralda se quedó dormida. Félix, entonces, se levantó, se vistió solo con sus pantalones y se dirigió a la biblioteca para leer las confesiones de Lucero.

“Es algo tan mágico, raro y misterioso lo que me sucede cuando estoy frente a Valiente Vallejos que no lo puedo describir exactamente, querido diario, trataré de explicarlo, aunque si así lo hiciera, nunca sería igual. Entre nosotros hay una corriente de atracción irresistible, me hubiera dejado llevar con total entrega en el despacho de mi madrina, tuve que hacer un esfuerzo tremendo para salir corriendo de allí ¿pero cuánto tiempo resistiré? ¿Es así como se siente cuando uno se enamora? No lo sé...”

“Soy inmensamente feliz, querido diario, Valiente me hace sentir tan amada y protegida que no tengo más que palabras de agradecimiento al Cielo, por tanto, como dice Doña Chila, algo habré hecho de bueno en mi anterior vida para merecer a este hombre. A propósito, ella me estuvo contando acerca de las vidas pasadas, o sea, de la reencarnación. Te confieso que, por mi formación religiosa, era una idea que me resistía a considerar, pero cuando me contó con detalles cómo es que las almas encarnan y tienen distintas misiones que realizar para

aprender y reparar las malas acciones y equivocaciones de otras vidas, el mundo comenzó a ordenarse para mí. Me dijo que Valiente y yo ya nos conocíamos de otras vidas y que por eso nuestro amor surgió tan fuerte y profundo en tan poco tiempo.

—Chila siempre acompañándonos....—Pensó.

Debo reconocer que fue amor a primera vista, un amor incontenible que lo atravesó todo...No sé con qué sorpresa vendrá hoy, espero con impaciencia que venga, después te cuento querido compañero de aventuras.”

Félix sonrió por descubrir en Lucero, la esencia de Esmeralda ¿O será al revés? —Sonrió.

“Querido amigo, hemos vuelto a nuestra casa y no he podido escribir lo que sucedió en el último día en Cruz Azul ¡Nos hemos casado! ...”

—Es el mismo amor, con la misma intensidad —Dedujo maravillado.

“Querido diario ¿Cómo haremos para reconocernos? ¿No es que, al entrar en otra vida, en otro cuerpo, en otra época se te borran todos los recuerdos?”

—Las cápsulas de la memoria se abren cuando Dios dispone —Contestó como si Lucero pudiera oírlo.

En las siguientes hojas, se enteró del daño que Doña Julia le había causado a la pareja, hasta tener dos intentos fallidos de asesinato contra Lucero.

—La misma maldad que tenía Laura...Y terminó sus días como aquella, dramáticamente.

—Mi rey ¿Sigues leyendo? —Preguntó Esmeralda apareciendo en la biblioteca.

—Sí, se me pasó el tiempo volando... Lucero era una mujer valerosa y muy enamorada y él, estaba encadenado a ella, sabía lo que quería y se sacrificó para salvarla, casándose con esa maligna mujer.

Esmeralda se acercó y se sentó sobre la falda de Félix.

—Julia trató, por todos los medios posibles, de separarlos pero no lo logró. Ese amor era muy fuerte, como lo es el nuestro —Se besaron con pasión, agradeciendo al Cielo, cada uno y en silencio, esta nueva oportunidad que le daba la vida.

Al día siguiente, mientras desayunaban, llegaron por sorpresa, Adam y Bárbara.

—¡Hola! ¿Cómo están los tortolitos? ¡Hola Mecha! —Saludaron alegres.

—¡Hola, bienvenidos! —Se besaron y abrazaron— Mecha, por favor, sírvales café a los señores. Trae el budín con frutos secos que tan rico te sale y las galletas de jengibre.

—Los vinimos a visitar porque quisiéramos pedirles un favor —Dijo Adam.

—Queremos casarnos aquí —Se adelantó Barbie.

Félix y Esmeralda se miraron y soltaron la carcajada, ante las miradas atónitas de los recién llegados.

—¡Es que nosotros les íbamos a proponer una boda doble! —Exclamó Félix— Estamos planeando la ceremonia para unos diez días ¿Les parece bien?

—¡Sería maravilloso que nos casáramos juntas! ¿No, querida amiga?

—¡Perfecto, entonces, no hay más nada que hablar! —Agregó Adam.

—Déjennos a nosotras la planificación, lo hemos soñado desde adolescentes —Pidió Esmeralda— ¡Es “nuestro momento”!

Mientras se deleitaban con las exquisiteces caseras y las mujeres comenzaban a delinear los pormenores de la boda doble, Adam le contó a su hermano lo que había sucedido en los últimos días:

—Mauricio no se movió de terapia, Alexandra tuvo que declarar varias veces porque el episodio fue confuso. Parece que Thomas estaba desesperado, les fue a reclamar dinero y discutió con Laura. Se agredieron, la cabeza de Laura pegó con un zócalo y quedó inconsciente hasta que murió.

—¿Y él, cómo lo tomó?

—Mal, por supuesto, pensaba que ella lo acompañaría a Canadá y vivirían allí por el resto de sus vidas. Ahora es Alexandra quien irá con él, la quiere como una hija. Le pedí que retrasara el viaje hasta nuestro casamiento y aceptó. Tendremos que avisarle que sus dos hijos se casan, se pondrá muy contento —Sonrió, complacido.

—¿Lo has perdonado?

—No lo sé pero, creo que ya no tengo el resentimiento que solía tener. He hablado mucho con Barbie de esto y ella, con su amor, me enseñó que, comprender es una forma de perdonar —Dijo tomándole su mano y mirándola con ternura.

—Si es así, yo también lo he perdonado, entonces. ¡Me alegro mucho por ti, cosas muy buenas nos esperan, hermano querido! —Agregó palmeándole la espalda— Además, Mauricio ha recibido una lección con la inesperada muerte de Laura. El dolor es un buen maestro, he aprendido varias lecciones de él... Te confieso que respiré aliviado cuando supe que ella murió.

—Yo también...

Esmeralda reparó en sus palabras y lo tomó de la mano a modo de consuelo.

—Ella fue muy mala con ustedes —Agregó Barbie— Los quiso separar de cualquier manera, no deben culparse por nada “Siembra vientos y cosecharás tempestades” decía mi abuela o como nos enseñó Violeta: “Toda causa tiene su efecto y todo efecto, su causa”

—Y nada escapa a la Ley —dijo Félix.

—¿Cómo sabes eso? —Preguntó su hermano.

—Leí las siete leyes espirituales que Violeta me recomendó.

—Tendré que interiorizarme —Sonrió— son cosas muy interesantes.

—Ancestrales... y hay algo que debes saber —Miró con complicidad a las mujeres— Es hora de que te cuente algo maravilloso, ven, acompáñame a la biblioteca.

Adam escuchaba con atención cada palabra que pronunció su hermano, tratando de digerirlas:

—¡Hermano, esto que me cuentas parece el argumento de una película de ciencia ficción! —Exclamó.

—Sí, lo es —Sonrió Félix, bromeando— ¡Podríamos vender la idea! Yo mismo tardé en comprenderlo y, ante la contundencia de los hechos, tuve que aceptarlo como verdad.

—Por eso el cuadro —Agregó mirándolo con detenimiento—. ¿Y yo? ¿Habré estado contigo en aquella vida?

—Valiente tenía un amigo, Sebastián Agüero, quien era como su hermano. Le gustaba mucho los caballos, los criaba y los cuidaba en las caballerizas que tenemos, aquí atrás, en la finca. Vivió aquí también —Sabido la verdad, no se atrevía a decírselo.

—¡Esto es extraordinario! Pero lo creo ¿Sabes? Nunca te lo he contado porque temí que me tomaras por loco y lo guardé por mucho tiempo —Hizo una pausa—. Cuando yo tenía unos doce o trece años tuve un sueño muy vívido, varios, en realidad, que tenían una consecución. Soñaba que estaba en un lugar, bastante descampado donde había minas. Yo dirigía a los trabajadores, a los mineros, era un hombre —Recordó— Recorría la zona a caballo, que conocía muy bien, porque, como ya te dije, soñaba muchas veces con ese lugar. Tenía varios caballos, los alimentaba, los

cepillaba... A mi lado, siempre cabalgaba otro hombre al que nunca pude verle la cara pero que, yo sabía que era alguien a quien quería entrañablemente ¿Será que soñé con esa vida en donde era, Sebastián, el amigo de Valiente?

Félix se asombró con el relato y contestó:

—Violeta es la que me aclaró de dónde provenían mis sueños y pude realizar una regresión para poder ver temas de mi vida pasada. Hoy nos viene a visitar así que, si quieres, puedes preguntarle.

Efectivamente, bien entrada la tarde, arribó la Maestra.

—¡Queridas muchachas! ¿Cómo están? —Las saludó sonriente.

—¡Felices porque nos vamos a casar juntas! —Anunció Esmeralda abrazándola—. ¿Y Marcus?

—¡Ah qué maravillosa noticia! Se ha quedado en la capital, ocupándose de un sinfín de cosas, antes de irnos a Europa tiene que estar todo en orden, ya sabes cómo es de metódico y perfeccionista.

—Sí, lo conozco muy bien ¡Lo mejor es desaparecer de su vista pues su energía puede arrasarte como un ciclón! —Bromeó.

Valiente y Sebastián, contentos, salieron a recibirla.

—La pesadilla terminó —Dijo Barbie—. Supongo que te habrás enterado del fallecimiento de Laura.

—Sí, lo sé —Afirmó con tono adusto.

—Pasemos al comedor, ya pronto almorzaremos —Invitó Valiente viendo la seriedad de su semblante.

Una vez sentados a la mesa, Adam preguntó:

—Perdón, Violeta ¿Pasa algo? De repente la vi ponerse seria.

—Así es, muchachos, estoy preocupada porque he percibido que el alma de Laura está atrapada en el bajo astral y no quiere irse. La he visto con rabia, desesperada y atormentada por haber dejado su cuerpo. Vine a hacer algunas cosas para protegerlos, y, además, hacer lo posible para que vaya hacia La Luz.

Los cuatro se miraron asombrados.

—¿Cómo es eso? —Quiso saber Adam.

—Su alma vaga sin sentido. Está apegada a emociones muy bajas.

—¿Es por Félix? —Preguntó Esmeralda—. No renuncia a él ¿Verdad?

—Sí, mi niña. Su alma se niega a abandonar sus asuntos terrenales.

Se quedaron en silencio un largo rato hasta que preguntó:

—Félix ¿Podríamos llamar al sacerdote de la capilla?

—Sí, claro ¿Cuándo lo necesitas?

—Para mañana por la tarde antes de que anochezca.

—Se hará como tú digas —Acotó Félix— Ahora, comamos y disfrutemos.

—Perdón, pero me ha dado escalofríos esta conversación, voy a buscar un sweater —Dijo Barbie.

—Comprendo que estos temas inquietan y les pido disculpas, no fue mi intención alarmarlos.

—Descuide, Violeta —Acotó Adam—. Pero si usted está diciéndonos estas cosas, pide un sacerdote y tiene esa seriedad en el rostro, se supone que algo malo sucede que afecta a la finca y a mi hermano.

—Hablaremos después de la cena, más tranquilos —Anunció la Maestra.

Todos trataron de distenderse y conversaron sobre la doble boda.

—¿Podrás estar? Sería muy importante para nosotros tu presencia y la de Marcus —Dijo Esmeralda.

—Creo que no habrá problema, si no se retrasan...

—¡No, quisiéramos realizarla cuanto antes! —Terció Barbie.

—¿Ustedes, no opinan? —Preguntó Violeta, risueña.

—¡Nos hemos rendido! Quisimos hacerlo pero todas nuestras sugerencias y opiniones no fueron escuchadas —Bromeó Adam mientras Félix asentía sonriendo.

—¿Y cómo planificaron sus vidas futuras?

—Yo acompañaré a Adam por el mundo y, en tanto, contactaré artistas nuevos para que expongan sus obras en mi galería de arte.

—Así es, viviremos parte del tiempo en donde me lleve mi trabajo, pero nuestra residencia será aquí.

—Bueno, nosotros decidimos vivir en la Casa de la Colina —Aseguró Félix— tengo mucho trabajo por las zonas aledañas y hay un proyecto que me tiene muy entusiasmado, que es construir un barrio ecológico.

—¡Fantástico! ¡Quiero colaborar contigo! —Agregó su hermano.

—Y yo dejaré la empresa para dedicarme exclusivamente a la línea “Lucero” junto a ti, Violeta querida, ya lo hablé con Marcus y aceptó. Manejaré todo desde aquí y viajaré cuando sea necesario.

—Los niños vendrán pronto —Advirtió Violeta, alegre.

—Será muy bueno que vengan, creo que ya es hora —Dijo Félix.

Cuando pasaron a la sala principal, Barbie se disculpó porque tenía mucho sueño, Adam la acompañó hasta la habitación y regresó.

—Estamos los que debemos estar —Dijo Violeta.

—Quisiera preguntarle por unos sueños que tengo desde los trece años.

Y Adam contó con lujo de detalles sus visitas al mismo lugar una y otra vez y los trabajos que realizaba allí junto a otros hombres y a ese amigo o compañero muy querido, al que nunca le pudo ver el rostro.

Violeta lo miró a Félix, a quien le brillaban los ojos:

—Le conté sobre nuestras vidas pasadas como Lucero y Valiente.

—¿A los trece años soñaste eso? —Preguntó consternada, Esmeralda.

—Sí, por varias semanas. Luego, esos sueños tan vívidos, no volvieron más.

Violeta mantenía los ojos cerrados, haciendo conexión con el plano espiritual, hasta que se decidió a hablar:

—Las almas encarnamos en forma grupal, esto quiere decir que cuando empatizamos rápidamente con alguien es, porque en otras encarnaciones, hemos establecido una buena relación. Muy por el contrario, si nos hemos llevado mal, volveremos a encontrarnos alguna vez para poder resolver el vínculo. Cabe aclarar que el amor entre los seres se demuestra en diferentes formas pero, todas, basadas en el respeto que, también, es una forma de amor.

—Entiendo —Dijo pensativo Adam—. ¿Puede ser, entonces, que yo sea ese tal Sebastián, amigo de Valiente?

Esmeralda y Félix contuvieron la respiración, expectantes.

—Sí, eres su encarnación. Por eso quieres a tu hermano tanto, esa relación tan estrecha que tuvieron en aquel tiempo, estoy hablando de hace aproximadamente un siglo y medio, continúa hoy

y se plasma en ese amor tan grande que se tienen.

Félix lo miró conmovido.

—¿Tú lo sabías?— Le preguntó Adam asombrado.

—Hace poco tiempo lo vi, pero no quería decírtelo, pensaba que me tomarías como un delirante.

—Estoy muy impresionado, realmente comprobar que, a mis trece años, sin saber nada de todo esto, yo pude ver una vida pasada... ¿Usted me recuerda? Félix me contó que fue una parte muy importante en aquella encarnación.

—¡Claro que me acuerdo de ti y de todo lo que hiciste por Valiente y Lucero! —Exclamó radiante de felicidad por sus evocaciones— Les prometo a los tres que, cuando llegue a Europa, me tomaré un tiempo para escribir todo lo que mi memoria ancestral me permita de aquellas preciosas vidas que vivimos juntos.

¡Le tomo la palabra! —Dijo Adam— Y, ahora, quiero preguntarle ¿Por qué quiere al sacerdote, mañana?

—Porque el alma de Laura está aquí, por eso necesito el auxilio de un hombre consagrado. Debemos conducirla hacia la Luz. Al morir, el alma sale de nuestro cuerpo por el chakra corona, que está arriba de nuestra cabeza, por aquí —Señaló— Y se halla en su propia realidad: sus creencias, sentimientos, pensamientos y deseos. Somos energía y realmente nunca morimos sino que cambiamos de aspecto. Ella debe avanzar, éste ya no es su plano.

—Hace unas noches atrás, soñé con ella, en realidad, fue una pesadilla —Aclaró Félix— Era la esencia de Laura pero su rostro era otro, como un espectro demacrado, horrible. Me quiso abrazar y fue ahí cuando me desperté.

—No me lo contaste —Le dijo Esmeralda.

—No quise preocuparte, fue algo feo en medio de tantas cosas bellas y buenas que están pasando.

—Esto se resolverá antes de que me vaya de aquí. El alma de quien fuera en vida Laura Palacios, cruzará el umbral y continuará aprendiendo, eso espero. Ahora debemos descansar —Se incorporó— ¡Buenas noches, hijos!

Cuando estuvo sola en su habitación, comenzó a orar:

“Divina Presencia de Dios “YO SOY”, Amado Arcángel Miguel y tus Legiones de Ángeles: vengan y asuman la Dirección, Mando y Poder de este ser que ha entregado su corriente de vida, para continuar su evolución en niveles superiores de existencia: Laura Palacios. Invocamos la Luz y el Perdón por todos los errores que hayas cometido en tu vida pasada, y el Rayo Blanco Cristal de la Ascensión, para que te ASCIENDA, ASCIENDA, ASCIENDA

Sigue la Luz, no mires atrás, mira hacia la Luz, no te detengas pues has dejado esta vida terrenal para seguir aprendiendo en tu evolución. Amén”

Repitió varias veces la oración hasta que sumió en una meditación profunda que la llevó al plano donde estaba el alma de Laura. Se acercó despacio y le dijo:

“Laura, debes ir hacia la Luz, no tengas miedo, abandona tu obsesión por el amor de ese hombre que no te corresponde. Arrepiéntete de tus errores y acepta la guía de tus Maestros que te conducirán al nivel que sigue”

El espectro la miró de soslayo y la insultó por lo bajo:

—“¿A qué vienes, para qué? ¡No necesito de tu ayuda! ¡Vete!”

Pero estaba renuente a cualquier acercamiento, sufriente y desolada. Había otras almas en las mismas circunstancias que ella, pero no se conectaban entre sí. El lugar era oscuro y frío. Violeta decidió volver al ver su negativa.

Continuó rezando por algunas horas hasta quedarse dormida en el sillón.

Por la mañana, Mecha la despertó con un café bien cargado diciéndole:

—Ha trabajado intensamente, señora, los perros aullaron toda la noche.

—¿Y tú, cómo sabes de estas cosas? —Le preguntó intrigada.

—Desde pequeña sé que “las almas en pena” necesitan descanso y, hace unos días que, por las noches, veo desde la ventana de mi habitación, a una mujer encorvada caminar por el jardín ¿Viene por los patrones?

—Así es ¿Recuerdas a la mujer que vino con Mauricio, el padre de Félix y Adam?

—¿Esa señora tan mala? ¿Se murió? —Preguntó sorprendida.

—Sí, hace poco tiempo y no quiere pasar al nivel que le corresponde.

—Suele pasar, señora, son almas muy básicas que no creen en Dios, se estancaron y se quieren quedar en este plano tratando de sentir lo que sólo se experimenta con la carne y los sentidos.

—¿Cómo tienes tanta información, querida?

—Mi abuela era la curandera del pueblo y yo la acompañaba a hacer “sus trabajos”. ¡Siempre para el bien, eso sí! Usted me hace acordar a ella, con todo respeto se lo digo, no se ofenda, por favor.

—No, para nada. Quisiera que me acompañes esta tarde cuando venga el sacerdote ¿Puede ser? Serás de mucha ayuda.

—Claro, mi abuela trabajaba con un fraile de Cuesta Blanca para resolver temas difíciles.

Violeta les recomendó a las parejas tomarse el día para no presenciar lo que allí iba a suceder. A punto de irse, Félix bajó de la camioneta para hablar unos minutos:

—¿Estás segura, Maestra? —Preguntó antes de irse a la ciudad a iniciar los trámites en el registro civil y pasar la noche en un hotel—. No tenemos problema en quedarnos, al menos Esmeralda y yo. Creo que Bárbara está asustada.

—Lo sé, es comprensible, se está preparando para ser madre, su energía está abocada a esa tarea.

—¿Está embarazada? —Se alegró.

—No todavía, pero hay un alma que ya los eligió como padres —Sonrió con ternura— veremos cuándo sucede, no te olvides que hay libre albedrío.

—¿Y nosotros? ¿Lo seremos pronto? —Preguntó ansioso.

—En esta vida, volverán a ser padres, en pocos meses —Sonrió regocijada por la visión que tenía—. Primero vendrá una niña y, a partir de allí, esta finca volverá a ser habitada por una familia numerosa ¡No lo dudo! Ahora, vayan, necesito concentrarme en mi tarea, con la ayuda de Dios, esto se resolverá definitivamente.

Violeta pasó todo el día, hasta la llegada del sacerdote, orando y limpiando con incienso y romero traído del bosque por Mecha, todas las habitaciones de la finca, quien la secundaba rezando el Rosario.

—¡Ave María Purísima! —Saludó el religioso.

—¿Sin pecado concebida! —Contestó la cocinera.

—¿Cómo está, padre? le agradezco que haya venido —Dijo Violeta.

—No hay de qué, es mi tarea. El joven arquitecto, me llamó y me contó lo que está ocurriendo.

—Así es, es un alma renuente a seguir la Luz, debemos conducirla.

—Entonces, comencemos con el rito.

El sacerdote susurraba oraciones en latín y esparcía agua bendita por toda la casa hasta que cubrió los cuatro puntos cardinales, mientras Mecha rezaba novenas y Violeta, sentada y con los ojos cerrados se transportaba a la dimensión en donde se hallaba el alma de Laura. Esta vez, ella le habló:

“—¿A qué vienes, por qué están haciéndome esto?”

“—Porque tienes que dejar el plano material donde ya no perteneces e ir hacia la Luz.”

“—¿No quiero! Deseo estar cerca de Félix. Intenté acercarme pero no puedo, una barrera poderosa me lo impide ¿Eres tú?”

“—Sí, yo soy su guardiana. Y te ordeno que camines hacia la Luz.”

“—No puedo, —Sollozaba— hice cosas malas, desde hace mucho tiempo cargo con un enorme peso. Tú y yo nos conocemos muy bien.”

“—Lo sé, por eso estamos ayudándote e intercediendo por ti. Recibe a tus guías que te conducirán al nivel que sigue para ti, para volver mejor de lo que te fuiste —Y comenzó a orar:”

“Divina Presencia de Dios “YO SOY”, Amado Arcángel Miguel y tus Legiones de Ángeles: Vengan y asuman la Dirección, Mando y Poder de este ser que quiere entregar su corriente de vida, para continuar su evolución en niveles superiores de existencia: Laura Palacios. Invocamos la Luz y el Perdón por todos los errores que hayas cometido en tu vida pasada, y el Rayo Blanco Cristal de la Ascensión, para que te ASCIENDA, ASCIENDA, ASCIENDA “

Y continuó diciendo:

“Sigue la Luz, no mires atrás, mira hacia la Luz, no te detengas pues has dejado esta vida terrenal para seguir aprendiendo en tu evolución. Amén, Amén y Amén.”

La Maestra vio una potente Luz Blanca que alumbraba la penumbra en donde se hallaba Laura. Ella y otros como ella, poco a poco, se encaminaron hacia allí. En un momento, el alma de Laura detiene el paso y gira para mirarla. Las otras almas siguen su camino hasta fundirse en la Divina Luz y desaparecer.

“—¿Por qué te detienes, Laura? ¡Ve, avanza!”

“—¿Basta, no hagas nada más por mí! ¡Me quiero quedar y tú ni nadie me lo va a impedir! Y si pudiera, vendería mi alma al diablo para que me devuelva a la vida terrenal que tuve ¡No quiero estar aquí, quiero estar con Félix! —Y retrocedió hacia las penumbras.”

“—¿No sabes lo que dices! Nuevamente te pido, ve hacia la Luz.”

“—¿Basta, no me atormentes más, no quiero ir!”

“—Si esa es tu voluntad, ya no puedo hacer nada por ti “

Al decir estas palabras, todo el lugar volvió a sumirse en las penumbras.

Violeta comenzó a ver figuras oscuras y espectrales dirigirse adonde Laura se encontraba, hasta rodearla. La tironearon para llevarla arrastrando hacia una oscuridad aún más

profunda, mientras ella gritaba, asustada, para ser salvada.

La Maestra sintió que el destino del alma de quien, en vida había sido Laura Palacios, era irreversible debido a las palabras que, voluntariamente, había pronunciado. Decidió volver, ya no podía hacer nada más.

Cuando abrió los ojos, el religioso caminaba hacia ella:

—Bien, creo que ya está. Al menos, he concluido con el rito como lo marca la Iglesia. Si me lo permite, haré tres misas consecutivas para esta alma, si me facilita el nombre que tuvo en vida.

Violeta fue al escritorio a escribirlo en un papel y lo despidió agradecida.

—¡Lo hemos logrado, Mecha y tus oraciones sirvieron de mucho! Se dice que si un alma pura reza por los descarriados, el Cielo concede milagros. Y así fue, finalmente vi que muchas almas caminaron hacia la Luz. Pero, lamentablemente, Laura no quiso.

—¡Me alegro haber podido brindar un servicio por esas almas, tal vez, olvidadas! ¡Si supiera la gente cuánta obra de bien se puede hacer solamente rezando por ellas! Pero... ¿El alma de esa mujer, no ascendió, me dice?

—Por propia voluntad decidió no ir hacia la Luz del Padre Celestial, a pesar de los esfuerzos realizados por nosotros tres.

—Se la llevaron los del otro bando, entonces...

—Por desgracia, así es —Suspiró— Tú eres muy sensible a lo paranormal.

—Y...debe ser por la herencia familiar ¡Que Dios tenga en su Santa Gloria a Doña Adela! —
Se santiguó Mecha.

—A ver, cuéntame —Se dispuso a escuchar intrigada.

—Mi abuela Adela, un día antes de su partida, me llamó al lado de su lecho de enferma y me dijo que me iba a regalar sus dones o al menos eso era lo que le estaba pidiendo al Señor. Yo le agradecí sin comprender demasiado, apenas tenía dieciséis años. Pero, al poco tiempo comencé a tener visiones y escuchaba voces que los demás no oían. No quería que me tomaran por loca, así que me mantuve callada varios años, pero, en tanto, hacía todo lo que había aprendido de mi abuela.

—Bien, parece que el regalo de Adela fue concedido por el Cielo y que el Padre te puso en mi camino, en el momento justo.

—“Siempre hay que hacer el bien” ésa es la frase que me dice mi marido.

—¡Ambos son excelentes personas! Te agradezco mucho tu compañía y el servicio que prestaste. Ahora vete a descansar.

Por la mañana, tomando un café bien cargado y pan casero con el rico dulce de fresas que preparaba Mecha, reflexionó:

—Julia fue mi karma y Laura lo siguió siendo hasta anoche, fui a auxiliarla para que entre en la Luz Divina y no quiso. Mi cuenta está saldada, Padre —Dijo elevando los ojos al Cielo.

Recordó la encarnación anterior a ser Doña Chila. Era un delincuente, que robaba y mataba para sobrevivir, por lo que pudo averiguar buscando en libros de historia antigua, su origen era francés y aproximadamente por la vestimenta que visualizó, habitó los años de 1700. Se llamaba Yves. El apellido no pudo saberlo. Su compañero de fechorías, Louis, era el que después encarnó en Julia y más tarde en Laura.

Todavía le cuesta aceptar, que en esa vida, violó y mató mujeres sin ningún tipo de miramientos. El único fin que perseguían los dos, era llenarse de oro y plata y no había límites ni

reparos para conseguirlo.

—Sé cómo sentía cada vez que cometía un delito ¡Nada de empatía, sólo disfrute al obtener lo que querían! Pero pude cambiar mi karma al arrepentirme de todos mis pecados en la cárcel, antes de ir a la horca, mientras que él, reía y maldecía en el patíbulo. Al volver como Chila, las condiciones de mi vida fueron miserables, pero mi alma estaba tan feliz de saldar las deudas que ayudé todo lo que pude y di mi vida para salvar a Lucero y a Francisco.

Lamentablemente, Louis, al encarnar en Doña Julia de Castañeda, no mejoró su karma sino que continuó sirviendo al mal y, en esta vida como Laura, se comportó con egoísmo, sin escrúpulos ni principios, y así pagó. Lo que le espera es terriblemente doloroso pero ya no aparecerá en las futuras encarnaciones de mis muchachos ni en las mías tampoco.

—¡Maestra querida! —La sorprendieron Esmeralda y Félix con un gran ramo de rosas rosas—
Ten, para ti.

—¡Mis hijos queridos, muchas gracias por la atención, están preciosas! ¿Cómo estuvo todo?

—¡Muy bien, sin contratiempos, todo a la perfección! Nos casamos en una semana, el juez de paz no tenía otra fecha libre, así que tenemos que acelerar los preparativos —Dijo, plena de felicidad, Esmeralda.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y Barbie y Adam?

—Se quedaron hasta la tarde en la ciudad —Aclaró Félix—. Nosotros quisimos venir porque nos intrigaba saber lo que había pasado anoche.

Violeta les relató lo acontecido ante la mirada de asombro de la pareja.

—Finalmente, todo ha pasado, ya no hay nada que temer, su alma tiene, ahora, otro destino... ¡Al fin puedo irme tranquila a visitar a la otra parte de la familia! ¿Qué? —Sonrió, al verlos asombrados—. ¿Acaso ustedes no lo son?

—¡Claro que sí! —La abrazaron casi al mismo tiempo— ¡Tú eres nuestra madre!

EPÍLOGO

Rápidamente llegó el día de la boda doble. Las novias estaban radiantes, cada una con un vestido muy adecuado a su personalidad: Esmeralda con un estilo romántico, lánguido de color rosado pálido con detalles de encaje y en su cabello recogido al costado con pequeñas flores silvestres entrelazadas en el pelo y su ramo estaba formado por jazmines naturales.

Y, por supuesto, llevaba su collar con la piedra esmeralda que le habían regalado sus padres y el anillo engarzado de Lucero.

Mientras que Bárbara, había elegido un vestido corto de encaje de color amarillo claro con botas blancas al tobillo, sin velo pero con una corona de pequeños strass y un ramo de margaritas silvestres.

Los novios vestían de acuerdo a sus consortes: Félix con un smoking mientras que Adam con un traje gris, impecables los dos.

Habían decidido realizar las dos ceremonias juntas, la civil y la religiosa por la tarde noche.

Los invitados eran un centenar, entre los que se encontraban los padres de Barbie: Antonio y Ofelia, que llegaron de Marbella para acompañar la felicidad de su hija; su hermano Marco y su novia y, por supuesto, Marilla; Violeta y Marcus, Mauricio y Alexandra, Jaime y Mecha, Amalia y ex compañeros de Esmeralda, clientes de San Silvestre de Félix y ex compañeros de Horizontes.

Los padrinos de la boda fueron Mauricio, Marcus y Violeta y Antonio y Ofelia.

Todo era alegría y felicidad.

La finca había sido decorada por la wedding planner y ambientada, a pedido de los novios, en un estilo campestre. El altar al aire libre y, sobre él, una pérgola cubierta de rosas blancas y tules a los costados del mismo color. Múltiples velas escoltaban el camino por donde transitarían los contrayentes.

Las mesas distribuidas por el inmenso parque trasero, en donde los invitados degustaban de los ricos platos y regados por bebidas de variados gustos.

La orquesta contratada interpretaba melodías tradicionales y una cantante amenizaba la fiesta con canciones en inglés de corte romántico.

Barbie y Adam se acercaron a Violeta:

—¡Queridos míos, estoy tan feliz en este día! ¡Una vez más, el amor ha triunfado, que sean dichosos en su matrimonio!

—¡Gracias, mi amada Maestra! —Exclamó plena de alegría—. Necesito contarte algo...

—Dime, corazón.

—Hace unos días, tuve una visión. Algo que no puedo explicar muy bien. Me estaba bañando, cuando me vi con un bebé en brazos al que le decía Jeremías y, a mi lado, un hombre, mi esposo, al que llamaba Sebastián. Se lo conté a Adam y él me habló sobre nuestras vidas pasadas ¡Estoy muy impresionada!

—Todo lo que viste es verdad, mi niña bonita. Te llamabas Martina y eras la mejor amiga de Lucero. No te asustes, se te ha permitido ver algo muy importante de tu encarnación pasada,

considérate afortunada.

—Así me siento, sé que Sebastián fue un buen hombre y el Cielo me premió, volviéndolo a encontrar como Adam, un ser lleno de virtudes al que amo con locura.

—¡Yo también te amo, muñequita! ¡Gracias, querida Violeta!

—Les he prometido a mis muchachos que, cuando tenga tiempo, escribiré mis visiones y recuerdos de aquella vida y ustedes allí se enterarán de otros sucesos, además, está el diario de Lucero que tiene mucha información. Pero, sepan que hoy son Barbie y Adam viviendo éstas encarnaciones ¡Hagan que sean dignas de haberlas vivido!

—¡Al fin eres mi mujer! —Exclamó Félix cuando bailaban el tradicional vals de los novios—
¡Hoy estás tan bella!

—¡Tú eres el esposo más guapo que una novia puedo tener jamás!

—¡Mi esposo, qué bien suena! —Pronunció feliz.

—¡Nuevamente casados, mi rey! El Cielo nos ha concedido la maravillosa posibilidad de replicar nuestra unión y lo agradezco infinitamente.

—Tengo una sorpresa para ti, muy especial —Y haciendo una señal, La música cesó.

—¿Qué pasa, amor?

—Paciencia, ya verás...

Los invitados apagaron sus voces al ver entrar a una chaman con su traje ceremonial:

—¡Es...Chila! —Murmuró, impactada, Esmeralda.

Violeta se acercó y les puso una manta de lanilla sobre los hombros y dijo:

—Esta es la señal que indica al Cielo que, a partir de hoy, ustedes son una familia —Y entrelazando sus manos con un lazo rojo, agregó—. Simboliza que son una sola carne y un solo corazón que laten al unísono para toda la Eternidad. Luego, muy despacio, los condujo hacia un círculo de madera colocado en esos momentos por Mecha, en el pasto.

—Entren, por favor —Les ordenó Violeta— ¡Espíritus de la Naturaleza, los convoco para que estén presentes y sean testigos de la unión sagrada de estas almas, que han decidido consagrarse a la Ley del Amor que todo lo une y purifica!

—Es el momento de la declaración de propósito —Anunció—. Por favor, el novio habla:

—Yo, Félix Vallejos, acepto a Esmeralda Morrison como mi esposa y prometo amarla y cuidarla eternamente.

—Yo, Esmeralda Morrison acepto a Félix Vallejos como mi esposo y prometo amarlo y cuidarlo por toda la eternidad.

—Que esta unión sea un lazo infinito de amor que nadie pueda romper ni en la tierra ni en el cielo. Lo que El Gran Espíritu une, es Ley. ¡Pueden besarse!

La concurrencia estalló en aplausos y augurios de felicidad, saludándolos y abrazándolos.

—¡Adam y Bárbara! —Llamó la Maestra— Ahora les toca a ustedes.

Los novios se acercaron emocionados pues Violeta ya les había preguntado si deseaban la ceremonia chamánica.

Todo fue de una total armonía y paz, los novios estaban inmersos en una energía de amor y de trascendencia, a tal punto que, en el ambiente parecía que la Luz los envolvía a todos allí, en su Presencia Divina.

—¡Qué sorpresa tan hermosa, Maestra! —Le dijo Esmeralda, abrazándola con ternura—. ¡Mi madrecita bella!

Adam y Barbie la rodearon con sus brazos, besándola en las mejillas hasta hacerla reír y decir

basta.

—¡Gracias, mi amadísima Chila, alma noble y santa que nos ha guiado siempre, nuestra guardiana fiel! —Le dijo Félix y, por unas milésimas de segundos, Violeta creyó ver a Valiente, sonreírle.

Al terminar la fiesta, Adam y Barbie fueron a pasar su noche de bodas a un hotel de la ciudad al igual que los invitados que vinieron desde la capital.

Esmeralda y Félix pernoctaron en la finca y, al día siguiente, las dos parejas marcharon a la capital para tomar diferentes vuelos: Adam y Barbie rumbo a Estados Unidos y Esmeralda y Félix a Francia.

En uno de sus habituales paseos por la ribera del Sena, Félix exclamó:

—¡Soy muy feliz! Siento que la vida me regaló esta oportunidad de amar y ser amado, algo que no todas las personas conocen en su vida...Y nosotros lo hemos vivido en dos vidas, al menos.

—Tienes razón, mi rey ¡Doy gracias al Cielo por tanto!

Se besaron intensamente y, abrazados, caminaron por las calles parisinas.

—¿Qué más pedirle a la vida? ¡Nuestra felicidad es completa!

—Todavía no está completa, mi bien —Félix la miró extrañado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque será en siete meses —Agregó sonriéndole.

Félix la miró sin comprender la noticia que le estaba dando.

—¿Qué...quieres...decirme?

—¡Qué seremos padres!

Félix gritó de alegría y la levantó en el aire.

—¿Yo, padre? ¿Tú, madre? ¡Qué alegría inmensa! ¿Estás segura, no hay confusión? — Preguntó de pronto.

—No, está chequeado pero, de todos modos, cuando lleguemos, haremos una consulta.

—¿Y qué nombre le pondremos, será un niño o una niña? ¡Festejemos! ¡Vamos a cenar! Pero sin alcohol, porque al bebé le puede hacer mal.

—Tranquilízate, Félix, me voy a cuidar ¡Jaja!

A partir de ese momento, el resto del viaje de su luna de miel, fue distinto. Félix estaba exultante y Esmeralda se sentía plena.

Ensayaban nombres, proyectaban situaciones, imaginaban su carita.

Les enviaron mensajes a Violeta, en primer lugar, quien se alegró de la noticia aunque sospecharon de que ya lo sabía:

—Mis amados hijos ¡Cuánta alegría que tengo! Ese bebé será una bendición en sus vidas y los enorgullecerá, ya lo verán.

Luego, a Adam y Barbie:

—¡Qué hermosa noticia, seremos tíos! ¡Felicitaciones! ¡Esperemos que pronto le demos la misma noticia!

Más tarde, tocó el turno a los futuros abuelos, quienes lo serían por primera vez, lo cual, los llenó de ansiedad.

Al regresar, prepararon el cuarto del bebé, Félix se encargó de diseñar los muebles de madera mientras Esmeralda aprendía a tejer una manta con la ayuda de Mecha, quien le enseñaba con

paciencia a tejer con dos agujas.

Al fin, nació Estrella, una niña preciosa que era la locura de su padre. Luego, a los dos años, Eiden, que significa, en gaélico, fuego, un varoncito travieso y curioso, muy pegado a su madre.

Al cabo de tres años y sin proponérselo, llegaron las mellizas Cielo y Niké que significa victoria en griego, dulces y tiernas niñas muy mimosas de sus abuelos Marcus y Violeta, quienes las llenaban de caricias y besos. Y, por último Luka que significa luz en ruso, muy sagaz e inteligente, ya a corta edad.

—¡Qué felices somos con ellos, mi reina! —Exclamaba Félix viéndolos jugar en la sala.

—¡Sí, mucho, vida mía! ¡Ellos son nuestra mayor dicha! —Y mirando el cuadro que había hecho su esposo, preguntó—. ¿Has podido enmarcar el árbol genealógico de la familia Olazábal Vallejos? Me gustaría colgarlo debajo. Algún día, tendremos que contarles a nuestros hijos...

—Sí, mañana Jaime lo termina y lo cuelga. Cuando sean adolescentes estarán en condiciones de comprender la Ley de la Reencarnación y les enseñaremos todo lo que nosotros hemos aprendido. Ahora bésame que necesito de tu boca.

Los años transcurrieron entre el amor, los juegos, los proyectos, las caricias y la alegría de ver crecer a sus retoños.

Félix, desarrollando sus trabajos arquitectónicos y realizando el voluntariado para la comunidad, mientras que, Esmeralda se ocupaba de los niños con la ayuda de Mecha y de Violeta, que pasaba algunos días de la semana en San Silvestre. Además, seguía encargándose, casi en su totalidad, del desarrollo y comercialización de la línea “Lucero”.

Mauricio venía a visitarlos tres veces al año, con el tiempo, y por el contacto con sus nietos, su carácter se había apaciguado y disfrutaba del cariño de los niños y de su compañía. Para ellos era el abuelo “Totó”, como lo había bautizado Estrella.

Alexandra, se había casado en Canadá con un viudo, que tenía dos niños pequeños que la llamaban “mamá” y a los que les dedicaba todo su amor y protección. También ellos viajaban una vez por año a visitarlos.

—Realmente somos muy afortunados, mi bien —Dijo una noche, después de acostar a sus hijos más pequeños.

—Claro que sí, mi vida ¡Y yo cada día te amo más! —Dijo tomándola por la cintura.

—Recuerda que mañana llegan Adam y Barbie con los niños —Agregó acariciándole la mejilla.

—¡Tengo muchas ganas de verlos! Hace ya un año que se fueron. Nina ya estará comenzando sus estudios secundarios.

—Sí, claro, es apenas seis meses menor que nuestra Estrellita, ya tiene trece años. Y Dante cumplirá los once años, la semana que viene, así que los festejaremos juntos. Yo también los extrañé mucho, mañana los llenaré de besos.

—¿Y a mí no me toca? —Dijo acercándose.

—Para ti tengo unos besos muy especiales —Agregó abrazándolo y besándolo con pasión.

Félix la alzó y la llevó a la habitación matrimonial, donde desataron su pasión y el deseo que siempre afloraban cuando sus cuerpos se acercaban, se rozaban y se tocaban.

—Nadie existe más que tú... —Suspiraba Esmeralda entre jadeos voluptuosos.

—Tú eres mía y yo de ti...

El éxtasis sobrevino y se quedaron abrazados en la penumbra de la noche.

—Yo no quiero que esta felicidad se termine —Dijo Esmeralda con tristeza.

—¿Por qué ha de terminar? Yo te amo y tú a mí.

—Sí, pero algún día vendrá el final...la muerte.

—¡No digas esas cosas, falta mucho para eso! Además, ya sabes lo que nos enseñó Violeta sobre la reencarnación y lo que hemos experimentado acerca de nuestras anteriores vidas, como Lucero y Valiente ¿A qué viene esa tristeza ahora? Si todo es un continuum, si nada se pierde, la vida es eterna, mi amor.

—Lo sé, pero, igual, tengo miedo de perderte, mi bien, de que no nos encontremos más.

—Eso no pasará, nuevamente nuestros caminos se cruzarán. Te prometo que, si es preciso, te buscaré por toda la Eternidad hasta encontrarte. No te angusties inútilmente: Recuerda siempre que lo que el Cielo une, nada ni nadie lo separa jamás —Y levantándose, desnudo como estaba, prendió el velador, la cruz de plata que había pertenecido a Valiente, brilló con el reflejo de la luz.

Esmeralda lo deseó más que otras veces. Él, con los ojos llenos de amor y su sonrisa blanca de siempre, le tendió la mano y le dijo:

—Ven, mi reina, escribamos una carta...

Graciela Nicolás